ESTER DEL CAMPO



SOLO UNA FAN


ESTER DEL CAMPO
SOLO UNA FAN



SOLO UNA FAN

ESTER DEL CAMPO

Solo una fan

Ester del Campo, 2026

www.esterdelcampo.com

hola@esterdelcampo.com

Primera edición: junio de 2026

ISBN: 978-84-09-87609-9

Ilustraciones portada y contraportadas: Miguel del Campo.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de información o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Este es un libro de ficción. Los personajes, nombres lugares y eventos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Por favor, respeta el trabajo, el esfuerzo y el cariño que hay detrás de este libro. La piratería perjudica a los creadores.

Si te ha gustado esta historia, apóyala adquiriéndola de forma legal.

Advertencia de contenido: Este libro contiene escenas que pueden resultar sensibles para algunos lectores, incluyendo chantaje emocional, situaciones de violencia física puntual y lenguaje explícito.

A mi sistah Allie:

He escrito el fanfic que siempre quisimos vivir.

A quienes nunca se creen suficiente para ser las protagonistas de su propia historia.

A quienes cada día escuchan esa voz que les dice que esto no es para ellas.

#1

Su reputación No es nueva

«Esto no va a salir bien».

No tiene que ver con que sea mi primer día como directora de comunicación, o que sea la más joven en conseguir este puesto en los Stallions, con solo veinticuatro años. Ni siquiera con que sea la primera mujer en conseguirlo en esta empresa. Para todo eso estaba preparada. Para lo que no estaba preparada, era para la sonrisa que la nueva estrella del equipo me lanzaba desde el aparcamiento.

Había llegado al Complejo Stallions con determinación y mi carpeta llena de ideas para la nueva temporada, y, sin embargo, nada de eso iba a servir. En cuanto vi aquella sonrisa en el cartel de su plaza reservada de aparcamiento, ocupada por un coche demasiado caro y ostentoso, tuve claro que esta temporada iba a ser un desastre. La detesto.

Mi trabajo es conseguir que todo el mundo ame a mis jugadores, y yo ni siquiera puedo ver la imagen de Tyler Kelscot.

¿Por qué, de entre todas las temporadas, tuvo que escoger esta para venir a los Stallions?

Sigo haciéndome esa pregunta cuando salgo del coche y unos gritos enfurecidos llegan hasta mis oídos, haciendo que mi corazón dé un brinco desacompasado al instante.

—¡Traidor! ¡Vamos a echarte de aquí! ¡Estás fuera de este equipo!

Me giro sobre mis talones con rapidez buscando a la persona que lanza esos alaridos, cuando varios integrantes del personal de seguridad pasan por delante de mí corriendo, obligándome a dar un paso atrás. Entre ellos está Norman, el jefe de seguridad, que se queda rezagado, lo que me permite ver la cara de circunstancia que tiene.

—¡Comprobad si va armado! —ordena a sus chicos mientras los sigue.

Enseguida hago mía su preocupación.

—¡Solo irás de rojo cuando tu camiseta esté bañada en sangre!

Los gritos continúan y, mirando a mi alrededor, encuentro al resto de personas que acaban de llegar al Complejo con la mirada puesta en la misma dirección.

Los agentes se han abalanzado sobre un hombre vestido con un chándal de los Stallions que pelea enloquecido, profiriendo más gritos. Consiguen inmovilizar sus brazos, pero no hay nada que puedan hacer con sus voces.

Sus ojos, rojos por el esfuerzo, permanecen fijos sobre el motivo de su enfado: Tyler Kelscot, que se mueve alrededor de su coche.

Comprendo entonces que no todo el mundo le ha perdonado los cuatro años de desplantes que tuvo con nuestro equipo y nuestra afición antes de decidirse a formar parte de él.

Yo misma le preferiría fuera de los Stallions después de cómo nos trató, pero, no se me ocurriría ir más allá de mostrar mi malestar por su presencia. Por supuesto, nunca le diría nada a él, ni mucho menos lo amenazaría como hace aquel hombre enfurecido.

El nuevo jugador cierra el maletero de su coche poniéndose una bolsa de deporte en el hombro y le dedica una brillante sonrisa al energúmeno que continúa luchando contra cuatro hombres enormes, haciendo que su rabia se intensifique.

Luego, se coloca una gorra con la visera hacia atrás y se gira para marcharse, como si la situación lo aburriera.

—¡Te sacaremos de Redmont! —La voz del hombre continúa inundando el aparcamiento, a pesar de escucharse cada vez más lejos.

Cuando, un minuto más tarde, todo parece calmarse y la gente reanuda su camino hacia el Complejo, me doy cuenta de que yo sigo en el mismo sitio. Mis dedos se mueven al ritmo que mi corazón, haciendo que los finos anillos que los adornan brillen bajo la luz del sol.

—¿Nora? —No me había percatado de que Norman estaba frente a mí.

Escondo mis manos detrás de mi espalda, esperando que no haya visto su temblor, y me fuerzo a sonreír.

¿Cómo puede actuar tan sereno cuando un loco ha entrado en el aparcamiento? ¿Cómo ha conseguido entrar? ¿Y qué pretendía hacer?

El sonido de sus gritos a lo lejos, o puede que solo el recuerdo de ellos, vuelve a ponerme los pelos de punta.

—Necesito hablar contigo sobre lo que ha pasado —me dice el jefe de seguridad, haciendo que frene el ritmo de las preguntas que surgen en mi cabeza.

Con un gesto se peina su pelo corto ondulado, flanqueado por mechones canosos a los lados, mientras su mirada se dirige durante un segundo al lugar por donde sus compañeros se han llevado el intruso.

—Es importante que me reportes si llega alguna amenaza por algún medio —me pide.

Teníamos programada para hoy la reunión de seguridad, y empiezo a entender el motivo de su urgencia.

—¿Amenazas? ¿De… muerte? —pregunto con la boca seca.

No es que no conozca el mundo de los fans y lo intensos que pueden ser en ocasiones. He estado llevando las redes sociales de los Stallions desde hace años, si bien nunca he visto nada preocupante. En general, nuestros fans son bastante agradables, incluso en nuestros peores partidos, por lo que esto es nuevo para mí.

De pronto, me siento demasiado pequeña. Mi deber solía quedarse en la carrera de los jugadores. En propulsarla, conseguir el calor de la afición para cada uno del equipo y, de ese modo, la motivación necesaria para hacer su trabajo. Pero que alguien pueda resultar herido si algo se me escapa, empieza a aplastarme la garganta. ¿Cómo he llegado a tener tanta responsabilidad en la vida de un jugador?

Cuando acepté el puesto para sustituir a mi jefe, Matthew Rogers, tras su ascenso, me imaginaba negociando grandes campañas con las

mejores marcas del país, no protegiendo a los jugadores de posibles locos que quieren echarlos del equipo de la peor forma.

—No te preocupes, es natural entre gente con tanto alcance —me dice el jefe de seguridad en un intento fallido de tranquilizarme—. Al parecer, Kelscot lleva arrastrando algunos acosadores desde hace varias temporadas.

Norman hace un gesto con su brazo para indicarme la dirección en la que debería moverme, pues yo sigo clavada en el suelo.

Tras echar un rápido vistazo hacia el fondo del aparcamiento, despego los pies del asfalto y comienzo a andar.

—Quería haberte contado esto en la reunión de hoy, pero la reunión ha venido a nosotros —dice animado. Yo procuro responder a su buen humor, pero fallo estrepitosamente.

Andamos hasta la entrada del Complejo mientras él me enumera una serie de protocolos a seguir con cada nueva amenaza, y yo escucho en silencio, tratando de tomar notas mentales y de mantener a raya el estrés que me supone esta situación.

—¿Tienes alguna duda? —me pregunta al terminar, abriendo la puerta del edificio. Se muestra sonriente, como si hubiéramos tenido la charla más emocionante de su vida, en lugar de la más aterradora de la mía. De pronto, siento demasiada responsabilidad y me asaltan mil interrogantes. Me digo que sabré responderlos yo misma en casa, con un poco de investigación. No voy a mostrarme sobrepasada en mi primer día. Debo mantener el control. Así que niego con la cabeza y le dedico mi mejor cara.

—Ah, aquí estáis los dos.

Según cruzamos las puertas, encuentro al vicepresidente de comunicaciones de los Stallions, mi jefe, acercándose a nosotros. No

sé qué lo ha llevado a aparecer en esta improvisada reunión, pero no ayuda a mis ya alterados nervios.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Matthew cuando levanta la vista del móvil y se percata del revuelo en la entrada.

—Nada, un pobre loco se ha colado para atacar a Kelscot —responde Norman.

De nuevo, el corazón se me acelera al oír aquellas palabras. ¿Cómo puede decir «nada» y que alguien quería atacar a Kelscot en la misma frase?

—Ah, sí, eso he oído. Bueno —dice mi jefe, poco interesado en la situación que tanto estrés me estaba generando—, ¿se lo has dicho ya?

—Aún no. Te esperaba.

Miro a Norman y este me observa mientras arruga sus gruesas cejas de una forma que no me da buenas sensaciones. Cuando me fijo en Matthew, también está concentrado en mí.

«Algo va mal», es lo único que puedo pensar.

—¿Decirme qué? —pregunto rápidamente, pasando la mirada del uno al otro, agitándome a cada segundo que se mantienen en silencio.

—¿Y Riley? —Matthew continúa su conversación con el jefe de seguridad como si yo no estuviera delante.

—Avisó hace un rato de que no podría venir.

Escucho su intercambio atentamente, incapaz de averiguar el tema de su conversación. Ese nombre no me suena de nada, así que

permanezco en mi sitio, mirando, esperando a que decidan contarme qué está pasando y por qué tengo tan mala sensación.

—¿Y cómo pretende que lo haga? —responde mi jefe enfadado, zarandeando la cabeza—. Estos dos van a acabar conmigo —continúa quejándose mientras vuelve al móvil y empieza a teclear en él, olvidándose no solo de mí, sino también de Norman.

Aprovecho el momento para lanzar al jefe de seguridad una mirada de confusión absoluta, esperando que pueda darme una explicación de por qué estoy poniéndome cada vez más nerviosa.

—Necesitamos tu ayuda con algo —responde con suavidad, pasándose la mano por la parte posterior del cuello.

—El señor Radford está de acuerdo, por cierto —comenta Matthew, todavía absorto en la pantalla de su móvil. Puede que lo haga para tranquilizarme, pero que el nombre del presidente de los Stallions aparezca en esta conversación, no me relaja en absoluto, sino más bien lo contrario.

Estoy al borde de un ataque de nervios, y parece que ambos quieren tomarse su tiempo antes de dejarme saber en qué lío estoy metida.

Norman suspira, y por fin decide soltarlo de golpe. Tan de golpe, que creo que no lo he escuchado bien.

—¿Qué? —pregunto, porque necesito que me lo repitan.

—Necesitamos que controles a Kelscot —reitera Matthew, como si no acabaran de soltar una bomba.

—¿Que lo controle? ¿Cómo? ¿Como su niñera?

En mi fuero interno rezo por estar delirando y no entender bien lo que me están pidiendo. Sin embargo, la mirada apenada de Norman

no deja lugar a dudas.

—En cierto modo —explica mi jefe. Entonces, guarda su teléfono y vuelve a centrar su atención en mí—. Aunque Riley me ha dicho que intentemos no agobiarlo, porque podría ser peor.

—Riley, ¿su agente? ¿Él quiere que controle a su jugador? —Pestañeo ante esa nueva información.

—A *nuestro* jugador —me corrige Matthew—. Ya sabes que somos un equipo familiar, y existe cierto riesgo de que sus salidas comprometan nuestra imagen.

«Oh, por supuesto que sí», pienso para mis adentros. «Con cada maldita noche que sale de fiesta, cuando debería estar concentrado en los entrenamientos».

Conozco los titulares que va dejando el *tight end* estrella a su paso cada temporada. Fiestas, chicas, peleas… Y todo parece divertido hasta que tiene algún fallo en un partido y toda la afición se le echa encima. Luego, sale en busca de un nuevo equipo donde fracasar a pesar de ser el mejor ala cerrada de toda la NFL.

—Pero cuando lo contrataron ya lo sabían, ¿no? Era un riesgo que había. Su reputación no es nueva.

—Sí, existía ese riesgo y decidieron correr con él. En parte porque nosotros contamos con una jefa de comunicación que va a estar al día de su agenda y podrá cortar rápidamente todos los incendios que pueda iniciar.

–Aun así, no entiendo cómo voy a poder ayudaros. No es que vaya a invitarme a sus fiestas. Me faltan unos quince centímetros de altura y unos cuantos tintes.

Veo cómo Norman se muerde el labio, esforzándose en controlar su risa. La broma, en cambio, no ha hecho gracia a Matthew.

—No te pedimos que te cueles en sus fiestas. Solo que estés al día de ellas y preparada ante cualquier titular que pueda hacer daño al equipo. Ya sabes cómo son los medios cuando alguien no rinde bien en el campo.

—Sí, claro —respondo, intentando sofocar el calor de mis mejillas —. Obviamente no esperaba ir con él a sus fiestas.

—La cosa es que el tema de los acosadores lo hace todo más difícil —apunta Norman.

Mi corazón empieza a acelerarse ante aquella palabra.

—Joder, es verdad. —Matthew parece recordar ese punto de mis nuevas responsabilidades—. Por eso también te necesitamos alerta.

No digo nada. Es más, mi boca está cerrada con tanta fuerza que, aunque supiera que decir, dudo que pudiera.

—Riley me comentó que siempre han intentado boicotearlo con mierdas en los medios. Ya sabes cómo es la prensa.

Suspiro, porque lo sé. He visto a Matthew luchar con ellos cada día desde que llegué a los Stallions. Siempre están buscando alguna polémica, independientemente de que sea cierta o no. Y con Kelscot van a tener material de sobra.

Lo malo es que este año soy yo quien tendrá que limpiar todos los titulares que salpiquen al equipo.

Pensaba que estaba preparada para el nuevo puesto, pero todo esto empieza a abrumarme. Y, si antes me sentía pequeña, ahora me siento diminuta en el enorme recibidor del edificio, frente a dos personas de alto cargo que están dejando demasiado peso sobre mis hombros y ninguna oportunidad de negarme.

—Bueno, pues eso es todo. Le pasaré tu contacto a Riley para que os pongáis de acuerdo —me explica Matthew, y acto seguido su traje caqui de cuadros desaparece tras las puertas rojas a nuestra derecha.

El siguiente en marcharse es Norman, después de ofrecerme otra mirada de disculpa que no me sirve en absoluto.

Y, por un rato, me quedo allí sola, pensando en cómo voy a ser capaz de hacer bien mi trabajo y controlar al jugador más problemático de toda la NFL.

Contemplo la carpeta que todavía permanece entre mis manos con todos los horarios, calendarios y fechas marcadas en distintos colores que llevo meses preparando, y que van a ayudarme poco con mi nueva tarea.

«Paso a paso», me digo. Luego suspiro y me apoyo contra la pared, dándome unos minutos para seguir agobiándome antes de obligarme a pensar en un plan para mis nuevas funciones.

No he terminado de lamentarme cuando mi móvil vibra en mi bolsillo.

Un número desconocido brilla en mi pantalla. Sé que el tema de los acosadores se me ha metido rápidamente en la cabeza cuando me quedo paralizada contemplando la notificación.

Al final, decido abrirla:

> **NÚMERO DESCONOCIDO:**
> Ty Kelscot

Es un botón de contacto.

Después, llega otro mensaje.

> **NÚMERO DESCONOCIDO:**
> Es su número personal.

Supongo que quien escribe es Riley, enviándome mi próxima misión suicida.

#2

¿POR QUÉ NO TE GUSTO?

Pongo la mano sobre mi nuca y estiro el cuello todo lo que puedo. Me he pasado en el entrenamiento de hoy, pero lo necesitaba. No por impresionar al entrenador; dudo que alguien consiga hacerlo.

Llevo en tensión desde que llegué a los Stallions, y el deporte es lo único que me hace olvidar todo lo demás. Así que me lanzo, sin remordimientos, al sufrimiento de una rutina dura hasta que mis músculos se retuercen de dolor.

Vuelvo a estirar mi cuello mientras salgo del Complejo de los Stallions en dirección al aparcamiento, y noto mi móvil vibrando. Sé que voy a arrepentirme de sacarlo del bolsillo. Los únicos que me

escriben son Riley y mi madre y, por lo general, termino de peor humor después de leer sus mensajes.

Gruño al ver el octavo recordatorio de mi agente para la reunión que tenía hace cuarenta minutos. Tras haberme saltado una sobre seguridad hace unos días, tenía pensado aparecer en esta, que solo es con el departamento de comunicación. Pero me he olvidado por completo.

Es improbable que sigan esperándome. Aun así, doy media vuelta y me alejo de mi ansiado descanso. Al menos, podré decir a Riley que me pasé y no había nadie.

El problema es que, a través de las paredes de cristal, veo que sí hay una persona esperando: la Chica del Móvil.

Suele estar siempre presente, escondida en algún rincón, y mirando su teléfono, como en este momento.

Hoy tiene el moño más deshecho que de costumbre.

Sigo observándola en silencio cuando una voz al final del pasillo me sobresalta. La reconozco al instante, pues llevo evitándola desde que llegué al equipo, y todavía no tengo intención de que me aborde.

Cruzo la puerta roja de la sala y paso por delante de la Chica del Móvil hasta lanzarme detrás de la mesa sobre la que está apoyada. Me quedo agachado, a la espera, mirando cómo Norman, el jefe de seguridad al que llevo eludiendo desde hace semanas, cruza el pasillo. Sé que una charla con él no sería tan mala. Simplemente el mismo rollo que llevo escuchando toda mi vida profesional. Pero se ha convertido en un juego; y cuando juego, siempre gano.

—¿Hola? —dice la chica.

Es la primera vez que escucho su voz, y me sorprende lo dulce que es. El día que nos presentaron fugazmente no dijo ni una palabra.

Solo apretó los labios cuando tocó su turno de presentación, y no soy capaz de recordar su nombre. Ahora sé que está en el departamento de comunicación.

—No me has visto —susurro.

Antes de que pueda contestar, la puerta de la sala se abre y me quedo congelado. Estoy vendido. Dependo de esa chica.

—¿Nora? Me ha dicho Chris que tenías reunión con el señor Kelscot —escucho al jefe de seguridad.

Sonrío al descubrir su nombre. No sabía cuál imaginaba para la Chica del Móvil, pero Nora me gusta.

—Em… —la oigo titubear, seguramente dudando si delatarme o no —. Sí, había quedado con él hace una hora. La puntualidad no es su fuerte.

Lo siguiente que escucho es un largo resoplo del jefe de seguridad.

—Si al final aparece, dile que necesito hablar con él, ¿vale? A lo mejor tú lo convences.

—Ya. Con suerte conseguimos que te escuche —dice Nora, y sé que ese mensaje va dirigido a mí, por cómo eleva su tono de voz—. Oye, ¿es grave? ¿Ha pasado algo más? —pregunta después.

Me quedo esperando la respuesta. Me divierto con este juego, pero la preocupación de Nora me hace sentir un poco estúpido por haber evitado durante días a quien se encarga de mi seguridad.

—No, no te preocupes. Solo quiero coordinar algunas cosas con él y su equipo. Si al final aparece…

—Sí, claro —responde Nora—. Yo se lo digo.

Norman se lo agradece, y vuelvo a escuchar la puerta de la sala. Luego, nada más.

—Muy maduro, señor Kelscot. —La voz de Nora me reprende un momento más tarde, y no puedo evitar sonreír ante su tono. Parece que va a echarme una bronca similar a la que llevo tiempo evitando. Salgo de mi escondite y me encuentro con los ojos de la Chica del Móvil. Son grandes, de un color marrón claro, tirando al dorado, y muy brillantes. Se me hace raro verlos, porque normalmente están dirigidos a la pantalla en su mano.

Le lanzo una de mis mejores sonrisas, pero se debe haber caído por el camino, porque no le hace efecto.

Su ceño continúa ligeramente fruncido mientras me acerco a ella.

—Deberías hablar con Norman, puede ser importante —me aconseja implacable. Casi diría que hasta enfadada.

Yo me encojo de hombros frente a ella, ignorando su malestar.

—No necesito planes de actuación para fans locos. Ellos me odian, yo gano partidos y todos felices.

No sé qué he dicho que la hace pestañear más de la cuenta.

—¿Hablas en serio?

—Son inofensivos.

Vuelvo a encogerme de hombros y ella levanta sus cejas, como si le costara creer lo que digo. Hace tiempo que no hablo de este tema con nadie y no recuerdo bien las reacciones que suelen tener, pero, al parecer, a la chica de comunicación no le hace gracia que unos pirados tengan al equipo de seguridad entretenido.

—Bueno, no creo que John Lennon estuviera de acuerdo contigo.

A mí, en cambio, me hace gracia su comentario y suelto una pequeña risa por la nariz.

—No estaríamos de acuerdo en muchas cosas —le digo. «Empezando por dejar los Beatles por una mujer», pienso para mí mismo. El imbécil no sabía que donde tienes la olla no deberías meter la…

—Por qué no me sorprende… —la voz de Nora murmurando interrumpe mis pensamientos mientras vuelve a concentrarse en su teléfono. Así, de pronto, pierdo sus ojos.

El silencio inunda la sala y yo me quedo observándola.

Mueve sus dedos con rapidez por el cristal del móvil, cambiando las pantallas a velocidades increíbles. Parece que se hubiera olvidado del mundo a su alrededor, incluido yo.

Pasado un rato, me río suavemente y confirmo que es así, cuando me mira sorprendida.

—Ni dos minutos de conversación, y ya pasas de mí. Fijo que es un récord —bromeo, sentándome a su lado. Como un resorte, ella se levanta de la mesa y se aleja.

—Bueno, tú has pasado de mí durante una hora —me replica—. Supongo que dos minutos no son tanto.

—Creo que han sido cuarenta minutos… —empiezo a decir, hasta que ella levanta el índice y se pierde otra vez en su teléfono.

—Necesito contestar este email, perdona —me pide. Y, de nuevo, se olvida de que estoy aquí. Me pregunto si se daría cuenta si me voy, aunque no quiero comprobarlo.

Me quedo en silencio viendo cómo sus dedos siguen moviéndose, sospechando que me hace esperar adrede, en pago a mi retraso.

—¿Vas a tenerme esperando una hora? —Quiero salir de dudas.

—Bastaría con cuarenta minutos —me dice, y aprieta sus labios en una fría sonrisa, todavía sin mirarme.

Tras observarlos durante un momento, entrecierro los ojos al tiempo que me percato de algo.

—¿Por qué no te gusto? —La pregunta escapa de mi boca antes de que pueda contenerla, pero, una vez hecha, mi curiosidad se dispara. No es que me importe si le gusto o no a una chica que ni conozco. Simplemente me intriga saber el motivo, porque no suele ocurrirme.

Ella alza la mirada y sus ojos marrones vuelven a posarse sobre mí.

—Nunca he dicho que no me gustes —responde tan rápida como seca. Sin embargo, no tengo dudas de que es así.

—Te he visto —le confieso. De hecho, llevo haciéndolo desde que la conocí, a pesar de sus intentos por ocultarse—. Cada vez que entro en la misma habitación que tú, te escondes detrás de ese móvil y haces eso con los labios.

Evito pensar en su boca, o mirarla, mientras lo digo, y ella repite el gesto al tratar de contener lo que sea que le encantaría decir y que no va a compartir.

—Yo no hago…

—Sí —la interrumpo divertido—. También sueles hacer eso con las cejas.

Señalo con el dedo entre ellas, y veo cómo se echa hacia atrás para evitar mi contacto.

—¿Por qué no te atreves a decírmelo? —la presiono.

Pero no consigo que diga nada. Y sé que está molesta conmigo. Aunque juraría que no la conocía antes de llegar a los Stallions. Recordaría las pecas salteadas que manchan su nariz, o sus ojos marrones y brillantes.

—Porque me gusta mi trabajo —responde, por fin, a una de mis preguntas, aunque, sin saberlo, me da la respuesta de otra. Me río suavemente.

—Así que hay algo... Como suponía.

Sus labios vuelven a apretarse mientras sacude ligeramente la cabeza ante su derrota.

—Solo porque no empiece a derretirme a tu paso, no significa que me caigas mal. Deberías revisarte el ego —me dice, y yo hago lo posible por no sonreír. Es como si intentara ser cordial y lo contrario a la vez, pero tengo claro que no me soporta.

—Ya... La cosa es que yo no he dicho nada de caer mal. ¿Vas a decirme por qué no me tragas? —Me acerco a ella con los brazos en jarras, como si de este modo pudiera sonsacarle mejor la información. Ella, en cambio, alza la cabeza para no perder de vista mi mirada.

Supongo que no debería sorprenderme que aguante el tipo ante mí, cuando su trabajo consiste en rodearse de jugadores incluso más grandes que yo.

—No.

Cada respuesta que me da me gusta más. Salvo esa.

Me quedo observándola con una sonrisa que sé que no hace efecto sobre ella y decido rendirme, de momento.

—Muy bien. Pero acabaré sabiéndolo, jefa —le aseguro.

Entonces, respira hondo frente a mí.

—¿Podemos centrarnos? —me pide, ocultando de nuevo lo que ocurre en su cabeza.

Yo me llevo la mano a la frente y le hago un saludo militar sin decir nada.

Ella extiende la suya.

—Déjame tu teléfono —me pide—, te daré mi número. ¿Vas de fiesta esta noche?

La sonrisa que se dibuja en mi cara es demasiado grande para poder contenerla.

—¡Guau! ¡Qué directa! ¿Así es como pedís citas en Redmont?

En menos de un segundo, el color de su camiseta roja parece ascender directamente por su cuello hasta su cara, disimulando levemente sus pecas.

—¡No te estoy pidiendo una cita! —replica nerviosa.

Yo sonrío más.

—Mejor, porque esta noche ya he quedado. Rubia, metro ochenta, unas... —Muevo las manos delante de mi pecho, dejando cero dudas de a qué me estoy refiriendo.

—¡Vale! ¡Ya lo pillo! —dice dando un salto hacia atrás.

—Para la próxima, avísame con más tiempo. Igual puedo hacerte un hueco. —Una vez más, le dedico mi mejor sonrisa, y esta vuelve a no tener efecto.

Superada la vergüenza, la Chica del Móvil regresa a su habitual seriedad.

—Ya, gracias. Solo necesito saber tu agenda para… —Corta su frase de pronto, y me doy cuenta de que ha tenido un desliz que quiere arreglar rápidamente—. Por si acaso.

Si no supiera que Riley pone a alguien al cuidado de mis titulares en cada equipo al que voy, pensaría que intentaba torpemente ligar conmigo. Pero, por lo poco que la conozco, me parece improbable.

—Ah, así que te ha tocado a ti. Pues no necesito ninguna niñera. —Cruzo mis brazos delante de ella.

—No soy tu niñera. Soy la que te va a evitar los problemas —me responde, y casi creo ver humo saliendo de sus orejas.

—Lástima. —Acerco mi cara a la suya lo suficiente como para poder contar las pecas de su nariz—, los problemas son lo más divertido.

—Bueno —dice ella, poniendo espacio entre nosotros hasta que la mesa frena su huida—, en mi mundo, los problemas significan más trabajo.

Me quedo mirándola durante un momento, y ella vuelve a apretar sus labios.

—Entonces todo bien. Está claro que te encanta tu trabajo. Se te ve bastante estirada.

—¿Perdona? —me pregunta a punto de perder el control.

—Que te dolerá la cabeza de llevar el pelo tan tirante —le digo, pese a que es fácil ver que su moño no está nada tenso, con todos los mechones acariciando su cuello.

—¡Y a ti de ser tan idiota! —me responde, dándome una victoria en el estúpido juego que acabo de empezar con ella.

Sonrío ante su reacción. Ha aguantado bastante antes de llamarme idiota, aunque sospecho que no es lo único que querría decirme. Me mira de forma severa y sé que sigue conteniéndose.

Un segundo después, su gesto cambia. Pestañea, y veo su pecho hincharse a medida que respira hondo.

—Lo siento, no debería…

—No tienes que disculparte conmigo —la interrumpo, y, de nuevo, no sé qué he dicho que llama su atención. Su mirada se posa en mis ojos, y un pensamiento fugaz pasa por mi cabeza, haciendo preguntarme por qué los esconde siempre tras el móvil—. Prefiero que seas sincera —le explico, y compruebo que esas palabras son más ciertas de lo que pretendía. Apenas hay gente en mi vida que de verdad lo sea.

Nora es la primera persona en los Stallions que no me ha bailado el agua ni me ha sonreído como una boba. Joder, estoy seguro de que incluso el de seguridad me excusaría, a pesar de haber estado evitándolo.

Y ella, en cambio, sigue de pie frente a mí, molesta por algo que he hecho o dicho, y que no recuerdo.

—Muy bien, ¿y qué hay de tu sinceridad? ¿Por qué evitas hablar con Norman? —me pregunta.

—Ya te lo he dicho. No necesito otra charla de fans locos. Se que están ahí, vivo con ellos.

—¿No te dan miedo?

Su voz vibra al preguntarme y, por un momento, no estoy seguro de si es a ella a quien le asusta la situación. Quizá no está acostumbrada a esto, pero, para mí, es la misma mierda que llevo viviendo desde hace años.

—No —digo sin más—. Suelen ser más de escribir que de actuar.

No pretendo tranquilizarla, pero tampoco estoy dispuesto a dar más importancia a gente que no sabe qué hacer con su vida y se cree que puede meterse en la mía.

—Aun así… —dice ella bajando la voz y veo cómo pierde su mirada en lo que sea que su cabeza está imaginando. Sin embargo, no he mentido. No tengo miedo, aunque sí me encantaría que terminase de una vez. Y sé que eso no va a pasar; mi acosador estrella me tiene bien pillado. Da igual las cosas que intente hacer para evitarlo, siempre consigue mi teléfono, mi correo, mi dirección… Por más que los haya cambiado.

Así que, simplemente, paso de todo ello tanto como puedo.

Cuando me fijo en Nora, ella todavía parece absorta en sus pensamientos. Probablemente me ha olvidado otra vez, y por eso llamo su atención.

—¿Vamos a empezar la reunión o vas a seguir preocupándote por mí toda la tarde? Es adorable, por cierto.

Le dedico mi gran sonrisa, que, por algún motivo, parece molestarle.

En lugar de responder a mi provocación, comienza a explicarme el reportaje que tengo mañana; y no sé si se pierde en sus palabras o lo hago yo. Empieza con el horario y la campaña, y se mueve en su programación hasta hablarme incluso del equipo de fotógrafos.

Siento una punzada de envidia al escuchar su voz hablando tan bien de todos, cuando es obvio que a mí no quiere ni darme una oportunidad.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —la interrumpo unos minutos después. Estoy reventado, quiero irme a casa y no necesito que me

cuentes todo, más allá de un lugar y una hora.

—Tienes la sesión mañana —me recuerda con un gesto de confusión antes de revisar sus papeles.

—¿Y necesito saber cómo se llama el fotógrafo? —pregunto. Entonces veo cómo el malestar que tiene hacia mí, y que había conseguido mitigar hablando de la sesión de fotos, vuelve como una ráfaga. La emoción con la que me contaba todo se va de un plumazo mientras cierra su carpeta y la sujeta frente a su pecho.

—Intento que no parezcas un idiota arrogante delante de tu equipo, pero siempre puedes olvidarlo y tratarlos como si fueran una mierda en tu zapatilla de dos mil dólares. Apuesto a que así las fotos salen mucho mejor y consigues el apoyo de la afición.

—Entendido, jefa —contesto con mi habitual sonrisa, esperando que retome la charla por donde se quedó. En lugar de eso, saca un folio de su carpeta y lo deja sobre la mesa.

—Haz lo que quieras con ello —me dice antes de dirigirse a la puerta.

Ni siquiera se despide cuando me deja solo allí, con el resumen de la sesión de mañana.



—Vamos *bro*. Estas tira'o, ¡no jodas! —Louis choca su pierna con la mía. Ha vuelto a montar una fiesta en mi casa, pero hoy no tengo ganas de nada.

Después de la sesión de fotos, me he matado en el gimnasio, y ni con esas he conseguido relajarme.

Llevo de mal humor desde que Nora desapareció de la sala de reuniones, y no tengo muy claro por qué, así que no sé cómo solucionarlo.

Ni siquiera el reportaje, a pesar de haber sido un éxito, ha terminado de animarme.

Hace tiempo que dejó de importarme la aprobación de la gente, así que no sé por qué esperaba que Nora se diera cuenta de que me empollé sus putas notas.

Durante toda la sesión, se ha quedado en su esquina, escondida tras la pantalla del móvil que tecleaba incansablemente.

Solo cuando yo estaba lo suficientemente lejos se ha acercado al fotógrafo para hablar con él. No, para reírse con él.

Louis me devuelve al presente cuando me da otra vez en la pierna y me acusa de no divertirme.

—Algunos trabajamos para que puedas montar esta fiesta —le digo apartando la pierna. Como vuelva a darme, lo mando a la otra punta del jardín con un placaje.

—No jodas, tío. —Se agacha al lado de mi butaca de rafia, dispuesto a exasperarme. —Si te monto esto es pa' ti, *bro*. Pa' que te relajes, ya sabes. Mira que mierda te he traído —me dice, y saca disimuladamente, pero con cara de fanfarrón, una bolsa de plástico de su bolsillo, con pastillas tan diminutas como peligrosas.

—No me jodas, Louis. Ya te he dicho que no puedes traer esa mierda a mi casa. —Hago que se lo guarde, aunque en realidad debería quitársela y tirarla por el váter.

Él, en cambio, se ríe.

—Venga, a ver si te relajas un poco, que parece que tienes un palo metido en el culo.

—¡Que te den! —Le doy un manotazo.

—Venga tío. Deja que Louis te relaje —me dice, hablando de él mismo en tercera persona, que es cuando empiezo a no aguantarlo. Por cómo le patina la lengua, diría que va bien bebido, pero, después de lo que me ha enseñado, empiezo a tener mis dudas.

—No voy a tomar de eso —le digo, y me levanto en dirección a ninguna parte.

Alrededor de mí hay un montón de gente que nunca he visto. Dudo que Louis sepa quienes son todos, y me pregunto por qué decidirían venir a la casa de alguien que no conocen. Salvo porque ese alguien soy yo y todo el mundo quiere algo de mí. Louis quiere fiesta. El resto, aún no lo sé.

Me sigue, a pesar de que lo que quiero es perderlo de vista. Se mueve por mi jardín saludando a la gente a un lado y otro, como si él fuera el anfitrión de la fiesta.

—Bueno tío, no pasa na'. También tenemos alcohol y pibas. Mira qué tetas tienen estas. —Me hace girar para ver a un grupo de chicas que se ríen mientras bailan a nuestro lado. Parecen sacadas de un catálogo de bañadores, como todas las tías que trae Louis—. Te gustaban las rubias, ¿no? —me dice, arrastrándome con él hasta el grupo. Todas me han visto ya, aunque tratan de disimularlo. Salvo la más guapa. Es morena, con los ojos verdes, y sabe que juega con ventaja—. Mira qué pibones —dice mi amigo delante de todas, sin cortarse un pelo. Luego empieza a saludarlas una a una. Creo que no ha acertado ningún nombre, lo que refuerza mi teoría de que no conoce a nadie, pero a ellas no parece molestarles. Están ahí, esperando a ver quién es la afortunada que va a poder sacar rédito de Tyler Kelscot esta noche.

Sacudo la cabeza al darme cuenta de que pienso en tercera persona sobre mí.

La morena de ojos verdes brillantes me sonríe, pero ya he tenido suficientes morenas en mi cabeza últimamente. Así que, cabreado por ese repentino pensamiento, alargo la mano y tiro del brazo de una de las rubias. No sé ni cómo se llama, pero no me importa. Estoy seguro de que a ella tampoco.

Nos dirigimos hasta uno de los sofás que tengo en el jardín, y no tardo en enrollarme con ella. Tiene ganas, más que yo, y veo cómo se esfuerza en contentarme.

Sus ojos son azules, casi blancos. Cuando me ve mirarlos, la noto nerviosa, y le digo algo bonito para relajarla. Ella se ríe y yo me fijo en su pelo, rubio platino. Lo tiene suelto y le cae a los dos lados del cuello, justo hasta donde empieza su escote. Podría pasar por la rubia que me inventé hablando con Nora ayer.

Me lanzo a por su boca intentando acallar mi cabeza. Quizás si la sangre me va a otro lado, pueda dejar de estar cabreado por un momento. Y con esa idea, me pierdo en la chica que tengo delante.

Al poco se sienta sobre mí y, joder, sabe moverse. De hecho, no para de hacerlo mientras me besa y recorre mi cuerpo con sus manos.

Después de una sesión de besos que me ha dejado bien caliente, escondo mis dedos en su pelo y lo agarro para separarla de mí. Escucho el gemido que se le escapa cuando lo hago.

«Joder».

—¿Vas pedo? —prefiero asegurarme. Su pecho se mueve arriba y abajo al respirar, y no sé si le pone más besarme o que la sujete por el pelo mientras la estudio.

Ella sacude levemente la cabeza y se muerde el labio.

—Solo lo suficiente para atreverme a besarte —me dice de forma sensual. Tiene la imagen de un ángel, con su piel, ojos y pelo claros, pero algo me dice que podría ser todo lo contrario.

—¿Necesitas una copa?

Ella se muerde un poco más el labio inferior mientras asiente con la cabeza. Yo lo libero de sus dientes con mi pulgar. Tengo otros planes para esos labios.

Después, echo un vistazo detrás de ella, esperando encontrar a alguien que nos pueda traer una copa. Curtis está con unos cuantos frente a nosotros, y el imbécil lleva el móvil en la mano, sin disimular lo que está haciendo.

—¡Eh! ¡Deja eso, joder! Y tráenos una copa.

Todos empiezan a reírse y la chica que tengo encima intenta levantarse. La retengo por las caderas. No pienso dejar que esos gilipollas espanten la única distracción que he encontrado hoy.

Tampoco es que ella ponga mucha resistencia. Solo ha necesitado una de mis sonrisas.

Louis llega poco después con dos copas. No he preguntado qué es, porque, llegado a este punto, me da igual.

Antes de que se aleje, lo agarro de la pechera y lo acerco a mí con cara de pocos amigos.

—Dile a Curtis que deje de joderme.

—Sí, tío. Tú a lo tuyo —me dice mientras se coloca la camiseta de vuelta en su lugar.

Me quedo observándolo mientras se dirige al grupo de idiotas disfrutando de las vistas, hasta que unas manos sobre mi pecho llaman mi atención.

—¿Por dónde íbamos? —me pregunta la chica.

La observo, y encuentro una sonrisa tan tímida como sexy mientras hace revolotear sus pestañas.

—Íbamos a tomarnos una copa —le digo, acercándome el vaso a los labios. Bebo sin dejar de mirarla.

—Claro —dice ella, pero en lugar de beber, derrama su vaso sobre su pequeño top. Necesitaba pocas pistas para saber que no había más ropa bajo su ridícula camiseta. Ahora no necesito ninguna.

—¿Quieres un poco? —me dice mientras se abre el escote y me deja ver las gotas de vodka que todavía recorren su cuerpo.

Envuelvo su cintura con mis manos y la acerco a mí. Antes de tocarla, el olor del alcohol se estrella contra mi nariz y, un poco después, contra mi lengua. Un ligero ardor la recorre en cuanto bebo de su piel.

—Si quieres irte, este es el momento —la aviso. No es que no pueda hacerlo luego, pero preferiría no seguir si no está segura.

Su respuesta no sale de su boca, sino de sus manos, que se ponen en movimiento, pasando de mi cuello a mi pecho y bajando por mi torso. Cuando llega a la parte baja de mi abdomen. alza la mirada hasta mí con una medio sonrisa.

Definitivamente, creo que voy a poder olvidarme de mi mal humor, al menos durante un rato.

O eso pensaba, hasta que veo a la Chica del Móvil frente a mí, con su habitual cara de enfado. Y, por un momento, no sé si la imagen es

real, o si estoy empezando a obsesionarme con ella.

#3

LOS JUGADORES SON IMBÉCILES

Suena el teléfono.

Intento abrir los ojos, pero no están por la labor.

Me doy la vuelta esperando que la música pare de sonar. Sin embargo, mis sueños quedaron atrás y el maldito sonido no deja de taladrarme la cabeza.

Extiendo la mano y alcanzo el motivo de mi mal humor instantáneo. La foto de Ronald, el estilista de los Stallions, me mira desde la pantalla, y respondo sin dudar. Me pongo el teléfono en la oreja, incapaz de decir nada por el momento.

—¿Nora? ¡Nora! —me grita al oído.

—Shhh, ¿qué pasa? ¿No es muy tarde?

Me separo el móvil de la cara y veo la hora al mismo tiempo que él me la grita desde el otro lado de la línea.

—¡Las dos de la mañana!

No reprimo el gruñido que sale de mi boca. Confío en que tenga una buena excusa para llamarme a estas horas, pero no necesito preguntársela para que me la diga.

—¿No nos dijiste que Matthew te había puesto a vigilar a Kelscot?

Sigo con los ojos cerrados. Ese nombre ya me anuncia que algo malo está por venir.

—Sí, ¿por qué? —respondo confusa—. No tiene eventos esta semana —le informo al mismo tiempo que hago memoria de su agenda.

Me tapo con la sábana en la oscuridad de mi dormitorio mientras me pregunto por qué tengo que estar hablando de él a estas horas.

—Ya —responde Ronald, todavía histérico. Creo que no se está tomando bien que siga adormilada—. No tiene ningún evento, solo una fiesta que él mismo ha montado en su casa. ¿No te dijo nada? Nos invitó a todos al acabar la sesión de fotos…

Su voz se apaga a medida que se da cuenta de que no debería estar contándome eso. De todos modos, lo único que me molesta es que se suponía que iba a tenerme al tanto de sus eventos. Más allá de eso, no veo el problema en que dé una fiesta o en que no me invite. Aunque no hubiéramos tenido nuestro encontronazo, no esperaría que me invitase. No soy el tipo de chica que encaja en esas fiestas.

—¡Pero yo no he ido! —me dice mi amigo rápidamente ante el silencio que se ha establecido entre los dos. Un silencio que ha malinterpretado, pues lo único que quiero es colgar y olvidarme de la nueva estrella de los Stallions.

—Ronald, tengo sueño —me quejo, esperando que me permita volver a dormir.

—Se está haciendo viral, Nora. Está en directo.

—¿Su fiesta?

Lo oigo resoplar a través del teléfono.

—Mira el vídeo que te he mandado. ¡Está en todas partes!

Presiono mis ojos por un momento, deseando poder dejarlos cerrados. En lugar de eso, los entreabro para protegerme de la iluminación del móvil. De igual modo, me duelen cuando miro y busco su chat. Al poco, empiezo a enfocar, y es entonces cuando lo veo.

Tyler Kelscot, en el sofá de un jardín, enrollándose con una rubia. No he tenido que darle al *play*, porque el video empieza a reproducirse en mi pantalla, y con él, mi mal humor.

No están solo besándose. Tienen un entresijo de manos que no tendría nada de malo, si no fuera porque están siendo grabados y deja muy pocas dudas de cómo acabará la cosa.

Los brazos de Tyler envuelven la espalda de la chica, y es cuando me doy cuenta.

—Espera, ¿ella está…? —No termino la frase, porque no hay dudas de lo que está haciendo que este vídeo sea viral. La chica está sin camiseta.

Al instante me imagino los titulares del día siguiente, y a Matthew llamándome a su despacho de nuevo.

Ronald corta el hilo de mis pensamientos.

—Sí, y no creo que le quede mucho a la camiseta de Tyler. O a sus pantalones.

Suspiro sonoramente mientras el pulso se me acelera.

«Los jugadores son imbéciles», digo para mis adentros levantándome, aunque pienso que Tyler Kelscot lo es más que nadie.

Me desperezo rápidamente y enciendo la luz de la mesilla.

—Voy a llamarlo.

Mi amigo se mantiene en silencio mientras busco el teléfono del jugador que sigue enrollándose con la chica en una esquina de mi pantalla, y según lo veo, me voy encendiendo. Le dijeron que se cortase con las fiestas, y ha tardado menos de un día en montar otra, y encima con semejante publicidad.

Aun así, mi enfado no es nada hasta que veo a Tyler alzando el teléfono sin dejar de besarse con esa chica. Le echa un vistazo por encima de su hombro y me cuelga.

Al momento estoy tan cabreada que casi lanzo el móvil a través de la habitación.

—¡Será idiota! —grito.

—¿Era tu llamada?

—¡Me ha colgado, el muy estúpido!

—Era tu llamada. —Ronald se responde a sí mismo y yo sigo profiriendo insultos a la estrella del equipo.

Yo lo llamo de nuevo, pero, esta vez, ni se molesta en mirar el teléfono.

—¿Nora?

—Sí… —digo, y luego me mantengo en silencio, pensando qué hacer—. ¿Has visto a alguien del equipo en el vídeo?

—No.

Mi respuesta es un gruñido, porque si no hay nadie cerca a quien avisar, solo me queda una última opción.

—Vale. Os dio su dirección cuando os invitó, ¿no?

—¿Vas a ir a su casa? —pregunta sorprendido. De hecho, ni yo misma me creo lo que estoy a punto de hacer. Sin embargo, prefiero salir de la cama ahora a tener que enfrentarme a Matthew.

—¿Qué otra opción tengo? —digo, dirigiéndome a los armarios que enmarcan la puerta de mi baño en busca de unas zapatillas.

En menos de tres minutos estoy subida en mi coche, poniendo en el GPS la dirección que Ronald me ha mandado.

De camino, no tengo problemas de tráfico. Las luces de la noche parecen reírse de mí a medida que cruzo la ciudad en práctica soledad. A estas horas, todo el mundo está plácidamente dormido. Todos, excepto el estúpido *tight end* del equipo, empeñado en empeorar su reputación nada más llegar a Redmont.

Al menos, los semáforos se apiadan de mí y me permiten llegar en tan solo diez minutos. No he tenido ni que discutir con el guarda de la urbanización. Supongo que Tyler ha dado orden de dejar pasar a todo el que quiera ir a la fiesta, lo que me resulta bastante peligroso, dada su situación.

Echo un rápido vistazo al móvil antes de bajar del coche y, por suerte o por desgracia, siguen en el mismo sitio. Pero el vídeo continúa en directo. Ni me molesto en leer los comentarios que van apareciendo.

Salgo del coche y entro en la casa. Está hasta arriba de gente, todos en un estado cuestionable. Por lo visto, lo de enrollarse con alguien en cualquier rincón es más normal de lo que creía, aunque el resto de parejas no tienen a nadie grabándolo todo.

Según el vídeo, están en el jardín. Así que bordeo el edificio y voy directa a la parte trasera.

La música asciende a medida que me voy acercando, y las voces también, lo que me da la seguridad de que estoy yendo en la dirección correcta.

Nada más doblar la última esquina, los veo. Están bajo un cenador, apartados, en un rincón de los grandes sofás que ocupan el espacio. Frunzo el ceño cuando veo la misma imagen que lleva acompañándome desde que salí de casa. Se besan como si quisieran devorarse. El pelo de ella hace ahora de cortina con sus caras. Algo inútil, pues todo el mundo lo ha visto ya y sabe quién es el chico con el que se besa. Las manos de él están sobre su cintura, empujándola hacia él, como si pudieran estar más pegados, cosa imposible.

Entonces veo al idiota que los está grabando y que se está echando unas risas a su costa.

Me acerco a él dando grandes zancadas, notando cómo el mal humor vuelve a hacerse con mi cuerpo. Es un tío de casi dos metros de alto y los mismos de ancho y, aun así, no me intimida; trabajo rodeada de hombres de ese tamaño.

En cuanto lo alcanzo, le quito el teléfono y lo lanzo lejos de donde estamos. Un movimiento exagerado, pero me han despertado a las dos de la mañana por este asunto, y me permito ser algo dramática.

Según lo hago, me doy cuenta de que no ha sido tan buena idea. Especialmente cuando me agarra del brazo sin cuidado y tira de mí con brusquedad.

—¡¿Qué coño haces, zorra?!

—¿Qué haces tú? —le grito de vuelta mientras trato de deshacerme de sus enormes dedos, que me aprietan el brazo con dureza—. Podría denunciarte por lo que estás haciendo.

—No me digas. ¿Y vas a hacerlo tú? —Me acerca a él y puedo oler el alcohol en su aliento.

Arrugo la nariz y sigo tirando para liberar mi brazo.

—¡Suéltame! —chillo de nuevo. Él me ignora.

—Eh Louis, ¿esta puta es tuya?

—Creo que es amiga de Ty —dice otro. No lo conozco, pero me sonríe como si él sí lo hiciera.

—Así que una amiga —se interesa mi captor, sin aflojar su agarre —. Pues me temo que has llegado tarde, guapa. Esta noche ya ha escogido a otra. —Señala a Tyler con la cabeza, y no tengo que mirar para saber lo que ocurre bajo el cenador. Al menos, ahora nadie más puede verlo.

—¡Eh, Ty! ¡Han venido a verte! —grita el que parece conocerme. No ha dejado de contemplarme con gesto amable, y, lejos de tranquilizarme, me hace sentir más incómoda.

Antes de que pueda decir nada, el bruto que me tiene sujeta por el brazo me acerca a donde Tyler está todavía enrollándose con la rubia, a pesar de mis intentos por frenarlo. Una cosa es evitar que lo graben, y otra tener que confrontarlo en aquella situación. Dada nuestra relación, preferiría no cruzarme con él más de lo estrictamente necesario. Al fin y al cabo, me he colado en su fiesta privada.

Vuelven a llamarlo mientras me dirigen hasta él como si me llevasen ante un verdugo. Entonces nos ve, aunque no deja de besarse con la chica cuando su mirada se clava en mí. Aparto los ojos, incapaz de contener el rubor en mis mejillas.

La rubia, que no se ha percatado de nada, sigue inmersa en el cuerpo de Tyler, recorriéndolo con las manos al mismo tiempo que se balancea en su regazo.

Él me observa aun cuando ella busca su cuello y continúa con sus besos, y veo su ceño pronunciándose al reconocerme. Entonces, doy un tirón al idiota que me está sujetando para largarme de allí, y es en ese momento cuando el jugador estrella decide apartar a la chica.

Ella, al vernos a todos alrededor, se pone roja y busca su camiseta en el sofá, unos cojines más allá. No estaba haciendo nada malo. Mi cabreo, en cambio, parece decirle otra cosa, ya que, después de mirarme, se levanta y se larga avergonzada. Procuro calmarme, porque sé que solo estaba en el sitio incorrecto en el momento incorrecto, pese a que vaya a darme una cantidad indecente de trabajo.

Sigo lamentándome del terrible día que voy a tener mañana cuando Tyler abandona el sofá y se acerca a mí. Me observa con cara de pocos amigos, lo que no me extraña, pero tampoco quiero enfadarlo más de lo necesario. No estoy segura de la influencia que puede llegar a tener en el equipo, y prefiero ir con cuidado.

Cuando está demasiado cerca, doy un paso hacia atrás hasta que choco con el idiota que lo estaba grabando.

Su cara de enfado se transforma y me deja ver una sonrisa. Sus ojos, en cambio, me miran con ganas de fastidiarme.

—No sabía si te había llegado mi invitación. —Para mi desgracia, mientras habla me fijo en su boca. Tiene un color rosado alrededor

de los labios. Seguramente por el maquillaje de la chica, o por la actividad que estaban realizando.

Se da cuenta de a dónde se dirige mi mirada y se pasa el dorso de la mano para limpiarse. Solo que el color no remite.

Sigue esperando mi respuesta sin dejar de contemplarme. Pero, lejos de entrar en su juego, me dispongo a echarle la bronca por ser tan descuidado. No voy a disculparme por salvarle el culo.

—¿Sabes que este imbécil te estaba grabando?

—Cuidado, muñeca —me avisa su amigo a mis espaldas. Por su tono de voz, sé que está enfadado, y hago lo posible por ignorarlo.

La sonrisa de Tyler se extiende por un segundo, y se queda de forma ladeada cuando se encoge los hombros.

—A veces lo hace —me informa como si nada.

Ante su indiferencia, me dan ganas de golpearle en la cabeza. «¡Cómo puede ser tan idiota!». Si supiera que me he levantado a las dos de la mañana para evitar que se metiera en mayores problemas con la prensa y el equipo... Pero no me voy a quejar delante de él. Eso le daría más motivos para poner esa sonrisa estúpida.

—Ya, pues no te conviene. —Intento tranquilizarme y hablarle de forma profesional, a pesar de que no me lo está poniendo fácil.

—Lo importante es que hablen de uno, ¿no? —apuntilla uno de sus amigos detrás de mí, y me giro furiosa.

—¡No cuando puede acabar con su carrera! —No me creo que tenga que estar discutiendo esto con tres tíos borrachos a altas horas de la madrugada—. ¿No te ha dicho Riley que nada de fiestas? Los Stallions intentan dar imagen de equipo familiar. Podrías hacer que

pierdan patrocinadores. Podrían suspenderte a ti por las cláusulas de conducta —le recuerdo.

Continúa con su gesto de indiferencia, y sus cejas se van uniendo ligeramente, dándome a entender que está llegando al límite de su escueta cordialidad. Me sorprende que todavía no me haya echado de su casa.

—Puede que mencionara algo. No sé si era que dejara de darlas o que diera más. —Curva sus labios, sacándome de quicio. Realmente parece que le divierte ponerme de mal humor.

—¿Para ti todo es una broma? —le digo más duramente de lo que debería, si de verdad quiero actuar de manera profesional.

—¿Y tú siempre eres tan estirada? —pregunta uno de sus amigos a mis espaldas—. Joder tío, tenías razón con esta pava.

De pronto, un nudo se hace con mi garganta, obligándome a tragar con esfuerzo. Que no soy la favorita de la gente ya lo sé, pero esto es trabajo.

Mañana todos los medios hablarán del espectáculo de Tyler, y Matthew estará furioso conmigo. No puedo dejar que me afecte un comentario personal.

La cara de Tyler cambia en ese momento, y no quiero saber el motivo. Dudo que sea compasión por el comentario de su amigo. Y, a estas alturas, no me importa. Solo quiero salir de allí.

Relajo mis cejas y suspiro. No pienso dejar que me vea dolida.

—No sé ni para qué he venido —digo finalmente derrotada. En mi cabeza me obligo a estar satisfecha, pues al menos he conseguido detener el vídeo antes de que el espectáculo fuera a más. Tampoco esperaba que fueran a ponerme la alfombra roja allí, o a pedirme que me quedara como a las chicas guapas que he visto por el jardín.

Antes de darme la vuelta, Tyler se acerca a mí, y yo me mantengo muy quieta aguardando a que por fin me eche de su fiesta. A que por fin haga algo que quiero.

No sé si sus amigos siguen cerca, porque tiene una forma de moverse a mi alrededor que hace desaparecer todo lo demás. Tampoco sé si la rubia que le estaba comiendo la boca continúa a la espera.

—¿Por qué no te quedas a tomar algo? —susurra mientras me sonríe—. Vienes vestida para la ocasión, ¿no? —dice, y sus ojos me estudian de arriba a abajo.

Únicamente en ese momento me doy cuenta de que todavía llevo puesto mi pijama.

Para cuando vuelve a mirarme a la cara, estoy roja como un tomate y cruzo mis brazos delante de mi cuerpo con suma velocidad. No estoy segura, pero es posible que mi pijama no sea tan opaco como debería. Necesito salir de allí.

—Arruina tu carrera si quieres —le digo dándome la vuelta.

Resulta que sus amigos permanecen allí, aunque más alejados, y casi choco contra uno de ellos en mi huida: el que me miraba como si me conociera. Sin embargo, es el grandullón quien llama mi atención.

—No creo que pueda grabar más. Ha aparecido una loca de la nada —lo escucho hablar a voces a su teléfono recuperado, y no tengo dudas de que esa loca de la que habla, soy yo.

#4
DE ALGUNA FORMA TENDRÁS QUE PAGARLA ¿CUÁLES SON LAS PROBABILIDADES DE QUE ME CRUCE CON TYLER DESPUÉS DEL ENCONTRONAZO DE SU FIESTA LA NOCHE ANTERIOR? INTENTO RECORDAR LAS VECES QUE HEMOS COINCIDIDO DESDE QUE LLEGÓ AL EQUIPO Y, POR SUERTE, HAN SIDO POCAS, PERO, POR SUPUESTO, LA FORTUNA NO PUEDE ESTAR DE MI LADO POR MUCHO TIEMPO.

Matthew me ha puesto a trabajar en los Premios Sideline de entrenadores, y necesita que le mande ya la confirmación de Henry Taylor para su presentación, así que no me ha quedado otra que ir hasta su despacho, cruzándome con todos los jugadores de la plantilla, incluido el *tight end* que preferiría eludir.

Por supuesto, he esquivado su mirada. No necesitaba saber si seguía riéndose de mí o si volvía a observarme con desprecio. Bastante tenía con sentirme como si aún fuera en pijama delante de todos.

De hecho, iba tan encogida para evitar ser vista, que no me he dado cuenta cuando, ya en el pasillo, un muro de casi dos metros de alto se ha interpuesto en mi camino.

—¡Perdona! —digo rápidamente, controlando que el café que llevo no se me derrame. Cuando alzo la vista, encuentro a uno de los chicos nuevos: Kylen Blaze. Por supuesto, me conozco todo su historial, aunque de su sonrisa y sus ojos oscuros y profundos, mis documentos no dicen nada.

—Perdóname a mí. Estoy tan nervioso que no sé ni por dónde voy —me dice con un gesto tímido que me permite ver su dentadura brillante y perfectamente alineada.

—¿Nervioso? ¿Por qué?

Él se ríe suavemente, y noto cómo sus anchos hombros se relajan un poco al hacerlo. Luego, mira a su alrededor alzando sus manos al aire.

—Creo que estar aquí es bastante intimidante —me confiesa.

Entiendo lo que dice, pues estuve sintiéndolo por mí misma durante mucho tiempo, y eso que mi trabajo no tenía nada que ver con salir al campo y que millones de personas estudiasen cada paso que daba.

—La clave está en disfrutarlo. No te agobies y aprovecha cada día.

Se queda contemplándome durante un momento, como si estuviera pensando en lo que le he dicho, y me fijo en que su sonrisa

no se ha movido de su cara, dibujando dos pequeños hoyuelos en sus mejillas.

—Kylen Blaze. —Extiende su mano frente a mí.

Yo se la estrecho.

—Lo sé.

—¿En serio? —pregunta sorprendido. Obviamente, no es una estrella mundial como lo son Kelscot o McKillen, pero ha sido seleccionado en la primera ronda del Draft. Además, conozco a cada uno de los jugadores del equipo.

—Claro, eres de los Stallions. Mi trabajo es conseguir que llegues lo más lejos posible. En cuanto a la publicidad, quiero decir. Soy Nora, directora de comunicación.

—Lo sé —repite mi respuesta anterior—. Bueno, no. No sé por qué lo he dicho —confiesa después, agobiado—, pero no lo olvidaré.

Frunzo mis labios con una pequeña sonrisa. Ojalá todos los jugadores nuevos fueran tan agradables como él. Y sí, estoy pensando exactamente en el que es todo lo contrario a este chico.

—Blaze, ¡al campo! —escucho a McKillen decir mientras pasa a nuestro lado corriendo, con su melena rubia ondeando a cada salto. —Nora-Bora —me guiña el ojo.

Otros jugadores siguen al *quarterback*, saludándome al tiempo que empujan a Kylen, obligándolo a despedirse de mí con un gesto de la mano.

Me quedo observando cómo se une a sus compañeros entre risas y golpes. Supongo que, vistas las palizas que se pegan en el campo, esos empujones, que a mí me dejarían k.o. en el suelo, no son nada para ellos.

Entonces soy yo la que recibe uno de esos golpes, y el café en mi mano termina empapándome la blusa por completo.

Ni siquiera me estaba moviendo, y cuando el idiota que me ha empujado se planta delante de mí, poco me falta para no tirarle lo poco que queda de bebida en mi vaso de papel.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le pregunto cabreada.

Y Tyler no solo no se disculpa, sino que me muestra su maldita sonrisa, molestándome aún más.

—Deberías dejar de tomar tanto café.

—¡Y tú de ser un idiota! —respondo sin pensar. Echo un rápido vistazo al pasillo y me tranquilizo al descubrir que estamos solos. Luego, respiro hondo. ¿Por qué tiene la habilidad de sacar siempre lo peor de mí? Y sin tener que esforzarse.

Trato de limpiar la mancha de mi camisa, y es tan grande que apenas puede verse el borde. Mi blusa entera está empapada y no hay forma de disimularlo.

—Tengo una reunión importante ahora, ¿sabes? —le digo, restregándome la ropa. Él no ha dicho nada, limitándose a observarme.

—Ya, me encantaría escuchar lo interesante que es tu súper importante y aburrida reunión, pero yo me voy a entrenar. Y no voy hecho un cuadro —se señala la camiseta blanca mientras se aleja de espaldas por el pasillo.

Vuelve a sonreír como un imbécil y se lleva la mano a la frente, dedicándome su maldito saludo militar. Se gira y corre en dirección al campo.

—Ya veremos si acabas hecho un cuadro —lo amenazo, aunque sé bien que ya no puede oírme. Entonces, desando mis pasos y vuelvo al vestuario, en este momento vacío, dejándome llevar por la rabia que ese jugador despierta en mí. Yo también puedo jugar a estropear la ropa de los demás.



La risa de mi amiga Susan retumba contra las paredes de mi departamento, y me alegro de que estemos solas. Ha venido a traerme una blusa de urgencia y se ha negado a irse hasta que le contase qué había pasado con Tyler. Ni siquiera mi reunión le ha hecho cambiar de idea, y cuando he vuelto, dos horas después, seguía esperándome paciente, sentada en mi mesa.

—¿En serio fuiste en pijama? —me pregunta incrédula por el suceso de la fiesta de Tyler. Yo tampoco me lo creería, pero, dadas las horas que eran, resulta que no estaba muy centrada. Y todo el tema del vídeo en directo me cabreó tanto que salí de casa sin pensar más que en estrangularlo.

—¿Qué pijama era? —pregunta mientras se ahoga en su risa.

Yo solo gruño, esperando a dejar de ser el motivo de su diversión.

—Dime al menos que no era el de perritos.

—¡Susan! —la aviso para que deje el tema. Ella, en cambio, parece obtusa a mis intentos y continúa presionándome.

—¿Era el pijama de perritos?

—¡No! —digo más alto de lo que debería. Si ya de por sí el tema Tyler me pone de los nervios, todo el asunto de la fiesta me sobrepasa.

Ella vuelve a reírse y yo sigo con las mismas ganas de ocultarme tras mis papeles que tengo desde que le conté todo el incidente.

—Era el de Italia, el de tu viaje.

—¿El blanco? —pregunta haciendo memoria.

—Sí…

—¿El que se transparenta todo?

Entonces escondo mi cara tras mis manos con un nuevo gruñido. Al llegar a casa después de la fiesta, lo primero que hice fue dirigirme al espejo para comprobar hasta qué punto debería esquivar a Tyler en el trabajo durante el resto de mi vida. La situación no era tan dramática como Susan lo pinta, pero es cierto que se podía intuir mi cuerpo a través de la tela. Y Tyler lo había hecho, pues se había ocupado de hacérmelo saber delante de todos, dejándome en ridículo.

Resoplo, pensando en cuánto lo odio. Ni siquiera soy capaz de recordar lo mucho que me gustaba verlo jugar en el campo hace unos años.

Susan, por su parte, ha dejado de reírse. Aun así, no me fío de ella. Alzo un poco la cara y la veo observándome con sus ojos castaños bajo unas cejas arrugadas.

—Venga, no es para tanto.

—No volveré a ponerme ningún pijama que me regales —le prometo.

—Querida, esos pijamas no son para ponértelos. Son para quitártelos, o que alguien te los quite. En el caso de ayer, Tyler —apuntilla con ganas de hacerme rabiar.

—Ya, seguro que pensaba en eso. Qué raro que, en cambio, me echó de su fiesta y me dejó en evidencia todo lo que pudo.

—Vamos, no puede ser tan malo.

—Es malo. Es odioso. Es un engreído, un presuntuoso, un prepotente. ¿He dicho creído?

Mi amiga se levanta mientras yo sigo con la larga lista de defectos de Tyler.

—Creo que sí. Ah, no. Habías dicho engreído —se ríe, moviéndose hasta una de las mesas libres del departamento—. ¿Dónde quedaron los días en los que no parabas de hablarme de él y sus recepciones? Parecías un disco rayado: que si Kelscot por aquí, que si Kelscot por allá.

—Sabes que dejó de gustarme cuando se portó tan mal con los Stallions. Y cada día que pasa con él en el equipo es peor. Es tal y como esperaba. Piensa que todo debe girar en torno a él.

—Y así es como perdió a su mayor fan —se burla mi amiga de forma dramática.

Yo resoplo, pero no tengo tiempo de contestar. Alguien abre la puerta de la sala acaparando nuestra atención: Tyler, con su pelo rubio empapado, dándole un aura más oscura. O puede que sea porque temo su reacción respecto a nuestra disputa de esta mañana.

La mirada se me va hacia su camiseta. Y no solo porque es la que le he tuneado hace unas horas en el vestuario después de que él estropeara la mía; sino porque la tela se ciñe sin disimulo a su pecho y sus brazos lo justo para hacerme una idea de lo tonificados que son sus músculos bajo ella.

Me obligo a centrarme y echo un rápido vistazo a mi amiga, avisándola de que se comporte, porque no me apetece darle más

motivos a Tyler para fastidiarme.

—Señoritas… —nos saluda amistosamente a las dos. Cosa bastante extraña, especialmente tras nuestro encontronazo de hace unas horas. Se acerca a mi mesa y deja una taza de café sobre ella, llena hasta arriba.

Susan se levanta de un salto, y a duras penas consigue mantenerse en su sitio.

Tyler le ofrece una de sus perfectas sonrisas, poniéndome alerta. Como se le ocurra molestarla a ella, no respondo de mí, aunque me cueste mi trabajo.

—¿Vas a presentarnos, Nora? —El tono del jugador suena tan amistoso como su humor, dejándome congelada por un momento. No estoy acostumbrada a que me dedique su faceta amable, pero si es un juego, procuro seguirlo.

—Es mi amiga Susan, y ha prometido actuar como una fan normal al conocer a los jugadores. —Termino la presentación dirigiéndome a ella, que se estruja los dedos de los nervios.

—Es que no esperaba conocerlo a él —se excusa, incapaz de contener su entusiasmo.

Los tres nos quedamos en silencio, y ellos me miran.

Finalmente, suspiro y aireo mi mano dándoles permiso para conocerse, lo que no tiene demasiado sentido.

—Si a él le parece bien… —murmuro.

Tyler me dedica una gran sonrisa y se queda observándome durante un momento. Luego, se gira.

—Vía libre, Susan.

Sé, desde el segundo en el que dice su nombre, que mi amiga va a estar dándome la brasa más tiempo de lo que merezco. Es como si todo lo que le he contado de las últimas semanas se le hubiera borrado de la mente cuando empieza a dar saltitos enfrente de él, o cuando ambos se abrazan, o cuando empiezan a hacerse selfis.

—Vale, creo que ya es suficiente —les digo mientras hago lo que puedo por alejar a Susan. No ha dejado de dorarle la píldora, y Tyler ya tiene suficiente ego como para que mi mejor amiga se lo aumente.

—No te pongas celosa, puedo hacerme una foto contigo también, si quieres —me dice, jugando a ser la estrella agradable que todos conocen.

Mis cejas se elevan y trato de contenerme al máximo para no perder los papeles.

—Me encantaría, pero estoy trabajando. O lo estaba, hasta que has decidido interrumpirme. Lo que me lleva a… ¿qué quieres?

—Vaya mal humor, jefa. Solo venía a traerte un café, ya que el otro te lo tiraste entero encima.

—Yo me lo tiré… —digo de mala gana, recordando lo que ha supuesto su empujón en el pasillo.

No tenía nada para cambiarme, ni tiempo para ir a comprar o a casa, así que Susan tuvo que traerme una blusa de repuesto. Pero ella es más grande que yo y bastante más segura en cuanto a su cuerpo se refiere, y toda la ropa que me trajo me quedaba enorme o era demasiado escotada. Al final escogí una blusa de seda que he tenido que remangarme varias veces, y que no deja de escurrirse por mis brazos.

Lo mismo me pasa con los hombros, que se me van hacia los lados, como si llevara una prenda de cuello asimétrico.

Cuando me mira, veo cómo disfruta de las malas pintas que llevo, y cuando vuelve a centrarse en mí, y no en mi ropa gigante, se encoge de hombros.

—Si no quieres beberlo, a lo mejor prefieres tirártelo encima. La que llevas ahora está demasiado limpia para tus costumbres, ¿no?

—Cállate —le espeto rápidamente—. He tenido que ir así a la reunión por tu culpa.

Mi manga está de nuevo cubriendo mi mano, así que la aparto molesta, y más aún cuando escucho la leve risa de Tyler.

—Jefa, no puedes quedarte embobada en un pasillo cuando un equipo de cuarenta tíos enormes sale al campo. Podrías hacerte daño.

—Está claro —le respondo de mala gana. No voy a entrar más al trapo, necesito volver al trabajo—. ¿Quieres algo más?

Sonríe antes de contestarme.

—Sí. Venía a enseñarte mi nueva camiseta. ¿Te gusta?

Se sujeta la prenda por el bajo y la estira para que la mire. No puedo evitar sonreír al ver el texto que le he añadido con un rotulador después de nuestro choque: «Soy un idiota».

—Me encanta. Va a juego con tu personalidad.

—Eso pensaba —responde sin perder su buen humor—. Lo que no sé es si te gustará su factura. Es cara de cojones —me explica mientras se aproxima a mí.

—¿Y por qué me iba a interesar ver su factura? Aparte de para saber lo fanfarrón que eres… —le digo tan borde como soy capaz. Él sigue acercándose.

El único motivo por el que no salgo corriendo en dirección contraria es mi orgullo. A borde no va a ganarme, y menos cuando el único testigo es Susan. Con ella no tengo que cortarme. Sin embargo, él sigue disfrutando sin perder de vista mis ojos.

—¿Se la paso a tu contable?

—No tengo, así que no, gracias. ¿Algo más? —pregunto. Mis nervios empiezan a conquistar mi cuerpo, especialmente cuando se aproxima un poco más y baja su voz, haciendo que suene más grave y amenazante.

—De alguna forma tendrás que pagarla.

Llegados a ese punto, mi cerebro se ha desconectado y respondo sin apenas darme cuenta. Mi concentración está puesta en su cara, demasiado cerca de la mía. En sus ojos verdes, que no han dejado de mirarme, en su boca, cuando la abre para respirar.

—Pensaba que ganabas lo suficiente como para pagarte tu propia ropa. ¿Debería hablar con el señor Radford? Mañana me reúno con él —contesto, sin saber realmente de dónde salen mis palabras. Pero hace unas horas ganó en el pasillo; no puedo darle otra victoria, a pesar de que mis piernas temblorosas lo están deseando.

Tyler frunce los labios frente a mí para esconder la curva que dibujan.

—Sé que has sido tú —susurra divertido contra los míos.

—Demuéstralo.

—Solo tengo que hablar con Norman. Hay cámaras en todas partes.

Pienso por un momento en ello. Después, me mantengo firme.

—Entonces tendrías que dejar de esconderte de él como un niño asustado. —Imito su sonrisa, porque los dos sabemos que es cierto—. Y, además, Norman nunca me delataría —añado. Y sé que he ganado este asalto—. ¿Algo más? —pregunto de nuevo.

Tyler se separa de mí mientras se ríe. Me haría gracia su reacción si no estuviera ocupada en recobrar la respiración, porque ha dejado de funcionar y empiezo a marearme.

—Eso es todo, jefa. —Me hace su saludo militar, y se gira hacia mi amiga—. Susan —le hace un gesto de despedida con la cabeza antes de salir de la sala.

Para entonces, yo caigo derrotada sobre mi mesa y tardo un momento en recuperar el aire.

—¿Hola? ¿Me cuentas qué ha pasado y cuándo planeas acostarte con él? —pregunta mi amiga según la puerta se cierra.

—¡¿Qué?! —respondo incrédula.

—Joder, ¿soy la única que veía cómo os tirabais la caña? —Se le nota el entusiasmo cuando me muestra una sonrisa más amplia de la que debería tener. ¿Dónde están las amigas leales cuando una las necesita? Debería estar malmetiendo sobre Tyler y lo insufrible que es.

—A mí me sonaba más bien a dardos envenenados.

—Ya, envenenados de tensión sexual. Nena, estabais tan cerca el uno del otro que pensaba que os lo ibais a montar en la mesa directamente.

—Susan, por favor —es lo único que le digo, porque no doy crédito a las tonterías que salen de su boca. —¿Tú has visto lo que me ha hecho en la blusa nueva? Y ni siquiera se ha disculpado.

—Bueno, ha venido a traerte otro café.

—Sí, para tirármelo también. Si se ha cortado es porque estabas tú delante, y ha preferido ser el famoso perfecto y agradable contigo para molestarme.

—¿Te molesta que sea agradable conmigo? Porque eso tiene un nombre, amiga: «celos».

—No, en realidad se llama «la traición de una amiga». ¿No llevo semanas contándote lo mal que se porta conmigo?

—Vale. Pero es que ha sido realmente amable. Y contigo también; te ha traído un café. —Encoge los hombros porque sabe que no puedo rebatírselo. Así que resoplo a su lado en señal de enfado.

—¿Podemos centrarnos? —le pido por fin, intentando volver al trabajo. Sin embargo, algo me dice que Susan no va a dejarlo estar tan fácilmente. No solo ha conocido a un jugador de fútbol, con lo fanática que es, sino que ha conocido a Tyler Kelscot. Y, por si fuera poco, ha sido encantador con ella.

En cuanto a ponerme las cosas difíciles, la estrella del equipo tiene un don.

—La verdad es que ahora mismo no creo que pueda —me confiesa mi amiga y, para mi desgracia, me siento exactamente igual.

#5
HEMOS VENIDO A ENTRENAR, NO DE PASEO

Últimamente tengo más ganas de entrenar que de costumbre. Especialmente cuando me toca enfrentarme al novato.

No tiene nada que ver con que lo pillase hablando con Nora en el pasillo hace unos días, o que los haya encontrado charlando en más de una ocasión dedicándose sonrisas continuas como un par de enamorados. Lo que me molesta es que haya conseguido caer tan bien a Nora mientras que a mí no puede ni verme, y ni siquiera sé por qué.

—Vas a acabar con el pobre chaval —me dice McKillen. El *quarterback* y capitán del equipo se acerca a mí, y la forma que tiene de observarme me pone nervioso una vez más. Como si pudiera

descubrir más de mí que lo que muestro. Y no necesito que nadie me conozca, solo que me hagan buenos pases.

—Hemos venido a entrenar, no de paseo, ¿no? —respondo guiñándole un ojo—. Venga. —Saco a relucir mi mejor sonrisa y me alejo trotando.

Paso al lado de Blaze, que permanece sobre el césped respirando con dificultad, y le extiendo la mano.

—¿Cómo vas? —le pregunto, y lo ayudo a levantarse apretando mi agarre más de lo necesario. Puede ganarme en los pasillos, pero en el campo mando yo.

La mirada de McKillen sobre mí me recuerda que no estoy compitiendo contra él; que es de mi equipo.

—Venga, colega. Estás en la NFL, en los Stallions; tienes que darte un poco de caña —lo animo dándole un fuerte golpe en la espalda.

Él me sonríe, como si partirle el pecho fuera un gesto de amistad, y se recoloca sus protecciones. Casi me da pena. Casi.

Luego, sale corriendo hacia su posición, y yo hacia la mía.

—¿Todo bien? —me pregunta el *quarterback* cuando me preparo para mi próxima carrera. Tiene una de sus cejas levantada y sus ojos azules me observan con detenimiento.

—Sí. Hoy me he levantado con ganas.

—Bueno, pues no te pases con Blaze. Solo lleva unas semanas. No quieras desmotivarlo.

—Entendido, capi —le digo antes de prepararme en mi posición. Sin embargo, no voy a dejar de presionarlo. Quizá así pueda borrarle esa estúpida sonrisa de la cara, que cada vez me molesta más.

El único problema de darlo todo en el entrenamiento es que, de alguna forma, he animado al resto del equipo, y el 34, Bonner, me está reventando con sus placajes.

Con el último, decido quedarme tumbado un rato. Además, hace tanto calor hoy, que estoy seguro de que el traje me pesa el doble, y eso que vamos ligeros de equipación. Hasta el césped bajo mis brazos me quema la piel cuando resoplo tirado en el suelo.

—¿Qué coño ha sido eso? ¡Caballeros, están en los Stallions! Si quieren volver a su equipo de instituto, ya saben dónde está la puerta —grita el entrenador Taylor cuando terminamos la jugada. El cabrón del 34 me ha pillado a la primera y no ha tenido reparos en placarme como si estuviéramos en la puta Super Bowl.

—Pensaba que hoy te habías levantado con ganas. —McKillen aparece sobre mí, tapando el sol que ataca mis ojos y con un gesto de pura diversión. Vislumbro cómo me alarga su mano y la estrecho para ayudarme a levantarme, pero no le contesto. Sabe que no puedo hacerlo—. Tómatelo como algo personal —me dice después de reírse suavemente ante mi silencio. Me da un golpe en la espalda y continúa sonriendo a pesar de mi gesto de circunstancia—. Te estudiamos para el partido contra los Ramparts el año pasado. Bonner conoce todos tus trucos. Quizás deberías cambiar tus tics. Me gustaría ganar alguna jugada, para variar —me recomienda antes de salir corriendo hasta el centro del campo, donde ya nos esperan los demás.

Me froto las lumbares mientras pienso en ello, y es entonces cuando una camiseta roja llama mi atención en la banda.

Escucho un silbido y McKillen me llama para que me una al grupo.

Según me acerco a ellos, puedo ver a Nora a lo lejos. Su pelo hoy no tiene tantos mechones sueltos, aunque estoy seguro de que me va a sacar de quicio igualmente.

—¡Eh, Tyler! —El *quarterback* llama mi atención y todos se giran para mirarme. No tengo ni idea de lo que han estado diciendo.

McKillen vuelve a agacharse a explicar la jugada y yo hago lo posible por entender todo, a pesar de que mi concentración está fuera de juego.

Cuando hacemos una nueva carrera, Bonner me placa sin miramientos. No consigo escapar de él. Está claro que me conoce, y cuando he amagado con recortar en la línea de diez yardas, no se lo ha tragado y se ha lanzado sobre mí.

Pero no me duele tanto el pecho hundido como que Nora lo haya visto. No necesito darle más motivos para que me lea la cartilla.

—¿Aún no has tenido suficiente? —me dice Bonner, acercándose a donde estoy tirado.

—Se ve que no —contesto con el mejor ánimo que puedo fingir.

Las siguientes jugadas no van mucho mejor. Bonner me ha placado en todas y mi humor sigue empeorando por segundos. Encima, no dejo de pensar en lo que estará ocurriendo en la banda.

—¡Señores, un descanso! Hace demasiado calor —grita el entrenador ofensivo cuando todavía me estoy levantando del suelo.

Zanovich se quita el casco al momento.

—Joder, estaba a punto de desmayarme —anuncia.

Otros a mi alrededor se ríen y salen trotando. Yo los sigo con menos ganas.

—Te acostumbrarás a este calor —McKillen me da un golpe en el pecho antes de echar a correr.

Me acerco al borde del campo, donde todos están agotando las botellas que han dejado los utilleros.

Nora no ha dejado de mirarme, pese a que intenta disimularlo. Y por algún motivo que desconozco, yo no dejo de mirarla tampoco. Tardo un rato en darme cuenta de qué es lo que me llama la atención: su sonrisa. No estoy acostumbrado a verla, porque no suele dedicármela. Para mí tiene reservadas sus cejas arrugadas.

—Nora-Bora —escucho a McKillen canturrear mientras alarga el puño que ella le choca tímidamente. Su gesto cambia en ese instante. Su boca se ha cerrado y se le marca un pequeño hoyuelo en la mejilla derecha que no había visto antes—. ¿Qué te trae por aquí? —le pregunta el *quarterback* después de agacharse a por su botella.

—Tenía que ver unas cosas con Henry para los Sideline.

—¡Eh, entrenador Taylor! ¿Lo ganas este año? —se escucha a Kovacs gritar desde el otro lado de la banda. Me fijo en que todos han hecho un corro alrededor de Nora y yo soy el imbécil que se ha quedado en medio. Me muevo disimuladamente y veo cómo ella se fija en mis piernas.

Estoy seguro de que no he cojeado, pero me he llevado tantos placajes que estoy reventado, y eso no puedo esconderlo.

Cuando alcanza mis ojos, relaja las cejas rápidamente y aparta la vista.

—Eso dependerá de lo nenazas que seáis esta temporada —contesta Taylor—. ¿Vais a quedaros todo el día bebiendo y quejándoos, o vais a entrenar?

La sonrisa de Nora vuelve a aparecer ante su comentario. Mis compañeros, en cambio, suspiran al ponerse de nuevo el casco.

Cuando termino de ponerme el mío, la encuentro otra vez observándome y dedicándome su cara falta de amabilidad.

—¿Buscas algo? No has parado de babear desde que has llegado al campo. ¿Quieres un autógrafo? —le digo.

Hace un sonido al exhalar consternada.

—Quería comprobar que todo estaba bien. Te he visto hecho polvo en el suelo —me dice sin apartar su mirada de la mía—. Quizás demasiada fiesta. Aunque no me has informado de ninguna últimamente.

En lugar de responder, le lanzo mi botella de agua, que ella pilla al vuelo contra su carpeta, y me señalo la boca.

—No necesito una niñera, solo un poco de agua. Si te vas a quedar mirando, al menos haz algo útil. Tengo sed —le digo.

Ella aprieta su mandíbula y sonríe tan falsamente como sus labios le permiten. Destapa la botella y me la acerca.

Yo abro la boca, satisfecho por la victoria, y, un momento después, descubro que me he adelantado con mi celebración.

Un chorro congelado me estalla contra la cara. Los ojos, la nariz... Se las ha arreglado para empaparme entero, excepto donde debía llegar el agua.

Voy a quitarle la botella de un rápido movimiento, y, en lugar de eso, tiro de su muñeca y la acerco hacia mí, incapaz de contener mi repentina ira mientras un gruñido se me queda en la garganta.

Estoy demasiado cabreado para moverme, manteniéndome a unos centímetros de su rostro.

Por la periferia de mi visión compruebo que están todos tensos a nuestro alrededor y, sin embargo, nadie dice nada. Nora debe notar lo mismo que yo, aunque sus ojos marrones no han abandonado los míos.

Enseguida se relaja. Salvo su mano, que continúa apretando la botella fuertemente. Es como si quisiera fingir que todo está bien, pero a mí no puede ocultarme su nerviosismo.

—Pensaba que tenías calor —me dedica una amplia sonrisa que no puedo evitar corresponder. Las agallas que tiene me sorprenden, a pesar de haberla visto encarar en mi fiesta a Curtis, que asustaría al más pintado.

Entonces hace un ligero movimiento y me doy cuenta de que todavía la estoy sujetando.

—¿Todo bien? —pregunta McKillen acercándose con cautela.

—Sí. Solo que tiene que mejorar su puntería —digo sin mirarlo. Mis ojos siguen sobre los de Nora—. Se hace así —continúo. Y antes de que su sonrisa se borre, aprieto la botella en su mano y la dirijo hacia su cara, apuntándole directamente a la boca.

Mueve su carpeta para taparse demasiado tarde y dejo de lanzarle agua. Se queda mirándome a medida que el enfado va inundando sus facciones. Está a punto de ponerse hecha una furia, y me muero por verlo.

—Tienes que practicar tu puntería, *Nora-Bora* —le recomiendo, haciendo hincapié en el apodo cariñoso que el resto del equipo le dedica para terminar de cabrearla del todo.

Su pecho se hincha al inspirar profundamente. Luego, alza una mano para secarse como puede la cara, y cuando me mira, lo hace con un intento de sonrisa.

—Lo tendré en cuenta —me asegura.

Ante su respuesta, comienzo a reírme. Me va a costar más de lo que pensaba sacar toda su ira. Pero estoy determinado a conseguirlo.



La presencia de Nora en los entrenamientos empieza a ser la norma. Cuando no tiene que preparar algo para las redes, tiene que hablar con algún jugador sobre alguna campaña. De hecho, habla con todos, excepto conmigo. No necesito saber el motivo.

Pensaría que se ha rendido en lo que respecta a vigilarme, o a mí en general, salvo porque Riley me da la lata cada día con alguna campaña en la que está trabajando con la jefa de comunicación del equipo.

El único intercambio que tengo con ella, en ocasiones, es a través de las miradas. Por lo demás, sale huyendo en cuanto me acerco, y no puedo reprochárselo, porque siempre estoy dispuesto a soltarle alguna bordería.

Hoy no he podido ver sus ojos marrones ni una sola vez. Están enfocados en la pantalla de su teléfono, que no ha dejado de toquetear durante todo el entrenamiento.

Se me ocurren varias cosas que decirle que podrían sacarla de quicio, y, finalmente, decido que voy a acercarme a molestarla cuando terminemos esta ronda de jugadas.

Me preparo en la línea de golpeo y, cuando McKillen da la señal, empieza el movimiento. La jugada es para Blaze, pero hago mi carrera igualmente, intentando dar a Bonner un poco de su propia medicina. Sin embargo, antes de que el 34 me alcance, me freno al ver al novato corriendo hacia la banda.

«Joder».

Está tan pendiente del balón y de la jugada, que no ve a dónde se dirige. Nadie a mi alrededor parece darse cuenta de que Blaze va a arrollar a Nora. Ni siquiera ella, que sigue ensimismada en la puta pantalla de su teléfono.

Me quito de encima a Bonner y salgo corriendo hacia ella. Eso hace que me gane unos cuantos gritos del entrenador, pero puede gritarme lo que quiera. Mis pies no se detienen. Es más, trato de sacarle más potencia a mis piernas, que ya están bastante jodidas tras el entrenamiento de hoy.

Cuando llego hasta Nora, no me detengo. Intentar placar a Blaze nos supondría un buen golpe a mí, y a ella por sucesión. En lugar de eso, tiro de su brazo y giro sobre mí casi en el mismo instante en que Blaze llega a donde estaba Nora una milésima antes.

Mis pies, por el contrario, no han sido tan rápidos y se cruzan con los del novato, tropezando con el choque. En lugar de protegerla del golpe, soy yo quien se abalanza sobre ella haciéndola caer conmigo.

La abrazo sin pensarlo y sujeto su cabeza con una mano en un rápido movimiento mientras con la otra intento frenar la caída cuando llegamos al suelo.

Y, de pronto, todo termina. El césped se hunde bajo mis brazos y la respiración cortada de Nora acaricia mi cuello. Sus brazos rodean mi torso, tan fuerte, que no me permiten moverme para comprobar que sigue de una pieza.

Mi mano permanece cubriendo su nuca, y aprieto suavemente mi agarre para hacerle ver que todo ha terminado. Más tarde, mi otra mano sube hasta su cintura, amoldándose a ella como si fuera su posición natural.

—¿Estás bien? —pregunto preocupado. No se me escapa que al intentar apartarla de la trayectoria de Blaze me la he llevado por delante, y no creo que esté acostumbrada a placajes de tíos de cien kilos.

Sigue con los ojos cerrados hasta que presiono mis dedos en su cintura. Los abre y, después de un momento, se centran en mí. Descubro de nuevo el toque dorado que esconden.

A nuestro alrededor, la gente se acerca corriendo, pero apenas me percato de ello. Únicamente veo a Nora. Y, por cómo me mira, diría que ella solo me ve a mí.

Sin embargo, todavía no es capaz de decir nada, y empiezo a acojonarme.

—¿Estás bien? —vuelvo a preguntar, esta vez en un susurro. Me preocupa que incluso mis palabras puedan hacerle daño ahora mismo.

Mientras caigo en sus ojos, mi cabeza no deja de repetir lo que ha pasado, buscando cualquier otra forma de haberle evitado el golpe, y de evitarme a mí lo que seguramente será una regañina por su parte.

Entonces, pestañea varias veces seguidas, y casi oigo el clic en su cabeza al volver en sí. En un instante, se percata de que soy yo quien está sobre ella, porque retira sus brazos de mi cuerpo, aunque no del todo. Sus manos se mantienen sobre mis costados.

Trata de asentir con la cabeza, y lo hace de forma tan leve, que solo me doy cuenta porque estoy totalmente enfocado en ella.

El ruido que hacen los que se han acercado hasta nosotros es tal, que no puedo seguir fingiendo que no existe. Sobre todo, cuando unos brazos tiran de mí para levantarme. Pienso en negarme, pero permanecer encima de ella no va a ayudarla a encontrarse mejor.

Aun así, no aparto la vista de su cara, ni siquiera cuando los jugadores me rodean y el cuerpo médico se acerca a ella.

La ayudan a sentarse, despacio, y descubro que he estado conteniendo el aire todo este tiempo.

Parece estar bien. McKillen, Kovacs y otros jugadores me están preguntando qué coño ha pasado. Siendo sincero, yo no lo entiendo mucho mejor que ellos. Ni siquiera recuerdo haber decidido correr hasta ella para salvarla. Simplemente, lo he hecho.

Una vez se levanta del suelo, veo cómo descubre que todo el equipo está rodeándola, y su cara comienza a teñirse del mismo color que el logo de su camiseta. Busca algo con la mirada, y únicamente termina de escudriñar a su alrededor cuando sus ojos dan conmigo. Me estaba buscando a mí.

Espero su gesto de cabreo reprochándome haberla lanzado por el campo y, en cambio, no lo veo. No dice nada. Solo me mira.

Alguien la empuja con una delicadeza que yo no he tenido y se la llevan de allí. Al menos sale andando por su propio pie y la veo sacudir su cabeza, intentando calmar a los que hablan con ella. Yo me pregunto si de verdad está bien, o si simplemente quiere quitarse de encima toda la atención recibida.

#6

LO HE PENSADO

Hace ya dos días que ocurrió el accidente con Nora, y todavía no la he visto. He podido saber algo de ella gracias al equipo médico. Le hicieron una pequeña revisión cuando llegaron al edificio. Se estuvo negando a hacerse más pruebas, pero al final la convencieron para que fuera al hospital a comprobar que no tuviera ninguna conmoción.

No he dejado de recordar cómo sucedió todo. Estoy seguro de que protegí su cuello y su cuerpo en la caída, aunque eso no significa que no saliera malherida. Aun así, su desaparición repentina no ha dado tregua a mi preocupación.

No sé si se ha tomado unos días o si simplemente ha estado evitando los entrenamientos.

Al menos, esta mañana, cuando he llegado al Complejo Stallions, he visto su coche en su aparcamiento.

—Vamos cabrón, llevas dos días empanado. —Jonah, el *tackle* defensivo, me presiona para que siga moviéndome bajo el peso de la máquina—. ¿Otra noche con la rubia esa?

Me quedo mirándolo con el ceño fruncido. Luego, en lugar de contestarle, decido ignorarlo y empujo con más fuerza la pesa que tengo sobre los hombros. El pecho me arde, al igual que las piernas, los brazos, y en general todo el cuerpo. Pero rara vez eso me detiene.

Al ver que no contesto, se ríe a mi lado.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te guardas la intimidad? Vi el vídeo de la otra noche, como medio país —me informa.

Dejo de moverme y lo miro.

—Me alegro de que lo disfrutaras. Aunque deberías ponerte hielo en la mano, no quiero que me echen la culpa de jodértela. —Bajo la mía cerrada en un puño a la altura de la cadera y la muevo arriba y abajo con velocidad.

Él se ríe a mi lado, exasperándome. Yo, continúo empujando las pesas, cada vez más molesto.

—Venga tío, que estoy de coña. Bastante te controlaste con ese pibón. Yo la habría liado mucho antes.

Hago amago de reírme, pero lo que menos me apetece es hablar de aquella noche.

Pongo cinco kilos más a la pesa y sigo trabajando, soltando un gruñido del esfuerzo.

—¡Tyler! Chico, te vas a hacer daño —me grita McCain, el entrenador físico, desde el centro de la sala.

No le contesto, y me mantengo concentrado en el dolor de mis músculos. En cómo tiran de mi piel cuando elevo el peso. En cómo el fuego recorre mi cuerpo mientras empujo.

Jonah sigue a mi lado, hablándome de gilipolleces. Lo único que he captado es que quiere que lo invite a mi próxima fiesta, y yo le he dicho que sin problema. Con tal de que me deje en paz, le prometería cualquier cosa.

No sé cuántas repeticiones llevo. Apenas puedo respirar. Mi último gruñido acaba transformado en un grito y salgo de ahí antes de que el peso me aplaste.

—Joder Tyler, ¿qué coño haces? —me pregunta McCain cabreado.

Yo aún estoy resoplando, incapaz de erguirme, y me tiro sobre la colchoneta roja.

El entrenador se acerca a mí con cara de pocos amigos. Preveo la bronca que va a echarme, pero, por suerte, unos silbidos llaman su atención. La mía también, aunque estoy tan agotado que no puedo ni moverme.

Un momento después, el motivo del revuelo aparece frente a mí. Comparte el gesto con McCain, pero no hay duda de que es mucho más guapa. La camiseta que ha escogido hoy parece clásica, o puede que simplemente se haya pasado de lavadas, porque tiene el logo de los Stallions medio borrado sobre la tela roja. Le está tan grande como todas las camisetas que se pone cada día.

—¿Un deportivo negro es tuyo? —Recita molesta la matrícula que tiene apuntada en su carpeta. No tengo duda de a qué se debe su cabreo, porque lo he provocado deliberadamente esta mañana.

Aun así, me hago el loco y le dedico una de mis sonrisas ineficaces con ella.

—Un Jesko Absolut. Bonito, ¿eh?

—Has aparcado delante del mío y no puedo sacarlo —me dice.

—No recuerdo haber aparcado delante de ningún coche.

—Un Ford rojo.

—¿El del desguace?

—¿Qué?

—Pensaba que estaba abandonado, para desguazar. ¿Conduces eso?

—Sí, conduzco eso. Y que no valga millones no significa que esté para desguazar. Funciona perfectamente.

Resulta más fácil molestarla de lo que pensaba. O cada vez tiene menos paciencia conmigo.

Me levanto de la colchoneta y me acerco a ella. No necesito hacerlo demasiado para que quede patente nuestra diferencia de altura.

—No me contestaste —le digo serio, ignorando el tema de los coches.

Debe notar el cambio en mi voz, porque casi escucho cómo traga saliva.

—¿A qué? —murmura.

—A si estabas bien —le recuerdo la pregunta que le hice cuando estábamos los dos en el suelo.

Su cara vuelve a reflejar el color de los Stallions, y sé que está recordando tan bien como yo lo que pasó hace dos días.

— Ya, sí… —titubea—. Fue por el susto… Pero… Sí, estoy bien.

Da un paso hacia atrás, chocando contra la máquina de poleas a su espalda. Yo me aproximo más a ella, y me apoyo sobre la estructura, colocando mi brazo por encima de su cabeza, dejándola entre mi cuerpo y las pesas que tengo que levantar.

—Me alegro.

—Ya, yo… Bueno, gracias —dice.

Me quedo por un momento observándola, y cuando abre su boca para respirar, soy incapaz controlar mi mirada, que desciende hasta sus labios.

—Vaya —me obligo a hablar de nuevo, porque lo que estoy pensando no tiene ni pies ni cabeza.

Sus pestañas se mueven dos y tres veces mientras se centra.

—¿Qué?

—Eso sí debe haberte dolido —continúo divertido, especialmente cuando se muestra todavía confundida—. ¿Qué se siente al dar las gracias a un idiota? ¿A deberle la vida?

Tiro de la polea sobre la que me había apoyado y, en cuanto se aparta, empiezo con mis repeticiones. No la miro, pero sé que no va a quedarse sin responder.

—¿Deberle la vida? Se te está subiendo un poco a la cabeza, ¿no? —me dice, provocándome una carcajada—. Además, creo que lo único que evitaste fue que me llevase un placaje de Blaze, llevándome uno tuyo a cambio. Así que gracias por casi partirme dos costillas.

Suelto al instante la barra de la que estoy tirando y las pesas hacen un estruendo al caer de golpe. Nora da un salto por el susto, pero permanece callada, al igual que media sala.

—¿Qué? —pregunto. Nadie me ha dicho nada de contusiones—. ¿Tienes fisura? ¿O…? —dejo la frase sin acabar, y mis ojos recorren su cuerpo con velocidad.

De haber ocurrido algo así, me lo habrían dicho, ¿no? Aunque solo fuera por echármelo en cara. ¿No lo habría hecho?

Cuando comprende lo que me estoy preguntando, comienza a mover sus manos frente a ella.

—Ah, no, era una broma —me dice antes de que mi mente siga divagando con los peores escenarios.

—¿Te lo miraron en el hospital? —le pregunto.

—Tyler, estoy bien.

Me quedo mirándola, porque no sé si dice la verdad. Supongo que, si realmente la hubiera lesionado, el equipo entero se me habría echado encima. Aquí todos la adoran.

Con ese pensamiento en mente, vuelvo a la máquina y sigo tirando de las poleas bajo su mirada.

—Y bueno, ¿a qué has venido entonces? ¿Echabas de menos mis pectorales? Los sobaste bien cuando estabas en el suelo.

La miro de reojo mientras sigo trabajando. He vuelto a conseguir que se sonroje. Puede que mis sonrisas no funcionen con ella, pero cada vez que busco picarla, consigo que muerda el anzuelo, y tiene la piel tan clara que cualquier rubor se le nota enseguida.

—¿Qué dices? —casi grita nerviosa.

Yo me rio a su lado y dejo de trabajar. El espectáculo es demasiado bueno para perdérmelo.

—Digo que no te apartabas de mí. —Me cruzo de brazos frente a ella.

—Ya bueno —me mira con dureza—, puede que me estuvieras aplastando. ¿Lo has pensado?

Me agacho hasta quedarme a su altura antes de contestar.

—Si, lo he pensado —reconozco con la máxima seriedad que consigo mostrar. Está tan sonrojada que me cuesta no echarme a reír, sobre todo cuando se da cuenta de lo que quiero decir. Pero, a mi pesar, es verdad. Ese momento no se me ha ido de la cabeza en los últimos días, y no solo por la preocupación de haberla hecho puré. No he dejado de dar vueltas a otras decisiones que podría haber tomado. Que debería haber tomado.

—Necesito que muevas tu coche, por favor —trata de recuperar el control de la conversación.

—Claro, jefa —le aseguro. Sin embargo, sigo haciendo el ejercicio en la máquina.

Tarda más de lo que esperaba en volver a acercarse a mí.

—¿Planeas hacerlo pronto?

La miro con la sonrisa que tanto le molesta. Está claro que hoy se está conteniendo bastante bien y no me va a ser fácil hacer que pierda los papeles.

—Termino esta serie y estoy contigo. Puedes quedarte a mirar —le propongo mientras vuelvo a concentrarme en la máquina. O a fingir que lo hago.

Ella resopla a mi lado, saca su móvil y se pierde en él. Ni siquiera el ruido que hago al estampar las pesas contra las poleas llama su atención. No sé cómo es capaz de olvidarse del mundo cuando se pone a trabajar.

Antes de poder detenerme a mí mismo, me acerco a ella y le quito el teléfono de las manos.

—Deberías dejar esta puta pantalla. Casi hace que te maten hace dos días.

Le muestro el móvil y ella lo recupera rápidamente.

—¡Casi lo haces tú!

—En realidad, yo te salvé, ¿recuerdas? Por eso hoy has venido a darme las gracias.

—*En realidad* —repite exasperada—, he venido a pedirte que muevas tu coche.

—¿Entonces qué hacemos aquí? —Me marcho sin darle la oportunidad de responder.

Según cruzo la sala, algunos chicos se quedan mirándonos, pero McKillen es el único que me hace sentir incómodo. Así que le guiño un ojo y le dedico mi saludo militar. Sé que en cualquier momento se le acabará la paciencia. Hasta entonces, puedo divertirme un poco.

Abro la puerta del gimnasio y dejo pasar a Nora antes de hacerlo yo.

Andamos en silencio por los pasillos hasta llegar al vestuario, donde tengo mis llaves.

Dado que todos están en el entrenamiento, Nora entra conmigo sin problema, y veo que su cara no está tan roja como cuando la vi pasar la última vez.

—¿Por qué no me sorprende que guardes las cartas de tus fans? ¿Vienen con teléfono incluido? —dice echando un vistazo a mi casillero.

No sé a qué se refiere, por lo que sigo su mirada, y entonces veo el sobre encima del asiento. Tiene mi nombre escrito a mano junto a un corazón, y estoy seguro de que no estaba ahí cuando me marché a la sala de máquinas.

Lo alcanzo y lo abro esperando encontrar alguna carta de un fan con la que darle en las narices a Nora. No todo el mundo me soporta tan poco como ella.

Pero lo que encuentro dentro me deja sin palabras.

Nora, en cambio, tiene las que yo no puedo pronunciar: —¡¿Por qué tienes una foto mía?!

Su voz resuena aguda contra las paredes del vestuario mientras me quita la fotografía de las manos.

#7

UN POCO DE ESTRÉS, NADA MÁS

Siento que el corazón se me va a salir por la boca cuando veo mi foto en las manos de Tyler. Y no una foto cualquiera, sino una en la que está él también, sobre mí. El cuadro es tan cerrado que parece que está ocurriendo algo entre nosotros, aunque un momento antes hubiera estado a punto de aplastarme con un placaje.

Lo que más nerviosa me pone es que se me ve absolutamente ensimismada con él. Cualquiera pensaría, al verla, que se trata de una escena romántica en la que estamos a punto de besarnos.

Noto el calor recorriendo mi cuerpo hasta alcanzar mi rostro mientras sigo revisando la imagen. Le doy la vuelta, y no encuentro ningún mensaje escrito en el reverso.

—¿Qué es...? ¿Qué es esto? —pregunto acelerada.

—Yo creo que es bastante obvio —me dice él, a punto de echarse a reír.

—¿La has pedido tú? —¿Por qué se lo toma a risa? ¿Por qué tiene esta foto en su asiento? Si es alguna idea para fastidiarme, no tiene ninguna gracia.

Cuando alzo la mirada, compruebo que permanece tan relajado como antes de encontrar el sobre.

—Es lo que te gustaría, ¿eh? —me pregunta con su estúpida sonrisa iluminándole la cara—. Tenerme soñando contigo.

—¡Claro que no!

—Bien, porque no es así. —Sus ojos no me abandonan, y no sé si espera ver decepción en los míos, pero no voy a mostrarle nada parecido. Soy muy consciente de que ningún jugador se fijaría en mí si no es para solucionarles un problema con los medios.

—Dime por qué tienes esta foto —le insto en su lugar.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? No me has dejado ni verla.

Sin esperar, se la entrego y lo observo mientras la estudia detenidamente. La gira en sus grandes manos y encuentra en el reverso lo mismo que yo: nada. Ningún mensaje, ninguna firma. Ninguna pista.

Entonces vuelve a mirarla con detenimiento, entrecerrando los ojos. Quizá ha visto algo que a mí se me ha pasado. Sin embargo, después de un tiempo, sigue sin hacer ningún comentario impacientándome.

—¿Y bien? —pregunto exasperada. Este hombre tiene la habilidad del fútbol para muchos; para mí ha reservado la de sacarme de quicio.

Me muestra la foto, y continúo a la espera de una respuesta.

—Salgo guapo, ¿eh? —me dice exhibiendo una gran sonrisa.

Hago el intento de quitarle la foto hasta que eleva el brazo con avidez, apartándola de mi camino y manteniéndola en alto.

—¡Dámela, Tyler!

—¿Por qué? Estaba a mi nombre, ¿no?

Lo empujo, aunque mis manos rebotan sobre su duro pecho y soy yo la que da un paso hacia atrás.

—Cuidado, jefa —me dice socarrón.

—¿Por qué tienes esa foto? —vuelvo a preguntar.

Él encoge los hombros pensando en su respuesta. Una respuesta que con seguridad no me va a sacar de ninguna duda.

—Alguien ha querido hacerme un regalo.

—¿Un regalo? Soy yo la que sale en ella —le recuerdo.

—Yo lo que veo es mi momento heroico. De hecho, si no estuvieras hecha una furia delante de mí, incluso pensaría que eres tú quien la ha puesto ahí.

—¡No digas tonterías! Cuando hicieron esta foto yo estaba siendo aplastada por un imbécil.

—Un idiota —me corrige.

—¡También! —suelto irritada.

Se ríe frente a mí. Que nada le preocupe me sienta aún peor.

—Tyler, ¿por qué tienes esta foto? —lo intento una vez más. Y en esta ocasión ha debido notar mi tono preocupado, o quizás derrotado, porque me mira intensamente, y no veo más bromas en su gesto.

Después de un instante en el que creo que se está pensando si responderme con sorna o no, se pasa la mano por la cara al mismo tiempo que resopla.

—No lo sé —confiesa.

—No la has… encargado tú, ¿no? —me atrevo a preguntar. Es del todo improbable que quiera tener una foto mía, salvo para hacerme la vida imposible. Cosa que no descarto.

—¿Por qué iba a hacer algo así? Joder… —Mueve la cabeza sorprendido—. De verdad crees que soy lo peor.

—No es que crea… —Corto lo que iba a decir, porque en realidad sí que tengo mala opinión de él, pero no estoy segura de si tanto—. A lo mejor era para fastidiarme.

—La línea de cabrón a psicópata no la he cruzado todavía —me dice, y esta vez es él quien se muestra enfadado.

—Vale —asiento débilmente. La de estúpida yo sí la he pasado. A estas alturas ya no sé si seguir preguntando, o callarme e irme.

Finalmente, y ante su mirada severa, me decido por la segunda opción.

Sin embargo, Tyler me sujeta por el brazo. En ese mismo instante, una corriente lo atraviesa desde el punto donde me ha tocado. No estoy segura de a qué se debe. Posiblemente a los nervios de que alguien me haya estado fotografiando.

Me mantengo quieta hasta que consigo mantener a raya mis nervios, y luego me giro. Cuando miro a Tyler, él me observa, y sus cejas no se han relajado ni un milímetro.

—Es posible… —Se queda callado y me mira. Por cómo lo hace, parece esperar a que salga corriendo. Así que me yergo frente a él, demostrándole que no lo haré. Entonces, suelta mi brazo, acariciándolo levemente mientras hace descender su mano.

—¿Tyler? —lo animo a continuar, obligándome a no pensar en el cosquilleo que ha dejado en mi piel.

Él vuelve a alzar su mirada, que se había distraído con su mano moviéndose a la misma velocidad que mi hormigueo.

—Creo que podría ser uno de esos acosadores —suelta del tirón.

Mi boca se mueve por iniciativa propia, abriéndose tanto que, de mantenerse así, me dejaría un buen dolor de mandíbula.

Sus palabras se repiten frenéticamente en mi cabeza, aumentando su ritmo a la vez que las pulsaciones de mi corazón. No puedo haber escuchado bien.

—Uno de esos acosadores —repito—. ¿Uno de los que Norman quería hablar contigo cuando tú pasaste de él?

—Sí.

—¿Uno que ahora me hace fotos a mí también? —pregunto y junto mis manos, porque me noto perdiendo los nervios y sé que mis dedos temblorosos serán los primeros en mostrar mi agobio.

—Mira, es solo porque estabas ahí en ese momento. No tienes de qué preocuparte. Son inofensivos —me asegura él.

—Ya, gracias —le espeto tratando de ignorar la presión que empiezo a sentir en mi pecho y mi cabeza—. Perdona si me tomo un poco más en serio que un desconocido vaya haciéndome fotos sin mi consentimiento y dejándosela en el vestuario a la estrellita del equipo.

Mi cabeza está tan abrumada de miedo y preguntas, que no controlo lo que sale de mi boca, y no sé qué he dicho que lo hace reír.

—¿Y ahora de qué demonios te ríes? —Estoy a punto de gritar y, sinceramente, no sé por qué me contengo. Estamos solos en el vestuario y nadie se enteraría.

—Nada, me hace gracia que me llames «la estrellita del equipo». De pequeñito tengo poco, ¿sabes?

Entonces se acerca a mí, haciéndome sentir diminuta a su lado. Le doy un empujón en el pecho que no lo mueve del sitio.

—De verdad que no te aguanto.

Aprovecho que se está riendo de mí para estirarme una vez más y arrebatarle la fotografía, pero la aleja a una velocidad que me asombra a la vez que me frustra.

—Ya te he dicho que esto es mío —me recuerda.

—Hay que llevársela a Norman.

—¿Y para qué iba a querer Norman una foto mía? ¿No estaba casado?

—¡Tyler! —lo reprendo molesta.

—Vaya humor, jefa. —Se ríe mientras yo intento controlar el fuego que siento dentro de mí, porque me veo capaz de echarlo por la boca si la abro, y su actitud no me está ayudando en absoluto. Únicamente

imagino mi puño estrellándose contra su cara, y da igual lo mucho que me esté molestando, sé que no debería hacerlo. Así que, en lugar de eso, me doy la vuelta y salgo del vestuario.

Por suerte, esta vez no me retiene.

Me apoyo contra la pared a unos pasos de la puerta y me doy cuenta de que mis manos continúan temblando. En mi cabeza solo suena la palabra «acosador», y todos los miedos que tuve por Tyler cuando Norman me contó la situación, ahora tienen un nuevo objetivo: yo misma.

Me tapo la cara y dejo que mis nervios se disparen por mi cuerpo, entumeciéndolo poco a poco. Mejor sentir todo, dejar que salga. Ya recobraré la compostura más tarde.

De pronto, unos dedos se cierran sobre mis muñecas, arrastrando mis manos lejos de mi rostro.

Doy un grito del susto y encuentro los ojos oscuros de Kylen Blaze frente a mí.

—¡Perdona! —exclama asustado. Puede que incluso más que yo, después del alarido que he lanzado—. ¿Estás bien?

Sigo recuperando el aire cuando asiento con la cabeza.

—No parece que lo estés —me dice, y, por cómo me mira, debe pensar que, mínimo, estoy loca.

—Sí, eh… —No sé ni qué excusa inventarme—. Tengo que irme.

Él todavía no ha soltado mi muñeca y, aunque he anunciado que me voy, no lo hago. Su pelo le acaricia la frente al ladear la cabeza mientras espera a que me mueva. Al mismo tiempo, pequeñas gotas recorren su cuello y se funden con la tela de su camiseta, dando idea de lo mucho que ha trabajado en el gimnasio.

—Puedo llamar a alguien, si lo necesitas —me ofrece, despertándome de mi trance.

—No. No te preocupes.

—Déjame invitarte a un café al menos. O una botella de agua. Parece que te vayas a desmayar —me pide, todavía preocupado.

Me cubro las mejillas, pensando en la mala cara que debo tener para que me diga algo así.

—No te muevas —dice antes de salir corriendo. Yo obedezco y lo sigo con la mirada hasta la máquina expendedora que hay a unos pasos de nosotros. Aprovecho el momento para pellizcar un poco mis mofletes y mejorar mi aspecto, aunque soy consciente de que no hay mucho que pueda hacer.

Unos segundos más tarde, corre hasta donde lo espero, con una botella de agua en la mano.

Después de sopesarlo durante un momento, se la acepto. Puede que hablar con él me tranquilice, o a mi cerebro, que no ha dejado de agobiarme desde que he visto la foto en manos de Tyler.

El sorbo de agua que doy me sienta genial. Al menos ahora mi respiración es estable, aunque lo de mi cabeza va a tardar en solucionarse.

—¿Va todo bien? —me pregunta una vez me ve más calmada. No ha dejado de observarme mientras estaba perdida en mis pensamientos.

—Sí, todo bien. Un poco de estrés, nada más.

Procuro sonreír. Los acosadores son un mal recurrente en el mundo de la élite del deporte, y no quiero parecer una niña que no sabe ocuparse de sus problemas o de su trabajo, a pesar de que en

realidad no tenga ni idea de qué hacer con ellos. De pronto, he olvidado todo lo que me dijo Norman sobre protocolo ante acosadores.

—Déjame acompañarte hasta tu departamento —me pide, mostrándome su mano.

Su sonrisa vuelve a ser la de siempre, marcándole unos pequeños hoyuelos en sus mejillas, si bien sus cejas todavía muestran preocupación.

Estoy a punto de aceptar su propuesta cuando una sombra se cierne sobre nosotros. Al elevar la mirada, me encuentro con el gesto enojado de Tyler, pero esta vez no es conmigo con quien parece querer pagarlo.

—¿No tienes entrenamiento? —pregunta con dureza a su compañero.

En menos de un segundo, este retira la mano que me estaba ofreciendo y da un paso atrás, como si estuviera asustado. Por el gesto de Tyler, no me sorprende que lo esté.

—Sí, yo… —Me mira, y aprovecho el momento para sacudir con disimulo mi cabeza. No necesito que Tyler sepa que estaba muerta de miedo un segundo antes. Solo quiero salir de allí—. Estaba saludando a Nora.

—Vuelve a entrenar, novato. Ya me encargo yo —le dice, y casi parece que vaya a darle una patada en el culo.

Kylen se da la vuelta después de lanzarme una mirada de disculpa y se aleja.

—No necesito que nadie se encargue de mí —le suelto a Tyler cabreada cuando me giro hacia él.

Tan rápido como llegó, su gesto de odio desaparece, sustituido por su sonrisa de revista. Levanta su mano y me muestra un mando.

—Me refería a mover el coche de sitio. ¿O es que esperabas que me encargase de ti de otra forma? —me pregunta agachándose frente a mi cara.

Únicamente cuando se separa, riéndose por la nariz, me doy cuenta de que he estado conteniendo el aire. De hecho, me siento un poco mareada mientras lo veo andar por el pasillo, en dirección al aparcamiento, sin preocuparse de si lo sigo o no.



—¿Lista para la noche de...? —la voz de Susan se apaga en cuanto aparece tras la puerta de mi dormitorio—. Ostras, nena, ¿qué te ha pasado?

Yo suspiro, pero no me tapo. La pomada que me acabo de echar sobre el enorme moratón que cubre todo mi costado aún está húmeda, y prefiero disfrutar un poco de ese frescor sin tener que pringar mi camiseta.

Mi amiga se sienta a mi lado y se agacha para inspeccionar mi herida. Todavía lleva en la mano la bolsa enorme de chuches que habíamos planeado comernos esta noche, aunque, al paso que lleva, no sé si quedará algo para cuando empecemos la película.

—Tyler Kelscot es lo que me ha pasado...

—¡No jodas! —casi grita, alargando las vocales excesivamente. Por lo general, mi amiga evita decir palabrotas, así que me llama aún más la atención cuando se le escapa alguna—. ¿Entonces le va en modo salvaje?

Tiene los ojos tan abiertos que parece que se le van a salir de las órbitas, y yo tardo demasiado en entender lo que está pasando por su cabeza.

—Pero ¡¿qué estás diciendo?! —le grito de vuelta, levantándome escandalizada. No pienso hablar de ese tema, o de Tyler, mientras estoy en ropa interior en mi cama. A pesar de que no tenga nada que ver con lo que la mente calenturienta de mi amiga está imaginando.

—¡Por favor, cuéntame todo! —me suplica persiguiéndome por la habitación y juntando las dos manos frente a ella, haciendo visible su súplica—. Prometo que no te pediré nada más en mi vida. Pero necesito detalles.

—Susan, por favor.

—¿Le vas a negar a tu mejor amiga el conocimiento verdadero?

—¿El conocimiento verdadero? ¿Tú te estás oyendo? —No sé si reírme o darle un golpe en la cabeza para que entre en razón.

—Traeré la cena cada jueves de chicas, lo que tú prefieras, y también…

—¡Susan! —la corto rápidamente—. No me he acostado con él, ¿vale? Dios, no sé ni cómo funciona tu perturbado cerebro.

Cuando la miro, veo sus hombros bajando de altura. Es como si su pijama de rayas se hubiera deshinchado. Está claro que la he decepcionado.

—¿Entonces, no…? —deja la frase sin terminar.

—De verdad que yo flipo contigo. ¿No te llevo diciendo semanas que no lo aguanto?

—Ya, pero una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace. Y estos ojos lo han visto —se los señala con los dedos índice y corazón estirados.

Yo pongo los míos en blanco, dispuesta a que me recuerde, como casi cada día, el encontronazo que tuve con Tyler en mi departamento. Un encontronazo que a ella le pareció romántico, y que a mí me pareció un suplicio. Sin embargo, Susan a veces parece desesperada por encontrarme pareja, así que es algo a lo que, por desgracia, estoy acostumbrada.

Yo, en cambio, prefiero centrarme en mi trabajo. Me da menos quebraderos de cabeza.

—Me lo hizo en uno de sus entrenamientos. El moratón —puntualizo antes de que empiece a imaginarse tonterías—. Intentó apartarme de la carrera de Kylen Blaze, pero se pasó de frenada y me arrolló por el camino.

—¡¿Qué?! —grita tapándose la boca.

Le cuento el suceso al completo, obviando la parte en la que me quedé abrazada a él, incluso cuando todo ya había pasado.

A medida que avanzo con la historia, veo que se le dibuja una pequeña sonrisa en la cara. Una sonrisa por la que sé que no debo preguntar.

—Y, por si fuera poco, alguien nos hizo una foto en ese mismo momento. Bueno, alguien no. Uno de sus acosadores. Se la dejó en su casillero —le explico, notando cómo el cosquilleo vuelve a asentarse sobre mi estómago, pidiendo entrar en él.

—¡Necesito ver esa foto! —dice Susan entusiasmada. Necesita revisar las reacciones normales ante un acosador.

—No me la quiere dar —respondo molesta.

La manera en la que mi amiga me mira me da bastantes pistas sobre lo que va a decir, y cuando habla, descubro que no me equivoco.

—¿Así que Tyler Kelscot tiene una foto abrazándote y quiere guardarla?

Tiene una sonrisa tan contenida, que casi consigue contagiarme, pero lo evito con firmeza.

—No, abrazándome no. Aplastándome. —Me señalo la gran mancha morada que me cubre el costado.

—Detalles —se ríe ella aireando la mano delante de su cara.

—De verdad que no sé por qué Tyler sigue tratando de fastidiarme. Si supiera lo buena amiga que eres, seguro que pensaba que ya tengo bastante contigo.

—¡Cómo te pasas! —Me da un manotazo amistoso en el brazo a la vez que una pequeña carcajada se le escapa.

Me ofrece la bolsa de chuches en gesto de paz y yo la inspecciono seleccionando mis favoritas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —Por su tono, intuyo que la conversación se ha vuelto más seria.

—Supongo que le pediré la foto de nuevo y hablaré con Norman.

—Si la hicieron en el campo de entrenamiento, tuvo que ser alguien de allí, ¿no? —pregunta mientras saca uno de los regalices de la bolsa.

Yo busco otro y lo sujeto entre mis dientes, pensando en lo que ha dicho. No se me había pasado por la cabeza hasta este momento,

pero tiene razón. Esa foto se tuvo que hacer desde dentro del Complejo Stallions.

—El acosador está en los Stallions —anuncio finalmente.

—¿Sabes qué es lo que quiere?

—Acabar con la carrera de Tyler, supongo. Echarlo del equipo. Pero no sé cómo una foto conmigo puede ayudarlo.

—Bueno, no va desencaminado.

—¿Qué quieres decir? —pregunto confusa—. ¿Cómo…?

—Pueden acusarlo de acoso, para empezar. O abuso de poder contigo. Pueden acabar con su imagen, y de ahí con su carrera. Ningún equipo quiere verse salpicado por cosas así. Siempre cortan por lo sano. Ante una mínima sospecha…

—Pero si no… —No puede ser. Es un idiota, pero nunca ha hecho nada semejante conmigo. Solo le divierte sacarme de quicio.

—Las fotos se pueden malinterpretar —Susan frena mis pensamientos—. Créeme, he leído muchas revistas en la piscina.

Me quedo por un momento reflexionando sobre este punto de vista y lo que supondría para Tyler, o incluso para mí. Mi trabajo consiste en favorecer la imagen de los jugadores, no en torpedearla.

—Entonces debería alejarme de él —murmuro, más para mí misma que para nadie.

—Deberías investigar —me corrige mi amiga. Y me espero tan poco esa sugerencia, que dejo de pensar mientras la miro con la confusión pintada en el rostro.

De todas las ideas locas que se le suelen ocurrir, con esa me parece que alcanza un nuevo récord.

—Susan, no soy detective.

—No, pero tienes todos los medios para descubrir quién es el acosador —trata de convencerme—. Conoces a todos en la empresa y siempre estás en la sombra, ¿no? Es lo que sueles decirme. Ver sin ser vista. Tienes acceso a todo. Y, además, el acosador no sabe que has visto la foto. Deberías hacerlo —me insiste.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Hacer un interrogatorio a cada jugador?



Me tiemblan las manos al repasar las preguntas en mi carpeta. Susan me ha ayudado a preparar las entrevistas. Al final consiguió persuadirme para hacer una investigación, aunque no sé ni por qué me sorprendo. Siempre termina convenciéndome de todo, por loco que sea.

Primero, tengo que hacer una serie de preguntas para determinar si alguien del entorno de Tyler tiene una personalidad psicótica. Mi amiga cambió nuestro plan de peli y chuches por un montón de vídeos de psicología donde explicaban los distintos perfiles de la personalidad y cuales podrían estar escondiendo a un posible acosador.

Al final de la noche, terminé pensando que todos eran posibles candidatos a psicópata del año. Y, después de varias entrevistas, mi lista de posibles locos sigue igual. Mis nervios, en cambio, están peor.

Kylen Blaze es el siguiente en sentarse en la silla. Chris, que se dedica a capturar y montar los vídeos que subimos a las redes sociales, está grabando todo. Y el equipo ha preparado un fondo tan bonito, que efectivamente podremos hacer una miniserie de entrevistas para las redes, y nadie se enterará de que en realidad los estaba interrogando.

Bueno, eso sería si dejaran de temblarme las manos o la voz. Me da pavor que me descubran haciendo esta tontería. O, peor aún, que dé resultado y uno de ellos sea realmente el acosador.

—Pensaba que el nervioso tendría que ser yo —me dice Kylen con su habitual sonrisa mientras Chris le coloca el micrófono sobre la chaqueta vaquera.

Cuando vuelvo la mirada hasta Kylen, se ha acercado a mí. Alzo la cabeza, pues está claro que en este entorno es lo que me toca hacer día tras día si quiero ver la cara de los jugadores.

—¿Estás mejor? Ayer parecías…

—Sí, todo bien —respondo rápidamente. Preferiría olvidar el tema cuanto antes.

Él se ríe suavemente, dando a entender que no hay quien se lo crea.

—Déjame tu mano —me pide, alargando la suya.

Yo lo miro extrañada.

—Solo quiero verla —vuelve a pedirme, pero sus ojos no abandonan los míos hasta que mi mano está sobre la suya.

Cuando bajo la mirada, la veo temblando. Entonces sus dedos se deslizan sobre los míos, limitando su movimiento y cubriéndolos en su totalidad. Yo respiro hondo, esperando que su calma traspase mi piel.

Vuelvo a mirarlo, y está a punto de decirme algo cuando la puerta del estudio se abre con un gran estruendo al chocar contra la pared.

Detrás de ella aparece Tyler, más cabreado que de costumbre, dirigiéndose a nosotros con grandes zancadas. Su mandíbula está tan

tensa que parece que se vaya a romper.

—¡Fuiste tú, cabrón! —grita, señalando a Kylen.

#8

¿HAS IDO AL HOSPITAL?

Salgo del departamento de seguridad, y no sé ni cómo he llegado a abrir la puerta, con las manos cerradas en puños como las tengo.

Después de convencer a Norman para que me enseñara la grabación de las cámaras, hemos encontrado al cabrón que puso la foto en mi casillero.

Me habría importado una mierda la foto y quién la hubiera puesto, si no fuera por el agobio que tenía ella con todo el asunto. Y, al final, ha conseguido que termine hablando con el de seguridad.

Me muevo por los pasillos con una ira desmedida. Reconozco que no necesito demasiado para estar cabreado con él, pero si pretende

chantajear a alguien con fotos, no va a hacerlo conmigo.

Entro al vestuario dando un portazo, haciendo que todo el mundo se calle al instante. Únicamente se escucha la música de Zanovich, que siempre la tiene bien alta para motivarnos a todos. En este momento, mi motivación está en romper una mandíbula. Ignoro a todos cuando veo que el novato no está allí y me doy la vuelta, sabiendo exactamente a dónde dirigirme.

Nora lleva toda la mañana llamando a los jugadores para hacer entrevistas. A todos, menos a mí. Cosa que no me sorprende, aunque tampoco me gusta.

Según me acerco a la sala, puedo verla a través de la pared de cristal. Hoy su moño se mantiene intacto, como si se lo acabara de hacer. Y frente a ella está Kylen Blaze, con su estúpida sonrisa, como si fuera la noche de Navidad y ella su regalo.

La arquitectura de este edificio podría haberme estropeado la entrada dramática con sus paredes de cristal, pero están ensimismados el uno en el otro y no se han percatado de la cólera con la que me acerco.

Me lanzo contra las puertas y dejo salir toda mi rabia. Por una vez, he dado con uno de mis acosadores, y va a escucharme como lo han hecho los demás.

—¡Fuiste tú, cabrón! —Mi voz retumba en la sala mientras sigo dando grandes zancadas hacia él.

—¿Qué? —pregunta el muy cretino, con cara de susto. Ya ha dado varios pasos atrás, lo que hace que tenga aún más ganas de cazarlo.

—Tyler, ¡¿qué haces?! —grita Nora a mi lado, al tiempo que agarro a Blaze de su chaqueta vaquera. Estoy demasiado centrado en acabar con él como para responderle. Además, es bastante obvio lo que estoy haciendo.

—¡Tú pusiste el sobre en mi sitio! ¿Qué pretendes? —Lo zarandeo frente a mí.

—Joder, ¡¿qué haces?! —me grita mientras intenta librarse de mi agarre. Pero llevo siendo el *tight end* favorito de la NFL unos cuantos años, y eso no lo consigo con músculos de mierda como los suyos.

Si el novato quiere jugármela, voy a dejarle claro como acaba el juego conmigo.

Noto las manos de Nora sobre mi tripa sin fuerza suficiente para frenarme. Aun así, prefiero no arrollarla por segunda vez en una semana, por lo que detengo mi avance.

—¡Tyler, para! —me pide ella, más alto.

—¡El novato puso la foto! —me excuso.

—¡No sé de qué foto me hablas! —grita él, todavía tratando de liberarse sin resultado. Veo el miedo en sus ojos, y por fin le he borrado su estúpida sonrisa.

Cierro mis dedos con más fuerza sobre su pecho, acercándolo a mí.

—Te va a salir caro chantajearme, cabrón —mascullo entre dientes.

Estoy tan furioso que podría derretir su ropa ahora mismo únicamente con la mirada. Así que empujo suavemente a Nora fuera de mi camino, porque no quiero que reciba el golpe que pienso propinarle a Kylen.

—Tyler, ¡para ya! —grita ella de nuevo.

No tengo tiempo de contestar, pues unos brazos me cogen por la espalda, separándome del novato. Finalmente, suelto su chaqueta y

me dejo llevar por quien sea que me está arrastrando. Cuando me giro, descubro al jefe de seguridad detrás de mí. Levanta las manos en señal de rendición, como si me pidiera perdón por no dejarme reventarle la cara a Blaze. En realidad, ha hecho lo que debía, solo que estoy demasiado enfadado como para decir nada.

Cuando vuelvo la vista al escenario rojo donde todo ha ocurrido, encuentro a Nora hablando con el novato. El fuego que tengo en mi interior parece avivarse, porque no debería estar a su lado, sino al mío.

Aún estoy resoplando, dando vueltas sobre mí mismo como un desquiciado, cuando casi choco con ella. Ha aparecido frente a mí, con su habitual cara de enfado.

—Él no ha sido, Tyler.

—No me digas, ¿te ha convencido con su sonrisa? ¡Lo hemos visto en las cámaras! —Señalo a Norman, que sigue cerca de mí, alerta por si se me vuelva a ir la olla.

Nora cierra la boca, apretando sus labios y, seguramente, mordiéndose la lengua de manera literal. Antes de que pueda responder, lo hace el jefe de seguridad.

—Ella tiene razón. Al irse tan molesto, seguí revisando los vídeos. El señor Blaze encontró el sobre en el pasillo. Únicamente lo recogió y lo puso en su sitio —nos explica a ambos.

—El sobre tenía tu nombre —me recuerda Nora, dejándome sin argumentos. Se cruza de brazos, cubriendo con una de sus manos su costado y esperando mi reacción.

Yo me alejo cabreado mientras pienso en lo que están diciendo.

—¿Quién lo dejó en el pasillo entonces? —pregunto.

—Ha pasado mucha gente, pero seguiré revisando —me dice Norman—. ¿Por qué es tan importante ese sobre?

—Es una foto que nos sacaron —responde Nora—. Creemos que podría habérsela dejado un acosador.

—¿Una foto de vosotros dos? ¿Juntos? ¿Cuándo?

Ella se cruza de brazos, y veo cómo sus dedos sujetan su costado de nuevo. No sé si es algún tic nervioso, dado que el tema de los acosadores le ha preocupado mucho desde el principio.

—Tuvimos un accidente en el entrenamiento del martes y acabamos los dos en el suelo. Alguien nos hizo una foto que parece lo que claramente no es.

Cuando termina de hablar, su cara está tan roja como el escenario a su espalda.

—Nora… —Uno de sus compañeros se acerca y se la lleva. Ambos hablan un momento y, después, ella se despide tanto de él como de Blaze. La sesión se ha pospuesto.

El jugador aparta la vista cuando se encuentra con la mía. Debería disculparme con él, pero he vuelto a quedar como el cabrón que Nora piensa que soy, y no estoy de humor para hacerlo ahora mismo. Ya lo haré otro día.

—¿Vas a darle la foto? —me pregunta Nora, volviendo a iniciar la conversación donde la dejamos.

—Creo que no. Queda genial en mi nevera —le digo con mi mejor sonrisa, la que no funciona con ella. Lo sé muy bien, porque se gira hacia Norman fingiendo que no existo.

—¿Puedo denunciar a alguien por tener una imagen mía sin mi consentimiento?

El jefe de seguridad la mira, luego a mí y de vuelta a ella.

—No soy asesor judicial, pero me temo que si no la publica, se lucra con ella, y no es nada íntimo… No hay nada que puedas hacer.

Antes de que acabe de hablar, mi victoria brilla en mi cara, a medida que la de Nora se tensa.

—Siempre puedes pasarte a verla —le ofrezco para molestarla, conociendo su respuesta.

—Ya. Voy a pasar, gracias —me dice mordazmente.

—Tú misma.

Hasta que el jefe de seguridad carraspea a nuestro lado, no me doy cuenta de que hemos estado aguantándonos la mirada. Está claro que no hay quien la achante, si bien eso no quiere decir que vaya a dejar de intentarlo.

—Bueno… —escucho a Norman incómodo—. Yo seguiré mirando las grabaciones. Si veo algo, os digo.

—Gracias, Norman —responde ella con una sonrisa. La que ha estado ocultando desde que llegué a la sala.

Vuelve a sujetarse el lateral de su torso mientras observa al jefe de seguridad alejarse.

—Ven conmigo —digo. Y echo a andar.

Me detengo unos pasos más adelante, al ver que no me sigue.

—Nora —la llamo.

—¿A dónde? —me pregunta molesta, sin moverse. Está claro que no le gusta que le den órdenes.

—Lo sabrás cuando lleguemos. —Empiezo a conocerla lo suficiente como para saber que si le digo a dónde la llevo, no va a venir conmigo.

Resopla detrás de mí y me sigue.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —le pregunto después de un rato y varios pasillos recorridos.

—¿A mí? Eres tú el que me está arrastrando por el edificio sin darme explicaciones.

—Joder, lo orgullosa que eres… —mascullo antes de detenerme frente a nuestro destino.

—¿Perdona? —De pronto está tan enfadada que tengo ganas de reírme. Eso seguro que la irritaría aún más. Sin embargo, no hay testigos, así que no lo creo necesario.

—Entra —digo en su lugar, y abro la puerta a mi lado.

Ella no se mueve.

—O pasas o te llevo en brazos y te meto yo —la interrumpo.

—Ni te atrevas. —Casi veo el humo saliendo de su moño, de lo furiosa que se muestra.

Me agacho entonces hasta llegar a su altura.

—Levanto tíos de ciento veinte kilos como si nada. No sería un problema —la amenazo.

En cuanto me acerco a ella, noto su respiración cortándose. Pero solo durante un segundo. Luego, pasa por delante de mí y cruza la puerta.

—¡¿Qué quieres ahora?! —me dice a plena voz.

—Vaya humor, jefa —respondo, convirtiéndome en la famosa estrella adorada del equipo. Sé que se ha dado cuenta de mi cambio de tono, porque se gira a mirar a su alrededor.

—¿Nora? —Desde detrás de un biombo de telas blancas aparece el médico del equipo, Nate. Se limpia las gafas con la bata que lleva puesta y se las coloca sobre la nariz.

—¡Sí! —contesta ella rápidamente, tratando de recuperar el personaje de amabilidad que me tiene vetado.

—Le pasa algo en el costado —respondo por ella.

Nora se vuelve sorprendida hacia mí, como si no la hubiera visto abrazarse el lateral de su cuerpo tras el altercado de hoy. No recuerdo haberla empujado tan fuerte como para hacerle daño, aunque la forma en que se cubría me ha dejado dudando.

—No es nada, ¿vale? —me dice después de un momento.

Nate se sienta en un taburete con ruedas que tiene al lado de una camilla.

—Déjame echar un vistazo —le pide.

—Nate, no es nada, de verdad —trata de quitar hierro al asunto mientras se aleja hasta que se encuentra conmigo en la puerta. Permanezco apoyado en ella, con los brazos cruzados, como si fuera el lugar más cómodo del mundo.

—De aquí no sales hasta que te vea —le digo con mi talante más encantador.

Ella se queda observándome, y no tarda en darse cuenta de que no pienso moverme. O monta el número, algo que sé que no quiere hacer, o accede. En cualquier caso, gano yo.

Al final, se da por vencida y resopla. Se acerca al médico y se levanta la camiseta por el lateral sin ninguna paciencia.

—¡No me jodas! —Lo que veo hace que me aleje de la puerta.

—Es un moratón, ¿vale? No es nada —intenta calmar mi reacción. Yo, en cambio, no me relajo en absoluto. Es el moratón más grande que he visto en mi vida. Y sobre su pequeño cuerpo, parece aún mayor.

—¿Has ido al hospital? —pregunta Nate al tiempo que lo inspecciona entrecerrando los ojos junto a ella.

—Sí, y me dijeron eso.

—¿Te estás echando algo? —El médico se levanta de su silla, en mi opinión demasiado pronto, y se recoloca las gafas en el puente de la nariz. Luego se dirige hacia su mesa y empieza a teclear en el ordenador.

—Sí, Nate. No te preocupes, de verdad —intenta convencerlo.

—Eso no es de hoy —susurro a sus espaldas. Me he acercado hasta ella, y de pronto mi mal humor ha resurgido, aplastándome el pecho, buscando salir de alguna forma.

—No, no lo es —responde ella, después de darse la vuelta.

—¿Es del otro día? —le pregunto, aunque no necesito escuchar la respuesta.

—No tengo que darte explicaciones. Ni siquiera tendría que estar aquí. ¿Piensas seguir amenazándome con algo más? —sisea entre sus dientes.

—No.

—Vale, pues ya me ha visto, así que me voy—dice dirigiéndose a la puerta—. Nate, ya me marcho. Gracias por todo. —Vuelve a dedicarle su tono más amable antes de fulminarme con la mirada.

Joder, ni cuando intento hacer las cosas bien me da tregua.

Me quedo como un estúpido viendo su imagen desaparecer detrás de la puerta hasta que Nate me despierta ofreciéndome un tubo de pomada.

—Toma, dale esto. No es barato, y aquí tenemos de sobra.

—Apúntamelo a mí —le pido.

—Ya lo he hecho. ¿Cómo vas tú? —me pregunta entonces—. ¿Alguna molestia?

—No, todo bien. Gracias, tío –le digo estrellando mi puño con el suyo para después largarme de allí.



—¿Qué tal se ha dado hoy?

El Doctor Lance me ve desde el otro lado del pasillo y, a pesar del bullicio que hay siempre en el Hospital Saint Jude, consigue llamar mi atención. Llevaba tiempo queriendo acercarme por aquí, y decidí hacerlo esta misma tarde tras la visita al médico de los Stallions con Nora.

Me quedo esperándolo hasta que me alcanza, y cuando lo hace, me empuja hacia la zona de las máquinas expendedoras en una sala contigua a donde me encontraba.

—Genial tío, como siempre. Me cuidáis muy bien aquí —le digo, y lo pienso de verdad. Cada vez que me he pasado por el hospital en las

últimas semanas me han tratado de la mejor forma, aunque no es fácil ocultar mis visitas.

—Todo por la estrella del equipo —me dice mientras echa un vistazo a las opciones de comida que tiene enfrente. Al final, desiste y se dirige a la máquina de café.

—Algo bueno debe tener toda esta fama, ¿no?

Me mira, como si no se creyera lo que estoy diciendo.

—Algo bueno… —Vuelve a concentrarse en la máquina, introduciendo el código para conseguir uno de sus asquerosos brebajes—. Dime si necesitas cualquier cosa —me ofrece entonces.

Yo le doy un golpe amistoso en el hombro.

—Uno de esos cafés, te aseguro que no.

Lance se ríe junto a mí sacudiendo la cabeza. Los dos sabemos que la única razón por la que se toma esa guarrería es para poder seguir el ritmo que lleva en su trabajo.

Después de una pequeña charla insustancial, me despido de él. Ya he hecho todo lo que tenía que hacer en el hospital y prefiero que no me vean por aquí.

Al salir por la puerta, me giro la gorra que llevo puesta, de forma que la visera me oculte el rostro tanto como sea posible, y me acerco hasta mi coche, que no pasa desapercibido.

Piso el acelerador sin ningún rumbo fijo, solo por sentir cómo se mueve bajo mis pies; el pequeño ronroneo que hace, casi imperceptible. Ni siquiera enciendo la radio, para poder escucharlo.

Cuando edificios de ladrillo rojo se elevan a ambos lados de la estrecha carretera, sé que me estoy adentrando en el centro de la

ciudad.

Vuelvo a constatar la mala elección de coche cuando varios transeúntes se paran a mirarlo, e incluso a hacerle fotos. Yo pillo mi gorra, que había dejado en el asiento de copiloto, y me la ciño hasta las cejas.

Después de varios semáforos, decido aparcar en el primer sitio que encuentro. Todavía no he tenido tiempo de perderme por Redmont, y hoy no me apetece una de las fiestas de Louis. Así que camino sin una dirección en concreto. No sé hasta qué punto voy a poder pasar desapercibido, con toda la publicidad que ha hecho la ciudad de mi llegada. De hecho, me cruzo con algún cartel con mi cara. Me bajo un poco más la gorra. Nunca me acostumbraré a ver fotos mías por cualquier sitio. Y Nora se agobia por una pequeña foto que nadie ha visto.

Sigo caminando sin un destino en mente. Siempre he pensado que la mejor forma de conocer una ciudad es perdiéndote por sus calles. Especialmente cuando mi sexto sentido me ayuda a huir de los espacios más concurridos y a descubrir diamantes en bruto que nadie más aprecia.

No necesito visitar la Catedral de Saint Catherine o el Museo del Ejército. Esos espacios los puedo encontrar con todo lujo de detalles en internet y, aun así, no me mostrarían cómo es la ciudad. Me gusta más mi método. Es más tranquilo.

La ciudad de Redmont se va descubriendo a mi paso al mismo tiempo que la luz del cielo se apaga. Los comercios cierran sus puertas y las farolas se iluminan a mi paso.

Pasadas varias calles poco transitadas, llego a una plaza con algo más de vida. Aun así, no se ve demasiado concurrida. Hay bares con mesas alrededor de la plaza, si bien lo que me llama la atención son los puestos en el centro. Todos venden libros, y todos parecen usados.

—¿Le interesa conocer Redmont? —me dice uno de los tenderos con pelo canoso. Está sentado detrás de una gran tabla de madera sobre dos caballetes, con más de cincuenta libros expuestos sobre ella. Por lo que veo, la mayoría se centran en la historia de la ciudad.

—Sí, pero no soy muy de libros —le confieso.

—No puedo reprochárselo —se ríe, enseñándome sus viejos dientes amarillentos. —Aunque tienen bastante éxito entre los turistas.

—Bueno, me temo que ya no soy un turista aquí —le digo.

Antes de marcharme, mis ojos encuentran un libro que sí llama mi atención. Lo alcanzo al ver el logo de los Stallions sobre él. *Historia y secretos de los Stallions de Redmont: Un legado de victoria y traición*. Lo ojeo rápidamente. En la portada están Boby Callahan, una leyenda del equipo del que mi abuelo nunca dejaba de hablar, y Hal McGregor, el fundador del equipo.

—¿Cuánto quieres por este?

Estoy seguro de que podría encontrar toda la información que quisiera en internet, pero el pobre señor no habrá hecho muchas ventas, y tampoco me importa dejarme unos billetes para hacerlo feliz.

—Treinta dólares —me dice tranquilo, y no puedo evitar reírme. El libro que tengo en las manos no costaría eso ni aunque estuviera nuevo. Además, las tapas están a punto de irse a la mierda.

—Un poco caro para un libro hecho polvo, ¿no?

—No es el precio lo que importa, sino su valor. Y creo que para usted puede valer esa cantidad.

Sonrío. Menudo cabrón para los negocios.

—Le doy cuarenta dólares si me dice un lugar especial de Redmont que no salga en ninguno de sus libros.

Se queda pensando durante un momento, y luego me devuelve la sonrisa.

—Cincuenta.

Vuelvo a reírme. Lo de sajarme se le da bien.

Finalmente acepto el precio y me saco un billete del bolsillo del pantalón—. Me sales muy caro… —dejo la frase inacabada, esperando que me diga su nombre.

—Marlo. —Alarga la mano para cobrar.

—Tyler.

No tarda en decirme hacia dónde debo dirigirme.

El sitio no está lejos. Nada más salir de la plaza, lo veo al otro lado de la calle. Un antiguo hotel construido en piedra gris. Según el librero, lleva más tiempo cerrado del que estuvo abierto. Me acerco hasta él con mi compra bajo el brazo.

La zona está silenciosa. El ruido que se oye proviene de las calles contiguas, haciendo gala de la vida nocturna de Redmont, tan famosa a lo largo del país.

Llego hasta el hotel y encuentro el callejón oscuro del que me habló el librero.

Echo un vistazo atrás, temiendo que pueda ser una trampa para robarme. Viniendo de ese cabrón, hasta me lo esperaría. De todas formas, tampoco iban a poder llevarse mucho. No suelo salir con pasta en los bolsillos.

Pero al girarme, la calle sigue igual de vacía y silenciosa como cuando la recorrí.

Me adentro en el callejón. Solo hay una pequeña farola que alumbra el espacio, tan alta que apenas llega la luz al suelo, y desde luego no alcanza a verse el final del pasaje. Sigo caminando con cautela hasta dar con su fin.

Frente a mí se alza una pared cubierta de maleza. Alargo la mano, como me dijo Marlo, y mis dedos detectan los barrotes de hierro bajo las hojas y ramas.

Tiro de ella y el metal chirría dándome la bienvenida. La sonrisa en mi cara se curva mientras cruzo aquella puerta y me encuentro con unos escalones. Cierro la verja y subo la escalinata estrecha que se eleva frente a mí. Al llegar a lo alto, tras demasiados peldaños, y ver la imagen ante mis ojos, un pensamiento me cruza la mente: «El viejo debería haberme cobrado mucho más».

Me acerco hasta el final del espacio, donde una valla delimita la pequeña terraza en la que estoy, y descubro ante mí la ciudad de Redmont. Parece un lugar mágico, con todas las farolas encendidas, las luces de los edificios, el bullicio de la gente. Incluso escucho la música del Midnight Casino desde donde estoy.

Riley me ha recomendado que evite pisar ese lugar, así que, sin duda, me pasaré alguna noche. Pero de momento prefiero disfrutar de las vistas.

Asomándome por la barandilla, compruebo que estoy sobre el antiguo hotel abandonado.

Entonces me siento en el suelo, apoyando mis brazos sobre mis rodillas, y me dejo perder en los ruidos de la ciudad. En sus luces naranjas, sus edificios históricos y la soledad reconfortante.

Al menos, lo hago hasta que me vibra el móvil en el pantalón y recibo un mensaje anónimo.

Pienso en guardar el teléfono, sabiendo que sería inútil. Ese cabrón ya ha conseguido joderme el momento, como lleva haciendo meses. Así que abro el mensaje con rabia y encuentro una foto.

> **NÚMERO OCULTO:**
> ¿Tienes algo que ocultar?

Supongo que es una pregunta retórica, pues la imagen es de hoy, cuando salía del hospital tratando de no ser visto, de esconder lo que he estado haciendo allí.

#9

NO ES ASUNTO TUYO

El sonido de mi móvil al vibrar sobre la mesa se funde con el del microondas que calienta mi café. Sería hasta relajante, como un ruido blanco, si no fuera por el estrés que llevo encima. Aparte de todas las tareas diarias que mi trabajo conlleva, tengo que seguir con la investigación del sobre anónimo de Tyler, pues aún no sabemos quién lo dejó en el vestuario.

Sostengo el teléfono y abro el mensaje por inercia. Ni siquiera me doy cuenta de que el remitente es un número oculto. Una vez abierto, salta una imagen en mi pantalla. Se ve a Tyler con una gorra, y estoy bastante segura de que la ropa es la que llevaba ayer, porque me fijé más de lo que debía en cómo la camiseta gris con el logo de los Stallions en blanco y rojo se ajustaba a su cuerpo.

Pero me olvido de su ropa y me concentro en lo preocupante de la foto: se la han sacado saliendo del hospital. Amplío su cara, y no me

parece ver ningún gesto de dolor o molestia en él. Estudio después el resto del cuerpo. No hay vendas ni nada parecido. ¿Qué hace allí?

Tampoco entiendo por qué alguien me manda esa foto, aunque mis manos temblando empiezan a hacerse una idea.

El mensaje que recibo un segundo después termina de confirmar mis sospechas.

> **NÚMERO OCULTO:**
> ¿Qué crees que oculta?

El microondas pitando hace que dé un salto en mi sitio. Dejo el teléfono sobre la mesa y me dirijo a la encimera, haciendo caso omiso a la falta de aire que se hace patente en mi pecho. Saco mi taza de café y casi me lo tiro encima al ser incapaz de controlar el temblor de mi cuerpo. Apuesto a que a Tyler le encantaría verme con la camiseta manchada de café otra vez.

—¡Nora! ¿Lo has visto ya? —Andrew, mi compañero de marketing y comunicación, aparece en la cafetería y, por cómo resopla, se ha debido dar una carrera hasta aquí.

—¿Me lo has mandado tú? —pregunto nerviosa mientras dejo el café en la mesa. Estoy segura de que voy a terminar tirándomelo encima.

—¿El qué? —me mira extrañado por un segundo, pero pasa por alto mi pregunta para darme su noticia—. Han pillado a Kelscot saliendo del hospital. Lo han sacado en *Game On*.

Andrew se acerca hasta mí y me enseña la noticia en su teléfono.

Eso es todo lo que necesito para terminar de tirar el café cuando estaba a punto de cogerlo. Me olvido del desastre que acabo de provocar y busco mi móvil. No tengo ninguna llamada de Patrick

Crawford, mi contacto en ese periódico, lo que no me tranquiliza. Suele llamarme antes de publicar sobre los Stallions y, en esta ocasión, no lo ha hecho.

—Ah, ya lo sabías —me dice mi compañero al ver la imagen de Tyler en mi pantalla.

Sin siquiera mirarlo, le quito su teléfono de las manos y empiezo a leer la noticia. Tyler Kelscot ha visitado el Hospital Saint Jude. Todo es muy hermético y nadie quiere desvelar el motivo de su visita. No han encontrado ningún paciente con sus apellidos, por lo que me asalta la misma pregunta que al reportero: ¿estará ocultando alguna lesión?

Es normal que todos piensen eso, especialmente si el hospital está siendo tan reservado con la información como el periódico asegura.

Me quedo petrificada cuando veo el siguiente párrafo, en el que se menciona la misma pomada que me estoy echando yo en mi moratón gigante. Según el periódico, se la lleva dando desde hace semanas, aunque ya sé cómo suele exagerar Patrick sus noticias de actualidad. Acostumbra a aderezar todo con un poco de elucubración.

Y estoy segura de que están hablando del tubo que he visto hoy en mi mesa, al llegar esta mañana. No sé quién lo ha dejado allí, pero algo me dice que es al que se refiere la exclusiva.

No termino de leer la noticia, pues mis nervios me impiden seguir. Le devuelvo el móvil a Andrew y recupero el mío.

Encuentro el contacto que busco y marco. Tarda menos de un segundo en descolgar.

—Patrick Crawford, ¿de qué va esto? —salto molesta antes de saludarlo.

He debido dejar bien claro que no estoy para formalidades cuando él tampoco me saluda, y empieza a defenderse.

—¡Lo siento! ¡Tenía que sacar la exclusiva antes que nadie!

—¿Quién te ha mandado las fotos? —pregunto de mal humor. No tengo tiempo ni ganas de andarme con rodeos.

—Un anónimo. No sé quién es.

—¿Y decides publicar antes de confirmar conmigo? —Estoy a punto de soltar sapos y culebras por la boca, a pesar de que mi tono demuestra una calma que no siento—. ¿Y de dónde has sacado lo de la pomada?

—¿Es una información errónea? ¿Puedes confirmarme que no se la han suministrado? Porque me han dicho que está en su registro.

—¿Te han dicho? ¿Quién? ¿Con quién estás hablando? —No dejo de soltar preguntas, aunque sé que nunca delataría su fuente.

—Venga, era para confirmar lo de la pomada. Sabes que siempre hablo contigo.

—Bueno, pues parece que esta vez se te ha olvidado —le espeto, dejándole ver mi enfado.

—Ya te he dicho que tenía que hacerlo rápidamente. Luego si eso corregimos la info…

—… pero la historia hay que contarla, sí —termino la frase que me dice en cada una de sus llamadas. Esta noticia me va a traer más trabajo del que merezco.

Antes de despedirme de Patrick, le hago prometer que va a avisarme si planea sacar más mierda de mi equipo. Me gustaría

añadir que especialmente de Tyler, pero prefiero no poner el foco sobre él.

Lo que me preocupa es que recibí la foto minutos antes de que se publicara la noticia, así que me queda pensar que el anónimo del periódico es también el acosador de Tyler. Es decir, además de hacer fotos, las manda a los medios.

Según cuelgo, Matthew cruza las puertas de la cafetería. No me hace falta que diga nada para saber que está contrariado. Únicamente sus ojos, mirándome como lo hacen, me bastan.

—¿Has visto la noticia de esta mañana? —Habla tan alto que parece gritarme.

—Sí, justo hablaba con el periódico—le informo, sabiendo que sirve de poco. La bronca está a punto de llegar.

—Nora, tienes que adelantarte a estas cosas. ¿No tienes contactos con los medios? El comunicado debería estar ya —me apremia, cosa totalmente innecesaria. Mi agobio me tiene trabajando más rápido de lo normal.

—Lo sé, estoy en ello —es todo lo que puedo decir.

El teléfono de mi jefe suena en su mano, liberándome de lo que sería un largo sermón. Por suerte, se despide con la otra mientras se lleva el móvil a la oreja.

Por un momento, permanezco quieta en el centro de la cafetería. No hay nadie más allí, pues Andrew se marchó en cuanto empecé a hablar con Patrick, así que me permito un minuto de calma. Una calma falsa que anuncia tormenta, porque esta noticia va a convertirse en mi infierno personal durante las próximas horas. Luego, nadie se acordará, pero este mal trago tendré que pasarlo.

Vuelvo a mirar la pantalla del móvil y busco a Tyler entre mis contactos.

Como era de esperar, no contesta. Al menos, esta vez no me ha colgado.

Regreso a mi puesto de trabajo y me pongo a escribir el comunicado en mi ordenador, aunque sé que no podré publicarlo hasta que hable con él.

Sin embargo, no dejo de hacerme las mismas preguntas que el reportaje. ¿Por qué fue al hospital? ¿Y por qué no me ha dicho nada? ¿Y cómo lo sabía el anónimo?

No sé si con este acosador será suficiente con bloquear sus mensajes, porque ha demostrado actuar activamente para torpedear la carrera de Tyler, y, en el camino, a los Stallions. Lo peor es que, en el fuego cruzado, me ha caído más trabajo del que esperaba.

Termino de redactar la declaración en apenas unos minutos. Estoy más que acostumbrada a hacerlas, aunque si no hubiera estado tan distraída con las preguntas incesantes en mi cabeza, habría acabado mucho antes.

Echo un vistazo a mi móvil. Tyler no me ha devuelto la llamada, y, la verdad, no las tengo todas conmigo de que vaya a hacerlo. Así que me levanto para dejar el comunicado reposar. Estoy muy nerviosa y no me veo capaz de esperar sentada. Necesito hablar con él y que me diga qué está pasando.

Salgo al aparcamiento justo en el momento en el que su nada discreto coche aparece. Algunos jugadores pasan por mi lado y me saludan mientras Tyler tira su vehículo delante de mí.

Apaga el motor y sale. Cuando me ve, su sonrisa se curva en su cara, y por un momento entiendo por qué a la gente le gusta tanto. Obviamente no soy ciega a lo atractivo que es, pero es que, además,

parece que acaba de salir de la cama, y a la vez de un sueño. Su camiseta blanca se ajusta tan bien a su pecho como la gris de ayer.

Se echa su bolsa a la espalda y se coloca la misma gorra que lleva en las fotos que han estado atormentándome en la última hora; ahora, con la visera hacia atrás.

Le falta un golden retriever al lado para ser la imagen de algún anuncio de vida saludable.

—¿Me estabas esperando? —pregunta, desvaneciendo las ideas absurdas que empezaba a crear en mi cabeza. Por suerte, vuelvo en mí con la suficiente velocidad.

—¿Piensas dejar ahí el coche?

Él se gira a mirarlo, aparcado de forma que bloquea el mío, tal y como hizo días atrás.

—Sí, me gusta este sitio —me dedica la sonrisa enorme que no soporto.

—No es un sitio. Estás tapando mi coche —le digo.

—Si necesitas sacarlo me avisas. —Me guiña un ojo y sigue caminando hacia el edificio.

Sin embargo, voy a tener tanto trabajo hoy, que no creo que salga antes que él; por lo que luchar para hacerle mover el coche ahora sería una pérdida de tiempo, y tengo problemas más importantes que el idiota de turno molestándome por diversión.

Cuando me vuelvo hacia él, veo que casi está alcanzando el Complejo.

—¡Tyler! ¡Espera!

Consigo ponerme a su lado, pero él no frena ni aminora el paso, y con sus largas piernas, debo dar pequeñas carreras para mantenerme a su altura.

—Tengo entrenamiento —me informa del motivo por el que me tiene corriendo detrás de él.

—¿Has visto las noticias de hoy? —pregunto resollando. ¿Por qué no para de andar?

—Paso de las noticias.

—¿Puedes parar un momento? —Consigo frenarlo alargando el brazo y tirando el suyo. Noto su piel caliente bajo mi tacto, y unos músculos tan duros como los imaginaba al verlos en los entrenamientos.

—Si llego tarde, me como dominadas. Así que no, no puedo parar.

—¡¿Qué hacías ayer en el hospital?! —Mi pregunta, formulada a un volumen demasiado alto, lo retiene.

—¿Qué?

—¡Está en las noticias! Fotos tuyas saliendo del Saint Jude —consigo decir en cuanto recupero el aliento.

—Eso no es asunto tuyo.

Su sonrisa ha desaparecido, y no sé qué pensar al respecto, salvo que, lo que fuera que hacía en el hospital, no es una broma para él.

—Lo es cuando están hablando de ti y del equipo. ¿Tienes alguna lesión? —Lanzo la pregunta más importante.

—Lo dice la experta en esconder lesiones…

Hago oídos sordos a su acusación, porque no tengo tiempo para ello.

—¿Entonces qué hacías allí? —intento de nuevo.

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo —me repite—. Hasta luego, jefa —Me hace el saludo militar y vuelve a caminar.

—Por favor, para. —Lo sujeto del brazo una vez más, pero no aparto mi mano cuando consigo hacer que frene. Es McKillen, alcanzándonos, quien me hace retirarla rápidamente.

—¡Eh, Nora-Bora! ¿Todo bien?

—¡Hola! —digo sorprendida. —Sí, todo bien.

El *quarterback* pone el brazo sobre los hombros de Tyler.

—Si te da problemas me llamas. Hay quien está deseando darle una patada en el culo y solo necesita una buena razón.

Me río brevemente a pesar de mis nervios. O puede que precisamente por ellos.

—Lo tendré en mente —le aseguro.

Mi respuesta consigue hacer que McKillen siga su camino, y suspiro aliviada al ver que Tyler no ha aprovechado la ocasión para escabullirse.

—¿No puedes decirme lo que hacías allí? —pregunto con una voz más calmada.

—Oh, claro que podría, pero no pienso hacerlo, *Nora-Bora*. —Tyler regresa a su juego de molestarme tanto como puede, y yo a desear hacer desaparecer esa sonrisa tan perfecta que me muestra.

—¿Puedes al menos decirme si tienes alguna lesión? Tengo que sacar un comunicado y no quiero mentir a los aficionados si puedo evitarlo.

—¿Y qué más da si dices una mentira? Es lo que hacen todos los medios.

—Bueno, nosotros no somos «todos los medios», y prefiero ser leal a nuestros seguidores. El comunicado es para ellos, no para los periódicos. Hay gente que se va a preocupar por ti, o por el equipo, y mientras tenga que escribirlo yo, me gustaría que fuera lo más sincero posible.

Los ojos de Tyler se han ido entrecerrando a medida que hablaba, y sus cejas uniéndose, por lo que no estoy muy segura de si lo estoy convenciendo, o todo lo contrario.

—No tengo ninguna lesión —confirma después de un momento.

Me quedo bloqueada durante un momento, porque por fin he conseguido algo de él sin necesidad de dar voces ni amenazarlo. Casi me dan ganas de saltar.



—¡Eso me vale! ¡Gracias! —digo, incapaz de esconder mi repentino buen humor antes de darme la vuelta y perderme por el pasillo.

La mañana ha sido frenética. Me consuela que por lo menos no soy la única sufriendo, y que el entrenador Taylor habrá estado apretando al máximo a Tyler.

Tras publicar el comunicado y responder a todas las llamadas de los medios junto a mis compañeros, la cosa se ha calmado y puedo seguir con la segunda parte del plan para restaurar la confianza en Tyler.

Me he acercado con Chris, el videógrafo del equipo, al campo de entrenamiento. Vamos a publicar un vídeo en el que se vea a todos entrenando. A Tyler también, aunque sin darle el protagonismo único que ahora todos los medios le están proporcionando. Quiero demostrar que no hay nada especial en él, y que todo ha sido un malentendido. Así que grabamos a unos cuantos durante sus ejercicios.

Por supuesto, hemos escogido ángulos donde Tyler sale en el fondo de la imagen, por detrás de otro jugador, porque sé que los aficionados van a buscar hasta la más minúscula pista que pueda denunciar un engaño por nuestra parte.

Esta vez he decidido guardar mi teléfono en el bolsillo y concentrarme en las jugadas que están haciendo. Con un moratón cubriendo la mitad de mi cuerpo tengo suficiente. Me sujeto el costado mientras lo pienso. Ha pasado del morado al amarillo, y ya no me duele constantemente; únicamente cuando me levanto y me siento, por lo que conducir o irme a dormir es un suplicio para mí. Espero que quede poco para que se recupere por completo.

—¿Por qué no me dijiste nada? Del golpe.

Me doy la vuelta sorprendida al escuchar una voz a mis espaldas, y me encuentro con Tyler frente a mí. Tiene el pelo húmedo, aunque en esta ocasión no ha sido cosa mía. Hace mucho calor en el campo y he visto cómo todos aprovechan para mojarse en los cortos descansos entre jugadas.

—Porque no es asunto tuyo —le doy la respuesta que me dedicó él por la mañana. Lo he dicho más seca de lo que debería, pero su camiseta empapada y pegada a su cuerpo me dificulta la concentración. No sé si se ha percatado de mis ojos bailando sobre su ropa, a pesar de mis intentos por evitarlo.

—Creo que haberlo hecho yo lo convierte en asunto mío —me dice con dureza—. ¿Es porque sigues pensando que soy un cabrón?

—Yo no pienso… —comienzo a discutirle hasta que me interrumpe.

—Pensaba que no te gustaba mentir, jefa. ¿O a mí sí?

Sus ojos tienen los míos aprisionados y no sé cómo salir de ahí. Finalmente doy un paso atrás para darme la oportunidad de respirar. O de, al menos, dar una bocanada de aire.

Cuando vuelvo a mirarlo, sus ojos recorren mi cuerpo, desde mi cara hasta mi costado, del que separo rápidamente mi mano. Por cómo se endurece su gesto, casi parece que le afectase de verdad verme malherida, aunque sé que es imposible.

—¿Estás usando la pomada? Te dejé un tubo en tu mesa.

Me quedo por un segundo paralizada. Sabía que él o Nate lo habían hecho, pero Tyler tiene una forma de decirlo que me genera un cosquilleo en el pecho. Como si realmente se preocupara por mí, cosa que sé que es estúpida. Porque estamos, literalmente, discutiendo en este momento, entre otros motivos.

—Sí, ya lo he visto, y voy a devolverlo en cuanto saque un momento —le digo.

—¿Por qué? Deberías cuidarte eso.

—*Eso*, no es nada. Y, además, ya estoy usando la que tengo en casa. La que tú me has dejado, en cambio, me ha traído bastantes problemas.

El silencio de Tyler, junto con su cara de circunstancia, me hace entender que no está pillando por dónde voy.

—Nate lo apuntó en tu registro y se ha filtrado. Junto con las fotos del hospital…

Sacudo la cabeza levemente mientras espero a que ate los cabos.

—Ya veo… —dice con la mirada en el césped frente a nosotros, perdiéndose en unos pensamientos que nunca conoceré.

—No te preocupes —intento quitarle importancia—. Hoy subiremos imágenes del entrenamiento para que se vea que no tienes ningún problema, y tu secreto del hospital seguirá a salvo.

En ese momento se olvida del campo y vuelve sus ojos hacia mí, al tiempo que su sonrisa aparece, iluminando su rostro. De pronto he olvidado lo que he dicho, o el motivo por el que se siente feliz.

—No te lo voy a contar —me dice, de un incuestionable buen humor. Cosa que me descoloca todavía más. Pero ya me he dado por vencida con él. No lo entiendo en absoluto. Así que suspiro resignada.

—Sí, eso ya me ha quedado claro.

#10

¿POR QUÉ QUIERES IR ALLÍ?

—¡Menudo día! —Ronald se levanta de su asiento y estira los brazos. Suele pasar sus jornadas en el armario con toda la ropa que escoge para las sesiones de fotos y campañas que preparamos. Pero, después de lo ocurrido con Tyler y su visita al hospital, hoy no hemos podido grabar nada especial, así que ha estado organizando futuras sesiones, pidiendo ropa a showrooms y creando tablones de inspiración para presentarme.

—Como todos los días con Kelscot sean así, yo no llego al inicio de temporada —se queja Chris desde su escritorio.

—Pensaba que os encantaba la nueva estrella del equipo —me jacto, porque por fin puedo meter un poco de cizaña con él. Sé que en esta ocasión no ha tenido culpa, salvo por el hecho de ir a un hospital sin decir nada al equipo ni a mí, a pesar de haberme prometido que me tendría al día de su agenda.

De momento me he librado del interrogatorio de Matthew y de la incidencia por no haberme anticipado a la noticia, aunque no guardo demasiada esperanza. Sé que me llegará en algún momento, pues ha sido una cagada por mi parte. Voy a tener que estar mucho más atenta al nuevo *tight end*.

Resoplo al pensarlo mientras escondo mi cara tras mis manos. Mis compañeros están ya recogiendo sus mesas cuando mi móvil vibra sobre la mía.

Al echar un vistazo a través de mis dedos, mi respiración se entrecorta. La notificación es de un número oculto, y debajo de él, aparece la palabra «Imagen».

—¿Nora? —escucho a Ronald a lo lejos. Creo que han estado hablando, pero apenas he percibido el eco de sus voces, como si una pantalla de agua nos separara.

Miro al estilista, aunque mi cabeza sigue puesta en el mensaje que acabo de recibir. ¿Por qué me llega otro? Pensaba que el acosador era de Tyler, no mío.

—Eh, ¿qué te pasa? —pregunta Chris. Ha dejado las cosas sobre su mesa y se acerca a la mía—. Parece que has visto un fantasma. ¿Estás bien?

Antes de que pueda llegar a ver mi móvil con el aviso en la pantalla, lo alcanzo velozmente.

Sin embargo, no soy capaz de hacer clic en la notificación. Noto mis brazos temblando, a pesar de que permanecen quietos, congelados. Al igual que mis dedos sobre la pantalla.

La notificación se apaga, y veo mi reflejo en el cristal del móvil.

—¿Nora? —vuelve a llamarme mi amigo.

Sin decir nada, finalmente, enciendo el móvil y abro el mensaje. Siento que me muevo a cámara lenta; soy incapaz de hacerlo más rápido.

Una nueva imagen se abre ante mis ojos.

Tyler. Otra vez él. No esperaba ver a otra persona, pero eso no hace que mi corazón deje de latir como loco. Alguien continúa siguiéndolo.

Miro cada detalle de la foto. No hay duda de dónde está. El cartel luminoso del Midnight Casino brilla sobre él. Va vestido más elegante que al hospital, con unos chinos negros y una camisa del mismo color. Si no supiera que me la manda su acosador, incluso me alegraría de recibirla. Está más guapo de lo que se consideraría real.

El móvil vibra en mi mano, haciendo que dé un bote en mi asiento.

> **NÚMERO OCULTO:**
> ¿Todavía sigues queriéndolo en tu equipo? Solo trae problemas.

Las recomendaciones de Norman comienzan a reproducirse en mi cabeza. Debería bloquear el número. Borrar todo. Hacer como si no existiera.

Mis dedos, en cambio, se mueven por el teclado sin apenas pensar en lo que estoy haciendo.

> **YO:**
> Por favor, no lo mandes a los medios.

Tardo un momento en darle a enviar. Sé que me estoy equivocando y que el equipo de seguridad me echaría la bronca si

viera lo que acabo de hacer. Pero si lo que quiere el acosador es atención, quizás pueda evitar la catástrofe por un tiempo.

El móvil vuelve a vibrar.

NÚMERO OCULTO:
Entonces descubre lo que esconde.

YO:
¿Quién eres?

Aunque sé que no va a darme su nombre, quizá pueda darme alguna pista que seguir. He estado presente en demasiadas entrevistas y he conocido toda clase de trucos para obtener respuestas que el entrevistado no quiere dar. Además, no tengo nada que perder.

La respuesta tarda algo más en llegar. Mientras la espero, alzo la vista y encuentro a Ronald y Chris frente a mi mesa, intercambiando miradas entre ellos y, después, conmigo, con un gesto claramente preocupado. Sin embargo, no soy capaz de sonreír para tranquilizarlos. Estoy demasiado alterada como para fingir.

NÚMERO OCULTO:
Alguien que quiere mostrarte al verdadero Tyler.

Eso no me dice nada.

NÚMERO OCULTO:
Si no estás allí en 30 min, se lo mando a tu amigo Patrick.

—¡Mierda!

Suelto el móvil de golpe, sopesando mis opciones. Que vean a Tyler en el Midnight Casino no es nada bueno. Aparece solo en la imagen, si bien no puedo asegurar que sea la única foto que tenga el maldito número oculto. Tampoco es que piense perder tiempo preguntándoselo. Nada iba a cambiar el hecho de que está a punto de mandársela a los medios, con el consiguiente extra de trabajo que me va a suponer. Por no hablar de la mala prensa que traería a Tyler o a los Stallions.

—Nora, ¿qué pasa? Llevas un rato asustándonos —dice Chris.

—¿Creéis que me dejarían pasar al Midnight Casino así? —Mi moño deshecho puedo arreglarlo. Los vaqueros y la camiseta con el logo del equipo tienen menos solución.

—¿Por qué quieres ir allí? —pregunta. Debo de estar pareciéndoles una lunática, pero no puedo detenerme a explicarles todo en este momento.

—Chicos, tengo que estar allí en media hora —digo, con los nervios aplastándome la garganta.

Entonces Ronald agarra mi mano.

—Ven conmigo.

Sin hacer más preguntas, me arrastra fuera del departamento.

Sé a dónde vamos, porque el estilista que tira de mí ha soñado con hacerme un cambio de imagen desde que me conoce. Un cambio de imagen al que siempre me he opuesto. No me veo capaz de arreglarme más para el trabajo, y que la gente pueda pensar que me creo algo que no soy.

Sin embargo, hoy tengo que dejarme llevar. Nunca he ido al Midnight Casino, pero conozco su fama y sé que jamás encontraría nada que ponerme para ese lugar dentro de mi armario. Además del

poco tiempo que me queda. Por eso sigo los pasos de mi amigo a través de los pasillos desiertos.

Al menos, la locura que estoy a punto de hacer no va a tener demasiados espectadores.

—Ronald, tengo tres minutos, te lo juro. Necesito irme ya —lo apremio, sabiendo que es un reto aún más difícil. Él, por el contrario, se gira para mostrarme su brillante sonrisa, y luego aprieta el paso.

En cuanto llegamos a La Habitación, como él siempre la llama, me suelta la mano y desaparece tras las perchas que rodean la estancia. Hay ropa de todos los colores, pero él se ha tirado de cabeza al negro.

—Vete desvistiendo, Nora-Bora. No puedo hacer todo yo solo. —Su voz suena perdida entre los percheros.

Suspiro por un momento y empiezo a quitarme la ropa detrás de otro perchero. Parece que tiene todo cronometrado, pues en cuanto mis pantalones tocan el suelo, vuelve con una blazer negra en su antebrazo. Es fácil ver en su cara lo mucho que está disfrutando.

—¿Esto no es de los jugadores? —pregunto confusa al tomar la prenda.

—Sí.

—¿Y no tienes nada de las animadoras? Me va a estar enorme —digo, descubriendo que a nuestro alrededor únicamente hay ropa de hombre. Sigo sin entender la idea de Ronald, y él no se muestra dispuesto a explicarse.

—¿No decías que tenías prisa? —me apura cruzando los brazos al ver que todavía no me he movido.

—Me falta la camisa. Y los pantalones.

—No. Va así.

—¿Así cómo? —pregunto, encontrando en la sonrisa de mi amigo la respuesta—. ¿Sin nada debajo? ¡Ronald, se me va a ver todo!

—Esa es la idea —dice satisfecho.

—¡No pienso salir solo con esto!

—Siempre puedes ponerte tus vaqueros desgastados y tu camiseta roñosa de los Stallions. Seguro que te dejan entrar al casino con ella.

Abro la boca indignada por sus palabras.

—¡No te metas con mi camiseta! —salto al instante, si bien reconozco que tiene razón; no me van a dejar pasar con ella. Me quedo mirando la chaqueta entre mis manos, sabiendo que no tengo tiempo ni opciones si quiero sacar a Tyler de un nuevo lío y, por ende, a mí también—. Vale —accedo finalmente, confiando en mi amigo y poniéndome la enorme chaqueta. Al fin y al cabo, él es el experto en moda—. No sé ni por qué te hago caso.

—Porque quieres ir guapa.

Paso mis brazos por las mangas, demasiado largas, y cierro los tres botones de la chaqueta. Parece que llevo un saco de patatas negro que cubre lo justo y suficiente para no mostrar mi ropa interior. Al menos, si no me agacho.

Ronald empieza a colocar la prenda sobre mis hombros, como si pudiera hacer que quedara mejor.

—Para una vez que me dejas, tengo que aprovechar.

—Así no vas a repetir —lo advierto cuando pasa de una manga a la otra, doblándolas varias veces. En realidad, no planeo dejar que me vista nunca más.

Me lleva hasta el espejo para que me mire, y yo solo veo mis piernas.

Ronald surge detrás de mí, colocándome un cinturón y haciendo que mi figura vuelva a intuirse bajo aquella prenda enorme.

Me gusta lo que veo en el espejo, aunque me cuesta reconocerme. Hay una versión de mí mucho más sexy y sugerente que jamás me atrevería a mostrar.

Intento relajarme pensando que solo necesito ir disfrazada así el tiempo necesario para cruzar las puertas del casino y sacar a Tyler de allí. No pienso dejar que ponga en peligro mi trabajo de nuevo.

Me agacho a ponerme mis zapatillas, esperando que Ronald me regañe, pero no lo hace.

—Nadie va a mirar más allá de tus piernas —me asegura. Es lo último que necesitaba oír en este momento.

Cuando me da el visto bueno, me dirijo corriendo hacia el aparcamiento.

Me paso todo el viaje mirando el móvil de reojo, comprobando que la pantalla no se ilumina con una nueva notificación. El reloj va rápido, pero no tanto como yo conduciendo.

Atravieso la ciudad en pocos minutos y encuentro el coche de Tyler a unos metros de la entrada del local. Ha estado bloqueando el mío durante demasiados días en el Complejo de los Stallions como para no reconocerlo al momento.

Esta vez soy yo quien aparca delante del suyo.

Salgo del vehículo y miro a mi alrededor. No veo a nadie, así que cruzo la calle para entrar en el Midnight Casino.

El único ruido que percibo proviene de su edificio, al igual que la iluminación. Luces rojas y blancas anuncian, sin equivocación, el lugar al que debo dirigirme, además del letrero en luces de neón con el nombre del local.

Bajo él, hay dos hombres vigilando la entrada, más o menos del tamaño de los jugadores del equipo. Van vestidos de negro y hablan tranquilamente entre sí. Me pongo nerviosa al acercarme, como si fueran a echarme de allí. Me siento un poco farsante con mi ropa prestada, pensando que, si me descubren, me prohibirán la entrada. Pero, al aproximarme a ellos, el que no está hablando me mira y me sonríe, apartándose para dejarme pasar.

Trato de imitar su sonrisa a pesar de cómo mi pulso se acelera. Sé que no hay motivo para ello, excepto que estoy a punto de entrar en uno de los sitios más peligrosos de la ciudad.

Entonces, noto la vibración de mi móvil en el bolsillo de la chaqueta. Me detengo al momento y lo saco.

Mis músculos se tensan al ver el número oculto otra vez en mi pantalla. La palabra «Imagen» aparece en la notificación.

Me decido a abrirlo, y el corazón me da un fuerte golpe en el pecho cuando veo mi foto en la pantalla.

El mensaje llega un segundo más tarde.

> **NÚMERO OCULTO:**
> Estás muy guapa.

Me giro rápidamente buscando a quien me haya hecho la foto y siento unas ganas repentinas de vomitar mientras me tambaleo sobre mis pies. Miro de nuevo la instantánea, tratando de descifrar el ángulo desde donde se ha tomado, y después busco al acosador

entrecerrando los ojos en la oscuridad de la noche. Las farolas apenas alumbran la calle, así que no puedo ver nada.

Echo unos pasos atrás, asustada, sintiendo cómo crece el peso en la boca de mi estómago, dejando mis piernas sin fuerza para sostenerme.

Entonces choco contra alguien. Seguramente uno de los seguratas. Solo que, cuando sus manos aprietan mis brazos, su olor me resulta familiar. Al girarme, encuentro a Tyler. Veo su cara enfadada durante un segundo. Luego, me parece que cambia, pero hay tantas luces en mi visión que no estoy segura ni de que sea él. Únicamente su voz me lo confirma. Es él quien me sujeta, salvándome una vez más de un buen golpe contra el suelo.

—¿Qué haces aquí?

#11

HAY JUEGO

Guardo el móvil en mi bolsillo y salgo corriendo del casino. No ha terminado la partida en la mesa, pero me importa una mierda tras el mensaje que acabo de recibir. Resulta que mi acosador es aficionado a la fotografía, porque lleva tres días seguidos mandándome imágenes. Aunque esta es la primera vez que me manda una en la que no aparezco yo.

Abro de un golpe la puerta que da a la calle y me topo con la espalda de dos tíos tan enormes como la defensa de los Stallions. El frescor de la noche se lanza contra mí cuando las dos sombras de negro me abren paso al sentirme detrás. Entonces encuentro el recogido que he aprendido a reconocer.

Sabía que estaría allí, porque acabo de ver su foto en mi teléfono.

La jefa de comunicación del equipo está delante de las escaleras de la entrada y no se da cuenta de que me acerco a ella hasta que su espalda choca contra mi pecho.

Gira hacia mí su cabeza, y sus ojos marrones encuentran los míos, incapaces de hallar calma en ellos. Parece aterrada, y me preocupa que sea por la misma persona que me ha hecho correr hasta ella.

—Nora, ¿qué haces aquí? —pregunto, porque no sé qué otra cosa decir. El saludo ha quedado descartado cuando al verme se ha dado la vuelta y se ha sujetado con fuerza a mi camisa.

—Yo... Yo... —No dice nada más. Sigue moviendo su cabeza de lado a lado, como si una amenaza inminente se cerniera sobre ella, y luego vuelve a mirarme con el mismo gesto de pánico. Noto sus manos perdiendo fuerza sobre mi cuerpo y veo sus ojos sin foco.

—Joder, ¿estás bien?

En lugar de responderme, sus piernas fallan, pero soy lo suficientemente rápido y la sostengo en mis brazos antes de que colapse. Es tan liviana como una pluma mientras la aproximo a mí. Sigue despierta, porque tiene los ojos abiertos. Su respiración acelerada, por el contrario, me dice que en realidad está lejos de mí.

—¡¿Está bien?! —Los seguratas se han acercado a nosotros después de ver a Nora desfallecer.

—¡Abridme! —Es todo lo que digo según me acerco hasta la puerta del casino.

Una vez dentro, la música y la oscuridad nos envuelven. Me dirijo al lado contrario del salón, donde hay una recepcionista y un pequeño diván granate.

La tumbo allí y me agacho a su lado para comprobar que no se va del todo. Muevo su cabeza hasta dirigirla hacia mí, y entonces sus ojos se entrecierran para mirarme.

—¿Tyler? —dice con una voz suave.

—Sí, soy yo.

Está claro que ha vuelto en sí cuando intenta levantarse, pero la retengo por los hombros, haciendo que permanezca tumbada un poco más.

Aparece a nuestro lado la chica de recepción con una bandeja de cristal y un vaso de agua sobre ella. Se lo ofrece a Nora, que sigue con la vista fija en mí.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, y no sé si se refiere a «aquí cogiéndome en brazos y evitando que me desmaye», o «aquí en el único lugar de la ciudad que te han dicho que no deberías visitar».

—Creo que eso te lo podría preguntar yo —digo finalmente, evitando dar una respuesta que seguramente no le guste. Tengo la misma curiosidad que ella por saber el motivo de su visita al casino, aunque me preocupa que sea el mismo que a mí me ha llevado a salir a la entrada.

Noto en mi pecho el calor de la furia cuando nos veo a ambos siendo usados como marionetas por un maldito acosador fotógrafo.

—Yo… —Empieza a hablar, hasta que su voz temblorosa se apaga.

—Para un momento. Te va a dar un ataque de pánico, y no es como había planeado pasar la noche —digo tan borde como la preocupación me deja.

En ese momento, ella se sienta, y lo hace tan rápido que no puedo detenerla. Pestañea varias veces una vez erguida, como si estuviera

esperando a que todo dejara de dar vueltas.

—Me hago una idea de tus planes —me dice echando un rápido vistazo a la recepcionista.

No puedo evitar reírme. Incluso sin proponérselo, sabe cómo regañarme.

Entonces, su mirada se desvía detrás de mí y, al girarme, encuentro a Tanya acercándose. La forma en la que se mueve, balanceando sus caderas al mismo ritmo que su larga melena rubia, me recuerda que era modelo, o actriz. No me ha quedado claro en la corta conversación que hemos tenido en la barra, y luego me he dejado llevar por los juegos y las luces y no he prestado mucha más atención.

—¿Tyler? —me llama con la misma voz sensual que lleva usando toda la noche, y, aprovechando que estoy agachado frente a Nora, pone una mano sobre mi hombro.

Nora se fija en ella, y percibo lo roja que se pone su cara, a pesar de la poca luz que hay en este lugar.

—Has desaparecido de pronto —continúa Tanya. Después, mueve sutilmente su mano, bajando por mi pecho, y los ojos de Nora la siguen en su recorrido.

La sujeto antes de que siga descendiendo, y la jefa de comunicación aparta la vista.

—Espérame dentro —le pido.

Nora alcanza el vaso de agua que la recepcionista junto a ella aún sostiene y lo bebe de un trago mientras Tanya regresa al salón de juego.

Cuando termina, deja el vaso en la bandeja y se levanta nerviosa. Intenta cerrarse el escote disimuladamente, pero el look que ha escogido para esta noche, que tiene poco que ver con sus camisetas de los Stallions, no le da mucha opción. No sé si está incómoda. Yo la veo impresionante.

—¿Estás mejor? —le pregunto evitando quedarme embobado mirando lo bien que le queda esa chaqueta enorme en su pequeño cuerpo. Mi imaginación amenaza con dispararse.

—No deberías estar aquí. ¿Sabes quién viene a este sitio? —me responde, ignorando mi pregunta. Me alegra ver que vuelve a ser la Nora de siempre. Tras los dos últimos minutos que me ha hecho pasar, su regañina me suena a melodía.

—¿Los mafiosos de la ciudad y la gente más peligrosa de Redmont?

Observo su cara de susto al escucharme decir esas palabras, y me cuesta no echarme a reír.

—Sabes que son todo rumores, ¿no? —digo, aunque no estoy muy seguro de que eso le tranquilice.

—A veces los rumores son ciertos —me susurra mirando de reojo a la recepcionista. Después de que Nora tragase el vaso de agua de una vez, se fue a su puesto en el mostrador y, con la música de fondo, es imposible que nos escuche. Aun así, Nora se muestra paranoica. Seguramente se deba al lugar en el que estamos—. Tyler, te han sacado más fotos.

—Lo sé. —Y el mal humor regresa a mi cuerpo. Me pregunto si podré tener un momento de normalidad en esta ciudad sin que ningún acosador me lo joda.

—¿Entonces qué haces aquí? —me pregunta de nuevo. Está claro que todavía no sabe cómo funciono. Si me dices que no haga algo, lo

haré. Soy más de psicología negativa.

—Quería conocer el sitio del que todos me advertían —le confieso con un toque de diversión.

Ella sacude su cabeza levemente.

—Una idea maravillosa. Te dicen que no vengas, y vienes.

—¿Verdad? —Es todo lo que respondo, porque sé que es estúpido. Pero no me ha parecido que fuera para tanto, excepto por la decoración.

—Tyler, por favor, vámonos. ¿Sabes las cosas que dirán si salen esas imágenes?

Yo me encojo de hombros.

—Bueno, las imágenes ya las tienen, ¿no? Al menos voy a disfrutar. Si me acusan de divertirme aquí, que sea porque ha ocurrido de verdad.

Echo a andar de espaldas hacia el salón sin perderla de vista, esperando que me siga. Sus pies, en cambio, no se mueven, aunque ella continúa llamándome en gritos susurrados.

—No seas idiota. ¡Tyler!

Yo le hago el saludo militar con mi habitual sonrisa y me despido de ella.

—Demasiado tarde, jefa.

Cruzo la gran cortina de terciopelo que separa la entrada del salón de juego, y las luces del lugar me dan una alegre bienvenida. A pesar de las paredes oscuras, casi parece de día con la iluminación de las inmensas lámparas de cristal que caen del alto techo.

Sopeso si acercarme a la barra del bar o volver a la mesa donde dejé mi apuesta. Ni siquiera recuerdo cuánto dejé apostado ni a qué. En cuanto vi la foto de Nora en mi móvil, salí disparado.

Mi plan inicial era buscar al puto fotógrafo que ahora también le hace fotos a ella, pero cuando la vi al borde de un ataque de pánico, me olvidé por completo.

Quizás debería salir ahora, a ver si encuentro al maldito acosador. De todas formas, tampoco es que me estuviera divirtiendo demasiado en el casino. Es un sitio bonito, la música está bien y las copas son caras. Es lo que esperas de un local lleno de cristal, oro y opulencia.

Tanya ha vuelto a colocarse junto a mí y desliza sus brazos alrededor del mío. Sin embargo, es el movimiento en la entrada lo que llama mi atención.

Tras la cortina, veo a Nora aparecer como un conejo asustado, y luego, su cara de sorpresa al descubrir la belleza de la sala. Sus ojos encuentran los míos y en mi cabeza solo baila un pensamiento: «Hay juego».

El croupier me acerca los dados y me agacho a recogerlos al tiempo que Nora se acerca.

—Así que te apuntas —digo sin mirarla—. Pensaba que esto no te gustaba.

Se mueve a mi lado, inspeccionando rápidamente su alrededor. Después, vuelve a centrarse en mí.

—¿Qué tengo que hacer para que salgas de aquí? —me pregunta.

Yo sonrío ante su desesperación.

—No me lo pongas tan a huevo, jefa.

—Y tú no seas idiota. Hablo en serio. No deberían verte aquí.

—Ya me han visto —le recuerdo, pensando en las fotos de mi móvil. Decido olvidarme de ello y pongo mi mano cerrada delante de su cara—. ¿Soplas?

En lugar de hacerlo, da tal manotazo a mi puño que me hace tirar los dados sobre la mesa. El croupier no tarda en anunciar que acabo de perder diez mil pavos.

—Tenías que haber soplado —le recrimino.

Ella me agarra del brazo, más nerviosa de lo que pretende dejarme ver.

—Tyler, por favor.

Me mira de una forma que no me deja escapatoria. Supongo que soy un forastero, porque no he visto nada peligroso en este sitio a excepción del precio de las copas. Sí, he advertido algunas reuniones a las que no pretendo acercarme en los balcones reservados, pero no percibo el peligro que la tiene de los nervios.

—Juega conmigo —le propongo mientras me muevo alrededor del salón, con Tanya todavía siguiéndome. Quizás en otra mesa tenga más suerte.

—¿Qué? —escucho a Nora detrás de mí.

—Es fácil. Si ganas, nos vamos. Si pierdes, nos quedamos y jugamos hasta que ganes.

Es un buen trato, 50-50. Sin embargo, Nora no es de las que se deja engatusar fácilmente.

—¿Y por qué no me haces caso por una vez? —me pide.

Yo me encojo de hombros y hago una mueca con mi boca, mostrándole mi indiferencia.

—Mi idea es más divertida.

Alzo la mano y le ofrezco una ficha negra con un «5.000» grabado en dorado.

—A la primera invito yo.

—¿Cinco mil dólares? ¿En serio? —Parece impactada por el dinero que gasto. O puede que sea por el que gano. En cualquier caso, me sorprende, porque no suele ocurrirme. La gente acepta el dinero sin titubear.

La veo inspirar aire profundamente y, al final, me quita la ficha de la mano. Observa la mesa que tenemos delante, con una ruleta, y la coloca encima del rombo rojo.

—No has dudado en el color —sonrío, poniendo otra ficha igual a la suya en el color negro.

Solo hay un anciano a nuestro lado en esta mesa, y hace distintas apuestas con sus fichas.

Cuando el croupier ve que no hay más estúpidos pensando en dilapidar su dinero, empieza a mover la ruleta.

Nora está concentrada en la bolita de marfil que gira pasando de un color a otro.

—¿Por qué has venido? —le pregunto.

Me mira como si por un segundo hubiera olvidado que estoy ahí, que a quien debe ganar es a mí.

—Intento evitar otro día como el de hoy. Con un titular tuyo tengo bastante por un tiempo.

No puedo reprochárselo. Yo he tenido un día de entrenamiento normal, pero sé que Riley y ella han tenido trabajo extra por el asunto del hospital.

Según me da su respuesta, vuelve a fijarse en la pequeña bola.

El anciano a nuestro lado continúa moviendo fichas de un sitio a otro hasta que el croupier dice «No va más». La bola pierde velocidad, y estamos a punto de descubrir si la noche se alarga, o si aquí acaba el juego.

—Señor Kelscot —me llama alguien a mis espaldas. Estoy seguro de que no conozco a este tío, alto, grande, y con una pinta de guardaespaldas ruso que echa para atrás. Pero que la gente conozca mi nombre no es nuevo para mí—. El señor Draven quiere verlos a usted y a su acompañante.

—Aquí lo espero. —Lo despacho rápido con intención de descubrir qué suerte tendré esta noche. Nora, en cambio, ha perdido el entusiasmo por la ruleta.

—¡Tyler! —me reprocha enseguida. Más tarde, se dirige al guardaespaldas—. Ahora va. Danos un momento, por favor.

—¿Qué pasa? —la miro confuso. No recuerdo haber oído hablar de ese tío que ha conseguido que Nora recupere su cara de pánico.

—Draven es el dueño del Midnight Casino.

—¿Y qué? Si quiere verme, que venga él. Yo estoy haciéndolo un poco más rico. —Echo un vistazo a la ruleta, que continúa girando.

—Por favor —me sisea ella—. Ve y habla con él. Cáele bien.

—Joder, ni que fuera el capo de la mafia.

Casi no he podido terminar mi frase cuando Nora se abalanza para taparme la boca.

—¿Quieres callarte? —me insiste. Y me gustaría decirle que sí, pero para eso tendría que apartar sus manos. Así que me quedo observándola un momento más mientras ella escudriña nuestro alrededor.

Después, las cubro y las hago descender lentamente. Están calientes. Tanto, que pienso que podría tener fiebre. Me devuelve la mirada según bajo nuestras manos y dejo caer la suya sobre mi pecho, moviendo mis dedos hasta su muñeca.

—¿Te da miedo? —le pregunto, aunque no necesito su respuesta.

—Si solo fueran rumores, estos dirían que no hay nadie más peligroso que él en Redmont. Tiene tanta influencia como te puedas imaginar. En todos los ámbitos. Todo el mundo lo sabe. Y también que escasea de paciencia.

—Señor Kelscot —la voz grave del guardaespaldas me saca de mi burbuja.

—Sí, ya vamos —accedo, y hago un gesto con la cabeza a Tanya, que se ha mantenido a poca distancia de mí todo este tiempo, para que se acerque—. Venga —le digo al fortachón que tengo delante.

Antes de que pueda dar un paso, él me frena extendiendo el brazo delante de mí.

—Esa acompañante no. Su otra acompañante —me dice, haciendo un gesto hacia Nora.

#12

UN POCO MÁS DE CONFIANZA

En cuanto el ruso hace referencia a Nora, esta da un paso hacia atrás.

—Yo no soy… —Intenta responder, hasta que las palabras se le quedan en la garganta.

—El señor Draven insiste.

Veo a Nora temblar. Si no la hubiera encontrado en la puerta, casi desmayándose de los nervios, no me preocuparía. Pero, dado su estado, prefiero tenerla cerca. El problema es que tenerla cerca es lo que le está provocando este ataque de pánico.

Rodeo su mano con la mía.

—No va a pasar nada —le susurro.

Ella me mira y asiente levemente. Aun así, está tan tensa que parece que se va a romper.

Seguimos al guardaespaldas a través de las mesas hasta unas escaleras doradas. Echo un vistazo y no llego a atisbar lo que hay en ese balcón.

Nora, en cambio, da la impresión de saber lo que nos espera allí. Aprieta mis dedos con fuerza mientras subimos los escalones. Tengo ganas de decirle algo que la tranquilice. Sin embargo, está concentrada en no perder la calma y prefiero darle espacio.

Cuando llegamos arriba, tras dos vueltas de las escaleras, accedemos a un amplio espacio con moqueta verde. La barandilla que lo bordea me recuerda a la del hotel abandonado, si bien este sitio es mucho más luminoso, y los barrotes son más brillantes.

Me muevo hasta la barandilla dorada, llevando a Nora conmigo. Desde ahí podemos ver el salón del casino al completo y a todas las personas que están perdiendo su dinero para llenar los bolsillos del tal señor Draven.

A esta altura, las lámparas de cristal resultan todavía más grandes. Nora se ha fijado en ellas también.

—Señor Kelscot, qué alegría conocerlo. —Escucho una voz detrás de mí. En ese momento, la mano de Nora se tensa antes de soltarme.

Me giro y encuentro ante mí a un señor de unos cincuenta años en buena forma. Va vestido con un traje oscuro y el pelo tan engominado hacia atrás que dudo que nada pueda despeinarlo. En parte me recuerda a Riley, salvo por ese aura de confianza y oscuridad que lleva consigo. En Draven parece agresivo.

Me dedica una sonrisa brillante que resultaría hasta amigable. Sin embargo, hay algo en él que no me gusta. Puede que sea el miedo que influye en Nora o los aires de superioridad que desprende. Como si tuviera todo el poder en la palma de su mano.

—Parecía que el momento no iba a llegar —continúa él—, después de cuatro años de dura lucha. Pero aquí está. Y muy bien acompañado. ¿Quién es usted, señorita?

—Es Nora —respondo yo antes de que de su nombre y apellido por inercia.

—Ah, Nora. —Draven se ha dado cuenta de lo que intento y, por eso mismo, quiere dejar claro que sigue teniendo el control—. Nora Ellis, la jefa de comunicación de los Stallions, si no me equivoco.

Ella asiente a mi lado, desviando su mirada hacia el suelo.

—Sí, señor.

—Puedes llamarme Sully, querida —le ofrece él, y enseguida le da la espalda—. Me han dicho que tienes algunos problemas con la prensa, Tyler —decide tutearme sin ni siquiera presentarse. Está claro que aquí todo el mundo lo conoce.

—Nada que ella no pueda solucionar —respondo.

Eso hace sonreír a Draven, y no sé si es buena señal. Se dirige a ella de nuevo, y eso sigue sin gustarme.

—Así que eres tan buena.

Nora no responde. Únicamente aprieta sus labios.

—La verdad es que sí. —Busco su atención otra vez—. Ya me ha salvado de algún lío.

Draven se ríe.

—Una pareja peculiar. El jugador que no deja de meterse en líos, y la jefa de comunicación que no deja de sacarlo de ellos.

—Hay que dar trabajo a la gente. —Me encojo de hombros. Algo de lo que he dicho lo hace feliz. Casi veo sus ojos chispeando.

—Eso es lo que yo siempre digo. De hecho, de trabajo quería hablar contigo. Me alegra que hayas decidido acercarte al casino esta noche, chico.

Me ha puesto el brazo alrededor de la espalda, porque por su estatura no alcanza a hacerlo sobre mis hombros, y me dirige hacia la barandilla. No sé qué mierda piensa contarme, pero empiezo a ver aquello de lo que Nora me advertía, y solo quiero que salgamos de allí.

Me vibra el móvil en el pantalón y ella se centra en el suyo al mismo tiempo. Su gesto de preocupación se intensifica, cosa que creía imposible.

—¿Qué pasa? —le pregunto, ignorando por completo a Draven.

Sé que tenía que haberme callado en el mismo momento en que el dueño del casino se gira hacia ella y Nora esconde el móvil tras su espalda rápidamente.

Tengo una ligera idea de quién ha podido ser, porque me da que hemos recibido el mismo mensaje. Así que saco el teléfono de mi bolsillo y, con ver la notificación del número oculto, noto mi mandíbula tensándose, así como mis brazos. Tiraría el móvil al otro lado del reservado si no estuviese preocupado por lo que sea que ha recibido Nora, así que lo abro.

> **NÚMERO OCULTO:**
> ¿Cómo se tomaría Sully Draven una traición tan temprana?

> ¿Qué te parece un soplo a la policía?

—¡No me jodas! —suelto antes de poder contenerme.

—¿Ocurre algo? —pregunta Draven con una amabilidad que sé que no quiere dedicarnos ahora mismo.

—¡¿Estás hablando con él?! —Me dirijo a Nora. Porque entonces tiene sentido que supiera que esta noche estaba aquí. La idea de que esté recibiendo los mismos mensajes que yo empieza a resultarme más plausible, y el mal humor que me entra con cada uno de los mensajes anónimos se intensifica al pensar que puede estar afectando también a Nora.

Ella, en cambio, no dice nada. Únicamente me mira nerviosa.

—¿Suelen hacer redadas aquí? —pregunto a Draven. No puedo dejar que piense que la traición es cosa mía, como pretende mi acosador, o de Nora. Sin embargo, cada palabra que digo es un error, y me percato de ello al verla aterrada moviéndose hacia atrás, y a Draven acercándose hasta su posición a la misma velocidad. Cuando la tiene acorralada contra la barandilla dorada, alarga el brazo y la sujeta del cuello con fuerza.

Trato de abalanzarme sobre ellos hasta que unos brazos me detienen y, por más bandazos que doy, no consigo dar un paso adelante.

—¿Con quién hablabas, Nora? —pregunta él tranquilo, como si no estuviera asfixiándola con sus enormes dedos.

Los de ella intentan aflojar el agarre alrededor de su cuello, sin conseguirlo.

—¡No ha sido ella! —grito mientras continúo luchando con los tres tíos que me retienen. Consigo liberar uno de mis brazos y asestarles algún golpe, pero solo sirve para cabrearlos más y que me sostengan

con más ganas—. ¡Draven, joder! ¡Ha recibido el mismo mensaje que yo! —me aventuro a decir, a pesar de que me la estoy jugando demasiado, y está claro que esta noche no es mi noche de suerte—. ¡Suéltala!

Pongo todo mi empeño en separarme, sin mucho acierto, a pesar de los golpes que doy.

Entonces, un tío tan grande como los que me están sosteniendo se acerca a Draven y, cuando empieza a susurrarle al oído, este suelta a Nora. Ella se apoya en la barandilla y empieza a toser.

—¿Paparazzis? ¿Qué intentáis conseguir? —El mafioso se gira hacia mí, que permanezco retenido, y veo que la amabilidad que antes se esforzaba en mostrar ha desaparecido por completo.

No tengo ni idea de qué quiere decir con lo de los paparazzis, así que no respondo.

En esta ocasión, es Nora la que se acerca a él y le enseña su teléfono. Su mano tiembla hasta que Draven se lo arrebata y empieza a leer en su pantalla.

—Creo que intentan montar una trampa para Tyler —dice ella. Ha pillado lo de los paparazzi antes que yo.

De pronto, la sonrisa del mafioso reaparece, como si no hubiera intentado matar a Nora con sus propias manos un momento antes. Le devuelve el teléfono y hace una seña con la cabeza a los idiotas que siguen sujetándome. Me sueltan al momento y yo hago círculos con mis brazos, como si intentara recolocarlos en su sitio.

—Yeliv os acompañará —dice Draven. El grandullón que ha venido a susurrarle lo de los paparazzi da un paso junto a él.

—Podemos ir solos, gracias —respondo yo. Ya he tenido suficiente de esta mierda. Me acerco a Nora y la agarro del brazo para

marcharnos, pero el guardaespaldas extiende el suyo cortándonos el paso. Lo miro a la cara, demasiado angulosa, con unas mandíbulas desproporcionadas. Veo que lo de la gomina debe ser cosa del negocio, pues lleva el pelo rubio relamido hasta llegar a una coleta baja.

—No se desprecia la amabilidad de Redmont, señor Kelscot —Draven llama mi atención—. Él os enseñará una salida trasera. No queremos mala fama para los Stallions, ¿verdad?

Yeliv aparta la mano y comienza a andar. Yo sujeto a Nora y trato de ignorar el hecho de que sigue temblando. Bajamos las escaleras doradas rápidamente y seguimos al ruso.

Estamos todavía en el centro del salón cuando la música se detiene. Nora se estremece a mi lado sin aminorar el paso y las luces se apagan. Enseguida comienza el caos.

Escucho gritos, vasos que se rompen y golpes. Echo un rápido vistazo atrás sin dejar de avanzar, y las luces de emergencia me permiten ver a unos cuantos policías que se mueven dando voces desde la entrada, haciendo que todo el mundo comience a correr como locos por el salón. Algunos intentan arrollarnos. No tienen nada que hacer con Yeliv y conmigo. A Nora, por el contrario, casi la lanzan al suelo.

La muevo junto a mí y la rodeo con el brazo mientras seguimos caminando a paso veloz detrás del hombre de Draven.

Nos escabullimos por una puerta y llegamos a un pasillo igual de oscuro. El sonido del salón queda amortiguado, aunque sigue escuchándose la locura que se ha desatado hace unos segundos.

Yeliv para en mitad del corredor, y lo veo palpar la pared. Un instante después, una puerta secreta se abre, dando a un espacio aún más negro que el pasillo.

—Al fondo está la salida —nos dice con un claro acento extranjero.

Podría tratarse de un armario, pero tampoco tenemos muchas más opciones. Tiro de Nora y nos metemos en el estrecho hueco. Yeliv cierra la puerta y nos quedamos en la absoluta oscuridad.

Los dedos de Nora se aferran más fuerte a los míos.

—¿Estás bien? —susurro en el pequeño momento de paz que conseguimos. Todavía se oyen de fondo las voces de la policía. Yo, en cambio, solo escucho la respiración acelerada de Nora, que parece descontrolarse—. Eh —vuelvo a intentar llamar su atención, porque sé que está de los nervios y me siento responsable de todo este lío. La noto temblar contra mi cuerpo—. Vamos a salir de aquí —le prometo.

Muevo mi mano, y sus dedos se hunden en mi piel con desesperación, aterrada de que pueda soltarla.

—Voy a sacar mi móvil, para ver por dónde salimos —le explico, consiguiendo que su agarre se afloje y su mano abandone la mía. Escucho su esfuerzo por respirar lentamente, tratando de controlarse.

Enciendo la linterna de mi móvil e inspecciono el espacio en el que estamos. Hay una salida al fondo. Después, lanzo la luz de la linterna hacia arriba para poder ver a Nora sin deslumbrarla.

—¿Estás bien? —pregunto una vez más. Ella me devuelve la mirada. Asiente lentamente, y sé que miente—. Ya está, ¿vale? Vamos a salir de aquí y nadie nos verá.

Abandono sus ojos y me acerco hasta el otro extremo del espacio en el que nos encontramos. Tardo un poco en descubrir la forma de abrir la puerta y, cuando lo hago, la muevo lentamente, por si hubiera algún paparazzi o policía al otro lado. Lo cierto es que no sé a dónde da esta salida, y tampoco si puedo fiarme de Draven.

Cuando compruebo que no hay nadie, abro la puerta del todo. La luz es escasa, así que me siento un poco más seguro. Diviso el hotel abandonado al otro final de la calle, y mi optimismo da un subidón.

El hueco en el que estamos queda a un metro de altura del suelo. Salto y aterrizo sin problema. Luego, me vuelvo para ayudar a Nora.

Alzo las manos hasta ponerlas en su cintura y ella se apoya en mis hombros. No es la primera vez que toco a Nora, así que no entiendo por qué de pronto siento todo mucho más. Cada uno de sus dedos sobre mi camisa, como si pudieran atravesarla y arder bajo ella.

Cuando sus pies tocan el suelo, sus manos permanecen sobre mi pecho y las mías alrededor de su cintura. No me mira, sino a sus dedos, que siguen apoyados en mí. Sus labios se separan al respirar y, cuando alza la mirada, me alegra ver que el miedo ha pasado.

—¿Todo bien? —pregunto en un susurro.

Ella cierra la boca y asiente de nuevo.

—Vale, vamos —digo, y pongo mi brazo alrededor de sus hombros una vez más mientras la dirijo hacia el final de la calle. Me alegra comprobar que ya no tiembla como lo hacía unos minutos antes. Sin embargo, no se me escapa que no ha dicho ni una palabra desde que dejamos a Draven atrás.

Según avanzamos, aparecen más coches de policía, así que cambio de dirección y nos movemos hacia el hotel abandonado y, más tarde, al callejón que descubrí ayer. No planeaba desvelar este sitio tan pronto, pero ya he hecho pasar a Nora por demasiado.

Cuando estamos a punto de entrar, ella frena nuestros pasos.

—Tyler, no hay salida —me dice.

Yo sonrío y sigo avanzando de espaldas, para no perderla de vista.

—Un poco más de confianza, jefa.

Después, me apoyo en la verja que queda escondida tras la hiedra y la hago chirriar al abrirla.

Mi acompañante abre la boca sorprendida sin decir nada. En lugar de eso, se acerca a mí y, tras mirarme durante un segundo, y juraría que hasta sonreírme, se cuela en el hueco que da a las escaleras.

Subo detrás de ella, y no sé si la escalinata se le habrá hecho tan pesada como a mí ayer, porque esta vez la subo sin percatarme de la cantidad ingente de escalones que hay. Supongo que la adrenalina todavía bulle por mis venas.

Cuando llego a la terraza, encuentro la silueta de Nora alejándose, con la ciudad de Redmont de fondo. Los gritos que se oían en el interior del casino han quedado silenciados, y solo se escucha alguna sirena de coches de policía que vienen y van.

Me imagino a los paparazzi buscando mi cara entre los asistentes y me alegro de que Nora esté conmigo en este momento. Me acerco hasta ella y veo cómo el rojo y azul de los coches de policía se reflejan en sus ojos mientras observa todo a su alrededor.

Cuando me nota a su lado, me mira, y no sé bien qué siente. Puede que esté tan confundida como yo por nuestra tregua.

Vuelvo a concentrarme en las vistas frente a nosotros, con las calles desiertas apenas iluminadas por las antiguas farolas.

—Aquí estaremos a salvo.

—¿Cómo has encontrado este lugar? —Se gira para estudiar la pequeña terraza, que tiene poco que ofrecer. Hay plantas salvajes que cubren el suelo y un pequeño tablón de madera apoyado en la pared, demasiado estropeado por el paso del tiempo y el clima. Aparte de eso, nada más.

—Tengo mis contactos. —Me encojo de hombros.

Ella se fija en mí, como si me viera por primera vez. Sus ojos están entrecerrados cuando me atrapa con ellos.

—Llevo viviendo en esta ciudad toda mi vida y siempre he creído que ese callejón no tenía salida.

Yo me muevo hasta la pared de nuestra derecha, que forma parte del viejo hotel, y me siento en el suelo.

—Hay un mundo cuando alzas la vista de tu pantalla —le digo, y me arrepiento enseguida. Tengo la costumbre de intentar molestarla, pero no quiero hacerlo en este momento.

Ella hace caso omiso a lo que he dicho. Tiene las mismas ganas que yo de discutir. Se sienta junto a mí y pone sus brazos alrededor de sus rodillas desnudas.

—¿Es tu sitio secreto? —me pregunta. Sigue mirando a nuestro alrededor, aunque lo que de verdad llama la atención son las vistas que tenemos a nuestro lado. Sin embargo, hay algo en este sitio que a ella le encanta.

—Lo era —le confirmo.

Se da cuenta de lo que he querido decir y vuelve a centrarse en mí, regalándome una pequeña sonrisa.

—No te preocupes, tampoco voy a contarlo.

Una ligera risa florece en mi pecho y se queda ahí.

—Bien. De lo contrario, tendría que matarte —le aseguro mientras me apoyo en la pared, buscando una comodidad que intuyo imposible de encontrar.

Nos quedamos en silencio, esperando a que el ruido cese a nuestro alrededor, prometiéndonos la seguridad de no ser vistos. Aunque, en realidad, no quiero que el ruido cese, sino que se haga más alto. Quizás así acallaría lo que empiezo a sentir en la boca del estómago y que se dirige sin control a mi cabeza.

Rememoro la noche. Desde que me vestí en casa, dejando a Eddie y Mali preocupados al saber mis planes, hasta que subí las escaleras del hotel abandonado junto a Nora.

Sonrío al recordar que me negué a que Eddie me trajera, pues planeaba una noche en solitario, y he terminado acompañado de la persona que menos esperaba.

Mi cabeza empieza a llenarse de imágenes de Nora durante esta noche. Visualizo la ropa que ha decidido ponerse, tan escasa que me cuesta no imaginar mis manos colándose debajo de su chaqueta, y, más tarde, cómo me ha mirado hace un momento, sonriendo de verdad. Luego, vienen las peores imágenes: ella atrapada entre los dedos de Draven, o ella muerta de miedo en la entrada, suplicándome que nos fuéramos.

«Joder. No aprendo».

Noto su mano sobre mi brazo, presionándolo levemente. y no sé si me he agitado demasiado con mis pensamientos.

—Voy a ver a los niños —digo de pronto, compartiendo otro de mis secretos con ella—. Cuando voy al hospital. Suelo hacerlo, pero quiero que sea real, sin cámaras. Por eso lo oculto.

Ella apoya su cabeza en mi brazo.

—¿Qué? —dice, o más bien ronronea, a mi lado.

Mi pecho se mueve levemente cuando me río.

—Nada, duerme. Te aviso cuando se vaya la policía —le prometo.

Ella no contesta nada más y, poco después, oculta su cara entre las arrugas de mi camisa. Enseguida noto el cambio de ritmo en su respiración, relajándose, al tiempo que lo hacen sus dedos sobre mi brazo.

Hago lo imposible para mantenerme quieto y no despertarla. Ni siquiera me muevo cuando todas las sirenas y coches han desaparecido, sumiendo la noche en su habitual silencio.

Me quedo contra la pared, observando las horas pasar en el firmamento sobre nosotros. Desde luego que no era así como había planeado pasar la noche. Cambiaría muchas cosas, pero este momento quiero alargarlo un poco más.



La luz empieza a despuntar en la línea del horizonte y los pájaros no tardan en inundar la mañana con sus sonidos.

Nora se mueve junto a mí.

Estrecha un poco más su agarre alrededor de mi brazo mientras se estira levemente y esconde su cara en mi camisa.

—Mh… Qué bien hueles —dice en un susurro.

Soy incapaz de mantenerme quieto y aguantar la risa ante esa declaración inesperada.

—Buenos días, jefa.

Un instante después, abre los ojos de golpe.

#13

CUANDO TÚ ME CUENTES TUS SECRETOS

Un suave y agudo sonido llega hasta mis oídos. Una melodía, que pronto se convierte en el piar de un pájaro a lo lejos. No, no tan lejos. Cada vez más cerca. Estoy demasiado cómoda, y no quiero abrir los ojos. Me acurruco en la cama y dejo que el aroma que me envuelve me embriague un poco más. No sé qué es, pero me encanta.

Me hace sentir liviana, como si flotara en el aire y mi pelo bailara libre a mi alrededor.

La cama parece reírse bajo mi cuerpo con una pequeña vibración. Aun así, no hago nada por descubrir el motivo de su risa. Quiero permanecer aquí, tan tranquila como me siento.

—Buenos días, jefa. —Escucho la voz de alguien a mi lado. Sé que me es familiar, y que mi actual estado de relajación no debería continuar. Y entonces la reconozco. Abro los ojos en menos de un

segundo y la realidad se estrella contra ellos. Tyler Kelscot está junto a mí, mirándome con la sonrisa de quien se está divirtiendo.

Procuro ignorarla mientras confirmo que la terraza a la que me trajo por la noche sigue a nuestro alrededor. Ahora la veo incluso más bonita, con verdor brillando y los rayos de sol dejando pequeñas pinceladas de luz sobre ella.

Al moverme, me doy cuenta de que no estoy en mi cama. Mis dedos se aferran a la camisa negra de Tyler, que todavía lleva remangada hasta el codo, y mis brazos están enrollados alrededor del suyo.

Me separo en un rápido movimiento, como si el contacto con su cuerpo me quemara.

Toda la paz que sentía hace un momento se ha desvanecido por completo, y el único motivo es que Tyler Kelscot es la persona con quien la estaba sintiendo.

—¡Me he dormido! —digo, aunque es obvio que se ha percatado de ese detalle.

No sé si habrá pasado la noche en vela, y no tengo el valor de preguntárselo. De todas formas, seguro que, de ser así, me lo echa en cara en cuanto tenga una ocasión.

Me pongo de pie de un salto ante la necesidad de crear algo de espacio entre nosotros. Dios mío, estaba durmiendo abrazada a él.

—¿Por qué no me has despertado? —le pregunto, colocándome de espaldas para intentar arreglar mi aspecto. Estiro la chaqueta arrugada y trato de cerrar un poco el escote sin conseguirlo mientras me prometo que no dejaré que Ronald vuelva a vestirme nunca más.

Luego, me paso los dedos por debajo de los ojos, por si se me hubiera corrido la poca máscara de pestañas que me eché el día

anterior.

Noto a Tyler levantándose detrás de mí y mis pulsaciones se descontrolan. Es como si me hubiera despertado con poderes sobrenaturales, pues soy capaz de sentir cada uno de sus movimientos a mis espaldas; lo cerca que está.

—Tus sueños eran muy interesantes —me dice. No habla, ronronea. ¿O es solo su tono de recién levantado? Es muy grave, y demasiado sexy. Pero no debería concentrarme en su voz, sino en lo que está diciendo.

—¡Ay, mierda! ¿He hablado? —pregunto aterrada y me tapo la cara. En ocasiones, Susan se ha metido conmigo por decir tonterías cuando estaba medio dormida, y me preocupa qué puedo haber dicho a Tyler.

Sin embargo, cuando me giro hacia él, parece que la broma se ha acabado. Alza su mano y la acerca a mí. Instintivamente, doy un paso atrás y él me mira a los ojos por un momento, como si así pudiera retenerme.

Mi pulso se descontrola una vez más cuando me dedica la misma mirada que la noche anterior al escapar por la salida secreta. Cuando me sostenía por la cintura y estaba tan cerca de él que era capaz de notar su corazón palpitando bajo mis dedos.

Me quedo igual de quieta que entonces, dejando que la presión en mi cuerpo lo entumezca.

Él aparta la vista de mi rostro y la dirige hasta mi cuello. Vuelve a alargar el brazo y siento sus dedos rozando mi piel.

Mi respiración se entrecorta en ese mismo momento.

—¿Te duele? —Su voz grave lleva otro pequeño cosquilleo a mi tripa.

Recuerdo entonces lo que ocurrió con Draven.

Sus dedos no cesan en su movimiento, recorriendo cada centímetro de mi cuello. Lo hace con tal lentitud, que apenas siento que se muevan.

—No —soy capaz de decir, sin aire.

Tyler me observa con el ceño fruncido y se aparta de mí. No sé qué he dicho para alejarlo.

—¿Si te doliera, me lo dirías? —. Tras un segundo, veo cómo una de sus comisuras comienza a elevarse.

Aprovecho el momento y la pequeña distancia entre nosotros para respirar y darle sentido a sus palabras, porque me encuentro demasiado embotada.

—Solo si prometes no volverte tan insoportable como con lo del costado.

La sonrisa de Tyler se hace visible frente a mí y, tras cuadrar los hombros, se lleva el dedo índice a su pecho, donde dibuja una equis, haciéndome la promesa.

Inspiro profundamente y me llevo las manos al cuello. Los recuerdos de ayer empiezan a bailar en mi cabeza mientras recorro la piel que Draven tuvo aprisionada.

—No me duele. —Al menos, no mucho.

Deduzco que no es la respuesta que Tyler esperaba cuando se queda observándome durante un momento, como si juzgara la veracidad de mis palabras.

De pronto, su gesto cambia, y parece que recupera su buen humor.

—Vamos a desayunar —me dice, y, sin esperar mi respuesta, comienza a andar por la pequeña terraza hasta llegar a las escaleras.

Me he quedado tan descolocada con su cambio de ánimo, que tardo en salir corriendo detrás de él.

Bajamos las escaleras, y es entonces cuando pienso en excusarme. Me preocupa que más tiempo juntos pueda hacer resurgir su aversión hacia mí. O la mía a su lado.

Me ha gustado el tiempo que hemos pasado sin discutir, y no me importaría mantener esta paz momentánea un poco más.

—Tyler, tengo que irme al trabajo —digo, odiando cada una de mis palabras y, con el deseo oculto de escudarme en ellas.

No quiero hacerme ilusiones. De hecho, debería recordar que lo que pasó anoche fue solo porque quiso molestarme. Nada ha cambiado entre nosotros.

Sin embargo, él me agarra de la mano y echa a andar, alejándonos del Midnight Casino, frente al que todavía tenemos nuestros coches.

—Ayer echaste horas extra. Puedes permitirte desayunar —me dice.

Yo lo sigo sin apartar mi mano de la suya, preguntándome por qué no hago nada para escabullirme.

Llegamos a la Plaza de los Libreros, donde las cafeterías empiezan a sacar sus mesas al exterior y los tenderos a montar sus puestos de libros. A primera hora de la mañana es un lugar mucho más bonito. Incluso mágico, con los pocos rayos de sol que consiguen hacerse un hueco entre los edificios que rodean la plaza.

Hacía mucho que no me pasaba por aquí. Susan y yo tuvimos una época en la que veníamos a menudo. Más tarde descubrí que el

verdadero motivo por el que pasábamos allí las tardes no eran las palmeras de chocolate de las cafeterías, sino que su ahora marido se perdía por los puestos buscando libros sobre la ciudad.

Cruzamos la plaza y Tyler nos hace entrar en una de las cafeterías. Su fachada es de ladrillo rojo, como todos los edificios antiguos de la ciudad, y tiene un cartel sobre la puerta que ocupa el ancho del local. Sobre el fondo azul se lee el nombre: Bajo las Nubes.

Según cruzamos la puerta, el olor a pastelería recién horneada y a café inunda casi por completo mis sentidos. Tyler tirando de mi mano y girándose para ver mi sonrisa termina de hacerlo.

Llevaba años sin pasar a este establecimiento, y compruebo que apenas ha cambiado. El ladrillo rojo de las paredes se ve más viejo, y el techo pintado con nubes, más grisáceo. Pero lo que siento al estar aquí, permanece igual. Esa sensación de hogar que el olor y el ruido de este espacio me ha transmitido siempre.

Antes de darme cuenta, encuentro a Tyler sacando una silla de debajo de la mesa para mí. Me quedo congelada en mi sitio, aunque él parece más cómodo que nunca.

—¿Qué sueles tomar? —pregunta echando un vistazo a la barra detrás de nosotros.

—Café está bien, gracias —consigo decir antes de quedar como una lunática, con la boca abierta, observándolo.

Por suerte, Tyler se aleja de mi lado sin volverse a mirarme, porque me encontraría embobada y estupefacta ante lo que está pasando, que, obviamente, no entiendo. Aún no me he sentado, y sigo con la vista fija en él mientras se apoya en la barra de madera. El camarero continúa trabajando y todavía no se ha percatado de su presencia.

Entonces, Tyler se gira hacia mí, y es mi señal para dejar de contemplarlo, preguntándome qué ha cambiado entre nosotros para que de repente sea agradable conmigo.

Me siento en la silla y aprovecho mi momento a solas para arreglarme un poco más. Vuelvo a recogerme el pelo, que tiene más mechones sueltos que de costumbre. También me paso las manos por la cara y me pellizco las mejillas con el objetivo de despertarme un poco más.

Cuando ya no tengo nada más que hacer, saco mi móvil del bolsillo de la chaqueta y lo dejo sobre la mesa. No me atrevo a mirar en qué lío se habrá metido Tyler por lo de anoche. He amanecido demasiado tranquila para todo lo que ocurrió en el casino. Como si fuera un sueño lejano y no algo real. Pero, antes o después, tendré que afrontar el nuevo escándalo de Tyler Kelscot mezclándose con la gente más peligrosa de la ciudad en el local más peligroso de Redmont.

Me acuerdo de mi jefe, Matthew, y me imagino la bronca que me va a echar cuando vea todo lo que hayan escrito.

Sostengo el móvil, pensando en ojear por encima las notificaciones, cuando un plato lleno de repostería aparece delante de mí, llevándose la idea de mi cabeza. Dónuts, palmeras, napolitanas y otros dulces, con y sin chocolate, colman el plato que Tyler ha puesto entre nosotros. Una montaña tan grande que no sé ni cómo se mantiene en pie sobre sí misma.

—¡Guau! Empiezas fuerte el día —comento, sin saber qué más decir.

Tyler se sienta en su silla y se encoge de hombros.

—No sabía qué querías.

—En realidad, solo tomo café por las mañanas. No necesito rellenar tanto músculo como tú —digo. Y cuando veo cómo su sonrisa se curva en su cara, alcanzo la taza de café y la jarra y empiezo a servirme.

Me gustaría pensar que el calor que siento es por la bebida en mis manos, pero no he pasado por alto que acabo de referirme a sus músculos, a los que, por cierto, he dormido abrazada; y por desgracia, él también se ha percatado de ello.

—Pensaba que no te dolía. —El buen humor se le ha borrado de la cara, y me pregunto si hemos vuelto a nuestra anterior relación. Me hace una seña con la cabeza y baja por un segundo los ojos hasta mi cuello.

Me doy cuenta, entonces, de que estaba estirándolo.

—Es por dormir en una mala postura —le aclaro. Luego, vierto más café en mi taza, hasta llegar al borde. Me la acerco a los labios y siento que el olor ya me despierta un poco. Doy un trago largo y suspiro—. Necesito bien de esto antes de ver las noticias de hoy. Espero que haga efecto pronto.

Descubro entonces que Tyler no ha levantado la vista de mí. No recuerdo haber dicho ninguna tontería en particular y, sin embargo, su ceño permanece fruncido.

—¿Qué pa…?

—Lamento lo de anoche.

Ya no usa la voz ronca que escuché esta mañana en la terraza y, aun así, suena tan grave que se me mete debajo de la piel. O puede que sea la forma en que me mira, atrapando mis ojos con fiereza, como si de verdad sintiera esas palabras.

—No… No pasa nada —soy capaz de decir después de un momento.

En realidad, todo se podría haber evitado si me hubiera hecho caso y hubiera salido de allí en cuanto se lo dije. Sin embargo, algo me empuja a no romper la paz entre nosotros. Además de la confusión que me produce verlo preocupado por mí. Es imposible.

Tyler no dice nada más y se sirve su café. Aprovecho que está ocupado para mirarlo por un momento. Incluso con su pelo despeinado, sigue pareciendo un modelo de portada. Sus mechones claros brillan con el sol que empieza a colarse por la ventana a mis espaldas. «Igual que yo», pienso cruelmente, reprochándome las pintas que debo tener, con el pelo mal recogido en un moño rápido. Intento controlar los mechones que yo misma me he sacado hace un momento sin darme cuenta, pero mi imagen tiene poco que hacer contra la de una estrella mundial.

Me percato de que sigue serio según se prepara el desayuno, y no se me ocurre qué decirle para animarlo. Tampoco es que tenga esa relación con él. Lo más seguro es que me invitara a meterme en mis asuntos.

Así que, antes de que me lo diga él, es lo que hago. Vuelvo a centrarme en mi desayuno. Al menos, hasta que Tyler habla de nuevo.

—¿Tienes algún pasado con Draven?

La pregunta me pilla tan de sorpresa que no puedo evitar toser cuando el café se me va por el lado equivocado. Una imagen muy femenina por mi parte.

—¿Qué? —pregunto estupefacta—. Claro que no. ¿Por qué piensas eso?

Lo veo encoger los hombros mientras da vueltas a la napolitana de chocolate en su mano.

—Sabía que eras la jefa de comunicación.

Un pequeño escalofrío me recorre la espalda cuando recuerdo mi breve presentación con Draven. No sé cómo me conocía, pero lo hacía.

Sacudo la cabeza y pienso en una explicación posible para eso.

—Todo el mundo sabe que es fan de los Stallions, aunque pensaba que su conocimiento no iba más allá de los jugadores. Quizá se informa de quién entra en su local. No sé.

Tyler se ríe suavemente.

—Típico de mafiosos, ¿no? Espero que no tengas trapos sucios, jefa.

Una pequeña sonrisa se escapa de mis labios cuando veo la suya, y no digo nada más.

Me termino mi café y respiro hondo.

—Bueno, la hora de la verdad… —digo levantando el móvil de la mesa. Me quedo mirándolo durante un segundo antes de atreverme a encender la pantalla. Cuando lo hago, la encuentro inundada de notificaciones. Entre ellas, tengo varias llamadas y mensajes de Susan. Decido fijarme en las aplicaciones de noticias con la alerta «Stallions».

Empiezo a abrirlas todas, una tras otra, con titulares sobre los entrenamientos, comparaciones de algunos jugadores, el futuro de McKillen en el equipo, lo que va a aportar Tyler con su llegada… Pero en ninguna de ellas se habla del Midnight Casino.

—¿Alguna novedad? —pregunta Tyler frente a mí.

Lo miro confusa, porque no consigo procesar que no aparezca nada sobre el incidente de anoche, así que pongo el nombre del local en el buscador y salen distintas noticias sobre la redada. Después de cuatro de ellas, puedo confirmar que no aparece el nombre de Tyler, ni la foto que el acosador me mandó.

Alzo la vista del teléfono, tan feliz que tengo ganas de saltar.

—¡No hay nada! ¡Nada! —le confirmo con una voz demasiado aguda—. Nadie está hablando de ti.

Mi sonrisa es incontenible, y creo que he contagiado la que irrumpe en el rostro de Tyler.

—Supongo que eso es bueno —dice, intentando sonar herido.

No puedo evitar dar golpecitos con los pies en el suelo.

—¡Sí! ¡Es genial! El acosador nos ha dado tregua hoy. —Respiro hondo y me dejo caer contra el respaldo de la silla.

—Bien —dice Tyler satisfecho. Y, de la nada, una ráfaga de diminutos cosquilleos recorre todo mi cuerpo cuando me mira como si compartiera mi felicidad mientras yo me escurro en la silla.

Luego, carraspea suavemente.

—Todavía no me has dicho cómo sabías que estaba allí. —Su tono ha cambiado, como si recordase que, en realidad, nos llevamos mal. Cosa que yo también tengo que esforzarme en recordar.

Me yergo en la silla y, a pesar de que abro la boca para hablar, ningún sonido sale de ella. Es como si todas las palabras hubieran abandonado mi cuerpo, dejándome sola ante una buena discusión. Justo la que quería evitar.

Por supuesto, él se da cuenta de todo.

—¿Desde cuándo te escribe? —Apenas me da un segundo para contestar, aunque tampoco lo hubiera usado—. Sabes que tienes que bloquearlo, ¿no? ¿Has hablado con Norman? —No deja de lanzarme preguntas.

—Aún no.

Se detiene para expulsar todo el aire de sus pulmones por la nariz. El nivel de enfado que demuestra me resulta incluso superior a cualquiera de nuestras anteriores disputas.

—¿Por qué no lo has bloqueado? —inquiere finalmente. A pesar de que trata de mantener la calma, no puede ocultar los músculos de sus brazos tensándose. Parece que se estuviera conteniendo para lanzar la mesa, y todo lo que se interpusiera en su camino, por los aires.

—¡Nora! —me apremia ante mi silencio.

Al final, suspiro y digo lo que no quería decir.

—Porque es la única forma de enterarme de tu agenda y de tus posibles líos con la prensa. Si me dijeras tus planes… —termino diciendo, y sé que da igual el motivo, todos son equivocados, porque no debería estar hablando con un acosador. Sé que le he dado a Tyler la oportunidad perfecta para seguir considerándome la estúpida que cree que soy.

Él se ríe incrédulo mientras se masajea la nuca.

—Así que ahora es culpa mía —dice sacudiendo la cabeza. —¡Nora, es peligroso, joder!

—Pensaba que eran inofensivos —digo con un atisbo de sonrisa. Su gesto, en cambio, permanece impasible, especialmente cuando eleva el volumen de su voz.

—¡No cuando te controlan! ¡Joder! ¡Draven ha estado a punto de matarte porque has decidido seguir el juego al acosador!

Detengo mi mano en el aire, antes de que llegue a posarse sobre mi cuello, porque no necesito darle más motivos para regañarme.

—¿Y tú? —pregunto tratando de buscar una salida.

—¿Yo qué? —Cada cosa que digo parece enfadarlo más. —¡A mí me manda fotos y paso de ellas! ¿O me has visto hacer alguna gilipollez?

Mi primer instinto quiere rebatirle que, desde que llegó a los Stallions, no ha dejado de hacerlas, pero prefiero mantenerme callada.

—¡Vale! —accedo finalmente, rendida.

Mi respuesta me sorprende tanto como a Tyler, que se queda quieto en la silla, arrugando sus cejas.

—¿Vale qué?

—Que tienes razón. Lo bloquearé.

Me mira fijamente por un momento, y luego se recuesta en el respaldo de la silla. Se cruza de brazos, llamando mi atención sobre ellos más de lo que me gustaría admitir, y vuelve a mostrar un gesto más amistoso.

—Que yo lo vea —me pide. Solo intenta que vuelva a darle motivos para echarme la bronca, así que hago lo que quiere. Levanto mi móvil de la mesa y, antes de buscar la conversación que tengo con el número oculto, me viene una idea a la cabeza. O, más bien, una locura.

—Y si…

No llego a terminar la frase, pues una de las manos de Tyler aparece sobre mi teléfono, arrebatándomelo en un rápido movimiento. Un segundo después, está concentrado en su pantalla.

—¡¿Qué haces?! —pregunto molesta.

Él sigue tecleando sobre el cristal del dispositivo. Cuando termina, me lo devuelve, visiblemente de mejor humor.

—Este acosador es mío, no tuyo. Te prohíbo hablar con él.

Yo me río suavemente.

—¿Que el acosador es tuyo? Suenas incluso más idiota y egoísta que de costumbre.

Lo que le digo le gusta, porque veo sus ojos entornándose al sonreír.

—Dime algo que no sepa, jefa.

Me doy cuenta de que llevo un rato mirándolo y me centro en la taza vacía entre mis dedos. Él continúa desayunando y acabando con todos los dulces del plato. Me pregunto cómo puede comer tanto, aunque, visto su tamaño, me hago una idea.

Cuando termina, se deja caer contra el respaldo de la silla, poniendo uno de sus enormes brazos sobre él. Echa un vistazo a la cafetería mientras yo recorro su cuerpo con la mirada. Un calor me sube por la garganta hasta mis mejillas cuando recuerdo ese brazo alrededor de mi cintura la noche anterior.

Supongo que ese es el efecto que tiene Tyler sobre sus fans, aunque yo no lo soy. Y no pienso serlo.

Tyler se gira hacia mí, sorprendiéndome.

—Deberías comer un poco más. —Me acerca el plato en el que quedan cuatro bollos.

—Tyler—lo llamo antes de poder arrepentirme. Sus ojos me buscan y se mantienen firmes sobre mí, esperando a que le cuente mi absurda idea—. ¿Y si consiguiéramos desenmascararlo?

Su gesto cambia.

—¿A qué te refieres?

—A descubrir quién es el acosador.

Arruga los labios y después apoya los codos sobre la mesa. De repente siento que está mucho más cerca de mí, a pesar del desayuno que nos separa.

—No sé si sabes de lo que estás hablando.

—Bueno, podría ser peligroso, claro. Pero…

—Me refiero a que eso significaría trabajar juntos. —Noto el tono divertido en su voz.

—Ah —es todo lo que sale de mi boca al entender lo que quiere decir. Intento calmar los nervios que de pronto atraviesan mi cuerpo gritando «¡Peligro!»—. Bueno, supongo que podría soportarlo, si así me quito de líos…

—Qué gran sacrificio. Todo por los Stallions, ¿eh? —A pesar de que estamos discutiendo el trabajar juntos, parece que su humor no ha empeorado.

Quizás crea que de este modo tiene más opciones de meterse conmigo. Sin embargo, hablo en serio con lo de desenmascarar al acosador. Necesitamos denunciar a la persona que está creando tantos problemas a Tyler y, en consecuencia, a mí. Si compartimos la

información, puede que sea más fácil conseguirlo. No se me ocurre otra forma de acabar con él.

—Por poco que me guste, estás en el equipo. —Me encojo de hombros.

—¿Algún día me dirás por qué me odias? —Su sonrisa no cambia mientras me pregunta.

—No te odio —digo rápidamente, como una respuesta automática. Nunca he llegado a odiarlo, aunque he estado cerca en más de una ocasión. Especialmente desde que empezó a marear con el fichaje en los Stallions, como si no valorase el equipo que amo desde niña. Antes de eso, recuerdo ver sus jugadas con la esperanza de que algún día pudiera ayudarnos.

—No me lo trago, jefa. Así que dime, ¿cuándo me lo dirás? —Se le ilumina su cara, y vuelvo a sentirme un patito feo frente a él. Pero escondo ese sentimiento como tan bien he aprendido a hacer en los últimos años, y me muestro más segura de lo que me siento.

—Cuando tú me cuentes tus secretos.

Después de un breve momento en el que nos miramos, Tyler alza su mano esperando a que la estreche. Lo hago, consciente de que lo de compartir secretos no es algo que vaya con Tyler, pero tampoco planeo contarle los míos.

En realidad, diría que los estoy olvidando en el camino, incapaz de mantenerme firme con ellos.



Después de que Tyler terminara el desayuno, porque yo no fui capaz ni de dar un bocado al cruasán que escogí, nos despedimos. Creo que

no he estado tan nerviosa en toda mi vida. No es que esperase un beso de despedida, pero no sabía cómo comportarme.

Así que, en cuanto llegamos a nuestros coches, salí huyendo hacia el mío. Antes de entrar en él me giré, y Tyler estaba mirándome, apoyado en el suyo. De nuevo, y sin esforzarse ni un poco, parecía que estaba en una sesión de fotos.

Me dedicó su maldito saludo militar que tanto odio y se metió junto con su sonrisa dentro del coche. Arrancó y salió disparado en menos de dos segundos. Fardando de coche, por supuesto.

Yo, en cambio, tardé un rato en empezar a moverme. Incluso dentro del coche, me costó ponerme en marcha.

Por las horas que eran, más me valdría haber ido directa al trabajo. Pero mi look no era nada adecuado y, además, Ronald y Chris me habían visto salir del Complejo Stallions con la misma ropa que todavía llevaba. Volver así daría a entender cosas que no quería explicar. Especialmente porque eran ciertas: he pasado la noche con un hombre. Aunque no de la forma en la que ellos querrían cotillear.

Empiezo a notar el calor sofocándome y bajo la ventanilla del coche. Soy incapaz de borrar la imagen de Tyler de mi cabeza. La forma en la que me miró cuando me ayudó a salir de nuestro escondite. No dejo de repetirme que tuvo que ser por la adrenalina de ser pillados.

Una parte dentro de mí, por el contrario, se hace ilusiones con otro motivo. Un motivo que ni siquiera me permito concretar, pues me hace sentir estúpida. De ningún modo alguien como Tyler se fijaría en alguien como yo. «Además, nos caemos fatal», me recuerdo con dureza.

Mi parte más lógica sabe que eso no ocurriría nunca y que debo enterrar esos recuerdos bien hondo debajo de mi corazón.

Me mantengo firme a esa idea después de aparcar y al girar la llave de mi casa. Según cierro detrás de mí, el ruido del exterior se apaga, pero sigo escuchando voces dentro.

Con las llaves sujetas en mi mano como si fueran un arma blanca, me acerco con cautela al salón.

Entonces descubro al intruso: mi televisión, con un canal de noticias, vaticinando días todavía más calurosos en Redmont.

Sobre el sofá encuentro a Susan, vestida con su pijama rosa de rayas y una bolsa de chuches sobre su tripa.

Mierda, me olvidé de la noche de chicas. Ni siquiera he mirado los mensajes de mi amiga, que ocupaban la mayor parte de mis notificaciones.

Busco el mando de la televisión, escondido bajo una de las cajas de pizza sin tocar, y la apago.

Luego, me dirijo a mi dormitorio y cierro la puerta tan silenciosamente como puedo. Contemplo la cama con deseo y resignación, porque sé que, si me tiro en ella, no volveré a levantarme en todo el día. Estoy agotada.

Me quito las zapatillas y me dirijo al baño.

Antes de quitarme la ropa, me observo en el espejo. Apenas me reconozco. Ronald me puso muy elegante con solo una prenda y un cambio de color. Sigo siendo fan del rojo, que visto casi cada día, pero es cierto que esta chaqueta negra me hace parecer diferente. Una Nora más sofisticada y atrevida.

El escote no me queda mal, aunque es más de lo que enseñaría libremente. Al igual que pasa con mis piernas, demasiado expuestas.

Recuerdo que Tyler me ha visto así, y noto mis nervios disparándose, cubriendo cada centímetro de mi piel.

Entonces hago desvanecer las ideas absurdas que me vienen a la cabeza. Ni estoy tan sexy, ni mucho menos se lo parecería a un chico que vive entre modelos y chicas guapas.

Me quito la chaqueta de un tirón y me meto en la ducha. No es hasta que salgo y vuelvo a mirarme en el espejo cuando me percato de la mancha oscura de mi cuello. Me estiro para verlo mejor, y soy capaz de contar los cuatro dedos de Draven dibujados en mi piel.

—¿Dónde pasaste la noche? —Me giro al escuchar la voz de Susan a mis espaldas, asustándome.

—Buenos días a ti también —le digo, muy consciente de que estoy evitando su pregunta.

—Sí, sí, buenos días —dice Susan—, pero ¿dónde pasaste la noche?

Yo me acerco al vestidor y escojo la ropa de hoy. Vaqueros, camiseta de los Stallions y otra vez mis zapatillas, como cada día.

—¿Nora? —me llama mi amiga.

—Mmh, trabajando —respondo vagamente.

—¿Trabajando? —pregunta confusa, y sé que va a pillarme, de una forma u otra. Siempre lo hace. Por eso no suelo molestarme en ocultarle nada.

Yo me mantengo en silencio mientras me paso la camiseta por la cabeza y termino de vestirme de la forma menos atractiva que nadie encontraría en un armario femenino. Vuelvo a ser yo, la de siempre.

—¿Nora? —vuelve a llamarme, y cuando me giro, encuentro una de sus cejas enarcada. No tengo escapatoria. Respiro hondo, porque

voy a arrepentirme de lo que está a punto de salir de mi boca.

—Vale, estuve con Tyler.

Susan se queda en silencio, atando cabos. Al menos he tenido suerte y no ha llegado a ver cómo iba vestida anoche, aunque sé que a su imaginación no le va a hacer falta.

—¿Tyler? ¿Qué Tyler? —pregunta con cautela—. ¿Tyler Kelscot? ¿El Tyler Kelscot buenorro al que no soportas? —continúa con un tono de voz cada vez más elevado y los ojos más abiertos. Especialmente cuando no hago nada por negar sus suposiciones.

Al final exhalo profundamente.

—Sí, ese. —Me vuelvo para seguir vistiéndome, como si así pudiera evitar la conversación—. Tengo prisa y es una historia larga.

—Ay, mi madre. ¡¿Cómo de larga?!

Me giro, y veo cómo mueve sus índices acercándolos y alejándolos.

—Pero ¿qué dices? —le grito, tirándole los pantalones que todavía no me he puesto.

—¡¿Qué dices tú?! ¿Has dormido con él? —Ha llegado a un punto en el que casi salta sobre la cama mientras me lanza preguntas a un volumen que hasta los vecinos de la otra punta de la calle escucharía.

—Susan… —hago el amago de reprenderla.

—¡Ay, mi madre! ¡Has dormido con él! —Ella misma se confirma entre gritos.

—Más bien he dormido sobre él.

De pronto, me quedo sorda. Susan ha metido tal chillido que estoy segura de que, o todo Redmont se ha quedado en silencio por un

segundo, o mi amiga acaba de taladrarme el tímpano sin remedio.

Cuando la miro de nuevo, se está tapando una enorme sonrisa con las manos.

—Vale, eso no ha sonado mejor. Quería decir que me quedé dormida a su lado, apoyada en él.

Veo a mi amiga sacudir la cabeza sin perderme de vista.

—Nena, ¡o me das contexto o yo me estoy volviendo loca!

No puedo evitar reírme. Después, respiro hondo y empiezo a relatarle mi aventura de la pasada noche. Para mi sorpresa, no me interrumpe en ningún momento. Solo reacciona cubriéndose la boca en determinadas ocasiones y frunciendo sus cejas. Con la última parte, en cambio, sonríe un poco más, hasta que ve la mancha en mi cuello.

—¡Ay, no! ¡No me había dado cuenta! —Me hace mover la cabeza para verla mejor, y yo me alejo con suavidad.

—No pasa nada. Lo único es que no sé qué hacer para que no se vea —digo tapándolo con mis dedos—. Con este calor no me apetece ponerme un jersey de cuello alto, la verdad.

Susan sigue contemplándome preocupada.

—¿Te duele?

—Solo cuando me toco.

Ella suspira.

—¿Y un pañuelo? —se le ocurre. No es la mejor opción para el verano, pero tampoco la peor.

No tarda en escoger uno de mi armario que ni recordaba tener, y se acercar a ponérmelo.

—Mientras Ronald no lo vea… —bromeo, aunque en realidad estoy pensando en Tyler, porque le sentó muy mal descubrir mi cuello magullado, y no es la primera vez que se molesta por verme malherida.

—Así estás perfecta —termina de anudarme el pañuelo—. Y dime, ¿cómo es dormir con el buenorro más codiciado del país?

Le doy un empujón para que no vea lo roja que me pongo en un instante.

—¡Cómo te pasas! —le digo.

—Sí, sí. Pero empieza a contar. —Su sonrisa está a punto de salírsele de la cara.

—Pues… no sé.

—Nena, ¿estás sonriendo? —me pregunta.

—No. —Trato de contener mi mueca sin resultado a pesar de que es imposible que apriete más mis labios.

—A mí me da que sí. ¡Te ha gustado! —me acusa señalándome.

Yo me mantengo en silencio y recojo mi pelo con la goma.

—¡Te ha gustado! —Susan sigue intentando que confiese lo que no quiero admitir.

—¡Que no!

Ella se ríe y se cruza de brazos.

—¿Sabes? Está muy feo mentir a una amiga.

—¡Vale! —me rindo.

—¡Te gustó! —vuelve a repetirme. Parece tan emocionada como una niña con su juguete favorito. Solo que el juguete soy yo y las historias que ella se monta en su cabeza.

—Fue… raro.

—¿Raro? —Está claro que no es la respuesta que esperaba, pero, si quería la verdad, no tengo otra.

Aun así, intento explicarme un poco mejor, si es que puedo entender lo que pasa por mi cabeza.

—Que estuviéramos sin discutir. Creo que eso me gustó —le reconozco. La verdad es que la palabra «gustar» se queda corta, aunque no me atrevo a pensar más en ello. Lo más seguro es que hoy todo vuelva a la normalidad. A nuestra normalidad de discutir y llevarnos fatal. No pienso ser otra de las fans frustradas de Tyler—. En realidad, creo que se sentía mal por todo el lío que se formó —apunto.

—Ya, pues yo creo que lo único por lo que se siente mal es por no haberte llevado a su casa.

Sacudo mi cabeza.

—Qué burra eres, de verdad. Me voy al trabajo. —Me cuelgo el bolso y guardo el móvil, que apenas se ha cargado en el poco tiempo que he pasado en casa.

—¡¿Qué?! ¿Vas a dejarme así? —Susan me persigue por el salón hasta la entrada.

—No todas tenemos el verano entero de vacaciones —le digo, y le doy un beso en la mejilla alcanzando mis llaves.

—¡Conseguiré sonsacarte toda la verdad! —me amenaza mientras salgo de la casa.

Yo levanto mi brazo despidiéndome de ella, sabiendo que lo hará. Pero antes de poder hacerlo, yo misma debería averiguar de qué verdad se trata. Y no tengo ni idea.

#14

LA TAPADERA PERFECTA

Cambio de marcha y piso el acelerador, aunque no me hace falta meterle caña al coche, porque voy con tiempo de sobra. Ni siquiera sé cómo es posible. En otra época, pasar la noche fuera significaba desaparecer durante un día, o incluso más. Pero las prisas de Nora por volver al trabajo, incluso después de lo ocurrido, han cambiado mis mejores costumbres.

Recorro las calles de Redmont pensando en otros hábitos que ha cambiado mi jefa de comunicación, como dormir con una chica sin que pase nada entre nosotros. Y más raro aún es que me gustase.

Había algo relajante en ver a la Chica del Móvil a mi lado, descansando tranquila, como si todo el odio que me tiene hubiera

desaparecido.

Luego, recuerdo la pesadilla del Midnight Casino. Duró poco, y, aun así, solo por el color oscuro que pude divisar en el cuello de Nora, sé que tardaremos en olvidarlo.

Cuando vi a Draven agarrándola, sentí una furia desatándose dentro de mí que no recordaba ni en mis mejores partidos. No fue el miedo a que le estuviera haciendo daño, cosa que era obvio viendo lo morada que se le estaba poniendo la cara, sino porque esos dedos que la agarraban, lo hacían por mi culpa.

Si la hubiera hecho caso desde el primer momento, si hubiéramos salido de allí cuando me lo pidió, ahora no tendría el cuello magullado. Y, sin embargo, no me lo ha reprochado ni una vez mientras desayunábamos.

Siempre he pensado que Nora era como un libro abierto, incapaz de disimular las expresiones de su cara. Es fácil saber lo que siente o piensa. Y entonces, dice o hace algo que no me espero. En lo referente a ella, no entiendo nunca nada.

Cuando cruzo las puertas del Complejo, paso por delante de mi plaza, señalizada con una foto bien grande de mi cara y mi nombre en rojo. Pero no busco mi aparcamiento, sino el Ford rojo de Nora. Lo encuentro donde siempre, esta vez con su conductora junto al vehículo.

Se está colocando un pañuelo en el cuello, lo que hace que la furia adormecida en mi pecho vuelva a activarse, porque su camiseta de manga corta es prueba suficiente de que no hace tiempo para llevar el cuello abrigado, y solo hay un motivo para llevar esa prenda.

Aparco mi coche delante del suyo, aunque podría decirse que lo tiro, y espero a ver su cara de fastidio. Como suponía, no tarda en mostrarla.

Abandona el pañuelo y pone una de sus manos en su estrecha cintura.

—¿En serio? —me pregunta, haciendo que mi humor mejore al instante.

—Me gusta este sitio —replico tan indiferente como soy capaz. Sin embargo, me siento hasta feliz de que siga siendo ella, a pesar de lo que sucedió la pasada noche.

Me dirijo al maletero y lo abro para sacar mi bolsa. También selecciono una de las gorras que tengo por ahí y me la pongo con la visera hacia atrás.

Nora aparece a mi lado, y caminamos juntos hacia la entrada del edificio.

—Me pregunto por qué te gusta tanto mi sitio, cuando tienes uno reservado justo al lado de la puerta —dice cuando pasamos por delante de mi plaza.

—Así estiro un poco las piernas. —Se me ocurre la peor excusa. Lo cierto es que la única razón que tengo es que le molesta. Hace unos días me había propuesto hacerla explotar delante de todos. Ahora con verla enfadarse conmigo me vale. Pero parece que se va resignando a mi comportamiento.

Abro la puerta del edificio y la dejo pasar mientras me pregunto si debería esforzarme un poco más en lo referente a sacarla de quicio.

—Buenos días, señor Kelscot. —La chica de recepción corta el hilo de mis pensamientos al saludarme con su habitual sonrisa. Se la devuelvo al tiempo que levanto una de mis manos.

Nora se para frente a mí y casi choco con ella. Saca una tarjeta de su bolsa de tela y la pasa por un lector que hay al lado del mostrador de recepción.

—Ay, qué mala cara tienes, Nora. —El saludo que la recepcionista le dedica a ella es muy diferente al mío.

Me apoyo en el mostrador para poder fijarme en su rostro, porque no me he dado cuenta de que tuviera mala pinta, y quiero constatar que no tengo más de lo que preocuparme aparte de lo que esconde el pañuelo.

Pero, salvo el color rosa que empieza a cubrir sus mejillas, no veo nada raro. Aun así, no pierdo la ocasión.

—¿Una mala noche, jefa? —digo con el tono más socarrón que consigo.

—No, todo bien. —Intenta que su voz suene seca y decidida mientras guarda su tarjeta en la bolsa y se aleja velozmente.

No me cuesta ponerme a su altura.

—Todo bien… —digo detrás de ella, haciéndole saber que la sigo de cerca—. Así que no fue tan mala.

Según termino de hablar, llegamos al final del pasillo, donde se separan nuestros caminos. Solo entonces se vuelve hacia mí y puedo comprobar que su rostro continúa tan ruborizado como hace un momento. Estoy bastante seguro de que ahora se debe a su esfuerzo por contenerse y no gritarme.

—En realidad, fue horrible.

Se cruza de brazos, pero, con lo pequeña que es, no resulta demasiado intimidante.

—*En realidad*, no te creo —respondo con una sonrisa.

Apoyo mi brazo en la pared, por encima de ella, haciéndola retroceder hasta que esta frena su movimiento. Sus labios se cierran

con dureza, aunque juraría que el buen humor sube hasta sus ojos cuando me contempla.

Nos mantenemos en silencio durante un momento en el que me pregunto en qué estará pensando, o si va a contestarme con alguna otra mentira. Pero no tengo tiempo de comprobarlo, pues alguien se ha acercado a nosotros, y no me he percatado hasta que nos saluda.

—Hola, chicos.

Alzo mi cabeza y encuentro a Kylen Blaze, otra vez él, junto a Nora.

—¿Qué pasa, novato? —le pregunto de mala gana. Tengo que recordarme que es de mi equipo, que deberíamos incluso ser colegas. En cambio, en cuanto aparece, solo me dan ganas de placarlo y dejarlo en el suelo—. La sala de proyección está por allí. —Muevo mi mano y señalo con el pulgar detrás de mí, a donde debería estar dirigiéndome yo mismo, en lugar de estar perdiendo el tiempo en el pasillo.

—Sí, es que hoy tenía grabación con Nora —dice inseguro. Está claro que no ha olvidado la última grabación, cuando entré hecho una furia y con ganas de matarlo—. Pero puedo volver en otro momento —nos mira a ambos, dándose cuenta de que ha interrumpido algo.

Si bien, no sé exactamente el qué.

—No, tranquilo —responde ella rápidamente—. Vamos, Kylen.

El novato pasa por detrás de mí sin decir nada más y da unos pasos para alejarse. Después, se queda quieto, esperando a Nora.

—Bueno… Me voy —se despide con una voz débil, separándose de la pared y de mí.

Antes de que se aleje con el novato, la llamo.

—Oye, nos vemos luego, ¿no? —digo, sin saber por qué soy incapaz de frenar mis palabras. Aunque, ahora que veo cómo el rubor vuelve a cubrir sus pecas, me alegro de no haberlo hecho.

—¿Qué? —pregunta nerviosa, mirando a ambos lados del pasillo.

Me acerco a ella recortando el poco espacio que ha establecido entre nosotros.

—Para lo de… —Me agacho para llegar a la altura de su oído, y percibo el olor a flores que me ha acompañado durante toda la noche. Ahora resulta más intenso—. Desenmascarar al acosador —susurro a su lado.

Ella se separa al instante.

—Ah, sí, claro, sí —me contesta varias veces.

—Terminamos la charla a las doce —le informo, y me marcho detrás de los últimos jugadores que cruzan el pasillo.

Cuando me giro, ya está hablando con Kylen, ambos moviéndose juntos por el pasillo.

—No pierde tiempo el novato, ¿eh? —Hunter aparece detrás de mí y me da un puñetazo amistoso en la tripa. No ha medido la fuerza, porque mis músculos palpitan bajo el golpe.

Sin decir nada, camino detrás de él tratando de olvidar su comentario e incapaz de ignorar su risa.

—¿No me digas que te jode?

Cuando miro al *tight end* veterano del equipo, encuentro su ceja elevada mientras espera mi respuesta.

—Joder, pero ¿qué dices? —Me río con fuerza, a pesar de que no me hace ni puta gracia. Lo cierto es que me ha jodido desde el primer momento que Nora me tuviera entre ceja y ceja, aunque no pienso reconocerlo. Y está claro que el novato está pillado por ella. Cosa que me da igual.

—Solo digo que pasáis mucho tiempo juntos, ¿no?

Seguimos andando, y noto la mirada insistente de Hunter sobre mí. Me recoloco la mochila sobre el hombro sin dejar de moverme. Hoy tenemos charlas de jugadas y tenía planeado pasarme por el gimnasio al terminar la jornada. Un poco de machaque muscular siempre viene bien para acallar la cabeza.

—Se llama fama. Estabais un poco necesitados de ella por aquí. —Le guiño un ojo de la forma más creída que puedo. Si lo que le apetece es tocarme los cojones, yo también puedo jugar a ese juego.

—Claro, estrellita —me dice con una sonrisa, pero sé que le ha hecho la misma gracia que a mí su comentario.

Me llevo la mano a la frente y la separo en un gesto rápido de despedida. Empiezo a trotar con ganas de llegar y concentrarme en algo que no sea lo que ocurre en los pasillos de este edificio.



Tres horas más tarde, tengo la cabeza hasta arriba de nueva información. Algunas de las jugadas ya las conocía de estudiar al equipo cuando me enfrentaba a él como Rampart. Otras, las intenté ir aprendiendo cuando supe que por fin llegaría a los Stallions.

Sin embargo, hay muchos detalles que me fallaban, y que en estas charlas he podido entender. El libro de jugadas no es más grande que los que he tenido que memorizar en mis anteriores equipos, pero siento que la presión a no defraudar le añade un peso extra.

Voy a tener que empollar de lo lindo.

Kylen llegó media hora tarde a la charla, y el entrenador le ha anotado cincuenta dominadas. Le importa una mierda que haya faltado por temas de marketing; al entrenador Taylor únicamente le importa nuestro trabajo con él. Yo, por mi parte, no he escondido mi sonrisa cuando el novato se sentaba cabizbajo en su sitio. En ese momento, se me olvidó el malestar porque tuviera la grabación esta mañana.

Después de tres horas de charla, salgo con prisas de la sala. Al despedirme de Nora, quedamos en vernos, pero no concretamos momento ni lugar, así que me muevo por la zona de oficinas, buscando su moño a través de las paredes de cristal.

En su departamento encuentro a Chris, solo, con unos cascos puestos y unas gafas escurriéndosele por la nariz. No sabe dónde está Nora.

Echo un vistazo alrededor. Las paredes de este edificio deberían ser perfectas para encontrar a alguien a lo largo y ancho de la planta. En cambio, apenas puedo ver nada entre los reflejos y la gente moviéndose.

Decepcionado, me voy a la cafetería a tomarme un refresco. Me viene bien activarme un poco después de tantas teorías y jugadas.

Según cruzo las puertas dobles, encuentro el recogido que andaba buscando y, debajo de él, a Nora ensimismada en su carpeta. Tiene uno de sus dedos enrollado en un mechón de pelo, y lo retuerce suavemente mientras relee lo que sea que está escribiendo.

Parece concentrada, aunque de un modo sereno y tranquilo. No agobiada.

De hecho, está tan ensimismada en sus notas que no se ha dado cuenta de que me hallo frente a ella.

Me fijo en lo que está escribiendo, pero del revés apenas entiendo lo que dice.

—¿Qué haces? —pregunto.

Antes de comprobar quién le está hablando, mueve sus manos llenas de finos anillos de forma instintiva para tapar sus apuntes. Sin embargo, soy más rápido que ella y consigo arrebatarle el folio.

Hay una lista con tres nombres: Nate Hunter, Troy Allister y Colin Riggs.

No puedo evitar mi sonrisa al leer el título: «Jugadores que no tragan a Tyler». Los nombres, en cambio, no me gustan tanto, si bien reconozco que no me sorprenden demasiado.

—Vaya, lo de Allister no me lo esperaba —miento mirándola por encima de la hoja que todavía sostengo fuera de su alcance.

Se detiene en su intento de recuperar la lista.

—¿No? ¿Te ha dicho algo?

En lugar de responder, hay una cuestión que pica mi curiosidad.

—¿Cómo has conseguido esto? —Le devuelvo la hoja y ella la coloca en su carpeta, alineada perfectamente con el resto de sus folios.

Se piensa por un momento la respuesta, y al final decide compartir conmigo su secreto.

—He estado haciendo entrevistas para las redes —me confiesa con una sonrisa tímida en la cara.

La mía de tímida tiene poco cuando comprendo la perspicacia con la que ha estado trabajando las últimas semanas.

—¿Interrogatorios encubiertos?

Se encoge de hombros, sin decir nada, dando por correcta mi suposición. Entonces una nueva idea aparece en mi cabeza, haciendo que todo cobre sentido.

—¿Por eso soy el único al que no has llamado? —pregunto, mi buen humor incontenible llegados a este punto.

El de Nora no es menor. Entrecierra los ojos, aprieta sus labios en una línea fina y ladea la cabeza.

—No me digas que estás celoso porque no te hago caso, 89.

Mi pecho vibra con la pequeña carcajada que apenas consigo mantener a raya.

—Falta un nombre —digo cuando me sereno, porque no pienso darle el gusto de hablar de mis celos. Celos que, obviamente, no tengo.

—¿Cuál? —pregunta extrañada, releyendo por enésima vez su corta lista. Al menos tenemos poca gente a la que investigar.

Cuando llega a la conclusión de que no va a descubrir de quién hablo, alza la mirada y se encuentra con la mía. Apoyo mis brazos en la mesa que nos separa, y veo cómo sus ojos se desvían por un corto segundo sobre ellos. El esfuerzo que hace por ocultarlo me parece hasta adorable, y le ofrezco no llamarle la atención sobre eso. Al menos en este momento.

—El tuyo —digo finalmente con mis labios curvándose hacia arriba.

Tarda más de dos segundos en entender lo que he dicho. Dos segundos que ha pasado mirando mi boca mientras hablaba.

Se aleja de mí, aunque no puede ocultar el tono rosado que cubre sus pecas. Sin embargo, sus cejas demuestran un estado de humor bien distinto.

—¿En serio? —Pregunta ofendida—. Cada filtración del acosador es más trabajo para mí. ¿Por qué iba a ser yo?

—La tapadera perfecta. —Me encojo de hombros.

—Eres un idiota —me dice, y me doy cuenta de que he empezado a esperar esa frase de ella.

—Dime algo que no sepa, jefa.

Se queda en silencio mirándome, manteniéndose firme, y no dice nada más.

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunto—. ¿Vas a llevárselo a Norman?

—No, no puedo. No sabemos si es alguno de ellos quien te está boicoteando, y podríamos dividir al equipo por simples suposiciones. Lo más normal es que, si les caes mal, solo pasen de ti; no que intenten hundirte, o a tu carrera.

Todavía apoyado sobre la mesa, me río suavemente.

—Que sepas que yo también tengo ego, y estás dejándolo por los suelos, jefa.

Es ella quien se ríe entonces con mi comentario, y me resulta tan extraño como único.

—¿Tú? ¿Ego? No me digas. —Sacude la cabeza sin dejar de mirarme con sus brillantes ojos. Los pelos sueltos de su recogido acarician su hombro con el movimiento.

Me río de nuevo. Sigue siendo mordaz, pero juraría que no intenta herirme realmente. Aun así, hago un esfuerzo por volver al asunto que nos atañe, porque no sé si estoy seguro de todo esto. Draven solo fue una muestra de lo peligrosas que pueden ser algunas relaciones, y no creo que el acosador sea mucho más amigable.

—¿Qué planeas hacer con eso? —inquiero.

Se vuelve seria de pronto y se concentra en la lista, como si allí encontrara la respuesta.

—No lo sé. Fijarme en ellos, supongo. Por si viera algo. —Es decir, no tiene ningún plan, y en parte me alivia. Otra parte dentro de mí se pone alerta y pierdo el control de mis manos mientras se lanzan a por la lista de jugadores a los que pretende observar.

—Ya me encargo yo —le anuncio.

Ella se queda quieta mirándome, casi estudiándome.

—No pensarás… —deja la frase inacabada. No se atreve a decir lo que piensa.

—¿Ir a darles una paliza? No. Les achucharé a Draven —digo tan serio como puedo.

—¡¿Qué?!

Mi sonrisa se expande en mi cara cuando me yergo y me cruzo de brazos frente a ella. Ahora soy yo el que la mira de forma reprobatoria.

—¿Siempre esperas lo peor de mí?

Creo que mi pregunta la ha pillado desprevenida, porque abre la boca, y después la cierra sin decir nada, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Luego, levanta uno de sus hombros.

—Más bien lo inesperable.

No sé por qué, pero me gusta esa respuesta.

Antes de que pueda darse cuenta de ello, vuelvo a mirar la hoja y empiezo a doblarla.

—Yo paso más tiempo con ellos. Puedo ver de primera mano si les caigo tan mal como crees.

—¿Si descubres algo me lo dirás?

Me quedo inmóvil con la lista a medio doblar. El plan era trabajar juntos, pero no estoy seguro de querer hacerlo. El acosador ha decidido meterla en el juego, y no sé hasta qué punto puede ser peligroso, o hasta qué punto puedo dejarla fuera de él.

Aun así, no voy a tomar la decisión ahora. Esperaré a ver de qué se trata.

—Somos un equipo, ¿no? —le digo tan convincente como soy capaz.

Veo sus pecas moviéndose en su cara mientras sus mejillas se alzan al escucharme. Más tarde, frena su alegría.

—En realidad, yo soy la que hace todo el trabajo sucio y, al parecer, tú el que se va a llevar el mérito.

Me guardo el papel doblado en el bolsillo.

—El mejor equipo —le confirmo feliz. Doy dos golpes en la mesa y me alejo hasta mi próxima charla con mi otro equipo; el que debería ocupar todo mi pensamiento en plena pretemporada.



Me giro y me miro en el enorme espejo que hay en mi vestidor. Llega hasta el techo, a pesar de tener seis metros de altura, y resultaría demasiado grande en cualquier circunstancia. En mi casa, por el contrario, todo lo es, así que no desentona.

Me estiro y coloco los puños de la camisa que asoma por debajo de la chaqueta.

Un esmoquin clásico, negro, sin adornos, sin estampados horteras ni colores chillones. Nadie diría que soy jugador de la NFL, pues mis compañeros acostumbran a llevar ropa mucho más hortera y llamativa. Pero ya le dije a Riley que solo estaba dispuesto a salir en los medios por mi forma de jugar, no de vestir.

He estado saliendo también por otros motivos, pero no quiero parecer un payaso como el resto.

Desde que he llegado a los Stallions siento a mi abuelo un poco más cerca, y sé lo que me diría si me viera con alguno de los trajes que Riley me ha mandado. Me importa una mierda que las grandes marcas estén deseosas de vestirme como un cretino en los premios de esta noche. No pienso cambiarlo por el esmoquin que me ha traído Maly.

Me ajusto la pajarita en el cuello. Nunca me han gustado, pero voy a tener que aguantarla, porque sé lo importantes que son los Sideline para los Stallions, en especial los de hoy, ya que el entrenador Taylor va a recibirlo en esta ocasión.

Me pregunto si Nora se pasará por allí. No sé si tiene que cubrir de alguna forma ese evento para las redes o los medios.

Hace varios días que únicamente la veo de lejos, y ninguno de los dos ha hecho por acercarse a hablar con el otro. He supuesto que no ha encontrado nada nuevo respecto al acosador. Yo tampoco, aparte de confirmar que caigo como el culo a los tres que tenía en su lista, y ni siquiera me había percatado de ello hasta que ella me lo dijo.

El teléfono empieza a vibrar en mi habitación, sacándome de mis pensamientos. Me acerco hasta mi mesilla y, de mala gana, descuelgo y pongo el altavoz.

—¡Eh, chaval! ¿Estás listo? —me grita Riley desde el otro lado de la línea.

—Recuérdame por qué voy a unos premios de entrenadores —me quejo.

Su risa retumba contra las altas y desnudas paredes grises de mi habitación mientras me tiro en la cama. Únicamente están encendidas las lámparas de las mesillas, y creo que, si me quedara un ratito más aquí, terminaría dormido.

—Las dos pes: pasta y publicidad. —Riley se mantiene en silencio y yo ahogo un gemido. —Es importante para los números del equipo. Te han contratado para esto, Ty.

—Pensaba que era para jugar —vuelvo a protestar. Las fiestas siempre me han parecido un buen plan, pero siento que esta noche van a controlarme más que nunca, y eso es capaz de acabar con toda la diversión.

—Eso será cuando acabe la pretemporada —me avisa—. Y hasta entonces, tienes que comportarte y no hacer que te echen.

—Comportarme —repito con desgana.

—Empezando por cumplir con los compromisos del equipo. Es importante…

Riley sigue hablando por teléfono, y yo pierdo el hilo cuando la puerta de mi habitación se abre de forma abrupta. Me siento en la cama y veo a mi chófer entrando con cara de susto. Algo va mal.

Es la persona más tranquila que conozco, así que la imagen me resulta aún más extraña. Además, va sin su habitual chaqueta y camisa, dejando a la vista su camiseta interior de tirantes. Está hecho una pena: sudado y sucio.

—¿Tyler? —me busca con la mirada.

Busco el teléfono y cuelgo a Riley sin despedirme.

—No puedo sacar el coche —me dice Eddie sin darme tiempo a preguntar nada.

Lo miro atónito mientras se mueve de lado a lado delante de mí, seguramente pensando en qué hacer, y agobiándose un poco más a cada segundo.

—Cogemos otro, no te preocupes.

—No. No podemos sacar ninguno. La puerta no funciona. He intentado hacerlo manual, pero es imposible.

Resoplo molesto, y me callo un «No me jodas» que estoy deseando soltar.

En lugar de eso, me dirijo al garaje. Tiene que haber alguna forma de salir de allí. No podemos estar encerrados. Y menos esta noche.

Joder, si no llego puntual, no solo me voy a comer más dominadas que en toda mi vida; les estaría dando otro motivo a los Stallions para acabar mi contrato antes de empezar la temporada.

Me quito la chaqueta y la camisa para no arrugarlas ni mancharlas, entendiendo por qué Eddie va en camiseta de tirantes. Maly, mi asistenta, ha aparecido después de verme cruzar la casa corriendo, y recoge mi ropa antes de que pueda dejarla encima de cualquier coche.

—¿No había venido el de las puertas a hacer una revisión esta mañana? —pregunta, sin entender cómo de pronto las puertas parecen bloqueadas.

—Sí. Dijo que todo estaba bien.

—Pues está claro que no —murmura Maly, constatando lo que todos ya sabemos.

—¿Has mirado que vaya la luz? —pregunto, echando un vistazo alrededor. Lo cierto es que no sé qué hacer para solucionar esto y que esta noche no acabe en una nueva cagada de Tyler Kelscot.

En seguida empiezo a tirar de la puerta con Eddie, pero debe tener algún mecanismo de seguridad que lo hace completamente imposible. Por mucha fuerza que hagamos, no conseguimos que se mueva ni un centímetro.

—¿Y el teléfono del tipo? Que venga ahora mismo a solucionarlo.

—Ya lo he intentado, pero no da línea. Como si no existiera.

—¡Joder! —grito exasperado, lanzando un puñetazo contra la maldita puerta. Me he hecho polvo la mano, aunque he podido soltar toda la tensión que se me empezaba a acumular en los hombros.

Me apoyo sobre el capó del coche que esperaba poder llevar hoy hasta que se me ocurre la única idea que podría salvarme. No sé si funcionará.

#15

NO TE SEPARES

Veinte minutos más tarde, aparece un Ford rojo delante de mi casa. Hace dos maniobras rápidas y se coloca para salir por donde ha venido. Baja la ventanilla y veo a Nora al volante. Ni siquiera se molesta en saludarme.

—Sube ya, Tyler. Preferiría no tener que saltarme todos los límites de velocidad —me dice como si la hubiera tenido esperando durante horas.

—Siempre tan agradable, jefa —respondo sentándome a su lado.

Antes de ponerme el cinturón, ya estamos volando por la carretera.

—Así que lo de los límites de velocidad iba en serio —la pico.

Pero lejos de responderme, me lanza otra pregunta.

—¿Ahora te boicotean también en casa?

Yo me río, aunque se me había pasado por la cabeza esa posibilidad.

—Se me ha jodido la puerta del garaje. No es el modus operandi del acosador de las fotitos —digo, sabiendo que podría estar equivocado. Me concentro en las calles que pasan borrosas a nuestro lado. Es ya de noche y la ciudad tiene un aura mágica. El tráfico, en cambio, es peor que otras veces, pese a que Nora se mueve con soltura entre él.

Cuando la miro, me doy cuenta de que no tiene planeado asistir al evento, y de repente se me antoja mucho más aburrido. Apenas queda pelo en su recogido, y va vestida con una sudadera de los Stallions una o dos tallas más grandes, lo que me hace preguntarme si la ropa es suya.

—¿Qué hacías antes de venir? —Las palabras salen de mi boca sin que pueda pensármelo dos veces.

—¿Cómo? —pregunta confundida. Las charlas ligeras no son lo nuestro.

Sin contenerme, suelto la mierda que me está rondando la cabeza desde que la he visto con esa prenda.

—Por si he interrumpido algo importante. Como una cita con tu novio o algo así. —Y la idea cruza mi pecho como un rayo. No había pensado en esa posibilidad, y no sé por qué me agobia.

Su respuesta viene precedida de una carcajada.

—Aunque no te lo creas, no suelo ir a mis citas con estas pintas.

—Eres más de pijamas, ¿no? —La miro, esperando ver cómo se ruboriza. Aún no había sacado el tema de su ridículo pijama en mi fiesta, pero estoy lejos de olvidarlo.

Por el contrario, ella parece haberlo superado. Sujeta el volante con fuerza durante un momento, como si así controlara lo que sea que en realidad quiere decirme, y adelanta dos coches más.

—Cuidado, 89. Depende de mí que llegues a la fiesta o te caigan unas dominadas extra mañana.

«*Touché*», pienso. Me río suavemente y miro por la ventana. Conducir con prisas no debe ser nuevo para ella, porque se desliza por la carretera con la facilidad de quien conoce bien el recorrido.

—No hacía nada, no te preocupes. Y prefiero que me llames si tienes problemas —me dice, distrayéndome del trayecto.

Me llevo la mano a la frente y le doy a entender que acepto las órdenes.

Después de eso, no volvemos a hablar en todo el camino; y, aun así, no me siento incómodo. Escucho la música que tiene puesta según cruzamos la ciudad de Redmont, y nada puede resultarme más correcto.

Cuando no se da cuenta, la veo mover los labios con la letra de la canción, pero en ningún momento se atreve a cantar. Solo se le escapa algún tarareo en voz muy baja. Cuando el tráfico está más calmado, se lleva la mano a la parte trasera de su cabeza y se saca un mechón de pelo que enrolla en su dedo índice. Se queda jugando con él a medida que seguimos avanzando por la carretera y yo sonrío, porque acabo de entender lo que significa ese gesto.

Un poco más adelante surge ante nosotros un edificio iluminado con grandes focos y una fila de coches de lujo esperando su turno para acercarse a la entrada. Sin embargo, Nora pasa de largo. Gira en la siguiente calle a la derecha y entra en un parking. Llegados a este punto, no tengo ninguna duda de que conoce la ciudad a la perfección y sabe exactamente a dónde vamos.

Aparca en el primer sitio que encuentra y apaga el motor.

—Ya estamos —me informa mientras se quita el cinturón.

—Lástima, esperaba que por fin te pusieras a cantar —digo con sorna, ignorando que una parte de mí de verdad guardaba esa esperanza.

Salimos del coche, y ni la tenue luz del garaje donde estamos es capaz de disimular el tono rosado que cubre de pronto sus mejillas. Me río suavemente y decido no hacer más saña. Me ha hecho un gran favor trayéndome hasta aquí cuando no tenía por qué hacerlo.

Según avanzamos por el garaje, escuchamos algunas puertas cerrándose. Y un segundo después, todo se queda a oscuras.

Paro de andar cuando los pasos de Nora se detienen y me giro sobre mis talones en busca de algo de iluminación que me indique hacia donde tenemos que ir, sin ver nada. Entonces una risa retumba contra las paredes de hormigón que nos rodean.

Nora choca conmigo, y recuerdos de la noche en el Midnight Casino me vienen a la mente. No tiembla a mi lado, pero noto lo tensa que está.

La risa nos envuelve una vez más, dándome mala espina.

—¿Suele apagarse la luz aquí? —pregunto en un susurro.

—No —escucho la voz débil de Nora a la altura de mi pecho.

Y esa es la confirmación que necesito para agarrarla de la mano y empezar a andar. Apenas se ve nada, aunque estoy bastante seguro de que tenemos un largo camino en línea recta hasta encontrar alguna de las salidas.

—Tyler —Nora me llama en voz baja.

—Vamos —es todo lo que digo, apremiándola y estrechando mis dedos alrededor de los suyos.

Un silbido llega hasta nuestros oídos, entonando una melodía lenta. En este momento es Nora quien aprieta mi mano sin decir nada ni dejar de moverse. De estar más tranquilo, estoy seguro de que podría percibir su corazón saltando como loco. El mío ya lo oigo contra mis oídos. Nuestra aventura del casino sigue reproduciéndose en mi cabeza, y no voy a esperar a comprobar si es Draven queriendo saludar de nuevo.

—Sigue andando —le digo, apurando mis pasos.

No es el primer fallo electrónico que tengo esta noche, y empiezo a pensar que alguien se está tomando demasiadas molestias para evitar que asista a los Sideline.

—¿Sabes quién…? —empieza a preguntar Nora, hasta que tiro de ella. No tengo ni idea de quién puede ser, o de si estoy volviéndome paranoico, pero no pienso parar a confirmarlo.

—No te separes.

La risa lúgubre resuena otra vez en la oscuridad, acompañado del sonido de unos zapatos. Desafortunadamente, el eco de este lugar me impide descubrir de dónde viene.

Entonces, la luz se enciende. Nora y yo detenemos nuestros pasos en ese mismo instante y yo echo un rápido vistazo alrededor. No veo a nadie, y, sin embargo, eso no hace que me quede más tranquilo.

Al retomar nuestro trayecto, nos encontramos de frente con un coche que aparece de la nada y casi nos arrolla. El vehículo frena en seco y su conductor nos pita. Nos estará soltando una retahíla de improperios, pero apenas me percato de ello.

Tiro de la mano de Nora para apartarla del camino al tiempo que de mi garganta sale su nombre, lanzado con toda la furia de mis pulmones.

El grito de Nora todavía resuena en el eco del garaje mientras nos arrastro a los dos contra la pared que tengo detrás. Contengo el golpe con mi espalda y la envuelvo con mis brazos. El olor a flores que reconocí el otro día sobre ella vuelve a atravesarme, recordándome lo mucho que lo he echado de menos.

No puedo percibir sus pulsaciones; sus jadeos, en cambio, sí. Su cuerpo se mueve incesante, a pesar de que lo tengo bien sujeto, y sus bocanadas de aire llegan a mis oídos.

Siento sus dedos sobre mi tripa deslizándose suavemente. Se han colado por debajo de mi chaqueta y, tras un momento, empiezan a empujarme levemente, como si no estuviera segura de querer alejarse.

Cuando su respiración se controla, la dejo marchar.

—Perdona —dice con un tono débil. En un segundo descubro cómo odio que su voz suene así. Prefiero mil veces cuando me grita.

Bajo la mirada hasta encontrar la suya. Parece que el tiempo se hubiera congelado.

—¿Estás bien? —pregunto después, y su respuesta viene con un movimiento incómodo mientras se separa de mí.

—Sí, lo siento. No he visto…

Para de hablar cuando una sombra aparece a nuestro lado.

Instintivamente, rodeo la cintura de Nora y la acerco a mí, hasta que reconozco a quien está delante de nosotros.

Nate Hunter, vestido con un traje demasiado colorido para mi gusto y con el pelo pegado a la cabeza en diminutas trenzas, se ha acercado a nosotros de forma silenciosa.

—Con todos esos focos van a dejar la ciudad sin luz —dice con un tono divertido que soy incapaz de compartir—. ¿Qué pasa Kelscot? Pensaba que no venías.

Nora se ha separado de mí de forma disimulada. Pero, antes de eso, me ha echado una mirada rápida. Está pensando lo mismo que yo: que Nate Hunter era el primero en la lista que me pasó hace unos días.

—Ya ves que sí. No sabía que a ti te habían invitado. —Intento sonar tan capullo como él.

—Eterno suplente, supongo. Me da que no tenían muy claro que fueras a venir.

—Nunca me perdería una buena fiesta.

—Eso tengo entendido. —Me dedica una sonrisa demasiado blanca en contraste con su piel oscura—. Nora. —Le hace un gesto con la cabeza y se aleja de nosotros.

Me quedo mirando cómo se va, y preguntándome por qué vendría a este aparcamiento si está invitado a los Sideline. En todos esos eventos tienen aparcacoches.

Cuando me vuelvo hacia Nora, ella continúa observándolo con el ceño fruncido. Posiblemente haciéndose las mismas preguntas que yo.

Sin decir nada, reanudamos nuestro camino hasta la salida. En cuanto ponemos un pie en la calle, el ruido de la fiesta empieza a intensificarse, junto a los gritos de la gente y de los fotógrafos a la entrada del evento. Nora permanece a mi lado, pero es fácil verla ensimismada en lo que sea que está pensando.

—Tyler…

—¿Vienes? —pregunto, decidido a cortar el hilo de sus pensamientos. El acosador es lo último de lo que quiero hablar en este momento. Y veo que he conseguido mi propósito cuando se gira hacia mí con cara de cervatillo asustado.

—¿Qué?

—A la fiesta —explico, aunque creo que no hace falta. Es a donde nos estamos dirigiendo.

—No. ¿Qué iba a hacer yo ahí?

—Bueno. Ya estás aquí.

—Sí, porque te has quedado sin coche. Y me venía bien para hacer unos recados por la zona —me explica.

Yo me encojo de hombros, dando a entender que esa respuesta no me parece suficiente.

—No voy vestida para la ocasión, pero gracias. —Estira su sudadera de modo que pueda verla al completo, como si no me hubiera fijado en ella nada más meterme en su coche.

—Al menos no vas en pijama. —Sonrío con ganas, sacando de nuevo el tema con el que no he conseguido hacerla explotar antes. Ella, en cambio, sigue sin ver la gracia en mi comentario.

—Pásalo bien, Tyler —me dice entrecerrando los ojos antes de darse la vuelta.

Me acerco antes de que se aleje y le agarro de la mano.

—Era broma. —Tiro de ella, consiguiendo que vuelva a dirigirse a mí.

—Aun así, no estoy invitada, y dudo que me dejaran entrar con estas pintas. Así que pásalo bien, 89. —Da unos pasos hacia atrás, de espaldas, sin dejar de mirarme—. Y procura no meterte en demasiados líos. Es mi noche libre —me informa.

Me cuesta refrenar mi curiosidad respecto a sus planes, porque soy incapaz de imaginarla haciendo otra cosa que no sea trabajar. Puede que eso sea exactamente lo que haga. Pero se marcha, y no me doy permiso para abrir la boca.

En lugar de eso, le hago el saludo que tanto le molesta. Ella sacude la cabeza mientras aprieta los labios, y se da la vuelta después de devolverme mi saludo habitual.

Me quedo observando su figura hasta que desaparece al girar en la siguiente calle. Luego, me coloco la pajarita y me dirijo un poco más desencantado a mi destino.

#16

NO TE HAGAS ILUSIONES

Tomo el vaso de papel de mi mesa mientras envío el enésimo mail de hoy y le doy el último trago a mi café. Solo llevo dos horas aquí sentada y siento que he corrido una maratón. Al menos en lo que a trabajo se refiere. No tengo ni idea de cómo se debe sentir correr una, porque nunca he sido muy deportista, aparte de verme sin excepción cada partido de los Stallions. Por lo que sé, es una mezcla de cansancio extremo y satisfacción. Y me siento así por todo lo que he sacado adelante en unas horas.

Por supuesto, los correos nunca dejan de entrar, pero ninguno de ellos es demasiado problemático.

Me termino el café y me levanto para tirar el vaso a la basura, cuando comienza a sonar un teléfono.

—Es Steven, de *Sports Daily* —me informa Marcus, preguntándome con la mirada si debería responder a la llamada.

Antes de que pueda decir nada, otro teléfono empieza a sonar.

—Patrick, de *Game On* —dice Andrew, esperando también mi respuesta.

Nuevas llamadas sumen al departamento en un caos instantáneo de sonidos telefónicos. Veo a Chris asomándose por encima de su pantalla sin decir nada. Los dos tenemos claro que hay algún problema, y me preocupa no saber cuál es.

—¡No respondáis! —alerto a todos. Hasta que no sepamos qué está ocurriendo, lo mejor es no dar alas a cualquier especulación de la prensa.

Me acerco a mi mesa y busco el móvil. Es entonces cuando veo las notificaciones que me acaban de llegar.

Abro la primera de ellas, del *Redmont Sports Insider*. A medida que mis ojos avanzan por la página, mi corazón se precipita en mi pecho, golpeándolo con cada salto extra que da.

He empezado a murmurar, y no me percato de ello hasta que el volumen de mis «no» supera cualquier otro sonido en la habitación.

Cierro la ventana que estoy leyendo y abro la siguiente notificación. La misma noticia, las mismas imágenes. Continúo buceando entre las alertas, y todo es más de lo mismo. Una filtración capaz de reducir el equipo a cenizas.

Mis piernas están temblando, y es entonces cuando siento a Chris a mi lado, sosteniéndome por el codo.

—Nora, ¿qué pasa? —pregunta alarmado.

—¡No me jodas! —dice Andrew demasiado alto, por lo que supongo que ha descubierto a lo que nos enfrentamos. Marcus y

Sean se han acercado a su puesto corriendo. Mientras tanto, Chris me lleva hasta mi silla sin que me dé cuenta.

Mi corazón palpita furioso, mis manos tiemblan apenas sujetando el móvil y mi cabeza está perdida entre todo lo que tengo que hacer, todo lo que tengo que evitar y todo lo que ya debe estar perdido.

—Mierda, Nora. ¿Qué hacemos? —pregunta Sean, inclinado sobre la pantalla de Andrew.

Alzo la mirada para encontrar a Chris junto a mí, con gesto preocupado.

—Han filtrado el contrato de Kelscot. Es preferencial. *Muy* preferencial —le explico.

Que haya jugadores en la NFL que tengan cláusulas especiales en sus contratos no es nuevo, aunque sí es algo que se trata de ocultar. El sentimiento de equipo se pierde cuando alguien tiene un trato de favor sobre el resto de compañeros. Y por eso sé que acaba de desatarse el infierno en los Stallions.

Contengo mis ganas de vomitar para levantarme de mi silla. Tengo que mantener mi agobio a raya, pensar la solución y actuar.

El problema está claro. Ahora debo decidir qué pasos vamos a dar para contener al máximo los daños. Más tarde veremos cómo recuperamos lo perdido.

—Marcus, por favor, corrobora que esto es cierto. Llama al departamento legal —le dicto, y cambio de idea mientras hablo—. No, ve allí directamente. No salgas de allí hasta verlo con tus propios ojos. Andrew, empieza con el comunicado. Me lo pasas en cuanto lo tengas, por favor. Sean, encárgate de las llamadas. Diles que publicaremos una nota de prensa en breve y que después responderemos a las preguntas que queden sin resolver. Y

recuérdales que tienen que mandarnos las preguntas por email, no por teléfono.

Nadie dice nada. Tan solo asienten cuando reciben su tarea, y se ponen enseguida a trabajar.

—Chicos —les llamo una última vez—. Es una cagada monumental, pero para eso estamos aquí. Mantengamos la calma. Mejor despacio y bien, que rápido y mal —les pido, aunque en realidad el consejo va más para mí, que siento cómo todo se mueve a cámara rápida salvo mi cuerpo, reaccionando con extrema lentitud.

Agarro con fuerza el móvil y salgo del departamento. Necesito un momento antes de que llegue Matthew. Mierda, me va a matar.

La cabeza me va a mil por hora mientras pienso cómo contener esta situación.

A lo mejor tendría que convocar una rueda de prensa. No, hasta que lo confirme, no.

Espero que no haya nada ilegal en el contrato, porque el equipo estaría aún más en apuros. Marcus debería informarme pronto.

El teléfono comienza a vibrar en mi mano y apenas me doy cuenta de ello. Tengo el cuerpo embotado con millones de punzadas atacando cada centímetro de mi piel. Cuando enciendo la pantalla, encuentro la imagen de Susan sonriendo con un trozo enorme de pizza a punto de ser engullido.

Cancelo su llamada. Sé que lo va a entender, al igual que yo sé por qué me llama: ha visto la noticia.

No sabía a dónde me llevaban mis pasos hasta que he cerrado la puerta del baño detrás de mí. Estaba tan concentrada en todo el caos de mi cabeza que no me he percatado de la gente mirándome a mi alrededor. Aun así, estoy segura de que la noticia ya se debe haber

extendido por todo el edificio. Además, las paredes de cristal no dan mucho espacio a la intimidad. Cualquier revuelo se ve venir de lejos, literalmente.

Al menos en el baño estoy segura. Cruzo una de las puertas y echo mis rodillas al suelo sin poder contenerme. Vuelvo a recogerme el pelo, sujetando con la goma todos los mechones que he ido soltando esta mañana. Me lo dejo bien tirante mientras el revoltijo de mi tripa sigue haciendo de las suyas.

Luego paso papel por el retrete, que ya parecía limpio, y me apoyo en él al tiempo que las ganas de vomitar regresan. Sin embargo, con todo el trabajo de esta mañana, se me ha olvidado desayunar, y no hay nada que pueda echar.

Permanezco así hasta que mi mente se va serenando, al igual que mi estómago.

Me apoyo sobre mis talones y respiro hondo. No soy capaz de hacerlo del todo. El aire se queda en mi garganta, y me pregunto si debería llamar a Susan. Siempre me da paz en mis peores momentos.

Tiro del pañuelo en mi cuello, que me ahoga.

Antes de que pueda decidirme, o conseguir por fin que el oxígeno pase hasta mis pulmones, la puerta del baño se abre, trayendo más malas noticias.

—...el vestuario se le va a echar encima. —Escucho el final de una frase que alguna chica está comentando.

No necesito preguntar para saber a quién se refiere. Tenía la tarea específica de controlar a Tyler Kelscot, y puede que mi relación con él haya mejorado un poco. Todo lo demás, va de mal en peor.

Por un momento dudo de si esto será también cosa del acosador. La filtración ha venido por unas fotos, y, si algo hemos sacado en

claro, es que esa es su forma de actuar, a pesar de no haber recibido ningún mensaje esta vez.

Me pregunto si estaría tan mal desbloquearlo para enterarme. Entonces surge en mi cabeza la imagen de Tyler cabreado, gritándome y arrebatándome el móvil, y mis ganas de hacerlo se esfuman.

Aunque no tendría por qué enterarse. Solo un vistazo rápido…

De pronto, se abre la puerta del baño con un golpe, cortando el hilo de mis pensamientos.

—¡Kelscot y Hunter se van a pegar! —grita una voz masculina desde la puerta.

Me levanto de un salto, haciendo caso omiso a la pesadez de mi estómago o al mareo que me hace tambalear, y salgo del cubículo.

—¡¿Qué?! —grito antes de conseguir centrar la vista en el chico sujetando la puerta.

—¡Nora! —Una de las chicas se sorprende al verme, pero mi atención está puesta en el chico de la entrada.

—¿Dónde están? —pregunto, acercándome a la salida. Sé que mis piernas van a echar a correr en cuanto sepa a dónde debo dirigirlas.

—Estaban en la sala de proyección —me dice, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Sin despedirme, salgo disparada a través de los pasillos, olvidándome de la presión que siento en mi pecho. No pueden salir más cosas mal.

Apenas reparo en la gente con la que me cruzo. No se suele ver a gente corriendo por los pasillos, especialmente si no mide dos metros

y pesa ciento veinte kilos. Aun así, no están centrados en mí, más que para esquivarme. Todos tienen la vista fija en la sala a donde me dirijo. Y me pregunto quién tendría la genial idea de diseñar este edificio de cristal. Porque está claro que la transparencia ha brillado por su ausencia, a juzgar por la filtración de hoy.

Veo a Hunter a lo lejos y no tardo en divisar a Tyler frente a él. Las voces tardan un poco más en llegar, mientras se señalan el uno al otro.

—¡Que te jodan! ¿Cuándo he fardado yo de cobrar más que tú? —dice Tyler demasiado alto.

Consigo llegar a la sala a tiempo para escuchar la respuesta de Hunter. Sus compañeros están a su alrededor, intentando apaciguar los ánimos sin conseguirlo, así que no sé qué puedo hacer yo realmente. Los llamo a los dos, pero mi voz queda escondida entre las voces de Hunter y el resto de jugadores.

—Te crees tan superior que ni siquiera te acuerdas de cuando te ríes de la gente que está por debajo de ti, estrellita de los cojones.

—Cierra la boca, Hunter —lo avisa Tyler alejándose, y veo su intento por permanecer calmado y acabar con esto. Su mirada se cruza con la mía, pero no dice nada.

—A mí no me dices lo que tengo que hacer, gilipollas —dice Hunter, y antes de que me dé cuenta, tira del hombro de Tyler para hacerlo girar, y su puño cerrado se estrella contra su cara.

Tyler se vuelve por el impacto y se agacha por un momento, como si le costara entender qué es lo que ha ocurrido. Un segundo después, sacude la cabeza y se lanza contra Hunter, hincándole el hombro a la altura de la cintura y haciéndole un placaje que lo levanta por los aires y lo empuja varios metros atrás.

Unos cuantos jugadores se han lanzado a sujetar al veterano, que empieza a levantarse del suelo vociferando distintos improperios.

Yo me encuentro reteniendo a Tyler por los brazos, y ni siquiera sé cómo he llegado a colocarme delante de él. Lo empujo sin conseguir nada. Él continúa concentrado en su oponente.

—¡Tyler! —lo llamo, y sigo empujando sus brazos con toda mi fuerza, que, al lado de su cuerpo, resulta nula. Pongo mi mano sobre su mejilla—. ¡Mírame! —le pido. Necesito que se concentre en algo que no sean las ganas de matar a Hunter. Tengo que frenar esto antes de que Matthew aparezca.

Finalmente, y sin saber cómo, consigo mover la cabeza de Tyler, que deja de mirar al otro jugador y dirige hacia mí todo su odio. Sus cejas están separadas únicamente por una línea demasiado profunda.

Un momento después, su pecho se hincha, y suelta todo el aire por la nariz, demasiado furioso para decir nada.

Detrás de mí continúan los gritos de Hunter, hasta que de pronto se calla y yo cierro los ojos, porque solo hay una persona por la que todo se calmaría tan abruptamente.

—¡Todo el mundo fuera! —escucho a Matthew gritar a mis espaldas.

Noto el movimiento a mi alrededor antes de abrir los ojos. Cuando los abro, Tyler continúa observándome, todavía cabreado. Al menos no lo está tanto como hace un momento. Quizás hasta sea capaz de tener una conversación civilizada con Matthew y Hunter, si se esfuerza.

Aparto mis manos de sus brazos, que seguían sujetándolo. No sé qué decirle que no sepa ya. Y, de todos modos, dudo que me hiciera caso si le digo que es mejor permanecer callado cuando mi jefe te

echa la bronca. Así que mantengo mi boca cerrada y me doy la vuelta para marcharme con el resto.

—¡Tú te quedas, Nora! —me dice Matthew con un tono demasiado duro. Ni siquiera me ha mirado cuando me daba la orden.

Tyler se mueve en su sitio y le aviso con la mirada de que es mejor no responder. Que no haya tenido nada que ver con esto no significa que no deba estar aquí. Seré yo quien tenga que solucionar este lío, al fin y al cabo.

Hunter espera sentado en uno de los asientos y Tyler se dirige a la otra punta de la sala. Yo me quedo junto a Matthew.

La gente a nuestro alrededor ha desaparecido, y los que pueden vernos a través de la pared de cristal tratan de disimular mientras echan alguna ojeada a nuestra sala. El proyector está aún encendido con la frase «Conoce a tu enemigo» ocupando toda la pantalla. Puedo imaginarme cómo ha empezado la situación.

—Creo que no es necesario que nadie os diga lo grave que es esto.

Acto seguido, Hunter empieza a excusarse y Tyler se pone a discutir también. Por supuesto, es un error.

—¡Silencio! ¡Me importan una mierda vuestros motivos! Por mi como si os queréis matar, ¡pero antes os vais de los Stallions! —La cara de Matthew comienza a mostrar un matiz rojo, y me fijo en que la vena de su cuello aumenta de volumen—. ¡Lo que de verdad me importa es que todos los medios ya saben que os habéis pegado! ¡Y es lo último que necesita el equipo! ¡Joder!

Voy a echar un vistazo a mi móvil para corroborar que lo que dice es cierto, pero no lo llevo encima. He debido dejármelo en el baño.

—¡Y tú! —Matthew se vuelve hacia mí, señalándome con el dedo índice—. ¡Que sea la última vez que me entero de estas mierdas por

los medios! Si no sabes controlarlo dímelo y te busco un trabajo más *cuqui* montando galas benéficas para la Fundación. —Da unos pasos hacia mí, y necesito de toda mi voluntad para no moverme hacia atrás—. Creía haberte dejado claro cuáles eran tus obligaciones esta temporada. Si no vas a poder hacerlo, alguna otra más dispuesta será capaz.

Las ganas de vomitar que había conseguido mitigar en el baño regresan directas a la boca de mi estómago. No se está refiriendo únicamente a la filtración de esta mañana, sino a que no estoy consiguiendo que Tyler deje de meterse en líos. Bueno, en realidad sí lo conseguí en el Casino. Matthew no sabe nada de eso porque era mi trabajo que no llegase a enterarse.

Aprieto mis labios y asiento con la cabeza. Nada de lo que diga va a hacer que se tranquilice, así que asumo mi reprimenda en silencio.

—Señor… —Tyler empieza a hablar, y el terror se hace con mi cuerpo. Alzo la cabeza desesperada hacia él al mismo tiempo que mi jefe se gira.

«Por favor, cierra la boca. Por favor, cierra la boca». Pienso esa frase tan alto, que me preocupa que la escuchen todos allí.

—¿Tienes algo que decir, Kelscot? —lo reta Matthew.

Mi cara ha debido de funcionar, porque ha cambiado de opinión respecto a su idea inicial.

—Necesito un poco de hielo —dice finalmente, apuntándose al ojo con el dedo.

Matthew suspira, poniendo las manos en su cintura. Al menos parece que no va a seguir gritando.

En lugar de contestar a Tyler, se gira hacia mí.

—Tapad eso. Esto no ha ocurrido. Y te quiero en media hora en mi despacho con un plan de actuación. Más te vale que sea bueno.

Vuelvo a asentir, haciendo un esfuerzo por mitigar mis nervios, sabiendo que solo ha demorado mi bronca durante media hora.

Luego me giro hacia Tyler, pidiéndole con la mirada que me siga. Entiende el mensaje rápido, porque comienza a caminar detrás de mí.

Cruzamos los pasillos bajo el escrutinio de todos. No hemos dicho ni una palabra, y no sé en qué estará pensando él. Yo no dejo de darle vueltas a todo lo que tengo que hacer en treinta minutos.

Llegamos a la zona de rodajes. Ronald está preparando la nueva colección de *streetwear*, separándola por jugadores y planchándola desde sus perchas. Tenemos planeada la sesión de fotos para antes de comer, en cuanto terminen las charlas de entrenamiento, aunque la del equipo ofensivo ha terminado antes de lo esperado.

Según nos ve entrar, detiene su trabajo. Está claro que sabe lo que ha ocurrido; nuestra presencia allí, en cambio, lo deja perdido.

—Hola Ronald. ¿Jenna no ha llegado? —pregunto, comprobando por mí misma que, efectivamente, la maquilladora no está por allí.

—Faltan dos horas.

—Claro —suspiro—. ¿Sabes dónde…? —comienzo mi pregunta echando un vistazo alrededor, hasta que el estilista me corta acercándose a Tyler.

—Ay, ¡cómo tienes eso! ¿No deberíais visitar a Nate? —pregunta poniendo cara de circunstancia con el ceño y los labios fruncidos mientras se fija en el ojo de Tyler, que poco a poco ha ido tornándose más oscuro.

El estilista está en lo cierto, pero tengo suficientes problemas ahora mismo, por lo que evito centrarme en ello y prosigo con mi tarea.

—Órdenes de Matthew —digo acercándome hasta el tocador y abriendo los cajones. Solo uno de ellos está abierto, y únicamente contiene toallitas, algodones y pañuelos. Cosas que nadie querría llevarse a casa, supongo.

Ronald se aproxima por detrás de mí y deja un neceser sobre la encimera.

—Coge lo que necesites —me ofrece.

Yo suspiro. Puede que las cosas empiecen a mejorar ahora.

—Tyler —lo llamo, moviendo una silla hacia él. Empiezo a sacar productos de la bolsa y me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Leo el nombre de los productos y suspiro de nuevo.

Mi amigo se acerca y me los arrebata, aguantándose una pequeña risa mientras coloca unos cuantos tubos sobre la encimera, en fila.

—Primero, segundo y tercero. —Va marcándome el orden en el que debo usarlos, poniendo a su vez en mi mano las herramientas con las que aplicarlos.

Cuando termina, se aleja, regresando a su tarea entre las perchas.

Abro el bote de crema y me echo un poco en los dedos. Solo entonces me permito mirar a Tyler, y descubro que no ha levantado la vista de mí desde hace un buen rato. Me quedo por un momento paralizada, y después me fuerzo a seguir moviéndome.

—No has dicho nada —comenta antes de que alcance a tocarlo.

—¿Serviría de algo? —digo derrotada. No tengo ganas de más discusiones. Sin embargo, eso a él le da igual.

—Yo no he ido fardando —intenta explicarse mientras mis dedos recorren su párpado hinchado y bajan por su pómulo.

—Tyler, déjalo, de verdad.

—Todo lo que ha dicho ese cabrón es mentira.

—Tyler… —lo llamo para que se calle, y no me hace ni caso. Así que lo intento otra vez, más molesta. —¡Tyler!

Se queda en silencio al momento, y luego su gesto cambia. Yo sigo sin estar de humor.

—¿Vas a echarme la bronca, jefa? —pregunta divertido antes de que siga extendiéndole la crema por las zonas que ya empiezan a verse amoratadas.

Me olvido de sus magulladuras y me fijo en él.

—Debería.

—¡Estaba hablando mierdas de mí! —Vuelve a intentar sacar el tema y siento unas ganas irrefrenables de ponerle el otro ojo a juego.

—¡Ya lo sé! —le concedo. Hunter siempre me ha parecido una molestia con su comportamiento; muy difícil de tratar—. ¡Pero no puedes pelearte con tus compañeros!

Por una vez, decide no contestar y respira hondo. Así que aprovecho el momento para esparcir la crema un poco más. Por el rabillo del ojo, veo cómo Ronald deja sus cosas y sale de la sala. Es la señal de que debo recobrar la compostura.

—¿Por qué te empeñas en hacer más difícil mi trabajo? —pregunto, recuperando mi voz serena.

Abro el segundo bote que me ha preparado Ronald y vierto un poco de maquillaje sobre la esponja que me ha dado. Espero no haberme pasado con la cantidad.

Cuando me vuelvo hacia Tyler, cierra los ojos para que empiece a tapar el color oscuro de su piel.

—De lo contrario te aburrirías, jefa.

Sus labios se curvan hacia arriba.

—No estoy para tus jueguecitos, Tyler. ¿Has pensado que puede haber sido cosa del acosador? ¿Que esté consiguiendo lo que se propone? Ha puesto a todo el equipo en tu contra, y a media afición.

—Sí, lo he pensado —me reconoce después de un momento.

—¡Pues no le permitas ganar! —respondo molesta. Noto cómo me voy cabreando, y no tiene tanto que ver con Tyler, como con que todo se haya ido al traste. El jugador que tengo frente a mí simplemente ha caído en la trampa. Y eso es porque ninguno de los dos ha sabido parar al maldito acosador.

Dejo de aplicar más maquillaje alrededor de su ojo, y pienso que debería haber esperado a Jenna. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

Le miro el golpe, intentando descubrir si estoy arreglándolo, o, por el contrario, estropeándolo más.

—Te ha dejado el ojo fatal —digo finalmente.

Lejos de molestarlo, mi comentario parece divertirlo.

—Deberías verlo a él.

—Lo he visto —le aseguro, extendiendo algunos pegotes—. Solo lo empujaste. Me pregunto si de verdad querías hacerle daño. —Aprieto

un poco más de la cuenta mis dedos contra su piel y él levanta su mano hasta agarrar mi muñeca en un acto reflejo, haciendo que me detenga.

—No me duele, tranquila —dice. Su voz se ha convertido en un susurro mientras sus dedos se deslizan por mi antebrazo. Sus ojos se mantienen fijos en mí, y de pronto siento que estamos demasiado cerca. Tanto como para percibir su olor y no querer que me abandone. Hago un esfuerzo por centrarme y olvidar el ritmo frenético de mi corazón.

—No me importa si te duele o no —soy capaz de decir, aunque el tono duro no me ha salido muy creíble—. Necesito que te lo tapes y que no se sepa nada de esto.

Entonces suelta mi brazo, dejando una sensación de vacío sobre mi piel. Por un segundo, me pregunto si, de haberle dado otra respuesta, aún me sostendría.

—Sí, jefa.

Sigo trabajando hasta que creo haber conseguido disimular todo bien. A Jenna le habría salido mejor. Yo, en cambio, no tengo más tiempo. Todavía debo pensar en el plan de comunicación para el tema de la filtración y la pelea interna.

Cuando termino, me echo hacia atrás, para ver mi obra completa. Tyler se levanta y se pasa la mano por la cabeza, como si se desperezara. Me doy cuenta entonces de que hemos permanecido callados todo este tiempo.

—¿Te duele? —pregunto, incapaz de contenerme. El maquillaje no puede hacerle más daño en realidad, pero me siento tan torpe que no se me ocurre qué otra cosa decir.

Sé que es la pregunta equivocada cuando Tyler se estira frente a mí y cruza sus grandes brazos sobre su pecho. Me esfuerzo más que

nunca en no mirarlos mientras una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Pensaba que no te importaba —me dice, dando un paso hacia delante.

—Es por… —Me he quedado en blanco y no se me ocurre ninguna excusa. Posiblemente se debe a su aroma, que se lanza de nuevo contra mí haciéndome ver lo cerca que volvemos a estar.

Me muevo contra la encimera y, aun así, no consigo poner espacio entre los dos.

—¿El comunicado? —termina mi frase, porque he perdido el hilo de la conversación.

En cuanto asumo que no voy a conseguir decir nada coherente, me aclaro la garganta y me muevo para alejarme. Entonces, su mano se alza frente a mí, deteniendo mi movimiento.

Me quedo tan quieta como puedo, intentando acallar mi respiración desbocada. Separo mis labios para que el aire llegue de forma más silenciosa, y mis nervios enloquecen en mi interior cuando los ojos de Tyler descienden hasta ellos.

Luego, continúan bajando hasta mi cuello, donde su mano busca el nudo de mi pañuelo, que deshace sin esfuerzo.

Sé que es la seda lo que acaricia mi piel mientras lo retira, pero se mueve tan lento, y estamos tan quietos, que mi mente imagina que son sus dedos.

—¿Cómo estás tú? —me pregunta. Su voz suena ronca y grave. Me recuerda a la mañana que compartimos en su terraza secreta, donde escuché ese tono por primera vez. Donde sentí el mismo escalofrío que ahora recorre mi espalda.

Alza su mirada, que permanecía concentrada en mi cuello, y sus ojos verdes me atrapan. Encuentro destellos marrones en ellos, y me pregunto por qué no los había visto antes.

—Tampoco me duele —digo casi en un suspiro.

Levanta su mano libre, la que no sostiene el pañuelo, y me sujeta por la barbilla, haciéndome girar levemente la cabeza para poder comprobar el estado de mi herida. Mi corazón ha dejado de funcionar, y mi cabeza, también.

Apoyo mi mano en su brazo y, cuando mi piel toca la suya, un hormigueo se desplaza veloz a través de todo mi cuerpo. Justo en ese momento, los ojos de Tyler se olvidan de mi herida para volver a mí.

Sus dedos liberan mi barbilla y se mueven por mi cuello. Esta vez no es el pañuelo.

Y de pronto, su tacto me abandona. Un segundo después, la tela vuelve a cubrir mi cuello. Aún estoy pestañeando, tratando de entender qué ha pasado, cuando la puerta de la sala se abre de un portazo.

—Ya he puesto a los abogados a trabajar en una demanda— anuncia Riley entrando furioso sin ni siquiera saludar.

Mi cara de pánico aparece en el instante en que veo al agente dirigirse hacia nosotros.

—¡¿Qué?! ¡Riley, no por favor! —suplico.

Me mira por primera vez desde que ha entrado en la sala, como si acabara de descubrir que estoy delante de él.

—¿De qué coño hablas? ¿Tú has visto lo que le ha hecho? —Señala a Tyler, y me pregunto si habrá salido alguna foto de la pelea entre

los dos, porque, ahora mismo, el moratón está bajo varias capas de maquillaje.

—Sí lo he visto, pero…

—¿Y pretendes que lo pase por alto? —Riley me interrumpe subiendo el volumen de sus palabras.

—No, claro que…

—¡Pues no me toques los cojones! —me grita su alegato final, y desisto en mi intento de apaciguarlo—. ¡Nos vamos! —Se dirige a Tyler.

Sin embargo, él no se mueve de su sitio. Después de que Riley entrase como un obús en la sala, se quedó apoyado en la encimera donde un segundo antes había estado yo. Cuando lo miro, vuelve a cruzar sus brazos, y su gesto es imperturbable.

—No —es todo lo que dice.

Pilla de sorpresa tanto a Riley como a mí.

—¿Qué? —pregunta su agente, aunque bien podría haber sido yo.

—Voy a seguir el plan de Nora. —Hace un gesto hacia mí con la cabeza sin quitarle la vista de encima a Riley. Este, en cambio, mira a su alrededor, como si estuviera buscando alguna cámara oculta. Luego, se pasa la mano por la cara mientras respira hondo.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Ese golpe te ha dejado gilipollas? —pregunta sorprendido.

—Tenemos que dar imagen de equipo, para los seguidores —Me dirige una mirada que dura menos de un segundo, y al mismo tiempo es lo suficientemente larga como para que su agente concentre todo su enfado en mí.

—Imagen… —repite incrédulo—. ¿De eso le has llenado la cabeza? —Es la única frase que me ofrece antes de volver a actuar como si yo no estuviera delante—. No me jodas, Ty. Tú vienes aquí a jugar y hacer *touchdowns*. No a que te partan la cara. Y ese cabrón se va a tirar suspendido toda la temporada.

—He dicho que no —responde Tyler serio. Creo que nunca lo he visto así, salvo, quizás, en el Casino, mientras hablaba con Draven.

Al ver que con Tyler no consigue nada, Riley se vuelve hacia mí.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo, lavándole así el cerebro? ¿A eso te dedicas?

—Los fans deben ver un grupo unido.

—¡Pues llévalos a una puta fiesta a emborracharse juntos! Pero si le parten la cara a mi cliente, el cabrón no se va de rositas. ¡Me da igual que sea de tu equipo!

A pesar de que Riley ha terminado dándome voces, he conseguido mantenerme en mi sitio. No es el primer hombre que me echa la bronca en el trabajo, y le queda mucho para llegar a asustarme como Matthew.

—¡Riley, cállate! ¡No es cosa suya! —Tyler sale en mi ayuda—. Lo decido yo. No voy a denunciarlo y a hacer que lo echen. No resuelvo así las cosas —dice.

—¿Y cómo lo resuelves? ¿A puñetazos?

Tyler se toma un momento para responder. No sé si intenta que su agente se relaje, o no perder él mismo los nervios.

—Vete ya, ¿quieres? —dice finalmente—. Y detén todo eso de la denuncia.

Riley se queda mirándonos, primero a Tyler y luego a mí, y me percato del cabreo recorriendo su cuerpo. He aprendido a notar las señales después de tanto tiempo trabajando con Matthew, aunque no sabría describirlas. Es algo que simplemente noto.

—¡No sé para qué coño vengo!

Acto seguido se da la vuelta y echa a andar en dirección a la puerta.

—¡Me alegro de verte, Riley! —grita Tyler a sus espaldas.

—¡Que te jodan! —le responde él dando una voz y sacudiendo su brazo en alto.

Tyler se gira hacia mí y me sonríe.

—En el fondo me quiere —intenta asegurarme, sin convencerme.

No sé qué contestar, así que no digo nada y me acerco a la encimera para guardar todos los productos que hemos usado. Él no se ha movido de su sitio, por lo que nos encontramos muy cerca. Aun así, mi cabeza consigue escapar de su presencia, porque hay un tema que no ha hablado con su agente y no termina de cuadrarme.

Cierro el neceser y todavía tardo un poco en volverme hacia él, descubriendo que ha estado siguiendo mis movimientos en silencio.

—¿Lo sabías? ¿Sabías lo de tu contrato? —concreto mi pregunta, y me da que no le apetece hablar del tema. Por eso mismo me mantengo a la espera. Quiero que responda.

—Bueno, lo he firmado, ¿no?

—Eso no responde a mi pregunta —le digo, aunque en parte sí lo hace. No lo sabía. No sé por qué, pero estoy segura de eso. Y él me lo confirma después de que su sonrisa se expanda en su cara.

—No, no lo sabía.

—¿Y por qué actúas como un arrogante? Como si hubieras pedido todo eso en tu contrato.

La cara de Tyler cambia, y en un instante parece aburrido.

—Es lo que todo el mundo espera. Soy la estrellita del equipo. Todos creen conocerme sin tener ni puta idea de mí, y lo prefiero así.

De pronto, me siento mal por haberlo llamado así hace unas semanas. Hunter también ha usado esa palabra mientras discutían hace un rato. Y, sin embargo, creo que ninguno podríamos estar más equivocados. Tyler ni siquiera sabía que tenía esas condiciones especiales a su favor.

Me pregunto entonces qué es lo que le ha hecho venir a los Stallions, o haber tardado cuatro años en aceptar las negociaciones, si ni él mismo sabía en qué consistían.

—¿Por qué no les dejas descubrirlo? Si de verdad no sabías nada…

—No —me corta de manera tajante—. Cuanto menos te conocen, más fácil es.

—¿Fácil? ¿El qué? —Me encuentro perdida en la conversación.

—Protegerte. —Se encoge de hombros y no explica nada más.

—Bueno, yo sé la verdad. ¿Temes que te ataque o algo así? —pregunto. Lo que me dice no tiene nada que ver con el Tyler que conozco y, en cambio, explica muchas cosas, aunque no soy capaz de entenderlo al completo ahora mismo.

Su risa leve corta el hilo de mis pensamientos.

—No te hagas ilusiones, jefa. Que sepas esto no significa que me conozcas.

Doy un paso atrás, casi instintivamente. He sentido en mi pecho el golpe que sus palabras me han propinado sin previo aviso.

«Ilusiones».

—Claro… —digo vagamente, mientras me castigo en mi cabeza, porque eso es exactamente lo que llevo días haciendo. Crear ilusiones de una mentira; mi especialidad.

Que mi relación con Tyler haya mejorado no significa nada, salvo que seguimos obligados a trabajar juntos. No hay nada más. No me trata de manera especial. Si se ha interesado por mí en algún momento ha sido por simple culpabilidad.

—Tengo que volver. Te mandaré un mensaje cuando esté todo preparado —digo alejándome.

Por un momento no dice nada, pero finalmente me llama cuando estoy a medio camino hacia la puerta.

—Nora…

—¿Sí? —me giro a mi pesar. Lo miro por un segundo mientras trato de sonreír, de mostrarme profesional. Creo ver preocupación en su rostro. Una preocupación que sé que no existe. «Nada ha cambiado», me fuerzo a pensar.

Mi corazón da un salto extra en mi pecho, como si quisiera recordarme que está herido, que necesita que salga de la habitación.

Tyler aún no ha dicho nada y yo no dejo que lo haga.

—Luego te veo.

Me dirijo hacia la puerta, y esta vez no me llama, ni yo vuelvo a girarme.

Debo concentrarme en mi trabajo, en solucionar las dos crisis que me han caído de la nada en una mañana. Más tarde podré centrarme en llevar a cabo la idea que Riley me ha dado.

#17

COMO SIEMPRE

El asunto de la filtración se ha convertido en una puta locura, y mi pelea con Hunter ha ayudado poco.

No tengo dudas de que el cabrón lo estaba buscando. Desde que vi su nombre en la lista de Nora, me di cuenta de cómo se comportaba cerca de mí. No sé cómo había estado tan ciego. Supongo que nunca he dado importancia a cómo actuaba la gente a mi alrededor, porque todos suelen querer lo mismo.

Lo de hoy, en cambio, no lo he visto venir, y he sido tan tonto como para caer en el juego del veterano. El muy imbécil no paró de soltar gilipolleces durante la charla, y al final consiguió sacarme de

quicio. Tendría que haber pasado de esa mierda, pero prefiero que me digan las cosas a la cara.

Lo de pelearnos en la sala de proyección tampoco ha sido mi mejor idea. Especialmente cuando vi a Nora entrar allí. De pronto, entendí el marrón que supondría para ella y lo quise frenar. Con lo que no contaba era con que Hunter me tuviera tantas ganas como para soltarme un puñetazo delante de todos. Y el desgraciado lo hizo con ganas.

A cambio, le hice un placaje de mierda con la única intención de alejarlo de mí. De haber estado en otro sitio, yo no habría sido el único con un ojo morado. Aunque también ha tenido sus ventajas: a la Chica del Móvil incapaz de esconder su preocupación por mí. Puede que con algún golpe más consiga ablandarla del todo.

Pero, en este momento, me cuesta recordar esas ventajas, con Maly limpiándome el maquillaje que Nora me echó con tanto cuidado.

Todavía recuerdo sus dedos recorriendo mi cara lentamente, como si temiera lastimarme más.

En cambio, mi asistenta me está pasando el algodón sin ningún tipo de esmero mientras yo mantengo mis gemidos a raya.

—Me jode reconocer lo puta crack que es esa tía. —Riley entra al salón, donde hemos pasado el día Eddie, Maly y yo.

Se desabrocha el botón de la chaqueta y se tira en el sofá, para después subir el volumen de la televisión. Llevan horas retransmitiendo toda la mierda de los Stallions. Nora ha estado apareciendo fugazmente, siempre al fondo, en las ruedas de prensa de Matthew. Pero tengo claro que el marrón se lo ha comido ella.

—¿Te jode reconocerlo?

—Sí. No me gusta que se metan en mi terreno —responde mi agente molesto.

—Solo estaba haciendo su trabajo. No te preocupes viejo, sigues siendo mi favorito —le prometo, aunque mi sonrisa podría denotar lo contrario. Ambos se mueren por controlar mi vida pública, pero me divierto mucho más cuando estoy cerca de mi jefa de comunicación. Mi agente, en cambio, aguanta estoicamente mis comentarios o, como mucho, me suelta alguna bordería. Con Nora, por el contrario, nunca sé cómo va a reaccionar. Y siempre me gusta cómo lo hace, por inesperado que me resulte.

—Más te vale, cabrón —me suelta todavía enfadado—. Soy yo el que se parte la cara por ti cada día.

—Creo que he sido yo quien se ha partido la cara.

Eddie aparece por la puerta con unas cervezas en la mano. Para todos menos para Maly, que se niega a beber delante de mí.

—Aún no me has explicado cómo has dejado que ese imbécil llegara a tocarte —me dice mi chófer mientras me pasa un botellín.

Noto que es mi asistenta la que se siente ofendida por el comentario cuando aprieta más de la cuenta bajo mi ceja.

—¡Ay! —me quejo—. Ve con cuidado.

Ella me mira durante un segundo y, sin decir nada, echa en el algodón un poco más de agua, o tónico, o lo que sea con lo que me está limpiando; y sigue trabajando. Podría haberlo hecho yo, pero desde que llegué a los Stallions está más encima de mí que de costumbre. Creo que el encontrarme aquí solo ha despertado cierto aire maternal en ella.

A pesar de que trabaja para mí, la considero mi familia. De hecho, ha sido mi única amiga de verdad en todo este tiempo. Siempre más

sincera de lo que necesito, y siempre leal.

De hecho, solo a ella le permito golpearme sin llevarse un recibo. Y lo sabe, porque estoy seguro de que, con su corta estatura, no se atrevería de otro modo a darme tanto.

—Joder. —Riley se ríe por algo que han dicho en el programa de deportes, y sube un poco más el volumen, a pesar de que ya se oía perfectamente. En este momento es Matthew el que está en la televisión gigantesca de mi salón—. Si algún día me muero, asegúrate de pillar a Nora como agente. Sobre todo, con tus cagadas.

—Estás empezando a ofender al muchacho —lo reprende Maly sin perderme de vista. Nunca permite que nadie hable mal de mí en su presencia.

—¿Qué ha hecho tan especial? —se interesa Eddie y, sin darme cuenta, me yergo en la silla del comedor donde estoy sentado, para escuchar mejor. Por simple curiosidad. Sé que Nora ha solucionado todo porque Riley está de muy buen humor tras lo ocurrido, pero aún no sé cómo ha solventado la situación.

—Tenías que haber leído el comunicado. Con toda su cara han dicho que en los Stallions cuidan de cada jugador, porque todos son una familia. Y, por supuesto, han prometido más información en la rueda de prensa de Matthew. Se ha liado la de Dios. Y el cabrón ha salido cambiando toda la historia. Como si los contratos especiales fueran la norma, y que los hacen por el bien de los jugadores.

—¿Pero son la norma? —pregunta Eddie confuso.

—Claro que lo son. Es un secreto a voces, y ahora ellos lo están aireando como si nada. Son todo favoritismos. Imagina cómo afecta eso a la unión de un equipo; por eso son confidenciales. Y ellos lo han vendido como que a cada jugador le ofrecen algún favor para cuidar de cada uno, porque todos son una *familia* —recalca la última palabra con cierto tono de burla.

—Resulta que no soy tan especial —digo mostrando mi gran sonrisa a Maly, que no me la devuelve, sino que niega con la cabeza. Si nunca deja que nadie diga cosas malas de mí, conmigo es peor. Por eso suelo guardarme alguna perlita para picarla.

—¡Una mierda! —salta Riley—. Ya quisieran el resto tu contrato, no me jodas. Pero reconozco que ha sido una buena jugada. Y el caramelito de después… —Se pasa la mano por la cara como si no creyera lo que está recordando.

—¿Qué caramelito? —pregunta Eddie, cada vez más interesado en la historia.

Yo me río levemente escuchando el entusiasmo de mi agente tras el follón que se ha montado. Supongo que conseguirá sacar tajada de una forma u otra.

—Les han preparado la guinda perfecta: han anunciado una fiesta del equipo. Una especie de bienvenida para el inicio de la temporada. Es una jugada maestra, tío. Van a dejar entrar a la prensa. Así se ahorran ahora las preguntas y noticias comprometidas de los contratos, porque todos quieren su pase a la celebración.

—¡Joder Riley! —Soy incapaz de contenerme más—. Córtate un poquito. Estás babeando como un cerdo —le digo mientras me río.

Él me lanza el posavasos que tiene en la mesa de café y muevo mi brazo lo suficientemente rápido como para bloquearlo frente a mí, atrapándolo al vuelo.

—Yo necesito saber cuándo es esa fiesta. ¿Tengo que pedirte un traje? —pregunta mi asistenta, esperando a que deje de hacer el imbécil para seguir con su tarea.

—La semana que viene —contesta Riley—. Yo me encargo del traje. Te consigo alguna colaboración.

Miro a Maly con cara de susto, dejándole bien claro que necesito que sea ella la que se ocupe de buscarme uno. No pienso ponerme ninguna horterada que me traiga mi agente. Por mucha marca que tengan o mucha pasta que me dé ponérmelos. Hay límites que no pienso cruzar.

—¿En serio planea organizar una fiesta en una semana? ¿Esas fiestas no llevan meses de preparativos? —Mi chófer sigue hablando de Nora.

—Lo que te digo. Una crack... si lo consigue.

—Lo hará —respondo yo sin pensarlo.

Maly termina con el algodón y lo arruga en su mano. Luego, me sujeta por la barbilla y me obliga a mirarla.

—¿Y vas a dejarla escapar, niño? —me pregunta en un susurro.

Mi primer instinto es responder con un «No», sin saber de dónde sale ese pensamiento. Entonces, me doy cuenta de que estamos hablando de Nora. Por no tener nada con ella, no tengo ni una oportunidad. No me aguanta, y yo no quiero nada con ella, ni con nadie, me recuerdo.

A pesar del tiempo que pasamos juntos, de cómo me miró al salir del Midnight Casino, de cómo mi mano se deslizó por su cintura, o cómo las suyas ardían sobre mi pecho...

Mi asistenta sigue esperando una respuesta, así que me río y me libero de su agarre.

—No me jodas, Maly —le digo incrédulo. No es por su pregunta, sino por todo lo que se me ha pasado por la cabeza en un momento.

Suspiro molesto. Sin decir nada más, me voy hasta la cocina y abro el frigorífico. Me quedo mirándolo, sin elegir nada. Únicamente

para escapar de los pensamientos que me han asaltado en la silla del comedor y que me persiguen mientras estudio los botellines de cerveza alineados.

Aunque no es lo único que me ha perseguido hasta allí.

—¿Así que una fiesta? —dice Maly.

Yo alcanzo una botella de agua y la abro. Después doy un largo trago.

—Eso parece.

Mi amiga se mueve por la estancia como si no le interesase mucho lo que estamos hablando, pero intuyo que pronto empezará a hacerme preguntas que no querré responder.

—¿Has pensado qué te quieres poner? —Comienza su interrogatorio al tiempo que echa en la basura los algodones que ha usado para limpiarme el ojo. Se acerca al grifo y se lava tranquilamente.

Yo me apoyo en la encimera, consciente de que debería huir.

—Supongo que traje, o esmoquin. Como siempre.

—Como siempre… —repite cerrando el agua. No me ha mirado, y aun así siento cada uno de mis movimientos bajo su vigilancia.

Me cruzo de brazos, dudando sobre lo que leerá en mí al hacerlo.

—Sí, Maly, como siempre. ¿Qué pasa? —pregunto divertido.

—Nada —dice encogiéndose de hombros y secándose las manos. Luego, se apoya en la encimera de la isla, frente a mí—. Solo quería saber si también tengo que buscar ropa para una acompañante, *como siempre*.

Me quedo en silencio.

—En caso de que vayas a llevar una, claro.

—No lo he pensado aún —le digo. Apenas me he preocupado por el tema de la fiesta desde que lo han anunciado. He estado más interesado en saber que todo se había arreglado, que no había más marrones que tuvieran que arreglar en los Stallions, y que Nora no encontrara más motivos para odiarme.

No he hablado con ella desde que salió del estudio de rodaje, y creo que la cosa no acabó bien. Justo antes de irse me miró de forma distinta, como si algo le perturbara. Quiero pensar que sería la cantidad de trabajo que se le venía encima. La extraña sensación que tuve en el estómago, por el contrario, me indica que ese no era el motivo.

—Ya, nunca sueles pensarlo mucho. —Maly me saca de mis reflexiones—. ¿Ahora sí?

Sonrío, porque sé a dónde quiere llegar.

—Maly… —la aviso, sin decir nada más.

Ella se gira y se encoge de hombros una vez más. Luego, empieza a servir la cena en distintos platos, para todos.

—Es cuestión de logística —me dice.

No soy capaz de impedir la carcajada que me nace del pecho. Ya me imagino la logística a la que se refiere. Ahogo mi risa bebiendo un poco más de agua.

—Avísame si al final hablas con Louis para traerte alguna chica —me dice sosteniendo dos platos y dirigiéndose al salón—. Y recuerda pedirle la talla.

—¡Lo haré! —le grito para que me oiga, pues no ha esperado a escuchar mi respuesta.

Pero ni yo me creo eso. No sé por qué, la idea de llevar a una desconocida a la fiesta de los Stallions ha dejado de tener interés para mí. Maly me conoce demasiado bien.



Tres días después, sigo sin ver a Nora. Ni siquiera se ha pasado a comprobar si he venido con el ojo maquillado, cosa que sí he hecho. Aunque debí prestar más atención mientras me lo hizo ella, porque la primera vez monté un buen lío. Maly no me ha dejado acercarme a los productos desde entonces y se ha encargado ella de ocultar mi golpe cada mañana.

Obviamente es menos interesante cuando lo hace mi asistenta, pero no quiero meter a los Stallions en más líos. A pesar de que la culpa de todo haya sido del imbécil de Hunter.

Lo malo de que compartamos posición en el campo es que compartimos también entrenamientos. Lo bueno, es que no tengo que jugar con él. Sería un problema, porque este deporte se basa en la confianza, y no tengo ninguna en él.

Tras la regañina de Matthew y las dos mil dominadas con las que nos castigó el entrenador Taylor el día siguiente, ambos tenemos claro que nuestra mejor opción es ignorarnos todo lo posible.

De momento, está funcionando.

Me dirijo a la cafetería pensando en ello. Me he estado pasando los últimos días, a distintas horas, y hoy por fin encuentro lo que buscaba.

Nora está sentada en una de las mesas, con la jarra de café a su lado. Permanece concentrada en la carpeta que tiene frente a ella, y sonrío al descubrir que hay demasiados pelos fuera de su recogido. Sé que eso significa que ha tenido un buen día, por extraño que parezca. En lo referente a ella, todo me resulta insólito.

Me hago con uno de los vasos de papel que hay al lado de la fuente de agua y me acerco hasta su mesa.

Tarda unos segundos en darse cuenta de que no está sola y, entonces, alza la vista hasta mí. La veo ruborizarse y me pregunto por qué. Aún no he dicho nada para molestarla.

—Ya pensaba que no tenías permitidos los descansos —le digo fingiendo indiferencia y sirviéndome un poco de café.

Solo después de seguir con la mirada cada uno de mis movimientos, y luego el vaso hasta mis labios, recuerda que debe responder.

—No los tengo. Pero si no me bebo un café ahora mismo, voy a desmayarme.

Me dedica una sonrisa ladeada que apenas deja ver el hoyuelo de su mejilla, y entonces me percato del color oscuro bajo sus ojos.

—¿Estás comiendo?

—¿Qué? —pregunta confundida.

La agarro del brazo, que puedo rodear con mi mano, y lo muevo delante de ella.

—Te estás quedando demasiado delgada, jefa.

Ella se escapa de mis dedos con un movimiento.

—Tus cumplidos son realmente halagadores —dice entrecerrando los ojos.

Yo me agacho frente a ella, apoyando mis codos en la mesa y acercándome a su cara, desde donde puedo ver aún más claro el tono azulado de sus ojeras.

—Hablo en serio. —Me esfuerzo por mostrarle mi semblante más rígido mientras aprieto la mandíbula al oler el perfume de flores que se cuela por mi nariz.

Ella toma aire profundamente y veo cómo hace un esfuerzo por controlar su humor.

—Sí, como —me confirma finalmente.

Es Chris, que se sienta en este momento junto a ella, quien la delata.

—Cuando no se le olvida —apunta con una sonrisilla.

Nora se gira hacia él, lanzándole una mirada furibunda.

—¡Gracias, Chris!

Yo ya me he alejado de la mesa y me dirijo a la máquina expendedora más cercana. Echo unas monedas y escojo varios sándwiches que caen a la bandeja.

—Tyler, ¿qué haces? —pregunta Nora cuando todavía espero a que caiga el último.

—Creo que es obvio.

Me hago con mi recién adquirido botín y vuelvo a la mesa, sobre la que dejo toda la comida. Ella, en lugar de tomar uno, se cruza de brazos.

—No tengo tiempo para esto —dice, y me pregunto si está intentando ponerme de mal humor, porque no pienso dejar que se vaya sin comer nada.

—Claro que sí —respondo.

—Tyler, te estoy diciendo que no —sigue discutiendo conmigo, por lo que apoyo uno de mis brazos en la mesa y empujo un sándwich en su dirección. La miro, dedicándole mi mejor sonrisa. Por un momento, se muestra confusa.

—O te comes esto —digo lentamente—, o suelto una rajada en internet que me meta en un buen lío.

—¿Siempre vas amenazando a la gente? No es muy buen hábito.

Aprieta los labios en una línea fina, aunque me parece ver una de sus comisuras alzándose levemente.

—Solo a ti —le confirmo de buen humor, y le guiño un ojo. Estoy a punto de ganar.

Finalmente, respira hondo y selecciona uno. Por supuesto, no el que le he acercado. Sería demasiado para su orgullo.

Echo un vistazo a Chris, que permanece concentrado en su bolsa de patatas, incapaz de ocultar su diversión.

Cuando vuelvo a mirar a Nora, ya ha engullido medio sándwich, y termina de comérselo más rápido de lo que esperaba. Tiene los carrillos llenos mientras mastica y sigue mirándome molesta.

—No ha sido tan difícil —le digo satisfecho.

—¿No tienes asuntos propios de los que ocuparte? —me pregunta seca cuando termina de tragar el último trozo.

—Sí, pero me divierte más fastidiarte.

—Ah, claro. Había olvidado tu pasatiempo favorito.

Después, me mira alzando sus cejas, esperando conocer el motivo por el que me he acercado en primer lugar, pero lo cierto es que no lo recuerdo. Creo que no había ninguno.

Luego, veo cómo se fija en mi ojo, y me paso la mano por el pelo. Prefiero evitar ese tema.

—¿Cómo va la fiesta? —pregunto, dirigiendo la conversación hacia un tema que sí me interesa.

—Bien.

Creo que no sabe si sonreír o esperar mi siguiente comentario sarcástico, pero hay algo que me interesa más que hacerla rabiar.

—¿Iréis? ¿O es solo para jugadores? —pregunto en plural, metiendo a Chris en la ecuación, que, al instante, alza la cabeza de sus patatas. Lo cierto es que únicamente quiero saber si ella irá. No fue a los Sideline cuando esperaba que lo hiciera, así que no sé qué será esta vez.

—Es para todo el que forma parte de los Stallions —me informa—. Y yo soy quien la organiza. Así que lo siento, tendré que estar allí.

Sonrío ante su respuesta y no me molesto en disimularlo.

—Bueno, intentaré divertirme de todas formas —sigo el tono de su falsa disculpa. Luego, doy dos golpecitos en la mesa y me levanto—. Ah, te llevaré un sándwich.

—No es necesario.

—Me tomo muy en serio el molestarte, jefa. —Dejo escapar una pequeña risa mientras me alejo hacia la puerta de la cafetería.

—¡Tyler! —escucho a Nora llamarme, seguramente dispuesta a regañarme. Yo me giro cuando estoy al lado de la puerta para dedicarle mi saludo antes de salir de allí, llevando la mano a mi frente con un semblante victorioso.

Me encantaría quedarme a discutir con ella, pero si voy a fastidiarle el día, prefiero que sea en pequeñas dosis. Del mismo modo que ella mejora el mío con cada mirada de enfado.

#18

PARA ESO ESTAMOS LAS AMIGAS

Alzo la vista del ordenador para darme cuenta de que, una vez más, me he quedado sola en el departamento. Ha sido una semana de mucho trabajo, pero, al final, la fiesta ha quedado bien organizada.

Sé que ha llegado la hora de comer cuando Tyler aparece por la puerta. Lleva haciéndolo desde hace unos días, siempre a la misma hora, con tres sándwiches en sus manos. Puede que me haya fijado más de lo que debería en ellas, y vuelvo a hacerlo cuando se acerca a mí.

—Buenas, jefa —me saluda de buen ánimo.

Yo gruño sacudiendo levemente la cabeza y me apoyo sobre mis codos. En realidad, agradezco que sea tan pesado, pues me da la oportunidad de descansar y desconectar antes de volver al trabajo con energías renovadas.

Sé que mi aparente mal humor lo divierte, así que no me corto en mostrárselo tanto como puedo. Él se ríe antes de dejar la comida en la mesa. Por supuesto, le interesa poco que pueda tener algo importante en ella. Deja todo sobre mis papeles o el teclado, sin ningún cuidado.

—¿Por qué traes tantos? —Estudio el banquete frente a mí. Siempre hay uno de jamón y queso, que es el que me como, y otros dos de sabores que van cambiando. Vuelvo a observarlo a él con la cabeza ladeada—. Sabes que solo me como uno, y porque me obligas.

Él se sienta en mi mesa, y yo hago un esfuerzo sobrehumano por no mirarle el culo cuando lo planta delante de mí.

—Si quiero que prepares una buena fiesta, te necesito en forma —me explica satisfecho.

Estoy a punto de contestarle la primera bordería que se me ocurre cuando aparece mi amiga Susan por la puerta. Después de tantas visitas en los últimos años, ella misma consiguió que Norman le hiciera un pase al Complejo, y así me evita el ir hasta la entrada a recogerla.

Me había olvidado de que hoy habíamos quedado. Por suerte, el plan era encontrarnos aquí. De otro modo, no habría aparecido en nuestra cita. Las dos lo sabemos.

—¡Eh, Susan! —la saluda Tyler.

Mi amiga alucina visiblemente, y no sé si es por verlo sentado tan cómodo sobre mi mesa, o porque se haya dirigido a ella como si fueran amigos de toda la vida.

Ella se queda congelada en su sitio durante un segundo. Sus ojos se han abierto desorbitados, y tarda un poco en reanudar el paso. Por el gesto de su cara, me imagino las ganas que tiene de gritar.

—Hola —dice despacio, como si tuviera que controlar cada palabra saliendo de su boca—, Tyler Kelscot.

Él debe haber visto reacciones similares más de una vez, pues solo se ríe suavemente.

—Puedes llamarme Tyler —le ofrece, y sé que a mi amiga le falta poco para empezar a babear.

Me levanto de mi silla, preparada para ayudarla a comportarse como una adulta normal y funcional.

—Tú puedes llamarme Susan, o como quieras. —Se queda parada frente a él—. Llámame —le ofrece más tarde, obviando completamente el hecho de que tiene marido. Posiblemente olvidándolo.

—¿En serio? —digo bien alto. Me giro hacia Tyler, que sigue riéndose—. ¿Puedes dejar de encantar a mi amiga? Gracias —le pido mientras la muevo a mi lado para que reaccione.

—¡No estoy haciendo nada! —se defiende el jugador.

—Ya. —Señalo su cara haciendo círculos alrededor de ella. Una cara sonriente y de buen humor que está haciendo de las suyas con Susan. Lo sé porque casi lo consigue conmigo—. Córtate un poco, ¿vale?

Él se ríe una vez más, aunque detiene su carcajada al verme levantar una de mis cejas. Luego, se cruza de brazos y se gira hacia mi amiga.

—¿Vienes a que te explote? —le pregunta. Ella, un poco más centrada, es capaz de contestar con normalidad.

—Para eso estamos las amigas —dice, y consigue que me revuelva rápidamente.

—¡Yo no te exploto!

—Es broma. —Levanta las manos como si se rindiera—. Vengo a sacarla de aquí. Ya sabes, adicta al trabajo —concluye, y no sé si esa opción me deja mucho mejor.

—Bueno, aquí tienes al culpable. —Señalo a Tyler, que no oculta lo bien que se lo está pasando, y mis ojos bailan por un segundo sobre sus brazos, aún cruzados. Me giro entonces hacia Susan, porque me preocupa lo que mi mente empieza a imaginar—. Si quieres decirle algo…

—¡Claro! —accede ella animada—. ¿Ya tienes acompañante para la fiesta?

—¡Susan! —le llamo la atención y, por la mirada que me echa, sé que solo acaba de empezar.

La única forma de acabar con esto es sacarla de aquí cuanto antes, así que regreso a mi mesa para recoger todo tan rápido como puedo.

—¿Qué? Es solo curiosidad sana…

—Pues ya ha confirmado un más uno —le informo obviando la sonrisa tonta que tiene mi amiga en la cara. Empiezo a temer por mi seguridad.

—Oh —dice ante esta nueva información, dejando claro lo que pretendía averiguar. Me apuro en seguir recogiendo.

—Mi amigo Louis —explica Tyler, y sin darme cuenta, dejo de moverme durante un segundo. Cuando noto que se gira hacia mí, continúo con mi tarea. No esperaba escuchar esa respuesta. Por lo que sé, su amigo Louis no es una rubia de metro ochenta.

—Louis —repite Susan alargando cada letra—. Amigo. Amigo chico —dice, a la espera de una confirmación que llega junto a la risa de

Tyler.

—Sí, solo un amigo.

—¿No vas con una chica? Con tu novia o algo así. —Sigue presionando, y a mí me va a dar un ataque.

—Ay, por Dios —murmuro apagando el ordenador bruscamente.

—No, ninguna chica.

—¿Y eso?

—¡Susan! ¿Quieres dejarlo en paz?

—¡Vale! —exclama ella, mostrándome de nuevo las palmas en señal de una rendición que sé que no piensa llevar a cabo—. Bueno, quizá encuentres alguna en la fiesta. ¿Sabes? Nora tampoco va acompañada.

Nada más escucharla se me cae el móvil, que iba a guardar en el bolso, y este tira mi taza de bolígrafos, montando un buen escándalo. Me apresuro a colocar todo en su sitio, esperando que al menos este destrozo pueda desviar la atención de mis mejillas sonrosadas. Pero no detiene mi corazón, que se ha puesto a correr dentro de mí, o el calor que abrasa mi cuello.

—Ni siquiera me lleva a mí. ¿No es raro? Soy su mejor amiga.

En cuanto termino de ordenar el desastre de mi mesa, me lanzo hacia ella.

—Sabes que yo iré a trabajar, no a estar de fiesta —me excuso. En realidad, me encantaría compartir un evento así con ella, pero voy a estar a mil cosas y prefiero no tener que estar pendiente también de ella, por mal que suene.

—Bueno, seguro que un rato sacas para bailar. Si alguien te saca… —Me mira abriendo los ojos mientras alza sus cejas levemente, continuando con la campaña de promoción que no quiero tener.

—¡Bueno, vale! ¡Nos vamos! —anuncio desesperada empujándola hacia la puerta. Sin embargo, algo me retiene tirando de mí.

Cuando miro hacia abajo, encuentro el brazo de Tyler alrededor de mi cintura. En un instante, mi corazón se vuelve completamente loco, saltando bruscamente contra mi pecho.

—Espera, espera… —me dice con su voz grave, poniendo en alerta todo mi cuerpo. Lo siento junto a mí, alto y fuerte como un muro a mis espaldas. Me giro hacia él con su brazo todavía rodeándome—. No intentes escaquearte. Aún tienes que comer.

—¿En serio? —digo cuando estoy segura de que mi voz no se va a quebrar.

—En serio, jefa —me responde con una medio sonrisa que no puedo dejar de mirar. Estoy demasiado cerca de él, y no hago nada por alejarme. Él lo hace tras estudiarme durante un momento, o puede que al comprobar que estoy tan tonta como lo estaba Susan al llegar al departamento.

Levanta su mano entre nosotros y coloca uno de los sándwiches frente a mí.

Se lo quito y empiezo a comerlo sin demora. Ahora mismo haría cualquier cosa con tal de salir de aquí.

Termino en menos de un minuto y lo miro con cara de odio, pese a que sigo muy nerviosa. No se ha separado de mí ni un milímetro.

Al menos, he conseguido no atragantarme, aunque casi me ocurre en más de una ocasión. ¿Por qué tiene que oler tan bien? ¿Y por qué no deja de mirarme, como si le gustara lo que ve?

—¿Contento? —le pregunto devolviéndole el plástico vacío de mi comida.

Él lo toma con una mano, y la otra abandona mi cintura. Sus ojos han descendido por mi rostro hasta mi boca, y no dice nada cuando coloca la mano bajo mi mentón y mueve el pulgar por mi labio inferior, quitando alguna miga que se había quedado ahí.

—Bastante —me dice volviendo a atraparme con sus ojos verdes. Ya no sé ni a lo que me está contestando.

Estoy segura de que he dejado de respirar mientras su dedo acariciaba mi piel. O puede que el mareo que sienta sea de los puros nervios que se deslizan por mi cuerpo, envolviéndolo en un cosquilleo incesante.

Antes de poder evitarlo, veo mis manos subiendo por su cuello, lentamente. Rodeándolo y empujando su rostro hasta que mis labios encuentran los suyos, presionándolos con suavidad. Debería apartarme. Debería hacerlo él. En cambio, rodea mi cintura y me empuja hacia sí, transformando el beso en uno más ansioso y apasionado. Y yo dejo que saboree mi boca, porque tengo las mismas ganas de perderme en la suya. Nos dejamos llevar en un baile donde tira uno y luego el otro, buscando conseguir más de este beso.

Y entonces, vuelvo a la realidad, donde Tyler permanece frente a mí mirándome, no besándome.

Me alejo de él de un salto, preocupada por lo que acaba de ocurrir en mi mente y me esfuerzo especialmente en no mirar su cuello, por miedo a encontrar mis dedos recorriéndolo.

—Bueno, nos vamos —digo con voz aguda, alejándome y tirando de Susan, a la que había olvidado por completo hace unos segundos.

Y eso no es lo más grave que he hecho. ¡Ay, por Dios! Acabo de imaginarme besando a Tyler Kelscot justo delante de él.

Cruzamos con rapidez las puertas de cristal del departamento, y juraría que Tyler no se ha despedido. De haberlo hecho, estoy tan perdida en mis nervios que no me habría enterado.

Tampoco sé si Susan está hablando detrás de mí.

He echado a andar como si alguien me persiguiera. Quería correr, pero estoy tan alterada que temo caerme de bruces contra el suelo, así que continúo con mi paso ligero en busca de la salida del Complejo, porque necesito aire. Sin embargo, cuando al fin me encuentro en el exterior, el oxígeno sigue sin alcanzar mis pulmones.

—Jolín, qué prisas te han entrado, nena —escucho decir a Susan cuando nos acercamos a su coche.

No necesito verle la cara para saber que está al borde de la risa, y eso no me tranquiliza.

—Tía, te juro que cada vez que os veo juntos pienso que os vais a enrollar.

El problema es que, en esta ocasión, soy yo la que lo ha pensado también, y el comentario de mi amiga no me ayuda a eliminar esas imágenes de mi cabeza.

—Por favor, no empieces —le digo mientras me meto en su coche.

Ella se coloca en el asiento del conductor.

—¿Desde cuándo te quita las migas de la boca? —Está claro que no va a dejar el tema, y yo me estoy agobiando más a cada segundo, porque todavía siento el dedo de Tyler presionando mi labio.

—Solo le gusta ponerme nerviosa.

—Pues yo diría que lo consigue. —Me mira con una medio sonrisa y, al ver que no digo nada, mete la llave en el contacto y arranca.

Respiro hondo cuando el coche se pone en marcha y mi amiga me da una tregua, si bien esta no dura mucho.

—¿Así que sigue trayéndote el café? —retoma la conversación después de un rato en el que he podido recuperar la normalidad. Mi cabeza sigue recordando ese beso imaginario, por lo que me alegro de poder discutir, y así pensar en otra cosa.

—No, ahora le ha dado por traerme sándwiches y obligarme a comerlos delante de él.

—¿Qué? —Susan me lanza una mirada de confusión antes de volver a concentrarse en la carretera frente a ella—. ¿Es alguna especie de fetiche?

No consigo contener la risa que se me escapa.

—Está así de pesado desde que Chris le dijo que, a veces, se me olvida comer.

—¡Nora! ¿No te había puesto alarmas en el móvil?

—¡Sí! —intento defenderme, sabiendo que es una batalla perdida —. Es que a veces tengo demasiado que hacer y se me pasa.

—Pues lo siento, pero me alegro de que al menos Tyler te haga comer. Ya me parecía que te estabas quedando muy delgada. Te vas a cenar hoy una pizza entera sin rechistar, que lo sepas. Y helado de postre. No voy a dejarte parar hasta que tengas un buen dolor de tripa.

Para cuando termina de amenazarme, ya ha aparcado el coche y salimos de él. Me doy cuenta de que no sé a dónde nos dirigimos. Estamos en un parking al aire libre, y me parece que nos encaminamos a la calle principal de Redmont, aunque por aquí no se va a nuestra pizzería habitual.

La zona está abarrotada de gente, pero es algo que nunca me ha importado. Me encanta el ambiente de la ciudad por las tardes, a pesar de que resulta más complicado transitar sus calles. Según avanzamos, se alzan más edificios de ladrillo rojo a ambos lados, todos adornados con macetas y flores en sus balcones y ventanas más altas.

—¿A dónde vamos? —pregunto a Susan, que va un paso por delante, marcando el camino.

—A por tu vestido para la fiesta. —Se gira hacia mí y veo una sonrisa expandirse en su cara, lo que no me deja para nada tranquila —. He pedido cita en Aurum Noire.

Con decir ese nombre, mi boca y mis ojos se abren de forma desorbitada. Es la tienda más exclusiva de la ciudad, con la ropa más impresionante que jamás hemos visto. Solemos babear en sus escaparates cuando pasamos por delante, y solo hemos entrado una vez, para encontrar el vestido de invitada para la boda de Susan. Me dejé el sueldo de un mes y medio, y por ella volvería a hacerlo. En cambio, no estoy segura de si para esta fiesta de los Stallions estaría dispuesta a un gasto semejante.

—Susan, ¡cuestan un dineral! —me quejo sin mucha gana. No me importaría pasar la tarde allí, probándome su ropa, aunque luego no me lleve nada.

—No te preocupes, está controlado. Hace unos meses lanzaron un programa de préstamo, que es mucho más barato.

Y eso es todo lo que necesito para dejarme arrastrar al mundo de opulencia en el que mi amiga planea sumergirnos.

Cuando llegamos a la puerta, un portero de traje azul marino nos saluda con la mirada. Detrás de él hay un chico joven sentado en una mesa alta, con un portátil que muestra el logo de Aurum Noire en su tapa.

—Buenas tardes, señoritas. ¿Tenían cita?

—Susan Waltz y Nora Ellis —dice mi amiga con solemnidad.

—Claro, aquí os tengo. Ya está todo preparado. Margot os espera dentro. —El chico nos sonríe y se levanta de su silla para abrirnos la puerta de cristal y dorado.

En un instante, me arrepiento de haber accedido a este plan. Susan ha venido con un conjunto muy sofisticado, toda de negro y con unos tacones de infarto. Yo no tenía ni idea de nuestro plan y he venido con mis vaqueros lavados y la camiseta del '78 de los Stallions. Es de las mejores que tengo, pero no lo suficientemente elegante para el local en el que entramos.

Al cruzar la puerta, me llega un olor a orquídeas. Estoy segura de que es esa flor, pues está a ambos lados de la entrada, cubriendo cada centímetro de las paredes.

Más adelante se abre un espacio enorme, con una mesa redonda con más orquídeas blancas sobre ella, y una lámpara de cristal demasiado grande para pasar desapercibida.

Hay distintos percheros llenos de ropa alrededor de la estancia y, frente a nosotras, dos escaleras haciendo curva, una a cada lado del salón, que van hasta el piso de arriba, donde están los probadores.

Todo está envuelto en cristal, oro, espejos y orquídeas, y vuelvo a sentirme fuera de lugar con mi querida y antigua camiseta.

Decido al menos arreglarme un poco el pelo y, cuando aún estoy en ello, llega Margot para atendernos. Va vestida con un traje de chaqueta y falda en azul marino, y nos saluda con gesto amable. El pelo le cae perfectamente liso a ambos lados de la cara. Se está presentando mientras yo tengo todavía los brazos en alto, terminando de dar vueltas a la goma alrededor de mi recogido.

Mi amiga le cuenta lo que estamos buscando, y me entero entonces de que ella también va a probarse vestidos.

—No voy a perder la oportunidad —me susurra cuando seguimos a la dependienta alrededor de la sala—. Además, aún te puedes replantear lo de invitarme.

—Ya, para que me prepares más escenas como la de antes.

—Solo he hecho lo que cualquier buena amiga haría —me responde orgullosa.

—Creo que en realidad quieres decir *enemiga* —replico, consiguiendo que me saque la lengua.

Margot empieza a mostrarnos opciones, y yo pronto me quedo de espectadora mientras ella y Susan deciden qué me voy a poner en la fiesta de los Stallions. Lo prefiero así. Únicamente tengo que contenerlas si escogen algo más atrevido de la cuenta. Sé que mi amiga buscará la mínima oportunidad.

—¿Y este? —Aparece detrás de mí cuando reviso una de las perchas. Trae un vestido negro con mangas de encaje. Es precioso, demasiado para alguien como yo. Llamaría mucho la atención, y no me interesa en absoluto. Además, tiene un pequeño gran problema justo delante.

—No, nada de escotes —le digo recorriendo el dedo por la enorme abertura que debe llegar hasta la cintura—. Voy a trabajar, ¿recuerdas?

Mi amiga lo mira por un momento, y luego me lo pone por encima.

—Pues yo creo que a Tyler le gustaría.

La velocidad a la que llega el rubor a mis mejillas es absurda. Aparto el vestido que sujeta delante de mí y me giro de vuelta al perchero que estaba revisando.

—Con más razón —respondo, sin saber exactamente lo que quiero decir.

Susan se apoya en el perchero y no deja de observarme, por más que trato de ignorarla.

—¿No quieres gustarle? ¿O no quieres admitir que a ti también te gusta? —Cometo el error de mirarla durante un segundo. Después, vuelvo a esconderme entre la ropa frente a mí, sin decir nada. Ella se pone a pasar ropa del perchero y me da un pequeño empujón—. Te prometo que no diré «te lo dije», aunque me muera de ganas.

—Susan, es mi compañero de trabajo… más o menos —digo, en parte para recordármelo a mí misma.

—Con ese «más o menos» basta.

—¿Basta para qué? —Finalmente la miro extrañada, perdida en nuestra conversación —Para que te lo tires en la fiesta.

Mis ojos se abren sorprendidos ante lo que acabo de escuchar. Entonces, las imágenes que han inundado mi cabeza hace unas horas, vuelven a reproducirse en ella sin control.

—¡Ay, por Dios! —Doy un bote, preocupada porque mi amiga sea capaz de leerme la mente en este momento—. Sigue buscando —le ordeno—, ¡y nada de escote!

—Yo solo digo que él lo que quiere es verte a ti en la fiesta.

Por suerte no se percata de lo que sus palabras están provocando en mí.

Continúo pasando vestidos nerviosa, sin atreverme a levantar la vista de ellos. Mi corazón se mueve incontrolable en mi pecho mientras el recuerdo del brazo de Tyler alrededor de mi cintura entrecorta mi respiración.

—Susan, por favor, deja de decir tonterías —susurro junto a ella para que nadie nos oiga, y porque no estoy segura de poder hablar más alto sin que me tiemble la voz—. Es Tyler Kelscot —le recuerdo. Me recuerdo.

—Ya sé quién es. Y también sé que es un hombre, y que tú eres preciosa, y que está pirado por ti… —responde muy segura de sus palabras.

—¿Sí? No me digas —digo tan fría como puedo—. ¿Y qué te ha dado la pista? ¿Que no me soporte? ¿O que no quiera saber nada de mí? O puede que sean todas las rubias con las que se lía cada finde. —Mi propio discurso es lo que necesito para recordar mi verdadero lugar en el equipo y con los jugadores, incluido Tyler Kelscot. Pero no es suficiente para mi amiga.

—Venga, lleva semanas sin ningún lío de faldas, ¿no? —intenta.

Me giro hacia ella, olvidando los vestidos y mis nervios. Que no haya salido en los medios no significa que haya dejado de ver a chicas. La noche del casino estaba con Tanya, y se lo veía muy cómodo con ella sobándole todo el cuerpo. No pienso dejar que Susan me convenza.

—¿Qué puedo hacer para que dejes el tema? —pregunto desesperada.

Sé que ha sido una mala pregunta cuando veo la cara de mi amiga se ilumina.

—Podrías admitir que a ti también te gusta, por ejemplo.

Contengo mi sonrisa apretando los labios.

—Eso no te haría callar.

Susan se ríe frente a mí.

—Vale, no. Pero al menos podríamos hablarlo juntas. Estoy un poco cansada de este monólogo —se queja poniendo morritos.

Yo me vuelvo hacia los vestidos, dándome cuenta de que llevo diez minutos delante de ellos y aún no he mirado ninguno.

—Siempre puedes callarte —le ofrezco.

Mi amiga parece hacerme caso durante un breve momento. Más tarde, suelta un profundo suspiro que no me augura nada bueno.

—Y yo que pensaba que éramos amigas y nos lo contábamos todo… —empieza a sollozar—. Hasta he pedido cita aquí para encontrarte el mejor look para la fiesta. Supongo que ninguna relación es cincuenta cincuenta. A pesar de la ilusión con la que…

—¡Vale, bien! —accedo con tal de hacerla callar—. Puede que… me parezca guapo. Tampoco es que sea ciega.

Supongo que no pasa nada por reconocerlo. Es lo que piensan todos, al fin y al cabo. Es el soltero de oro del país, y lo es por algún motivo. Si así mi amiga me deja tranquila, puedo admitirlo.

Pero compruebo, demasiado tarde, que estoy muy equivocada, pues le he dado el motivo perfecto para seguir mareando con el tema.

—¡Ja! ¡Lo sabía! —grita de pronto.

Se hace el silencio en la tienda, y todas las personas que están a nuestro alrededor se giran hacia nosotras.

Yo me escondo tras el perchero una vez más.

—Creía que no ibas a decir «te lo dije».

—Y no lo he dicho —responde encogiéndose de hombros.

Me quedo sin saber qué más está a punto de decirme, pues llega Margot con algunos vestidos que ha ido a buscar, y empieza a enseñárnoslos. Les echo un vistazo, notando cómo mi tripa se revuelve cuando me imagino a Tyler viéndome vestida con alguno de ellos. Seguramente estaría más guapa que nunca, pero la fiesta no es para mí. Yo voy a trabajar. Deberíamos estar buscando algo sencillo, que no destaque, y cómodo, para todos los paseos que intuyo que me voy a dar.

Mientras Margot y Susan están adorando uno en tul verde agua, con demasiadas lentejuelas en el escote y la cintura, me pregunto por qué se me ocurriría la idea desesperada de una fiesta. Es cierto que ha funcionado con los medios, desviando la atención de las filtraciones de contratos. Sin embargo, me ha metido en un lío en el que no quiero estar.

Cuando regreso a la conversación, escucho a mi amiga desechando los vestidos, pese a lo bonitos que son, y le pide a Margot otros sin escote. Al menos, no tendré que preocuparme de eso.

—¿Por dónde íbamos? Ah. que era el hombre más guapo con el que habías trabajado, ¿no? —Susan se cruza de brazos a mi lado, y yo salgo huyendo en busca de otro perchero. Aun así, no consigo escapar de ella; me persigue como si fuera mi sombra.

—Íbamos por: «Eso no cambia nada». Él sigue siendo Tyler Kelscot, y yo… —No sé muy bien cómo seguir, así que simplemente me señalo a mí misma—, Nora. —No soy nadie al lado de Tyler. No tengo nada que ofrecer. Y tampoco es que quisiera hacerlo, ¿no?

Susan tira de mi hombro para que me enfrente no solo a ella, sino a mis palabras. Es bastante dura cada vez que yo lo soy conmigo.

—¿Cómo que «Nora»? —dice mi nombre exagerando mi tono de voz—. ¡Eres Nora! Nena, eres brillante, guapa, maravillosa y especial. Eres la maldita jefa de comunicación más joven que ha habido en un equipo de la NFL, ¡y encima lo estás haciendo genial! Eres un partidazo, ¿me oyes?

Me sujeta por las mejillas para que su perorata me entre en la cabeza, pero cada cosa que oigo, mi cerebro lo rebota con un «No» que no digo en voz alta. Aprendí a callar lo que pienso hace mucho; pero nunca aprendí a silenciarlo.

—Ya, pues yo prefiero no hacerme ilusiones. —Me escapo de su agarre y busco otro perchero.

—Pero es que… —Se mueve detrás de mí—. ¿Por qué ni siquiera estás abierta a la posibilidad?

—¿No es obvio? No quiero tener un enamoramiento platónico y luego sufrir con cada chica que vaya intercambiando.

—¿Y si no es platónico? ¿Y si le gustas de verdad? Y no solo para un rato. Venga, si hasta se preocupa porque comas.

—Susan. —La freno de nuevo antes de que coja carrerilla—. Eso no es así, ¿vale? Los jugadores hacen esas cosas, ya está. A los famosos les gusta caer bien.

—¿Pero y si fuera real? —me pregunta desesperada.

Me quedo en silencio pensando en su pregunta. Puedo responder zanjando el tema, o puedo dar rienda suelta a mi imaginación. Y de esta última me sobra, como he podido comprobar esta tarde.

—En un hipotético caso… —continúa Susan ante mi silencio.

Decido la peor de las opciones mientras aprieto los labios tratando de esconder mi sonrisa. En el fondo no quiero dejar de hablar de

Tyler, por mucho que trate de negar lo que me hace sentir.

—En ese hipotético caso, puede que buscase un súper vestido para la fiesta.

En un instante, me encuentro sola frente al perchero. Mi amiga ha dado un chillido que ha debido reducir mi nivel auditivo en un veinte por ciento por el resto de mi vida, y ha salido corriendo en busca de Margot. La veo hablando con ella, sin parar de mover los brazos y darle indicaciones que no sé si quiero escuchar.

Yo sacudo la cabeza y me escondo tras los infinitos percheros llenos de ropa demasiado elegante para mí.

Al ver el negro con mangas de encaje que me enseñó hace un rato, me quedo observándolo. Mi cabeza vaga imaginando qué traje escogerá Tyler para la fiesta. Como se ponga un esmoquin, tal y como hizo para los Sideline, estoy perdida. Ya me costó bastante no quedarme babeando cuando esperaba a que se subiera a mi coche aquella noche.

—Veo que vienes dispuesta a todo —escucho una voz masculina a mis espaldas.

Me giro rápidamente y encuentro a Riley, el agente de Tyler. Lleva varias bolsas en el brazo. Supongo que trajes para su jugador. Me dan ganas de abrirlas para ver qué ha escogido en esta ocasión y así salir de dudas, pero finalmente consigo poner mi atención en nuestra charla.

—¡Hola, Riley! Miraba algo para la fiesta —digo apresuradamente, soltando el vestido negro, que se queda tambaleándose en el perchero.

Él se acerca a la ropa y separa el vestido. Luego, es a mí a quien dirige sus ojos, y me pregunto si verá mis mejillas rosadas, fruto del calor que me sube a la cara.

—Sí, con este seguro que lo consigues.

—¿El qué? —pregunto confusa.

—Acostarte con Tyler —me dice de sopetón, dejándome congelada en mi sitio—. Le gustan los escotes —continúa, pasando una mano lentamente por la abertura del vestido que aún permanece colgado.

Ese único gesto me da el asco suficiente como para querer salir de allí. En cambio, me he quedado atascada con sus palabras, y con mi corazón desbocado en un torbellino que me ahoga.

—Eso no... Yo no...

El agente se acerca a mí, que sigo luchando por hablar y respirar al mismo tiempo.

—Escúchame, guapa. —Riley abandona su cordialidad cuando me mira y se aproxima un poco más—. A Tyler lo dirijo yo, ¿me oyes? —dice con una dureza que nunca había usado conmigo—. Soy yo quien lleva su carrera, no tú. Soy yo quien dice a dónde va, lo que hace, dónde juega y a quién demanda. Y me importa una mierda que consigas meterte en su cama. Serás una más. Pasará de ti y volveré a ser yo quien dirija el cotarro. Así que no te confundas. Al final, gano yo.

Se aleja de mí para observarme y comprobar si he pillado el mensaje, cosa que sí he hecho.

Mis manos tiemblan a ambos lados de mi cuerpo y aprieto los puños en un intento de tranquilizarme. O, al menos, de disimularlo.

—Yo no...

Maldita sea, mi cerebro sigue retenido en aquella frase, y no puedo responder antes de que Riley me interrumpa de nuevo.

—Te lo dejé pasar la última vez. No habrá más. Solo tengo que chasquear los dedos para sacar a Tyler de aquí. Seguro que publicando sobre Hunter tienes el mismo éxito, con lo buena e inteligente que eres.

Llegados a ese punto, me arden los ojos, pero no pienso dejar que me vea llorar.

Por suerte, llega Susan para salvarme.

—¿Necesitas algo? —pregunta de forma seca al agente, posicionándose a mi lado.

Quizá haya podido esconder mi malestar a Riley, pero sé que no lo he conseguido con ella.

Él la mira de arriba a abajo, a lo que mi amiga responde cruzándose de brazos, y me pregunto qué clase de lucha silenciosa están teniendo.

Luego, Riley cambia el gesto y el tono.

—No, ya me iba. Un placer verte, como siempre, Nora.

Se despide de mí como si nada de lo que me ha dicho en los últimos dos minutos hubiera salido de su boca.

—¿Nora? —me llama mi amiga cuando el agente deportivo ya ha desaparecido por la puerta de la tienda.

Yo me quedo en silencio. Ahora mismo no puedo hablar sin llorar, y sé que si Susan empieza a tirarme de la lengua voy a terminar haciéndolo. Así que me quedo quieta, tanto como soy capaz, y parece que ella lo entiende. En momentos así, me encanta que podamos comunicarnos sin decir nada.

—Margot ya ha preparado la ropa. —Aprieta mi mano y nos lleva al segundo piso.

Según subimos, procuro no verme reflejada en los espejos que acompañan a las escaleras. De repente, probarme vestidos no me apetece en absoluto, pero todavía necesito algo para la fiesta y, sobre todo, no quiero echar a perder la tarde de mi amiga.

Después de un rato, soy capaz de fingir que no ha pasado nada, y ella finge que estoy bien. Incluso llego a reírme.

Únicamente le hace falta probarse tres opciones imposibles y ridículas para conseguir una carcajada mía. A partir de ahí, todo es más fácil.

No tardamos en escoger un vestido precioso en el que me veo guapa, cómoda, y que es lo suficientemente sencillo como para no llamar la atención. Además, el color es perfecto y, en cuanto me vi con él, tuve claro el accesorio que lo acompañaría.

Al pensar en ello, un suave calor recorre mi cuerpo.

Puede que la fiesta no vaya a estar tan mal, después de todo.

#19

13:46

Veo cómo Nora sale disparada por la puerta arrastrando a su amiga con ella. Susan se despide con un gesto de disculpa, pero apenas le presto atención. Mi mirada se queda clavada en el recogido deshecho que desaparece a lo lejos por el pasillo.

Por una vez, me alegro de que este edificio tenga las paredes de cristal, porque me permite verla un poco más.

Pero incluso después de perderla de vista, no me muevo de la sala.

Mi cabeza sigue atrapada en el momento en que sujeté a Nora. No sé por qué lo hice, solo que no quería que se fuera. Al menos no tan rápido. Acababa de llegar cuando apareció su amiga, y esperaba tener más tiempo para hablar con ella. De la fiesta, del

entrenamiento, del acosador... La verdad es que no tenía muy claro el tema de hoy, y estaba deseando ver con qué me sorprendía.

Su cara de fastidio al verme fue suficiente para hacerme olvidar el dolor de mis músculos tras el entrenamiento, y la forma en la que trata de contener la sonrisa sin conseguirlo me resulta adictiva. Siempre espero conseguirla.

Quizá por eso me he acercado cada día a llevarle más sándwiches de los que se come.

No sé cuánto tiempo he pasado allí paralizado, recordando el tacto de su piel, cuando el móvil empieza a vibrar en mi pantalón.

> **NÚMERO OCULTO:**
> Sala de vigilancia. 13:46.

Respiro profundamente, debatiéndome entre soltar un grito o golpear algo. Cualquier cosa que no sea moverme o hacer caso al puto mensaje.

Miro la hora. Son pasadas las dos, así que no podría llegar puntual ni queriendo. ¿Por qué me mandaría eso entonces?

Joder, el buen humor que tenía se ha esfumado de un plumazo.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y emprendo mi camino hasta la sala de vigilancia.

Decido que, en cuanto termine con esto, bloquearé sus mensajes, como obligué a hacer a Nora.

Según me acerco al cuarto de los vigilantes, compruebo de lejos que no hay nadie.

Me acerco a la mesa de Norman, que tiene la pantalla encendida, y me fijo en el vídeo pausado que muestra. Es la imagen de un despacho, aunque no estoy seguro de haber estado en él antes. Para mí todos son iguales. Por lo que sé, podría ser el despacho del mismísimo presidente Radford, salvo porque él mismo me dijo orgulloso que en el suyo no había cámaras.

Miro la barra de tiempo: 13:46. A esto se refería el acosador.

Vuelvo a otear a mi alrededor y, al verme solo, respiro hondo y doy al *play*.

No tarda en aparecer una sombra. Se mueve alrededor de la pantalla, y mis ojos se entrecierran mientras trato de descubrir quién es y lo que hace. La forma de moverse me resulta familiar, si bien es su tamaño lo que me hace sospechar. ¿Un monstruo de doscientos kilos y dos metros de alto? Si no es un jugador, no tengo ni idea de quién puede ser, porque el jefe de seguridad es alto y grande, pero no tanto.

Empieza a dolerme la cabeza de forzar la vista. No entiendo para qué ponen sistemas de seguridad si luego se ve todo fatal. Es imposible saber quién es con esa poca nitidez. Puedo entender que está buscando algún documento en la estantería del fondo. Después de un rato, encuentra la carpeta que necesita y la lleva al escritorio, a la derecha de la imagen.

Empieza a pasar las páginas, buscando algo en concreto.

—¡No me jodas! —soy incapaz de contener mis palabras cuando la sombra mira a sus espaldas y deja que la cámara capte su rostro a la perfección. Hunter. El puto Nate Hunter. Y me hago a la idea de qué es lo que está buscando en esa carpeta. Cuando comprueba que no hay nadie cerca, vuelve a girarse hacia ella y saca el móvil para hacer unas fotos. Después, guarda la carpeta en su sitio y sale de allí.

¿Será gilipollas? ¿Es que el imbécil no ha visto la de cámaras que hay en este sitio?

Paro el vídeo y pienso en qué hacer. Si Norman ve esto, el idiota no llega ni a la fiesta del sábado. Lo largan en un instante del equipo. Y se lo merece, visto la que ha liado. Sin embargo, no puedo evitar pensar en el marrón que va a ser controlar los medios con una historia así. Ya tenemos bastante atención con el soplo de mi contrato como para desvelar que ha sido otro jugador el que lo ha aireado todo. Me imagino los titulares, y la de mierda que le va a caer a Nora.

Ese pensamiento me basta para saber mi siguiente paso.

Conecto mi teléfono al ordenador y me descargo el vídeo.

No voy a ocultar lo que ha hecho, pero no puede salir ahora a la luz. Nora apenas se mantiene en pie con lo que le obligo a comer.

Cuando termina de copiarse, lo borro del ordenador. No sé qué coño estoy haciendo. Por esto mismo debería haber bloqueado el número y haberme ido a comer.

Echo la cabeza hacia atrás, regodeándome en el embrollo en el que acabo de meterme.

Por supuesto, todo lo que he hecho queda registrado en las cámaras que hay aquí, por lo que tengo que solucionar el problema antes de que me descubran.

Mi móvil vibra de nuevo, y me planteo durante un momento si encender la pantalla o no. Finalmente lo hago, con mi condición autoimpuesta de que debo hacer caso omiso al mensaje que me mande el acosador.

> **NÚMERO OCULTO:**

> ¿Más problemas?

Me quedo contemplando la frase, releyéndola una y otra vez. Joder, puto pirado. Con cada lectura me cabreo un poco más.

Borro todo rastro de lo que he estado haciendo allí y desaparezco rápidamente. No necesito otro escándalo a mi alrededor.

#20

¿QUÉ COÑO ME PASA?

Estiro mis músculos y aguardo a que el último sándwich caiga a la bandeja. Estoy destrozado.

Cuando lo recojo, aún tardo un momento en decidir qué hacer con él. El plan era fácil: llevárselo a Nora, que, como de costumbre, no está en la cafetería con su equipo. Dejárselo en la mesa y disfrutar de su cara de fastidio mientras espero a que se lo coma y me suelte alguna bordería.

Luego, recuerdo la visita de ayer: a Nora atrapada en mi abrazo, girándose sobre sí misma, tan cerca de mí que podía contar cada una de las pecas en su rostro.

No sé ni cómo pude recordar el tema de la comida, porque lo único que veía eran sus ojos marrones esperando, no sé muy bien a qué. Me miraba de una forma que parecía colarse en mi interior, escuchando cada uno de mis pensamientos.

Cuando mis dedos apretaron levemente su cintura, sabía que tenía que apartarme. En lugar de eso, se me ocurrió acariciar su labio. Ni siquiera había una miga en él que limpiar.

Todavía lo siento, suave y rosado, bajo mi dedo.

Y, de pronto, me vi agachándome sobre ella, capturando su boca con la mía. Un deseo apenas refrenable de descubrir su sabor me inundó en un momento. Quería saber cómo sería besarla. Joder, no sabía que tenía tantas ganas de hacerlo. De esconder mi mano en los mechones que siempre se escapan de su recogido. De rodear su cuello y comprobar si desprende tanto calor como recuerdo de la noche del casino.

¿Qué coño me pasa?

En teoría solo me acerqué a comprobar que sus ojeras no estaban tan oscuras como otros días y a hacerla rabiar. No a acabar enganchado a ella, suspirando por que se quedase un rato más junto a mí.

Llego a la conclusión de que no debería volver, porque en cuanto su perfume me alcanza, empiezo a perder la cordura y mi cabeza vaga con imágenes que no se asemejan a la realidad.

Sin embargo, mis pies ya están moviéndose en dirección a su departamento. Es como si algo en mí me gritara que necesito verla. Un rugido silencioso que se conformaría con verla de lejos, enrollando su pelo alrededor del dedo índice mientras se pierde en su trabajo.

Según me acerco, puedo verla a través de las paredes de cristal. De nuevo se ha quedado sola, y me pregunto si evita ir con sus compañeros a comer para darme la oportunidad de visitarla, o si es que de verdad se olvida de la comida cuando se concentra en su trabajo, que me parece lo más probable.

—Eh, Kelscot, ¿qué haces aquí fuera? —El videógrafo del equipo, Chris, surge a mi lado y me da una palmada en la espalda. Otros tres chicos que no conozco esperan a su lado.

Joder. Me he quedado embobado mirándola y no me he dado cuenta de que sus compañeros se acercaban por el pasillo.

—¿Qué pasa? —lo saludo torpemente devolviéndole la palmada—. Venía a traerle esto a la jefa, pero ya que estáis aquí… —Le paso los sándwiches acobardado.

—¿La estrella del equipo de repartidor?

—Es difícil ganarse su favor, y mi agente me está quemando la cabeza con que necesito una buena campaña. Sobre todo, tras la última liada.

Chris se ríe frente a mí.

—Sí, aquí no nos aburrimos. Venga, pasa y dáselos tú.

—Déjalo —lo detengo cuando echa a andar—, me vuelvo al entrenamiento. Aún me faltan unas cuatrocientas dominadas que pagar.

Me despido rápidamente, antes de que mi mirada se pueda cruzar con la de Nora, y salgo de allí.

No sé qué me ha dado para huir de esta manera. No es que me dé vergüenza hablar con ella delante de gente. Ayer casi la beso en frente de su mejor amiga, y no tengo muy claro qué fue lo que me

frenó, porque desde luego que no fue Susan. Desapareció de mi cabeza en cuanto Nora entró en ella. Solo era capaz de sentir su cuerpo junto al mío, y nada más.

Sigo avanzando por el pasillo y me dirijo al gimnasio, donde ya hay unos cuantos dándose caña.

A pesar de que el entrenador no ha llegado todavía, no tardo en ponerme a trabajar. Lo que sea con tal de frenar el torbellino que tengo en la cabeza y que amenaza con noquearme. Me arrepentiré en cuanto lleguen los entrenadores físicos.

Dos horas más tarde, como esperaba, lamento haber empezado con tanta fuerza cuando nadie me lo pedía. Mis músculos están ardiendo, y, aun así, no pienso en parar. De este modo el dolor es lo único que me ronda la cabeza. O casi lo único.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta Trainor desde la silla de al lado.

Su comentario hace que me dé cuenta de que llevo toda la sesión pendiente de la puerta del gimnasio.

—Sí. A tu madre —respondo de mala gana mientras vuelvo a tirar de la polea, haciendo que mi bíceps derecho se estremezca de dolor. Suelto y vuelvo a tirar, con tal de no pensar en lo estúpido que soy mirando a la entrada, esperando que ella aparezca.

—Que te jodan —me responde antes de levantarse y buscar otra máquina, y otro compañero más agradable.

Johnson, frente a mí, se ríe, pero no hace ningún comentario. Sigue destrozándose los deltoides en su máquina.

No sé si el cabreo me viene porque me vean desesperado, o porque realmente me siento así. Soy incapaz de quitarme la imagen de Nora de la cabeza. Y eso me molesta. Mucho.

—Creo que ya ha llegado la madre de Trainor —dice Johnson pasado un rato, antes de alejarse en busca de otra máquina.

En un instante, mi atención está en la puerta del gimnasio.

Frente a ella, Nora escanea la sala, y mi corazón da un pequeño vuelco pensando que puede ser a mí a quien busca. El vuelco se repite cuando sus ojos capturan los míos y, por un momento, se quedan congelados.

Me encanta la camiseta que lleva hoy. Es de las más feas que han tenido los Stallions en sus sesenta y cinco años de historia, y también es de las primeras que tuve cuando era niño. Mi abuelo Harlan me la regaló con seis años, después de que los Stallions se clasificaran para la Super Bowl aquella temporada. Mi madre le tenía prohibido regalarme nada, y él se las apañó diciendo que se la había encontrado en el parque, sin dueño. La etiqueta colgando de mi espalda lo delató, pero al final pude quedarme con ella.

Es de un terrorífico morado, que nunca ha sido un color de los Stallions. A los diseñadores se les debió ir la olla esa temporada.

Y, sin embargo, viéndola sobre Nora, no me resulta para nada horrible.

Me pregunto si podrá hacer eso con las peores camisetas de los equipos, y corto el hilo de mis pensamientos antes de que empiece a imaginar distintas camisetas sobre ella.

Vuelvo a observarla según se mueve por el gimnasio. Se para a hablar con algunos jugadores que la saludan, incluido Kylen Blaze. De pronto, olvido el ardor de mis bíceps cuando tiro de la polea con más fuerza de la necesaria, haciendo tambalear la máquina frente a mí.

Trato de consolarme pensando que son cosas de trabajo, al igual que si viniera a hablar conmigo.

Finalmente, se acerca hasta donde estoy y yo hago lo imposible por mantenerme templado.

—¡Hola! —me saluda, posicionándose a mi lado. Su voz dulce, con un toque de timidez, me envuelve en un segundo.

—Jefa —digo mientras continúo tirando. ¿Por qué no paro? Debe pensar que soy un presuntuoso. Aunque, en realidad, es lo que siempre ha pensado de mí.

Por el rabillo del ojo veo cómo titubea y en sus manos mueve una bolsa de papel.

—¿Qué llevas ahí? —Suelto la polea haciendo que dé un golpe al volver a su sitio, y Nora pega un salto. Me giro hacia ella, y estoy a punto de cruzar los brazos hasta que el dolor me hace ver que no es muy buena idea ahora mismo.

—Bueno, como… Como hoy no has venido… —Está nerviosa. No consigue decir una frase completa, y todavía no me ha mirado a la cara. No sé qué es lo que la inquieta.

Lo único que me viene a la cabeza es que lo de ayer en su departamento no fuera solo fruto de mi imaginación.

—Me echabas de menos —digo sin contener mis palabras. ¿Qué pasa conmigo? ¿Así es cómo voy a tranquilizarla? Tengo la costumbre de atacar cuando me siento acorralado. Aun así, por muy nervioso que esté yo mismo, no puedo ponérselo peor a ella. No, si quiero descubrir qué ocurrió en realidad antes de que saliera huyendo el día anterior.

—¿Qué? —dice, casi atragantándose. Sus pecas han alcanzado un tono rojizo imposible. Echa un rápido vistazo a su alrededor, y me alegro de que Johnson decidiera darnos un poco de intimidad.

—Que hoy no te he llevado el sándwich y me echabas de menos —le explico con una sonrisa demasiado cabrona. En serio, debería cerrar la boca, pero no puedo evitarlo. Me encanta el rubor de sus mejillas cuando me meto con ella.

—De eso nada —me dice tan indignada y ofendida como es capaz. Sus cejas se unen ligeramente en un intento absurdo de mostrarse enfadada.

Doy un paso hacia ella, que está demasiado molesta como para mostrar debilidad, y se queda plantada en el sitio, por lo que estamos más cerca de lo que deberíamos. Especialmente en un espacio tan concurrido como lo es el gimnasio. Sin embargo, no veo nada a nuestro alrededor. Todos mis compañeros de equipo han desaparecido para mí.

—Admítelo —le ordeno, sabiendo que eso va a encenderla aún más. Aprendí hace tiempo que no es el mejor camino para conseguir algo de ella.

—No pienso admitir nada —me dice, y aprieta sus labios con fuerza.

Su mirada recorre mi cuello por un momento antes de volverse con brusquedad hasta mis ojos, y mantenerse firme sobre ellos.

—¿Qué haces aquí entonces? —pregunto divertido. Siempre tiene respuesta para todo, por más que la presione.

—Te traía los dos sándwiches que me han sobrado, como cada día —me explica, tendiéndome la bolsa de papel.

La observo antes de volver a concentrarme en ella.

—Serás orgullosa…

—Y tú un idiota —me responde al segundo y, de pronto, me inunda el deseo de hacerla callar con mis labios sobre los suyos.

Mi silencio es suficiente para que la conversación se quede en el aire durante un momento en el que nos miramos intensamente.

Luego, resoplo y me paso la mano por el rostro, cerrando mis ojos antes de que se desvíen hasta su boca. El recuerdo de su labio bajo mi dedo me asalta mientras hace que la piel se me ponga de gallina a medida que una extraña corriente se pasea por mi cuerpo.

La agarro de la muñeca y tiro de ella.

—Ven conmigo —digo, aunque no le doy opción a decidir hacerlo, porque la arrastro junto a mí hasta quedar escondidos detrás de las pesas de la máquina.

Estamos en un gimnasio con más espejos que paredes y es difícil esconderse, pero, al menos, voy a intentar no meter la pata delante de todo el mundo.

—¿A dónde… a dónde vamos? —me pregunta en un susurro que ahoga cuando entiende cuál es mi intención.

Echa un vistazo a su alrededor para comprobar que estamos ocultos, y cuando se gira hacia mí, sus mejillas delatan su nerviosismo.

Me acerco a ella un poco más, apoyando mi brazo en la máquina que tiene detrás, por encima de su cabeza, como ya hice hace un tiempo, cuando quería intimidarla. No es lo que quiero ahora.

—Tyler… —dice mi nombre como una súplica, y su perfume floral vuelva a alcanzarme.

—Quiero evitarme más dominadas. Todavía tengo unas cuantas pendientes por lo de Hunter —le aseguro, escondiendo el verdadero

motivo—. ¿Has comido el tercer sándwich? —pregunto. Sé que lo ha hecho, y no termino de entender por qué. No estaba allí para obligarla.

—No quería interrumpir tu entrenamiento. Iba a dejarte la bolsa y ver que estaba… —Sus palabras se apagan cuando sus ojos alcanzan los míos.

—¿Ver que estaba todo bien? —termino su frase. No sé cómo ni por qué, mi mano ha subido hasta su cintura y el recuerdo de mi brazo rodeándola se lanza contra mi cabeza, dejándome fuera de juego—. Hoy tenía lío de entrenamiento, nada más —miento.

Esa debería haber sido la razón real de no llevarle los sándwiches, y no el intentar poner distancia entre nosotros después de lo que pasó ayer. Una distancia que, ahora me doy cuenta, no quiero crear entre nosotros. De hecho, quiero que haya menos espacio, que nuestros cuerpos se encuentren más allá de mis dedos en su cintura. Y estaría dispuesto a pagar mil dominadas más si me encontraran con ella ahora.

La boca de Nora se abre, y no debería estar mirándola, y menos fantaseando con su suave tacto bajo mi dedo. Aun así, lo hago. Me imagino alcanzando su cuello blanco, ya sin marcas, acariciándolo suavemente antes de recorrer su mentón y descansar sobre sus labios. ¿Se alejaría de mí si lo hago? ¿O ha venido en busca de lo que dejamos ayer a medias?

—¿Qué tal va la fiesta? —pregunto, esperando darle la oportunidad de reaccionar, de poner un poco de cordura en lo que sea que está pasando entre nosotros, porque yo no puedo creer que me lo esté imaginando.

Ella pestañea varias veces para centrarse y toma aire.

—Bien. Ya… Ya está todo preparado —consigue decir.

—¿Sabes? Suelo odiar este tipo de fiestas, aunque tengo ganas de esta —le digo recuperando mi sonrisa y la picardía que tanto le molesta.

—¿En serio? —pregunta extrañada—. Tenía entendido que te encantaban las fiestas.

—Las fiestas sí, los paripés no.

—Bueno, puede que te sorprenda. Nunca has ido a un *paripé* organizado por mí —dice, recalcando la palabra que tanto la ha ofendido, pero segura de sí misma. Empiezo a ver lo fuerte que se muestra en el trabajo. No hay intimidación que valga con ella en ese ámbito.

—¿Por qué no llevas a Susan a la fiesta? —quiero saber, y sé que la he pillado desprevenida cuando abre la boca y no dice nada.

—Em… Voy… —titubea—. Voy a estar ocupada.

—¿La fiesta no era para todos? —recuerdo sus palabras cuando le pregunté si asistiría.

—Sí.

—Menos para ti.

—Para mí es trabajo. Fue mi idea para solucionar todo lo de la filtración de tu contrato.

La rabia me recorre lentamente mientras recuerdo el causante de todo el lío: Nate Hunter. Sin él no habría fiesta, y Nora tampoco estaría cada día al borde del colapso por tener que solucionar el problema que se creó.

Aún no he decidido el momento en el que voy a contárselo y, a pesar de que le prometí que investigaríamos juntos, no dijimos

cuándo. Podemos hacerlo más tarde, cuando las aguas estén más calmadas.

Me quito esa historia de la cabeza y procuro centrarme en la chica que tengo delante.

—¿Al menos tendrás tiempo para cenar? ¿O sigue en pie lo del sándwich? —pregunto, haciendo brillar mi mejor sonrisa, que veo que no pasa desapercibida para ella.

—Creo que sacaré tiempo para cenar. —Me sonríe con sus labios apretados, consiguiendo que el pequeño hoyuelo de su mejilla derecha aparezca suavemente.

—¿Y para bailar? —digo, acercándome un poco más a ella. No sé si de forma intencionada o no, mi mano se mueve sobre su cintura, de donde no se ha despegado en el rato que llevamos hablando.

Los ojos de Nora se abren un poco más, pese a su esfuerzo por mantenerse serena. Si alcanzase su cuello, podría notar su pulso acelerándose. Pero, por el momento, solo puedo imaginarlo al escucharla respirar profundamente.

—Susan parecía preocupada —le digo en un susurro. No sé cuándo me he acercado tanto a ella que no necesito alzar la voz.

—Bueno, no... No creo que... —apenas murmura mirando mi boca.

Joder. No debería estar haciendo eso. Y yo no debería estar agachándome hacia ella, mirando la suya, moviendo mi mano hacia su espalda, recorriéndola lentamente a medida que su olor perfumado termina de embriagarme. La calidez de su cuerpo llega hasta mi brazo, donde se apoya, calmando el dolor de mis bíceps con su tacto, convirtiéndolo en algo más desesperante.

—Yo creo que deberías hacerlo. Por tu amiga —suspiro contra sus labios.

Entonces, un grito me detiene antes de que pueda presionarlos con los míos.

—¡Vamos, cabrón! —alguien vocifera y, un segundo más tarde, vítores y aplausos inundan el gimnasio, rompiendo la burbuja que Nora y yo habíamos creado a nuestro alrededor.

Se escucha un golpe de unas pesas lanzadas contra el suelo, y la sala estalla en gritos animando a Blaze, que está siendo palmeado por todos. Debe haber conseguido alguna marca.

Cuando vuelvo a fijarme en Nora, la encuentro más alejada de mí, apoyada todavía sobre mi brazo. Su mirada, en cambio, está fija en el novato, al que todos felicitan.

Una furia desmedida se lanza contra mi pecho, prendiendo mis venas en llamas, como si me hubiera convertido en un puto dragón a punto de escupir fuego.

La sostengo por la barbilla y la obligo a girarse hacia mí.

—Antes le parto las piernas. —Lanzo mi amenaza sin medir mis palabras. No sé qué estoy diciendo, pero si se le pasa por la cabeza bailar con él, lo lleva claro.

—¿Qué? —pregunta, recuperando el color que tanto me gusta en sus mejillas moteadas.

—Creo que me has entendido —digo entre dientes, con la mandíbula demasiado apretada como para vocalizar bien.

Sin embargo, lejos de convencerla, lo que hago es alejarla de mí. Su mano abandona mi brazo y la dureza regresa a sus facciones.

—¿Recuerdas que está en tu equipo? —me dice, y no sé si es una pregunta retórica, porque ahora mismo no soy capaz de recordar

nada, salvo el momento que el puto novato acaba de joderme, como suele ser habitual.

—Vagamente —respondo, mi aliento acariciando su piel a medida que me acerco a ella.

—Eres un idiota —me repite por segunda vez hoy, y no puedo discutírselo.

—Dime algo que no sepa, jefa.

Mi sonrisa se ladea, y ella aprieta los labios para esconder la suya, pero empiezo a conocer cada uno de sus gestos como para que pueda engañarme.

No dice nada más, ni yo tampoco, y nos quedamos mirándonos, pensando nuestro siguiente movimiento, la siguiente frase que nos haga avanzar en el juego.

Finalmente, es el entrenador físico McCain el que termina nuestra partida.

—¡Kelscot! ¿Qué haces, chico? —pregunta a voces. Cuando me giro a buscarlo a través del reflejo en algún espejo, lo veo de pie, con los brazos cruzados y el ceño tan fruncido que apenas distingo sus ojos bajo sus pobladas cejas.

—Ay, por Dios —escucho a Nora susurrar bajo mi cuerpo cuando se encoge contra la máquina a sus espaldas, sin apenas conseguir espacio entre nosotros.

Soy yo el que se aleja, liberándola de la prisión que había creado con mi cuerpo a su alrededor.

—Te veo en la fiesta, jefa —murmuro mientras me agacho a por la bolsa de sándwiches que en algún momento hemos dejado caer al

suelo. Luego, me alejo de ella sin echar la vista atrás, por más ganas que tenga.

Me acerco al entrenador físico y le lanzo la bolsa con los sándwiches. No tiene pinta de que me vaya a librar de algunas dominadas extra, pero no está de más probar. De todas formas, las pagaré con gusto.



—¿Me explicas otra vez por qué no voy contigo a la fiesta? Ya me he comprado el traje —me dice Riley molesto, refiriéndose a la abominación granate estampada con la que viene vestido. Debería cambiar de asesor de imagen, porque siempre que intenta ponerse elegante, termina haciendo el ridículo.

Me alegro de tener a Maly de mi lado, salvándome de la ropa que me trae por puro marketing.

—Joder, mira que eres pesado —le digo desde el baño de mi dormitorio antes de reírme—. Quiero pasármelo bien, no tener que andar escabulléndome de mi niñera.

Termino de lavarme la cara y de mojarme el pelo, y me dirijo al vestidor, donde mi agente continúa mirándose en el espejo. Debe ser que aún no le sangran los ojos.

Me acerco a uno de los armarios, de donde cuelga la bolsa con el traje que me ha pedido mi asistenta. Lo abro y suspiro al confirmar que no tiene que ver con la elección chillona de Riley.

—Esto es por Nora, ¿no? ¿Qué te ha dicho? —me pregunta. Con la primera frase ya había conseguido que dejara mi camisa a medio abrochar. Lo que dice después, termina de preocuparme, porque conozco a Riley desde hace bastante, y sé que no es muy honesto con sus formas.

—¿Qué? —pregunto calmado, pese a que no me siento así por dentro. En absoluto.

—Fijo que ha sido ella —murmura él molesto, lo suficientemente alto para que pueda escucharlo; no sé si adrede o no.

—¿Qué se supone que tiene que decirme? —vuelvo a preguntar, esta vez alzando la voz, sin intención de parecer indiferente.

Mi agente se gira al escuchar mi tono, y veo cómo se le dibuja una sonrisa en la cara. Una de suficiencia que siempre he odiado y que ahora aborrezco más, sobre todo si es por haber hecho algo a Nora.

—Dime, ¿es por ella? ¿Te ha dicho que no quiere que vaya? —pregunta el muy imbécil. Si la conociera un poco, sabría que nunca me pediría algo así.

Y todavía sigue sin decirme qué ha ocurrido para que ella no lo quiera tener cerca.

Me abalanzo hacia él y lo estrello contra la pared del vestidor a sus espaldas sujetándolo por los hombros, poniendo mi brazo bajo su cuello.

—¡Dime qué has hecho! —le grito. Se me está yendo de las manos, pero he desistido de tratar de entender qué coño me pasa cuando Nora está cerca o, simplemente, en mi cabeza.

Riley se revuelve bajo mi agarre, y yo no dejo que se mueva ni un centímetro. No hasta que me confirme si tengo que partirle la boca.

—¡Joder! ¿Qué haces? —Nervioso, trata de alejarme.

—¡Eh! ¿Qué está ocurriendo aquí? ¡Te vas a arrugar la camisa! —El brazo de Maly tira de mí para que suelte a Riley y, después de un momento, lo hago.

Sale disparado en dirección contraria, cubriendo su cuello y tosiendo nervioso.

—¡Qué has hecho, Riley! —inquiero una vez más.

Maly se ha puesto a terminar de abrocharme la camisa y los puños de las mangas, y es el único motivo por el que no he salido detrás de mi agente para darle una buena tunda. Ella lo sabe, y por eso se toma su tiempo en hacerlo.

—¡Nada! ¡Joder! ¿Estás loco? —me mira desquiciado. Esa respuesta no me vale, y por eso continúa hablando—. Le dije que no me gustó lo de la denuncia de Hunter.

—¿Solo eso? —pregunto mientras veo cómo se frota el cuello. ¡Será quejica! No le he hecho una mierda.

—¿Qué coño te pasa? —dice, y veo el miedo en su mirada—. ¿Te has enamorado de la puta esa?

Necesitaba poco para terminar lo que he empezado, y Riley sigue empujándome contra las cuerdas con su pobre elección de palabras. Doy dos zancadas hacia él, que retrocede acojonado, y únicamente freno cuando Maly tira de mi brazo.

—La fiesta va a empezar, Tyler. Deberías irte ya. Eddie te espera en el coche.

Miro a mi asistenta, varias cabezas más baja que yo, que me sujeta con determinación. Luego, echo un vistazo al gilipollas de mi agente, y finalmente termino de vestirme para salir de allí cuanto antes.

Ambos se mantienen en silencio. Únicamente Maly se me acerca cuando ya estoy vestido para terminar de colocarme el traje y la pajarita. «Qué poco me gusta», pienso con amargura. El buen humor que tenía por la fiesta de esta noche se ha esfumado.

Salgo de mi dormitorio sin decir nada, y me alegro de que Riley haya estado callado, porque sigo con ganas de darle.

Cuando llego al garaje, Eddie está apoyado sobre el capó de uno de los coches. Ha escogido el BMW i8 plateado, acertando, como siempre, cuál quiero llevar. No sé cómo lo hace.

—¡Vámonos! —le digo de mala gana, sin siquiera saludarlo. Estoy de un humor de perros y necesito salir de allí antes de liarla más.

Pillo a Eddie con la mano en alto a punto de tirarme las llaves, pero se lo piensa mejor cuando me ve hecho una furia.

—Ya lo llevo yo —anuncia, abriendo el coche. Se dirige a la puerta del piloto y no se lo discuto, porque me gustaría llegar a la fiesta de una pieza.

Me siento en mi asiento y no tardamos en dejar atrás el garaje. Solo entonces respiro profundamente.

Me he ido sin saber qué le ha dicho el imbécil de mi agente a Nora y no creo que ella me cuente mucho más. Su orgullo es mayor. O su esfuerzo porque no haya problemas a su alrededor.

—Hay que buscar a Louis —informo a mi chófer según nos alejamos de la casa.

—¿Todo bien? —pregunta cuando llevamos un rato en silencio.

—Sí. Riley siendo gilipollas.

—Entonces, lo de siempre —responde entre risas.

Que ni Eddie ni Maly tragan a mi agente, no es una novedad. En general nadie lo traga. Siempre supuse que era por ser bueno en su trabajo. La gente que presiona no es muy cómoda de tratar.

Imagino que a Nora tampoco le caerá bien, y menos tras el encontronazo que hayan tenido. En mi cabeza no dejan de sucederse preguntas para las que no tengo respuesta. ¿Cuándo ha hablado con ella? ¿Por qué ella no me ha contado nada? ¿Y qué coño le ha dicho en realidad?

Regresan mis ganas de matarlo, y parece que no es el único al que voy a querer matar esta noche.

Según llegamos a casa de Louis, lo veo esperando en la puerta, con su habitual gesto vacilón que detesto y lo que estoy seguro de que va a ser un problema para esta noche, porque no era así como la había planeado.

—Joder Louis, ¿de qué va esto? —pregunto saliendo del coche con mi cabreo recargado.

#21

TENEMOS UN PROBLEMA

El día de la fiesta llega demasiado rápido, y siento que los últimos días no he estado tan centrada como debería, lo que hace que mi agobio con respecto a esta noche sea peor. Reviso mentalmente mi lista de tareas al volver a casa tras pasar la mañana en el Nuevo Redmont Royale. Todo estaba en orden. Incluso los problemas imprevistos han sido de fácil solución.

Intento obviar los nervios extra que me suponen pensar en que Tyler estará allí, con su sonrisa iluminando su cara y quizás con su mano posándose en mi cintura una vez más, acercándose tanto a mí que me hace perder el sentido.

No, debo centrarme. Esta fiesta es importante. Supone un gran gasto para el equipo, a pesar de todos los patrocinios y colaboraciones que he conseguido cerrar en tan poco tiempo, y necesito que Matthew esté contento con mi trabajo. Que vea que puedo estar a la altura de mi puesto.

No he llegado a poner un pie dentro de mi casa cuando la voz histérica de mi amiga me pega un susto de muerte.

—¡Por fin! ¡Pensaba que no vendrías! —grita, mientras abre del todo la puerta y tira de mi brazo para hacerme entrar.

—¿Susan? —pregunto confusa, porque no recuerdo que hayamos quedado. Aunque estoy tan agobiada con los preparativos, que no me sorprendería haberlo olvidado—. ¿Qué haces aquí?

Dejo mi bolso y mi carpeta sobre la mesilla de la entrada antes de que mi amiga me arrastre hasta el salón.

—La pregunta es ¿por qué no estabas tú aquí? —Se muestra enfadada, lo que hace que me entre la risa.

—Estaba viendo algunas cosas para esta noche —le explico según me dejo caer rendida en el sofá.

Pero ella no me sigue, sino que se queda de pie frente a mí, lo que activa mis alarmas. Mi descanso tiene pinta de durar poco.

—Pues yo vengo a ponerte pibón para Tyler —dice, y tardo menos de un segundo en reaccionar a ese nombre—. Digo, para la fiesta, claro —se corrige con una sonrisa que deja bien claro que no se ha equivocado en absoluto.

Aun así, guardo silencio, esforzándome por mantenerme serena ante los recuerdos que se transforman en una corriente eléctrica tensando mi cuerpo.

No he visto a mi amiga desde el jueves pasado, en nuestra tarde de compras y posterior noche de chicas, y tampoco la he escrito para contarle lo que pasó el día siguiente con Tyler. Sé que se habría vuelto loca y no habría dejado el tema. Y yo necesitaba centrarme en la fiesta y en terminar los preparativos. O eso es lo que me he estado diciendo desde entonces.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta de pronto y, cuando la miro, veo cómo una de sus cejas se eleva más que la otra.

—¿El qué?

—Eso —dice señalándome.

Mierda.

—No he dicho nada —respondo sin mucha esperanza.

—Exacto. ¿Qué me he perdido?

—¿Eh? Nada. —Me hago la despistada, sabiendo que no va a funcionar, y a cada segundo me agobio más.

—¿Cómo que nada? Algo ha pasado. Dime. ¿Es por lo del tío ese de la tienda? Su agente, ¿no? —sigue insistiendo, sin tener idea de lo que en realidad me impide respirar.

—No, no tiene nada que ver.

Susan se sienta a mi lado y yo sigo mirando al frente, a nada en particular, rezando porque, por una vez, no pueda leerme la mente, pues en mi cabeza permanece cierto jugador prepotente, rubio y de ojos verdes que se las ha apañado para molestarme incluso cuando no está a mi lado.

—¿Entonces qué es? ¿Tengo que matar a alguien?

Echo un rápido vistazo a mi amiga, que no solo muestra la inquietud en su tono de voz y sus palabras, sino en su gesto también. No quiero preocuparla.

Finalmente, suspiro.

—Mátame a mí, por favor —sugiero tapándome la cara.

Noto el calor que llega hasta ellas, e imagino el rubor que debe estar cubriendo mi rostro. Maldito Tyler. No me lo puedo creer, y, sin embargo, no hay otra explicación.

Apenas logro respirar cuando estoy junto a él. Y cuando no lo estoy, no sale de mi cabeza. Con su sonrisa arrogante y perfecta. Y sus ojos que me atrapan. El viernes descubrí que no son completamente verdes, sino que tienen tonos marrones escondidos en ellos, y no hago más que imaginarlos una y otra vez.

Susan pone sus manos sobre las mías, y yo me resisto a moverlas. Separo un poco los dedos para confirmar que todavía no sabe lo que me pasa.

—Es solo que... Que... —Vuelvo a taparme—. Ay, por Dios —digo agotada.

Mi amiga se queda paralizada de pronto. Me pregunto si es posible que se haya esfumado hasta que escucho su voz, unos tonos más agudos de lo normal.

—¡Ay, sí! —exclama.

—No —gimo.

—¡Sí! —grita ella sin importarle la tranquilidad de mis vecinos.

Yo respondo con un resoplido, porque no hay vuelta atrás. No me ha hecho falta decir ni una palabra para confirmarlo: estoy pillada por Tyler Kelscot. Por el jugador más problemático, egocéntrico y guapo del equipo. Por el único al que odio, u odiaba. Ya no lo sé.

Mi amiga, en cambio, está lejos de ver el problema en todo ello.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —grita feliz, recorriendo el salón de un lado a otro.

—Pero si no te he dicho nada —replico molesta, consciente de que me he metido en un lío del que no podré salir.

—¡Olvidas que te conozco demasiado bien! —No entiendo cómo ha llegado a un nivel de felicidad en el que sus palabras suenan a canto de celebración—. Ahora dime qué ha pasado para que estés así, porque no te vas de aquí hasta que me hayas contado *todo*.

Hace hincapié en la última palabra, aunque en realidad tengo poco que contar, más allá de mis alucinaciones cada vez que Tyler se acerca a mí.

Únicamente tengo pendiente lo que pasó en el gimnasio de los Stallions y, a medida que se lo cuento, el nerviosismo crece en mí como si fuera una fan adolescente hablando de su jugador favorito. Trato de contenerlo tanto como puedo. Susan, por el contrario, se encarga de aumentar el aura de emoción con cualquier movimiento que describo.

Según termino, se pone de rodillas en el sofá, zarandeándome.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Hoy te lo tiras! —suelta al final emocionada, provocando que mi corazón se estrelle contra mi garganta en un movimiento brusco e inesperado.

—¡Susan! —la reprendo al momento. Si su plan es acelerarme más, va por buen camino.

—¿Qué? ¿No es lo que los dos queréis? —dice pletórica. Necesito que se baje de la nube y, sobre todo, que no me suba a mí.

Ni siquiera había pensado en eso. Bastante tengo con intentar actuar con normalidad a su lado, como para tener esas ideas en la cabeza.

—¡Claro que no! —digo nerviosa.

—Ya, pues me da a mí que sí —me responde segura. Demasiado. Y eso no me tranquiliza.

—Ay, por favor. —Me levanto del sofá, sin saber a dónde ir para frenar esta conversación. Finalmente, me dirijo a mi dormitorio.

Cuando noto a mi amiga detrás de mí, anuncio rápidamente que me voy a duchar y desaparezco por la puerta del baño sin darle opción a responder.

Pero en lugar de encontrar la calma que buscaba, mi cabeza recibe una avalancha de pensamientos y recuerdos que quedan lejos de la paz que ansío. Y todos tienen al mismo protagonista. No ha salido de mi cabeza en los últimos días, y puede que al aceptar que he sido tan idiota como para pillarme de él, me haya dado rienda suelta a mí misma para volcarme en ello sin freno.

Necesito una ducha. Y bien fría. Porque si no, me veo capaz de derretirme, como casi me ocurrió contra la máquina del gimnasio.

Me suelto la goma del pelo y me miro en el espejo. No es posible que se me note, ¿no? No puedo dejar que vea que ha ganado en este estúpido juego de engatusarme como a otra fan.

Sin embargo, mis mejillas están más sonrosadas y mi boca no deja de curvarse en una sonrisa. Por más que intente borrarla, sigue allí. Me rodeo con mis brazos, y el recuerdo de su mano sobre mi cintura hace que mis ojos brillen más.

Estoy perdida.

Abandono mi reflejo por una dolorosa ducha. Tan fría, que podría considerarse un castigo por ser una necia. Es Tyler Kelscot. El jugador estrella de los Stallions. No, el jugador estrella de la NFL.

Podría tener a cualquier chica que quisiera. De hecho, tiene a cualquier chica que quiere. Es imposible que me prefiera a mí antes

que a las modelos que revolotean a su alrededor. Eso únicamente ocurre en las películas que Susan y yo vemos los jueves.

Trabajo entre jugadores y conozco a sus parejas, con sus piernas infinitas, melenas brillantes y zapatos caros. No paso el corte. No hay que darle más vueltas.

Solo debo esperar a que se canse de molestarme y encuentre a su modelo ideal.

Escondo mi cara bajo el agua y aguanto cada gota helada como una cuchilla cortando mi piel.

Una vez pienso que he tenido suficiente tortura, abandono la ducha tiritando. Me envuelvo en una toalla y salgo del baño.

Encuentro a mi amiga en el escritorio junto a mi cama, sacando un muestrario completo de maquillaje. Mi triste colección de máscara, colorete y pintalabios nude no debe ser suficiente para sus planes.

Sin decir nada, me acerco a los armarios que enmarcan la puerta del baño y me pongo rápidamente mi ropa interior. Susan me ha visto desnuda más veces que mi madre, y, aun así, me cuesta exhibirme como si nada. Escojo una camiseta de los Stallions y me aproximo a ella. Me encuentro entonces con su ceño fruncido y sus brazos cruzados.

—¿Qué es eso? —pregunta enfadada.

Me miro la ropa que llevo y confirmo que no tiene nada de raro. Me la habré puesto un millón de veces.

—¿El qué?

—¡Lo que te has puesto! ¿No tienes nada mejor? ¿Algo de encaje?

Me pongo roja y no soy capaz de responder nada. Solo me bajo todavía más la camiseta para que no pueda ver el conjunto que he escogido. No es nada especial, pero tampoco es tan horrible.

Antes de que pueda frenarla, se acerca para levantarme la ropa y terminamos luchando mientras trata de obligarme a ponerme un conjunto más sexy para Tyler; cosa que no pienso hacer.

—¡Susan, para! —grito agitada.

—Vete a ponértelo ya —me insta implacable. Al menos, ha desistido en su intento de desnudarme.

—No pienso hacerlo.

—¿Por qué no?

—¡Porque no va a pasar nada! —digo exasperada. Necesito metérmelo en la cabeza y, de paso, a mi amiga.

Aprovecho su silencio para explicarme y, con suerte, convencerla.

—Mira, no... No sé si ha pasado algo entre nosotros o si simplemente le gusta molestarme y soy tan tonta como para pillarme por él. Lo más seguro es que pronto conozca a una modelo rubia más de su estilo, y me deje tranquila.

—¿Eso es lo que quieres? —Susan habla de forma serena de repente.

Y aunque quiero contestar que sí, no lo hago. No sé lo que quiero. Simplemente sé lo que no soy. No soy como las chicas con las que sale en las revistas. No soy tan divertida, ni tan guapa, ni sexy... Ni siquiera sé maquillarme sin la ayuda de mi amiga.

No soy la chica que gusta a los chicos, y mucho menos a las estrellas de fútbol. Y eso debería ser suficiente como respuesta.

—Mira, es divertido *fangirlear* por un jugador, pero no puedo dejar que se me vaya de las manos, ¿vale? —digo, consciente de que ya es tarde para eso.

No me veo con fuerza de voluntad para alejarme de él hasta que la modelo rubia con la que sé que terminará aparezca.

Sin contestar nada, Susan se acerca y me envuelve en un abrazo fuerte. Respira hondo, y yo hago lo mismo. No quería que nos diera el bajón. Supongo que es otra de las muchas cualidades que le encantarían a Tyler de mí: lo aguafiestas que soy.

Susan se separa. Luego, alza una mano y planta su dedo índice sobre mi frente.

—Sé lo que te pasa aquí —me dice—. Entiendo el miedo; a ver, es una estrella. Pero nena, también te he visto a su lado. Todas las dudas se te olvidan. Es más, juraría que te olvidas de todo lo que hay a tu alrededor.

Mantengo la respiración esperando que mi amiga no se haya percatado, porque esa última frase es más cierta de lo que quiero admitir.

—Nos has visto juntos dos veces, y en una casi nos matamos.

—Con una basta. —Curva sus labios esperando que la rebata.

Por suerte, cuando no lo hago, deja de presionarme. Sé que sigue dándole vueltas al tema, y me pregunto si estará pensando en otras formas de convencerme, pues su sonrisa ya no está presente, e incluso veo cómo una pequeña línea se forma entre sus cejas.

Después de un rato trabajando en mi pelo, deja la plancha y se coloca delante de mí, en cuclillas, mirándome fijamente.

—Solo quiero que, si hay algo, no salgas huyendo. Te mereces creer un poco en ti. Sé lo mucho que te cuesta, pero eres más que suficiente para gustar a cualquiera.

Se me encoge el corazón al escucharla. No debería extrañarme que conozca mi discurso interior mejor que yo. Aunque no evita el dolor de enfrentarse a él y saber que no soy capaz de hacer nada contra estos pensamientos. Nunca lo he sido.

—No es cualquiera —le recuerdo—, es Tyler Keslcot.

Ella eleva una de las comisuras de su boca.

—Es un tío.

Suspiro y me levanto de la silla. Necesito espacio. O encontrar la forma de hacer frenar mi cabeza.

Me acerco hasta el armario y miro mi ropa sin ver realmente nada, perdida en mis pensamientos contradictorios.

—No sé por qué me hago esto —murmuro, y luego me río incrédula—. ¿Qué iba a pasar entre nosotros? —Lanzo la pregunta en voz alta, y me giro en busca de una respuesta de mi amiga, que no me da—. Solo le gusta molestarme, tiene que ser eso. Ni siquiera nos aguantamos.

Continúo a la espera de que Susan responda. Ella, en cambio, se encoge de hombros, dejando que sea yo misma quien me conteste.

En realidad, no recuerdo el último día en que no aguanté a Tyler. Al revés. Cada vez que intenta molestarme, me gusta un poco más. Incluso deseo que lo haga. He llegado a encontrarlo divertido, por más que trate de ocultarlo.

Seguramente porque me gusta que me preste atención. La estrella del equipo haciendo caso a la chica invisible. No hay duda de que

todas las películas que veo con Susan me afectan.

—¿Sabes? Que no digas nada, no me tranquiliza en absoluto —digo al fin, cuando no puedo más con mi monólogo interior.

—Espero a que termines ahí arriba. —Da unos toquecitos sobre su sien, haciendo referencia a la mía.

Me dirijo de vuelta a la cama después de dar un largo y agonizante suspiro, y me dejo caer sobre ella de espaldas, tapándome los ojos.

—Está muy bueno —digo al fin.

Noto la cama cediendo bajo el peso de mi amiga, que se sienta a mi lado.

—Es muy guapo —dice.

—E insoportable.

Ella se ríe y, sin pretenderlo, me contagia su buen humor. Es mucho más fácil hablar de lo mucho que me gusta Tyler que de por qué no debería hacerme ilusiones con él.

—¿Has visto su culo? —pregunta Susan de pronto, haciendo que vuelva a taparme la cara tanto como puedo. Estoy segura de que se ha vuelto del color de mi vestido para esta noche.

—Sí —digo, y es todo lo que necesita mi amiga para estallar en carcajadas.

—¡Nora! —me llama la atención dándome un manotazo amistoso en el brazo—. No me esperaba eso de ti.

Yo resoplo antes de sincerarme. Total, ya no hay vuelta atrás.

—Calla. No es lo peor —digo.

—¿Cómo que no es lo peor? ¿Qué más has visto? —me dice casi chillando.

—¡No seas bruta! Es solo que cada vez que se acerca a mí… Cuando se acerca mucho… Y últimamente lo hace… ¡Ay! ¡Estoy fatal! Parezco una adolescente. —Me cubro de nuevo la cara, incapaz de seguir hablando cuando los recuerdos de los últimos días vuelven a colarse en mi cabeza: el olor de Tyler envolviéndome a medida que sus ojos me atrapan, dejándome totalmente inútil e inmovilizada; sus manos sobre mi cintura, como si necesitase sentirme, saber que soy real, al igual que me ocurre a mí con él.

—Nena, ¿qué pasa cuando se acerca mucho? —Susan tira de mis brazos para descubrirme la cara.

—Pues que… ¡Que me imagino besándolo! —suelto de sopetón. Si voy a hacerlo, mejor hacerlo de golpe y pasar todo el bochorno de una. No seré la primera fan que se pilla de Tyler Kelscot e imagina cosas de ese tipo.

—¡¿Y por qué no lo haces?! —me grita mi amiga dándome un golpe en la cabeza. Un golpe que, estoy segura, debería haber sido más suave.

—¿Porque no debería?

Susan se levanta de la cama y se pone en jarras, con una pose y gesto de enfado extremo.

—Vale, ¡ya está! ¡Hoy voy a la fiesta! Me meto de camarera si hace falta. ¡Alguien tiene que empujarte!

—Al paso que voy… Ayer estuvo a punto de ocurrir —confieso, dejando que el color vuelva a subir a mis mejillas, que no han dejado de ensañarse conmigo durante toda la tarde.

¿Cómo es posible que con solo pensar en cómo casi lo beso, mi cuerpo se sumerja en este calor asfixiante? No puedo imaginar cómo sería si de verdad mis labios chocasen contra los suyos, mientras sus manos me empujan más hacia él y las mías se pierden detrás de su cabeza.

La risa de mi amiga me despierta de mi inesperada fantasía. Después, tira de mí para levantarme.

—Ay, madre. Vamos a vestirte, nena.

Yo la sigo en silencio, sabiendo que en realidad lo que quiere decir es «Voy a ponerte pibón para que esta noche te tires a Tyler»; cosa que agradezco que no diga en voz alta.



Llego a la fiesta antes de lo esperado. Había programado más tiempo para arreglarme, pero Susan cuenta con más práctica que yo en esto del maquillaje y los eventos.

Incluso me ha dejado traer un par de zapatillas, aunque me ha prohibido ponérmelas antes de que empiece la fiesta final. Sin embargo, tras dos idas y venidas por el hotel, me da que no voy a tardar en rendirme y bajarme a las cómodas deportivas de mi día a día.

Pese a que no es la opción más elegante, sé, por experiencia, que muchos jugadores vendrán con peores pintas.

—¡Joder, Nora! —Una voz me despierta a mis espaldas, devolviéndome a la fiesta y al ruido de mi alrededor.

Cuando me giro, encuentro a Chris, mi videógrafo, más guapo que nunca, con un traje de corbata en color oscuro. Su pelo, por una vez,

está bien peinado. Parece que estamos en una versión más elegante de la comida de Navidad.

En cambio, Ronald, a su lado, no llama tanto la atención, porque siempre va de punta en blanco, como buen estilista que es. Aun así, se puede reconocer el esfuerzo en su colorido traje.

—¡¿Qué dices, Nora-Bora?! ¿Quién te ha hecho la transformación y por qué no he sido yo? —me grita entusiasmado, haciéndome girar sobre mí misma para verme al completo.

Cuando paro sobre mis zapatos de infarto, me encojo de hombros. Quería un vestido sencillo para pasar desapercibida, pero veo que no ha funcionado. Debe ser solamente la novedad de verme con ropa distinta a los vaqueros.

—Mi amiga Susan —le doy el nombre de quien ha conseguido sacar a una princesa de la chica de la habitación de al lado.

Ha hecho un gran trabajo, y me gusta haber podido añadir un toque personal con el broche clásico de los Stallions que llevo en el pelo.

—Estás pibón total —me dice Ronald sin cortarse, cosa que tampoco me escandaliza, porque suelo escucharlo diciéndoselo a la gente a menudo. Si bien es cierto que conmigo ha ocurrido pocas veces.

—Gracias —respondo tímida, escondiendo mi rubor tras mi carpeta.

—¿Cómo va todo? ¿Necesitas algo? Puedes decirnos —se ofrece Chris.

Enseguida declino su oferta.

—No, no, todo controlado. Andrew me está ayudando. Vosotros hoy estáis aquí para disfrutar —les recuerdo, y me hago una nota mental para liberar a Andrew cuanto antes.

—¡A eso vengo! —dice Chris animado, frotándose las manos y echando un vistazo a su alrededor. Luego, se despide con un gesto de la cabeza y se aleja de nosotros.

Cuando me vuelvo hacia Ronald, continúa estudiándome de arriba abajo.

—¿Y tú qué? —me pregunta con una sonrisa que podría tildarse de maliciosa. Sé que está a punto de decirme alguna cosa que me haga saltar.

—¿Qué de qué?

—Que quiero un baile con ese culo que tenías tan bien escondido —me dice fingiendo que está molesto, y señalándome con su dedo índice de la cabeza a los pies.

Tiro de él, obligándolo a bajarlo mientras trato de frenar el ritmo al que se ha acelerado mi corazón.

—¡Eres idiota! —mascullo entre dientes, esperando que nadie haya escuchado lo que ha dicho.

Él se ríe.

—Ya, ya. Pero ese baile me lo guardas —me dice dándome un pequeño abrazo y alejándose luego para mezclarse con la multitud.

Me tomo un momento para intentar olvidar todo lo que el estilista me ha dicho, porque es exactamente lo que Susan esperaba que me dijeran, y tengo claro que voy a pasarme el resto de la velada con la espalda pegada a la pared.

Escogí este vestido porque no tenía escote delantero, y no solo por lo que Riley me echó en cara en la tienda. Me siento más cómoda sin ser provocativa, pues enseguida me siento una farsante. Ojalá tuviera la confianza de mi amiga y poder enseñar mi cuerpo con orgullo. Y no es porque yo tenga peor figura; pero sí tengo peor mente.

Antes de que pueda recrearme en todas mis inseguridades, mi pinganillo me devuelve a mi estresante realidad.

—Nora, tenemos un problema. —La voz de Andrew suena preocupada en mi oído.

—¿Qué pasa? —pregunto al tiempo que giro sobre mis talones, en busca de cualquier contratiempo que haya pasado por alto.

—Un jugador ha venido con dos personas no confirmadas. Los dejo pasar, pero tendremos que reorganizar las mesas.

—¿En serio? —pregunto exasperada dándome la vuelta para que nadie pueda ver mi repentino mal humor—. Mira que puse bien claro la confirmación. ¡Parecen niños pequeños! Dime quien es, voy a apuntar sus nombres y vemos cómo arreglamos las mesas.

—Tyler Kelscot.

Me quedo paralizada en el sitio por un segundo.

—¿Tyler? —murmuro, y no estoy segura de que Andrew me haya oído. Tampoco necesito que me lo ratifique. He escuchado el nombre a la perfección.

Recuerdo que me confirmó un acompañante, y luego Susan le sonsacó que vendría con su amigo Louis.

—Están llegando al photocall, por si quieres hablarlo con él.

Me doy la vuelta y no tardo en encontrarlo. Alto, más guapo que nunca, impecablemente vestido con un esmoquin negro. Juraría que alguien le ha puesto un foco, porque me parece que brilla en medio de la multitud que cruza mientras me mira.

Casi puedo ver el verde de sus ojos relucir, como si se alegrase de verme. Como si me hubiera estado buscando entre toda esa gente.

Todas las ilusiones que se han aposentado en mi cabeza estos últimos días bailan victoriosas a medida que se acerca a mí.

Me fijo en que ha conseguido peinarse un poco su indómito pelo, y ha recortado su barba, aunque no la ha afeitado del todo.

Está demasiado guapo, y mi corazón, desbocado en mi interior, me lo recuerda con cada golpe. Entonces, este se frena de pronto, con una embestida contra mi pecho que me deja sin respiración.

—Sí, ya lo veo —confirmo a mi compañero. Sin embargo, no es a Tyler a quien estoy mirando, sino la mano que rodea su brazo lentamente, como una serpiente inmovilizando a su presa; y la rubia despampanante que lo acompaña.

#22

MI PACIENCIA YA SE HA AGOTADO

Odio estos paripés. Los medios, los compañeros, los agentes. Todos con sonrisas falsas y buenos deseos poco honestos. Nadie te desea lo mejor. Se desean lo mejor a sí mismos, y si estás para ayudarlos, entonces bien.

Aun así, llevo días esperando a que llegara esta noche, convencido de que por fin podría acortar la distancia con Nora. La que casi me salto sin conocimiento el viernes en el gimnasio, delante de todo el equipo. No sé en qué estaba pensando. Bueno, directamente no estaba pensando. Al menos, no con la cabeza.

Han pasado dos días, y nuestro encuentro sigue ocupando toda mi mente. Pero Louis se ha empeñado en joderlo. Es lo que suele hacer:

liarme. Ni siquiera sé por qué lo invité a la fiesta. Supongo que porque no tengo a nadie más.

Pienso con agonía en cuánto preferiría haber venido solo.

La noche empieza mal, y continúa del mismo modo cuando llegamos al hotel. En la puerta nos recibe uno de los compañeros de Nora, y lo primero que hago es buscar su recogido en el interior.

No pregunto por ella, con la esperanza de verla pronto.

Nos dejan pasar sin problema, aunque, por la cara de circunstancia que ha puesto el chaval al contar cuántos éramos, me da que las acompañantes extra van a suponer un problema. Por mí, podría haber prohibido la entrada a las dos.

Avanzamos por el hall y al fondo encuentro a una multitud de medios preparados. Genial. Si esta es la idea que tiene Nora para una fiesta, creo que voy a tener que enseñarle un par de cosas.

Todavía no la he visto por aquí, y noto cómo ese simple aspecto comienza a nublar mi humor, que ya era malo al inicio de la velada.

Sin poder evitarlo, mis ojos vuelan hasta una figura envuelta en rojo, con un vestido ceñido que marca cada línea de su cuerpo. Salta a la vista que es un pibón. No sé a quién acompaña; está sola, mirando hacia los medios que exprimen tanto como pueden a mis compañeros de equipo.

Después de su silueta, llama la atención el escote que abarca toda su espalda, mostrándola desnuda bajo su corta melena ondulada.

Entonces vislumbro la carpeta en sus manos, justo antes de que se gire y busque a alguien con la mirada entre los invitados.

Para cuando sus ojos encuentran los míos, estoy seguro de que mi corazón ha colapsado. La imagen que veo no puede ser real. Si Nora

ya me parecía guapa, lo que tengo enfrente es una puta ilusión sacada de mis más disparatados sueños.

Joder, está preciosa.

Ha escogido el rojo, por supuesto, y no puedo evitar pensar que parece una llama ardiendo en el centro de la sala; incendiando todo en torno a ella.

Si pudiera levantar la mirada de su figura, estoy seguro de que encontraría al resto deslumbrados con su imagen. No hay otra posibilidad.

No sé por qué esperaba verla en vaqueros y camiseta.

Vuelvo a fijarme en su ropa, por si me lo hubiera imaginado, pero no; el vestido rojo continúa ahí, envolviendo su cuerpo perfecto, abrazándola en cada curva, como si fuera una estatua griega esculpida.

Es la primera vez que lleva su pelo suelto, prendido en un lateral con un broche brillante, dejando su oreja y su cuello a la vista.

Respiro hondo antes de acercarme y me paso la mano por la boca, porque no me sorprendería haber estado babeando.

Apuesto a que no sabe lo espectacular que está. Si no, no se escondería como hace siempre, detrás de una pantalla o una carpeta.

Cuando llego hasta ella, me quedo petrificado. Quiero decirle lo maravillosa que está, llevarla a cualquier sitio lejos de toda esta gente, terminar lo que no hice en el gimnasio.

Joder, voy a perder el control.

Y que me siga mirando como lo hace no me ayuda a frenar todas las fantasías que toman forma en mi cabeza.

—Ty… —se interrumpe antes de decir mi nombre, lo que me hace fruncir ligeramente las cejas—. Señor Kelscot —se corrige y, de pronto, me siento a cinco kilómetros de ella.

—¡Eh, Nora! Ven aquí —Louis se abalanza sobre ella para darle un abrazo que recibe de forma incómoda. Lo sujeto por el cuello de su chaqueta y lo empujo hacia atrás.

—Es Louis. Mi amigo.

—Tu amigo, sí —responde Nora, evitando mi mirada tras un corto segundo. Luego, sus ojos se dirigen hacia mi lado, y recuerdo que llevo a una chica colgada del brazo.

Me muevo incómodo. Ella, en cambio, estrecha su agarre y se pega más a mí.

—Bienvenida a los Stallions —la saluda Nora con amabilidad, y a mí se me cae el alma a los pies. Joder, no es así como quería que fuera la noche. Debe pensar que soy un cabrón que está jugando con ella—. Em, he… —comienza a balbucear mirando sus papeles—, he tenido un problemilla con los correos de confirmación y he perdido algunos nombres. ¿Le importaría decirme el suyo, señorita?

—Amber —contesta mi inesperada acompañante con una sonrisa perfecta.

—Claro, genial. —Nora apunta el nombre en su carpeta—. Y… —Se gira hacia Louis y la rubia que va con él.

—Sarah.

Nora vuelve a centrarse en su carpeta, que sujeta con demasiada fuerza, privándome del brillo de sus ojos castaños.

—Vale. Vale, muy bien. —Mueve sus labios de forma escueta y se da la vuelta para marcharse.

No sé ni cómo ni cuándo me he movido, pero, en un instante, mi mano está sobre su cintura. No puedo dejar que se vaya sin más; sin decirle lo guapa que está o las ganas que tenía de verla. Sin que me suelte alguna bordería.

La hago girar sobre sus talones mientras mi brazo se desliza por su cintura según se mueve, llegando hasta su espalda.

No digo nada, y ella tampoco. Únicamente me mira, y, por cómo lo hace, sé que quiere marcharse. Yo deseo justo lo contrario.

—Pensaba venir solo con Louis. No sabía que iba a traer…

Dejo de hablar cuando se apoya sobre mi brazo y, tras un segundo en el que todo mi cuerpo se eriza, lo empuja con suavidad.

—No… No pasa nada. —Pestañea varias veces, como si intentara concentrarse en sus palabras en vez de en nuestros cuerpos tocándose—. Es un lío para la distribución de las mesas, pero intentaré que estéis… juntos. —Le cuesta terminar la frase.

Joder. ¿Por qué siento que la he cagado del todo?

—Oye, yo… —Necesito aclararle que ha sido un malentendido, que esa chica no es mi pareja. Ella me interrumpe antes de que pueda decir nada.

—Los medios están listos. Las preguntas son controladas. Aun así, si alguien se pasa, llámanos. Sé que no es el mejor plan para una fiesta, pero es una buena oportunidad para que deis vuestra mejor imagen y os hagáis querer por los fans —cuenta, como si hubiera dicho lo mismo varias veces en lo que va de noche—. Tus amigos pueden ir entrando al salón por aquella puerta. —Señala detrás de mí, evitando de nuevo mi mirada.

—Vale —digo rápidamente—. Oye…

Ella me interrumpe de nuevo.

—Tengo mucho que hacer. Pasadlo bien —dice elevando un poco la voz para que la escuchen las tres personas que esperan detrás de mí, a las que ya había olvidado, antes de perderse entre la gente con una prisa inusual.

El deseo de seguirla, de no dejar que escape, cobra fuerza en mi interior como una llama que prende con furia en mi pecho. Doy un paso adelante, hasta que mi acompañante vuelve a enredar su brazo con el mío y Louis me da un golpe en el hombro. No sé qué me está diciendo. Yo he perdido a Nora de vista, y el mal humor con el que he comenzado la noche recorre una vez más cada centímetro de mi cuerpo. No puedo creer cómo he dejado que se me jodieran tanto los planes.

Me deshago del brazo que me retiene y me dirijo a la zona de medios, dispuesto a empezar el show. Hay varios compañeros que ya están ahí, compartiendo sus expectativas para la temporada, y hago un esfuerzo enorme por no poner los ojos en blanco.

Nunca me ha gustado este juego de cumplidos falsos, y, ahora mismo, solo hace que mi humor empeore. De hecho, me cuesta mantener el papel de estrella a pesar de mi experiencia con la prensa.

Estoy a punto de dar otra respuesta vaga al periodista que tengo enfrente cuando algo tira de mí, cortando mi entrevista. Una mano pequeña, adornada con distintos anillos finos, rodea mi brazo. Me vuelvo al reconocerla y encuentro a Nora, que me aleja de las cámaras después de disculparse con el reportero.

—Oye, ¿va todo bien? Estás un poco serio. Si alguien ha preguntado…

—Estás muy guapa. —La interrumpo antes de que la oportunidad vuelva a desaparecer, al igual que ella.

Me acerco y descubro el tono rosado que adquieren sus mejillas al escuchar mis palabras. Sus pecas hoy quedan disimuladas por el maquillaje, aunque puedo intuirlas. O quizás es que las conozco a la perfección y las veo incluso si no están ahí. Contengo mis ganas de descubrirlas, y únicamente alcanzo a mover su pelo, que hoy tapa parte de su rostro.

—Gracias —contesta con una sonrisa tímida—. Tú también lo estás.

—¿Sí? —pregunto, interesado en su respuesta. Mi sonrisa, al contrario que la suya, es incontenible, y me doy cuenta de lo fácil que me resulta olvidarme de todo a mi alrededor cuando estoy con ella.

—Deberías mantener esa cara cuando hables con ellos. —Nora me devuelve a la realidad en un segundo, y no consigo controlar el resoplido que escapa de mi boca. Hablar con los medios es lo que menos me apetece en este momento, y ella se da cuenta—. Esto es para conseguir que los fans griten tu nombre en el estadio a pesar de todos los líos. Sé que es un rollo… —empieza a explicarme.

—Es una buena idea —le concedo. Ahora entiendo su jugada. Nos ha preparado un escaparate perfecto para ganarnos al público y a los reporteros antes de empezar la temporada. Por supuesto, yo lo estoy fastidiando.

Mi cumplido, en cambio, consigue revelar su felicidad.

—Gracias. Te prometo que la parte de dentro será más divertida —me dice esperanzada.

No recuerdo un paripé en el que me divirtiera. Sin embargo, Nora ha demostrado ser experta en sorprenderme, así que le concedo, al menos, la duda.

—¿Podré verte? —pregunto, acercándome un poco más a ella y dejando claro qué es lo que haría que la parte de dentro fuera mejor

para mí.

Alza la mirada con velocidad y, a pesar de abrir su boca, no me da ninguna respuesta. No sé qué es lo que se lo impide.

De pronto, su gesto cambia y sus cejas se unen.

—¡¿Qué?! —pregunta molesta. La miro confuso, hasta que gira la cabeza y sube su dedo índice a su oído—. Vale, sí, sí —continúa hablando con quien sea que la reclama a través del auricular. Luego, vuelve a fijarse en mí, que todavía espero una respuesta que no me va a dar—. Perdona, tengo que irme. ¡Hazte con ellos! —me dice antes de regalarme una última sonrisa y desaparecer entre la gente.

El reportero con quien hablaba antes me llama, y hago lo posible por mejorar la penosa entrevista que le estaba dando. Al menos ahora conozco el objetivo de todo esto, y quiero ser capaz de lograr el resultado que Nora espera.

Tras unas cuantas entrevistas idénticas, y más fotos de las que me gustaría, pasamos al salón.

Distintas pantallas a lo largo y ancho del espacio muestran las mejores jugadas de los Stallions. Reconozco varias, porque yo mismo las he visto una y otra vez antes de llegar al equipo.

Hay un pequeño escenario al fondo con otra gran pantalla sobre él, y multitud de mesas dispuestas como si se tratase de una boda, todas decoradas con centros de flores y vajilla elegante.

Encuentro a Louis y sus dos amigas, si es que pueden llamarse así, en el photocall que hay en un lateral de la sala. No son los únicos que están con bebidas en la mano haciéndose fotos.

Me muevo echando un vistazo alrededor y quedándome embobado con algunos vídeos que se van reproduciendo a lo largo del salón. Entonces, hay una jugada que me deja paralizado, porque

no es de ningún partido, sino de un entrenamiento. Y soy yo el que hace la recepción. Fue de los primeros días del campamento de novatos. Estaba destrozado por los nervios, y en cuanto vi la pelota volar, todo mi estrés desapareció.

Es la primera vez que me veo como un Stallion.

Un grupo frente a esa pantalla se pone a aplaudir cuando recepciono la pelota sin esfuerzo al borde de la línea, justo antes de que Johnson me derribe lanzándome contra el césped. Esa parte no se proyecta. Mis costillas, sin embargo, siguen recordándolo a la perfección.

El grupo que estaba aplaudiendo me saluda. Deben ser trabajadores y, por su forma de vestir, diría que pertenecen a algún departamento aburrido, como contabilidad o similar. Les devuelvo el saludo con mi mejor cara y continúo mi camino hacia la barra de bar.

Más tarde, Nora aparece de nuevo y, como si de un faro se tratara, mis ojos no pueden abandonarla. Corre de un lado a otro con sus pequeños pasos.

Cuando todos estamos en el salón, las luces empiezan a disminuir, y se nota la agitación en el ambiente. Hasta yo estoy nervioso.

Los focos no tardan en dirigirse hacia la mujer que hay en el escenario. Va vestida con un traje de chaqueta rojo, a juego con su pelo asalvajado, lleno de parches de cristales reluciendo y brillando bajo los focos. No es hasta que su nombre aparece en la pantalla a su espalda que creo lo que veo. Aven Arlow, una de las cantantes más famosas del país, si no la que más, empieza a saludar a los asistentes.

No faltan los gritos de emoción alrededor del salón. Cuando me fijo, todo el mundo se ha movido para acercarse al escenario y, después de desear al equipo una buena temporada, empieza a cantar uno de los temas que no dejan de repetir en la radio estos días.

Incluso si no te gustara esta chica, conocerías su música. Pese a que no es mi estilo, es indudable que tiene una buena voz.

Yo me quedo apoyado en la barra, apurando mi botellín.

Aven canta sus primeras estrofas, y mis ojos buscan otra vez a Nora. Está al fondo, disfrutando del concierto igual que los demás, echando un vistazo alrededor cada pocos minutos, controlando que todo va como debería.

Tiene poco de qué preocuparse. El público está entusiasmado, y se vuelve más loco cuando la cantante cambia algunas palabras de la letra para hacer guiños a los Stallions.

A esa canción le sigue otra. No es tan conocida, aunque nadie lo diría por cómo la cantan todos. Incluido aquel aburrido equipo de contabilidad.

—¿Qué pasa con esta canción? —pregunto al camarero que limpia vagamente la barra sin perder ojo de la cantante.

—Es la canción que se ponen antes de los partidos. Es como un himno para el vestuario.

Me giro a mirar a todos cantando al mismo ritmo.

—Te cansarás de ella —me dice.

Cuando termina la música, la cantante se despide entre los vítores de la gente, y la sucede en el escenario el presidente Radford. Desconecto en cuanto empieza con la misma charla de siempre. Supongo que en un paripé de este calibre es necesario dar un poco de bombo al que paga nuestros abultados sueldos.

Al acabar, la sala se queda a oscuras y todo el mundo aguarda expectante la próxima sorpresa de la noche.

Entonces, la pantalla del fondo se ilumina, y el público se pone a vitorear cuando se reproducen algunas de las jugadas que se estaban proyectando antes. Poco después cambia, y son los fans los que ocupan las imágenes. Todo junto a una música épica, digna de cualquier película de superhéroes, que va subiendo de volumen a la vez que de revoluciones. Solo baja un poco cuando los aficionados hablan a la cámara, con gritos de ánimo al equipo.

Joder, mis ganas de saltar al campo se han multiplicado por mil con este vídeo.

Vuelvo a buscar a la artífice de todo esto, y la encuentro junto a sus compañeros de departamento. Uno de ellos la zarandea por los hombros, pagado de ella, y Nora se gira, dejándome ver su enorme sonrisa. Diría que se va a echar a llorar, y no sería la única. He pillado a alguno limpiándose las mejillas con disimulo.

Yo también debería estar mirando la pantalla, pero es La Chica del Móvil la que me tiene ensimismado.

Cuando el vídeo termina, todo el público responde con aplausos, gritos y silbidos. Mis compañeros se abrazan unos a otros, seguramente sintiendo las mismas ganas de salir al césped que yo he experimentado hace unos minutos.

Matthew, el jefe de Nora, se acerca a ella. Por la cara que tiene, debe estar satisfecho con su trabajo. Todos lo están. Cuando la felicita, se mueve algo dentro de mí. Algo parecido al orgullo, cosa que es improbable. Si acaso, será que me alegro de que todo lo de la filtración se haya solucionado y podamos pasar página.

Doy el último trago a mi cerveza y la dejo en la barra. Un segundo más tarde, el botellín desaparece y otro ocupa su lugar.

—Eh, tío. ¿Cómo lo llevas? —McKillen se apoya a mi lado—. Menuda fiesta se ha montado Nora-Bora.

—De los paripés a los que he asistido, es de los mejores.

—¿Paripés? —pregunta entre risas.

Yo me encojo de hombros.

—Tanta falsedad —digo lo que he estado repitiendo durante todo el día en mi cabeza.

—Supongo que no hay drogas ni putas.

—Ya. Creo que mi amigo se va a sentir decepcionado.

—¿Y tú?

—No estoy interesado en eso.

—Pero en algo sí se te ve interesado. —Choca su botellín con el mío y se ríe.

Yo lo miro frunciendo el ceño.

—No te pases con las cervezas —me dice antes de alejarse—. Apuesto a que el entrenador lleva la cuenta de todos.



No consigo ver a Nora durante el resto de la noche, salvo en algún momento en que cruza la sala con paso veloz.

Para cuando la cena termina, mi paciencia ya se ha agotado. He hecho lo posible por ignorar a Louis y sus amigas, y por aguantar que mi jefa de comunicación me esté evitando constantemente. Pero incluso todo el buen rollo a mi alrededor no ha hecho más que empeorar mi humor.

Después de varios de sus paseos, la veo salir con prisa del salón, y el pánico tira de mi estómago, creyendo que va a largarse sin más. No quiso confirmarme si nos veríamos más tarde, y no pienso tomar su evasiva como un «no».

Salgo en su busca, caminando tan rápido como me dan las piernas.

Cuando alcanzo el hall, no hay rastro de ella. Me dirijo a la puerta y echo un vistazo al exterior; tampoco diviso su figura por ningún lado. Es imposible que se haya esfumado tan rápido. Solo me llevaba unos segundos de ventaja.

Uno de los recepcionistas me ve perdido y me pregunta si puede ayudarme. En cuanto le describo a una chica preciosa vestida de rojo, me indica el pasillo por el que Nora se ha escaqueado.

Según llego, la encuentro tambaleándose.

—¿Nora? —la llamo, confuso por lo que acabo de ver.

—¡Tyler! —Se yergue tanto como puede con la pared a sus espaldas sosteniéndola. La sorpresa enmarca su rostro al verme.

Yo me quedo frente a ella, sin saber qué hacer o cómo ayudarla.

—¿Estás bien? —pregunto, a pesar de que, le ocurra lo que le ocurra, no va a contármelo.

—Sí, sí. Todo genial. —Se estira un poco más junto a la pared y me muestra una sonrisa que tiene poco de sincera—. ¿Necesitas algo?

Suelto un bufido infinito en mi cabeza mientras respondo un «A ti» mentalmente. No dejo de imaginarme probando esos labios rosados que me tientan cada vez que me acerco a ella.

Me obligo a dejar de mirarlos para centrarme en sus ojos, brillantes, grandes y que esperan mi respuesta.

—¿Qué te pasa? Parecías… —No estoy seguro de qué parecía, salvo que no era capaz de sostenerse en pie por sí sola.

Dejo la frase sin terminar, y la forma en que Nora baja la vista, avergonzada, me dice que no voy muy desencaminado en mi suposición.

—No, es… —Respira hondo antes de ponerse una mano en la frente—. Los pies. Después del parón de la cena, creo que no soy capaz de dar dos pasos seguidos.

Se ríe sin ganas, todavía sin mirarme y estoy harto de que me rehúya más.

Me agacho y pongo uno de mis brazos detrás de sus rodillas. El otro rodea su pequeña cintura y, un segundo más tarde, la llevo en volandas, preguntándome por qué no lo he hecho antes. Según la levanto del suelo, Nora suelta un pequeño grito de sorpresa y rodea mi cuello.

Vuelvo a cuestionarme por qué no he hecho esto antes.

—¿A dónde? —pregunto.

Tras pestañear varias veces, intenta bajarse; algo que no le permito. La sujeto con más fuerza contra mí, dejando que su olor floral me envuelva, y haciendo un esfuerzo sobrehumano por retener el gruñido de satisfacción que me sube por la garganta.

—¡Tyler! ¡Bájame! ¿Qué haces? —Se mueve nerviosa sin conseguir zafarse de mí.

—¿A dónde tienes que ir? —vuelvo a preguntar.

—No puedes llevarme en brazos.

—Claro que sí. Pesas menos que una pluma. Necesitas una dosis extra de sándwiches, jefa —le digo, dedicándole mi mejor sonrisa y aupándola un poco más.

—Tyler, para antes de que nos vea nadie. —Echa un vistazo a su alrededor y confieso que, si hubiera más gente en el pasillo, no me habría percatado.

Vuelve a mirarme y, en la posición que estamos, su cara apenas queda a unos centímetros de la mía.

—No estamos haciendo nada malo, ¿no? —pregunto en un susurro. Mientras lo hago, mi mano envuelve un poco más su cintura, celosa del vestido que se ciñe a su cuerpo.

Noto su pecho elevándose al contener la respiración, posiblemente por cómo mis dedos se han movido sobre ella. De lo que no creo que se haya percatado es de los suyos en mi nuca, acariciándome lentamente.

—No —responde ella en otro susurro. Casi necesito leer sus labios para captar lo que dice, y no me resulta difícil, pues no he dejado de mirarlos desde que la llevo en brazos. Joder, tengo demasiadas ganas de besarla. ¿Se apartaría si lo hago?

—Dime a dónde te llevo —le pido contra su boca, tan ensimismado que no sé lo que estoy diciendo. Mis brazos continúan rodeándola y atrayéndola hacia mí. Sus dedos se mueven por mi cuello, en un roce que dispara una oleada de nervios por cada rincón de mi cuerpo.

—Em… Tengo… —Su caricia sube hasta esconderse bajo el nacimiento de mi pelo, provocando una nueva descarga que se expande, intensa, hasta el centro de mi estómago—. Tengo mis zapatillas allí —dice finalmente y, aunque su mano se aleja

repentinamente de mi cuerpo, no ha dejado de mirarme. Mi piel echa en falta su tacto desde el instante en el que ha desaparecido.

—Hecho, jefa —digo moviéndome al fin, con ella en brazos.

Me acerco a la puerta más próxima y veo las deportivas de Nora al lado de una silla.

En contra de mi voluntad, la acomodo sobre ella y doy un paso atrás.

Sin esperar más, se quita los zapatos y suspira aliviada. Luego, empieza a calzarse las zapatillas blancas.

—¿Mejor? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí. —Vuelve a suspirar y luego se tapa la cara—. Soy nefasta para esto de las fiestas.

—Yo creo que se te ha dado bastante bien.

—Oh, ¿este paripé? —se interesa con una sonrisa pícara que contagia la mía. Por fin se pone de pie, esta vez sin complicaciones.

—Todo el mundo está encantado.

No sé qué he dicho que acaba con su buen humor, y sus ojos de pronto se muestran interesados en el suelo bajo nuestros pies.

—Todo el mundo —repite mis palabras—. ¿Tu… tu acompañante también?

Noto el intento por sonar cordial en su tono de voz, pero hace tiempo que Nora no puede engañarme.

Me acerco a ella, para aclarar todas sus dudas.

—Es una amiga de Louis. No recuerdo ni cómo se llama. —Mi mano encuentra su cintura, tal y como hizo el día anterior.

Del mismo modo, la suya se coloca sobre mi brazo cuando alza la mirada.

—Amber. Se llama Amber.

Me acerco un poco más, satisfecho de que ella no se aleje. Alcanzo uno de los mechones que hoy lleva sueltos y que pretenden ocultar su rostro.

—Sigo sin recordarlo. —En mi cabeza solo hay cuatro letras repitiéndose una y otra vez como un grito desesperado.

—¡Nora! —Su nombre alcanza mis oídos, y no ha sido mi voz.

La aludida se separa de mí dando un paso atrás justo en el momento en que uno de sus compañeros cruza la puerta de la habitación.

—Ah, ¡hola Tyler! —me saluda con un buen humor que ahora mismo no comparto.

—¡Andrew! —Nora toma la palabra ante mi silencio—. ¿Hay…? ¿Hay algún problema?

Su compañero se quita un auricular sin acercarse, mirándonos al uno y al otro. Me imagino el nivel de nerviosismo de Nora porque nos hayan encontrado a solas en este cuartucho. Y lo que más me enerva es que realmente no ha pasado nada.

—Venía a dejar el *walkie*. Como dijiste que habíamos terminado… —El chico frena sus pasos y sus palabras—. Puedo volver más tarde. —Parece que al final sí se da cuenta de que ha interrumpido algo, y sé que Nora va a negarlo en menos de un segundo.

—No, pasa. Yo he venido a lo mismo, en realidad.

Por más que me moleste esta situación, una sonrisa se me escapa al descubrir lo bien que la conozco.

Andrew termina de cruzar la habitación para dejar el pinganillo sobre la mesa detrás de Nora. Un momento después, ella hace lo mismo, desprendiéndolo del escote trasero de su vestido, donde lo tenía sujeto.

—¿Y los zapatos? —pregunta su compañero, haciendo un movimiento con su cabeza para señalar sus pies.

Un fuego me quema por dentro cuando advierto su relación tan relajada.

—Creo que al final voy a pasar —responde ella.

—Me lo he imaginado. No has parado de dar vueltas. —Se ríe—. Bueno, pues si no necesitas nada más, me voy de fiesta.

—Gracias Andrew. Espero no haberte fastidiado mucho la noche.

—¿Bromeas? Apenas me has dejado hacer nada. Y, además, yo me ofrecí, ¿vale?

—Vale —accede ella. Juraría que no le ha gustado tener que pedir ayuda para llevar la fiesta. Aun así, me alegro de que lo hiciera. Ahora, quiero cerciorarme de que cena, porque, por lo que ha dicho Andrew, me da que no ha permanecido mucho frente a su plato—. Te lo compensaré —le ofrece a su compañero antes de que se aleje.

—¡Ahora os veo! —se despide él según cruza la puerta.

Una vez a solas de nuevo, nos quedamos en silencio por un momento.

—¿Así que vas a compensarle? —pregunto entonces, listo para acorralarla un poco, no solo con mi cuerpo.

Mi pregunta la pilla por sorpresa, y su cara es adorable cuando trata de mantener la compostura.

—Me ha ayudado mucho.

—¿Y yo? —digo, en un arrebato de celos—. He evitado que te cayeras con los zapatos. —Le dedico una gran sonrisa, mientras mi mano se mueve hasta que mis dedos rozan los suyos.

—Gracias —replica nerviosa sin alejarse de mí, aguantando la respiración.

—No hay compensación para mí. —Pese a que muestro decepción en mi voz, mi buen humor no se disipa.

—Qui… Quieres…

—Al menos un baile —interrumpo su frase inacabada—. Por tu amiga, para que no se enfade. —Mi dedo sube por su muñeca, acariciando su piel suave. Sus ojos no abandonan los míos, pese a que nuestra atención no está puesta en ellos, sino en el contacto de nuestros cuerpos.

—Mi amiga… —murmura perdida.

—Susan.

—Sí. —Parpadea, si bien no estoy seguro de que sepa de qué hablamos. Y me encanta. Me encanta ver que se pierde en mí tanto como yo en ella. Al menos cuando estamos solos, o tan cerca que creemos estarlo.

—Te veo en la fiesta, jefa —digo, alejándome.

Es lo último que quiero hacer en este momento. Sin embargo, me falta poco para abalanzarme sobre ella, y puede que este no sea el momento ni el lugar idóneos.

Antes de volver al salón, decido darme un paseo por el baño. Debería poner la cabeza bajo el grifo un buen rato, pero me conformo con echarme un poco de agua en la nuca.

En cuanto consigo mitigar el calor que hace arder mi cuerpo, regreso al salón.

La música se estampa contra mis oídos y encuentro a Louis enrollándose con su acompañante de forma poco elegante. Amber surge de pronto a mi lado, dispuesta a recuperar el tiempo que no le he dedicado durante la noche. Supongo que van todos hasta arriba de chupitos, porque no se corta un pelo en manosearme.

Aún estoy quitando sus manos de mi pecho cuando Nora aparece detrás de mí. Se queda mirando a la chica rubia, que vuelve a escabullirse de mi agarre y me rodea con sus brazos.

Y, sinceramente, ni siquiera me enteraría de ello, pues la imagen de Nora frente a mí con ese impresionante vestido rojo es suficiente para hacerme olvidar todo lo demás, salvo porque su gesto cambia en un segundo y sale caminando en dirección opuesta.

«Joder».

—¡Louis! —grito a mi amigo según agarro a Amber del brazo y la llevo hasta ellos—. La fiesta se ha acabado.

—¿Qué dices, bro'? Si acaba de empezar —dice, escondiendo las últimas palabras tras el cuello de su amiga.

Lo sujeto por el hombro con mi paciencia agotada por completo.

—Hablo en serio. Marchaos. Eddie está fuera. Os llevará a donde quieras.

—Aquí tengo fiesta gratis, colega.

Entonces, lo agarro por la solapa de su chaqueta y le hago andar en dirección a la puerta.

—Pago yo. Llévatelas —le siseo.

—Joder tío. No te habrás vuelto un estira'o como tus compañeros.

—Venga, no me jodas.

—Vale, vale. Nos vamos al Nocturne.

—Eddie os lleva —le prometo.

Amber se acerca a mí, de nuevo moviendo sus manos sobre mi ropa. Nunca antes me había importado ese comportamiento en las mujeres, y ahora solo quiero recibirlo por parte de la única que no lo hace. La única que ni siquiera se atreve a mirarme. Estoy jodido.

—¿Nos vemos luego, cariño? —me pregunta Amber.

—No —respondo cortante.

Según desaparecen tras la puerta, mando un mensaje a Eddie dándole indicaciones de que los lleve al Nocturne y les abra una cuenta. Me va a salir cara la puta fiesta, pero suspiro aliviado al recibir el ok de mi chófer.

Me vuelvo hacia el salón, donde todo el mundo está pasándoselo de lujo. La imagen frente a mí, en cambio, me quita todas las ganas de diversión.

Kylen Blaze, el puto novato, ha aprovechado para acercarse a Nora. Veo cómo se agacha para decirle algo al oído. Sin embargo, no

es eso lo que me tiene al borde de la combustión, sino la mano de Nora sobre su brazo mientras se ríe.

Esta jugada no termina así.

#23

DÉJATE LLEVAR

Tardo al menos un minuto en volver a respirar con normalidad una vez que Tyler sale de la habitación. Lo de mantener las distancias con él no está funcionando, y le ha bastado un momento a mi lado para hacerme olvidar todo.

Pero, al desaparecer, todas las dudas vuelven. Porque yo sí recuerdo el nombre de su acompañante. La guapísima chica con un vestido más corto de lo que cualquier etiqueta aprobaría, melena larga, brillante y rubia, y una cara preciosa. Verla del brazo de Tyler fue el recordatorio que necesitaba de que no debería seguir engañándome. De que todo es una ilusión cruel.

En especial, después de seguirme hasta aquí, haciendo tambalear la barrera que a duras penas estaba construyendo entre nosotros.

Mi móvil vibra en mi mano, despertándome de mis lamentaciones.

Abro la notificación.

> **SUSAN:**
> Este es tu recuerdo de noche de sexo desenfrenado!!! Déjate llevar.

Tapo la pantalla como si alguien pudiera verla, a pesar de que estoy sola en la habitación. Aun así, el mensaje se sigue reproduciendo en mi cabeza. «Déjate llevar».

Me río incrédula, porque eso es exactamente lo que hago cuando estoy con él, por más que quiera frenarlo.

Dejo el teléfono sobre la mesa, junto a mis zapatos fallidos y el resto de mis cosas, para dirigirme al salón, dispuesta a terminar lo que no ha ocurrido en la habitación, con una determinación que no sé de dónde sale.

Sin embargo, según llego a la puerta, retrocedo en mis pasos.

Draven, la persona más temible de Redmont, se encuentra frente a mí, acercándose con una sonrisa tan brillante como espeluznante.

Mi cuerpo recuerda sus dedos alrededor de mi cuello, incapaz de olvidar la sensación de asfixia.

—Hola, Nora —me saluda como si fuera su amiga de toda la vida —. Esperaba interrumpir algo, pero he visto a Kelscot saliendo con bastante prisa de aquí.

Me quedo en silencio, porque no sé qué responder a su comentario, o si quiere que conteste.

Escondo el temblor de mis manos cerrándolas en puños.

Cuando miro a la entrada, veo dos hombres allí aposentados, de espaldas, haciendo imposible mi huida.

Draven se da cuenta de lo que debo estar pensando cuando sigue mi mirada.

—No te preocupes por ellos. No están aquí por ti. Solo se aseguran de que nadie nos interrumpa.

Sus palabras, lejos de tranquilizarme, me dejan más nerviosa. Mi cabeza, por otro lado, se devana los sesos para encontrar una forma de salir ilesa de allí.

Mis pies continúan retrocediendo a medida que él se acerca, hasta que la mesa detrás de mí me hace imposible seguir poniendo espacio entre los dos.

Se coloca junto a mí y echa un vistazo a mi carpeta, que abre interesado mientras yo me alejo disimuladamente.

—Dime, ¿trabajas fuera de los Stallions? Me gusta lo que has montado aquí. Y, por lo que veo, con buenos números. —Alza la vista para dedicarme otra de sus terroríficas sonrisas—. ¿Podría contratarte para organizar alguno de mis eventos?

La pregunta me pilla desprevenida.

—No… No sé si tendría tiempo… —Logro que varias palabras crucen mi garganta, por la que apenas consigo hacer que pase el aire.

Draven deja escapar una suave risa y cierra la carpeta concentrándose de nuevo en mí.

—Piensas que soy peligroso, ¿verdad?

Me mantengo callada, pues prefiero no mentir, y él no se muestra ofendido por mi silencio, sino lo contrario. Sus labios siguen

curvados cuando se me acerca un poco más.

—Haces bien, pajarito. Pero tú no debes temerme. —Alcanza un mechón de pelo que me cosquillea la cara y lo aparta, tal y como hizo Tyler unos minutos antes—. Sé que amas a los Stallions tanto como yo. Vengo a ofrecerte mi ayuda.

—Ya nos ayudaste a salir del casino —le recuerdo, esperando zanjar esta conversación. Quiero largarme de allí, aunque no sé si mis piernas responderían ahora mismo.

—Y vosotros me avisasteis de la redada, ¿no? Aquella noche quedamos en paz.

Después de un momento en el que Draven me mira de forma intensa y yo estoy tan quieta que no estoy segura de si continúo respirando, se aleja para apoyarse en la mesa.

Se quita alguna pelusa invisible del traje y se pasa su enorme mano, decorada con grandes anillos dorados, por su pelo grasiento. Un escalofrío recorre mi cuerpo, y otra vez la sensación de ahogo me bloquea.

—Mis hombres dicen que alguien te está poniendo problemas en el trabajo. Verás, soy un gran fan de los Stallions, Nora. Es mi pequeño placer culpable. Y haría lo que fuera por este equipo. Lo que fuera.

Entrecierra los ojos, y no sé si pretende darme más miedo o conseguir que crea sus palabras al repetirlas. Se abstrae con sus relucientes anillos, a los que saca todavía más brillo.

—Incluso acabar con los problemas. Solo tienes que darme un nombre —me propone.

—No tengo ninguno —respondo aterrada.

Él ladea la cabeza, estudiándome con sus ojos entrecerrados.

—¿No lo tienes aún?

—Y si lo tuviera… —El miedo deja mi frase inacabada, especialmente cuando el mafioso vuelve a reírse.

—Tampoco me lo dirías, claro. Eres muy noble, Nora. Por eso me gustas. La gente habla maravillas de ti —me asegura, y yo me pregunto con quién de los Stallions tiene relación—. Muy bien. Seré yo quien te lo dé. Un gesto de buena voluntad. Quiero ver cómo te encargas de él.

—No voy a… hacer daño a nadie —digo, incapaz de pronunciar la palabra «matar», o de acusarlo a la cara de sus prácticas, pese a que todo el mundo en Redmont conoce su forma de hacer negocios.

Él se ríe con mi respuesta.

—Claro que no, pajarito. —Me sujeta por las mejillas y me mira como si estudiara mi cara—. No quiero que lo mates. Ese es mi trabajo. Quiero ver de qué eres capaz.

—¿Qué nombre? —pregunto al fin.

—Nate Hunter.

—¿Hunter? ¿Qué…? ¿Qué ha hecho? —No tengo ni idea de qué es lo que pretende que haga con él. Que sea un idiota con Tyler no significa que vaya a arruinarle la vida. Draven, por el contrario, no me da más pistas.

—No puedo hacer todo yo, pajarito.

Su risa resuena en la pequeña habitación mientras se acerca a la puerta. En ese momento, sus dos acompañantes la dejan libre, y, sin decir nada más ni volverse a mirarme, se marcha.

Una vez sola, mis piernas se permiten desfallecer y me dejo caer contra la mesa. Mi respiración se desboca y me cuesta un minuto entero recuperar el ritmo.

Mi primer instinto es correr, salir del hotel y encerrarme en mi casa. Pero pensar en la oscuridad de mi hogar ahora mismo me aterra. En cambio, la música del salón llega hasta mí, prometiéndome una distracción.

Respiro hondo y salgo del cuartucho, que se me antoja más pequeño por momentos.

Llego al salón y según cruzo la puerta, mi corazón comienza a latir frenéticamente, impidiéndome escuchar el ritmo que trona contra mis oídos. Y no tiene que ver con ningún mafioso de pelo grasiento, sino con la realidad, que vuelve a golpearme con fuerza.

Tyler está con Amber, y parece que lo que no ha terminado conmigo, pretende hacerlo con ella. Veo cómo ella se muerde el labio inferior mientras recorre cada uno de los músculos de su cuerpo, no solo con la mirada. Él se gira hacia mí, pero sus manos siguen deslizándose sobre los brazos de Amber. Me doy la vuelta rápidamente, agradecida de que mis piernas no me fallen esta vez, y me alejo de allí.

Mi pulso ha decidido golpear con furia mi garganta, ahogándome a medida que me cruzo con la multitud disfrutando de la fiesta en el centro de la sala.

Apenas he avanzado unos metros cuando alguien, ensimismado en su baile, me empuja. Choco contra una columna que no sabía que tenía a mis espaldas y, cuando me giro, descubro que no es la arquitectura del salón. Kylen Blaze me saluda desde lo alto.

—¡Perdona! —me disculpo por el empujón.

—¡Nora! No te preocupes. —Se restriega el pecho como si se estuviera limpiando la bebida que falta en su vaso.

—Ay, ¡perdona! —vuelvo a decir y, como no tengo ninguna servilleta o pañuelo que ofrecerle, intento limpiar su camisa del mismo modo que lo hacía él. Enseguida me detiene riéndose y agarrándome por la muñeca.

—Tranquila, de verdad. A esta hora es lo mínimo que puede pasar.

—¿No tendrás problemas con el traje? —Normalmente los que traen a estos eventos son prestados, y estropearlos podría dejarlos en mal lugar con la marca.

Antes de que pueda responderme, otra persona me empuja, lanzándome hacia el *tight end* novato del equipo. Me separo avergonzada en cuanto sus grandes brazos me lo permiten. Estoy segura de que mi rostro debe hacer perfecto juego con mi vestido.

Cuando miro hacia arriba, la cara de Kylen me recibe con su persistente buen humor. Siempre se muestra feliz, con cada pequeña cosa que ocurre a su alrededor y, por un momento, noto el pinchazo de la envidia en mi estómago. Debe ser maravilloso poder disfrutar de cada cosa como si fuera un regalo.

De pronto, el mensaje de Susan regresa a mi cabeza. «Déjate llevar». Sé que esas palabras no iban por el jugador que tengo enfrente, pero tampoco especificó con quién debía hacerlo. Y está claro que con Tyler no va a ocurrir, pues él ya está ocupado con su preciosa modelo.

En cambio, Kylen está junto a mí, sin prestar atención a nadie más, sin ningún maniquí perfecto agarrado a su brazo; y decido que quiero divertirme.

En cuanto pasa un camarero con una bandeja llena de chupitos, me lanzo a por uno sin pensármelo dos veces. Un poco de valentía

líquida me vendrá bien.

Kylen, a mi lado, empieza a mover sus hombros con algo de vergüenza y me extiende su mano, invitándome a bailar. Decido unirme, y sus dedos se cierran alrededor de los míos mientras nos movemos en el centro de la sala, donde la mayoría de los invitados disfrutan de los temas que el DJ va pinchando.

No tengo ni idea de qué suena. La música que escucho normalmente tiene poco que ver con este sonido metálico y estridente, pero soy capaz de seguir el ritmo. Que mis movimientos sean certeros o no, es otra historia. Al menos, no parece que llame demasiado la atención. O puede que mi acompañante sea muy educado.

Cuando acaba la canción empieza otra, sin darnos tiempo a poder descansar. Empiezo a notar el calor por todo mi cuerpo, fruto del ejercicio, y, sin saber realmente el motivo, alcanzo la bebida de Kylen para robarle un trago largo. Lejos de molestarle, me mira como si le gustase. Y yo me dejo llevar. Es a lo que volví al salón.

Seguimos bailando, y otro empujón me lanza contra él. Antes de que pierda por completo el equilibrio, sus brazos rodean mi cintura, sosteniéndome con fuerza. Me mantiene junto a él durante un momento, hasta que me pisa el pie y no puedo evitar un grito ahogado.

En seguida empieza a disculparse, y lo veo tan preocupado por haberme hecho daño que me entra la risa.

—No sé cómo no os vais chocando todo el rato, con lo grandes que sois —le digo intentando quitarle hierro al asunto, si bien mi pie puede que tarde un poco más en recuperarse.

Él se ríe, y luego se me queda mirando, sin moverse y sin decir nada más.

—¿Qué pasa? —pregunto de buen humor. No es posible que se sienta mal por un simple pisotón.

Se agacha sobre mí para que pueda escucharlo a pesar del ruido y la música. Noto su mano en mi cintura cuando lo hace, y un pinchazo de decepción me atraviesa al recordar que no es la de Tyler. La suya estará alrededor de Amber.

—Has montado una fiesta brutal —me dice al oído. Cuando se yergue y me mira desde arriba, su gran sonrisa le ilumina la cara y marca unos diminutos hoyuelos en sus mejillas.

Niego con la cabeza. Nunca he sido buena aceptando cumplidos. Solo he hecho mi trabajo.

Me pongo de puntillas para llegar hasta él, aunque finalmente tengo que alzar la voz para hacerme oír.

—Espera a la de la Super Bowl. Será todavía mejor.

—Sería mi sueño ganarla en mi primer año.

Lo miro. Me suena eso de tener sueños al llegar a este equipo. Y el suyo no es que sea muy original. De hecho, todos los jugadores desean eso más que nada al llegar a los Stallions.

—Bueno, aquí son especialistas en cumplir sueños —le aseguro.

Él se queda contemplándome sin decir nada. Después, da un trago a su bebida y me ofrece otro a mí. En esta ocasión, decido rechazarlo, porque empiezo a notar el alcohol entumeciendo mi cuerpo.

Me dispongo a seguir bailando cuando una sombra se cierne sobre mí, deteniendo mis ridículos movimientos.

Tyler Kelscot surge frente a nosotros y, por su cara, ya no se divierte tanto. Su mirada está fija en Kylen, a quien parece querer

matar una vez más.

—Eh, novato —lo llama.

—Kelscot —lo saluda con un buen humor que no recibe de vuelta.

En lugar de eso, Tyler le entrega su botellín vacío.

—Se me ha acabado.

Mi pareja de baile me mira durante una fracción de segundo antes de responder. Tyler, en cambio, sigue concentrado en él.

—Tío, soy tan novato como tú —le contesta.

Veo la sonrisa de Tyler expandirse en su rostro, como si hubiera estado esperando esa respuesta. Da un paso hacia su compañero, resultando más grande a su lado.

—¿Quieres comprobarlo? —le pregunta.

Antes de que pueda terminar su amenaza, me lanzo a detenerlo, sosteniendo su brazo. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, o puede que sea la sensación de volver a tocarlo. Aprieto mis dedos alrededor de su chaqueta, y deslizo mi mano hasta llegar a la parte interna de su codo.

—Tyler, ¿qué haces? —le pregunto.

Cuando Kylen se aleja en busca de la cerveza que le ha exigido, él se gira hacia mí.

—Estrechaba lazos con el equipo.

—Ya, pues tienes una forma un poco extraña de hacerlo —lo reprendo.

Después de un momento en el que entrecierra sus ojos para mirarme, parece encontrar la forma de seguir molestándome.

—Te salvaba del novato. Parecías a punto de morir de aburrimiento.

Uno de los camareros pasa entre nosotros portando una bandeja hasta arriba de chupitos. El entrenador Taylor me va a matar por esa idea. Los invitados, en cambio, están encantados. Alargo el brazo y me bebo uno de un trago bajo la atenta mirada de Tyler. Luego, dejo el vaso vacío sobre la bandeja, y espero a que el camarero desaparezca entre la gente para darle mi respuesta.

—Estaba tan aburrida como tú con Amber —le suelto sin poder frenar mi arrebato de celos. Debería haberme contenido, pero la valentía líquida está haciendo de las suyas con mi lengua. Y Tyler se merece que le eche en cara la forma que tiene de jugar conmigo: engatusándome en privado, para escoger a otra en público.

Lejos de sonreír por haberme delatado, sus cejas se fruncen levemente.

—No sé quién es esa —me dice, como ya hizo en la habitación del pasillo.

—Ya… —le digo enfadada, dándome la vuelta para marcharme de allí.

Por supuesto, él no me lo va a poner fácil. Su mano me rodea por la cintura antes de que pueda dar mi segundo paso, y me hace girar sobre mis talones mientras me acerca a él.

—Me debes un baile, ¿recuerdas?

Lo miro fijamente, intentando encontrar la broma en sus palabras, sin conseguirlo.

—Ya, bueno, no es la música adecuada…—comienzo a decir, justo en el momento en que el DJ se dirige a la sala, anunciando que los asistentes deberían buscar a su pareja, y el ritmo empieza a ralentizarse—. ¿Has sido tú? —le pregunto, porque yo misma hablé con el DJ, y quedamos en que todo serían temas para tener a la gente eufórica y hacerlos bailar sin parar.

Noto el movimiento ligero de los hombros de Tyler, y sé que se está riendo. Todavía no he decidido si es de mí o de la situación.

—Ven —es todo lo que responde mientras coloca mis manos alrededor de su cuello. Después, abandona mis muñecas para recorrer mis brazos lentamente. Alcanza mis hombros y baja por mis costados hasta posarse sobre mi cintura.

No sé si lo hace excesivamente lento, o es mi corazón, que se ha precipitado a un ritmo imposible.

—Vas a acabar con la fiesta —soy capaz de decir, concentrada en mantenerme firme.

—Es solo una canción. Además, lo hago por ti. —Sus dedos se mueven por mi espalda hasta encontrar el límite de mi vestido.

Yo no respondo nada, concentrada en su movimiento.

Tyler sonríe frente a mí, y ese simple gesto lanza mi corazón contra mi pecho, desesperado por seguir disfrutando de esta imagen.

—Susan te preguntará. Te doy algo de material.

—Podría haber bailado con Kylen.

Según termino de hablar, sus manos alrededor de mi cintura aprietan su agarre y me aproximan a su cuerpo.

Su sonrisa ha desaparecido y su mandíbula se muestra tensa. Yo me siento victoriosa por un segundo. Entonces, se agacha sobre mí para hablarme al oído, sus labios rozando mi piel, derritiéndome con ellos.

—Ya te dije que eso no iba a ocurrir —me recuerda entre dientes, con una voz tan grave como peligrosa.

Se separa de mí y alzo la vista cuando me veo capaz de aguantarla. Apenas soy consciente de seguir respirando. Sus dedos se siguen moviendo, abandonando el vestido para recorrer mi piel lentamente.

—No te entiendo —digo finalmente, derrotada. Nada de lo que hace o dice tiene sentido. Parece interesado en mí, y un segundo más tarde se marcha en busca de otra mujer. Y no es que el hecho de que Tyler Kelscot parezca interesado en mí tenga más sentido.

Su mano recorre con suavidad mi columna y me empuja más hacia él. De nuevo, se agacha a mi lado mientras ambos nos balanceamos al ritmo de la suave música que nos envuelve.

—Y yo pensando que estaba siendo lo suficientemente claro.

Sus palabras me acarician, como si de un susurro se tratase, aunque, por el volumen de la música, no puede serlo. Y, a pesar de eso, no oigo nada más que su voz llegando hasta mí como un líquido caliente templando mi cuerpo.

No contesto nada. Prefiero darme un momento más de falsa felicidad. De creer lo que dice; de pensar que nada puede salir mal. Al menos, hasta que termine la canción.

Así que continuamos moviéndonos en silencio, acercándonos un poco más con cada giro, aprovechando los últimos acordes, como si los dos supiéramos que esta calma va a evaporarse de un momento a otro. Me concentro en cada uno de sus dedos sobre mi piel,

deslizándose tan lento por mi cuerpo que no soy capaz de seguir su caricia.

Alzo la vista, echando mi cabeza hacia atrás, y encuentro los ojos de Tyler, contemplándome. No sonríen, no están enfadados. Solo me miran. Y lo hacen con tal intensidad, que empiezo a sentirme pequeña bajo él.

—¿Tengo que explicarme más? —me pregunta como si hablara a mis labios, de los que no ha apartado la vista.

—Mh…

Ni siquiera logro procesar su pregunta. Únicamente siento el deseo de dejarme caer, de permitir que su tacto me haga arder, de rendirme.

Una de sus manos abandona mi cintura, dejándola fría, y pasa a rodear mi cuello antes de que pueda quejarme. Lo cubre con el mismo calor bajo el que ha hechizado mi pecho.

Sus dedos se mueven por la línea de mi mandíbula hasta que su pulgar alcanza mi labio inferior.

—Nora. —Mi nombre sale de su boca. No sé si me llama, si me avisa, si suspira mi nombre. Pero no quiero dejar de escucharlo.

Me mira a los ojos en busca de algo que le entregué hace tiempo. Con cada roce de su piel, con cada mirada, con cada palabra susurrada en mis oídos. Y me doy cuenta de que nunca he tenido la opción de escapar, porque nunca he querido salir de la trampa.

—¿Sí? —Si necesita una respuesta, solo tiene que preguntar.

En cambio, no lo hace. Se queda quieto mientras la música se apaga a la misma velocidad que se aparta de mi cuerpo, dejándolo

helado y pequeño. Luego, respira hondo y su boca se transforma en una sonrisa llena de diversión.

—Fin del baile.

Y la realidad vuelve a atravesarme como un rayo. No ha dejado de hacerlo en toda la noche, y sigo cayendo una y otra vez. No pensaba besarme. Nunca ha pensado hacerlo. ¿Por qué sigo esperando que ocurra?

Siento un peso vacío en el estómago que tira de mi cuerpo hacia el suelo para que sea pisoteado. Como si la gravedad se hubiera ensañado conmigo, y el simple hecho de mantenerme en pie fuera demasiado duro.

Doy un paso hacia atrás al tiempo que la nueva canción, una llena de ritmo y fuerza, me obliga a despertar del sueño en el que me había aletargado.

Lo esquivo para alejarme de la pista, de él, de mis esperanzas frustradas, antes de que la rabia haga llegar lágrimas a mis ojos.

Su mano se aferra a mi muñeca.

—Tengo que irme —le digo antes de que pueda reírse de mí una vez más.

—¿Ahora?

—Sí. Déjame. —Me zafo de su mano, de su tacto, que me quema. Y, a pesar de todo, sigo queriendo derretirme bajo él.

Me alejo, ignorando mi nombre cuando lo grita a mis espaldas. No pienso darle una mayor satisfacción otorgándole la victoria.

Haber sucumbido a las zapatillas me permite marcharme a mayor velocidad sin temer por mi equilibrio. Cruzo la pista de baile y choco

contra McKillen, que me estudia preocupado. Pero no tengo tiempo para inventar ninguna excusa.

Necesito salir de allí, respirar.

¿Por qué no puedo dejarme llevar? ¿Por qué me es tan difícil con Tyler?

Cruzo el salón y el silencio me abruma en los oídos cuando la música queda amortiguada tras la puerta doble detrás de mí. Sigo avanzando, evitando la mirada curiosa de los recepcionistas, hasta alcanzar la salida del hotel.

La noche me recibe fría, y, sin embargo, no me hace temblar. Salgo hacia ella sin pensármelo, porque es justamente lo que necesito para calmarme y volver a mis cabales. Para frenar los sueños delirantes que he dejado entrar en mi cabeza; que solo me harán daño cuando por fin despierte.

—¡Nora!

Su voz vuelve a llamarme, dejándome petrificada en mi sitio.

#24

SERÁ UN MOMENTO

Tan solo el sonido de su voz basta para que mis pies se rebelen contra mí.

No puedo volverme, no puedo verlo, tengo que continuar.

—Nora, ¿qué pasa? ¡Espera!

Apenas doy tres pasos antes de que Tyler me retenga sosteniendo mi mano. Y ese escalofrío que la temperatura de la noche no consiguió llevar a mi cuerpo, aparece con el tacto de sus dedos envolviéndome.

—Tyler, no… —Intento mentir, pero ni siquiera hago por apartarme. No quiero huir. Quiero que gane, que luego me abandone si es necesario, que me deje recomponiéndome. Sabré hacerlo, supongo—. Tengo que irme —digo en contra de mi voluntad. La parte racional de mi cabeza sigue funcionando sin mi consentimiento.

—Dime qué ha pasado —pregunta.

Pone su mano bajo mi barbilla para alzar mi cabeza; yo con las mías retengo su movimiento.

—Nada —digo, reconociendo lo que más me está doliendo. Que no ha pasado nada; que no pasará—. Estoy cansada.

—¿De repente?

Me quedo en silencio, dándole tantas respuestas en mi cabeza como se me ocurren, sin que ninguna se aventure más allá de mi boca.

—Te veré mañana en el Complejo —respondo abatida. Quiero perder de una vez, terminar este juego. Sin embargo, es el tira y afloja lo que lo mantiene enganchado a mí, lo que sustenta esta jugada infinita de tortura que ha creado entre nosotros.

—¿Y a dónde vas a ir? —pregunta entonces, dejándome confundida.

—Tengo un Uber. Estará al llegar.

—Muy bien —dice, deslizando mi mano dentro de la suya. Acto seguido, comienza a caminar hacia la puerta del recinto del hotel, llevándome a su lado.

—¿Qué…? —Lo sigo a duras penas mientras trato de entender qué está ocurriendo.

—Que lo espero contigo —responde como si nada. Y ahí está otra vez, el Tyler Kelscot amable al que no estoy acostumbrada. El que me desarma de la forma más natural posible.

—No es necesario, de verdad —trato de convencerlo, pese a que me resisto a liberarme.

—No voy a dejarte sola aquí.

Miro a nuestro alrededor. No hay nadie por la calle y seguimos dentro del aparcamiento. No hay ningún peligro posible. Aun así, él ya ha decidido que no va a moverse de mi lado.

Dejamos atrás el hotel y nos dirigimos a un lateral para esperar a que llegue el coche que me debería recoger.

—Oye, de verdad que… —Trato de persuadirlo para que siga disfrutando de la fiesta, cuando, en un rápido movimiento, se abalanza sobre mí.

Me sujeta contra la pared y apoya su brazo derecho en el muro a mis espaldas, creando con su cuerpo una prisión de la que no puedo escapar.

Apenas hay dos centímetros de distancia entre nosotros, y su olor es como un veneno que me paraliza. Encuentro mis manos sobre su abdomen, tan duro como siempre lo he imaginado. Quieto, inmóvil, al contrario que mi pecho, que no deja de subir y bajar a pesar de mi esfuerzo por mantener mi respiración a raya.

—Espera. —Susurra sus palabras sobre mi boca, que se mezclan con mi aliento entrecortado.

Pero cuando alzo mis ojos, no es a mí a quien mira. Parece preocupado por algo que ocurre detrás de él.

—¿Qué… qué pasa? —Consigo que las palabras abandonen mi garganta, directas hacia sus labios.

—Me escondo de unos fans —dice distraído—. Será un momento.

«Un momento» que se me hace demasiado largo cuando vuelve sus ojos hacia mí. De nuevo me siento pequeña bajo su mirada, y me cuesta escapar de ella.

—Pensaba que eras todo un famoso mediático, y resulta que vas escondiéndote de tus fans, 89.

Su sonrisa se extiende al instante, hasta que unos pasos cercanos la borran.

—En realidad te escondo a ti —susurra, moviéndose para taparme un poco más.

La decepción me taladra. No sé cuántos golpes más debo recibir esta noche, ni cuántos más podré soportar.

A pesar de que no contesto nada, Tyler ve algo en mi cara, porque abandona mi cintura para sostener mi barbilla y obligarme a mirarlo.

—No es lo que piensas —dice antes de que pueda soltar cualquier tontería para quitarle hierro al asunto—. Intento evitarte salir mañana en las portadas de todos los periódicos y revistas del país. Pero si no te importa, me aparto rápidamente —me amenaza moviéndose ligeramente.

Alargo mis brazos y me sujeto a su chaqueta con fuerza. Prefiero mil veces su rechazo al del país. ¿Qué pensaría todo el mundo si creyeran que alguien como yo sale con Tyler Kelscot? Incluso las chicas más espectaculares han recibido el odio del público.

Lo acerco a mí de un empujón, como si mi vida dependiera de ello. Puede que en parte lo haga.

Entonces, abandona mi barbilla para rodear mi cuello.

La música de fondo que llega de la fiesta queda amortiguada con nuestras respiraciones, que se van acompasando poco a poco.

Mi cabeza empieza a dar vueltas, y estoy segura de que no se debe al poco alcohol que he bebido, sino a los nervios que atraviesan mi

cuerpo. Y su mano acariciando mi cuello no ayuda a relajarme. No sé si lo hace porque me nota tensa, o porque está cómodo conmigo.

Tampoco sé qué opción preferiría.

Su caricia cesa, y sus dedos se deslizan por mi cuello, llegando hasta la unión de este con el hombro. Su pulgar recorre mi piel lentamente, como si temiera perderse algún centímetro. Va en dirección a mi brazo, y choca con el tirante de mi vestido.

Permanezco quieta esperando a que siga transitando mi cuerpo con la misma delicadeza. En cambio, no pasa de mi tirante. En lugar de eso, se da la vuelta para comprobar que no hay nadie, todavía sin apartarse de mí.

—¿Cuándo dices que llega tu Uber? —me pregunta de pronto.

Tengo que hacer memoria para recordar que eso es lo que hacíamos aquí fuera: esperar a mi coche.

Respiro hondo y suelto las solapas de su chaqueta, arrugadas entre mis dedos.

—Tengo que pedirlo —digo avergonzada. En realidad, huía del hotel, de él. Ni siquiera había planeado marcharme. Quería aire; ahora quiero algo muy distinto.

—Déjame llevarte a casa.

Pestañeo unas cuantas veces intentando centrar mi cabeza, porque no es posible que lo haya escuchado bien.

—Tengo chófer. Está esperando en el aparcamiento —continúa él, tratando de convencerme. Yo permanezco congelada, sin entender lo que está ocurriendo.

Su sonrisa regresa, y me doy cuenta de que le diría cualquier cosa con tal de que no la borrase.

—Es más barato que el Uber. —Sigue intentándolo, ignorante al barullo que tengo en mi cabeza—. Esta noche tiene tarifa especial. —Coge un mechón de mi pelo y lo aparta de mi cara—. Me vale con una de tus sonrisas.

Fuera cual fuera la respuesta que esperaba, no era esa. Quizás algo vergonzoso con lo que reírse de mí. Pero mi corazón se estrella contra mi pecho, como si buscara lanzarse hacia el hombre que tengo enfrente.

El Tyler Kelscot dulce es aún más nocivo para mí que cualquiera de sus otras versiones.

Hago lo posible por esconder la sonrisa que se rebela contra mis labios, apretándolos tanto como puedo.

—Una buena —dice insatisfecho.

Y no puedo evitarlo. Sin quererlo, le pago el viaje en coche que me ha ofrecido.

—Esa me gusta más —dice, acariciando mi barbilla suavemente.

Luego, abandona la pared tirando de mí. Es la segunda vez que lo hace desde que hemos salido del hotel, y es la segunda vez que no lo evito. Estoy perdiendo la cabeza.

Volvemos al recinto y nos dirigimos hacia un lateral, donde hileras de coches de lujo esperan a ser recogidos por sus dueños.

Caminamos en la oscuridad, en silencio, y me concentro en la mano que rodea la mía. También aprovecho a mirar al jugador de la NFL que ha decidido abandonar una fiesta con sus compañeros de equipo por llevarme a casa en su coche. El cosquilleo que baila en mi

tripa cuando ese pensamiento cruza mi mente me da miedo. Debería mitigarlo, y no lo hago. En su lugar, aprieto la mano que me arrastra por el aparcamiento, y Tyler se gira para mirarme con la satisfacción iluminando su cara.

Nada de esto me parece real. No puede serlo.

Cuando quiero darme cuenta, nos aproximamos a un coche plateado con un señor apoyado en su capó concentrado en la pantalla de su móvil hasta que Tyler lo saluda.

—Eddie, llevamos a Nora a su casa.

El señor junto al coche apaga su teléfono y me mira por un momento.

—A su casa, claro —confirma con un tono que seguramente diga más a Tyler que a mí—. Buenas noches, señorita —me saluda después.

Levanto mi mano libre para ondearla frente a él. Es todo lo que mi vergüenza repentina me permite hacer y, en silencio, agradezco que la poca iluminación del exterior apenas deja vernos las caras, y mucho menos el tono rojizo que debe estar tiñendo la mía.

Tyler me lleva hasta el coche y abre una de las puertas traseras para mí.

Su versión dulce vuelve a atacarme sin compasión.

—Voy a tener que pensar un poco mejor de ti, 89 —le digo, feliz de poder sacar algún comentario irónico entre tanto nerviosismo.

Sus labios se curvan y sus ojos me miran con intensidad. Apoya sus brazos sobre la puerta sin dejar de observarme.

—Entra, antes de que me arrepienta —me avisa con una mirada desafiante, haciéndome una seña con la cabeza para que comience a moverme.

—¿Arrepentirte de qué? —pregunto perdida.

—No quieres saberlo.

Su gesto habla más que sus palabras y, efectivamente, me dice que me metería en algún problema si insisto.

Derrotada en este intercambio, finalmente me meto en el coche y, cuando Tyler cierra la puerta detrás de mí, libero un sonoro suspiro. Hasta las zapatillas me están matando ya.

Tyler no tarda en sentarse a mi lado. El conductor pone en marcha el coche, aunque no se mueve hasta que le doy mi dirección.

Enseguida nos desplazamos bajo la luz de las farolas de la ciudad, que pintan el interior del coche en distintos tonos anaranjados.

Cuando me giro hacia Tyler, encuentro que él ya me estaba observando. Aun así, no decimos nada. Me recuesto en el asiento, mucho más cómodo de lo que cualquier coche debería ser.

—¿Ha sido una buena fiesta? —pregunta Eddie, rompiendo el hielo.

—El mejor paripé en el que he estado —afirma Tyler satisfecho, a pesar de cómo se refiere a la fiesta que con tanto trabajo he sacado adelante.

—Y lo sigues llamando paripé —le digo dolida—. Siento que te hayas quedado fuera, Eddie. La próxima vez deberías entrar.

—Él los odia más que yo. —Tyler le ahorra el mal trago a su amigo.

—Vale, pues no he dicho nada. —¿Por qué me molesta tanto lo que Tyler piense de esta fiesta? Ya sabía que no era lo suyo. No ha dejado de repetírmelo.

Y, de pronto, dice algo que vuelve a sorprenderme. Tercer *down* para el Tyler Kelscot dulce.

—Te habría gustado el de hoy. Ha estado muy bien.

—¿De verdad? —pregunto tan feliz que casi salto en mi asiento.

—Sí.

Vuelvo a mirarlo, confundida por lo que está confesando.

Entonces, noto su mano avanzando sobre la mía. Primero un dedo, después otro, y así hasta que todos quedan entrelazados con los míos. Desciendo la vista hasta ellos y me atrevo a moverlos lentamente, entregándome a su tacto. Desearía que hubiera alguna forma de detener el tiempo ahora mismo, y mis pensamientos. Siento que están a punto de boicotearme una vez más.

Pero es otra voz la que lo hace.

—Ya hemos llegado —anuncia Eddie, haciendo que mi mano se asuste y se aleje de lo que tanto estaba disfrutando.

Miro por la ventana para reconocer la fachada de ladrillo viejo de mi casa.

—Sí, aquí es. Muchas gracias.

—No hay de qué —contestan Eddie y Tyler al unísono.

Me río suavemente y veo cómo Eddie saca su móvil, dando a entender que hasta ahí ha llegado su conversación conmigo. Me giro hacia Tyler y le dedico su saludo militar que tantas veces me ha molestado.

—Buenas noches —digo, y, esta vez, Eddie no responde.

—Buenas noches, Nora.

A pesar de habernos despedido ya, tardo un momento en ponerme en marcha, teniendo claro que escuchar mi nombre de su boca no es algo a lo que vaya a acostumbrarme fácilmente.

Al final abandono el coche satisfecha por no haberme tropezado con mi propio vestido, incluso a pesar del vaivén de mi cabeza, recordándome que el alcohol no es para mí.

Subo los seis escalones hasta mi puerta y me quedo petrificada frente a ella.

Después de respirar hondo, muevo el picaporte, que, obviamente, no cede. No esperaba que lo hiciera.

«Mierda, mierda, mierda».

Busco mi móvil para llamar a Susan, y recuerdo que lo dejé junto a mi bolso y el resto de mis cosas en el Royale.

Abatida, apoyo mi cabeza contra la vieja puerta azul de mi casa. Está claro que esta no es mi noche.

—¿Todo bien? —la voz de Tyler detrás de mí ahoga mis lamentos.

#25

A ESO SE LE LLAMA SECUESTRO

Nora sale del coche y yo me lanzo contra el respaldo de mi asiento, liberando un largo y agónico suspiro. Cuanto más juega conmigo, más me gusta. Llevo toda la noche buscándola, acercándome a ella, intentando saber si de verdad huye de mí, o si estoy tan desesperado como para imaginar otras cosas. Pero no ha movido su mano cuando la he sostenido. Tampoco se ha alejado cuando estaba tan cerca de ella que mis pensamientos han desaparecido y únicamente podía escuchar su respiración entrecortada.

Y luego me llama 89, soltándome algún comentario que me hace perder la cabeza. Porque no es hiriente, como lo que estábamos acostumbrados a decirnos. Es algo distinto. Como si se sintiera cómoda conmigo, tanto como para bromear.

Joder, y me encanta.

—¿Piensas pasar el resto de la noche lamentándote, o vas a salir a buscarla? —La voz de Eddie desde el asiento del conductor me devuelve a la oscuridad del coche.

Sin responder, miro a Nora través de la ventanilla, que continúa frente a su puerta.

Abro el coche de un tirón, antes de pensármelo dos veces. Lo rodeo con velocidad y subo los escalones.

No se ha percatado de que estoy detrás de ella mientras murmura palabras que no soy capaz de discernir. Aún siento el zumbido en mis oídos tras la fiesta.

—¿Todo bien? —Le hago saber de mi presencia.

La pregunta sigue en el aire cuando se gira con tanta velocidad que casi tropieza con sus pies Se apoya en la puerta que todavía no ha abierto, y su belleza vuelve a golpearme al dirigir esos ojos marrones hacia mí.

—¡Hola! —me saluda sobresaltada. Me echaría a reír si no fuera por el gesto asustado que no desaparece de su rostro.

—¿No es tu casa? —pregunto confuso, pues ha pasado un rato y sigue en la calle.

—Sí, sí. Claro que lo es —me confirma.

—¿Y por qué no entras?

Nora echa un vistazo a su alrededor encogiendo los hombros.

—Quería… tomar un poco el aire. Ya sabes.

No. Lo cierto es que no sé nada, ni entiendo nada. Me quedo observándola por un momento y cruzo mis brazos frente a mí.

—¿Qué pasa, Nora?

Tan solo decir su nombre me despierta un cosquilleo extraño en la tripa, tal y como me ha ocurrido en los últimos días. Quizás es por cómo me mira cuando lo hago. Busca mis ojos con intensidad y yo quiero perderme en ellos.

Ni siquiera soy consciente de cómo me acerco a ella lentamente, hipnotizado.

—Me pones nerviosa cuando me llamas Nora —dice en un susurro, confirmándome que no son imaginaciones mías. Siente algo distinto cuando uso su nombre, exactamente igual que me ocurre a mí. Algo que no quiero dejar de sentir.

Su mirada baila sobre mi boca durante una fracción de segundo lo suficientemente largo para aterrarme, porque cada vez me cuesta más mantenerme alejado de ella, contenerme de hacer cualquier locura como besarla. Porque sería una locura hacerlo, ¿no?

Sonrío, escondiendo el batiburrillo que me baila en la cabeza, en el estómago y en cada extremo de mi cuerpo.

—Pensaba que no te gustaba que te llamase jefa —respondo, también en un susurro. De algún modo me he acercado más a ella, cayendo en su hipnótica atracción, incapaz de contener mi movimiento.

Nunca me ha dicho que le molestara; bastaba con ver cómo torcía el gesto cuando lo hacía. Adora su trabajo, pero no el reconocimiento que viene con él. Eso, en cambio, le incomoda.

—Y no me gusta. No soy tu jefa.

Mueve sus manos, y enseguida las vuelve a aplastar contra la puerta. Parece empeñada en aguantar, y yo, en conseguir que se rinda.

Elevo una comisura.

—¿Entonces cómo debería llamarte?

—No lo sé —dice exhalando su respuesta.

Finalmente, veo sus manos moverse a sus lados, y, antes de que me alcancen, las esconde detrás de su espalda. Sin embargo, en esta ocasión no me molesta, porque, al hacerlo, su cuerpo se acerca un poco más al mío, aunque no lo suficiente.

Me agacho sobre ella, apoyando un brazo en el marco de la entrada, a la altura de su cabeza.

—Avísame cuando lo decidas. —Lanzo las palabras directas sobre su boca. Sus ojos, en cambio, han descendido hasta la mía, ignorante de cómo me afecta verla mirándome. Aún peor cuando se humedece los labios sin ninguna compasión.

Entonces, fija la vista en mis ojos, que siguen cada uno de sus movimientos.

—¿Más fans de los que esconderme? —me pregunta con un hilo de voz. Si no estuviera volviéndome loco, diría que se deshace contra la puerta, y me pregunto si mis brazos alrededor de ella la ayudarían a recomponerse, o a perderse un poco más.

—No. Esta vez no —le confirmo mientras me agacho para recorrer el poco espacio que nos separa. Sigo concentrado en su mirada, hasta que sus manos por fin deciden abandonar la madera azul a sus espaldas y recorrer mi abdomen, despertando un impulso salvaje que sacude cada recoveco de mi ser.

Mis ojos descienden hasta su boca y estoy bastante seguro de que voy a besarla. Lo deseo demasiado. Tanto, que está mal.

Me acerco lentamente a ella, como si el tiempo no fuera problema. Su respiración roza la mía, cálida, entrecortada.

Tan solo unos milímetros nos separan. Y entonces, escucho su grito ahogado rompiendo la tensión, el momento y mi cordura.

—¡Me he dejado las llaves en la fiesta!

—¿Qué? —me alejo confuso. Estábamos a punto de besarnos, y no sé ni lo que ha dicho. Desde luego que no lo que esperaba. Mi estómago se retuerce arrepentido por haber sido tan lento.

Resoplo, apartándome de la ella y dándole el espacio que me ha pedido con otras palabras. Me paso la mano por la cabeza, intentando olvidar el calentón que tengo. No hay duda de que me está volviendo loco, de todas las maneras posibles.

—Por eso no puedo entrar en casa. Me he dejado las llaves. —Sigue hablando con rapidez, como si necesitara llenar el aire con sus palabras.

Continúa apoyada en la puerta, recuperando la postura.

Me acerco y tiro del picaporte que, por supuesto, no se mueve.

¿Por eso estaba fuera? ¿No es porque estuviera esperándome? ¿Y por qué no me lo ha dicho antes?

Estoy seguro de que todas esas preguntas tienen respuestas que no quiero oír y que tirarían por tierra las fantasías que llevo días teniendo con Nora. Así que opto por ignorarlas.

—¿No tienes una llave fuera? —digo removiendo las macetas que adornan su pequeño porche.

Escucho una pequeña risa detrás de mí y, al girarme, veo a Nora divertirse con mi desesperación. Si no estuviera tan guapa se lo haría pagar de algún modo. En lugar de eso, sonrío. No estoy acostumbrado a hacerlo tanto, ni tan a menudo. De nuevo, Nora poniendo mi mundo del revés sin esforzarse.

—¿Quieres ir a mi casa? —pregunto de golpe, antes de que mi cabeza y el calor asfixiante que siento sigan torturándome. Necesito que salgamos de este porche—. Tengo una casa de invitados donde puedes quedarte hasta mañana.

No es la opción que me gustaría proponerle, pero sí la más sensata. Especialmente después de que casi me golpeara en su intento de librarse de mi fallido beso.

Trato de acallar mi cabeza, con Nora mirándome extrañada.

—No sé si es buena idea —dice más tarde. Seguramente esté pensando en qué opciones tendría aquello de volverse en su contra, y a mí se me ocurren demasiadas.

—Es mejor que quedarse en la calle de noche, borracha —le digo encogiéndome de hombros, con una seguridad bien aparentada.

—No estoy… —intenta corregirme, y yo la corto antes de que consiga convencerme.

—Nora. No voy a dejarte aquí con ese vestido y unos chupitos de más. O vienes conmigo o te llevo a rastras —le explico tan serio como puedo.

—A eso se le llama secuestro —contesta ella. Su tentativa por sonar molesta se ve frustrada por sus labios apretados, apenas conteniendo una sonrisa que me muero por ver.

Siento el fuego que me consume por dentro, desde el centro de mi cuerpo hasta cada una de mis extremidades, volviéndose más

ardiente con sus palabras.

—Considérame tu secuestrador esta noche —le digo pretendiendo ponerla nerviosa, y consiguiéndolo.

Desvía su mirada hasta sus manos, que se estruja de forma incesante.

—No quiero que malinterpretes… —deja la frase inacabada, y casi puedo sentir el calor que cubre su cara, sumiéndola en un rosa demasiado dulce.

El problema es que quiero hacerlo. Quiero malinterpretar todo. Quiero que me mire, que vuelva a tocarme, que me deje besarla. Quiero rozar sus mejillas con mis dedos y descubrir si están tan calientes como mi pecho.

Pero no quiero ser un capullo. Así que escondo todo bajo unas palabras secas.

—No lo haré —le aseguro, apartándome más de ella. Tanto como este diminuto porche y mis ganas frustradas de abrazarla me permiten.

La observo mientras piensa sobre ello.

—¿Es una casa aparte? —pregunta, y me cuesta mantenerme templado. Me basta con imaginar volver al coche con ella para que esta noche se convierta en una gran noche.

—Sí. Es una casa aparte.

Creo que se le acaban las ideas para rechazar mi propuesta, o puede que ya no tenga ganas de seguir inventando excusas. Se muerde el labio inferior, quizás pensando en una última opción que evite mi avisado secuestro, y una nueva descarga me recorre.

Cuando su sonrisa emerge iluminando su cara, y toda la calle, sé que estoy en apuros.

—Muy bien —accede.

Soy incapaz de contener mi satisfacción transformando mi rostro. No me importa que lo sepa, que vea cuánto me alegra que venga conmigo, que me deje pasar unos minutos más a su lado.

—Ibas a secuestrarme de todos modos, ¿no? —sacude su cabeza con suavidad.

Me acerco por fin a ella, mirándola como si fuera a quedarme ciego de un momento a otro y necesitara recordar cada centímetro de su cara. Luego, alargo la mano en busca de la suya, con la confianza de que, una vez más, me dejará rodearla con mis dedos. Y tiro de ella para llevarla de vuelta al coche.

Mi corazón me martillea el pecho cuando la veo entrar en él, aunque en esta ocasión no hace ningún comentario de mis caballerosos modales abriéndole la puerta.

Nos ponemos en movimiento en cuanto Eddie avisa a Maly y da la bienvenida de nuevo a Nora. Ella se encoge en su asiento, posiblemente por la vergüenza de regresar con nosotros. Busco su mano, y sus hombros se relajan al mismo tiempo que mi pecho se hincha.

Me mira con timidez y se gira para perderse en las imágenes que pasan frente a su ventana, con sus dedos llenos de anillos todavía entrelazados con los míos sobre el asiento.

Va a ser muy difícil no malinterpretar nada.

Tardamos media hora en llegar a mi casa. Me hubiera quedado dormido en el coche con el traqueteo y la música somnolienta que tiene puesta Eddie, si no fuera por cada descarga que los dedos de Nora encienden sobre mi piel.

Cuando la miro, creo que algo parecido le ha pasado a ella.

Mi amigo deja el coche en la entrada y salgo de él rápidamente para poder volver a lucirme como hombre educado. Abro la puerta de Nora y la ayudo a bajar del coche.

Según se pone en pie, se tambalea. No iba muy desencaminado cuando la acusé de haber bebido de más. Se apoya en mí y la rodeo con mis brazos hasta que recobra el equilibrio. Su aroma a flores me atiza sin piedad, y me cuesta apartar mis manos de ella.

Después, nos conduzco hacia la casa de invitados.

Mientras lo hago, pienso en cómo ha cambiado todo entre nosotros desde la última vez que cruzó mi jardín. Lo hizo con ganas de matarme, vestida con un diminuto pijama blanco de tirantes del que no me pude quitar la imagen de la cabeza en días.

Nora mueve su brazo y lo enrolla alrededor del mío, haciendo que mis pensamientos se descontrolen imaginando a La Chica del Móvil envolviendo mi cuerpo con el suyo.

Bajo la mirada hasta ella, que parece concentrada en algo que no tiene delante. Su belleza vuelve a sorprenderme, como si no hubiera sido testigo de ella desde que la conocí.

—¿Todo bien? —le pregunto.

Alza sus ojos hasta mí, y su mirada me roba la respiración una vez más.

—Sí, todo bien. —Desvía la vista de vuelta al edificio que bordeamos—. Tienes una casa muy bonita —dice distraída.

—Gracias —respondo yo, sin saber qué se dice en estos casos. Ni siquiera la escogí yo.

Entonces aprieta su brazo alrededor del mío y veo cómo esas dudas se desvanecen. Todo me da exactamente igual, excepto ella a mi lado.

No tardamos en llegar a la casa de invitados. He visto el exterior de la de Nora, y sé que la mía le resultará ostentosa y exageradamente grande. A mí me lo pareció cuando Riley me la enseñó, y estoy más acostumbrado a estos tamaños.

Ella, en cambio, no dice nada. No sé si le gusta o no. No sé qué piensa. Si cree que es demasiado o si le parece normal en alguien como yo. Y me muero por preguntarle todo, por saber qué opina, en qué se fija.

Cuando llegamos a la entrada, muevo el picaporte, y este sí cede.

La casa está iluminada tenuemente con algunas lámparas pequeñas. Maly ha debido dejar todo preparado. Incluso ha encendido algunas velas. Noto mi presión aumentando cuando Nora se fija en ellas.

Joder, se debe pensar que ha sido idea mía.

Me paso la mano por la cabeza.

—Maly lo ha preparado todo para que estés cómoda.

La entrada da directamente al gran salón comedor cocina. Es más pequeño que el de la casa principal, y, aun así, es enorme. Observo la estancia a la vez que Nora, porque apenas la recuerdo. Llevo poco

tiempo en Redmont, y, aparte del día en que Riley me enseñó esta vivienda, no he vuelto a aquí.

Todo está decorado en madera y colores claros. Resulta incluso hogareña, no como la casa principal.

Guío a Nora por la estancia, llevándola de la mano. Bastaría con mostrarle dónde están el dormitorio y el baño, pero decido enseñarle cada pequeño rincón, a pesar de que conozco esta vivienda casi tanto como mi invitada. Es la única forma que tengo de pasar un poco más de tiempo a su lado, hasta que decida que quiere irse a dormir.

—Es una casa preciosa —me dice cuando nos quedamos sin más espacios que ver.

Debería desearle buenas noches y dejarla tranquila, y, sin embargo, no lo hago. Su mano sigue enredada en la mía. Me fijo entonces en la pared del fondo, y pienso que quizá pueda encontrar otra excusa para no despedirme. Al menos, de momento.

La llevo hasta el final de la estancia.

—Esto te va a encantar.

Apago las luces y ella da un paso atrás asustada cuando escuchamos el leve ruido de un motor. La pared que tenemos enfrente empieza a moverse. Son puertas correderas, que se abren dejando a la vista la noche frente a nosotros. A lo lejos podemos ver la ciudad iluminada, como pequeñas luciérnagas sobre un campo enorme.

Es la misma imagen que puedo ver desde mi dormitorio principal, aunque un poco menos impresionante por la menor altura.

Nora se gira hacia mí, y decido darle un poco de tiempo ignorándola en contra de mis deseos, contemplando la ciudad. No me dice nada, solo se queda observándome. Y cuando por fin me

rindo a su mirada, esta se esfuma, desviándose hacia el ventanal descubierto ante nosotros.

La luz de la noche se refleja en su rostro, y las ideas en mi cabeza van en todas direcciones. Ninguna se asemeja a una despedida.

—¿Y bien? —le pregunto. No, le susurro. Como si mi voz pudiera estropear el momento entre nosotros; la calma en la que estamos sumidos y la belleza que hay a mi alrededor.

—Tienes razón, me encanta —dice sin levantar la vista del paisaje nocturno que hay ante sus ojos. Su voz suave y dulce recorre mi piel, buscando dónde anidar.

Me muevo a su lado, acercándome a ella, y trato de concentrarme en el paisaje, fallando estrepitosamente. Alargo uno de mis dedos para acariciar su brazo y bajar por él lentamente hasta colarme dentro de su mano y enredarlo con su meñique.

He dejado de escuchar su respiración, y la mía no va mucho mejor. De pronto, se separa de mí. Mi meñique la echa de menos al instante. Todo mi cuerpo lo hace.

—Creo que… necesito ir al baño —dice distraída echando un vistazo alrededor para recordar por dónde se iba.

Se da la vuelta para marcharse, y la agarro antes de que se vaya. Se queda quieta por un momento, pero no se aleja. La aproximo hacia mí lentamente. Únicamente se detiene cuando está muy cerca de mí, más de lo que había planeado.

—¿Vas a potar? —le pregunto. Deslizo mi mano por su cintura, hasta llegar a su espalda, como hice en la pista de baile. Y las descargas que entumecían mis dedos entonces, resurgen.

Me mira en la oscuridad, y no sé si es consciente de sus brazos recorriendo los míos hasta descansar sobre mis hombros. Me

mantengo tan quieto como puedo por miedo a que vuelva a intentar contenerse, como lleva haciendo toda la noche. Sin embargo, cuando me acerco a ella, todo su cuerpo responde. Sé que quiere estar aquí, conmigo, aunque su cabeza le dice que no.

La mía solía hacerlo, pero olvidé hace tiempo el motivo.

Muevo mi pulgar sobre su espalda.

Todavía no me ha contestado.

—Preferiría besarte antes —le informo sin disimulo.

Veo cómo hace un esfuerzo por respirar. Me lo está poniendo muy difícil.

—¿Y quién dice que vamos a besarnos? —pregunta, intentando sonar dura. Sigue apoyada en mí, y yo deseo, con demasiadas ganas, descubrir el sabor de sus labios.

Mi mano abandona su espalda y veo la reacción en su rostro. Entonces muevo su corta melena detrás de su hombro.

—Lo dice este caballo plateado, dejando tu cuello a la vista —acerco mis labios a su piel, depositando un suave beso bajo su oreja —. Y este maldito vestido, que lleva torturándome durante toda la noche —confieso mientras me agacho para dejar otro beso sobre su hombro—. Y tus ojos, cada vez que miras mi boca.

Puedo imaginar sus mejillas sonrojándose, porque no puede negar lo que he estado viendo desde que empezó la fiesta. El deseo que ella también siente, por mucho que trate de ignorarlo, de engañarme, o incluso de engañarse a sí misma.

Ahora mismo, sigue mirando mis labios, y, al darse cuenta, aparta la vista con rapidez.

—No voy a potar —dice. No es la frase más romántica para rendirse a ser besada, pero ahora mismo me valdría cualquier cosa. Incluso esa respuesta.

Escondo mi mano bajo su pelo hasta alcanzar su cuello y rodearlo con mis dedos. Me agacho sobre ella y la empujo hacia mí.

—¿Por qué no me has ofrecido ir a por mis llaves a la fiesta? —Intenta sabotear el momento de nuevo. Una mala costumbre que ya no le va a funcionar.

—Puede que no sea tan buen caballero. —Estamos tan juntos que mi susurro choca contra sus labios—. ¿Por qué no lo has dicho tú?

Contengo mi sonrisa, porque conozco la respuesta. Y, aun así, espero a que me la dé.

—Esperaba que no fueras tan buen caballero.

Sus palabras hacen que se me escape todo el aire de los pulmones y me aferre más fuerte a ella.

—Joder, Nora… —gruño, y sin esperar más, mis labios encuentran los suyos.

Todo el aire que ella ha estado conteniendo llega hasta mi boca en forma de suspiro cuando se rinde bajo mi beso. Mi mano rodea su cuello con delicadeza mientras su calor me hace apretar mis dedos a su alrededor, para asegurarme de que no desaparece de pronto.

Mi cuerpo arde junto al suyo, y ninguno de los dos tenemos intención de disipar la llama.

La beso lento, tanto como puedo, saboreando el momento a pesar del ansia que me devasta por dentro, especialmente cuando se le escapa un pequeño gemido.

Abandona mi chaqueta, a la que se sujetaba con fuerza, para colarse por debajo de ella y rodear mi cintura tanto como abarca, y, de paso, robar la poca lucidez que me queda.

Estoy seguro de que nunca había besado así a alguien. Como si nada fuera suficiente, como si quisiera devorarla por completo, sentirla más, conseguir que su piel se derrita como lo hace la mía, hasta que se fundan en una sola.

¿Qué estás haciéndome, Nora?

En mi deseo de obtener más de ella, la empujo hacia mí, ignorando el hecho de que apenas hemos respirado desde que nuestros alientos se han unido. Pero no necesito el aire para respirar. La necesito a ella.

Hago rehén de su labio superior hasta que separa ambos, entregándome lo que buscaba. Cuando siento su lengua contra la mía, una explosión me atraviesa en una fracción de segundo. De pronto, me siento estúpido por haber tardado tanto en besarla.

La envuelvo en un abrazo mientras mis dedos se cuelan por debajo de su vestido, recorriendo su espalda y costados, impaciente por sentirla más.

Se separa de mí con un resuello, su respiración completamente agitada, y me mira de una forma que me hace perder la cabeza.

Está preciosa, entre mis brazos, aferrándose con fuerza, quizá porque la falta de aire pueda estar minándola.

Alzo mis dedos hasta acariciar su cara, y ella gira su cabeza, recostándose más en el interior de mi mano. Mi corazón se estrella con dureza contra mi pecho, ahogándome en el camino.

El suyo se mueve con velocidad según recobra el aire.

Entonces, abre los ojos y me dedica una media sonrisa.

—Dijiste que no lo ibas a malinterpretar —me acusa entre jadeos.

Lo que ese sonido hace con mi cerebro debería ser ilegal.

—No lo hago —le digo antes de besarla de nuevo, tan lentamente que no sé si pretendo que se recupere, o todo lo contrario—. Creo que estoy interpretando perfectamente las ganas que tengo de besarte.

Ella se relame los labios antes de dejar el inferior sujeto con sus dientes.

—Sí, yo también —dice con una risita.

Esa dulce vibración me basta para descubrir que voy a ser incapaz de controlar lo que esta chica lleva despertando en mí desde el primer día que la vi, escondida detrás de un móvil.

Su gesto pícaro me desarma cuando dirige sus ojos brillantes hacia mí.

—¿Y qué opinas de mis ganas, 89? —Usa una voz tan dulce y a la vez tan sexy, que me cuesta concentrarme en su pregunta.

—Opino que, con tal de seguir besándote, te daría lo que quisieras, Nora. —Mis manos se sujetan al escote de su espalda, controlando a duras penas mi necesidad de deshacerme del vestido.

Sus dedos se cierran sobre mi camisa, atrapándola con firmeza, y me empuja hacia ella. No tiene que hacer esfuerzo, porque no hay nada que desee más en este momento.

—¿Entonces por qué no sigues haciéndolo? —me reta.

Soy incapaz de contener el gruñido que sube por mi garganta y me lanzo hacia su boca, con el único objetivo de reclamar cada rincón de ella.

#26

¿QUIÉN LLEVA EL 89?

El ruido de una puerta cerrándose me despierta. Aun así, mis ojos se resisten a abrirse por el momento. Me giro sobre mi cama y me deleito en lo cómoda que estoy, zambullida en un sinfín de cojines y edredones. Finalmente me estiro con un suspiro y los abro, obligada por la luz a mi alrededor.

Me abrazo a uno de los cojines que tengo a mi derecha y una fragancia que me es familiar, y que me gusta demasiado, cosquillea mi nariz al estrujarlo, sin reconocer todavía su procedencia. Me apoyo sobre mis codos, y el pelo cubriendo mi cara me impide ver mucho más de lo que me rodea. Sábanas blancas, impolutas, y no de flores, como las que tengo en mi casa.

En un segundo, imágenes de la noche anterior me atraviesan como una flecha, dejándome sin aire. Y por más que lo intento, no soy capaz de pensar en otra cosa.

Las manos de Tyler acariciando mi espalda, luchando contra sus ganas de deshacerse de mi vestido; su boca cubriendo cada parte de mi cuerpo a la vista: mis brazos, mi cuello, mis labios.

Noto la electricidad en mi estómago al recordarla sobre la mía, su lengua acabando con mi débil defensa.

Sacudo la cabeza. No puedo seguir pensando en ello. Y menos en esta cama.

Salgo de ella de un salto y encuentro mi vestido rojo sobre el sillón claro que hay al lado de la puerta. Solo entonces me doy cuenta de que voy vestida con un albornoz tan blanco como las sábanas que me arropaban.

Junto a él hay una camiseta blanca de los Stallions con el número 89 en rojo y unas mallas cortas.

Me lanzo a por la ropa deportiva y me meto corriendo en el baño.

Cuando me veo en el espejo, mis mejillas delatan mi nerviosismo, mostrándose del mismo color de mi vestido abandonado.

Los recuerdos de anoche se hacen hueco en mi cabeza, y me cuesta no dejarme llevar por ellos. Pero debo centrarme y marcharme de allí cuanto antes.

Empiezo a vestirme rápidamente, ignorando lo que cada roce de la ropa sobre mi cuerpo me hace rememorar.

Al ponerme la camiseta, la situación es peor de lo que esperaba. Mi ropa de los Stallions es de la talla más pequeña; la de Tyler, es enorme.

Las mallas que me ha traído, en cambio, se ajustan mejor, por lo que a simple vista parece que únicamente llevo puesta su camiseta de

partido. Por más que intente hacer que se vean, es imposible; es demasiado larga, y yo parezco una muñeca disfrazada.

Trato de olvidarme de ello y me lavo la cara, borrando los restos de máscara que quedan alrededor de mis ojos. De mi pintalabios no ha sobrevivido nada. Sería extraño, después de todo. Aun así, se ven rosados e incluso un poco hinchados.

Ay, por Dios.

Me tapo el rostro durante un momento, y luego intento recogerme el pelo. No tengo ninguna goma a mano, ni tampoco encuentro en los cajones que reviso, así que al final lo peino con mis dedos hasta que me veo bien o, al menos, aceptable. Cuando ya no puedo hacer más, me despido de mi reflejo en el espejo y me dirijo de vuelta al dormitorio.

Tras hacer la cama, pese a que probablemente echen las sábanas a lavar, empiezo a ordenar la estancia.

Está claro que nuestras ganas de besarnos anoche arrasaron con todo. Voy colocando cada lámpara, mueble o decoración que arrollamos en nuestro apasionado intercambio mientras los recuerdos y el calor me van abrumando.

Entonces encuentro mi bolso sobre la mesa de café. Me quedo por un momento congelada, porque fue la razón por la que vine a aquí. No sé cuándo habrá vuelto al hotel a recogerlo.

Busco en él mi móvil. Tengo demasiadas notificaciones de Susan, y no estoy mentalmente capacitada para responder todos sus mensajes ahora mismo. Así que descarto sus avisos y solicito un coche para volver a casa.

Me siento en el sofá y me calzo las zapatillas tan rápido como puedo, si bien no alcanzo la velocidad a la que me da vueltas la cabeza. Lo peor es que no tiene que ver con una resaca, sino con lo

predispuesta que estaba a rendirme ante el jugador más sexy de la NFL.

En parte, me siento decepcionada por no haberlo encontrado aquí al despertarme. Sin embargo, no me sorprende.

Seguramente en estos momentos se esté preguntando por qué quiso traerme a mí y no a su modelo rubia. Y me da miedo descubrir el motivo, descubrir que lo hizo porque estaba borracho o, peor aún, que sea alguna especie de revancha por nuestras disputas con la que vaya a dejarme devastada. Porque yo me dejé ganar, y volvería a hacerlo de nuevo.

Cuando salgo, no me cruzo con ninguno de sus trabajadores, y doy gracias mentales por ello. Creo que pasaría demasiada vergüenza, segura de que me verían como una más de las conquistas de Tyler.

Al llegar a la entrada, la puerta al exterior se abre. Alguien ha debido accionarla, y yo no me vuelvo para saber quién ha sido. Agacho la cabeza al salir y encuentro el coche que he pedido aparcado delante de mí. El conductor confirma mi nombre y me meto en el vehículo sin mirar atrás.

Tardo menos de media hora en llegar a mi casa y suspiro aliviada al encontrar las llaves en mi bolso.

Una vez dentro, descubro que no voy a poder descansar como había planeado. Susan me espera sentada en el sofá del salón y, por cómo me mira, sé que espera que le cuente hasta el último detalle de la noche.

Debería haber mirado los mensajes antes de regresar. Quizás así podría haber evitado el interrogatorio que estoy a punto de sufrir.

Su saludo es un grito agudo que profiere al abandonar el sofá de un salto y venir corriendo hacia mí.

—¿Quién lleva el 89?

Sin esperar a mi respuesta, lucha conmigo para ver el nombre en la espalda de la camiseta, aunque ambas sabemos que no necesita hacerlo.

Se echa a reír y me gira con un movimiento brusco.

—Así que al final te ha hecho *touchdown* —se jacta feliz.

—¡Ay por Dios, Susan! —la regaño.

Yo estoy roja como un tomate y corro a sentarme en el sofá.

—¡Empieza a largar! ¿Dónde ha sido? ¿En su casa? ¿En el coche? ¡En el hotel! ¡Fijo que no llegasteis ni al coche!

Cada imagen que pone en mi cabeza es peor que la anterior.

Resoplo.

—Nos besamos.

—Hasta ahí había llegado yo solita. Nena, necesito más salseo.

—No, quiero decir que… *solo* nos besamos.

—¿Qué? —La cara que muestra Susan me agobia un poco más—. ¿Solo os besasteis? ¿Por qué?

—No sé —miento.

Lo que no le digo a mi amiga es que esos besos no eran simples besos. Cada vez que su cuerpo rozaba el mío, sus manos, su boca, incluso su aliento me dejaban completamente extasiada. Como si una corriente me atravesara en un segundo, llenándolo de energía y, al mismo tiempo, drenándolo.

Creía que después de, por fin, besar a Tyler, se me habrían quitado esas ganas que me han estado agotando desde hace tanto tiempo. En cambio, mi cuerpo me dice que no ha sido suficiente.

Nunca había sentido nada similar, y temo haberme hecho adicta a ello en tan poco tiempo.

—Ay nena, a ti te gustó —dice Susan, sacándome de mis pensamientos.

—Mucho —respondo derrotada, y mi amiga estalla en risas.

—¡Sabía que ese vestido iba a funcionar!

Me cubro los ojos cuando los recuerdos vuelven a elevar la temperatura en mi interior.

—Por cómo hablaba de él, puedes estar segura de que sí.

—¿Cómo te lo quitó? ¿Con la boca? —Susan se abalanza sobre mí para sacarme la respuesta.

Yo simplemente niego bajo su mirada, intentando frenar las escenas que mi amiga me hace imaginar.

—Bueno, con las manos también me vale.

—No me lo quitó. No pasó.

—¿Cómo? Es imposible que no quisiera hacerlo.

—Claro que quería. Pero… —dejo la frase inacabada, porque no sé qué excusa poner más allá de mi cobardía.

Susan se levanta del sofá y pone una de sus manos sobre su frente, murmurando algo que estoy segura de que no quiero oír. Luego, dirige su incredulidad hacia mí.

—¡Nena! —me reprende—. ¡No lo entiendo! Tenías el cuerpo y el móvil.

—Esto no es un crimen, Susan.

—¡No! ¡El crimen es lo que tú has hecho! —Después de un momento se arrodilla a mi lado—. ¿De verdad que no pasó nada?

Yo niego otra vez con la cabeza, sin decir nada más.

Si le cuento lo que ocurrió, directamente me mata. Así que opto por no hablar más del tema.

—Nora, ¿cuál es el problema? Estabas pibón, en una fiesta en la que te saliste, que lo he visto esta mañana en las noticias, y con el jugador más cañón de toda la maldita NFL. En serio, ¿cuál es tu problema?

—¡Que es Tyler Kelscot! —respondo cansada. Sé que es el jugador más guapo de toda la NFL, lo he visto muy de cerca. Pero también es el soltero de oro, el que toda chica quiere cazar. El que pasa cada noche con una modelo distinta. Modelos a las que no me parezco en absoluto. No quiero ser el mayor error de su vida o el hazmerreír entre sus amigos. No quiero hacerme unas ilusiones que nunca se cumplirán, porque, al final del día, él sigue siendo Tyler Kelscot.

—¡Ay, de verdad! —dice Susan exasperada—. Si no tuvieras tanto éxito en tu carrera, te juro que pensaría que eres imbécil.

Resoplo, porque estoy empezando a pensar como ella. Estaba muy segura de haber hecho bien al irme esta mañana, de no haberme dejado engatusar, de haber sido lo suficientemente fuerte. Esa seguridad, en cambio, se desvanece poco a poco, dejándome la frustración de no haber aprovechado la ocasión.

—Me voy a la ducha —anuncio, levantándome y desapareciendo tras la puerta de mi dormitorio.

—Sí anda, ¡date una buena ducha fría! Luego me la daré yo —escucho a mi amiga gritar desde el salón.

Cuando me encierro en el baño, esa decepción que he estado tratando de mantener a raya desde que abandoné la casa de invitados de Tyler, me atosiga sin contemplación, impidiéndome respirar.

Me miro en el espejo, vistiendo su camiseta blanca, la de los partidos fuera de casa. No sé si es una especie de chiste. Yo sonrío al pensar que seguramente sí lo sea. Me abrazo a ella, dejando que su peculiar olor me envuelva. Cuando cierro los ojos, casi puedo sentir que es él quien me rodea.

Puede que haya sido una estúpida, después de todo.

Me quito la ropa a regañadientes y me meto en la ducha, convenciéndome de que cuando volvamos a vernos, todo volverá a la normalidad.



Llego al Complejo a toda prisa para encontrar el coche de Tyler en mi plaza de aparcamiento. El pulso se me acelera al ver su vehículo ocupando mi espacio. No he sabido nada de él desde la noche de la fiesta y no sé cómo voy a sobrevivir a verlo cara a cara, o incluso a hablar con él. Así que decido mentalmente que voy a tratar de evitarlo tanto como pueda.

Busco otro hueco. Hace unos días habría tapado su coche con el mío, como él suele hacer, pero no voy a darle la oportunidad de venir a hablar conmigo. Lo más seguro es que acabara derritiéndome frente a él.

Aparco y salgo del coche corriendo. Del mismo modo me acerco al Complejo Stallions. Llego tardísimo, y no puedo culpar a nadie salvo

a mí y los sueños que han estado acosándome durante toda la noche. Todos con el mismo protagonista y con una trama más o menos similar. La que no terminamos en su casa de invitados.

Me paso la mano por el pelo recogido, como si eso pudiera calmar mis nervios, y cruzo los pasillos con el foco puesto en mi destino, sin atreverme a alzar la mirada ni una vez.

Cuando llego a mi departamento, encuentro la preocupación en los rostros de mis compañeros, mirándome por encima de sus pantallas y en silencio.

Yo resoplo. Ni siquiera he llegado a mi mesa, y sé que hay malas noticias.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunto, dejando todos mis bártulos en mi escritorio.

No me ha saltado ninguna alarma sobre los Stallions esta mañana, así que no puede haber ocurrido ninguna catástrofe.

—Matthew se ha pasado por aquí. Te estaba buscando —dice Andrew, y entiendo su cara de circunstancia, porque mi jefe nunca nos visita, excepto para gritarnos.

—¿Qué quería? —pregunto, no muy segura de querer conocer la respuesta.

Varios de ellos se encogen de hombros, y es Andrew quien vuelve a contestarme.

—Que vayas a su despacho. Tenía pinta de ser importante.

—Ha dicho que fueras cuanto antes —lo secunda Marcus.

Suelto todo el aire que no sabía que estaba conteniendo y busco mi móvil entre mis cosas. Hago una rápida búsqueda entre las

notificaciones. No hay ninguna noticia referente a los Stallions más allá de la fiesta del domingo, así que no tengo ni idea de lo que está pasando.

Finalmente, decido que no debería alargarlo más y, tras hablar durante un breve momento con los demás sobre las tareas del día, me dirijo al despacho de Matthew. Está en una de las pocas zonas que gozan de privacidad en el Complejo, ya que las paredes por allí no son de cristal.

Es por eso que no me percato de que hay alguien escondido detrás de la última esquina antes de llegar a mi destino. En un rápido movimiento, su brazo sale de su escondite y tira de mí, lanzándome contra la pared tras la que se ocultaba.

Mi respiración ya estaba bastante descoordinada por el susto, y ver a Tyler frente a mí, no me ayuda a mejorar su ritmo.

Una de sus manos se mueve sobre mi cintura y mi cuerpo la recibe como si la hubiera estado echando de menos, dejando un pequeño cosquilleo que sube por mi pecho. La otra, apoyada en la pared, por encima de mi cabeza, me dice que no puedo escapar.

Cuando llego hasta sus ojos, me miran intensamente. Su mano abandona mi cintura para agarrar mi camiseta y tirar de ella.

—Esperaba que llevaras la mía.

Su voz me transporta de inmediato a la noche de la fiesta. Es un poco ronca, posiblemente porque no lleva mucho tiempo despierto y puede que necesite más café. Mis nervios, en cambio, no precisan de más cafeína para activarme.

—¿Cómo va esto entonces? —me pregunta, dejándome confusa—. ¿Me seduces y luego me abandonas?

Pestañeo mientras trato de dar significado a sus palabras, porque ahora mismo me cuesta concentrarme en cualquier cosa que no sea su olor, su mano sobre mi cuerpo, o su boca demasiado cerca de la mía, pero no lo suficiente.

—Yo no… —empiezo, sin saber cómo acabar la frase, o si estoy físicamente capacitada para terminarla.

—Tienes razón. —Entonces sus ojos se abren un poco más, al mismo tiempo que la sonrisa se le dibuja en la cara—. Ni siquiera fue un rollo de una noche.

Sus palabras me golpean con dureza. Si lo que quiere es acabar conmigo, no es necesario. Yo sola puedo cavar mi propio hoyo.

Me mantengo en silencio, todavía incapaz de articular más de tres palabras seguidas.

—Déjame besarte —me dice de pronto.

Lo miro perpleja, y aún más cuando suelta mi camiseta para recorrer mi labio inferior con su pulgar. Mi boca se abre contra mi voluntad y mi cabeza se echa hacia atrás, buscando más de su tacto.

—¿Qué? —Mi pregunta sale en forma de suspiro, pues me siento demasiado débil como para darle más fuerza a mi desorientación. Es como si cada vez que me tocara, perdiera mi energía, aletargándome en el anhelo de sentirme deseada por él.

—Quiero seguir besándote. Una noche no es suficiente. Ni siquiera creo que otro beso lo vaya a ser. —Se agacha junto a mí, acariciándome con su aliento—. Quiero besarte cada día, Nora.

—Estás… Estás diciendo tonterías —el susurro consigue traspasar mis labios, por más que procure acallarlo. Quiero que lo haga, que me bese, que termine con todas las voces en mi cabeza que pretenden acabar conmigo. Quiero que sea verdad.

Tyler se ríe frente a mí. Una risa suave que se queda en su garganta y hace que en mi pecho florezca algo. No sé el qué; solo sé que ansío escuchar de nuevo ese sonido.

—Lo más seguro —me confirma—. ¿Entonces? —Continúa a la espera de mi respuesta o mi permiso.

—¿Tú...? ¿Tú quieres...?

Tyler se acerca más a mí y sus ojos se pierden en el labio que acaricia con su dedo. Cuando lo libera, recorre mi cuello con su mano y me acerca hacia él, sosteniéndome con fuerza.

Su boca encuentra la mía, y un estallido de nervios se desata en mi estómago, erizando mi piel a su paso.

Intento hacer llegar un poco de aire a mis pulmones alterados y, un segundo después, su lengua entra en mi boca, saboreando cada recoveco.

Da igual lo que me diga a mí misma, las trabas que ponga a esto. No puedo contener lo que siento por Tyler. Podría consumirme bajo su tacto, y aun así seguiría buscándolo, deshaciéndome bajo él.

Cuando termina de besarme, arrastra mi labio inferior con sus dientes y lo lame con un movimiento rápido. El efecto que tiene en mí, por el contrario, no se disipa tan deprisa.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Ahora mismo no tengo muy claro de a qué pregunta se refiere, y debe verlo en mi rostro, porque se ríe levemente y se agacha hasta mi oído para susurrarme.

—Sobre si de verdad quiero besarte.

Yo asiento lentamente, y su sonrisa vuelve a aparecer en mi campo de visión. El movimiento exagerado de mi pecho, por el contrario, deja entrever que no me he recuperado.

—¿Estás bien? —me pregunta, con un tono preocupado en su voz.

Asiento de nuevo y, al ver que permanece a la espera, soy yo quien tira de su camiseta para que continúe robándome el aliento de la forma más fascinante que conozco.

No sé cuánto tiempo llevo disfrutando de su boca. Debería estar en otro sitio, y no soy capaz de recordar dónde. Sus manos, sus besos, sus ligeros gruñidos contra mi piel son lo único que ocupan mi mente en este momento, y no quiero que eso cambie.

Solo cuando escuchamos una puerta cerrándose con fuerza cerca de nosotros, dejo que sus labios abandonen los míos.

Él me abraza por la cintura y me mueve con velocidad, escondiéndonos de quien sea que se acercara a nuestra posición.

—Puede que no debamos hacer esto aquí —le digo, tratando de infundir un poco de cordura en lo que estamos haciendo: me estoy enrollando con Tyler Kelscot en los pasillos de los Stallions. Un despido es lo mínimo que me merezco. Y, sin embargo, no puedo pensar en separarme de él. En cuanto lo haga, mi cabeza volverá a avisarme de lo mal que está esto, de lo peligroso y terrible que terminará siendo para mí.

—Claro, ¿mejor aquí? —me susurra él, poniendo su mano bajo mi barbilla y haciendo girar mi cabeza para tener acceso a mi cuello, que empieza a besar con calma. Da igual lo rápido o lento que lo haga, los escalofríos llegan hasta el último centímetro de mi cuerpo, cortando mi respiración.

—No me… No me refiero a eso. —Intento que mi voz no suene como un gemido, aunque no estoy muy segura de hacerlo

correctamente.

—Puedo probar aquí —me responde él, deslizando mi camiseta para llegar hasta mi hombro y allí depositar más besos. Si su plan es dejarme desarmada, puede estar satisfecho de conseguirlo. Apenas puedo moverme.

—Tyler… —susurro. No sé ni qué pretendo decir. ¿Que deberíamos parar? ¿Que no quiero que pare?

—Sal conmigo —dice él contra mi hombro.

No esperaba escuchar esas dos palabras, y soy incapaz de continuar relegada a sus besos.

—¿Qué? —pregunto con una voz demasiado aguda.

—Esta noche. Te invito a cenar donde quieras —sigue hablando, esta vez mirándome a los ojos.

No puedo responder. Casi me duele respirar.

—¡¿Dónde coño está Nora?!

La voz de Matthew a lo lejos debería acelerar mi pulso, fruto del miedo que he desarrollado a sus reuniones cuando está cabreado. En cambio, sigo paralizada frente a Tyler, que continúa moviendo su pulgar sobre el labio que acaba de dejar sonrosado con su afecto.

—Tomaré eso como un sí. Paso a recogerte luego.

—¡Búscala y que venga ahora mismo! —escucho a mi jefe gritar desde su despacho, y el golpe con el que cuelga su teléfono. Debería irme de allí, pero no puedo renunciar a las manos de Tyler y sus caricias. Definitivamente, estoy perdiendo la cabeza.

—Estás preciosa —me dice antes de agacharse y dejar pequeños besos sobre mi boca y mi cuello. Después, se aleja de una carrera, y

yo no logro hacer otra cosa más que mirarlo.

La puerta de Matthew se abre y me encuentro con mi jefe cara a cara. No sé cómo se verá la mía; la suya me augura una muy mala reunión.

—¿Qué haces ahí parada? ¡Entra ya! —me dice antes de volver a desaparecer en el interior.

Yo me fuerzo a poner un pie detrás de otro para llegar hasta el despacho. Cuando cierro detrás de mí, al menos alcanzo a moverme con normalidad, pese a que todavía me cuesta concentrarme.

Mi jefe, por otro lado, acaba pronto con mis fantasías al informarme del próximo gran problema al que nos vamos a enfrentar.

—¿Por qué tengo un mensaje de Sully Draven diciéndome que tienes al topo de la filtración?

#27

DÉJAME VERTE

Me es imposible dejar de sonreír según me dirijo a la sala de conferencias, bastante seguro de que no voy a centrarme hoy.

En mi cabeza se repite el recuerdo de Nora entre mis brazos, rindiéndose por fin a nuestra atracción, incluso en los pasillos de este Complejo; algo que jamás me habría imaginado de la correcta y adicta al trabajo Chica del Móvil. Lo que hace que el calor que infunde a mi cuerpo se dispare todavía más.

Da igual cuantas veces piense en Nora y en cómo va a reaccionar. Nunca hace lo que espero, y me tiene totalmente enganchado, queriendo descubrir todo sobre ella.

La retuve sin compasión esta mañana, cuando Matthew la esperaba, y se le escuchaba bastante enfadado desde su despacho. Un pequeño sentimiento de culpa me golpea mientras me pregunto si su reunión habrá ido bien. Pero cuando se escapó el domingo de mi casa, me dije que no volvería a dejarla huir. No cuando sé que siente el mismo deseo que a mí me arrastra hacia ella.

Me llevé una desilusión al ver su aparcamiento vacío por la mañana. No suele llegar tarde, y temí que fuera a tomarse el día libre con tal de evitarme. Luego la vi corriendo por los pasillos agobiada. Parecía la Nora de siempre, con el pelo recogido y su camiseta de los Stallions. Para hoy ha escogido una blanca, con el nombre del equipo en rojo y unas líneas también rojas en las mangas.

Me hubiera gustado que llevara mi camiseta, aunque sabía que eso no iba a ocurrir. Al menos, no de momento. Pero la llevará puesta en mi primer partido. De eso estoy seguro.

—¿Qué pasa tío? ¿Mojaste en la fiesta? Vaya sonrisa tienes en la cara, cabrón —me pregunta DeVonta cuando se sienta a mi lado.

Me muevo molesto en mi sitio, porque no me gusta que nadie sepa de mí más que mis estadísticas de juego, y eso incluye lo que sea que ocurre entre Nora y yo.

Johnson se ríe a su lado cuando toma su asiento.

—Sí que tienes cara rara —dice entre risas, asomándose para observarme.

Estamos esperando la charla motivacional del día para preparar los ánimos de la pretemporada. Yo no la necesito; los míos están ahora mismo por las nubes.

—Deberíais controlar vuestra envidia, se os nota demasiado —les contesto a ambos.

—De eso puedes estar seguro. Con las pibas que te trajinas… —responde DeVonta, y algo en su comentario hace que me sienta mal, porque Nora no es una piba más que me quiero trajinar. Bueno, obviamente sí quiero eso, pero no es lo único. A veces creo que me basta con estar cerca de ella.

El calor que dejaban sus manos sobre mi cuerpo en la casa de invitados instaló una sensación extraña en mi pecho que me calmaba.

Y ese increíble sentimiento fue más fuerte cuando volví a la habitación, después de que me hiciera salir a buscarle un pijama. La encontré dormida, vestida con un albornoz que llevaba mis iniciales. Joder, necesito volver a ver esa imagen. Quiero tenerla en mi cama, ojalá soñando conmigo, y vestida con mi ropa. O sin ella.

Me dejó tan hipnotizado, que no pude alejarme de allí. Entonces, se giró diciendo mi nombre. Creo que seguía soñando cuando tiró de mí para que me tumbara a su lado. Lo hice, y me quedé contemplándola, escuchando su respiración profunda y apartando el pelo que le caía a la cara cuando se movía.

En algún momento me quedé dormido junto a ella.

El buen humor me duró durante el día siguiente, incluso cuando volví con el desayuno y me encontré la casa vacía y ordenada. En cierto modo, no podía esperar otra cosa de ella.

Pero hoy sabía que tenía que encontrarla y recargar la adrenalina que me produce estar a su lado.

Varios golpes me despiertan de mis ensoñaciones y, al momento, se hace el silencio en la sala. Más golpes suceden a los anteriores y, luego, el sonido de un cristal rompiéndose.

El entrenador Taylor, que ya había empezado a gritarnos, ha salido al momento pese a que no es necesario, pues las paredes de

este edificio nos permiten ver a Hunter arrollando con todo por los pasillos.

Me levanto de mi asiento cuando veo al imbécil lanzar contra la pared a uno de los compañeros de Nora; el que la estuvo ayudando durante la fiesta.

Cruzo la sala corriendo y, al salir, lo encuentro en el suelo, respirando agitadamente.

—Llamad a Norman —me dice cuando lo alcanzo.

—Eh, tío, ¿estás bien? —Dejo que se apoye en mí para levantarse. Se ve que Hunter le ha dado con ganas, porque sigue encogido de dolor.

—¡¿Dónde está esa zorra?! —escucho la voz del maldito *tight end* gritando al final del pasillo.

—¿Qué mierda le pasa a ese imbécil?

—Lo han echado de la plantilla —dice el chico, frotándose el costado magullado.

—Ya era hora —respondo. Y no solo porque filtrase mi contrato intentando joderme la vida. Jugadores tóxicos como él acaban con el espíritu de equipo.

No tarda en llegar McKillen, preguntando al chico si se encuentra bien, a lo que él asiente.

—Tenéis que avisar a Norman —repite, todavía con cara de susto.

—¿Qué ocurre? —pregunta el *quarterback*, sosteniéndolo.

—Creo que está buscando a Nora —dice, y siento que mi mundo se derrumba en un segundo.

Ni siquiera lo miro, ni intento que vuelva a repetirlo por miedo a haber oído mal. Mi corazón se ha activado a niveles imposibles, y mis piernas han echado a correr.

—¡Y una mierda! —es todo lo que digo antes de salir en busca de Hunter.

—Joder, ¡Kelscot! —Creo oír a McKillen gritar detrás de mí, pero no pienso parar por nada.

Creo que no he corrido tanto en toda mi vida. Ni siquiera en las pruebas de acceso a la NFL antes de mi Draft. Siento la boca seca solo de pensar que ese cabrón pueda llegar hasta Nora antes que yo. Es cuatro veces más grande que ella, y podría partirla en dos con menos esfuerzo que si doblase una hoja de papel.

A pesar de que aprieto mi ritmo recorriendo los pasillos, lo he perdido de vista. Joder, no sé dónde se ha metido.

A mi alrededor todos me miran.

—¡Dónde está! ¡Dónde está Hunter! —grito desesperado. Un segundo después, varias manos me señalan la entrada del Complejo.

Abro las puertas con un golpe de mi hombro y lo encuentro en el aparcamiento, intimidando a Nora, casi engulléndola con su cuerpo. Ella se mantiene firme frente a él, y no sé si está siendo valiente o una inconsciente. Debería apartarse.

—Si es verdad, es lo menos que te mereces —dice, y mi miedo se intensifica. Si Hunter ha lanzado a su compañero por los aires, no quiero imaginar lo que haría con ella.

—¿Qué coño sabrás tú, zorra? —lo escucho gritar mientras saco el máximo partido a mis piernas.

Me siento como en una pesadilla donde, por más que me esfuerzo, apenas consigo avanzar.

Cuando estoy por fin a unos pasos de él, me lanzo a placarlo, y, al mismo tiempo, una fuerza me arrastra en dirección contraria. Aterrizo en el suelo, sintiendo el duro asfalto del aparcamiento chocando contra mi costado. Cuando me giro, veo a McKillen frente a mí. Blaze ha llegado hasta nosotros y mueve a Nora detrás de él.

No tengo tiempo para sentir celos. Si Nora está protegida, me vale.

Me levanto para terminar lo que el *quarterback* me ha impedido, y este me sigue a la misma velocidad, sujetándome por los brazos.

—¿Qué coño haces? —le grito, tratando de deshacerme de él.

Él se mueve rápidamente, pasando sus manos por debajo de mis brazos y uniéndolas detrás de mi cabeza, inmovilizándome. Un guarda de seguridad aparece frente a nosotros, como si yo fuera el peligro.

—Evito que te echen a ti también —masculla McKillen con esfuerzo junto a mi oído.

Hunter se ríe al verme, haciendo que la furia en mi interior crezca.

—¡Ni defender a tu puta puedes!

Me muevo bruscamente bajo los brazos de mi compañero para liberarme.

—¡Que te jodan! —le grito, consiguiendo dar dos pasos hacia él y arrastrando al *quarterback* conmigo.

—Kelscot, ¡para de una puta vez! Vamos a esperar a Norman. No va a tocarla.

Yo soy incapaz de escuchar sus palabras. Únicamente veo a Hunter frente a mí.

—Das pena, ¡gilipollas! —me dice este con una sonrisa socarrona. Luego se dirige a Nora, y el novato se interpone en su camino para protegerla—. ¡Espero que disfrutes de tu fama por follártelo, zorra!

En ese mismo momento, Norman cruza las puertas del Complejo seguido de cinco personas más. Valora por un segundo la situación, y, al contrario que el imbécil de su compañero, sabe que el problema viene de Hunter, y manda a sus chicos a escoltarlo hasta la salida.

Después se acerca a nosotros y, solo entonces, McKillen suelta el agarre bajo el que me tenía sometido.

—¿Estáis bien? —nos pregunta Norman, y yo lucho contra mis ganas de darle a él el puñetazo que no he podido dar a Hunter.

—¡A buenas horas venís, joder! —respondo cabreado, esperando que al gritar consiga aflojar la presión que siento en el pecho.

Entonces escucho a Blaze detrás de mí.

—¿Te encuentras bien? —pregunta a Nora, sujetándola por los hombros.

Ya he tenido bastante mierda por hoy, así que me acerco, todavía incapaz de controlar mi mal humor, para hacer que quite las manos de mi chica.

—¿Qué te ha hecho? —Debería sonar preocupado, cariñoso, como le estaba hablando el novato, y, sin embargo, escupo mis palabras de mala gana. La miro de arriba abajo, esperando no encontrar ninguna marca en ella que me haga perder la razón por completo.

—Estoy bien, tranquilo —responde obviando a Blaze, que encuentra su lugar dando unos pasos atrás.

Sostengo a Nora por la barbilla y muevo su cabeza con toda la delicadeza de la que soy capaz. Su piel bajo mi tacto me infunde un poco de calma, pero no la suficiente. Sigo demasiado cabreado.

—Déjame verte —le exijo.

Ella levanta sus manos hasta cubrir la mía, pero no me aparta.

—Tyler, no me ha hecho nada, de verdad. Solo me ha gritado.

Me dedica una sonrisa que ahora mismo no puedo disfrutar.

Doy media vuelta y me alejo de ella. Sigo con ganas de golpear algo.

Entonces siento su mano reteniéndome, sumiendo la mía en un calor que pronto recorre mi cuerpo. Cuando me giro, por fin soy capaz de respirar hondo. Aun así, me da un momento más para recomponerme.

—Oye, de verdad que estoy bien. —Aprieta sus dedos alrededor de los míos.

—Si llega a hacerte daño… —dejo la frase inacabada, porque tantas ideas cruzan mi cabeza, que no puedo escoger una.

—Se la hubiera devuelto —dice segura de sí misma, y su gran sonrisa hace que la mía aparezca.

Alzo mi mano hasta rozar levemente su mejilla. Entonces me doy cuenta de que hay mucha gente a nuestro alrededor y la bajo contra mi voluntad.

—Por supuesto que sí.

—Tyler, Hunter es quien filtró tu contrato a la prensa.

Cierro los ojos durante un momento.

—Lo sé —confieso al fin.

Nora me mira con las cejas fruncidas, como si le estuviera costando entender lo que digo.

—¿Lo sabes? ¿Desde cuándo?

Yo me paso la mano por mi pelo indomable.

—Unos días antes de la fiesta.

Abre los ojos sorprendida, y me duele ver cómo la he fallado, pese a que intentaba justamente lo contrario.

—Vaya. Y yo vengo corriendo a contártelo. Ahora sí que me siento estúpida. —Se aleja de mí, enfadada, y yo no le permito poner espacio entre nosotros.

—Nora, no es eso.

—No, se supone que íbamos a trabajar juntos. Supongo que te referías a que no me metiera en tus asuntos, como me dejaste muy claro al principio.

—Que no es eso, ¿vale?

—¿Entonces qué es? —pregunta alzando la voz.

Miro a nuestro alrededor. Todos han decidido darnos un poco de espacio mientras hablan con Norman acerca de lo ocurrido.

—Tenías mucho con la fiesta. Apenas comías o dormías. No quería soltarte otra bomba.

—Ya bueno, pues es que se suponía que íbamos a compartir la información. Desconocía que había un calendario de confianza.

—Seguimos juntos en esto.

—¿Seguro? Porque acabo de enterarme de que hace días que sabes quién es tu acosador.

—¡Seguro! —replico sin apartar la mirada de ella.

Es ella quien lo hace al final, resoplando. Al menos, no se marcha mandando todo a la mierda, incluido a mí.

—Deberíamos ir a la policía —dice después de un momento.

—Hoy no —respondo tajante.

—Tyler…

—Tenemos una cita, ¿recuerdas? —Las ganas que siento de acercarme a ella y besarla son casi incontenibles. Está preciosa, de una pieza y un poco cabreada conmigo. Si no es suficiente para volverme loco, no sé qué lo será.

Además, veo el color que coge su cara en cuanto le recuerdo nuestro plan de esta noche. El que confirmamos entre besos en los pasillos.

—Si, claro que lo recuerdo, pero…

—Entonces paso a buscarte luego —digo, con la firme intención de olvidar todo lo relacionado con Hunter. Ha resultado ser más molesto de lo que esperaba, y ahora solo quiero perderlo de vista.

—¡Tyler! ¡A la sala de conferencias! —me grita McKillen, que ya se está alejando con el resto de personas que estábamos en el aparcamiento.

Me giro hacia Nora y le echo un rápido vistazo a todo su cuerpo, buscando algo que se me haya podido pasar.

—¿Seguro que estás bien? —le pregunto al no encontrar nada.

—Sí, tranquilo. Puedo aguantar unos cuantos gritos. Matthew me tiene bien entrenada.

La curva en su boca vuelve a aparecer, acabando con el nubarrón que se había instalado sobre mí unos minutos antes.

—Terminaré matándolo también —le aseguro.

Ella me empuja, como si no quisiera seguir escuchando nada de eso.

—Venga, vete.

Cubro sus manos, que ha puesto sobre mi pecho, reteniéndolas un poco más.

—Me muero por besarte —le digo en voz baja, pese a que todos están demasiado lejos como para escucharnos.

—Yo también quiero. Un poco.

—¿Un poco?

—Mh-mh —me contesta sin abrir la boca. Puedo percibir su sonrisa detrás de sus labios apretados. Unos labios que, como no deje de mirar en este mismo instante, van a ser mi perdición.

Así que la suelto y doy unos pasos hacia atrás, prometiéndome castigarla más tarde por su pequeña arrogancia. Ya veremos quién tiene más ganas de besar a quién.



Cuando salgo del coche, a unas calles de distancia de mi destino, empiezo a notar el fresco que siempre acompaña a la noche en Redmont. Una de las cosas que más me gusta de este lugar. Da igual el calor que haga durante el día, las noches siempre dan tregua.

Tanto, que decido llevar mi chaqueta. Sobre todo, por el plan que tengo en mente.

Me acerco a casa de Nora con mis pasos impacientándose, y lanzo miradas furtivas a mi alrededor para comprobar que no hay ninguna cámara a la vista que pueda cazarnos. No estamos haciendo nada prohibido, pero no quiero que tenga que enfrentarse a mi mierda si no está preparada, o si no quiere hacerlo. Bastante me ha costado estar cerca de ella como para ponérselo más difícil.

No tardo en ver el porche de su casa. Creo que no podría confundirlo en la vida. Especialmente la puerta azul contra la que estuve a punto de besarla. «Esta noche no fallaré», me prometo.

Subo las escaleras, incapaz de esconder la sonrisa que ese único pensamiento dibuja en mi rostro y doy unos golpes contra la madera azul, esperando que sea suficiente para que venga abrirme. Después de un momento, confirmo que así es.

El único problema es que no es Nora quien abre.

—Vaya, vaya. Mira quién está aquí. El príncipe encantador en persona. —Su amiga Susan me echa un vistazo de arriba abajo, y yo no logro esconder mi decepción. Esperaba encontrar a Nora, y me preocupa que se lo haya pensado mejor.

—Susan —la saludo, no muy cortésmente debido a mi inquietud. Ella no se lo toma mal. De hecho, diría que se alegra de verme.

—Sí, te has acordado. Venga, pasa.

Vacilo un poco antes de entrar. Es la primera vez que estoy en su casa y me encanta lo que despierta en mí. Puedo ver su esencia en cada rincón. Esperaba un poco más de rojo, dado su historial de camisetas; en cambio, todo son colores suaves.

Al cruzar la entrada, llegamos al salón. La mesa de café está llena de chucherías, aunque no me imagino a Nora comiendo todo eso. Puede que la Nora fuera del trabajo sea distinta a la que estoy acostumbrado, y me muero por conocerla.

Al fondo está la cocina con una mesa de comedor redonda. Sobre ella hay un ordenador abierto y mil papeles a su alrededor. Eso me pega más con La Chica del Móvil.

Tras echar un rápido vistazo a la estancia y comprobar que mi cita no está por allí, me saltan las alarmas. Antes de que pueda preguntar por ella, una puerta a mis espaldas se abre.

—¡Hola! —Nora aparece atropelladamente, como si hubiera estado corriendo desde que llamé a la puerta.

Yo solo me fijo en lo guapa que está. Lleva una camiseta de tirantes, bastante más finos que los de su vestido en la fiesta, por lo que tengo una vista perfecta de sus hombros, su cuello, sus clavículas… Y con su pelo recogido, no hay ni un centímetro que se me escape. Está preciosa.

—Hola —saludo ensimismado. Me cuesta mantener los pies pegados al suelo, porque lo único que cruza mi cabeza es sostenerla, besarla, y posiblemente hacer un destrozo similar al que hicimos en mi casa de invitados.

Nora se mira nerviosa la ropa, y me pregunto qué es lo que está mal.

—No me diste mucha información, así que no sé…

—Estás perfecta —la corto. Más que perfecta, de hecho.

—Buena respuesta —me alienta Susan dándome un golpecito en el hombro—. ¿Nos dejas un momento? —pide después.

Acabo de caer en la cuenta de que sigue en la habitación.

Me aparto de ellas dándoles espacio, a pesar de que el salón no es tan grande como para que no oiga sus cuchicheos. Si bien lo primero que dice Susan escapa a mi oído, puedo hacerme una idea por la reacción de Nora.

—¡Susan, por favor! —Le quita el bolso de las manos con un siseo.

—¿Qué? Me preocupo por ti. Y la precaución…

—Vale, ya está —la interrumpe Nora de pronto—. Nos vamos —dice alcanzándome y empujándome fuera de la casa.

Hago lo posible por mantener mi carcajada a raya, pese a que, cuanto más nerviosa se pone, más adorable me resulta.

Únicamente deja de moverme cuando llegamos al porche y la puerta azul se cierra detrás de nosotros.

—¿Susan se queda aquí? —pregunto cuanto consigo sofocar mi risa.

Al fijarme en Nora, la encuentro mirándome como si acabara de descubrir una nueva especie ante sus ojos. No sé qué será lo que le llama tanto la atención. Pestañea y se centra en la conversación.

—No, se irá ahora. Pero no voy a esperar a que me ponga más nerviosa.

La rodeo por la cintura para acercarla a mí. Sin pensarlo, ella se apoya en mis brazos, y escucho cómo su respiración se silencia. Una sonrisa de satisfacción me ilumina la cara. Me encanta cuando reacciona así.

—¿Estás nerviosa? —pregunto con un tono divertido. Sé que lo está.

—Bueno, un poco. —dice después de un momento. Su sinceridad me desarma. Es como si hubiera decidido dejar la máscara en casa, y tengo más ganas de besarla que nunca.

—¿Por qué?

Mientras aguardo a que me responda, paso mi pulgar por su labio. Necesito tenerlo bajo los míos cuanto antes.

—Pues porque… Porque eres tú.

Paro en mi movimiento de pronto. No tengo muy claro que me guste su respuesta.

—¿Y eso qué significa? —No sé si mi tono suena molesto o preocupado; no me esfuerzo en suavizarlo.

Estoy seguro de que lo nota cuando su boca se curva hacia arriba. Mueve sus manos hasta mi cuello y me empuja hacia ella lo suficiente para que mi autocontrol llegue a su límite. Me gustaría pensar que el suyo también, porque se queda contemplando mis labios durante más tiempo del que consideraría oportuno. Más tarde, vuelve a buscar mis ojos.

—Que aún no sé si puedo fiarme de ti, 89.

Me río levemente. La forma en que se dirige a mí, con esa seguridad, ha terminado de noquearme por completo. Y, entonces, me doy cuenta de algo: ese puede ser el motivo por el que se ha estado resistiendo tanto, incluso cuando era obvio que quería rendirse. Sonrío hasta que casi la pierdo de vista cuando mis ojos se cierran, porque sé que puede fiarse de mí, y para mí ha desaparecido todo obstáculo entre nosotros, aunque ella todavía no lo sepa.

Acorto el poco espacio que nos separa en busca del aire que mi cuerpo necesita. Su esencia, su piel, sus labios; y los recorro

lentamente, diciéndome que voy a tener mucho tiempo para disfrutarlos.

Mis manos la envuelven a la vez que las suyas se mueven sobre mí, dejando un reguero de electricidad por donde pasan.

Cuando termina nuestro beso, me sabe a poco.

—Y, aun así, aquí estás —susurro contra su boca.

Me separo para observarla, todavía turbada. Alcanzo su pelo y empiezo a deshacer su recogido. Sueño con hacer esto desde hace mucho tiempo, y la forma en la que contiene su respiración, o sus manos se apoyan en mi abdomen, hace que sea mucho mejor de lo que había imaginado.

Paso mis dedos por su pelo, dejando que caiga enmarcando su rostro, y descubro lo suave que es cuando sus mechones acarician mi piel.

Saco la gorra que llevaba en el bolsillo trasero y se la coloco. Toda precaución es buena.

—¿Qué es esto? —Mueve la visera para poder verme bajo ella.

—Hoy vamos de incógnito —le digo, dándole un golpe en la gorra para que vuelva a bajarla.

Se queda un momento en silencio, y me preocupa que se lo tome a mal. Cuando salgo en público, suelo llevar mi gorra. Entiendo que para ella no sea lo idóneo en una cita, pero cuando los fans empiezan a pedir fotos, vídeos y autógrafos, cualquier plan se va al traste. Y me gustaría pasar la noche con ella sin interrupciones.

Además, no sé qué planea hacer Hunter para castigarnos por su despido, y estaré más tranquilo cuanto más difícil sea reconocerla.

Alcanzo su mano, y hago que dé una vuelta bajo mi brazo hasta quedar pegada a mí.

—¿Lista? —pregunto.

Cuando hago descender la mirada, casi puedo percibir sus pulsaciones acelerándose. Me va a costar no pasarme la noche besándola.

—¿A dónde? —pregunta ella cuando bajamos los escalones.

—No seas impaciente, jefa —le digo, viendo cómo tuerce el gesto ante la forma en que me dirijo a ella.

Me va a costar mucho.

#28

PARECE ADICTIVO

Dos horas más tarde sigo pensando en lo que le dije en el porche: que no sabía si podía fiarme de él. La forma en que sonrió debería haberme aterrado, como si supiera que iba a convencerme tras esta cita.

Y yo me estoy dejando convencer. De momento, el plan ha sido pasear por la ciudad, algo que siempre me ha encantado hacer.

En nuestro paseo, veo comercios que no reconozco. Y pese a que Tyler es el turista aquí, soy yo la que lo sigue. Me lleva por calles que apenas he transitado en los últimos años, y siempre que hay un rincón solitario, aprovecha para robarme uno o varios besos. Y yo se los entrego sin resistencia, esperando encontrar pronto otra calle oscura donde quiera atracarme.

Mi corazón no se ha calmado desde que cerré la puerta de mi casa y, llegados a este punto, he perdido la esperanza de que lo haga.

No me ha llevado a ningún restaurante caro a cenar. Ni siquiera me ha subido a uno de sus exuberantes coches. No sé muy bien cómo tomarme eso.

De todas formas, he de reconocer que el plan que ha escogido me gusta muchísimo más. Estoy cómoda a su lado, hablando de los Stallions, de nuestros trabajos, de nuestra vida. A veces, incluso olvido que es la estrella de la NFL.

Me ha preguntado por Susan, y por lo que hago fuera del Complejo. Lamentablemente, no tengo demasiado que contarle en ese ámbito.

También me he dado cuenta de que él tampoco responde a muchas preguntas. Les quita importancia y me mueve a su alrededor, llevándose mi aire con él. Aunque no mis ganas de saber.

Después de nuestro largo paseo, entramos en un restaurante. No es el típico restaurante de lujo en el que te esperas encontrar a una estrella de la NFL y, de nuevo, no sé cómo tomarme eso. Supongo que Tyler sabe mejor que nadie que no encajaría en lugares así.

Según me dirijo hacia la zona de las mesas, me retiene y me lleva hasta la barra de bar.

—No tan rápido, jefa. Tengo otros planes para esta noche.

Me pone de espaldas a la barra y coloca sus brazos a ambos lados de mi cuerpo, apoyado en ella.

—Sabes que no me gusta que me llames jefa —le recuerdo—. ¿Por qué lo haces?

Seguramente porque le encanta molestarme, y a mí me gusta que lo haga. Es parte de nuestro tira y afloja. Lo de jefa, en cambio, no consigo superarlo.

—La costumbre. —Se encoge de hombros.

—Pues no es mi favorita —lo reprendo. Luego, alargo mis manos hasta que se cuelgan de las trabillas de su pantalón. Siento la tentación de meterlas debajo de su camiseta, pero Tyler hablando me distrae.

—¿Prefieres que te llame amor? Cariño, preciosa, princesa —susurra cada una de esas palabras contra mi cuello, dejándome totalmente bloqueada. Creo que, si me llamase con cualquiera de esos apelativos, directamente me derretiría sobre el suelo.

—¿Qué tal Nora?

Él se ríe, y atrapa suavemente mi cuello entre sus dientes.

—No —responde tajante. Se yergue para mirarme a los ojos—. Aunque me encanta cómo reaccionas cada vez que te llamo por tu nombre, todo el mundo te llama así. Quiero algo especial, algo que diga que eres mía y de nadie más. Un nombre solo para mí.

Me sostiene por la barbilla para que no pueda evitar su mirada, y sé que no bromea.

Mi corazón se ha desbocado en mi pecho. Que sea *solo suya*. No puedo haber oído bien.

—Tyler… —empiezo a decir, sin tener ni idea de qué palabras debo pronunciar.

—Hablo en serio. Escoge uno, el que quieras —me dice, y acaricia mi cara con el dorso de su mano. Está concentrado en mis mejillas, al igual que toda la sangre de mi cuerpo, que ha decidido reunirse ahí y sofocarme de calor.

Lo empujo, tratando de deshacerme de él.

—Te encanta ponerme nerviosa.

Me muevo para salir de su celda hasta que su brazo se coloca alrededor de mi cintura, impidiéndome dar un paso.

—Me encanta hacerte sentir cosas que nadie más consigue. Me encanta el rubor que cubre tus pecas cuando estás cerca de mí. Me encanta tanto, que espero no acostumbrarme nunca a ello.

Dice cada una de sus palabras con un tono grave, haciendo que el sonido se cuele dentro de mi piel, llegando hasta mi estómago y animando el revoloteo de cientos de mariposas dentro de él.

Lo miro, intentando mitigar el hechizo que deja en mi piel.

—No me llames jefa —es todo lo que soy capaz de decir, y apenas mantengo un tono serio.

Él se lleva la mano a la frente y me hace el gesto que tanto me ha molestado en el pasado.

—Pensaré en algo —dice, y enrolla sus brazos a mi alrededor mientras la chica que aparece en el mostrador comienza a traer nuestra cena.

Salimos del restaurante con una bolsa cada uno, pero, según cruzamos la puerta, Tyler me quita la mía y se encarga de llevar todo el peso, a pesar de que le digo que puedo con ello.

Él me mira de arriba abajo con un gesto exagerado de duda.

—Quizá cuando hayas comido un poco más.

Así que camino a su lado hacia nuestro próximo destino.

Cruzamos un parque que no está muy bien iluminado, y al que no me atrevería a entrar a estas horas si no fuera por el acompañante que tengo. Unos minutos más tarde, empezamos a oír música. No

recuerdo que hubiera ningún bar por allí, y no sé realmente dónde estamos, ni a dónde vamos, porque la cena ya la tenemos con nosotros.

Cuando el parque llega a su fin, descubro el origen de la música. Hay varios grupos de chicos colocados en círculo, frente a sus caballetes, pintando a la luz de las farolas. No debe ser la mejor luz para hacerlo, pero el ambiente es una pasada.

Detrás de ellos, el río Thorne se desliza en silencio. Nunca había estado a este lado del río, y menos tan tarde.

Nos movemos entre los distintos lienzos viendo las obras de cada uno. Más de una vez encuentro a Tyler observándome, como si quisiera descubrir mi reacción o si estoy disfrutando del lugar al que me ha traído.

Y yo intento mostrarle que es así. No hay nada que me guste más que conocer la vida de mi ciudad; un plan al que renuncié hace tiempo. De hecho, si no fuera por Susan, es posible que no tuviera ni un momento de desconexión.

Suelo estar siempre pensando en el trabajo y con mucho que hacer. Y cuando la cosa está tranquila, busco nuevas ideas para conseguir una mejor imagen del equipo o una mayor relación con los fans.

Me encanta mi trabajo, aunque no lo estoy echando de menos en este momento.

Vuelvo a encontrar a Tyler con su mirada puesta en mí, y muevo mis brazos alrededor del suyo. Lo tiene flexionado, cargando con nuestra cena, si bien no creo que su tamaño fuera mucho menor sin la bolsa en su mano.

—Me encanta —murmuro a su lado, temerosa de que cualquiera de los artistas allí reunidos me escuche.

Un temor que Tyler no siente.

—Estudiantes de arte. Es el mejor sitio para pillar hierba en Redmont.

—¡¿Qué?! —pregunto, de pronto alterada.

Tyler se ríe a mi lado y me arrastra hacia otro punto.

—Lo sé por Louis, que se empeñó en traerme un día. Pero no es algo que me interese.

—¿Así que en tus fiestas no hay drogas? —pregunto incrédula. Conozco la clase de fiestas que tienen los jugadores, y poco se puede hacer contra ellas, aparte de calmar las noticias que salen en los medios y esperar que los chicos no sean tan idiotas como para colocarse en plena temporada.

—Oh, sí que las hay. Más de las que me gustaría. Pero no va conmigo.

Se encoge de hombros bajo mi abrazo. Al parecer hemos llegado a nuestro destino, la orilla del río, donde Tyler deja las bolsas en el suelo.

—¿Y qué va contigo? —pregunto curiosa antes de poder contener mis palabras. En realidad, conozco su respuesta, porque la he visto demasiadas veces: modelos rubias de uno ochenta de alto y pechos enormes. Básicamente todo lo contrario a mí, con mi uno sesenta y siete, pelo castaño y cuerpo esmirriado; demasiado delgado para Tyler, como se encarga de recordarme con sus incesantes ganas de cebarme.

Él se acerca a mí y me rodea con sus grandes brazos. Su perfume, más fuerte que cualquier otro día, hace que algo dentro de mí se derrumbe. Tengo que controlarme para no pasear mi nariz por sus brazos o su cuello, porque siento un irrefrenable deseo de hacerlo.

Entonces me quita la gorra para verme bien, y coloca mi pelo detrás de mi oreja. Lo hace tan lento, que tengo la impresión de que todo a nuestro alrededor se ha congelado. O puede que sea solo mi corazón.

—He descubierto hace poco mi última obsesión. Una chica siempre pegada a un móvil, obsesionada con los Stallions y con una boca demasiado irresistible.

—Parece adictivo —digo, sin saber de dónde salen esas palabras. En mi cabeza únicamente están Tyler y mis ganas de besarlo. No queda ninguna otra neurona funcional por allí que pueda reprimirme de hacer el ridículo.

Sin embargo, sé que le gusta mi respuesta cuando veo la enorme sonrisa expandiéndose en su cara según se agacha hacia mi rostro.

—No te haces a la idea —susurra. Y, un momento después, todo a mi alrededor se esfuma. El río, la luz de las farolas, incluso la música tenue que nos llega de los grupos de artistas. Únicamente existen él, sus manos, su boca sobre la mía…

No sé cómo lo hace, pero consigue hacerme olvidar todo. Incluso cómo respirar.

—¿Quieres cenar? —me pregunta, y su voz suena como un ronroneo. No quiero hacer nada salvo estar muy cerca de él. Aun así, me obligo a asentir.

Nos sentamos en el suelo de piedra, colgando las piernas hacia el río, que está unos cuantos metros bajo nuestros pies. Sacamos la comida de las bolsas y descubro que hay demasiada. Continuamos hablando de cualquier tema que Tyler saca a relucir con sus preguntas constantes y sus respuestas escuetas. Pese a ello, siento que lo conozco de una forma diferente. Como si fuera una persona real, no solo el producto estrella de la NFL. Y eso me pone todavía más nerviosa, porque me gusta de verdad.

Así que, para no pensar en ello, sigo hablando sin filtro sobre los Stallions y lo que espero para la próxima temporada.

Cuando termino de enumerar las razones por las que deberían llegar a la Super Bowl, encuentro a Tyler mirándome casi sin pestañear, de una forma tan intensa que me paraliza.

Bajo la vista hasta mi plato de ensalada de pasta y pincho un macarrón con mi tenedor.

—Me recuerdas a mi abuelo —dice de pronto, y agradezco no haberme metido el macarrón en la boca, porque esa frase y mi saliva bastan para ahogarme.

—Como cumplido deja un poco que desear —me quejo. Tampoco es que pueda esperar uno mejor. Llevo parloteando de fútbol desde que hemos salido de mi casa, y no es el tema más femenino o romántico. Además, debe estar harto de gente hablando de fútbol a su alrededor.

Ahora sí, me llevo el tenedor a la boca. Un segundo después, Tyler se agacha junto a mí para dejarme un rápido beso en el cuello.

—Es de los mejores. Mi abuelo Harold era la persona a la que más admiro, y en parte pienso que, si he conseguido estar aquí, ha sido por él.

Su respuesta me anima un poco más, y no me pasa desapercibido que es la primera vez que me habla de su familia.

—¿En serio? —es todo lo que digo, con la esperanza de que extienda un poco más su historia.

—Era fan acérrimo de los Stallions. Habría estado orgulloso de verme aquí.

—¿Habría? —pregunto al darme cuenta de que habla de él en pasado.

Él asiente y selecciona una de las tartaletas saladas que tenemos entre los dos.

Yo alargo la mano hasta su antebrazo y hago lo posible por ignorar la electricidad que me hace sentir.

—Lo siento, Tyler.

Se queda quieto durante un segundo en el que sus cejas se unen. Luego, se deshace de mi tacto y se lleva la tartaleta a la boca. Se la come rápido, y ambos permanecemos en silencio.

—Le habrías encantado —retoma el tema de su abuelo—. Creo que te habrías llevado bien con él. —Suelta una risa mirando hacia el río, y de pronto el pensamiento de que es demasiado guapo para ser real cruza mi cabeza. Tengo ganas de pellizcarle las mejillas para comprobar que no es fruto de mi imaginación. Entonces, se gira hacia mí, y veo sus ojos rasgados rememorando algún recuerdo de su abuelo que todavía no conozco—. Él siempre me decía que acabaría aquí.

—Aun así, te hiciste de rogar. —Le recuerdo los cuatro años que estuvo mareando con su fichaje, y por los que aún no he decidido si perdonarlo.

Se ríe, posiblemente incrédulo tras el comentario que acabo de soltar. Se pasa la mano por el pelo, y me pregunto si es un signo de nerviosismo. Sé que es un tema del que nunca habla. Por más entrevistas que he buscado, nunca se supo realmente el motivo. Especulaciones había demasiadas, pero cuanto más conozco a Tyler, más estúpidas me resultan todas.

—Quise hacerlo con mis propias reglas —dice. Unas reglas que no creo que quiera compartir conmigo, por lo que no lo intento. Prefiero

que esconda sus secretos si eso me permite seguir disfrutando de su compañía un poco más.

—¿Lo conseguiste?

—Sí.

Continuamos en el silencio de la noche, interrumpido únicamente por el sonido del agua bajo nuestros pies y por la música de los estudiantes de arte. Entonces, decido que yo también puedo hablarle sobre mi familia.

—Mi abuelo era otro fanático de los Stallions.

Se gira hacia mí con una sonrisa que me hace entrar en calor, a pesar del frío que empiezo a sentir. Tan cerca del río, y con un top de tirantes, estoy a punto de tiritar, pese a que no me había percatado hasta ahora.

Me froto disimuladamente el brazo, como si así pudiera borrar la piel de gallina que comienza a recubrirlo.

Tyler se levanta y se sienta detrás de mí, colocando sus piernas a ambos lados de mi cuerpo. Acerca la chaqueta por la que no me he atrevido a preguntarle y la pone sobre mis hombros. Después, rodea mi cintura con sus brazos, y estoy segura de que no necesito nada más para entrar en calor. El Tyler Kelscot amable es mi mayor debilidad.

—Así que tu obsesión tiene un origen —me susurra al oído antes de darme la opción a agradecerle el gesto.

—Eso parece.

—Me siento un poco decepcionado. —Lanza las palabras contra mi cuello mientras lo roza con sus labios—. Pensaba que era yo quien te había vuelto una loca de los Stallions.

—Puede que un poco loca sí me hayas vuelto, aunque no sé si en el buen sentido —digo antes de que mi respiración se descontrole. ¿Cómo es capaz de hacer eso? Únicamente estando cerca de mí, murmurando contra mi piel, es capaz de hechizarme.

—Con eso me basta —dice, y tras apartar el pelo que oculta mi cuello, me da un pequeño mordisco, haciendo que se me escape un gemido. Me encojo de la vergüenza por no ser capaz de controlar nada de lo que hago o digo cuando estoy con él, y menos cuando se comporta de esta forma.

Él estrecha un poco más su abrazo y se ríe en silencio; el movimiento de su cuerpo contra el mío lo delata.

Se separa y saca de su bolsillo algo que no me enseña. Me sostiene por la barbilla y me hace girar la cabeza para darme un pequeño beso. Luego, mueve mi pelo y me lo sujeta con lo que sea que ha sacado del pantalón.

Cuando alzo la mano para tocarlo, reconozco el caballo plateado que llevé en la fiesta de los Stallions.

—¡Pensaba que lo había perdido! —Me giro hacia él, poniendo mis piernas encima de una de las suyas. Sus brazos no han dejado de rodear mi cintura—. Fue un regalo de mi abuelo. ¿Lo sabías?

Me muestra la sonrisa más dulce que le he visto nunca, y algo ocurre en mi pecho. Como si, de pronto, hubiera un peso que no solía estar ahí. Pongo mi mano en su mejilla y me acerco para besarlo. No con el ardor al que estoy acostumbrada, sino distinto. Tan lento como el movimiento del agua junto a nosotros, o del frío aire que nos rodea. Siento sus labios suaves, relegados a mi beso, y sus dedos recorriendo mi cuerpo con la misma calma con la que yo lo saboreo.

Y alargamos ese beso como si el tiempo no fuera nuestro enemigo.

Me olvido de todo a mi alrededor, de una forma que nunca me había ocurrido. No es deseo lo que estamos compartiendo ahora mismo, aunque este sigue ahí. Es algo diferente, algo que no quiero que acabe.

—No lo sabía —susurra contra mi mejilla—. Ha sido un buen momento para devolvértelo.

Me quito la joya del pelo para poder observarla con él.

—Apuesto a que no sabías que el caballo de los Stallions fue originalmente un Appaloosa. ¿Conoces esa raza?

Él sacude la cabeza levemente, y con los ojos me insta a que continúe con mi explicación.

—Son unos caballos moteados. El del equipo era blanco, con manchas marrones. Por eso este caballo tiene tantas. —Paso mi dedo por las pequeñas joyas que recubren el caballo, fijándome en las de color negro, en contraste con los cristales blancos del resto de la figura—. Luego lo cambiaron por el caballo blanco que tenemos ahora. Más limpio y elegante.

—Infravaloras el encanto de unas pecas bonitas —me dice, y empieza a besar mis mejillas y mi nariz, con pequeños toques rápidos hasta que cubre cada una de las mías—. Me gusta más el original.

Cuando termina, soy incapaz de mirarlo. Siempre me han molestado mis pecas. Me parecía que estropeaban mi cara. Y, sin embargo, Tyler se dedica a besarlas, como si fueran su parte favorita de mi rostro.

—Aún voy a querer algo a cambio —dice escondiendo su cara en el hueco de mi cuello.

—¿A cambio de qué?

—De tu horquilla de Appaloosa. —Y, para mi sorpresa, no me niego, sino que espero a que no pida nada complicado, porque me veo dispuesta a concederle cualquier cosa.

Levanta una de mis manos y juega con mis anillos.

—¿Cuál es tu favorito? —me pregunta.

Yo levanto el dedo corazón frente a su cara, mostrándole un fino anillo dorado con un pequeño cristal rojo en el centro.

—Este —le digo con una sonrisa socarrona.

Él me agarra el dedo con delicadeza y arrastra con él mi mano hasta ponerla alrededor de su cintura mientras se acerca para robarme un beso fugaz.

—Por qué no me sorprende —dice con una pequeña risa—. ¿Fue un regalo?

Yo asiento.

—De Susan. Cuando conseguí el trabajo en los Stallions.

Descubro que no es una respuesta que le gusta cuando resopla a mi lado.

—Vale, escoge otro. No quiero tener que vérmelas con ella.

No puedo evitar reírme al escucharlo hablar así de mi amiga. La misma que se quedó embobada con él cuando lo conoció, y con la que se llevaba tan bien para fastidiarme. Puede que todas las historias que le he contado hoy sobre ella lo hayan asustado un poco.

—No me digas que tienes miedo, 89 —lo reto.

—Creo que cualquier hombre que quiera acercarse a ti debería temerla.

Me quedo congelada por un momento. Da igual las veces que me haga ver que está interesado en mí; mi cabeza cortocircuita, luchando contra los recurrentes pensamientos de que no soy suficiente para nadie, y menos para alguien como Tyler Kelscot.

Aparto la mirada.

—En realidad está deseando que alguno lo haga —murmuro, y al segundo me arrepiento de haber dicho eso. Al menos, hasta que Tyler hace que me gire hacia él y lo veo concentrado en mis labios, recorriéndolos con su dedo pulgar.

Luego, me mira a los ojos.

—Entonces quizá me anime —dice, recortando el espacio hasta mi boca y cubriéndola con un beso tan cálido como el anterior.



Cuando cierro la puerta detrás de mí, todavía me cuesta un rato dar un paso más allá de la entrada. Me quedo apoyada en la vieja madera, reviviendo cada uno de los momentos de la velada tan perfecta que he pasado con Tyler. Especialmente nuestro último beso, tan dulce que he estado a punto de caerme al suelo, literalmente.

Si esto continúa, si no es solo un sueño, voy a tener que hablar seriamente con él para que mantenga a raya su versión amable, porque me hace perder la cabeza por completo.

Me toco el dedo desnudo, notando la falta del anillo que ha decidido quedarse. El primero de mi colección, dorado, con forma de nudo y la banda muy fina.

Entonces resoplo. Creo que estoy en serios problemas. ¿Es posible que me esté enamorando de Tyler Kelscot? Yo iba a seguirle el juego,

a divertirme, a dejarme llevar y ya está. Pensaba tener siempre en mente que en cualquier momento conocería a una modelo más digna de él. Entonces, se comporta de forma tan agradable conmigo, tan gentil, tan caballeroso, como si de verdad le importase; y pierdo mi objetivo.

Por fin me muevo y paso de la entrada hasta mi dormitorio. Me cambio y dejo la gorra sobre la mesilla; el recuerdo de esta cita tan perfecta. Quizá cuando me despierte por la mañana haya desaparecido, o mi anillo vuelva a mi dedo. Por el momento, decido seguir viviendo este sueño.

Mientras doy vueltas en la cama, me arrepiento de haberme despedido. Si no lo hubiera hecho, seguiríamos juntos. Y entonces se me ocurre una forma de alargar la noche.

Me levanto corriendo de la cama en busca de mi móvil, que tengo olvidado en mi pantalón.

Cuando lo abro, escribirle es lo último en lo que pienso. Un sinfín de notificaciones inundan mi pantalla.

Lo que más me preocupa son las llamadas de Susan. Sabía que estaría con Tyler, así que debe ser importante, porque, de otro modo, no me interrumpiría. Es más, al final no pudo hacerlo porque ella misma puso mi móvil en silencio.

Antes de mirar nada más, abro sus mensajes. Tengo más de veinte, todos llenos de exclamaciones, prohibiéndome mirar las noticias esta noche. En el último me insta a apagar el teléfono y a volver a mi noche de sexo desenfrenado con Tyler. Es posible que se quede un poco decepcionada cuando le cuente que no ha habido nada de eso.

Y, sin embargo, el calor que siento en mi pecho ante el recuerdo de nuestra cita tiene poco que ver con la decepción.

Hago caso de sus avisos y apago la pantalla, poniendo el teléfono boca abajo frente a mí. Me cruzo de brazos, como si así pudiera evitar la tentación un poco más.

¿Qué habrá pasado para recibir esos mensajes?

Finalmente alcanzo el móvil, aunque no lo enciendo por el momento. Pero si puede esperar a mañana, significa que no es tan grave como para no verlo ahora mismo.

O eso es lo que me digo.

Enciendo la pantalla y echo un vistazo a los titulares de mis alertas: «La última jugada de Tyler Kelscot: nueva conquista en su lista».

«Tyler Kelscot tiene chica de pretemporada».

Según veo los titulares del *Game On* y del *Sports Daily*, mi corazón se acelera a velocidades imposibles, ahogándome con cada latido, dejándome sin aliento. Esperaba ver una noticia de este tipo, recibir un golpe similar, pero no tan pronto, no después de esta noche, cuando todavía siento sus manos en mi cintura o el beso dulce con el que se despidió.

Susan tenía razón: no debí abrir las notificaciones. Al menos así habría tenido una noche entera de falsa ilusión, de no sentirme una estúpida.

Pero no hay duda de que lo soy, porque hoy me he dejado creer que era real, que había algo entre nosotros, que disfrutaba de mi compañía tanto como yo de la suya.

Supongo que mi lado más sensato tenía razón, y solo soy una más en su catálogo. Quizás alguien con quien salir mientras espera a que las modelos estén disponibles.

Me dispongo a apagar el móvil sin querer ver qué rubia ha escogido esta vez, cuando otro titular alcanza mi visión: «De groupies a compañeras de trabajo. Tyler Kelscot pivota en sus conquistas».

El corazón se me para durante un segundo antes de reanudar su incesante golpeteo frenético. No puede ser.

Abro la noticia y una foto mía ocupa toda la pantalla. Voy vestida con su camiseta blanca, la que me prestó tras la fiesta, que me quedaba tan larga como para ocultar las mallas que llevo debajo y que, por supuesto, han obviado en el texto de la noticia.

¿Cómo la han conseguido? ¿Y cómo han deducido que he pasado tiempo con Tyler solo por la foto? Podría ser una fan cualquiera.

La respuesta llega con la siguiente imagen. Yo, con el mismo look, saliendo apurada de casa de Tyler.

Tengo la presión tan alta que empiezo a marearme.

Salgo de esa noticia y reviso el resto. Todas son similares y con las mismas fotos. Mi estado no mejora.

Me tumbo en la cama y me tapo los ojos, incapaz de relajarme. No sé qué va a significar todo esto. Tyler se ha preocupado por mantenerme oculta; no quería que esto saliera a la luz.

Me doy la vuelta, angustiada. Tampoco sé cómo voy a presentarme mañana por el Complejo. Todo Redmont debe haber leído ya la noticia.

La luz de mi móvil, que sigue parpadeando con nuevas notificaciones, llama mi atención.

Echo un vistazo y descubro que Instagram está echando humo. Lo que no tiene sentido, porque me siguen unas diez personas, y llevo

años sin subir una foto. Sin embargo, no dejan de llegar comentarios sobre mi última publicación. Una foto mía durante el último partido de los Stallions que vi con mi abuelo. La sacó justo después de que Cole Maddox metiera el *touchdown* que nos llevó a la victoria aquel día. No era un partido especial; no nos podíamos permitir uno mucho mejor. Fuimos a uno de los menos interesantes de la temporada, aunque yo siempre los he vivido como si fueran la mismísima Super Bowl.

No salgo mal en la foto. Quizás demasiado sonriente.

Lo que más me gusta de ella es el momento que me recuerda. Por eso quise dejarla publicada.

Al poco conseguí el trabajo en el equipo, y no quise publicar nada más, por si la imagen había funcionado como amuleto.

Cuando me fijo en el símbolo de comentarios, hay más de cuatrocientos. Paso el dedo por encima y espero a que aparezcan. Un segundo más tarde, desearía no haberlo hecho.

Me ponen de aprovechada para arriba. Además, hacen bastantes comentarios hirientes sobre mi aspecto en esta foto y en las que han salido en los medios.

Se me cae el móvil de las manos, que no han dejado de temblar. Me levanto de la cama y me dirijo a la cocina a por un vaso de agua. Necesito calmarme y pensar en las consecuencias que puede tener esto para Tyler y los Stallions, o en cómo solucionarlo.

Después de beber tres vasos de agua del tirón y frotarme la tripa por el dolor de estómago que acabo de provocarme, vuelvo a la habitación. No voy a ser capaz de dormir hasta que tenga un plan para afrontar todo este revuelo mediático, así que me pongo a trabajar.

Lo primero es conocer el nivel de daños: revisar todo lo que ha salido para poder evaluar la situación. Busco el móvil y continúo con la tarea que tanto me ha costado hace unos minutos.

Todos los medios dicen más o menos lo mismo. Informan de quién soy, de mi puesto en el equipo, algunos rumores de cuándo pudo comenzar nuestra relación…

Relación. Ni siquiera yo he pensado en eso.

Alguien ha encontrado una foto de nosotros dos hablando en el pase de medios de la fiesta.

Sigo leyendo, y me sorprende que en el cuerpo de la noticia no se dice nada negativo hacia Tyler o hacia los Stallions. De hecho, ven la posible relación entre nosotros dos de forma positiva, augurando que puede dar estabilidad al jugador más problemático de la NFL.

Empiezo a asfixiarme con el peso de todas las expectativas. Solo he tenido una cita con él.

Termino todas las noticias, y me queda una última notificación de un número oculto. El corazón se me acelera. Podría ser cualquier medio pidiéndome alguna declaración. Mi intuición, por el contrario, me dice que el remitente es otro.

Abro el mensaje, y me encuentro con una foto que todavía no he visto en internet. Estamos Tyler y yo junto a la entrada del hotel, en el momento en que pasaron los fans de los que quería esconderme. Sin embargo, no lo hizo bien, porque se me ve la cara, totalmente embelesada por la suya.

Doy una bocanada de aire al recordar ese momento.

Leo el mensaje que llega después.

> **NÚMERO OCULTO:**

Pensaba que eras mi amiga. Que tú tampoco lo querías en el equipo.

Me quedo mirando las palabras en mi pantalla, entendiendo la amenaza implícita en ellas. Pero, al menos de momento, no ha enviado esa foto a los medios. Con las otras imágenes puedo trabajar. Ni siquiera se nos ve juntos y podría haber ido a su casa por trabajo. Con esta imagen, en cambio, no hay duda de que hay algo entre nosotros.

Desesperada, hago lo único que no debería hacer.

YO:
Por favor, no publiques la foto.

NÚMERO OCULTO:
Sales muy bien. Haciendo exactamente lo que te dije que no hicieras. ¿Por qué iba a hacerte caso yo ahora?

YO:
¿Qué quieres?

NÚMERO OCULTO:
No lo he decidido aún, pero tranquila, mañana sabrás el precio por no escucharme. Quizás así la próxima vez lo hagas.

#29

LO NUESTRO

Maly sube las persianas para despertarme sin ningún miramiento. Normalmente suele bastarle con dar unos golpecitos en la puerta. Hoy, o está muy enfadada, o le ha costado levantarme más de lo normal.

Según llegué a casa, caí rendido. No recuerdo haber dormido tan bien en esta cama, y tengo claro el motivo por el que anoche las sábanas me engulleron.

—Arriba. Tienes visita —me dice mi asistenta.

Definitivamente, hoy está de mal humor, y al bajar las escaleras, descubro por qué.

Riley, mi agente, se encuentra en la cocina tecleando con poca paciencia todos los botones de la máquina de café hasta que me ve aparecer por la puerta.

—¡¿Qué coño pasa contigo?! —me grita, obviando el saludo.

—Buenos días a ti también —le digo antes de bostezar, y me paso la mano por el pecho, únicamente cubierto por el anillo de Nora que llevo colgando de una cadena.

Me acerco a la cafetera y le quito la taza que se estaba preparando.

—¿Buenos días? ¿No has visto las noticias?

—No. ¿Qué he hecho ahora?

Riley se ríe incrédulo al tiempo que se pone en jarras.

—Joder, ¿te estás tirando a la de comunicación?

—¿Qué? —Casi escupo el café, y no solo por lo malo que está.

—¡Que si te la estás follando! —me grita exasperado.

—Claro que no —respondo molesto.

A mi lado, Maly carraspea, como si pretendiera dejarme en evidencia.

—No me jodas —dice Riley, que no pierde detalle del gesto de mi asistenta.

—Te estoy diciendo que no. No me he acostado con ella. —Echo un vistazo a Maly para avisarla de que no va por buen camino si pretende seguir metiendo baza.

—¿Planeas hacerlo?

Esta vez soy yo quien se ríe ante la pregunta.

—¿Ahora tengo que decirte con quién quiero acostarme?

—La madre que te parió. ¡Con ella no, Tyler!

—No te incumbe.

—¡Me incumbe cuando te están poniendo de extorsionador y manipulador para arriba! ¡La prensa rosa lo está gozando contigo! ¡Y con ella también!

Cuando Nora aparece en la ecuación, me quedo callado. No había contado con eso. Estoy acostumbrado a que saquen todo lo malo que pueden de mí, pero no he pensado en lo que podrían escribir sobre ella.

Saco el móvil de mi pantalón y me meto en *Game On*, para comprobar qué es lo que ha salido a la luz. De todos los medios, es el que mejor me ha tratado siempre.

No tengo que buscar por su web, pues la foto de Nora está en la primera noticia. La rabia me invade, y estoy a punto de tirar el teléfono cuando la veo. Está preciosa con mi camiseta blanca de los Stallions. Parece que no lleva nada debajo, y me jode que esa imagen no sea solo para mí.

Ni siquiera me preocupo por leer la noticia. Abandono la cocina haciendo oídos sordos a los gritos que Riley sigue profiriéndome y me dirijo a mi dormitorio. Me pongo la primera camiseta que encuentro y bajo corriendo hasta el garaje. Eddie está limpiando el coche que usé ayer.

—Buenos días, Ty —me saluda. Yo ni siquiera me percato, y paso por su lado sin decir nada. Me acerco a donde están las llaves de los coches y pillo la primera que encuentro.

Me subo al coche y salgo de mi casa tan rápido como puedo.

En seguida apago la radio. Están hablando de la noticia del día y no quiero saber nada de ello. Únicamente me interesa saber cómo está Nora. Si esto es demasiado para ella.

Pensaba ir a verla, pero había varios paparazzi esperando a la salida de mi urbanización, por lo que su casa debe estar atestada. Así que, contra mi voluntad, me dirijo al Complejo de los Stallions, donde habrá más seguridad.

Hay dos coches en el aparcamiento, y ninguno es el suyo. He llegado pronto, y no deja de preocuparme que se haya pedido el día libre.

No me pega mucho con ella. Es más de enfrentarse a los problemas y buscar una solución, que de esconderse. Así que decido quedarme a esperar.

Una hora más tarde, su coche entra por fin en el aparcamiento. Ha llegado antes de que empiece su jornada, así que no tengo dudas de que está al tanto de lo que ha ocurrido.

Salgo de mi coche mientras ella aparca, y me acerco de una carrera.

—¡Nora! —la llamo, y se gira hacia mí con cara de susto—. He visto las fotos.

—Ya, dudo que alguien no las haya visto. Lo siento mucho, Tyler. Tengo que irme —comenta, echando a andar.

Joder, no esperaba un beso apasionado como el que tuvimos para despedirnos, pero tampoco que se quisiera librar de mí como lo está haciendo.

—Espera —la retengo—. ¿No podemos hablar?

Ella mira alrededor, liberándose de mi agarre. Mi estómago se retuerce como si hubiera recibido un puñetazo con ese gesto, aunque entiendo sus motivos.

—Creo que no es muy buena idea ahora mismo. Pero no te preocupes, solucionaré todo esto. —Sigue andando, y yo la persigo.

—¿Solucionar? ¿El qué? —Después de un momento, consigo ponerme a su altura. No sé cómo hace para andar tan rápido con lo pequeña que es.

Ella se para ante mi pregunta, como si tuviera delante un extraterrestre.

—Lo de las fotos. ¿Qué va a ser si no? Que la gente sepa que… Bueno, que piense que… Ya sabes. —susurra la última parte—. No sé si has leído los comentarios que han salido. Los medios de deporte no lo ven tan mal, pero la prensa sensacionalista…

—No leo esas mierdas —la interrumpo.

—Ya, bueno, pues mi trabajo es hacerlo. Y no ha sido muy agradable, que digamos.

Continúa caminando, acercándose peligrosamente a la entrada del Complejo, acabando con mis opciones de hablar con ella.

—Oye, Nora, espera. —Vuelvo a tirar de su mano y, esta vez, no me rechaza. Sin embargo, por cómo se arrugan sus cejas, sé que querría hacerlo. Acaricio entonces su mejilla, y me da esperanza ver que cierra los ojos por un segundo—. Por mí no hay nada que solucionar —susurro a su lado.

Que la gente sepa lo nuestro no es un problema para mí. Me importa una mierda lo que piense una ciudad de desconocidos, o incluso mi agente.

Entonces cubre mi mano y la separa de su rostro.

—Tengo que irme.

Y, sin más, se esfuma.

Tener un día de mierda tras este encuentro es algo que no me sorprende en absoluto. Me lo he pasado mirando a través de las paredes de cristal, esperando encontrarla, sin resultado. Mi humor, por supuesto, empeorando a cada segundo.

Cuando llego a casa, la situación no mejora. Me encierro en el gimnasio en un intento absurdo de dejar de pensar en ella y en todo lo que está ocurriendo. Hubiera seguido en el Complejo, pero el entrenador me ha obligado a marcharme y descansar. Por supuesto, la segunda parte no es seguro que lo consiga. Cuando estoy estresado, prefiero esconder mis problemas bajo el peso de las máquinas.

Horas más tarde, aparece Maly para dejarme una bandeja con la cena. Para cuando decido acercarme a ella, la comida está fría, y me apetece comerla lo mismo que cuando la trajo.

Finalmente doy tregua a mis músculos, que no aguantan mucho más, y subo a ducharme.

Soy la imagen de un ermitaño. No he hablado con nadie en toda la tarde, a pesar de vivir con otras dos personas en esta casa. Me tumbo en la cama y echo un vistazo a mi móvil.

Desecho los mensajes de Riley. He tenido bastante con su mierda de esta mañana. No pienso escuchar más de lo que tenga que decirme. Si la gente piensa que estar con Nora es un crimen, es que no tienen ni idea de lo que ocurre cuando estamos juntos. Nunca podría serlo.

Tengo mensajes de Louis, ofreciéndome montar una fiesta. Tampoco me paro a contestarle.

El siguiente que veo me hace sentarme en la cama de un bote.

CHICA DEL MÓVIL:
¿Estás dormido?

Veo la hora. Solo hace diez minutos que me ha escrito. Me apresuro a contestar.

YO:
No

CHICA DEL MÓVIL:
Deberías. Mañana madrugas.

YO:
Eso también va por ti.
¿Por qué estás despierta?

Me siento como un colegial, sonriendo a la pantalla de mi teléfono. ¿Cómo no he recordado antes que tenía su número? Me habría pasado la tarde hablando con ella, en lugar de machacando mis músculos.

CHICA DEL MÓVIL:
He estado preparando la rueda de prensa por el despido de Hunter. Ahora echaba un vistazo a la nueva crisis.

Lo siguiente que recibo es una captura de pantalla, con un comentario de un desconocido.

CHICA DEL MÓVIL:
«¿Qué ha visto en esa? Debería buscar a una modelo, como hacen los jugadores normales».

Siento un golpe seco en el esternón, como si algo se rompiera ahí dentro. ¿Esos son los comentarios a los que se ha estado enfrentando Nora durante todo el día?

Por eso mismo no leo estas mierdas. La gente es muy cruel cuando comenta sobre la vida de personajes públicos, como si no fuéramos personas de carne y hueso.

Yo llevo casi toda mi vida enfrentándome a ellos; Nora acaba de caer en la cueva de los lobos, y no pienso dejar que esos comentarios acaben con ella.

YO:
Lo que deberían hacer es adaptar internet para la gente invidente.

Me gustaría estar con Nora y comprobar si mi comentario ha conseguido sacarle una sonrisa.

Recibo otra imagen de otro comentario.

CHICA DEL MÓVIL:
«Seguro que lo ha chantajeado con hundirlo en las redes. Si no, no lo entiendo».

Joder, me dan ganas de matar a @stallioner_0087.

Escribo mi mensaje de vuelta.

YO:

Lo que me hunde es no estar contigo ahora.

Me ha quedado demasiado cursi, pero he decidido que me da igual lo que me mande. No voy a dar ningún poder a esos comentarios.

Entonces me llega un emoji con una cara llorando de risa y me permito serenarme. Me tumbo en la cama, más relajado. Al menos sé que mis respuestas tienen algún efecto positivo en ella.

Me llega otro comentario.

CHICA DEL MÓVIL:
«Otro claro ejemplo del patriarcado y su asqueroso machismo, abusando de una trabajadora porque él es famoso y tiene poder».

No puedo evitar reírme en mi cama ante la sarta de bobadas que acabo de leer. La gente está fatal.

YO:
No sé de qué poder habla, pero lo quiero.

Añado un emoji con una carita guiñando el ojo.

Un segundo después, me llega otro de una cara sonriente, e imagino ese mismo gesto en la de Nora.

Lo siguiente que recibo es un mensaje suyo.

CHICA DEL MÓVIL:
¿Estás ligando conmigo?

YO:

Llevo intentándolo desde que te vi con el vestido rojo.

CHICA DEL MÓVIL:
Te dejó traumatizado.

YO:
Destrozado.

Pasan varios minutos, y Nora no vuelve a escribirme. No sé si está buscando más comentarios, si se ha dormido, o si, directamente, pasa de hablar conmigo. Yo, en cambio, no quiero que nuestra conversación termine ahí.

YO:
¿Podemos vernos?

Un segundo más tarde, veo los puntos parpadeando, indicándome que está escribiendo. Sin embargo, no me llega su respuesta.

YO:
Me estás matando con tanto escribir.

Desaparecen los tres puntos y reaparecen un momento después. La respuesta que los sigue llega más rápido.

CHICA DEL MÓVIL:
He pasado la tarde con Susan.

Añade un emoji de una copa de vino.

Vuelvo a sentarme de un salto en la cama, aunque esta vez no es emoción lo que me mueve, sino preocupación. Sé que Nora no

aguanta bien el alcohol. Apenas la vi beber nada en la fiesta y dio más tumbos de los que quiso admitir. Y eso no tiene que ver con una tarde tomando vino.

YO:
¿Dónde estás?
Dime dónde estás. Voy a por ti.

CHICA DEL MÓVIL:
Casa.

Respiro hondo. Al menos no tengo que preocuparme de eso. Escribo mi respuesta mientras una pequeña risa se escapa de mi boca.

YO:
¿Hoy tienes llaves?

CHICA DEL MÓVIL:
Sí. Estoy en el sofá.

YO:
Déjame ir a verte.

Su mensaje tarda una eternidad en llegar.

CHICA DEL MÓVIL:
No creo que sea buena idea. Tengo varios periodistas en la puerta de mi casa.

Resoplo al leer su mensaje. Lo de *periodistas* es demasiado amable por su parte. Son paparazzis rastreros que buscan cualquier fotografía como buitres en la carroña. ¿Qué hacen en la puerta de su casa a estas horas? Aparte de molestarla.

YO:
¿Puedes escapar de ellos? ¿Hay otra salida?

CHICA DEL MÓVIL:
Como no sea la ventana de la cocina…

Hago memoria de su casa. La cocina estaba al fondo, por lo que debe dar a la parte trasera de su casa. Quizá a un patio o a un callejón.

YO:
Es una buena opción.

CHICA DEL MÓVIL:
No voy a saltar por la ventana, Tyler. ¿En qué estás pensando?

Me quedo un momento leyendo su mensaje, y contesto con la única verdad que se me ocurre, imaginando el rubor de sus mejillas al leer mi respuesta.

YO:
En que tengo demasiadas ganas de verte.

Nora se toma un momento antes de retomar la escritura, por lo que me imagino que, efectivamente, se ha sonrojado. Y me muero por verlo en persona.

CHICA DEL MÓVIL:
Hay más de tres metros hasta el suelo. Verías mi cadáver. Y, además, tengo que trabajar.

YO:
Deja abierta la ventana.

Es el último mensaje que le mando antes de levantarme de la cama.



Media hora más tarde, estoy aparcando mi coche a tres calles de distancia de la casa de Nora. Siento los nervios cosquilleando mis dedos por las ganas de verla.

Nunca había tenido ganas de ver a ninguna mujer, y con Nora me ocurre constantemente. Me cuesta creer que alguien me haga sentir así.

Llego al callejón que debe dar a la parte trasera de su casa, sin tener muy claro a qué altura puede estar. Entonces, me fijo en la única ventana con la luz encendida, y sé que he localizado mi objetivo.

Los tres metros que decía se quedan cortos. Echo un vistazo alrededor, buscando la forma de subir.

El canalón no va a aguantar con mi peso, así que lo descarto. Algo más alejado encuentro un contenedor, y decido que tendrá que servir. Lo empujo hasta colocarlo debajo de la ventana encendida, y subo por él, esperando que el mal olor no se me pegue.

Una vez arriba, quedo casi a la altura de la ventana, aunque tengo que impulsarme para colgarme del alféizar. Me empujo con un pie en

el canalón, que se mueve peligrosamente, y con el otro, consigo mantener el equilibrio apoyándolo en los huecos entre los ladrillos rojos de la fachada.

Me asomo, y encuentro a Nora sentada en el sofá, con la vista fija en su ordenador. Esa imagen es suficiente para que por mi pecho se desplace un calor que en pocos segundos inunda mi cuerpo.

La veo echando un vistazo a su móvil y lo deja molesta en la mesa. Sonrío pensando que lo que espera es un mensaje mío. Llamo entonces al cristal.

Tengo que hacerlo varias veces antes de que abandone la pantalla del ordenador y dirija su mirada hacia mí. Cuando lo hace, sus ojos se abren desorbitados y cruza la casa corriendo.

Abre la ventana a toda prisa y aprovecho para sujetarme un poco mejor.

—¡Tyler! —me saluda nerviosa.

—Te dije que la dejaras abierta —la regaño sin mucha gana. El pie que tengo contra el canalón lleva un rato amenazando con escurrirse, así que me apresuro a impulsarme, haciendo que se mueva.

—¿Qué haces aquí? —pregunta mientras trata de ayudarme a cruzar el umbral.

Yo me quejo del esfuerzo. El hueco es más pequeño de lo que había pensado, y me cuesta hacer pasar mis hombros.

—Evito… a los paparazzi —digo luchando por entrar en la casa. Debo estar mal de la cabeza. Jamás había hecho nada así. Nunca me ha importado que los paparazzi me hicieran fotos, y ahora estoy colándome por la ventana de la cocina de la chica que me gusta. Es como si volviera a tener quince años—. Lo que no sé es si conseguiré evitar el hospital.

Nora tira de mi brazo y de mi camiseta, ayudándome a entrar. Cuando consigo pasar la primera rodilla, no encuentro nada en lo que apoyarme salvo en ella.

—Espera, ¡cuidado! —digo, preocupado por aplastarla bajo mi cuerpo. La acerco a mí tanto como puedo, protegiendo su cabeza con una mano, y frenando con la otra nuestra caída contra el suelo.

Al menos he conseguido pasar.

Me levanto un poco para poder verle la cara, que continúa escondida contra mi cuello. Joder, cómo echaba de menos esta sensación. Y por cómo se agarra a mí, quiero pensar que ella también lo extrañaba.

—¿Estás bien? —pregunto, buscando algún indicio de dolor en su gesto.

—Sí.

Su voz llega a mis oídos como la canción de una sirena. Hipnotizándome, llamándome a besar sus labios. Me contengo un poco más.

—Vale, ¿quieres levantarte? —No sé por qué, la mía se queda en un susurro—. Por mí no hay problema en quedarnos en el suelo de tu cocina.

Y, sin esperar a su respuesta, me acerco por fin a ella en busca del premio que con tanto esfuerzo creo haberme ganado. Rozo sus labios y estos responden, envolviendo los míos en un beso cálido y suave.

Siendo mi piel ardiendo bajo su tacto hasta que sus manos empujan mi pecho.

Me separo de ella y me doy cuenta de que le está costando respirar. Consigue hacerlo cuando levanto mi peso del suelo y de su

cuerpo.

—Vale, arriba —le digo enrollando mi brazo alrededor de su cintura.

Con un simple movimiento, nos levanto a los dos del suelo.

Suelta un grito ahogado y se abraza a mí. Incluso sus piernas se han colocado alrededor de mi cuerpo, manteniéndose fuertes en su agarre, al tiempo que reprime un jadeo.

Yo me río levemente y cruzo la sala hasta el sofá donde estaba antes de que llegara. Me siento en él, con Nora todavía encima de mí.

Me recuesto en el asiento mirándola como si fuera un sueño del que no me he despertado, con el color cubriendo su rostro. Aprieto su cintura y la empujo entonces hacia mí para robarle otro beso. No tengo dudas de que soy adicto a su boca, y da igual las veces que la bese, siempre quiero más.

—¿Qué hacías? —le pregunto con una sonrisa.

Ella, en cambio, se muestra un poco turbada.

—Lo que te dije: trabajar.

—¿A estas horas?

—Sí, tengo bastante lío debido a… ya sabes.

Me entran ganas de reír cuando se atraganta con sus propias palabras.

—¿A que se sabe lo nuestro? —pregunto moviendo mis dedos debajo de su camiseta, recorriendo su piel.

—Lo nuestro… —repite ella distraída.

—Que estoy loco por ti, tú por mí, y todo eso —le explico divertido. Me maravilla su reacción cuando soy cariñoso con ella. Como si no lo esperase o no lo supiese gestionar. Debería molestarme, y, sin embargo, lo disfruto.

Abre su boca para contestar, pero se lo piensa mejor y la cierra. Aparta mis manos, que seguían recorriendo su cintura, y se sienta a mi lado.

—Tengo que trabajar —me dice encendiendo su portátil sobre la mesa.

Yo le doy un beso rápido en el hombro y vuelvo a echarme contra el respaldo sin decir nada más.

Después de un momento en el que parece no saber qué hacer, se acerca a su ordenador, concentrándose enseguida. Sé que está inmersa en su trabajo cuando su dedo índice sube hasta alcanzar uno de los mechones de su pelo. Lo retuerce entre sus dedos antes de volver al teclado.

Yo me quedo mirándola, disfrutando de sus pequeñas manías sin interrumpirla.

Me fijo en el dedo que tiene sin adornar, y me llevo la mano al pecho, donde cuelga su anillo bajo mi camiseta.

Tras lo que parece una eternidad sin parar de teclear, Nora también se recuesta en el sofá, dando un largo suspiro y restregándose los ojos.

Aprovecho su pequeño descanso para tirar de ella y acercarla a mí.

—No puedo más —se queja.

—Trabajas demasiado.

Se apoya en mí para darse un respiro y yo pongo el brazo sobre sus hombros, acariciando lentamente su piel.

Un momento más tarde, su respiración suena más pesada y, al mover su cabeza, la encuentro dormida. Me quedo observando cada línea de su rostro como si fuera el cuadro más bonito de una galería. No entiendo lo que esta chica está haciendo conmigo.

Cuando ya he memorizado cada centímetro de su cara, la aprieto junto a mí y hago que nos recostemos en el sofá. Ella rodea mi cintura y alza la cabeza para darme un beso.

La he despertado con el movimiento.

—¿Por qué no has intentado acostarte conmigo? —me pregunta con voz suave, llevando su mano hasta mi mejilla.

Mi primera respuesta llega en forma de resoplido largo y tendido mientras me restriego la cara.

—No me vengas con esas —la aviso.

Ella se ríe, llevando hasta mis oídos el sonido más maravilloso que he escuchado nunca. ¿Cómo es posible que hasta su risa despierte esta sensación extraña en mi estómago?

—¿Por qué? —pregunta inocente, y algo me dice que en verdad no tiene idea de lo que está preguntando.

—Porque no pienso en otra cosa cuando estoy contigo, especialmente con cada uno de tus besos, Nora. —Digo su nombre como si la estuviera regañando por hacerme decir esas cosas.

Ella se apoya en su codo y descansa el mentón sobre mi pecho, mirándome fijamente. No podría ser más preciosa ni intentándolo.

—¿Entonces? —sigue presionándome.

Yo sonrío y deshago lo que le queda de recogido. Aparto el pelo de su cara bajo la mirada de sus brillantes ojos marrones.

—Te doy mi respuesta si tú me das la tuya.

—¿Mi respuesta?

—Vamos, he visto cómo te alejas de mí en cuanto se te pasa por la cabeza.

Arruga sus cejas y baja la cabeza para ocultar su rostro en mi pecho.

—¿Tan obvia soy? —oigo su voz amortiguada contra mi camiseta.

Empujo su mentón para que me mire otra vez.

—Para mí, sí, y me encanta. Dime. —Ahora soy yo quien la presiona. Quiero saber lo que piensa, porque no me veo capaz de adivinarlo ni en una vida.

—¿Prometes no reírte de mí? —me pide.

—Lo prometo.

—¿Y no usarlo en mi contra? —Su boca se curva en una sonrisa que hace aparecer la mía a la misma velocidad.

—Lo intentaré —trato de escaquearme, pero no está tan dormida como unos minutos atrás.

—Tienes que prometerlo.

Aprieta los labios escondiendo su diversión, y me doy cuenta de que le daría cualquier cosa que me pidiera con esa boca.

—Está bien, te lo prometo. No lo usaré en tu contra.

Paso mi mano por su pelo, colocándolo detrás de su oreja, y noto cómo contiene su respiración cuando lo hago. Luego, suspira.

—Yo... No quiero que desaparezcas —dice—. Creo que... mientras no ocurra, seguiré teniendo tu atención un poco más.

Lo que sea que surgió en mi pecho hace unos días, vuelve a recordarme su presencia con un duro golpe; justo debajo de donde descansa la barbilla de Nora. Se encoge dentro de mí y libera un calor que recorre mi cuerpo como un bálsamo.

—No voy a irme —le aseguro—. Nora, podría hacerte el amor diez veces esta noche y seguiría queriendo hacértelo mañana por la mañana.

No sé de dónde han salido esas palabras. Han escapado sin que pudiera hacer nada por contenerlas. Y lo peor es que no me arrepiento de ninguna. Es tan cierto como que me estoy enamorando de esta chica. Y me acojona bastante, porque nunca he sentido algo así por nadie. Siempre he sabido retirarme a tiempo, quizás porque nunca nadie había despertado este interés en mí. Sin embargo, con ella no tengo dudas. Sé con seguridad que lo que quiero es estar a su lado.

Veo su sonrisa resurgir.

—¿Hacer el amor? Eso te ha quedado muy romántico, 89 —trata de meterse conmigo. Yo sigo pensando cada palabra que he dicho. Especialmente cuando se muerde el labio inferior como lo hace.

Rodeo su cintura y la arrastro sobre mi cuerpo hasta que consigo alcanzar ese labio, y luego el otro.

Me giro sobre mi lado y la tumbo en el sofá junto a mí.

—Es lo que quiero contigo —susurro contra su boca en un pequeño respiro que le doy.

Veo cómo vuelve a quedarse sin palabras. Después, carraspea.

—¿Y tu respuesta? —me pregunta.

No me he librado de sincerarme. Me tumbo sobre mi espalda y miro al techo de su salón soltando el poco aire que queda en mis pulmones.

Giro mi cabeza hacia ella y sigo peinando su pelo detrás de su oreja, pese a que no se ha movido de ahí.

—No quiero hacerte sentir que eres una más. —No soy capaz de entender la reacción de Nora, que me mira fijamente y arruga las cejas varias veces—. Voy a esperar lo que necesites, hasta que me creas.

Se acerca a mí y me roba otro pequeño beso que yo procuro alargar un poco más. Me lo permite, y su mano comienza su recorrido a lo largo de mi cuello. Su boca se mueve insistente sobre la mía, buscando mi lengua para seguir batallando, y le doy la lucha que persigue.

Yo envuelvo su cintura y la aproximo más a mí, eliminando el poco espacio que queda entre nosotros. Subo por su espalda, y sus pequeños jadeos terminan con mi cordura.

Entonces, se separa de mí, y busco su mandíbula para seguir saboreándola un poco más.

—¿Y si te dijera que quiero hacerlo? —me pregunta en un resuello.

Se me escapa un gruñido ante el significado de sus palabras. Cada vez que abre la boca tengo más claro que esta mujer va a acabar conmigo. Doy un suave mordisco a su hombro antes de echarme hacia atrás para mirarla.

—¿Quieres? —le pregunto serio, con una sonrisa amenazando con aparecer.

Ella me responde enseguida, asintiendo con la cabeza.

«Va a acabar conmigo», repito en mi cabeza.

Mi mano, que permanecía escondida bajo su pelo, se mueve para acercarla a mí. La beso lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo para disfrutarla. Sus manos agarran mi camiseta y más tarde se cuelan bajo ella hasta alcanzar mi cintura y mi espalda, arrastrando mi ropa con su movimiento.

El gruñido que se me escapa tiene algún tipo de efecto en ella, que gime mientras trata de mantener nuestras bocas unidas, a pesar de la falta de aire que nos amenaza a cada segundo.

Busco su cuello para dejarla respirar.

—Hoy no va a ocurrir —susurro contra su piel.

Detiene su movimiento por un instante. Luego, sigue llevándose mi camiseta, como si no hubiera escuchado nada.

—Me has oído bien —digo tan firme como puedo, porque ahora mismo mi autocontrol está llegando a su límite. Necesito que pare en su propósito de desnudarme.

Y, entonces, lo hace.

—¿Por qué? —pregunta extrañada, y yo me hago esa misma pregunta.

—Porque no —respondo tajante.

En este momento tiene demasiado en la cabeza, y, cuando eso ocurra, quiero ser lo único en lo que piense. Por muy duro que sea ahora mismo, lo haré bien con ella.

Intenta levantarse del sofá, y se lo impido apretándola más contra mi cuerpo, haciendo caso omiso del calor que lo recorre por tenerla tan cerca.

—¿Quieres irte? —dice, y no estoy muy seguro de si es una pregunta.

—¿Me estás echando?

Está enfadada, cosa que entiendo. Después de todo, acabo de darle calabazas en el momento en que más vulnerable se ha mostrado.

—Eres tú quien no quiere nada conmigo.

—¿Nada? —repito incrédulo. Muevo mis dedos sobre su hombro, colándome por el cuello de su camiseta. Escucho su respiración agitarse cuando la toco—. Esto no me parece nada.

—Tyler —dice mi nombre como si me regañara, porque esa no es la respuesta que quería.

—Nora, quiero todo contigo. No tengo prisa.

—Si estás intentando ser un caballero, no hace falta —responde, todavía molesta.

Entonces dejo de mover mi mano, y con la otra la sujeto de sus mejillas para hacer que me preste atención solo a mí; no a sus ideas absurdas.

—Deja de tentarme, ¿quieres? Ya me está costando bastante.

Ella se mantiene en silencio y, más tarde, se sienta en el sofá como una niña enfurruñada, y algo en mi interior se caldea.

—Mira, mañana tienes lío, ¿vale? —le explico, y veo que tiene resultado cuando sus cejas se relajan un poco—. Y como sigas por

este camino no pienso dejarte dormir en toda la noche, así que sé buena y túmbate —le pido.

Lo que he dicho hace que su sonrisa se expanda, a pesar de no separar sus labios.

—Porque tú lo digas —me reta.

Cuando ve que me muevo en el sofá, trata de levantarse. Yo rodeo su cintura antes de que lo haga, y tiro de ella. Aun así, continúa luchando, y consigue sacar las piernas por encima de mí. Muevo las mías rápidamente para envolver las suyas y sujetarlas antes de que siga alejándose.

Una vez la tengo inmovilizada contra mi pecho, le doy un rápido beso en la mejilla y la tiro junto a mí.

—Vas a acabar conmigo, Appaloosa —susurro contra su oído.

Ambos nos mantenemos en silencio mientras nuestras respiraciones regresan a la normalidad tras esta pequeña trifulca. Me gustaría decir que es el único motivo por el que mi corazón está tan acelerado, pero estaría mintiendo.

Finalmente, suelto un poco mi agarre alrededor de su cuerpo y me tumbo sobre mi espalda con los ojos cerrados.

—Me gusta Appaloosa —escucho su voz junto a mí. Por un segundo he creído que era un sueño, por lo dulce que suena en mis oídos.

Vuelvo a colar mi mano por el cuello de su camiseta para alcanzar su hombro y seguir acariciándolo con mis dedos.

—Lo sé —digo—. Ahora deja de mover esa boca, porque mi límite se acabó hace rato.

Durante un momento me hace caso. Luego, se mueve a mi lado, girándose hacia mí y poniendo su mano sobre mi pecho. Se apoya en mi cuerpo para alcanzar mi boca y dejar un suave beso sobre ella.

—Buenas noches, 89.

#30

¿Y QUÉ TE HA DADO LA PISTA?

Los quince minutos de trayecto hasta el trabajo se me suelen pasar rápido pensando en las tareas del día. Hoy, con la despedida de Tyler reproduciéndose sin descanso en mi cabeza, apenas me parece un suspiro.

Estaba recogiendo mis cosas para salir cuando se ha acercado a mí, sin decir nada, y me ha quitado el bolso del hombro. En un segundo, sus labios estaban sobre los míos, y, de pronto, había olvidado que tenía que marcharme.

No tardó en alzarme en brazos y yo en rodear su cuerpo con mis piernas. Acabé contra la puerta de mi casa, incapaz de contener el gemido que escapaba de mi garganta y despertando un poco más su hambre.

Todo lo que no hicimos la noche anterior parecía estallar con ese beso, como un calor asfixiante que únicamente nuestro tacto podía

disipar.

Cuando me separé en busca de oxígeno, Tyler apenas me dio unos centímetros, recorriendo mis labios con su pulgar.

«Que tengas un buen día», susurró después sobre mi boca, como si ese hubiera sido un beso de despedida normal.

Me pregunto si podría acostumbrarme a ellos, a sus manos cubriendo mi cuerpo, a él... Y algo me dice que no. Que, como mucho, me haría aún más adicta.

Me estoy metiendo en un buen lío, porque cada vez me es más difícil controlar todo lo que mi cabeza imagina.

Habría sido más fácil si siguiera en su papel de mujeriego con pasotismo crónico respecto a todo lo que ocurre a su alrededor, pero, o finge muy bien, o puede que ese Tyler únicamente exista de cara a la galería.

Mi felicidad matutina se esfuma cuando llego a mi mesa y mis compañeros me avisan de que Matthew quiere hablar conmigo. Las veintitrés llamadas perdidas en mi línea y los siete emails que tengo en mi bandeja de entrada, también me han dado la pista.

Los reviso rápidamente, y no encuentro en ninguno nada de información. Tan solo su impaciencia creciendo.

Supongo que porque normalmente llego una hora antes de que comience mi jornada, y hoy me he retrasado un poco. «Aunque no lo suficiente», pienso para mis adentros, recordando la despedida que compartimos.

Salgo hacia su despacho para no hacerlo esperar más, cruzando los pasillos a la misma velocidad que procuro centrarme en el día que tengo por delante.

Como si me hubiera leído la mente en la distancia, mi móvil vibra en mi mano. Paro un momento en mi camino y veo la foto de un demonio enfadado, junto al nombre «Tyler Kelscot». Debería cambiar esa imagen, aunque no puedo negar que Susan hizo una buena elección. Hasta se parece a él en cierto modo, salvo por la piel roja y el pelo negro.

> **TYLER KELSCOT:**
> Deberíamos despedirnos más a menudo. Que tengas un buen día, Appaloosa.

Me quedo mirando como una tonta el mensaje, segura de que, si no estuviera apoyada contra la pared, me habría derretido sobre el suelo.

A mí tampoco me importaría despedirme de nuevo. Aun así, dudo si responder o no. No debería mostrarme demasiado pillada por él. No debería estarlo.

Finalmente, decido concentrarme y apagar la pantalla justo en el momento en el que Matthew sale de su despacho y me halla frente a él.

—Entra de una vez —me dicta impaciente, obviando el saludo y abriendo la puerta.

Paso rápidamente y encuentro a tres personas en su mesa de reuniones. Me miran y me saludan con amabilidad, y me da la sensación de que los he interrumpido.

—Perdona, no sabía que estabas reunido. He visto tus mensajes…

Mi jefe hace oídos sordos a mi frase inacabada y se sienta en la silla que preside la mesa.

—Venga, cierra y siéntate. Están aquí para hablar contigo.

—¿Conmigo? —pregunto confusa, acercándome a uno de los asientos vacíos frente al inesperado comité.

Únicamente reconozco a Julen, de recursos humanos, que pronto me presenta a las otras dos personas sentadas junto a él: Lauren y Robert, también de recursos humanos.

El sudor comienza a cubrir mis manos, porque sus sonrisas no me auguran nada bueno.

—Pensaba que íbamos a hablar de la rueda de prensa de Hunter —intento ganar tiempo con Matthew. Si al menos ve que tengo eso pendiente por hacer, quizá se replantee lo de echarme.

Mientras Julen abre la carpeta que tiene delante, doy vueltas a qué es lo que he hecho mal para tener a un equipo completo de recursos humanos en el despacho de mi jefe, y solo me viene a la cabeza cierto *tight end* y la noticia que salió ayer.

No recuerdo si existe alguna restricción en cuanto a las relaciones entre personal de trabajo, porque nunca lo he visto necesario. Tendría que haberme informado antes de dejarme engatusar por el jugador más famoso de toda la NFL.

—Estamos aquí por ti, Nora. Será un momento.

—Claro —respondo incómoda, escondiendo mis manos temblorosas bajo la mesa. Me felicito por haber conseguido que ese temblor no llegase a mi voz, aunque no estoy segura de poder mantenerlo de tal modo.

—Como ya sabes, no hay ninguna ley ni estatuto en los Stallions que prohíba las relaciones entre dos personas en el espacio de trabajo, salvo por los jugadores con las animadoras —comienza explicándome. Yo asiento con la cabeza en silencio, a pesar de que es la primera vez que pienso en este asunto—. Pero, aun así, aquí nos tomamos en serio que esas relaciones interpersonales no interfieran

en la imagen de la entidad… —sigue hablando. Mi cerebro ha dejado de funcionar al escuchar «relaciones interpersonales». Ni siquiera hemos llegado a nada de eso. Solo nos hemos besado. Mucho. Y puede que haya sentido más con esos besos que con otras cosas en toda mi vida.

—… por eso queremos hacerte algunas preguntas —termina Julen. Vuelvo a centrarme en sus palabras, consciente de que me he perdido la mitad del estatuto que estaba leyendo.

Anoto en mi agenda mental que debo buscar ese epígrafe y revisarlo. Cuando miro a Julen, este espera alguna respuesta de mi parte.

—¿Perdona? —pido que me lo repita.

—Tenéis que formalizar vuestra relación —me dice Lauren, con un gesto tan amable como falso.

—¿Formalizar? Nuestra… —no soy capaz de seguir hablando. Mis piernas han decidido unirse al movimiento de mis manos y no paran quietas.

—Vuestra relación —me explica Julen, tomando la palabra de nuevo—. Para que se pueda hacer un seguimiento, comprobar que no hay abuso de poder o influencia. Por ejemplo, si realmente no quisieras estar con el señor Kelscot y él te fuerza de alguna forma, amenazándote con acabar con tu trabajo; o lo contrario: que tú lo amenaces a él con dinamitar su imagen o patrocinios.

Robert, que hasta ahora se ha mantenido en silencio, debe haber visto mi cara de circunstancia, porque sale en mi apoyo antes de que termine hiperventilando por escuchar todo aquello.

—Nora, estas situaciones se han dado en el pasado. Estos protocolos se han creado para que no pueda ocurrir otra vez. No estamos aquí para regañarte, para prohibirte nada o para decirte que

es una mala o buena idea. Estamos aquí para protegeros a ti, al señor Kelscot y a los Stallions. Ese es nuestro trabajo.

—Sí, claro —digo, todavía incapaz de controlar el calor que recorre mi cuerpo.

Cuando miro a Matthew de reojo, lo veo concentrado en su móvil, y su aparente falta de interés me permite respirar un poco más hondo, si bien el aire no termina de llegar a mis pulmones.

—¿Entonces? ¿Empezamos? —pregunta Julen, mostrándome una gran sonrisa.

—La cosa es que… creo que… no… —me cuesta decir la frase entera, porque no tengo muy claro qué decir. ¿Que no hay nada entre nosotros? Eso no es cierto. Pero tampoco sé qué es lo que hay, o si se le podría llamar relación. No sé qué quiere Tyler. Ni siquiera me he parado a pensar en lo que quiero yo.

—¿No qué? —pregunta Lauren, lanzándome una mirada que parece todo menos cordial—. Solo tienes que rellenar el formulario. Desde cuándo os veis, qué tipo de relación tenéis…

«Ay, por Dios».

—¡Creo que se está sacando todo de quicio! —digo con voz aguda. La frase cruza mi garganta como un escudo que me comprometo a mantener en alto pese a todo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Matthew, interesándose en la conversación.

—¿No estuviste con Tyler en su casa, y saliste de ella con su camiseta y nada más puesto? —pregunta Lauren, y no me queda ninguna duda de que cada palabra que pronuncia la lanza con maldad.

—Sí y no. Fui a su casa, a… revisar unas campañas —miento descabelladamente esperando que no corroboren esa información— y me tiré el café encima. Él me dejó su camiseta, y *sí* llevaba unos pantalones debajo, aunque en las noticias lo omitieran. No pasó nada entre nosotros. Solo estuvimos hablando.

Mi boca no deja de mentir, deseando salir de allí cuanto antes. Necesito hablar con Tyler y hacer coincidir nuestras versiones respecto a las fotos de los medios.

—¿Y tampoco os liasteis en el hotel, la noche de la fiesta? —pregunta Lauren, tratando de acorralarme.

—No, claro que no —respondo rápidamente. Al menos en esto no necesito mentir, porque todo ocurrió en su casa de invitados, no en el hotel.

Por supuesto, el calor sube por mi cuello solo de recordarlo.

—Pues se os veía muy acaramelados en las fotos.

«¿Las fotos?»

—Nora, no te estamos juzgando —me asegura Robert. Yo no lo tengo tan claro con su compañera—, pero las fotos son bastante explícitas.

—¿Qué fotos? —pregunto, esta vez en voz alta.

—¿No las has visto? —pregunta Julen. Su cara amable tendría más efecto si no estuviera a punto de asfixiarme por la tensión.

Matthew me lanza su móvil desde el otro lado de la mesa antes de darme tiempo a contestar. Cosa innecesaria, pues mi cara ya lo dice todo: no tengo ni idea de a qué fotos se están refiriendo.

Cuando sostengo el teléfono, confirmo lo que en parte esperaba: que es la imagen que me mandó el acosador, y que le pedí que no compartiera.

Mi corazón se pone a bombear como loco, llevando la sangre de mi cuerpo a trompicones, lanzándola contra mis oídos sin ninguna delicadeza.

—Esto… está fuera de contexto. —Intento mostrarme segura sin demasiado éxito.

—¿Y nos puedes explicar ese contexto? —replica Lauren.

—Yo estaba esperando a mi Uber, y Tyler se ofreció a esperar conmigo. —Susan me enseñó que las mejores mentiras son las que se sustentan en algo de verdad, así que procuro mentir lo mínimo, pese a que me siento una auténtica delincuente; sobre todo bajo la atenta y escrutadora mirada de Lauren—. Luego, se acercaron unos fans, y él se colocó así para darles la espalda y que no lo atosigaran con fotos y autógrafos.

—¿En serio? —pregunta mi interrogadora, como si las palabras se le escaparan.

—Al menos es lo que él me dijo. No sé si hay más fotos, o incluso si veis los vídeos del hotel. No encontraréis nada más, porque no pasó nada —respondo mirándola directamente. Esta conversación se ha convertido en una lucha entre ella y yo, y no tengo ni idea de por qué la ha tomado conmigo.

—Podemos mirarlo —responde Lauren, excediéndose. Hasta yo, aterrada, sé que no tiene sentido una persecución así.

—Claro que no vamos a hacerlo —me asegura Julen—. Ya te hemos dicho que estamos aquí para protegeros, a ambos, y a los Stallions. Si nos dices que no hay nada, entonces no tenemos nada más que hacer aquí. A no ser que quieras informarnos de algo. Si

crees que él se ha sobrepasado de alguna forma, por lo que vemos en las fotos y nos cuentas…

—No, no. Está bien. No me molestó y no fue para tanto. Los medios siempre necesitan historias y consiguen que la gente vea lo que no hay.

—En eso puedo darle la razón —responde Matthew levantándose de la mesa–. Pues si ya está todo solucionado… —deja la frase en el aire, dando la reunión por zanjada.

Los tres trabajadores de recursos humanos se levantan torpemente de la mesa al verse echados de forma tan abrupta, y yo trato de aliviar la situación agradeciéndoles su visita y preocupación. En silencio, por el contrario, rezo por no tener que volver a enfrentarme a ellos.

Cuando la puerta se cierra y me quedo a solas con Matthew, mis nervios vuelven a florecer.

—Entonces, ¿qué hay entre vosotros? —me pregunta directamente, tomando asiento detrás de su escritorio y dejándome en blanco—. No es cotilleo. La valoración de Tyler ha subido como la espuma. ¿Has visto las redes?

—Lo he mirado por encima. He estado con lo de Hunter…

—Nora, tienes que estar al tanto. Si va a afectar a tu trabajo…

—¡No! —lo corto antes de que pueda amenazarme con mandarme al almacén, como ha hecho en más de una ocasión—. Es solo que he estado preparando lo de Hunter. Hoy mismo me pongo al día con la repercusión de Tyler.

—Muy bien. Que los medios sigan dando esas noticias es bueno para el jugador y el equipo. Los Stallions están en boca de todos.

—Que sigan dando esas noticias...

—Sí, que no hagas declaraciones. Ni afirmes ni desmientas. Estás espesa hoy. Déjame ver qué has preparado para la rueda de prensa —me exige con más dureza, y yo tengo que forzarme a guardar en el fondo de mi mente sus indicaciones respecto a mi vida personal para seguir funcionando con normalidad.



TYLER KELSCOT:
¿Un mal día?

YO:
¿Tanto se me nota?

TYLER KELSCOT:
Veo las señales

Releo su mensaje. ¿De qué señales habla? ¿Y cómo es que las ve?

Me giro sobre mí misma, con la esperanza de que estuviera cerca, pero no veo a nadie, así que retomo mi camino por el aparcamiento.

Después de lo ocurrido con la filtración de fotos, Tyler ha decidido no aparcar en mi plaza. Supongo que simplemente quiere hacer las cosas más fáciles, aunque, de haberlo hecho, habría tenido una excusa para acercarme al gimnasio y gritarle que quite su coche de mi plaza.

TYLER KELSCOT:
Estoy en mi coche, viendo a la jefa de comunicación más guapa que he tenido nunca. ¿Te

hace una reunión de trabajo esta noche?
Revisamos jugadas mientras te invito a cenar.

YO:
Suena a cita.

TYLER KELSCOT:
Genial. Me preocupaba ser demasiado sutil.

Me quedo mirando el teléfono. A veces me cuesta asimilar que Tyler Kelscot sea de verdad quien me habla o escribe así. A mí.

Sigo teniendo la sensación de que despertaré algún día de este sueño, dándome de bruces con una realidad mucho menos agradable.

YO:
Sigo con el problema de los paparazzi.

Respondo contrariada, porque es cierto. Y no pienso saltar por la ventana de mi cocina.

TYLER KELSCOT:
Tranquila, tengo un plan.

YO:
Planeando y todo. Se te ve un poco desesperado, 89.

Doy a mandar antes de pensármelo dos veces y guardo el móvil en el bolso, porque, si no, sé que voy a borrarlo. De hecho, mientras conduzco, me planteo parar el coche en varias ocasiones para hacerlo.

Cuando aparco frente a mi casa, los fotógrafos que esperaban allí se abalanzan con sus cámaras. Debería ponerme la gorra de mi primera cita con Tyler.

Según me encierro en casa, recuerdo que, con todo el jaleo frente a mi puerta, no he leído su plan para vernos. La sonrisa se me dibuja en el rostro al instante.

> **TYLER KELSCOT:**
> Perfecto. Me preocupaba ser demasiado sutil.

Luego, pasa a detallar dónde y cómo nos veremos.



Llamo a la puerta nerviosa, mientras los primeros fotógrafos que me han perseguido desde mi casa aparecen en la acera y me preguntan a voces si he quedado con Tyler. Sus cámaras hacen un continuo clic detrás de mí que no me permite concentrarme.

Recuerdo la reunión con Matthew y su comentario sobre no hablar con los medios. Por un lado, me sabe mal, porque siempre he tenido buena relación con ellos, aunque empiezo a entender por qué son tan molestos para los famosos.

Por fin, la puerta se abre y las cámaras se vuelven frenéticas, esperando captar alguna imagen del jugador de la NFL. Me lanzo al pequeño hueco abierto y cierro rápidamente detrás de mí.

Susan está en su entrada, con los brazos en jarra y cara de confusión.

—¿Me puedes decir que está pasando? ¿Y quiénes son esos?

—Ahora tengo paparazzis siguiéndome.

—¿Qué? ¿Ahora eres toda una estrella?

—Yo no diría tanto —me lamento falsamente. Apenas he probado las mieles de la fama, y ya me resulta tediosa.

—¿Me cuentas qué haces aquí? Hoy no es jueves. Iba a salir con Ryan.

—¡Ay no! ¡Perdona! —Me tapo la boca. Estaba tan obsesionada con mis propios planes que no pensé en que Susan tendría los suyos —. Dime que no lo he estropeado.

—Eso depende de lo que hagas aquí. ¿Está todo bien? Íbamos a ir a cenar al Albahaca, pero lo cancelo y pedimos algo. Seguro que no le importa.

—¿Cancelamos la cena? —pregunta su marido asomándose por el pasillo con los botones de su polo blanco a medio abrochar. Por su tono de voz, juraría que no le importa.

—¡No! — grito alarmada—. Solo he venido para despistar a los fotógrafos.

La cara de Ryan es suficiente para que su mujer le haga un breve resumen del caos en el que se ha convertido mi vida en unos días. También me percato de la habilidad que demuestra para hacer que todo suene mucho más romántico y épico de lo que es. Parezco la protagonista de una historia emocionante, salvo por algunos aspectos, como la reunión vergonzosa de hoy, el acosador, o quince tíos con cámaras persiguiéndome allá donde vaya.

Ryan se queda mirándome en silencio durante un momento en cuanto su mujer termina la historia, y, por la forma en la que entorna sus ojos, en realidad quiere decirme algo así como «Bien hecho, Nora», y yo enrojezco bajo esa mirada.

—¿Me sigo vistiendo entonces? —pregunta al fin, y yo le contesto afirmativamente a la vez que Susan me arrastra hasta el salón.

—¿Vas a decirme qué pasa? No voy a dejarte aquí sola con este lío.

—En realidad no voy a quedarme aquí. —Sonrío sin proponérmelo —. Tengo una cita con Tyler.

Acto seguido, mi amiga me deja sorda del tímpano izquierdo al gritar como una lunática.

Luego, sin decir nada más, me lleva a su dormitorio y echa a Ryan de allí, que estaba tranquilamente arreglándose mientras veía un partido de tenis.

Empieza a rebuscar entre su ropa, y yo trato de detenerla.

—Susan, solo he venido a esperarlo aquí. Va a llegar en cualquier momento.

—¿Y piensas ir vestida así? ¿No me has dicho que era una cita?

—Sí… —dudo, haciendo disminuir mi seguridad mientras alargo la sílaba.

Me mira raro, y sé que no voy a poder discutir con ella.

—Vale, pero que sea rápido —me rindo, viendo cómo su cara cambia y casi da un bote de alegría.

Desaparece entre las perchas de su armario, hablando para sí misma según descarta algunas prendas. Con otras, saca la cabeza de entre la ropa para mirarme, preguntándose si podría ser la opción adecuada. Es después de otro minuto más buceando entre sus modelitos cuando encuentra el que va a plantarme esa noche.

Se deshace de mis shorts y mi camiseta, y me lanza una falda larga y un *crop top* de tirantes.

Cuando termino de vestirme, empieza con sus retoques, haciendo que las prendas luzcan mucho más estilosas de lo que yo podría haber conseguido. La falda, que a Susan le queda por debajo de las rodillas, a mí me llega hasta los tobillos, con una hilera de botones sobre mi pierna derecha. Susan solo abrocha tres de ellos, haciendo que mi muslo se vea casi por completo con el más mínimo movimiento.

El *crop top* es un trozo de tela anudado sobre mi pecho. Ella lo coloca haciendo que parezca una pieza de alta costura.

Sin duda tengo una imagen mucho más sofisticada para una cita que la que yo había escogido.

Vuelvo a ponerme mis sandalias al tiempo que mi móvil vibra sobre la cama.

—Dile que espere.

—¿Qué falta? —pregunto, porque, en mi opinión, ya está todo listo.

—Nada, pero le vendrá bien para que crezcan sus ganas de verte.

Nunca he entendido esos juegos mentales en las relaciones. Sin embargo, de las dos, Susan es la única que ha mantenido una pareja durante más de una semana, así que decido hacerle caso tan solo durante un breve rato, porque la espera está acabando también conmigo.

Cuando por fin me deja libre, me dirijo corriendo a la puerta de atrás. Por suerte, los *paparazzi* no saben que hay otra salida y me siento más tranquila. Aunque me sabe mal dejar a Ryan y Susan con el problema.

Según salgo, me choco contra un muro. Iba con tantas prisas que ni me he fijado en que Tyler estaba delante de mí.

—Eh —llama mi atención, sosteniéndome contra su cuerpo. ¿Es posible que haya echado de menos su aroma en unas horas? Porque me envuelve y embriaga a partes iguales, y no quiero separarme de él, si bien lo hago a regañadientes—. Se te ve un poco desesperada, Appaloosa —me pica con mi misma broma.

—Huyo de Susan antes de que siga diciendo tonterías.

Tyler se ríe a mi lado, seguramente imaginando el tipo de cosas que mi amiga suele decir cuando estoy cerca de él. Así que tiro de su mano para alejarnos.

Cuando llegamos hasta su coche, que por supuesto no he reconocido porque cada día trae uno distinto, me apoya contra él y sostiene mi cara. Me observa durante un momento, como si hubiera olvidado mi rostro y necesitara recordarlo. Aprovecho para recorrer su torso con mis dedos, como si yo también hubiera perdido en mi memoria cada curva de su cuerpo.

—¿Vas a besarme ya? —pregunto. Me falta poco para abalanzarme sobre él.

Entonces se agacha y mi boca por fin puede derretirse bajo la suya. Especialmente con el movimiento tan lento con el que besa cada milímetro de mis labios.

Cuando los libera, he olvidado el día, la hora e incluso el lugar en el que estoy. Solo sé que no quiero dejar de sentir su boca sobre la mía.

Antes de poder reclamar más, Tyler pone una gorra sobre mi cabeza. Esta vez me he soltado el recogido, pensando en ello, así que me la coloca sin problema. Luego, mueve mi pelo hasta dejarlo detrás de la oreja, y alinea la visera con el centro de mi cara.

—¿A dónde hoy? —pregunto expectante.

—Ahora lo verás —responde llevándome hasta el otro lado del coche. Me abre la puerta y espera a que tome el asiento del copiloto.

Cuando se sienta a mi lado, me mira como si se planteara volver a besarme, pero, al final, parece contenerse y arranca, para mi decepción. No me hubiera importado otra sesión de besos dentro del coche, como un par de adolescentes.

Y me quedo pensando en eso mientras cruzamos la ciudad a medida que las farolas se encienden y el cielo se oscurece.

Aparca el coche en una calle que no recuerdo haber transitado en mi vida, y nos movemos cogidos de la mano como dos fugitivos, mirando a los lados para comprobar que nadie nos sigue.

—Creo que no hay nadie por aquí —comento, en un intento de tranquilizar la situación.

—Ya, digamos que no llevas un modelito que pase desapercibido. Prefiero ser precavido —dice andando, sin mirarme; así que ha tenido que fijarse en el look en otro momento, y se me escapa una pequeña sonrisa.

—Si quieres me separo —bromeo, distanciándome un poco.

Él, en cambio, se lo toma muy en serio, y tira de mí con fuerza hasta que me retiene contra la pared de ladrillo de un antiguo edificio.

—Eso ni se te ocurra —masculla contra mi boca, de pronto muy cerca de mí.

Lo siguiente que percibo es un beso ardiente que me sabe a amenaza si se me pasa por la cabeza alejarme de él esta noche. Por suerte, no tengo ninguna intención de hacerlo.

—Entonces venga, empiezo a tener hambre —susurro cuando termina.

Seguimos caminando durante unos minutos más, cruzando el tumulto de gente y llegando hasta otro callejón de los que suelo evitar, y por los que Tyler parece tener predilección. Tira de mí hasta que llegamos a un lugar que reconozco.

Apenas pude fijarme en él la última vez que estuve allí por la adrenalina que recorría mi cuerpo, pero identifico la pared de hiedra con la escalera escondida detrás. En esta ocasión, no digo nada y sigo a Tyler en silencio.

Abre la verja para mí y me deja pasar. Comienzo a subir las escaleras mientras escucho el ruido de la puerta al cerrarse detrás de nosotros. Poco después, los pasos apresurados de Tyler me alcanzan justo cuando llego al último escalón.

Ante nosotros se abre su terraza secreta, aunque me cuesta reconocerla. Está muy cambiada respecto a como la recordaba. En mi última visita estaba sucia y oscura, con hierbas silvestres por todas partes.

Ahora parece la terraza de un bar de lujo.

Hay pequeñas lucecitas colgadas por distintas zonas, creando un ambiente mágico; no las suficientes como para llamar la atención de los viandantes. Su secreto sigue quedando oculto.

También está todo más limpio. Y en el lugar donde nos quedamos dormidos, cerca de la barandilla, hay una alfombra con un sinfín de cojines de distintos tamaños y colores.

A su lado, varias bolsas de comida: nuestra cena.

Tyler se acerca a mí por detrás y envuelve mi cintura con sus brazos.

—Qué cambio. —No sé bien qué decir, porque, si ha preparado esto por nuestra cita, es lo más romántico que he visto nunca, más allá de las películas de los jueves con Susan—. ¿Has hecho esto tú solo?

—Maly compró algunas cosas y Eddie me ayudó a meterlo en el coche. El resto es cosa mía —responde orgulloso.

Entonces me giro hacia él con una sonrisa ladeada.

—Pensaba que íbamos a estudiar jugadas. No se parece mucho a una oficina.

—Vaya, creía haber sido más sutil —responde con su habitual tono socarrón.

—Para nada.

Se agacha para besarme, con un beso tan dulce como el espacio que ha creado para nosotros. Poco después, esa dulzura se va transformando en algo más sofocante según me dejo empujar a través de la terraza hasta llegar a la barandilla.

Suelto un grito ahogado cuando siento que me voy a caer, y me sujeto a su camiseta a la vez que cierro los ojos.

—No te voy a soltar —susurra en mi oído, y, por un segundo, creo que no se refiere únicamente a este momento.

Parpadeo cuando deja un pequeño beso en mi cuello, y luego, me hace girar sobre mí misma para ver la ciudad frente a nosotros. Se oye el bullicio lejano, que no llega a ser tan ruidoso como en el fin de semana.

Las manos de Tyler me rodean y se quedan jugando con el borde de mi falda, acariciando mi piel sin darse cuenta.

Apoya la cabeza en mi hombro y luego lo recorre con su nariz, dejando mis pobres nervios al borde del colapso.

—¿Quieres cenar? —escucho sus palabras susurradas, y yo tengo que concentrarme para entender qué me ha preguntado.

—¿Qué hay?

—No sabía qué querías, así que he traído de todo. Pizza, sushi, ensalada…

Sigue enumerando la lista demasiado larga de comida que no vamos a comer, porque es imposible que dos personas puedan engullir tanta cantidad, y yo me pierdo en el detalle romántico del hombre que tengo enfrente.

Me asusta tener que regresar a la realidad en algún momento, donde él conozca a una chica más acorde a sus posibilidades; que esto únicamente esté ocurriendo en mi imaginación. Sería un sueño muy cruel.

Pero, si es solo una ilusión, pienso disfrutarla antes de que se convierta en pesadilla.

Tiro de su camiseta para que se acerque un poco más a mí, si es posible, y subo mis manos por su nuca, empujándolo a alcanzar mi boca.

—Suena a que se puede tomar frío —respondo con una sonrisa tímida.

La suya tarda en aparecer el mismo tiempo que le lleva entender que no es cenar lo que quiero.

—Oído cocina —dice entonces, dispuesto a saciar ese otro tipo de hambre.

Un hambre que crece entre besos, caricias y gemidos que soy incapaz de controlar. Las manos de Tyler se deslizan por cada centímetro de mi piel mientras me aleja de la barandilla y de la vida nocturna de Redmont.

—Reconócelo, ni siquiera has traído el libro de jugadas —le digo, tratando de recuperar el aliento.

Mi pecho se agita con la misma desesperación que siente mi cuerpo por encontrarse con el del jugador que tengo enfrente.

—Tú tampoco es que hayas venido con ganas de estudiar.

No puedo evitar reírme por los nervios ya incontenibles.

—¿Y qué te ha dado la pista?

Tyler resopla antes de seguir besando mi cuello de forma lenta y desquiciante. Sus dedos se alejan de mi cintura para aterrizar sobre mi pierna, la que está al aire. Una descarga la recorre en el mismo momento en que su piel entra en contacto con la mía, y se intensifica a medida que va ascendiendo por ella. Creo que he dejado de respirar, pero no quiero concentrarme en otra cosa que no sea la mano de Tyler sobre mí.

—Esta maldita falda —susurra en mi oído un segundo antes de que sus dedos lleguen al borde de la prenda, y desaparezcan bajo ella.

Mi boca busca la suya con un hambre renovado y enloquecido, y Tyler se agacha frente a mí en un movimiento que me invita a saltar sobre él. Su mano continúa bajo mi falda, sosteniéndome, acelerando mis pulsaciones.

—Es de Susan —jadeo, porque no soy capaz de hablar con normalidad.

Mis piernas rodean su cintura y mis brazos su cuello. Lo mantengo apresado junto a mí, mientras él me desplaza, no sé a dónde.

—Tendré que decirle que tiene buen gusto. Pero, puestos a llevar ropa de otra persona, prefiero que sea la mía, Appaloosa.

Un segundo más tarde, noto los cojines bajo mi espalda, envolviéndome en su comodidad.

—Entonces debería quitarme esto. También es suyo —digo, deslizando el tirante de mi top. No sé de dónde sale la seguridad con la que me muevo, porque nunca he sido así. Mi confianza suele quedarse en territorio de trabajo.

Pero Tyler me mira de una forma que me hace sentir que de verdad merezco esa admiración, que me hace creer que puede ser cierto.

Y me gusta sentirme así, sin las dudas, sin machacarme, sin repetirme que es imposible. Me gusta creerlo, y él es el único que lo consigue.

—Joder, Nora… —masculla sin perder de vista el movimiento de mi tirante.

Se recuesta sobre mí. Nuestras bocas vuelven a encontrarse y nuestras manos a buscarse.

Tyler solo deja de lado mis labios cuando necesita poner su atención en los botones de mi falda, y mis nervios se disparan más de lo que ya estaban. Casi comienzo a hiperventilar, y, para mi desgracia, él se percata de ello.

Me mira preocupado, y yo bajo mi mano hasta cubrir la suya, que ha dejado de luchar contra los botones.

—¿Prometes que no vas a desaparecer? —permito que la preocupación se transforme en unas palabras que no tenía planeado pronunciar y que escapan de mi boca sin previo aviso.

Veo las cejas de Tyler unirse levemente mientras sus dedos se cuelan entre los míos, olvidándose de los botones y sujetándome con fuerza.

—No me iré de tu lado, Appaloosa —me promete. Y lo hace mirándome; sin moverse, sin seguir intentando nada. Como si quisiera dejarlo claro, como si esperara a que lo creyera.

Y lo hago.

#31

NO ERES COMO ELLAS

Mi teléfono suena, pero no me doy cuenta de ello hasta que Chris se da la vuelta desde su mesa y me hace señas con los brazos.

Decir que he estado totalmente despistada desde mi última cita con Tyler hace dos días es quedarse corto. Estar junto a él me hace sentir que vivo un sueño; y, cuando no lo estoy, me paso el tiempo soñando de verdad, recordando cada uno de nuestros momentos juntos, como si temiera olvidar algún detalle.

Me lanzo a por el teléfono antes de que siga molestando a mis compañeros y oigo la voz de Claire, la recepcionista. Algo bastante extraño, pues Susan tiene su propio pase y nadie más viene nunca a visitarme.

—¿Nora? Está aquí Aurora Kelscot, la madre de Tyler Kelscot. Dice que quiere verte.

Casi se me cae el teléfono de la mano al escuchar el nombre.

—¿A mí? —pregunto, a pesar de que Claire me ha dejado bastante claro el motivo de la llamada.

—Mh-mh —responde en tono amable, y no dice nada más.

—Em… vale. Vale, voy para allá —le aseguro, aunque de pronto siento que he olvidado hasta cómo levantarme de la silla.

Salgo rápidamente de mi departamento sin dar explicaciones a nadie y me dirijo a la entrada del edificio. Antes de llegar, me recojo el pelo de nuevo e intento adecentarme un poco, lo que es inútil, pues mi aspecto no tiene mucha solución.

Según llego a recepción, me encuentro con la mirada de Claire, que me dedica una sonrisa cómplice, como si compartiéramos un secreto. Uno que yo desconozco.

Antes de que pueda preguntarle por el paradero de mi inesperada visita, esta se descubre a mis espaldas.

—Ah, ¡aquí estás! —me dice, llamando mi atención y estrechándome en un abrazo cálido en cuanto me giro.

Solo cuando se separa soy capaz de verla. Es de mi misma estatura, así que me imagino que la de Tyler le vendrá por su padre, y no por su madre. Parece mucho más joven de lo que esperaba. Va muy maquillada y tiene una melena corta, perfectamente alisada.

Su pelo es incluso más rubio que el de Tyler, y su expresión amigable es similar. Reconozco algunos rasgos de su hijo en ella de inmediato, como la forma en que sus ojos se entornan cuando sonríe.

—Hola, señora Kelscot —la saludo cordialmente, tratando de sonar natural y relajada, a pesar de no saber el motivo de nuestra inesperada reunión.

Estoy acostumbrada a hablar con los padres de los jugadores, especialmente de los más jóvenes, pues suelen ser sus agentes. Sin embargo, sé que Tyler ya tiene uno, así que no creo que hablemos de campañas de marketing.

Ella se acerca a mí y sostiene mis manos.

—Creo que ya podemos tutearnos, ¿no, querida? Llámame Aurora —me susurra, aunque no lo suficientemente bajo como para que Claire quede fuera de nuestra conversación, consiguiendo que el rubor cubra mis mejillas.

—Claro, perdone —respondo en un murmuro, deseando salir de allí.

En un gesto natural, mueve sus brazos alrededor del mío, y comienza a andar por el pasillo, alejándome de la entrada y ganándose mi gratitud sin saberlo.

—Tenía muchas ganas de conocer a la chica que ha hecho que mi hijo sentara la cabeza.

—Oh, yo no… —Trato de pensar alguna excusa, pero ella me corta rápido.

—No era una pregunta, querida —canturrea con una sonrisa que abarca toda su cara.

Obviamente la madre de Tyler no es una periodista del *Game On*, así que no debería estar nerviosa hablando de esto con ella. Aun así, me gustaría que su hijo estuviera presente antes de decir cualquier tontería.

—Claro, perdone —me disculpo una vez más.

La señora Kelscot me dedica una mirada amable al tiempo que aprieta levemente su mano sobre mi brazo.

—Así que tú también trabajas aquí. ¿Y qué haces? —me pregunta echando un vistazo a nuestro alrededor con curiosidad.

—Bueno, yo… estoy en el área de comunicación. Cuido la imagen y las relaciones del equipo y los jugadores —digo sin titubear. Sin duda, preferiría pasar el resto del tiempo hablando de trabajo.

—Vaya, ahora entiendo por qué mi hijo tiene tan buena fama en este equipo. Los medios ahora lo adoran, pero no sabía que era gracias a ti.

Yo me muevo nerviosa bajo sus manos.

—No, bueno. Kelscot…—Carraspeo, porque me cuesta mucho llamarlo por su nombre delante de otras personas, como si así pudieran descubrir nuestras citas secretas—. Tyler es muy buen jugador. No necesita mi ayuda para que la gente lo valore.

Mi acompañante empieza a reírse a mi lado.

—Con las fiestas en las que lo encontraban, no te quites mérito. —Me palmea el brazo al que sigue aferrada—. Cada noche con una distinta…

Ese comentario se estrella contra mi estómago, y no soy capaz de responder nada. Intento quitarme el mal sabor de boca que se ha instalado en mi cuerpo al darme cuenta de cómo había conseguido olvidar todo eso. Las barreras que había construido alrededor de mí, especialmente frente a Tyler, tenían un motivo, y lo había ignorado hasta este momento.

—Me preocupaba que acabara solo, ¿sabes? —Aurora me saca de mis pensamientos—. Por eso me alegré tanto cuando vi tus fotos. Tú no te pareces a esas chicas.

La señora Kelscot debe ver algo en mi cara, porque enseguida vuelve a palmear mi brazo.

—Lo digo en el buen sentido, querida. Esas delgaduchas solo querían estar con él por la fama. Pero es fácil ver que tú no quieres eso. No eres como ellas —me asegura con una sonrisa.

Pestañeo aturdida y con la necesidad imperiosa de continuar moviéndome.

—Si quiere puedo llevarla a ver el campo —consigo decir al fin—. El entrenador es un poco estricto, pero conozco un sitio desde donde podemos mirar sin meternos en un lío.

—Yo te sigo.

La dirijo rápidamente hacia el pasillo que lleva a la zona de la cafetería, desde donde alguna vez he hecho mi descanso viendo al equipo.

A pesar de que hay demasiada gente en el campo, separados en distintos grupos de entrenamiento, no tardo en localizar a Tyler, que ahora mismo está haciendo una carrera con un pase de McKillen.

Su madre también lo encuentra sin necesidad de indicaciones.

—¡Mira cómo corre! ¡Y qué guapo está! —dice orgullosa, pegándose un poco más al cristal.

Y no puedo negárselo, porque es lo primero que he pensado al verlo en el campo, bajo el sol de la mañana. Está demasiado guapo. Tanto, que parece irreal.

Se mueve con rapidez y, un segundo después de girarse para controlar la trayectoria del balón, da un pequeño salto alargando su brazo izquierdo y alcanzándolo con una sola mano. Todos a su alrededor comienzan a vitorearlo, y él, como si no oyera nada, sigue deslizándose por el campo hasta llegar a los conos que marcan el final de la carrera. Cuando termina, se mueve alardeando, y puedo imaginarme su sonrisa debajo del casco.

Lanza el balón de vuelta al entrenador, y éste le da unas palmadas en el hombro al pasar por su lado.

Me hago a la idea del pellizco de orgullo que debe estar sintiendo Aurora al ver la escena, porque yo experimento algo parecido.

—¿Y tú cómo estás llevando todo esto, querida? —me pregunta sin levantar la vista del campo.

—¿Yo? Em… —Todavía me cuesta hablar de ello sin las evasivas que he tenido que ir lanzando todos estos días en el trabajo.

—Tiene que ser difícil, tanta atención mediática y escrutinio de pronto.

—Sí, bueno. Creo que se ha sacado un poco de quicio… —trato de quitarle importancia, porque no estoy segura de qué querría Tyler que dijese. Una vez más, me invade el miedo y el deseo de que estuviera aquí conmigo. Quizá tendría que haber llevado a la señora Kelscot al campo directamente y que se hubiese apañado él.

—Pero tú le gustas. Eso no se puede fingir en las fotos —Aurora sigue hablando, y yo sin saber qué responder—. Claro, con esa carita. Eres una monería —dice entornando los ojos por la creciente sonrisa de su boca—. Tú no te preocupes por lo que dicen los medios. Suelen ser muy crueles.

Me ofrece un gesto de cariño antes de volver a concentrarse en el entrenamiento. Su comentario, en cambio, se repite en bucle en mi cabeza. Conozco bien la crueldad de los medios y de los usuarios en las redes, a pesar de que había conseguido vivir aislada de ellos. De forma abrupta, regresan a mí: «¿Que se supone que ha visto en ella?».

«¿Ahora cualquiera puede salir con Tyler Kelscot?».

«Si no eres guapa, eres guarra…».

Empiezo a sentirme pequeña bajo el peso de mis inseguridades, incapaz de relegarlas al fondo de mi mente, donde las tenía escondidas.

—¿Y qué tal lo está haciendo mi niño?

—Um, bien, muy bien —contesto casi en automático. Al menos a esta puedo responder sin pensar demasiado—. Va a ser una gran temporada contando con él, estoy segura.

—Claro que sí. Y dime, ¿tú estás enamorada? —Sigue con su tanda de preguntas, esta vez, dejándome fuera juego—. Una madre quiere saber estas cosas.

—No, claro. Em… A ver… Supongo que todavía no había pensado en eso —respondo nerviosa, aunque lo siento como una mentira, ya que últimamente he temido que estuviera ocurriendo, a pesar de mis esfuerzos por mantener todo de la forma más ligera posible.

—Bueno, ya te llegará —me dice ella tranquila—. Mira la de chicas con las que ha estado mi Tyler, y ahora le ha tocado. Solo prométeme que seguirás siendo su ángel de la guarda —me pide—. Quiero seguir viéndolo así de feliz.

—Claro. —Soy incapaz de articular más palabras. A Aurora Kelscot, en cambio, le sobran.

—Bueno, y dime, ¿hay algún buen sitio para comer por aquí? Tengo entendido que el entrenamiento no acaba hasta tarde, y tengo mucho tiempo libre.

Me alegro de que toque el turno de una pregunta fácil.

—Le puedo recomendar algún restaurante por aquí cerca —me ofrezco. Mi acompañante, en cambio, se muestra escandalizada.

—¡Pero no irás a dejar a una turista sola por aquí! Además, tienes que contarme todo sobre vuestra historia de amor. Tyler no va a contarme nada, ya sabes cómo son los hombres, por muy hijos que sean.

Aurora consigue ruborizarme una vez más, si bien no es culpa suya que todavía me cueste creer que Tyler pueda estar interesado en mí. Y quizá una comida con su madre me ayude a hacerme a la idea.

Sea como sea, tiene una forma extraña de convencerme de todo, así que, al final, termino recogiendo mis cosas y acompañándola a mi restaurante favorito más cercano.

Mientras salimos, le mando un mensaje a Tyler diciéndole dónde comeré, y que estoy con alguien que él conoce, aunque no le digo quién, para darle una sorpresa. Lo que no esperaba era su reacción al entrar al restaurante media hora más tarde, acercándose a nosotras como un lobo furioso y lanzándome su peor mirada.

—¿Qué coño te crees que haces? —me grita.

#32

SOLO UNA FAN

El entrenamiento de hoy ha ido como la seda. Empiezo a entenderme bien con McKillen, y hacer las jugadas resulta muy fácil, siempre y cuando llegue a tiempo en mis carreras.

Mi humor, sin embargo, no tiene que ver únicamente con los buenos entrenamientos, sino con cierta chica con pecas a la que me muero por ver.

Cruzo los pasillos corriendo con ganas de repetir la rutina de comidas que he creado con ella. Consigo que pare a comer y, además, me llevo de regalo unos cuantos besos y abrazos que me cargan de energía hasta la noche. Me siento totalmente hechizado por ella. Como si todo girase a su alrededor.

Por eso se me instala un nudo en el estómago cuando descubro su mesa vacía. Sus compañeros me indican que ha salido a comer, aunque no saben decirme nada más.

Busco el móvil en mi mochila y encuentro su mensaje.

Echo a andar hacia la salida del Complejo mientras pongo en el navegador el restaurante que me ha indicado. Está a tres minutos andando. Dos, si me doy prisa.

Pero cuando llego y la veo sentada junto a mi madre, todo lo que pensaba y todo lo que sentía un momento antes, desaparece. En su lugar, un fuego empieza a brotar en mi pecho, y me siento incapaz de mitigarlo. Ni siquiera la imagen de Nora consigue distraerme de lo que está ocurriendo.

—¿Qué coño te crees que haces? —grito furioso, sin medir mis palabras, mi volumen o mi actitud. Mis piernas me llevan a grandes zancadas hasta plantarme delante de ellas.

Miro a Nora buscando la forma de calmarme, sin conseguirlo. Necesito acabar con esa reunión ahora mismo.

—¡Tyler! —me saluda ella entre nerviosa y asustada.

Sé que todos a nuestro alrededor están mirando. Estoy acostumbrado a ello, y ahora mismo me importa una mierda.

—¿En serio? ¿Qué es esto? ¿La familia feliz? —Empiezo a soltar veneno por la boca. Nora se tensa cada vez más y, mi madre, por el contrario, se muestra tan tranquila como siempre, haciendo que me hierva más la sangre.

—Solo estamos comiendo —responde Nora a mis preguntas retóricas. Escucho el enfado en su voz; su cara, en cambio, sigue agobiada. Como si no supiera qué ha hecho mal.

Eso me cabrea aún más.

—Levántate —le ordeno. Ni siquiera se lo pido, porque no tengo tiempo para esta mierda.

—Hijo, por favor —dice mi madre con su tono más suave y conciliador, que nunca ha tenido un buen efecto sobre mí.

—¡Cállate! —le contesto de malas formas.

—Tyler, cálmate —intenta Nora, pero el fuego que me abrasa por dentro no tiene solución mientras sigan juntas, compartiendo mesa.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! He dicho que te levantes y salgas de aquí —le exijo de nuevo.

No se oye ni un tenedor en la sala, a pesar de estar llena de gente. Finalmente, Nora se levanta enfadada. Se despide de mi madre y echa a andar en dirección a la puerta, sin dirigirme otra mirada.

—¿Nora? —Un camarero con el que se cruza la mira con preocupación. Ella cambia su gesto en un instante, volviendo a ser la chica encantadora que es con todos menos conmigo. Tengo recuerdos de nuestros inicios al verla comportarse así.

—No pasa nada, Sergey. Mandadme la cuenta y os la pago —responde ella. Luego, continúa andando en dirección a la entrada, y yo la sigo.

Una vez fuera, me pongo a su altura y coloco mi mano en la parte baja de su espalda.

—Te llevo a casa —le digo. Quería que fuera una pregunta. Sin embargo, sigo demasiado cabreado, y las palabras me salen con brusquedad.

Ella me aparta y continúa caminando, un poco más veloz de lo que suele hacer.

—¡No me toques! —me dice de mala gana.

Yo tiro de ella hasta escondernos en el callejón contiguo al restaurante. La aprisiono contra la pared de ladrillo rojo y coloco mis brazos a ambos lados de su cabeza.

—¿Que no te toque? No decías eso anoche.

Ella me empuja, posiblemente con todas sus fuerzas, pero no me muevo.

—Bueno, anoche no te comportabas como un idiota. ¿Puedes decirme qué te pasa?

Se queda mirándome, esperando que le dé una respuesta que no le va a gustar, porque necesito establecer unos límites que yo mismo me he saltado. Hasta este momento no me he percatado de cómo Nora se ha ido colando en mi vida.

Verla comiendo con mi madre, me ha abierto los ojos.

—No quiero esto.

Mis palabras llegan hasta ella como un puño cerrado golpeándola. Expulsa el aire de sus pulmones y cierra las manos, quizás para controlarlas y que no se dirijan a su estómago, o quizás para evitar golpearme con ellas.

—¿Por qué? —pregunta con un hilo de voz, como si se hubiera quedado sin fuerzas.

Algo dentro de mí se retuerce por hacerle esto, pero no voy a ceder. Esto ha ido demasiado lejos.

Decido recuperar la rabia que la imagen del restaurante ha despertado en mí, a pesar de que el olor a flores de Nora bajo mi cuerpo me lo pone difícil.

—Tyler, ¿por qué? —insiste cuando no respondo—. ¿Por qué no puedo saber nada más de ti? ¿Tan horrible es que coma con tu madre? ¿Que me conozca? ¿Que…

—¡Sí! —respondo frío, alzando mi voz y cortando la suya.

—Vale, ¡pues lo siento! —me grita ella de vuelta—. No estábamos planeando nuestra boda, ¿vale? Me preguntó por algún sitio para comer, y…

—¿Nuestra boda? —replico cabreado, porque es lo único que se me ha quedado en la cabeza—. ¡Apuesto a que sí! ¡No me jodas! —digo para mí mismo, más que para ella. Puedo imaginarme a mi madre sacando ese tema con su sonrisa más cordial.

—¡Te estás comportando como un idiota! —me dice Nora enfadada.

—¡Dime algo que no sepa!

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante un instante, esperando a que nuestra respiración agitada se calme. Veo el esfuerzo de Nora por mantenerse entera. Mi cuerpo confunde la rabia que incendia cada una de mis células con el deseo de conquistar su boca. Me cuesta pensar en otra cosa que no sean sus labios o su respiración sobre los míos, y no debería ser así.

Finalmente, me alejo de la pared y de ella.

—Vamos, te llevo a casa —le digo una vez más, acabando esta conversación. Antes de que pueda buscar su mano, se aparta.

No dice nada. Solo se aleja de mí con la mirada perdida. No sé en qué está pensando; nunca lo sé. Seguramente en que soy un cabrón.

Alza su vista por un momento y, como si le doliera mirarme, se da la vuelta y empieza a caminar.

—¡Nora! —Su nombre sale de mi boca antes de que pueda contenerlo. Sus pasos no cesan, y noto en mi pecho el vacío que deja su ausencia. Está a un metro de distancia, y mi cuerpo siente que hay kilómetros hasta ella—. ¡Espera! —le pido mientras la alcanzo, preguntándome por qué no dejo de perseguirla; por qué no dejo que se vaya.

—¿A qué? ¿A qué quieres que espere, Tyler? —Su voz se rompe al terminar la frase, y veo como aprieta sus labios. No hay furia en sus ojos. Su brillo esconde algo más desgarrador que no quiero descubrir.

Espera mi respuesta, pero ni siquiera yo la sé.

¿Podría explicarle todo? ¿Por qué nunca contesto a sus preguntas? ¿Por qué no dejo que me conozca? Si lo hago, me vería peor de como lo hace ahora.

Ante mi silencio, vuelve a tomar la palabra.

—Mira, pensaba que lo de ocultarme era de los medios porque yo no soy como las chicas que acompañan a los jugadores. No tengo su pelo brillante, sus largas piernas o su piel perfecta. Pero…

—¿En serio crees que haría algo así? —La corto antes de que siga diciendo tonterías.

—Es lo que estás haciendo. Tyler, lo entiendo, ¿vale? No es que esperara… Quiero decir: sabía que iba a ocurrir.

Su mano se ha alzado hasta su pecho, presionándolo al hablar. El mío, se hunde con cada una de sus palabras.

¿Por qué me pasa esto? Es solo otra chica con la que no quiero nada más.

—Está bien, Tyler —dice en un susurro. No necesita alzar la voz para que me atraviese como un cuchillo afilado.

Cada frase que ha dicho desde que salió del restaurante está mal y, aun así, me mantengo inmóvil mirando cómo su figura se distancia, dejándome solo en el callejón.

No la sigo. No puedo hacerlo. Es lo que había decidido.

«Cuanto menos te conoce la gente, más difícil es que te haga daño».

Mi pesar se transforma en cabreo al recordar ese mantra que me he repetido demasiadas veces en el pasado, y decido volver al restaurante, donde mi madre sigue comiendo.

Me posiciono delante de ella, de pie, sin importarme que la gente continúe mirándonos.

—¿De qué iba esto? —le pregunto con dureza, aunque mi enfado nunca tiene el efecto deseado sobre ella. Ella me sonríe con cariño.

—Solo quería conocerla. Es más guapa que en las fotos.

—No quiero que comas con ella. Ni que quedes con ella —continúo con mi tono más grave.

—¿Por qué no, hijo? Soy tu…

—¡Porque es solo una fan! —Me apoyo sobre la mesa enfadado, consciente del error que ha sido acercarme a Nora. Hasta mi madre ha podido ver lo que había entre nosotros. ¿Cómo he dejado que

pasara? —Trabaja en el equipo y la necesito para la publicidad, nada más.

—¿Eso es lo único que hay entre vosotros?

—Es lo único que me interesa —Expulso las palabras como si ardieran en mi garganta, haciendo caso omiso al vacío que se ha instaurado en mi estómago, a la sequedad en mi boca, al palpitar enojado de mi corazón; mientras mantengo la mirada a mi madre.

Ella no replica, así que imagino que ha entendido lo que digo.

Después, me dirijo al mostrador a pagar la maldita comida que acaba de destruir mi mundo.



Desde que salí del restaurante, siento una sombra encima de mí, aguardando a engullirme, pero no lo hace. No dejo de dar vueltas a todo, y me encuentro en más de una ocasión esperando un mensaje de Nora que nunca llega. Tampoco yo me decido a escribirla. Sigo pensando que lo correcto es alejarme.

Durante el día siguiente, me paso la mayor parte del entrenamiento en el suelo, soportando más placajes de los que quiero recordar.

Es lo mínimo que me merezco, así que no hago nada por evitarlos. Por supuesto, eso hace que me gane más gritos del entrenador.

En casa, Eddie y Maly tardan poco en entender que es mejor desaparecer de mi vista; así que no me cruzo con ellos.

Tampoco es que yo me pasee por allí; me encierro en el gimnasio a hacer que mi cuerpo sufra tanto como mi cabeza.

Joder, me he comportado como un puto gilipollas con Nora, pero no puedo cambiar lo que dije. Tengo que apartarla antes de que todo se complique más.

Resoplo molesto por ser incapaz de olvidarme del tema, y llamo a Louis. Cuando descuelga, le propongo quedar antes siquiera de saludarlo.

—¿Qué pasa *bro*? Pensaba que ya no salías. ¿No te tiene bien ata'o la del equipo?

—No me jodas tío, ¿quieres salir o no? —pregunto exasperado. La idea es olvidarme de Nora, no tenerla todavía más presente.

—Que sí, *bro*. Dime lugar y hora, y voy pa'llí con unas pibitas.

Media hora más tarde, ha llenado mi casa de gente con su panda de amigos y unas cuantas chicas. No sé dónde las conoce a todas, pero me da la impresión de que nunca repite. Después de presentármelas y de no quedarme con ningún nombre, me tiro en el sofá con algunos tíos que están jugando a la consola. El resto bailan o tontean mientras beben a mi costa.

Una vez más, me pregunto por qué accedí a montar una fiesta, por pequeña que sea. La verdad es que nunca las he aguantado, y ahora todo me molesta mucho más.

Como la música, que está demasiado alta.

Louis se sienta a mi lado y me pasa una Red Label que, por supuesto, he pagado yo.

—¿Te siguen tirando las rubias? —me pregunta antes de dar un trago a su botella, señalando a un grupo de chicas que bailan, o más bien se exhiben, junto al televisor.

—Creo que ahora soy más de morenas. Con pecas. Una en particular.

Louis estalla en risas a mi lado.

—No jodas cabrón. ¿T'as pillado de ella?

Me da un empujón en el hombro y se sigue riendo.

—Joder, sí —respondo agotado.

—¿Y por qué no estás con ella? Pensaba que teníais un rollo —me pregunta, y reconozco que llevo con esa duda en mi cabeza todo el día. Si es lo que quiero, ¿por qué no estoy a su lado? ¿Por qué me dedico a joder lo que teníamos? ¿Por qué no puedo dejar que se acerque sin que me invada el pánico?

Resoplo, conociendo la respuesta a todas esas preguntas.

—Supongo que la cosa se estaba poniendo seria.

Louis lleva mis palabras a su terreno, malentendiéndome, y yo le dejo.

—Se vuelven controladoras.

—La pillé comiendo con mi madre.

—¡No jodas tío! Sí que iba a saco.

Lo que no le explico es que no creo que fuera cosa de ella, sino de mi madre. Prefiero que siga convenciéndome de que no debería estar con Nora.

—Estás mejor así, *bro*. Cada noche con una. Cero dramas —me dice acercando su bebida para chocarla con la mía.

Como no le doy mucha más conversación, termina levantándose y yéndose con el grupo de chicas, que no tardan en dorarle la píldora.

Yo saco el móvil del bolsillo, sabiendo que no encontraré uno de sus mensajes. A lo mejor si aviso a Nora de que hemos montado una fiesta en mi casa, se presenta aquí, como ya hizo en el pasado. Me pregunto si es eso lo que me ha hecho escoger este plan en primer lugar.

Recuerdo entonces que la idea era alejarme de ella, poner distancia. No tiene sentido hacerla venir.

Antes de guardar el móvil, veo la notificación de un número oculto en la pantalla.

> **NÚMERO OCULTO:**
> ¿Te quedaste sin el felices para siempre?

Comienzo a escribir, sabiendo que en el futuro me arrepentiré, porque responder solo puede traerme más problemas. Pero, ahora mismo, todo a mi alrededor se ha derrumbado, y me da igual que llegue otra movida más.

> **YO:**
> Que te jodan.

Mientras espero su respuesta, recibo un mensaje de mi agente.

> **RILEY:**
> Mira que eres gilipollas.

Leo ese mensaje con una sonrisa, porque llevo pensando eso mismo dos días.

Lo siguiente que me envía es una noticia recién publicada del *Game On:* «Kelscot confirma el montaje con su publicista. “Es solo una fan”».

—¡No me jodas! —Hago clic en el enlace, y aparece un vídeo. No me hace falta darle al *play* para saber qué es lo que han grabado: Nora no está en la mesa, por lo que tiene que ser la conversación que tuve con mi madre.

Me levanto del sofá de un salto y me dirijo corriendo al garaje. Allí está Eddie, pasando un trapo por encima del coche que he usado esta mañana.

Me acerco a la mesa donde está la caja con todas las llaves, y él se adelanta, impidiéndome abrirla.

—Tyler, has bebido.

—Que te jodan. Voy bien. —Trato de apartarlo, y él no se deja.

—Como quieras, pero no vas a salir de aquí conduciendo —dice arrastrando la caja fuera de mi alcance.

—Tengo que ver a Nora. —Joder, si llega a leer esa puta noticia… ¿Qué digo? Estoy seguro de que ya lo ha hecho. Necesito hablar con ella.

—Pues escoge coche. Yo te llevo —me dice.

Mis opciones son pegarme con él y conducir con medio litro de Johnny Walker en el cuerpo, o ceder. Así que resoplo cabreado y me subo al coche más cercano.

—Más te vale darte prisa —lo amenazo.

—Claro. Las multas las pagas tú —responde él de buen humor haciendo rugir el motor.

Tardamos unos minutos en llegar a la casa de Nora. No veo ningún paparazzi, por lo que mi temor empieza a cobrar vida. Aun así, subo los seis escalones hasta su vieja puerta azul.

Llamo al timbre y espero. Nadie abre. Vuelvo a llamar y pongo la oreja sobre la madera. No oigo nada. Aporreo la puerta y grito su nombre.

—No está aquí —alguien se hace oír sobre mis gritos. Al girarme, veo a una chica joven, seguramente en edad de ir al instituto, con el pelo morado y una selección de ropa extraña—. Se fue esta tarde, con todos los fotógrafos persiguiéndola.

—¿Sabes a dónde? —pregunto nervioso, bajando los escalones.

La chica niega con su cabeza antes de seguir su camino.

Yo me dirijo al coche, derrumbado.

—¿Dónde puede estar? —me pregunta Eddie.

Me quedo por un momento pensando. No recuerdo que me hablase de ningún sitio especial para ella. Sin embargo, sé quién estaría a su lado después de lo ocurrido.

Mi chófer empieza a conducir como un loco en cuanto le doy la dirección.

Llegamos enseguida a la calle de Susan y encontramos a todos los fotógrafos frente a su casa, buscando la exclusiva de Nora. Se me encoge el estómago al pensar que tiene que enfrentarse a todo eso porque soy un maldito bocazas.

Me llevo la mano al pecho, sintiendo su anillo a través de mi camiseta. Le pido a Eddie que dé un rodeo hasta la parte trasera, de donde la recogí hace solo unos días para tener la mejor noche de mi vida.

Todavía está aparcando cuando salto del coche, desesperado. Alcanzo la puerta de la casa y comienzo a aporrearla, esperando que esta vez sí venga a abrirme. Pero no es ella quien lo hace.

—¡Susan! —digo aliviado. Ese sentimiento se esfuma tan pronto como veo su cara de pocos amigos.

—¿Qué haces tú aquí? —Me escupe la pregunta como si fuera veneno. Está claro que han visto la noticia.

—Necesito hablar con ella —le pido dando un paso hacia delante, con la esperanza de que abra para dejarme entrar.

En lugar de eso, cierra la puerta un poco más, quedándose encajada entre ella y el marco.

—Me importa un rábano lo que necesites. Lárgate.

—Déjame verla. Sé que la he cagado…

—Sí, claro que la has cagado —Me corta antes de que pueda decir otra palabra—. Ahora vete. No va a hablar contigo.

—No voy a irme sin verla. ¡Nora! —la llamo a voces intentando asomarme al interior.

La reacción de Susan me pilla desprevenido cuando me empuja con una fuerza que no imaginaba que tuviera y cierra detrás de sí. Está claro que Nora se ha buscado una buena amiga.

—¡¿Qué te crees que haces?! —me grita, a pesar de su esfuerzo por mantener la voz baja—. Márchate ahora mismo si no quieres que llame a la policía; y no creo que quieras eso. Solo conseguirías una mierda más que ella tendrá que limpiar para ti.

Me paso la mano por el pelo, exasperado. No puedo haber venido para nada.

—Joder. Solo quiero hablar, por favor.

—Creo que ya has hablado lo suficiente. Si no, date una vuelta por *Game On*. —Su mirada contiene un odio furioso y abrasador. Para ella, soy ahora un enemigo. —No pienso dejar que te vea, ni aunque me lo suplique.

Me quedo en mi sitio, debatiéndome sobre si alejarme o no, cuando la puerta detrás de Susan se abre. Mi corazón se paraliza durante un segundo, esperando ver mis pecas favoritas tras ella. En cambio, es un tío quien sale a nuestro encuentro.

Noto un fuego crepitando en mi interior al imaginarme a ese imbécil consolando a Nora. Sin embargo, este se disipa rápido cuando le pasa el brazo por los hombros a Susan y ella le rodea la cintura.

—¿Qué pasa aquí? ¿Todo bien? —pregunta él mirándola, como si yo no existiera.

—Sí, cariño. Tyler ya se iba —dice enfadada.

Expulso el aire de mis pulmones resignado, y me doy la vuelta. Oigo la puerta de Susan cerrándose detrás de mí, y cuando me meto en el coche, mi conductor no arranca.

A veces me sorprende lo mucho que me conoce para lo poco que hablamos. No quiero alejarme de allí. Nora está a unos metros.

Finalmente, le digo a mi chófer que podemos movernos, y comienza el trayecto dando un largo paseo. Tardo un tiempo en percatarme de que la radio está apagada y que no hemos hablado en todo el camino. Supongo que mi cabeza me ha mantenido ocupado.

Cuando llegamos a casa, Louis y los demás se han marchado, cosa que agradezco.

Maly sigue sin dar señales de vida, aunque sé que ha sido ella quien los ha echado. Seguramente, en cuanto Eddie y yo nos fuimos.

Mi cena está en una bandeja en la cocina, junto a una botella de agua y un paracetamol.

Esto último es lo único que me tomo.

Luego, me subo a mi habitación, esperando que el sueño no tarde en alcanzarme.



A la mañana siguiente, mi asistenta viene a levantarme.

Miro la hora en el teléfono, y veo que tengo tiempo antes de que suene el despertador, por lo que decido ignorarla.

Por suerte, mi cabeza no está tan embotada como esperaba. Ayer salí corriendo antes de beber demasiado y, además, me tomé el paracetamol al acostarme. Así, al menos, no pasaré el día en la mierda física. Solo mental.

—Maly, me queda media hora de sueño —le digo molesto cuando ella abre las cortinas.

—Deja de quejarte como un niño pequeño y mira tu móvil —me indica en forma de regañina.

—¿Y qué tengo que ver? ¿Que me has despertado antes de lo que me toca?

Mi asistenta pone los ojos en blanco y se acerca para sentarse en mi cama. Me quita el teléfono de las manos y comienza a teclear.

Yo me dejo caer sobre la cama de nuevo, agotado.

Entonces me da un codazo y me devuelve el móvil.

En cuanto echo un vistazo, me siento de un salto olvidando al instante mi sueño y mi cansancio. En la pantalla hay una foto de Nora conmigo en la que estoy dándole un beso en la mejilla. Nos la hicimos en su casa. Nadie puede saberlo porque nuestras caras ocupan toda la imagen. Le dije que quería actualizar mi fondo de pantalla, cuando la realidad era que solo quería una foto con ella. Le entró la risa cuando no dejaba de darle besos en la mejilla y el cuello.

Al final, todas las fotos salieron movidas, como la que estoy viendo. Aun así, fueron perfectas.

Deslizo la imagen en la pantalla para descubrir que es una publicación de Nora. Leo entonces la descripción: «Su mayor fan».

#33

MI CHICA

Me muevo como un alma en pena por la casa de mi amiga, forzando a mover mis pies; uno, después el otro. El peso que se ha instalado en mis hombros desde que abandonara el restaurante hace dos días me lo pone difícil.

Preparo el desayuno para mis amigos a sabiendas de que Susan va a obligarme a comer.

Anoche no fui capaz de cenar nada. Quizá a eso se deba mi cansancio.

Entonces el vacío en mi pecho me recuerda que no, que ese no es el motivo.

«Ni siquiera ha intentado hablar conmigo», pienso dolida, revisando sin descanso todo lo que hice tan mal con él, como

dejarme llevar o creer que alguien como Tyler Kelscot querría, de verdad, algo conmigo, no solo para un momento.

Lo conocía. Sabía cómo era. Y, aun así, me creí todo.

Anoche vi el último vídeo que salpicó a Tyler. El dolor que sentí al escuchar sus palabras fue desgarrador, como si cada una de ellas me fuera lanzada con furia, con el único objetivo de romperme. Y lo hizo.

Mi cuerpo, en cambio, permanecía inmóvil.

Susan me miraba preocupada, y yo hice lo posible por actuar con naturalidad. Como si no me doliera. Como si no hubiera sido tan tonta de creerme sus mentiras. Como si no me hubiera enamorado de Tyler Kelscot.

—¿Has desayunado? —La voz de mi amiga y ella aparecen por la puerta de la cocina, y me doy cuenta de que llevo un rato en el mismo sitio con las servilletas en la mano, ahora arrugadas.

Las pongo sobre la mesa y sonrío.

Debo de hacerlo estrepitosamente mal, pero no puedo esforzarme más.

Susan se acerca a mí y me da un beso en la frente antes de continuar con su ritmo frenético alrededor de la casa, preparando las cosas de su marido. Este, al contrario que ella, se mueve con toda la parsimonia del mundo hasta sentarse a tomar su café.

—¿Cómo estás? —me pregunta con suavidad.

Yo trato de sonreír, pero es mi amiga quien le da la respuesta.

—¿Y cómo quieres que esté? ¡Vaya preguntas haces! ¡Déjala tranquila! —Las voces de mi amiga nos llegan desde distintas zonas de la casa mientras se mueve.

Yo sonrío por primera vez en veinticuatro horas, aunque no me dura mucho.

Desayunamos en silencio. O, más bien, él desayuna y yo le hago compañía, porque no consigo dar un solo trago al café.

Cuando termina, nos levantamos. Susan sigue organizando la casa.

Yo he recogido mis cosas esta mañana. Apenas pude dormir por el dolor de cabeza que llorar en la oscuridad me provocó. Únicamente me permití ese momento para derrumbarme y sentirme tan tonta por haber caído en la trampa de Tyler, a pesar de haberme prometido que nunca lo haría.

En cuanto consigo que Susan pare un momento, me despido de ambos.

—¿No puedes pedirte el día libre? —me pregunta mi amiga—. Podemos decir que tienes fiebre.

—No te preocupes. Ya te dije que no es nada grave.

Tengo los ojos demasiado hinchados para que ninguna de las dos se lo crea, pero Susan sabe que refugiarme en mi trabajo es lo que más me ayuda en momentos así, si bien puede que hoy no vaya a ser tan agradable. Las noticias actuales de los Stallions tienen que ver con Tyler y conmigo, y me he visto forzada a leer todo para que Matthew no pueda amenazarme con quitarme el puesto.

Así que he tenido que ver el vídeo de Tyler con su madre, diciéndole que no soy nada para él, y todas las noticias que se han escrito alrededor. También las publicaciones en las redes y los comentarios de la gente.

Acabé la noche sin ganas de hablar, agradecida porque mi amiga lo entendiese.

Cuando llego al Complejo, es pronto para que incluso Claire se encuentre en el puesto de recepción. Me siento en mi mesa con la mayoría de las luces apagadas. Sin embargo, no soy la primera en llegar. Tengo cuatro llamadas perdidas de Matthew. Así que recojo mis cosas y me dirijo a su despacho antes de que el teléfono vuelva a sonar.

—Ah, Nora. Pasa, pasa —me indica mientras cierro la puerta detrás de mí—. ¿Cómo va el asunto con Tyler? —me pregunta directamente, y yo siento que me atraganto.

—Em, bueno, están saliendo muchas noticias de su vida personal. He pensado algunas ideas para dirigir todo de vuelta al equipo y la pretemporada…

—¿Pero has visto las cifras? —me corta, haciendo caso omiso a mi propuesta.

Yo cierro la carpeta, porque da igual lo que intente, Matthew va a decirme exactamente lo que quiere que haga. He aprendido a reconocer a la perfección el camino que van a llevar nuestras reuniones.

—Sí, las he visto.

—La noticia de ayer lo ha dejado por los suelos —me indica, y no puedo negarlo.

Los medios venden cotilleo, y la respuesta de la gente ha sido bastante mala. Por un lado, pensaba que se lo merecía, un lado muy pequeño avivado por la furia de mi amiga Susan; por otro, sabía que debía solucionarlo.

Pensaba que quizá quitando el protagonismo a esta historia y dándoselo al equipo entero, podría calmar un poco la opinión pública. Mostrando los entrenamientos y la buena adición que es Tyler para el equipo, podríamos conseguirlo.

La idea de Matthew es muy distinta.

—Tienes que solucionar esto. Desde ventas me han dicho que distintas tiendas han reportado que nadie quiere saber nada de Kelscot. En la web, su camiseta se ha estancado. ¡De golpe! Ni que decir tiene que estamos en plena pretemporada. Necesitamos que se venda ahora, que acaba de llegar al equipo. Es parte del motivo por el que lo trajimos.

—Sí, claro.

Cuando trato de hacerme oír y retomar mi lista de ideas, mi jefe me suelta la suya de sopetón.

—Sube alguna foto con él, haz que os vean en la calle juntos, lo que sea. Quiero esto solucionado para ya mismo.

Me quedo mirando mi carpeta, llena de propuestas que al menos nos llevarían unas semanas para conseguir que funcionaran. No tengo nada que pueda arreglar las ventas en un momento, salvo hacer lo que Matthew me indica: actuar como si no hubiera ocurrido nada.

—Venga, te dejo con ello. Hazlo cuanto antes, ¿eh? —me pide, y se levanta para invitarme a marcharme—. Hablamos luego, para ver si todo se soluciona. Y tranquila, yo me encargo de recursos humanos.

Salgo de su despacho a trompicones, y cuando llego a mi mesa, sigo igual de confusa.

Me quedo mirando a la nada, preguntándome si de verdad podría hacer como si el día de ayer no hubiera ocurrido. Como si no hubiera escuchado a Tyler decir que únicamente estaba conmigo porque le convenía.

Puede que para él sea normal, debido a su fama y dinero. Yo, en cambio, no estoy acostumbrada a ser usada de esta forma. Me dejó

devastada.

Quizás pueda subir la foto y olvidarme del asunto. Darles a los medios lo que necesitan para que vuelvan a confiar en Tyler de una forma en la que yo no puedo hacerlo.

Abro mi móvil y empiezo a navegar por la galería. No suelo hacer fotos, porque soy bastante negada con la cámara, por más que Chris haya intentado enseñarme sus trucos. Pero, al final, encuentro una que podría valer.

La subo a Instagram y escribo el primer mensaje que se me ocurre. Etiqueto a Tyler y dejo mi móvil sobre la mesa, boca abajo, esperando a que eche humo.

Luego, me pongo a trabajar.

Cuando el resto de la gente empieza a llegar, me permito echar un vistazo al teléfono.

Como esperaba, los principales medios deportivos han publicado artículos con esa foto, a pesar de que tiene poco que ver con el deporte. La vida personal de Tyler se ha convertido en la noticia más esperada.

Justo lo contrario a lo que debería conseguir como directora de comunicación.

Me siento decepcionada conmigo misma. No ha empezado la temporada, y ya he metido al equipo en más problemas de los que puedo solucionar. Por si fuera poco, ahora parece que lo único interesante de los Stallions es la vida privada de uno de sus jugadores, y no lo bueno que es en el campo.

Pensaba que podría hacer algo importante con este trabajo, que me lo merecía, que me lo había ganado. Esperaba trabajar más duro que nadie y demostrar que podía hacer cosas buenas para el equipo.

Ahora, me siento una farsante.

He fracasado.

—¡Ay, Nora-Bora! ¡Qué calladito te lo tenías! —Ronald entra por la puerta con más energía de la que poseemos juntos el resto de personas en el departamento. Viene hasta mi mesa y se sienta en ella cruzando las piernas—. Con lo mona que te pones desde que llegó al equipo, no sé cómo no lo vi antes. —Me guiña el ojo.

Ronald sigue con su perorata, y yo encuentro las cabezas de mis compañeros asomando por encima de sus ordenadores.

Me levanto para explicarles la situación, aunque no sé si debería decirles la verdad. Todos tienen contactos con los medios, y pese a que confío en ellos, los periodistas son muy buenos sonsacando información.

De todas formas, da igual lo que pensara decirles o no, porque Tyler aparece por la puerta, y, por cómo respira, diría que ha venido corriendo desde el aparcamiento.

Se me queda mirando, y a mí me empieza a doler el pecho. ¿Por qué sigue pareciéndome tan condenadamente atractivo? Tras todo lo que ha ocurrido, sigo esperando que se acerque a mí, me rodee con sus brazos y me bese como solía hacerlo. Que solucionemos todo con un acto de amor.

En lugar de eso, permanece quieto en su sitio, aguardando una señal por mi parte.

El vacío en mi pecho tira de mí, queriendo arrastrarme a la oscuridad y la desesperación. Me cuesta moverme, pero finalmente me acerco a él sin decir una palabra y le hago un gesto para que me siga.

«Esto es solo trabajo. Se te da bien tu trabajo», me repito una y otra vez.

Salimos al pasillo sin conseguir mucha más intimidad, pues las paredes son de cristal, y, si no bajo la voz, estoy segura de que podrán escuchar todo.

—He visto la foto —empieza hablando él, y yo tengo que esconder mis manos, que empiezan a temblar. Sé que se da cuenta de ello, porque las mira con el ceño fruncido. Al menos, mis pulsaciones no puede verlas.

Debería alejarme antes de que su aroma siga haciendo estragos con mi poca fuerza de voluntad. Debería centrarme en mi trabajo.

—Esa era la idea. Bueno, que la vieran los demás. Siento no haberte avisado. Matthew empezó a hablarme de las ventas de las camisetas y quería una respuesta inmediata… —titubeo.

—¿Qué? —pregunta confuso.

Tomo aire profundamente para calmarme, y empiezo a explicar todo desde el principio.

—Después del vídeo que salió ayer…

—Oye, respecto a eso… —Me corta Tyler. Da un paso hacia mí y me entra el pánico. A no saber contenerme, a caer en su misma trampa, a suplicar que siga mintiéndome. Así que me pongo a hablar de carrerilla, sin darle opción a interrumpirme de nuevo.

—Tus estadísticas bajaron drásticamente. Matthew y el equipo de ventas estaban preocupados por tus cifras y querían una respuesta inmediata. Intenté otras opciones, pero la única opción para Matthew era hacer como si nada hubiera ocurrido.

Cuando termino de hablar, me siento mareada y mi respiración está tan acelerada como mi pulso. Tenía que haberle consultado antes de subir la foto. Especialmente tras lo ocurrido en el restaurante.

Ahora mismo solo quiero que entienda que no ha sido idea mía, que no pretendo aprovecharme de él, que es solo trabajo.

Me mira intensamente, como si en su cabeza se estuviera debatiendo entre creerme o denunciarme por acoso.

—¿Y ahora qué? ¿Tenemos que fingir que estamos juntos? —pregunta de mala gana. Es exactamente lo contrario a lo que me dijo ayer. Se pasa la mano por el pelo, seguramente buscando alguna salida al disparate que le estoy proponiendo.

Me alejo un paso para tomar perspectiva y para liberarme de su fragancia, que no deja de buscarme, haciéndome olvidar todo para imaginarme enredada en sus brazos. Necesito centrarme.

—Únicamente para los medios. Es idea de Matthew. Puedes subir alguna foto, o lo hago solo yo, como si fuera una fan loca; no me importa —El vacío en mi pecho me ataca al pronunciar esas palabras, haciendo que mis piernas pierdan fuerza—. También propuso que nos vieran juntos por la calle, pero no es necesario. Puedo hacerlo simplemente con las redes.

—¿Vernos por la calle? —pregunta, ignorando mi último comentario.

—Sí, quiere que parezcamos… una pareja. Sin escondernos. Tiene que parecer real.

«Tanto como me lo pareció a mí», me digo, preparando mi estómago para el siguiente golpe que el vacío tiene preparado para mí. Esperaba que mis palabras le hicieran daño, y soy yo la que sale malparada.

Después de un momento en el que ambos nos mantenemos en silencio, Tyler me dirige su mirada ceñuda.

—¿No hay otra opción?

Ignoro la punzada en mi pecho, que se encoge bajo la mano invisible de su pregunta. Ha estado fingiendo todo este tiempo para que no le perjudicase en la comunicación. ¿Tan duro sería seguir mintiéndome un poco más?

—Que tenga resultado rápido, no —le digo, sonando tan profesional como puedo—. Esto es por tus ventas, que afectan a tu contrato. Podemos dejarlo exclusivamente en mis publicaciones. No tenemos que vernos más. Yo me encargo de mover la historia hasta que todo se calme, tus ventas mejoren y Matthew se tranquilice. Después, tenemos una ruptura amistosa, y todo habrá acabado.

Tyler permanece callado un poco más, frunciendo sus labios y sin apartar la vista de mí. Yo hago lo posible por mantenerme firme, por hacerle ver que esto es trabajo, que no me afecta en absoluto, aunque, por dentro, mi cuerpo me pide auxilio.

—No sería real. Solo un montaje —dice, y no estoy segura de si es una pregunta o una afirmación. Ambas me duelen.

—Solo para los medios —respondo.

Tyler se toma otro momento para pensar en todo aquello, y no sé si quiero que acepte, facilitando todo, o que se ponga a gritarme y me libere de esta locura de estrategia.

—¿Vernos juntos por la calle ayudaría a que todo fuera más rápido? Quiero acabar con esto cuanto antes. —Termina la frase mirando en otra dirección, y me alegro, porque no me veo capaz de esconder el dolor que muestran mis facciones.

Dirijo mi mirada hacia mis manos, con los dedos entrelazados delante de mí, buscando un poco de calma en su estrecho agarre. Respiro hondo para hablar con la pausa suficiente que mantenga firme mi voz.

—Si les damos lo que quieren, buscarán otra noticia que desvelar. La nuestra ya no será interesante.

—Vale. Si solo hay que fingir un poco…

El dolor que lleva instalado en mi pecho desde que lo vi entrar en el restaurante me golpea sin piedad, recordándome lo fácil que ha sido engañarme y lo difícil que va a ser este trabajo para mí.

—Buscaré un sitio concurrido —dice, satisfecho con mi nuevo plan de tortura.

—Vale —es todo lo que soy capaz de decir.

En mi cabeza, por el contrario, no dejo de preguntarme por qué he accedido a este disparate. ¿Por estar un poco más con él? La respuesta me resulta tan obvia como preocupante. ¿Acaso creo que alguien como yo podría hacerle cambiar de opinión? No estoy en una de mis películas. No soy una de sus guapas protagonistas.

Trato de autoconvencerme de que se trata de trabajo, pero sé que, cuando acabe todo esto, apenas quedará nada de mí. Y, aun así, accedo, desesperada por las migajas de un amor que nunca tendré.

—Necesito que mi entorno lo sepa —me pide, ignorante de lo mucho que me duele su petición. ¿De verdad sería tan horrible que la gente creyera que estamos juntos? ¿Tanto se avergüenza de mí?

«Es solo trabajo», me obligo a pensar. Después, asiento con la cabeza.

—Sí. Hablaré con Riley, y tú puedes contárselo a… quien consideres —digo—. Es importante que nadie lo filtre a la prensa.

—¿Tus compañeros lo saben? —Tyler me saca de mis pesadillas.

—No. Solo Matthew y tú. Puede que recursos humanos. Y se lo diré a Susan.

—Vale, entonces… —Se agacha lentamente hacia mí, y yo me quedo tan quieta como una estatua, al igual que mi respiración. El perfume de Tyler se cuela por mi nariz, volviendo furiosas las mariposas en mi estómago, y siento el calor de su mano en mi mejilla; en la otra, deja un suave beso—. Te veo esta tarde.

Luego se aleja por el pasillo, y yo tardo un momento en ponerme en marcha, con una única certeza entre tanta mentira: esto no puede salir bien.



—¡¿Estás de broma?!

Según abro la puerta de mi casa, la voz indignada de Susan me taladra el oído. Por supuesto, los fotógrafos aposentados al otro lado de la calle intentan poner el oído para enterarse de algo más. Yo tiro del brazo de mi amiga y hago que entre en casa antes de decir ni una palabra más.

—Es solo trabajo —le recuerdo, como ya he hecho cientos de veces por mensaje.

—Ya, pues hasta donde yo recuerdo, tu puesto es directora de comunicación, no e*scort* de un imbécil.

Expulso todo el aire de mis pulmones al escuchar esa acusación.

—Creo que ahí te has pasado —le digo dolida.

No había pensado en esta estrategia así, y me preocupa que alguien más pueda entenderlo de este modo. Otra marca más a mi lista de fracasos laborales.

—Vale, lo siento. Es que no quiero que siga haciéndote daño —recula un poco antes de acercarse a darme un abrazo.

Se lo devuelvo con ganas respirando hondo, y consigo recomponerme lo suficiente para seguir con todas las mentiras que giran a mi alrededor.

—No tienes que preocuparte por eso. Está superado —le aseguro —. Tampoco es que me hubiese enamorado de él. Solo estuvimos juntos unos días.

Hablo con la máxima calma que consigo reunir, porque el tener una nueva cita con Tyler, aunque sea fingida, me tiene de los nervios.

—Ya, pues la sonrisa que traías después de verlo decía otra cosa.

—No es nada, de verdad. Vamos a dejarnos fotografiar, hablar de fútbol, y ya está. Será un rato con un compañero de equipo —intento convencerla mientras me echo un poco de colorete en las mejillas.

—¿Entonces por qué te estás arreglando?

—Porque se supone que es una cita, y voy a salir en todas las revistas… Prefiero no dar más motivos a la gente para criticarme.

—Te van a criticar igual —dice, todavía molesta por el plan.

—¡Auch!

Sé que quiere ayudarme, hacer que cambie de idea, protegerme… Pero no ha dejado de atacarme en el proceso, y estoy cansada de tanto asalto.

Se da cuenta de ello y relaja sus hombros respirando profundo.

—Ven, que te ayudo —se ofrece finalmente, sentándose a mi lado en el sofá. Y menos mal que lo hace, porque estoy tan nerviosa que puedo montar un buen lío haciéndome la raya del ojo.

Por suerte, los nervios de Susan son de acero y, además, es una artista con el pincel.

Cierro los ojos para dejar que haga su magia conmigo, procurando sosegarme.

—¿Prometes que no te vas a enamorar de ese imbécil? —me pregunta cuando ha terminado. Esta vez, su voz es más calmada, e incluso puedo intuir el tono de inquietud que la tiñe.

—No te preocupes. Es solo trabajo. Soy una profesional —repito mi discurso interior, ahora en voz alta.

Antes de que pueda responder nada, escuchamos el bullicio en la calle.

—Creo que el Príncipe Maldito ha llegado.

Yo sonrío, porque la última vez que Susan le abrió la puerta lo llamó «Príncipe Encantador». Solo han pasado unos días, y el título ha cambiado significativamente.

—Gracias por todo. Luego te cuento —le prometo.

—Llámame si necesitas algo. Estaré pendiente.

Me giro antes de abrir la puerta y le lanzo un beso de la forma más despreocupada que consigo. No quiero que esté angustiada por mí. Solo voy a dar un paseo. Sin sentimientos.

Abro la puerta y salgo tan rápido como puedo, esperando quitarme a los fotógrafos de encima cuanto antes. Sin embargo, un

muro me retiene entre sus brazos y, sin llegar a abrir los ojos, su aroma me desvela quién es.

Trato de separarme de Tyler antes de decir cualquier tontería, porque mis sentidos se han quedado abotargados.

—¡Hola! —saludo un poco nerviosa.

Él me sonríe, como solía hacer.

—Hola. Estás muy guapa —dice, pese a que estamos tan pegados que no ha podido ver el conjunto que llevo, y que no es nada del otro mundo.

—Bueno, se supone que es una cita —respondo separándome y sonando tan seca e indiferente como puedo. «Cita falsa», me corrijo.

Creo escuchar una pequeña risa, pero los disparos de las cámaras a nuestro alrededor amortiguan el sonido.

—Claro, se supone —coincide él a mi comentario—. ¿Vamos?

Antes de que pueda responder, saca una gorra de su bolsillo y me la pone, como acostumbraba a hacer en nuestras salidas reales.

Ese pensamiento hace que se me revuelva un poco el estómago. Tengo que recordarme que estamos fingiendo.

—Así no te molestarán tanto —me explica.

Y a mí me parece bien, porque de este modo daremos la idea de que queremos intimidad, aunque en realidad estamos deseando ser fotografiados.

—Gracias. —Es todo lo que digo.

Un segundo más tarde, la mano de Tyler rodea la mía y bajamos los escalones de mi porche.

Los paparazzi no han dejado de hacernos fotos, e incluso de llamarnos. ¿En serio son tan invasivos en la vida de las personas? Pensaba que trabajaban a distancia.

—¿Te apetece un helado en el centro? Un amigo me habló de Cone&Co. Dice que tiene los mejores helados de la ciudad.

Me doy cuenta de lo alto que habla Tyler, para que todos los espectadores que tenemos alrededor sepan dónde encontrarnos y que esta farsa siga adelante.

Yo asiento y me dejo arrastrar por él hasta su coche. Hoy ha escogido un deportivo rojo de dos plazas. Posiblemente el menos discreto que tiene. Está claro que se está tomando la pantomima muy en serio. Y debería alegrarme, porque cuanto más material tengan los medios, antes se olvidarán de todo. En cambio, no puedo evitar entristecerme al ver tantas pistas de que todo es una mentira.

Hacemos el trayecto en silencio. Tiene puesta una lista de canciones que me encantan, así que puedo concentrarme en algo que no sean mis ganas de quedarme contemplándolo mientras conduce. Al menos, la música me pone de buen humor.

Llegamos antes de lo esperado. Supongo que con un coche así es difícil llegar tarde a los sitios.

Cuando aparca, no bajamos de inmediato.

—¿Qué tal de momento? —me pregunta, recordándome que estamos haciendo un papel.

—Bien, estaremos en todas las portadas en menos de media hora.

—¿No te molesta? Ser la comidilla de los medios. —Me mira como si esperara que me derrumbara, o quizás que lo culpara de todo.

—Tampoco lo había pensado demasiado —le digo sinceramente. Lo que me guardo para mí es que únicamente pensaba en estar a su lado—. Ya me enfrentaré a ello esta noche. —Y, para mis adentros, no me refiero únicamente a las noticias que publiquen de nosotros, sino a lo que esta cita pueda hacer con mi maltrecho corazón.

Tyler se queda observándome como si sopesara creerme o no, y yo sonrío tanto como soy capaz, pese a que mis labios se han unido y no se despegan.

—Bueno, vamos a por ese helado —dice más tarde—. Eddie me habló de la heladería.

Al salir del coche, Tyler alcanza mi mano de nuevo, despertando otro cosquilleo que me recorre el brazo de arriba abajo.

Una vez en la heladería, pedimos cada uno nuestro sabor favorito: chocolate en cucurucho para él y *stracciatella* en tarrina para mí.

Tyler se empeña en pagar los helados, así que yo me dedico a saborear el mío. Me percato, entonces, de que ya hay algunos fotógrafos al otro lado de la calle.

Me giro al momento. La idea era que nos vieran, pero no deja de ponerme nerviosa que estén examinando todo lo que hacemos, como si pudieran descubrirnos en cualquier momento.

—¿Quieres probar? —me ofrece Tyler, demostrando que sabe fingir mejor que yo. Me acerca su helado para que lo deguste. Es un movimiento genial para los medios, así que asiento y pruebo el helado que ha escogido.

Cuando todavía estoy con la boca sobre él, lo aparta de mi lado.

—He dicho probar, no acabártelo —se queja con una suave risa.

Yo me río también, contagiada de su buen humor, olvidando el pequeño agujero que tengo en el pecho.

—Está rico —le concedo, si bien nunca lo cambiaría por una buena *stracciatella*, y la de mi helado está espectacular.

—Ven. Tienes chocolate por toda la cara —me dice cuando su risa se ha controlado, aunque parece a punto de estallar con solo mirarme.

Levanta la mano para limpiarme, y yo lo retengo.

—Hazlo como si… estuviésemos juntos —le pido, haciendo un pequeño movimiento con mi cabeza hacia los fotógrafos que seguramente estén captando todo.

—¿Seguro?

—Los fotógrafos ya están fuera —respondo a su pregunta, sintiendo los nervios revoloteando en mi tripa. Este nivel de seguridad únicamente lo conocía con Tyler, antes de saber que todo era mentira. Y debería recordarme que es mi corazón roto lo que estoy pisoteando yo misma con estas ideas.

Me quedo quieta cuando él se agacha y alza mi cabeza poniendo su mano bajo mi barbilla.

Tiene una manera de mirarme que hace que todo a mi alrededor se mueva lento, incluso sus dedos acariciando mi cara. Sus ojos se dirigen a mi boca, o puede que al chocolate que iba a limpiarme, y mi respiración decide dejar de funcionar.

Termina de agacharse y noto su lengua recorriendo mi labio inferior hasta el extremo.

—Ya estás —me dice en un susurro mientras pasa su pulgar por la comisura que acaba de lamer, limpiando la saliva que haya quedado.

—Gracias —respondo al mismo tiempo que me ahogo con el aire que no consigo hacer llegar a mis pulmones.

Nos quedamos en silencio un momento más, hasta que Tyler mira hacia el exterior de la heladería.

Recuerdo entonces que seguimos actuando. Pestañeo varias veces para volver a reaccionar y sigo a mi cita, que sujeta la puerta para mí.

—Te falta sonreír un poco más —me avisa cuando paso por su lado.

—Claro. Es que estoy un poco nerviosa —digo concentrándome en mi tarrina—. Siento que estoy mintiendo a todo el mundo, y no me gusta. Menos aún a los fans.

—No lo hagas —dice despreocupado poniendo un brazo sobre mis hombros.

No sé cómo voy a salir viva de esta cita.

—Ya… —es lo único que respondo a su propuesta porque, una vez metidos en este embrollo, no puedo dejarlo hasta llegar al final.

—Solo tenemos que pasear y charlar —me explica él—. Podemos hablar de los Stallions, si quieres.

Y eso es justo lo que hacemos durante el resto de la velada.

No vuelve a besarme, o a acercarse tanto como para hacerlo, en toda la tarde, y, en parte, me siento decepcionada. Ya que tengo que pasar por este calvario, me hubiera gustado conseguir algo más.

Está claro que soy la única tonta que ha perdido en este juego; la única que se ha enamorado.

Él se mueve cómodo a mi alrededor hablando de fútbol como en nuestra primera salida. Debería estar cabreada con él y sus mentiras,

pero todo parece tan real como lo fue hace unos días, y no puedo. Porque yo sigo engañándome de la misma forma.



Durante las siguientes citas, nuestra rutina va cambiando. Visitamos el mercado de los libros, paseamos junto al río y cenamos en una terraza. No sé si los medios se van cansando de nosotros, o es que yo me acostumbro más a ellos cada día que pasa, pues casi olvido que están allí, o que nuestras salidas son para que nos persigan.

Tyler me lleva de la mano, de la cintura, me abraza, me deja pequeños besos. Y con cada uno de sus gestos, pierdo un poco más en este juego de simular. Mi autoengaño se ve en una continua lucha entre creer cada movimiento de Tyler, o percatarse de sus preguntas no formuladas antes de acercarse a mí.

Después de unos días, soy incapaz de ignorar lo mucho que me gusta estar con él, escuchar su voz o su risa; o las mariposas que revolotean en mi tripa cada vez que se acerca más de la cuenta.

Y las ganas de besarlo, siempre presentes, siempre tirando de mí. Apenas logro contenerme. Al terminar nuestras salidas, me siento exhausta tras tanto ejercicio de autocontrol.

Entonces, acepto otra cita, y otra; convenciéndome de que lo hago por trabajo.

Con tanto vaivén de sentimientos y emociones, trabajar se me hace cada día más duro. En mi cabeza solo entran Tyler y la lucha interna que despierta en mí.

Sigo pensando en el lío en el que estoy metida cuando llego al campo de entrenamiento, prometiéndome concentrarme en lo que he venido a hacer, y no en Tyler Kelscot.

—¿Entrenador Taylor? —me hago notar cuando me acerco a la banda del campo.

Este se gira, sorprendido de verme allí, pues siempre procuro avisar si voy a pasarme.

—¿Nora? ¿Qué haces aquí? Y no me digas que necesitas a uno de mis chicos.

Me pongo nerviosa al momento. Si hay alguien que me dé más miedo que Matthew, ese es el entrenador Taylor. En lo que respecta al equipo, es la persona más estricta que he conocido; y me ha visto venir de lejos.

—Hemos tenido un lío con el calendario y los horarios, y necesitaría a uno de ellos durante un par de horas máximo —le digo con mi mejor tono de súplica. Arrugo un poco mis cejas, para hacerle saber que me siento culpable.

—¿Sabes que tenemos partido la semana que viene? Empieza la pretemporada, y no creo que a nadie le gustase que hicieran el ridículo contra los Guardians.

—Lo sé, y de verdad que lo siento. Ha sido un fallo mío, y no volverá a ocurrir, se lo prometo. —En realidad, el fallo no tiene nada que ver conmigo, sino con los nuevos vídeos que he propuesto a Matthew. Le han gustado, y, por supuesto, necesitaba todo para hoy mismo—. Lo haremos lo más rápido posible, para que no interfiera demasiado con el entrenamiento.

—¿A quién necesitas? —pregunta, aunque todavía no me alegro. No va a ser tan fácil.

—Kylen Blaze.

—¿Y *cuánto* lo necesitas? —Se gira hacia mí sonriendo con los brazos cruzados.

Aquí empieza lo difícil, porque no se refiere a cuánto tiempo lo necesito, sino a cómo de importante es que Blaze me acompañe.

—Puedo librarte de la próxima entrevista para YouTube y poner a los entrenadores especiales —le propongo.

Él me mira con los ojos entrecerrados y, un momento después, me guiña un ojo sonriendo y se gira hacia el campo.

—¡Blaze! ¡Ven aquí, chico! —grita tan fuerte que todo el campo lo escucha, a pesar de que no hay más que voces y vítores alrededor.

En cuanto se quita el casco, lo encuentro rápido al otro lado del césped, y hago lo posible por mantener mis ojos fijos en él y no buscar a otra persona.

—¡El resto! Descanso de cinco minutos, a ver si cogéis un poco de aire, ¡que estáis matados!

Según anuncia esto, un sinfín de suspiros llenan el ambiente, y tengo que contener mi risa.

—¡Nora! ¡Hola! —me saluda Kylen entusiasmado, como cada vez que nos vemos.

Su sonrisa infunde la mía, y me pregunto por qué no he hablado más con él en los últimos días. Me habría venido bien.

—¡Hola! —saludo, intentando sonar igual de animada que él.

—Mejor no te abrazo —me dice alargando su brazo con la mano cerrada en un puño, hasta que lo choco con el mío—. Estoy sudando.

—Tranquilo.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Estamos preparando la campaña para la pretemporada, y hemos tenido una idea en la que puedes participar, si te apetece. Ya he hablado con el entrenador, y no habría problema en que me acompañaras durante un rato.

—Claro, lo que sea por mi Stallion favorita —me dice colocándose el pelo que empieza a caerle hasta los ojos.

No sé cómo contestar a eso, así que me quedo en silencio con una sonrisa tensa. No consigo acostumbrarme a las buenas palabras de la gente. Algo dentro de mí siempre me recuerda que no debo creerlas, que no las merezco.

—¡Te has puesto como un tomate! —me acusa él antes de echarse a reír.

—Bueno, la culpa es tuya por decir cosas así. —Le doy un pequeño puñetazo en el brazo, como castigo por su carcajada.

—¡Venga ya! Aquí eres la favorita de todos, no solo de Tyler.

—¿Qué pasa conmigo?

Se me congela la sangre cuando escucho la voz del jugador que acaba de nombrar a mis espaldas. ¿Por qué me quedo paralizada de pronto? Venía dispuesta a arreglar un tema de trabajo, no a tener que enfrentarme a todos los sentimientos encontrados que enciende en mí.

Su brazo moviéndose alrededor de mi cintura y empujándome hacia él, tampoco me ayuda a relajarme.

—¡Hola! —saludo con voz entrecortada.

Tyler no dice nada, y Kylen se ha quedado igual de mudo.

—Tengo una campaña con él —le explico antes de que el silencio resulte más incómodo.

—¿Una campaña? —Su tono es serio, pero, cuando me mira, no veo que esté enfadado. Más bien parece que me ha echado de menos, por la forma en que estudia mi rostro con detenimiento. Aunque pueden ser imaginaciones mías, como las que llevo teniendo desde que lo conozco.

—Sí, de la pretemporada —me concentro en nuestra conversación —. Es el *rookie* favorito, y vamos a preparar unos vídeos.

—Claro —me dedica una sonrisa, y endurece sus facciones cuando se dirige al jugador—. Pues mientras sea un asunto de trabajo, preferiría que no babearas por mi chica, novato.

Tengo que hacer un esfuerzo por no atragantarme con mi propia saliva al escucharlo.

Kylen está más o menos igual de sorprendido, alzando sus cejas de forma extrema.

—¿Entonces seguís juntos? —pregunta.

Yo me muevo bajo el agarre de Tyler. Siento que nos van a pillar en cualquier momento. Y, por su silencio, creo que está igual de nervioso que yo porque puedan destapar nuestro engaño. Entonces, respira furioso.

—¿A ti qué te parece? —escupe sus palabras con rabia contra Kylen, que instintivamente da un paso hacia atrás, levantando las manos en signo de rendición.

—Perdona, tío. —Veo en su rostro las ganas que tiene de irse de allí, y me mira preocupado—. Recojo mis cosas y te acompaño.

Espero a que se aleje lo suficiente para girarme hacia Tyler, que ha relajado los dedos sobre mi cuerpo y no es consciente de que ahora los mueve en una caricia. Yo no puedo dejar de pensar en ellos, deseando sentirme igual de cómoda a su lado.

—¿«Mi chica»? —pregunto, porque no se me va de la cabeza las palabras que ha utilizado para referirse a mí.

Me enseña su sonrisa ladeada y socarrona. Esa que no aguantaba hace unas semanas, y que me encanta ahora.

—¿No lo eres?

Mi presión se dispara, y me cuesta mantenerme entera.

—Solo para los medios —respondo en parte para mí misma, que creo que soy quien más necesita recordarlo.

—Bueno, no queremos que se filtre nada, ¿verdad? —me pregunta, y yo me esfuerzo en asentir. El nudo que tengo en la garganta amenaza con ahogarme si intento decir algo más.

Entonces, Tyler me sostiene por la barbilla, como cada vez que quiere decirme algo importante, algo que no quiere que olvide.

—Puede que solo estés fingiendo, pero, aunque esto sea una mentira, yo no comparto. Hasta que decidas que se acaba la farsa, eres mía, Appaloosa.

#34

NO SOMOS TAN BUENOS MENTIROSOS

A medida que pasan los días voy perdiendo este pulso un poco más. Se supone que tengo que alejarme de Nora. Es lo que había decidido. Pero tener que jugar a las *parejitas* frente a las cámaras se me está yendo de las manos.

Me cuesta mucho no dejarme llevar, no pensar que cuando se sonroja, lo hace por mí. Únicamente cuando comenta algo sobre los medios, recuerdo que estamos en un show.

Aun así, poco a poco empiezo a olvidar por qué solo podemos fingir, por qué no puedo estar con ella como lo hacía las últimas semanas.

Me cuesta centrarme y recordar que lo hago por su bien. Que no puedo arrastrarla conmigo a los secretos que he estado ocultando durante tanto tiempo, y que cada día amenazan con arruinar mi vida. Y, si ella está cerca de mí, también la suya.

Los entrenamientos, con un mayor nivel de exigencia, me ayudan a olvidarme de la batalla que libro en mi cabeza sin descanso. Se nota que se acercan los partidos de la pretemporada y estamos todos con ganas de saltar al campo.

El primero es en Northpoint, contra los Guardians. Pensaba que así podría alejarme de Redmont y de Nora. Luego descubrí que los de comunicación siempre viajan con el equipo, incluida ella. Y, pese a que me había propuesto enfriar lo nuestro, no pude evitar la alegría de pasar más tiempo con ella, pese a que sea un tiempo envuelto en mentiras.

Sobre todo, porque a veces me parece que su fachada se derrumba. En cada cita busco conseguir que ocurra, que aparezca la Nora que todavía siente algo por mí.

—Ahí viene. —Eddie me despierta de mis pensamientos y dirijo mi mirada más allá de la ventana del coche.

Salgo rápidamente y alcanzo el porche de Nora antes de que baje los escalones para ayudarla con su maleta. Aunque el tema de los paparazzis se ha relajado un poco, los dos acordamos llegar juntos al aeropuerto.

Me agradece nerviosa la ayuda, y yo no puedo quitar la vista de ella.

—¿Qué ocurre? —me pregunta con un inicio de sonrisa curvando sus labios. Por supuesto, no tiene ni idea de lo preciosa que es, de lo mucho que me gusta. Después de comportarme como un gilipollas con ella, tampoco puedo esperar otra cosa.

—Nada, siempre espero a ver con qué camiseta de los Stallions me sorprendes. Debes tener un millón.

Ella se mira la camiseta incómoda y se la estira un poco, sin saber qué hacer con sus manos o con mi comentario.

—Supongo que no soy muy original. Siempre voy igual.

Un dolor agudo en mi pecho me regaña por hacerla sentir así. No solía actuar de este modo cuando estaba conmigo, antes de que empezaran las mentiras.

Los comentarios de la gente hacen mella en cualquiera que los lea. Yo he estado haciéndolo los últimos días para saber a qué se está enfrentando sola, y cada noche termino más cabreado que la anterior.

—A mí me gusta —le aseguro—. La de hoy la recuerdo.

Ella vuelve a mirarse la ropa.

—Me la habré puesto otro día.

—No, no lo has hecho. Pero mi abuelo Harold tenía una igual. Un poco menos estropeada. La trataba como oro en paño —explico, guardando sus cosas en el maletero.

Nombrar a mi abuelo tiene algún efecto, porque Nora me está sonriendo.

—¡Ahora me siento un poco mal! Yo echo todas juntas a la lavadora, de cualquier manera.

Eso explicaría por qué están desgastadas, aunque me inclino más por pensar que es de su uso.

Me río con ella mientras se sienta en el coche y la escucho saludar a Eddie.

Yo doy la vuelta y me siento a su lado. Sin darme cuenta, alargo mi mano hasta alcanzar la suya y acariciarla con mi dedo pulgar. De hecho, tardo un rato en percatarme de mi movimiento, pero no me aparto.

No debería estar disfrutando de su tacto y, sin embargo, lo hago. Quiero pensar que ella también, porque no se ha separado a pesar de que no hay nadie que pueda fotografiarnos dentro del coche.

El camino al aeropuerto se me hace corto a pesar de la distancia. Si hubiera conducido yo, seguramente lo habría alargado un poco más.

Apenas hemos cruzado algunas palabras, o Eddie con Nora.

Y, durante todo el trayecto, su mano sigue presa de la mía. En algún momento, sus dedos se han movido hasta entrelazarse con los míos, y no sé hasta qué punto se ha percatado de ello.

Al salir del coche, la cosa cambia. Con la gente y los medios haciendo fotos, Nora se muestra más inquieta.

Sé que no le gusta mentir a los fans, y por eso esto de la farsa le está costando. Me hace admirar su búsqueda de la sinceridad. Esa que yo no soy capaz de encontrar.

—¿Todo bien? —le pregunto, y veo su mirada ansiosa. Casi puedo oír su corazón latiendo con insistencia.

—Sí, todo bien —me miente. Una mentira más.

Cuando subimos al avión, está aún más tensa. Todos la saludan, y ella responde con vergüenza.

—Voy a sentarme con Chris —me informa, y solo sus palabras bastan para despertar al lobo dentro de mí.

Mis manos se abalanzan sobre su cintura, y la arrastro hasta que su espalda choca contra mi pecho.

No quiero soltarla, ni que se aleje de mí, y ni siquiera soy consciente de cómo me muevo. Justo lo contrario de lo que debería hacer. Pero estamos fingiendo, ¿no?

—Creía haber sido claro: yo no comparto —susurro junto a su oído.

—Solo es Chris. —Al igual que yo, intenta que nadie más nos oiga.

—No me importa quien sea. Ahora estás conmigo.

—Vaya, ¿resulta que ahora vas a ser un celoso, 89? No te preocupes, solo necesito ver unas cosas de la llegada a Northpoint. Además, no es como si pudiera afectarte realmente. No estamos juntos, ¿no?

Se pone de puntillas para darme un beso casto en la mejilla que, junto con su comentario, me enciende todavía más.

Da un paso para alejarse y yo la hago girar en un movimiento brusco que hace que se tropiece consigo misma y acabe apoyada en mi pecho.

Peino unos mechones que se le han escapado de su recogido y los pongo detrás de su oreja.

—No tardes.

Nora abre la boca, pero ningún sonido sale de ella.

Después, me quedo mirando cómo se marcha, luchando contra mis ganas de retenerla.

Tarda otra media hora tras el despegue en sentarse a mi lado y, cuando lo hace, se pone a trabajar con su móvil. Yo saco mi libro de

jugadas para repasarlas, aunque me cuesta mantener la concentración teniéndola tan cerca.

No hablamos durante todo el viaje. Sin embargo, nuestros brazos se tocan de vez en cuando, y es suficiente para dejarme con ganas de más, para hacerme olvidar que la estoy poniendo en peligro.

En el hotel, tenemos habitaciones separadas. Que todo el mundo crea que tenemos una relación, no significa que venga de viaje romántico con mi novia falsa. He venido a jugar con mi equipo, a debutar con los Stallions. Lo que siempre había querido y que, por fin, este año he conseguido. Y, aun así, no siento la ilusión que debería.

No vuelvo a ver a Nora durante el resto del día. Me imagino que se ha encerrado a trabajar con Chris.

Me acerco a la rueda de prensa previa al partido. Hoy no me toca hablar, pero me paso igualmente solo por verla.

La encuentro en una esquina, como siempre, escondida tras su teléfono. Mi Chica del Móvil.

¿Por qué nadie se da cuenta de que está allí? Para mí es imposible apartar la vista. Su figura me atrapa, como la luz a un mosquito.

Tras la rueda de prensa, el equipo sale a dar un paseo en grupo por la ciudad. Nora no aparece por allí. En cambio, Chris, su compañero, sí ha venido para sacar algunas fotos y vídeos del equipo. Así que yo aprovecho para centrarme en el partido de mañana y me aíslo de ellos poniéndome los cascos y evadiéndome con la música.

Solo es un partido de pretemporada; no nos jugamos nada. Sin embargo, es el primero que juego con los Stallions y quiero hacerlo bien. Estos encuentros son, sobre todo, para que el entrenador pueda ver qué jugadores van a ser los elegidos para el equipo final. Y,

aunque yo tengo mi sitio asegurado, quiero demostrarles que me importa estar aquí.

Durante la cena, tampoco hay rastro de Nora y me noto cada vez más ansioso por encontrarme con ella. También me preocupa que no vaya a cenar, como ya hacía antes de que saliéramos juntos.

Me paso la velada ideando distintas excusas para verla. Mis compañeros deben pensar que estoy centrado en el partido de mañana, y apenas me molestan con comentarios estúpidos.

Finalmente, termino mi plato y me levanto de la mesa con prisa.

Tras una pequeña parada en mi habitación, me dirijo a la de Nora, esperando que nadie me pille. Una cosa es que se permita nuestra relación, y otra que pueda estar vagando por los pasillos del hotel antes de un partido. Me imagino el número de dominadas con las que me castigaría el entrenador Taylor, y me da un escalofrío.

—¿Tyler? —me saluda sorprendida al verme.

—¿Estabas dormida? —le pregunto. Por la cantidad de luz que proviene de su habitación, me da que no es así.

—No, repasaba algunas cosas para mañana.

—¿Mucho curro? —Señalo con la cabeza el interior de su dormitorio mientras me apoyo en el marco de la puerta.

Ella echa la mirada hacia atrás, y se gira hacia mí incómoda, moviendo sus dedos sobre la cerradura de la puerta.

—No sé si debería invitarte a pasar…

—No te preocupes, no hay fotógrafos que puedan vernos —le confirmo, recordando el único motivo por el que deberíamos estar juntos.

Ella asiente lentamente.

—Claro.

Alargo la mano para ofrecerle la bolsa que he recogido de mi habitación.

—Venía a traerte esto para mañana.

Su cara se le ilumina en un segundo y encuentro a la Nora que echaba de menos. La que disfrutaba de mi presencia, aunque fuera durante unos días.

—¿Un regalo? —pregunta, y juraría que reprime un pequeño salto.

—Un re-regalo. Ya te lo regalé una vez —le explico sin darle más detalles. Quiero que lo abra.

Cuando lo hace, su sonrisa sigue presente en su rostro, y yo dejo que la mía también se expanda.

—Tu camiseta.

—Para que te la pongas mañana. Habrá muchos medios.

—Claro, es una buena idea.

Sin embargo, no estoy seguro de que se lo parezca, pues agarra la prenda con fuerza y no es capaz de aguantar mi mirada.

—¿Qué ocurre? —pregunto finalmente.

Ella rompe su sonrisa al morderse el labio inferior. Me cuesta demasiado no quedarme observándolo, no acercarme y ser yo quien lo tenga apresado entre mis dientes.

—Nada. Es que… En realidad, tengo en la maleta el regalo original.

—¿Sí? —pregunto sorprendido.

Sabía que no habría quemado mi camiseta. Destrozar algo de los Stallions debe ir en contra de su ADN. Pero no esperaba que hubiera pensado en ponérsela por sí misma.

Su risa corta me devuelve junto a ella.

—Sí. Supongo que ambos hemos tenido la misma idea, aunque yo un poco antes —me dice orgullosa.

Estoy a punto de mandar todo a la mierda. Cada palabra y gesto suyo me empujan a cruzar la puerta.

—Por eso eres la jefa de comunicación y yo solo un jugador.

—Solo… —dice con su mejor tono de incredulidad y de buen humor. Entonces me mira intensamente, como si se perdiera en mis ojos; y yo quiero perderme en los suyos. Quiero entrar en su dormitorio, besarla, olvidar todo salvo a ella, su cuerpo, su olor, los sonidos que salen de su boca cuando la devoro.

Y entonces, mi cabeza recuerda por qué no la cubro de besos y caricias. El peligro al que la sometería. La posibilidad de acabar con su carrera y con su vida.

Doy un paso hacia atrás, asustado de mí mismo, de no ser capaz de controlarme.

—Bueno, entonces…—dejo la frase inacabada, porque no tengo ni idea de qué decir.

—Podemos dársela a un fan, si quieres. Ganarías…

—Es tuya —la interrumpo, volviendo a mi papel de capullo y alejándome del marco de la puerta—. Haz con ella lo que quieras.

—Vale.

Intenta imitar mi tono seco, pero no lo consigue. Sé que le duele cuando me comporto tan frío como el muro que necesito levantar entre nosotros, aunque no puede ser más que a mí.

—Te veo mañana, jefa —me despido, dándome la vuelta.

—Descansa, 89.

Me quedo parado durante un segundo, sin permitirme girarme a mirarla. Solo ladeo un poco la cabeza.

—Tú también.



El primer partido de la pretemporada ha sido un paseo. Los equipos no suelen sacar a las estrellas por miedo a las lesiones, y los jugadores tampoco se lo toman muy en serio, porque no nos jugamos nada.

Así que, al final, no hemos tenido demasiada oposición. Ganar a los Guardians ha sido más fácil de lo esperado.

A pesar de que McKillen se ha quedado al margen, he tenido una buena conexión con Butler, el *quarterback* suplente. He conseguido anotar *touchdown* en cada jugada a la que me ha sacado el entrenador, volviendo loca a la afición. Mis ojos, en cambio, se desviaban hacia cierta aficionada, esperando que se olvidase del móvil y celebrase mis carreras.

Cuando volvía a la banda, la encontraba inmersa en su teléfono, y yo reprimía mis ganas de acercarme a ella. Ha cruzado su mirada con la mía en pocas ocasiones, y en todas me ha dejado claro que hoy está más guapa que nunca. Puede que tenga que ver con que lleva puesta mi camiseta y, por el tamaño, diría que es la que se llevó de mi casa. La que le regalé ayer era más pequeña, pensando en los comentarios

de la gente y en cómo todo el mundo creyó que no llevaba nada debajo.

Cuando el partido termina, nos dirigimos al vestuario.

El entrenador nos dedica unas palabras de felicitación y otras de motivación de cara a la temporada que está por comenzar. Yo me cambio rápidamente, deseando salir de allí, sobre todo cuando nos informan de que el avión no saldrá hasta el día siguiente por la tarde y tenemos la noche libre para celebrar con moderación. A mí se me ocurre el mejor plan para hacerlo.

Salgo del vestuario a la carrera y casi paso por alto a la chica que permanece apoyada en la pared, oculta detrás de su móvil.

Regreso sobre mis pasos y me acerco hasta donde está, vestida con mi camiseta.

—¿Qué haces aquí escondida?

Nora se sorprende al verme y luego me enseña el teléfono que tiene en la mano, a modo de explicación.

—Qué raro —le respondo con mi sonrisa incontenible.

—Se te ve feliz —me acusa, curvando sus labios de forma similar a como lo hacen los míos.

—Ha sido un buen partido. —«Y llevas puesta mi camiseta»—. ¿Te apetece salir?

La pregunta escapa de mi boca antes de que pueda retenerla o pensar que es una mala idea; que debería irme al hotel y no seguir con este juego que nunca podré ganar.

—¿Ahora? —pregunta sorprendida. Casi tanto como yo.

—Hace tiempo que no tenemos una cita, ¿no? No quiero que empiecen a salir rumores ahora que todo parece ir mejor.

Me asombra la capacidad que tengo para engañarme a mí mismo por permanecer unos minutos más a su lado.

—Claro —accede algo torpe—. Pues ¿me cambio y quedamos?

Me fijo de nuevo en cómo va vestida. Con mi camiseta, varias tallas más grandes que la suya, metida por un lado, para que puedan verse sus pantalones debajo; unas zapatillas blancas y su particular recogido, con algunos mechones sueltos.

—Estás perfecta así —le digo con sinceridad. Luego, tiro de ella para empezar a movernos—. Vamos.

Nora avisa a sus compañeros de que no vamos a volver al hotel con el equipo, cosa en la que yo no había caído. Lo único en lo que pienso es en salir con ella, seguir fingiendo, tener un rato más juntos antes de que todo termine.

En seguida es ella quien tira de mí dirigiéndome por el estadio y, tras hablar con una chica que le da algunas indicaciones, nos desplazamos por más pasillos.

Llegamos a una salida de emergencia no muy concurrida y, en el exterior, me doy cuenta de que no llevamos nuestras gorras. Me siento desprotegido. Otro motivo por el que esto es una locura.

Ella, en cambio, se muestra más cómoda que otras veces. Supongo que porque todavía no hay fotógrafos que nos atosiguen. En mi interior, deseo que se olvide de llamarlos, que podamos tener una cita real.

Conseguimos un taxi y le pido que nos lleve al centro de la ciudad.

—¿A dónde vamos? —me pregunta Nora. Casi creo ver la expectación que tenía en nuestras citas, las reales; entonces, comprendo que lo que quiere es avisar a los medios.

—No lo sé aún —digo molesto.

—O sea, ¿que tu plan es perderte en una ciudad que no conoces?

—Exactamente.

—Ya, no sé si me convence.

Yo agarro su mano, colocada en el asiento central, y la acerco hasta mí de un tirón. Tanto, que puedo sentir su aliento mentolado sobre mi cara. Cuando sus ojos bajan hasta mi boca en un movimiento rápido, todo mi cuerpo se pone alerta.

—Prometo devolverte al hotel sana y salva —le aseguro en un susurro.

Me acerco levemente hacia ella, atraído por sus labios como si fueran mi peor droga. Tan lento, que apenas soy consciente de estar haciéndolo.

Quiero besarla. Quiero sentir su boca bajo la mía, acariciar sus labios con un beso lento y cálido. Saborearlos.

Entonces, me separo a duras penas y escucho cómo el aire entra en sus pulmones al ser liberada de mi asedio silencioso.

Debería controlarme mejor, acabar con todo esto. «Solo puedo hacernos más daño a los dos», intento recordarme.

Entonces sus dedos se colocan entre los míos, y todo desaparece.

Una vez en el centro urbano, la noche transcurre con rapidez. Paseamos y nos perdemos entre las calles de una ciudad tranquila.

Cuando encontramos un *food truck*, nos acercamos en busca de la cena.

He salido con tantas prisas del vestuario, que me he olvidado por completo de lo hambriento que estaba, y me pido cuatro perritos calientes bajo la atónita mirada de Nora.

Continuamos recorriendo las calles menos transitadas hablando del partido y de lo que queda de la pretemporada, y me descubro con ganas de seguir conociendo la opinión de Nora. No solo es una máquina del marketing y las comunicaciones. Sabe más de fútbol que mucha gente con la que trabajo, y de nuevo me asalta el pensamiento de que mi abuelo Harold la adoraría.

En nuestro improvisado paseo, llegamos hasta un parque. Está iluminado por farolas escondidas entre los árboles, pero nos conduzco a una zona más oscura.

Le hago cruzar unos arbustos en la linde del parque, y ella se sujeta a mí con fuerza, pues el final del parque viene con el final del terreno y una gran caída. Echo un rápido vistazo y encuentro un sitio donde sentarnos.

Frente a nosotros se expanden unas vistas impresionantes de las afueras de la ciudad. Es como si Northpoint estuviera rodeada de pequeñas ciudades iluminadas en la noche. Y, bajo nosotros, una gran autovía demasiado transitada para las horas que son.

—Reconozco que me ha gustado el plan —me dice Nora dándome un pequeño empujón con el hombro—. Nunca se me habría ocurrido hacer algo así.

—¿Conocer las ciudades que visitas? —pregunto en un intento de picarla. Sé que le ponía un poco nerviosa salir sin plan por una ciudad que no conoce.

—Visito algunos museos o monumentos, si saco tiempo —se defiende.

—Así no conoces la ciudad.

Ella suspira.

—Supongo que no. Solo su historia.

Me recuesto en el césped, apoyándome sobre mis codos, observando la imagen iluminada que tenemos ante nosotros.

—Tienes que perderte para encontrar sitios especiales como este.

Ella continúa sentada y envuelve sus rodillas con los brazos. Luego, apoya la cabeza sobre ellas y me mira.

—¿Lo haces en cada ciudad?

—Sí. Un paseo conmigo mismo.

—¿Solo? —pregunta confundida. Posiblemente esperaba otra respuesta, pero ella es la única con la que he compartido esta extraña afición.

—Siempre me ha ido bien solo. —Me encojo de hombros.

Ella se centra en la autovía bajo nuestros pies.

—Claro —dice con tono suave—. Siento que tengas que compartirlo conmigo.

Muevo mi pierna para dar un golpecito a sus pies.

—Así tengo alguien con quien hacerme el interesante.

Veo su sonrisa desde donde estoy sin necesidad de que se gire para mostrármela. Continúa inmersa en las vistas cuando escucho

gente hablando cerca de nosotros.

Encuentro a varias personas a nuestra derecha sacándonos fotos de forma poco sutil. Abandono mi postura para sentarme cerca de Nora, y, de paso, cubrirla un poco de los fotógrafos.

—Casi me había olvidado de ellos —dice después de dar un suspiro. Veo en su gesto que se da cuenta de las palabras que acaba de pronunciar—. Quiero decir…

—Yo también —la interrumpo, satisfecho porque la Nora que buscaba haya hecho su aparición—. Se está bien aquí.

Extiendo mi mano para atrapar un mechón de pelo que le acaricia la mejilla, despertando celos en mí. Al menos cuando hay gente delante, tengo una excusa para acercarme un poco más a ella.

—¿Quieres…?

—No quiero tener que preguntarte cada vez que quiera abrazarte o tocarte —confieso, perdido en sus ojos marrones.

—No tienes que hacerlo.

Su voz escapa en un susurro que se cuela debajo de mi ropa y de mi piel, acercándome más a ella, hipnotizándome, haciéndome olvidar todo lo que me había prometido.

Me muevo hasta alcanzar la suave piel de su cuello, rodeándolo en busca del calor que sé que desprende.

—Y cada vez que quiero besarte.

Mis ojos vuelan hasta su boca, muy cerca de la mía. Quieta, esperando a que su belleza me venza, llevándome a caer en la mentira que nos mantiene juntos.

—Puedes hacerlo, si quieres.

Sus palabras me acercan más a ella, a mi derrota. Siento la necesidad de rendirme, empujando mi cuerpo hacia el suyo. Sus manos se deslizan sobre mis piernas, apoyándose mientras ella también cae hacia mí.

—Quiero, todo el rato.

Me agacho sobre ella, dispuesto a caer en combate bajo un beso que está tardando demasiado en llegar.

—A los medios les encantaría —me recuerda con un suspiro, dejando escapar el aire de sus pulmones junto a sus palabras.

Entonces, me aparto molesto. El calor que atravesaba mi cuerpo se transforma en un fuego con ansias de devastar todo a su paso. Siempre los putos medios.

—Claro —coincido recobrando la poca cordura que me queda. El enfado que siento me hace volver a poner los pies en la tierra, a recordar todo por lo que estamos aquí—. Creo que ya han tenido suficientes fotos por hoy.

Me levanto, dejando a Nora pestañeando en el suelo y respirando agitada.

Joder, es que soy un verdadero cabrón. Debería marcharme, no caer más en esta trampa que me pongo a mí mismo, a la que arrastro a Nora cada día.

Le ofrezco la mano para ayudarla a levantarse y ella la observa sin atreverse a elevar más la mirada. La agarra, y tiro de ella para ponerla en pie, olvidando que no es uno de los jugadores de mi equipo y que debe pesar la mitad.

Casi la hago volar del tirón, y aterriza contra mi cuerpo.

Frena el empujón sosteniéndose sobre mi pecho, irradiando un calor asfixiante que solo una cosa podría sofocar.

Mis manos se han colocado en su cintura buscando el espacio bajo la camiseta por el que colarse, por el que robar un poco de ese calor que desprende su piel.

Cuando las yemas de mis dedos lo consiguen, los ojos de Nora se encadenan a los míos. Nos miramos durante un segundo eterno en el que ninguno se atreve a respirar.

Y, sin poder contenerme más, caigo en sus labios.

Son tan suaves y delicados como los recordaba. Me cuesta refrenar la necesidad que despiertan en mí. Los saboreo lentamente, temiendo que sea la última vez que pueda hacerlo. Los aprisiono con los míos y los recorro con mi lengua, empujando a que me abra paso a su boca. Y ella lo hace con un pequeño gemido que hace vibrar todo mi cuerpo.

Mis brazos envuelven su cintura, atrapándola con la firme intención de no liberarla jamás.

La desesperación crece en mi pecho, sabiendo que este beso acabará y yo seguiré necesitando su piel contra la mía, su boca bajo la mía, y cada gemido involuntario que tiñe sus mejillas pecosas de un precioso tono rosado.

Sus manos han subido por mi pecho al mismo ritmo que el gruñido que no consigo ahogar. Se posicionan a ambos lados de mi cuello, sosteniéndolo con sus dedos finos cubiertos de anillos; prohibiéndome partir, ignorando que tengo todavía menos ganas que ella de alejarme.

Este beso debería ser una farsa, una pose para los que a lo lejos inmortalizan todo con sus cámaras. Y, en cambio, no me parece una mentira. No puede serlo. No somos tan buenos mentirosos.

Y, antes de que pueda decidir su veracidad, se acaba.

El sonido de un teléfono termina con la mejor mentira que nos hemos dicho. Tan falsa, que parece real.

Nora se separa y echa un vistazo a la pantalla de su móvil. Mis manos rehúsan abandonar su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupado cuando su respiración se silencia.

Ella alza la vista, mostrándome la pequeña línea que separa sus cejas.

—Es un mensaje de Patrick Crawford, de *Game On*. Dice que sabe cómo pillar a tu acosador.

#35

¿POR QUÉ TE IMPORTA TANTO?

Apenas he pegado ojo en toda la noche pensando en el tema del acosador. En lo referente al *clickbait*, mi amigo Patrick lo tiene perfectamente dominado. Su escueto mensaje me ha bastado para mantenerme toda la noche en vela.

No estoy segura de que le haya ocurrido lo mismo a Tyler, porque cruzamos las calles de Northpoint a un paso más acelerado de lo normal, como si no le faltase ni un ápice de energía. Al salir del hotel, tomó mi mano y, con cada calle que recorremos, noto sus dedos rodeándola con más fuerza.

No hemos dicho ni una palabra durante el trayecto, pero no tengo dudas de que estamos pensando en lo mismo.

Me resulta irreal que todo pueda acabar: las fotos, las amenazas, las filtraciones a la prensa... Estoy deseando que nos reunamos con mi amigo para saber qué ha descubierto.

Miro a Tyler a mi lado. Tan cerca, parece aún más alto. El pelo rubio que se escapa de su gorra tiene un brillo distinto bajo los primeros rayos de sol, dándole unos tonos dorados que desconocía, y que me hacen imaginar una corona sobre su cabeza.

Vuelve a apretar su agarre, y, al mismo tiempo, sus cejas se unen.

Yo deslizo mis dedos sobre su piel, tratando de insuflarle algo de calma. Una que no tengo para mí, pero que quiero para él.

Se da cuenta de mi movimiento y se gira para observarme. Yo me escondo bajo la visera de mi gorra.

Nos movemos por la ciudad como si la conociéramos, o, más bien, Tyler lo hace. Cualquiera diría que lleva viviendo en Northpoint toda su vida. Yo habría necesitado poner el GPS de mi móvil para encontrar cualquier sitio, puede que incluso en Redmont, y él, solo con el paseo nocturno que dimos ayer, sabe exactamente a dónde debemos ir.

Me digo que debería prestar más atención a mi alrededor y no únicamente a la persona que tengo a mi lado. Aunque se me antoja complicado. Sobre todo, cuando en mi fuero interno sé que esto solo va a durar unos días más, quizás semanas. Cuando acabe, tendré que olvidarme de él. Volverá a su vida de jugador estrella de la NFL rodeado de fiestas, dinero y mujeres preciosas.

Se me encoge el estómago al recordar la realidad que me espera a mí.

Puede que también sea por el hambre que tengo, pues no he sido capaz de desayunar nada.

Cuando me encontré con Tyler en la cafetería del hotel, le aseguré que ya había tomado algo en mi dormitorio. Simplemente no me entra nada cuando estoy muy nerviosa, y él parece haberse cansado de obligarme a comer.

Mi tripa se revuelve con los recuerdos.

¿Por qué no puedo solo calmarme, dejarme llevar y disfrutar de su mano entrelazada con la mía?

Su tacto me abandona, y miro a Tyler contrariada hasta que pasa a rodear mi cintura.

—Ya estamos —susurra agachándose levemente para alcanzar mi oído.

Dirijo la vista al frente y leo el rótulo del edificio que tenemos delante. Es la cafetería en la que habíamos acordado encontrarnos con Patrick.

Cruzamos la puerta y no tardamos en localizarlo, sentado en la mesa más alejada. Nos ve y nos saluda con la mirada. No hace ningún otro gesto.

Tyler y yo nos movemos pegados, con sus dedos apretando mi cintura.

Quiero buscar su mano, hacerle saber que todo irá bien. En cambio, me muevo en dirección a la mesa que nos va a dar las respuestas que llevamos semanas buscando.

—¿Así es como pasáis desapercibidos? —Patrick nos observa con escepticismo, primero a uno, luego al otro.

Me siento en mi silla y me muevo la gorra, como si estuviera mal colocada, pese a que Tyler siempre la alinea perfectamente, aumentando mis pulsaciones en el proceso.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin entender a qué se refiere.

—Pues que no me extraña que os pillen en todas vuestras salidas.

Patrick se ríe antes de beber de su taza de café. Está a punto de llamar al camarero, pero Tyler tiene otros planes, y yo tampoco creo que pueda tomar nada.

—¿Sabes cómo descubrir a mi acosador? —pregunta, con un tono más serio de lo necesario.

—Directo al grano —dice Patrick, tratando de sonar divertido. Tyler, en cambio, no sonríe, así que lo hago yo, porque esta es una reunión cordial.

—Volamos esta tarde. No estoy para perder el tiempo —le explica. Luego, cruza sus brazos, y yo no sé cómo recordarle que la persona sentada con nosotros quiere ayudarnos, no sacarnos información. Tenía que haber hablado con él antes de venir. Sin embargo, estaba ocupada babeando con su presencia.

—Tranquilo, he preparado el anzuelo perfecto.

—Te escuchamos —lo animo a contarnos su plan antes de que a Tyler se le agote la paciencia.

El reportero se echa hacía atrás en su asiento y entrelaza sus dedos sobre la mesa. La sonrisa que nos muestra hace saltar mis alarmas, porque sé exactamente lo que significa.

Me repito de nuevo en mi cabeza que tenía que haber hablado con Tyler antes de venir.

—Primero, tenemos que hablar de ciertas cosas —me dice, para más tarde dirigirse a Tyler—. Según tu acosador, esto es un montaje —mueve su dedo índice señalándonos—. ¿Es verdad?

Yo sonrío, aunque mis cejas van por otro lado, mostrando lo insegura que me siento.

—¿Qué tiene que ver eso con…?

—No lo es —responde Tyler tajante.

Su voz suena como un rugido. Un depredador asustando a su atacante para proteger a la manada. Su imagen, en esta ocasión. Me alegro de que al menos uno de los dos no tenga problema en seguir con la mentira que los Stallions nos obligaron a crear.

Él tiene más que perder si se destapa que todo es falso; todo, incluida su mano colocada alrededor de mi cintura, acariciando mi costado lentamente.

—Bueno, yo voy a ayudaros por la mera bondad de mi corazón. —Patrick se cubre el pecho de forma dramática—. Sabes lo mucho que te quiero, Nora —insiste, y yo noto el cuerpo de Tyler aproximándose un poco más al mío. Desde luego que lo de la farsa se lo toma muy en serio—, pero no me vendría mal un ascenso. La vida está muy cara.

Sonrío por su inútil tentativa de afligirme. Con él, todo son favores de los que espera sacar algo de vuelta. El mundo de los medios y las filtraciones es así.

Y otra vez pienso que debía habérselo explicado a Tyler, que parece enfadarse por momentos. Su mandíbula está tensa, marcando cada uno de sus ángulos más de lo normal.

Pongo mi mano sobre su pierna esperando calmarlo y tomo la palabra.

—¿Qué quieres, Patrick? —Lo digo en mi tono más amigable, porque el cabreo de Tyler hace temblar todo su cuerpo. Piensa que esto no va a servir para nada y que el reportero solo quiere aprovecharse. Yo, por el contrario, confío en él.

—Me vale cualquier cosa. Algo que me dé una buena portada para mi ascenso.

—¿No te vale con descubrir al acosador? —Tyler se me adelanta.

—Todos los famosos tienen. Eso no interesa. —Patrick airea la mano delante de su cara.

—¿Entonces? —Me quedo pensativa durante un momento, porque no tengo nada más jugoso que ofrecerle. No lo suficiente como para una portada.

—¿Una entrevista, o…?

—Eso me suena un poco mejor.

La sonrisa que muestra me hace entender que hemos llegado al punto exacto al que quería llegar. Tyler, en cambio, no está dispuesto a ceder tan rápido.

—Primero dinos lo que sabes. En función de eso, negociamos el precio.

—Se te dan bien los negocios —Patrick se muestra impresionado.

—He topado con muchos oportunistas.

—Muy bien. Tu acosador está obsesionado con arruinarte la vida —el reportero empieza por el principio.

—Eso ya lo sabemos —Tyler se mueve en su silla, y temo que se vaya a levantar.

—He mantenido contacto con él. Incluso diría que somos amigos. Lo de hablar mal de ti funciona a la perfección con él.

—Enternecedor —corrobora Tyler, aburrido.

Yo le doy un pequeño codazo para que se relaje.

—Déjalo hablar —le susurro, y Patrick continúa con su explicación.

—El caso es que, por probar, le dije que estando fuera de la ciudad las comunicaciones no eran seguras, y que iba a necesitar un encuentro personal para que me pasara la información que me tiene prometida.

Tanto Tyler como yo nos erguimos en nuestras sillas.

—Vaya, veo que ahora sí estáis interesados —se ríe Patrick.

—¿Se lo ha tragado?

—Puedo ser muy convincente cuando quiero.

—¿Dónde va a ser? ¿Y cuándo? —las preguntas salen de mi boca a la misma velocidad que funciona mi cerebro. ¡Tenemos una oportunidad de descubrirlo!

—Hoy —nos confirma el reportero—. No quiere verme en persona, así que vamos a establecer un punto donde dejar la información. Puedo pasaros el lugar y la hora exacta cuando la reciba.

Los nervios que tenía antes de llegar a la reunión no pueden compararse con los que sacuden en este momento mi cuerpo. Nos está dando una opción real de encontrarlo. De terminar con sus amenazas, de poder dar tranquilidad a Tyler en su carrera. Al menos, hasta que aparezca el siguiente.

—Si lo encontramos allí, irá con la información encima. —Me giro hacia Tyler sin contener mi emoción—. ¡Podemos denunciarlo! Tendrá su teléfono con los mensajes que nos mandó y con las filtraciones a la prensa.

—Exacto —corrobora mi amigo, orgulloso de sí mismo y de su astuto plan.

—¡Patrick, es genial! —Estoy reprimiéndome para no ponerme a saltar allí mismo—. ¡No sé cómo has conseguido que picara!

—Ya te digo que somos casi amigos.

—Un amigo al que vas a traicionar —apunta Tyler, y sujeta mi brazo antes de que pueda darle otro codazo.

Cuando alzo la mirada, lo encuentro dedicándome una sonrisa de suficiencia.

—Bueno, nadie se mete con Nora y se va de rositas. No, si puedo evitarlo —sigue hablando Patrick, haciendo que me suba el calor a las mejillas—. Pero esto va a costarme una buena fuente de información. Quiero algo a cambio.

Aunque sé que me ayudaría solo con pedírselo, tiene razón: va a perder muchas exclusivas si conseguimos detenerlo. Así que retomamos el tema de la negociación.

—Puedo darte prioridad en las entrevistas con los jugadores.

—Qué mona… —se ríe él poniendo los codos en la mesa y apoyando la cabeza en sus manos mientras pestañea. Luego, recupera el semblante serio—. Quiero una con vosotros dos cuando esta historia salga a la luz. Quiero toda la información y a los dos juntos.

Miro a Tyler por dos motivos. Primero, para saber cómo de interesado está en encontrar al acosador, porque siento que ya he tenido bastante exposición en los medios para toda mi vida. Y segundo, para ver qué opina de que nos hagan una entrevista juntos.

Cuando me fijo en él, no encuentro nada. No sé qué quiere hacer.

Su brazo se mueve sobre mi espalda y sus dedos cosquillean mi piel. Entonces, deja claro que la elección recae en mí al elevar uno de sus hombros, todavía observándome.

¿Y qué quiero yo? Claro que quiero acabar con quien me está haciendo la vida imposible. ¿Estoy dispuesta a pagar el precio?

—Sin imágenes —digo, buscando que mi pago sea lo menos doloroso posible.

—Al menos, una —contraoferta el reportero sin perder un segundo.

—¡Patrick! —me quejo poniendo mis labios enfurruñados. No me creo que me esté presionando tanto.

—¿Qué? Vuestro amigo me manda varias cada semana.

—Vale, está bien.

Llegados a este punto, únicamente pienso en las ganas que tengo de acabar con el maldito acosador que, incluso en sus últimos momentos y sin saberlo, hace que todo sea más difícil.

—De estudio —se asegura Patrick.

—Sí, lo que tú quieras. —Asumo que ha ganado con el trato.

Solo espero que merezca la pena.



Ya había perdido la esperanza de tener noticias de mi amigo cuando recibo el mensaje que me ha tenido de los nervios todo el día. Al abrirlo, encuentro una hora y una dirección, como nos prometió. Por supuesto, no tengo ni idea de dónde se encuentra ese lugar, pero imagino que Tyler no tendrá problema en llevarnos sin necesidad de un mapa.

Termino de recoger todas mis cosas y busco a Chris, al que encuentro en la sala de estar con su ordenador sobre el regazo, como

ha permanecido casi todo el día. Le explico que ya he dejado las maletas en recepción, para que pueda encargarse de ellas en caso de que no llegue a tiempo.

Cuando le pregunto por el paradero de Tyler, me muestra una sonrisa y alza una de sus cejas, dejando claro lo que piensa que va a ocurrir. Algo bastante alejado de la realidad.

Unos minutos más tarde, encuentro al jugador en el gimnasio, junto a otros miembros del equipo.

No es un gimnasio lo bastante amplio para todos, así que el entrenador estableció horarios, y por eso Chris ha sabido decirme dónde se encuentra, ya que no contesta a ninguno de mis mensajes.

Me acerco a la máquina donde está trabajando y casi me atraganto cuando lo veo sin camiseta. No sé muy bien a dónde mirar, aunque, al parecer, mis ojos sí, porque no pierden detalle de cada músculo que se contrae en su abdomen.

Cuando termina, se queda observándome con la diversión pintada en la cara.

—¿Qué tal el espectáculo? —me pregunta, haciendo que el calor que había conseguido mantener a raya, fluya sin tregua hasta mi rostro.

—Te he estado escribiendo. Ya tengo la dirección. La reunión es en media hora.

Le enseño el mensaje y, como suponía, sabe de qué lugar se trata. Me recuerdo, una vez más, que debería prestar atención a mi alrededor cuando paseo con él.

Sin embargo, al movernos por la ciudad, de nuevo agarrados de la mano, me cuesta ver algo que no sea su figura a mi lado. Incluso

cuando no lo estoy mirando directamente, lo único que percibo es su cuerpo junto al mío.

Apenas puedo concentrarme. En mi cabeza baila el deseo de rodearlo con mis brazos, de hacer parar sus pasos para que se mueva únicamente hacia mí. Imagino mis dedos cubriendo el abdomen que hace unos minutos estaba tonificando con tanto éxito.

—Aquí es —dice, sacándome de mis fantasías de golpe.

Tira de mi brazo para frenarme de una forma mucho más sutil que como yo estaba imaginando hace unos momentos y nos lleva hasta un banco de madera apartado, junto a una papelera y un árbol, donde nos sentamos.

Estamos de espaldas a la librería donde Patrick nos ha dicho que intercambiarían la información, y me giro para poder observar.

—Tienes que disimular un poco mejor —se mofa Tyler.

Yo lo miro, molesta, porque pensaba que estaba siendo discreta. Si estamos de espaldas, no sé cómo pretende que vigilemos la entrada de la librería.

Como si pudiera escuchar lo que digo en mi mente, se le escapa una pequeña carcajada.

Había olvidado lo bonitas que sonaban.

—Ven —me dice, agarrándome de la cintura y acercándome a él. Me hace girar, abriendo mis piernas y poniendo una sobre las suyas y la otra por detrás de su espalda.

Yo ahogo un pequeño jadeo cuando mi cuerpo choca contra el suyo.

—Ahora, esto fuera. —Me quita la gorra y mueve el pelo que se me había quedado apelmazado bajo ella.

—¿Y qué pasa si me ve?

—El acosador ya estará alerta. Llevar una gorra solo le dará la pista de que intentas esconderte. A veces, lo que está a plena vista es lo que menos se ve.

Dice la última frase tan lento como el dorso de su mano recorre mi cara, desde la sien hasta el cuello, apartando un mechón de mi pelo.

Yo no puedo evitar caer en sus ojos, descubriendo una vez más que no son completamente verdes, como la gente piensa, sino que tienen un subtono marrón que los hace todavía más bonitos.

Entonces, le quito a él la suya.

—Supongo que eso también va por ti.

Su única respuesta es una pequeña risa que hace bailar las mariposas de mi estómago.

—¿Y ahora? —pregunto.

No lo he querido admitir, pero colocándome de este modo tengo una mejor visibilidad de la entrada de la librería.

Tyler se agacha sobre mí al tiempo que sus brazos rodean mi cintura, empujándome hacia él.

—Ahora —se acerca a mi oído lentamente—, tenemos que parecer una pareja de enamorados enrollándose en un banco.

Definitivamente, mi respiración se opone a seguir funcionando. Lo hace tan solo a un ritmo suficiente para llevar el aroma de Tyler, recién duchado, a cada célula de mi cuerpo, dejándola obnubilada,

indefensa y deseosa de rendirse ante su mayor enemigo, la persona que me dejó destrozada hace unos días.

Si tan solo fuera capaz de fingir con su misma entereza.

Mi forma de hacerlo es dejarme llevar. Olvidar que estamos mintiendo y permitir que mi cuerpo se mueva a su libre albedrío, llevando mis manos hasta su cuello, sintiendo su calor en mis dedos cuando lo envuelven lentamente.

Él me empuja más hacia sí, y mis piernas cierran el agarre alrededor de su cintura.

—¿Ves mejor así? —me pregunta en un susurro, y yo tengo que pestañear varias veces para recordar que estamos esperando a que su acosador aparezca por allí.

Mierda. Espero que no haya pasado aún, porque no he estado atenta.

—Sí, así está bien —digo, orgullosa de mantener mi voz firme, al contrario que el resto de mi cuerpo.

Nos quedamos en esta postura, abrazados. Él se mueve de vez en cuando, escondiendo su cara en el hueco de mi cuello o moviendo mi pelo.

Con cada gesto, yo tengo que poner un gran empeño para mantenerme serena, recordando la misión que nos tiene aquí.

—Se nos acaba el tiempo —dice Tyler.

¿Por qué tiene que hablar tan sexy, incluso para decir algo así? No es como si el acosador fuera a escucharnos. Y al bajar su tono de voz, consigue que se derrita hasta el último rincón de mi cuerpo.

De pronto, me pongo tensa, y él guarda silencio.

—Está ahí —le informo con un hilo de voz. El único que mi garganta, de pronto bloqueada por los nervios, me permite liberar.

Veo la figura que se mueve con un libro verde en la mano, donde según Patrick llevaría las nuevas filtraciones.

—Es…

Tyler me mueve rápidamente para poder ver él también. En el mismo momento en que encuentra a la persona que buscamos cruzando la plaza, noto sus manos aferrándose a mi cintura.

Cuando trato de levantarme, él me retiene en mi sitio, impidiéndome todo movimiento.

Trato de zafarme, pero no me lo permite.

—Espera, no te precipites —me dice con una voz calmada que nada tiene que ver con su estado de ánimo.

—¡Tenemos que acercarnos a ver quién es! —respondo yo acelerada, manteniendo a duras penas el volumen bajo de mi voz.

—Primero debe darle la información a Patrick.

Sus manos siguen apretando mi cintura, a pesar de que ya no intento moverme, y sé que algo no está bien.

Cuando lo miro, su mandíbula está tensa, y su respiración, aunque silenciosa, se va agitando.

—Oye, ¿qué te pasa? —le pregunto sosteniéndolo por cuello, esperando relajarlo.

—Nada —responde sin mirarme. Tiene la vista fija en el infinito, pero, por cómo se mueven sus ojos, puedo intuir que su cabeza va a demasiada velocidad.

—Tyler…

Escuchar su nombre lo trae de vuelta a mí, y entonces afloja el agarre sobre mi cintura. Estoy segura de que me saldrán marcas donde sus dedos apretaban.

—Nos vamos —dice de pronto, levantándome con él.

—¿Ahora? —No soy capaz de frenar su movimiento mientras me aleja del banco desde donde vigilábamos.

—Ya habrá otra oportunidad. Vamos a perder el avión.

—Tyler, está ahí. Solo tenemos que acercarnos un momento y… —Tiro para liberarme, y su mano no cede. Sigue desplazándome hasta el extremo de la plaza—. ¡Tyler!

Entonces para y me observa. No entiendo qué bicho le ha picado, salvo una idea que no quiero creer. Una idea que empieza a tomar forma en mi cabeza y que hunde un poco más el agujero que se abrió en mi pecho hace unos días.

—¿Y si es lo que quiere? Que perdamos el avión, que tenga otro problema con el equipo… Por eso habrá escogido esta hora.

Yo le dejo ganar, porque no estoy preparada para afrontar la realidad en este momento: que Tyler conoce a la mujer que cruzaba la plaza.



Llegamos al avión por los pelos.

Escudándonos en las prisas y el estrés, no hemos hablado desde que dejamos atrás el banco de madera.

Una vez en el avión, sigo a Tyler hasta su asiento y me quedo en el contiguo.

Después de un rato, sigue sin decir ni una palabra, aunque imagino que su cabeza está llena de ellas.

La mía únicamente repite la imagen de aquella mujer. Con tacones infinitos, una melena negra larguísima, y una gabardina tipo *trench* escondiendo su silueta, al más puro estilo gánster.

No dejo de repetirme que Tyler la ha reconocido. Que por eso ha querido irse de allí, dejando de lado nuestra oportunidad de detenerla.

Cuando lo miro, está con los ojos cerrados, sujetándose el puente de la nariz. Su mandíbula sigue tan tensionada como cuando me arrastró fuera de la plaza.

—Oye, ¿estás bien? —le pregunto poniendo mi mano sobre la suya.

Él la aparta y se despeina el pelo, que regresa al mismo lugar un segundo más tarde.

Ignoro el daño que me supone su rechazo en un momento en el que me preocupaba por él; o que siga sin mirarme.

—Tyler, conseguiremos detenerla, sea quien sea —le prometo.

Entonces, él se gira hacia mí, observándome por primera vez desde que nos subimos al taxi de camino al aeropuerto.

—¿Por qué te importa tanto? —me pregunta molesto, conteniendo vagamente el volumen de su voz.

—¿Qué?

No entiendo su pregunta, ni su actitud conmigo. Yo no soy la ex enfadada que trata de hundirle la vida. Soy la ex abandonada que está intentando arreglársela.

Se acerca a mí, tanto como para que las palabras se queden entre nosotros y no lleguen a oídos de sus compañeros.

—¿Crees que eso me hará volver contigo?

El aire se me escapa en una bocanada y no logro recuperarlo, provocándome una asfixia de la que ni siquiera soy consciente. Su pregunta me ha golpeado tan duramente, que todo ha desaparecido a mi alrededor, quedándose en silencio, excepto mi corazón. Este todavía es capaz de moverse, pero duele tanto contra mi pecho que preferiría que parara.

No soy capaz de contestar nada, preocupada por mantener a raya mis ojos y las lágrimas que arden buscando su paso a través de ellos.

Abro la boca, porque el oxígeno que fluye por mi nariz no es suficiente para mantenerme en pie y, entonces, Tyler se aparta de mí, rehuyendo de nuevo mis ojos, ahogándome un poco más.

—No sé por qué me has convencido para buscar fantasmas. No lo necesito. No me interesa saber quién es, así que déjalo —me exige.

—¿Por qué dices eso? Esa mujer…

—¡He dicho que lo dejes! —Su voz se eleva, y yo me siento pequeña en mi asiento. No tengo dudas de que todos a nuestro alrededor nos miran, y me alegro de estar de espaldas, porque no podría soportar sus caras de lástima hacia la fan tonta enamorada de un idiota.

Tyler se acerca para mascullar sus palabras contra mi boca.

—Deja de fingir que te preocupas. No hay medios grabando.

Por más que pestañeo, mis ojos se resisten a mantenerse secos.

—¿Nora? —mi nombre suena a lo lejos y me fuerzo a mostrarme firme, pese a que lo único que quiero es irme al baño a llorar.

—¿Sí? —respondo a Chris, que está sentado al fondo del avión, mientras asomo la cabeza para buscarlo con la mirada y, de paso, coger aire.

—Tengo ya las fotos —me dice, totalmente obtuso a lo que estaba ocurriendo unos asientos por delante de él.

Me levanto del mío, notando cómo la falta de aire y mi presión alterada hacen que el pasillo que tengo que recorrer me resulte más largo y estrecho, y me dirijo hacia donde se encuentra.

Necesito volver al trabajo y frenar mi cabeza, que me hace dar tumbos hasta mi nuevo asiento.

Cuando miro a Tyler, se está poniendo los cascos y se recuesta en su sitio, aislándose de todos.

Procuro centrarme en Chris y en seleccionar las fotos que estamos viendo. Sin embargo, sigo dando vueltas a lo que ha ocurrido esta tarde y a la pregunta de Tyler: «¿Por qué te importa tanto?».

Después de pensar distintos motivos a los que no quiero hacer frente en este momento, encuentro una respuesta que, sin ser toda la verdad, me parece lo suficientemente buena: su acosadora también me ha expuesto a mí y, en su intento de hundir a Tyler, ha convertido mi vida en un caos.

Por eso mismo no pienso dejar que siga dificultando mi trabajo. Y si Tyler no quiere ayudarme, lo haré yo sola.

Especialmente ahora, que tenemos las de ganar. Patrick ha conseguido engañarla y podemos seguir aprovechando esa baza.

Me levanto de mi asiento, ignorando las preguntas de Chris, y me dirijo al final del avión para poder hacer una llamada.

—Joder, sí que has tardado en llamarme. ¿Lo habéis conseguido? —La voz de Patrick suena emocionada al otro lado de la línea.

—Tuvimos que irnos. —Acabo rápidamente con su buen humor.

—¿Qué? ¿Estás de coña?

—Es una larga historia. Pero creo que podemos conseguir algo en Brentwood —le explico, y paso a comentarle la idea que se me ha ocurrido.

Esta vez seremos esa acosadora y yo, y no pienso permitir que se escape.

#36

SE LLAMA TRABAJO EN EQUIPO

Retuerzo mis manos sin darme cuenta, hasta que el dolor de mis dedos llama mi atención. Estoy clavando mis anillos en mi piel, dejando marcas de todos ellos.

Vuelvo a asomarme para ver la puerta de mi dormitorio desde mi escondite en el pasillo contiguo, a pesar de que no debería hacerlo hasta recibir la señal de Patrick.

Tracé con él un plan para sorprender a la acosadora en cuanto llegásemos al hotel de Brentwood, esperando que nos siguiera; y, por suerte, lo ha hecho.

Separo mis manos, pero la tensión que invade mi cuerpo no desaparece. Ahora que están cerradas en puños, es mi labio lo que muerdo sin control hasta el punto de hacerme daño.

Entonces, algo punzante ataca mi costado haciéndome dar un bote. Un chillido escapa de mis labios, y me tapo la boca demasiado tarde.

Encuentro a Tyler frente a mí, con el ceño fruncido. No ha dejado de tenerlo así desde que abandonamos Northpoint. Ni siquiera el hotel más lujoso en el que he estado nunca ha conseguido cambiar su humor.

Por mi parte, no he intentado hablar con él. No necesito que me rechace otra vez. Con una fue suficiente. Y sus palabras en el avión me dejaron tan echa polvo que apenas he podido dormir esta noche.

—¿Qué haces aquí? —pregunta serio, porque debe hacerse una idea y no le gusta. De todos modos, no pienso echarme atrás. Después de que volviera a dejarme de la forma más cruel, decidí que esto no iba solo de él. Esa mujer, su acosadora, ha estado afectándome a mí también, y, si él no quiere ayudarme, lo haré yo sola.

—¿Por qué te escondes aquí? —intenta de nuevo, ya que no he contestado a su pregunta.

En lugar de responder, tiro de su brazo y nos hago entrar en el armario de limpieza que tenemos detrás; el escondite en el que tendría que haber esperado en un primer momento.

—Calla —le pido antes de que hable, cubriendo su boca.

Sé que está hablando alto para molestarme, porque es justo lo que no necesito.

Noto su mano sobre la mía y, de pronto, soy consciente de dónde estamos: encerrados en un pequeño cuartucho rodeados de productos de limpieza y con una única luz de emergencia brillando sobre nuestras cabezas.

Agarra mi mano y la hace descender. Puede que sea el estar a oscuras, pero siento que se mueve con lentitud. Demasiada para mantenerme serena.

—¿Vas a decirme qué estás haciendo? —pregunta, esta vez en un susurro.

—Nada —le digo de forma seca, recordando lo idiota que ha sido conmigo. Debería echarlo de allí a patadas y, sin embargo, me encuentro deseando que el armario fuera más pequeño, que nuestros cuerpos estuvieran más cerca.

—A mí me parece que te estás escondiendo.

Ladea su cabeza, como si al ver mejor mi gesto pudiera descubrir lo que estoy ocultando.

Abandona mi mano para alzar la suya, y desliza mi pelo detrás de mi oreja.

El cosquilleo que siento al contacto con su piel hace que me tiemblen las piernas, y termino apoyada contra la pared. ¿Por qué me hace esto? Es como si supiera que mi cuerpo deja de responder cuando está cerca, incluso cuando sé que ha sido un imbécil.

—Nora —dice mi nombre lento, liberando un sonido de sus labios que consigue hipnotizarme. Mis manos se mueven por sí solas hasta su cintura—, dime qué estás haciendo aquí.

Me siento perdida. He olvidado por qué estaba enfadada con él y, sin pensarlo, confieso, esperando que me recompense con un beso, o con otra caricia.

—He tendido una trampa a tu acosadora.

La mano que recorría mi cuello, transformando mi piel en un campo de minas saltando por los aires a cada centímetro que rozaba,

se queda congelada de repente, despertándome de mi estúpido estado de trance.

—¿Qué? —pregunta, y su tono deja de ser adulador para convertirse en una palabra llena de ira.

—Que he…

—¡Te he escuchado bien! —me dice enfadado. Sus ojos se han vuelto duros y me miran con fiereza—. ¿Qué te crees que haces? ¿Ahora eres 007?

—Mira, si tú no quieres seguir adelante, vale, pero lo que hace esa mujer también me afecta a mí. Me amenaza cada día y publica noticias sobre mí, además de dejarme fatal en mi trabajo —recito una vez más la excusa que he estado repitiendo en mi cabeza durante las últimas horas.

—Y tú solita vas a pararla. —Tyler suelta una carcajada seca que me duele tanto como sus palabras de incredulidad.

—Al menos voy a intentarlo.

—Nora, nos vamos. Podría ser peligroso.

—¡No pienso irme! —me coloco delante de la puerta, aunque dudo que pudiera frenarlo si de verdad quisiera sacarme de allí—. Esa persona lleva queriendo hundirte demasiado tiempo, y no le importa llevarme a mí por delante.

—No sabemos si lleva un arma, por ejemplo —me dice, y me quedo en silencio por un momento, porque no había pensado en ello. En mi mente era mucho más sencillo.

De todas formas, no me muevo.

—¿Tienes miedo, 89? —Trato de sonreír, a pesar de mis crecientes nervios.

Sin embargo, no lo engaño. Nunca lo hago. Da igual lo mucho que me esfuerce.

Se agacha sobre mí hasta que su cara queda a escasos centímetros de la mía, robando la poca energía que conservaba para seguir discutiendo.

—No merece la pena jugársela —deja sus palabras sobre mi boca, y sé que, si no me mantengo firme, dejaré que me bese y que acabe así con esta oportunidad que he creado de terminar con todo.

—¿No quieres saber quién es? —consigo preguntar entre las bocanadas de aire que mueven mi pecho arriba y abajo sin control.

—Me da igual.

No aparta sus ojos de los míos cuando su mano tira de mi camiseta para después colar sus dedos por debajo, buscando mi piel y mi rendición.

—¿Por qué…? —Es todo lo que soy capaz de decir antes de que sus labios choquen con los míos.

Y yo me rindo, sabiendo que nunca he tenido una oportunidad frente a él. Que lo deseo tanto que dejaría que acabase conmigo una y otra vez, agotando las últimas esperanzas de que la verdadera mentira sea la que nos tiene separados, y no la que nos une.

Su boca se mueve voraz sobre la mía, estrechándome contra la puerta a mis espaldas, aproximando su cuerpo más al mío, como si necesitara sentirlo por completo.

Y yo le dejo, porque no creo esta mentira. Creo en nosotros, en la atracción que sentimos y que me ha transformado. Creo en sus

manos sobre mi piel, sosteniendo mi cara mientras su lengua busca hacerme suya en su movimiento.

Esta no es la mentira que fingimos, esto es real. Y no sé qué es lo que nos separa, pero tengo que descubrirlo.

La notificación de un mensaje me devuelve a la realidad. Me separo de golpe, porque si no, sé que voy a caer de nuevo. Deseo hacerlo. Por eso saco el móvil de mi bolsillo con premura. No puedo darme ni un segundo.

Tyler espera según leo el mensaje de Patrick.

—Ya está en mi habitación —le informo. Debería estar feliz por haber conseguido que mi plan funcionara. En cambio, me encuentro aterrada. Está ocurriendo de verdad.

El cuerpo de Tyler me abandona, dejando el mío frío y desolado por los centímetros que nos separan.

—¿Qué narices has hecho para que vaya a tu habitación?

Su voz cabreada hace acto de presencia una vez más, consiguiendo que se me encoja el estómago.

¿Cómo puede cambiar tan rápido de humor? Me niego a creer que solo finja amarme. Ya había decidido que lo que hay entre nosotros no se puede fingir. Pero, cuando actúa así, como si de pronto todo lo que soy y hago le molestase, me cuesta creerlo.

—Patrick le ha insinuado que estaría bien una grabación de los dos destapando nuestro montaje —le explico, ignorando lo que esta última palabra hace con mis entrañas.

Tyler se lleva la mano a los ojos, respirando profundamente.

—Y ella lo va a hacer, por supuesto —dice para sí, olvidando que estoy frente a él y puedo escucharlo—. Joder, estáis como putas cabras los dos. ¡Esto no es Misión: Imposible! —de nuevo dirige su enfado hacia mí.

—Se llama trabajo en equipo —le digo de mala gana, y me giro para salir por la puerta contra la que me estaba besando apasionadamente hace unos segundos.

En un instante, su mano se coloca sobre el marco, a la altura de mi cabeza, encerrándome entre sus brazos.

—No voy a dejar que vayas —me promete en un tono amenazador.

De lo que no se ha percatado es de que estamos en un armario, y se abre hacia fuera, así que hago oídos sordos a sus palabras y giro el picaporte, lanzándome hacia el pasillo.

Salgo corriendo tan pronto como abro, pero solo logro dar dos pasos antes de que Tyler me rodee con sus brazos, pegando mi espalda a su pecho.

Hace unos segundos le habría dejado que lo hiciera. Ahora, necesito deshacerme de él, y no veo la forma de conseguirlo. No tengo ninguna oportunidad.

—¡Tyler, suéltame! —le pido, haciendo lo posible por no alzar la voz, porque la acosadora sigue en mi habitación, al otro lado del pasillo.

—No.

—¡Me pondré a gritar! —lo amenazo.

Siento su risa cuando su pecho se mueve contra mi espalda.

—Adelante, Appaloosa. A ver cómo explicas eso a los medios.

Que use ese nombre conmigo me deja noqueada durante un segundo, y no puedo evitar preguntarme si lo ha hecho a propósito. ¿Hasta qué punto pretende romperme?

—¡Me haces daño! —miento. Da igual lo mucho que pelee, su agarre es como una caricia sobre mi cuerpo. Otro signo de que no puedo hacer nada frente a él. Ni siquiera estoy obligándolo a esforzarse para retenerme.

Aun así, gimo, como si me estuviera causando dolor en las muñecas al sujetarme, y parece que funciona.

Me sostiene pegada a él y separa sus dedos lentamente, liberando mis brazos.

—Pues estate quieta —susurra detrás de mí.

Yo continúo con la pantomima, abrazando mis brazos con un pequeño sollozo mientras aprovecho para dar unos pasos y alejarme de él. Todavía me quedan unos cuantos metros por delante. Solo tendré una oportunidad.

—Nora… —pone su mano sobre mi hombro, y yo me alejo de él sin mirarlo. Me ha dado la ocasión de acercarme otros pasos más a mi destino—. Oye…

Sin esperar más, echo a correr, como si fuera lo último que pudiera hacer en mi vida.

Escucho cómo me llama a través del pasillo, pero ya es tarde. Tengo mi mano sobre la manija y he pasado la tarjeta junto al lector.

La puerta hace clic en el momento en el que Tyler me alcanza, y encuentro a esa mujer en el centro de mi habitación.

Lleva la misma gabardina y los mismos tacones que en la plaza de Northpoint. Su melena larga y negra no está sobre su cabeza, sino

encima de mi cama. Y, cuando se gira, siento que el suelo bajo mis pies deja de existir.

—¿Señora Kelscot?

#37

HAS GANADO

El pánico me invade cuando mi mano no alcanza la de Nora a tiempo. Ante mis ojos se mueve a cámara lenta, a pesar de la velocidad de sus cortas piernas. No sé cómo voy a enfrentarme a lo que está a punto de suceder.

Grito su nombre, pero nada la detiene. Está empeñada en acabar con mi acosadora.

Llega a su dormitorio, pasa la tarjeta en un rápido movimiento y abre. Entonces, se queda quieta en la entrada y, al acercarme, descubro la imagen que la tiene paralizada: mi madre, vestida con la misma gabardina que llevaba en la plaza de Northpoint, está en el centro de la habitación.

—¿Señora Kelscot? —escucho la voz temblorosa de Nora.

Entro en la estancia y cierro la puerta. No necesitamos espectadores para lo que va a ocurrir.

Mi madre se gira, mostrando su mejor sonrisa.

—Hola querida. Me dijeron que era tu habitación y quería saber qué tal estabas. Después de vuestra discusión en el restaurante por mi culpa, me sentía un poco mal.

Sigue actuando tan natural como recordaba, solo que esta vez tengo los ojos bien abiertos y no pienso dejar que juegue conmigo, o con Nora.

—Pero, usted… usted…

Imagino que su cabeza trata de entender cómo mi madre es la mujer que ha estado boicoteándome. Me pasó durante un instante cuando vi su figura dirigirse a la librería en la otra ciudad. Luego, recordé cómo había sido siempre, y todas las dudas se disiparon. Tenía que haber sospechado antes de ella.

—Ya te dije que podías tutearme, querida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta directamente, esperando que tenga una buena excusa. Sin embargo, tiene poco a su favor. Nora ha preparado bien el queso de su trampa. Lo que no esperaba era la rata que ha caído en ella.

—Nora… —Pongo mi mano en su cintura. Ojalá no la hubiera dejado escapar.

Ella se gira enfurecida hacia mí.

—¿Por eso has estado reteniéndome?

Libera las palabras dirigiendo su rabia hacia mí y, por más que me duela, lo prefiero. Mi madre no es alguien a quien deba enfrentarse. Llevo intentando evitarlo desde que supe que había aparecido en la ciudad, desde que la vi poniendo sus manos sobre ella. Aunque no tenía ni idea de que era la misma que lleva jodiéndome toda la pretemporada por teléfono y con los medios.

—Gracias por tu ayuda, hijo —dice ella feliz. Como siempre, es experta en hacer que todo parezca peor de lo que es.

Aprendí a ignorar sus comentarios hace mucho, cuando entendí que de su boca no salían más que mentiras. En cambio, Nora no la conoce, y yo tengo la culpa de ello. Debería haberla avisado en lugar de ocultar todo.

—Tyler, ¿tú lo sabías? —Conoce la respuesta y, aun así, se queda mirándome, esperando a que diga algo—. ¡Sabías que era ella! —me acusa ante mi silencio.

Sus ojos se humedecen, pero se controla lo suficiente como para mantener las lágrimas a raya.

—¿Desde cuándo? —Apenas queda un hilo de su voz. Imagino que le dolerá la garganta tanto como a mí. El nudo que tengo en ella aprieta hasta el punto de ahogarme.

—La reconocí en Northpoint —confieso con un suspiro.

—¿Por eso te comportaste así? —Libera una pequeña risa—. Yo pensaba… —Se ríe de nuevo y no termina la frase, así que no tengo ni idea de qué era lo que pensaba. Luego, se cubre la frente—. Soy estúpida.

—No, querida. Estás enamorada. ¿Por qué, si no, ibas a seguir con él después de lo que dijo? —Mi madre usa un tono suave y cariñoso que poco tiene que ver con sus intenciones.

Yo me quedo petrificado en ese instante.

En cuanto la miro, el nudo en mi garganta se vuelve insoportable.

¿Cómo he dejado que pasara? ¿Cómo voy a ser capaz de apartarla ahora, sabiendo que voy a destruirla? Sabiendo el dolor que voy a infligirle; el mismo que me ha estado matando a mí desde hace semanas.

¿Por qué decidió poner su corazón en mis manos? En manos de quien solo podía romperlo.

—Es normal. Es lo que hace Tyler. Se le da muy bien. —Mi madre sonríe como si estuviera explicando la situación a un niño, como si no estuviera quebrando a mi chica por diversión, y a mí de paso.

—Mamá, cállate —le digo sin fuerzas. No quiero que hable con ella, que la dañe con sus palabras como hizo en el pasado conmigo Nora, a mi lado, me observa sin decir nada.

—¿De verdad creías que podrías estar con él? ¿No te lo ha dicho ya?

Odio cada palabra que sale de su boca, pero necesito que Nora las comprenda. No podemos estar juntos. No pienso exponerla a los juegos de mi madre. Aunque le duela. Aunque me duela.

Si a cambio tiene que acabar conmigo y con mi carrera, que lo haga.

—Tyler… —me llama Nora suplicante, esperando que responda. Yo solo puedo mirarla.

Me gustaría acercarme a ella, decirle que esto es una pesadilla. Pero esta es mi realidad, y no hay forma de despertar. Los monstruos que me persiguen continúan detrás de mí durante el día, y la única forma de escapar de ellos es desaparecer de mi vida.

—Querida, recuerda que lo vuestro es un montaje. Os ha funcionado, pero ¿cuánto tiempo vas a aguantar que te utilice?

—Cállate —vuelvo a exigirle.

Nora tiene que saber que debe alejarse de mí y de toda la mierda que llevo a mis espaldas, pero no permitiré que mi madre acabe con ella.

—¿Acaso miento? —pregunta usando su voz de santa, consiguiendo que regresen todos los recuerdos de cuando me manejaba—. En los negocios es así. No hay relaciones de amor, solo de dinero. Ya lo sabes.

Me mantengo quieto, tratando de controlar el fuego que consume mi cuerpo, porque crece en mí un deseo cada vez mayor de golpear todo lo que tengo alrededor.

—Aun así, has conseguido más que ninguna otra chica. Estoy impresionada, niña. —Le dedica un aplauso tan falso como su felicitación.

Claro que ha conseguido más. Lo ha conseguido todo. Puede que no lo sepa, que lo nuestro haya acabado; nada de eso cambia que soy suyo.

—¡Estás boicoteando a tu hijo!

Mi chica no se da por vencida. Ha venido a terminar con mi acosador, y sé que no va a detenerse por unas palabras de odio. Lleva enfrentándose a ellas varias semanas, y ninguna la ha derrumbado antes.

—No, querida. Estoy cogiendo lo que es mío y enseñándole lo que tendrá sin mí.

—¡Es tu hijo! —grita ella, sin entender la motivación de mi madre.

—¡Nora! —la llamo yo con más fuerza. Esto tiene que acabar. La necesito fuera. No puede enfrentarse a ella. No la dejaré—. Ya sabes quién es. Ahora vete.

—¿Qué? —Me mira confusa, pestañeando varias veces seguidas.

—Que no va a denunciarme. La familia es lo primero. Las chicas como tú, no.

—Mamá, cállate. Puedo encargarme solo —vuelvo a pedirle sin levantar la vista de Nora. Dejo en mi mirada toda la furia que debería dirigir a mi madre.

Quiero gritarle que corra, que huya, que se esconda. En cambio, solo la miro, haciendo mi mejor jugada de engaño. Necesito que se esfume, que me odie si hace falta. Y, sobre todo, necesito que mi madre crea que no me importa, que no es nadie para mí, que no puede hacerme daño a través de ella.

—Quiero ayudarla a entender —responde mi madre, siempre teniendo la última palabra, siempre quedando por encima de los demás con sus falsamente bienintencionadas palabras—. Mírala. La pobre sigue buscando cómo seguir contigo. Un poco patético, querida.

—Nora… —Ignoro a mi madre para hablar con ella.

—Ha estado sacando todas esas noticias sobre ti —me dice, como si esa fuera razón suficiente para ponerme de su lado. Y, si se tratase de cualquier otra persona, lo haría.

—Lo sé.

—¡Y sobre mí!

Suelto un pequeño suspiro.

—Nora, vete ya —le pido, ignorando el dolor que empieza a desgarrar mi pecho.

—No —se niega—. Quiero saber por qué. ¿Por qué dejas que te haga esto? ¡Es tu carrera!

—¡Porque no quiero estar contigo! —grito desesperado. «Por favor, vete ya».

Ella no se mueve. Me contempla paralizada en su sitio, como si no hubiera escuchado bien. Deseando no haber escuchado bien.

—¿Qué? —escucho su voz débil, suplicante.

Me muevo hacia ella, reuniendo todo el asco que siento hacia la otra persona en esta habitación y haciendo lo posible porque piense que va dirigido a ella. Aprieto mi mandíbula conteniendo las palabras que no quiero decir, y que debo pronunciar.

—Que no quiero estar contigo, Nora. Pensaba que ibas a ponérmelo más difícil, que de verdad me odiabas; pero me costó tan poco abrirte de piernas que perdió toda la gracia. Esperaba que con el acosador molestando te dieses por vencida, y sigues aquí, empeñada en cuidarme o en salvarme. No lo necesito. *No* te necesito. No eres más que otra fan. Ahora vete.

Nora escucha cada una de mis palabras en silencio, con sus cejas contrayéndose a medida que llegan a sus oídos.

Alza su mano y la lleva directa a mi mejilla con un golpe que no esperaba y que, aun habiéndolo sabido, no esquivaría.

Se queda mirándome mientras sus ojos se llenan de unas lágrimas que no va a liberar frente a mí. Antes de que eso ocurra, se da media vuelta y sale de su propia habitación.

Yo me quedo en mi sitio, contemplando su figura desaparecer. Mi único consuelo es que, ahora que me odia, estará lo suficientemente lejos como para que mis problemas la alcancen. Y nada me impedirá seguir viéndola por el Complejo de los Stallions en la distancia.

—Es mejor así, Tyler. Toda esta farsa ya estaba durando mucho, ¿no crees? —Escucho la voz de mi madre a mis espaldas, totalmente despreocupada, indiferente al vacío que asola mi cuerpo.

Sin decir una palabra, salgo de allí.

El partido contra los Howlers llega más tarde de lo que me habría gustado. Tengo demasiada rabia acumulada desde ayer por la noche, cuando todo mi mundo se derrumbó en un instante.

Después de ello, me encerré en el gimnasio hasta que el entrenador ofensivo vino a echarme una buena reprimenda por seguir allí teniendo partido al día siguiente. Estoy actuando como un crío, pero castigarme bajo la tortura de las máquinas es lo único que me ayuda a no mandar todo a la mierda, que es lo que quiero hacer.

Me pasé el resto de la noche en mi habitación, como un niño castigado.

Apenas he dormido, imaginando qué estaría haciendo Nora. Quizás por fin le hubiese prendido fuego a mi camiseta. Salvo que, cuando la he visto hoy en la banda, la llevaba puesta.

Me siento todavía más rastrero por las cosas que le dije. Tengo que hablar con Riley para que termine con nuestra relación falsa. Me encantaría seguir con las citas para disfrutar de su sonrisa un poco más. Esa que no puede evitar regalarme por muy mal que me porte. Pero no sería justo para ella. Soy yo quien lleva la mochila de mierda, y no quiero que nadie me ayude con el peso. Mucho menos, ella.

También estuve dando vueltas a cómo solucionar la situación con mi madre. Lo único que se me ocurrió fue raptar a Nora, subirla en un avión a una isla perdida y pasar el resto de mi vida a su lado. Quizás, si le contase toda la verdad, accedería a fugarse conmigo.

De todas formas, dudo que mi madre se diera por vencida en ese caso. A pesar de haberla echado de mi vida, ha conseguido volver a ella creándome más problemas de los que esperaba.

Ni siquiera me sorprendió descubrirla en Northpoint. Tampoco me dolió. Supongo que, de algún modo, imaginaba que sería ella. Tenía que haber adivinado antes que era ella.

Por eso no dejo que la gente se acerque a mí. Cuanto más te conocen, más daño pueden hacerte. Lo aprendí por las malas con mi madre.

Con Nora, en cambio, olvidé todas mis reglas. No solo es que le haya permitido acercarse a mí. Es que he dejado que me cautive por completo, y ni siquiera he sido consciente. Eliminé mis defensas, cada día un poco más, porque nunca me sentí en peligro. Mi cuerpo y mi mente bajaban la guardia cuando estaba con ella, y estar a su lado me ha hecho confiar; algo que no sabía que podía hacer.

Y ahora, nada de eso importa. No, mientras mi madre esté cerca. No puedo ponerla en peligro por haber sido descuidado.

Mi mirada vaga por entre la gente de la banda. La encuentro de nuevo con la vista fija en el teléfono que sostiene entre sus manos. Alza una de ellas para llevársela a la nuca y coger uno de sus mechones que luego retuerce en su dedo.

Al menos es capaz de evadirse en su trabajo. Yo estoy jugando este partido, y mi cabeza sigue encerrada en la habitación del hotel donde todo se desmoronó. Donde grité a Nora para que se alejara. Donde fui más cruel de lo que merecía.

Siento mi estómago encogiéndose ante el recuerdo pese a estar convencido de que hice lo correcto, de que debería volver a hacerlo si se diera la misma situación.

No he podido ver si tiene los ojos rojos de llorar, o si ha conseguido recomponerse tras una noche de sueño.

Y la rabia vuelve a hacer temblar mis brazos. La necesidad de golpear o de ser golpeado. De sentir algo que no sea este vacío en mi interior. Cualquier cosa.

Butler grita y comienza la jugada. En esta ocasión no me toca hacer carrera, así que voy con todo contra el defensa de los Howlers y le hago un placaje con extrema dureza, haciendo que se eleve por los aires a pesar de ser más grande que yo.

El problema es que lo he hecho agarrándole del casco, lo que ha supuesto una penalización de quince yardas para nuestro equipo. Los gritos que he dado después, diciendo la primera gilipollez que me ha venido a la mente, me han valido otra sanción de quince yardas más.

El resultado ha sido una pitada monumental en el estadio.

Nos colocamos en la nueva línea. Otra jugada de pase para Dax. Así que otra vez tengo vía libre para tocar los cojones al *linebacker* que cree que puede cubrirme. Antes de que me bloquee el paso, me lanzo hacia él, y embisto su casco con el mío.

Caigo al suelo aturdido por el golpe y me quedo allí, sin ganas de moverme.

Mis compañeros se acercan para ver si me encuentro bien. No quiero estarlo. Me levanto, ignorando su deseo de ayudar, y me aparto de ellos. Sacudo mi cabeza tratando de centrar la vista, que permanece borrosa.

Butler me empuja hacia la banda. Es obvio que no van a dejarme jugar. Lo más seguro es que haya conseguido otras quince yardas de penalización, poniéndoles el partido en bandeja a los Howlers.

Cuando salgo del campo, el entrenador no para de gritarme. Yo no le hago caso. Busco a la Chica del Móvil, que continúa en el mismo sitio, invisible para todos menos para mí. Sus ojos han abandonado la pantalla para seguir mi movimiento, y yo no sé qué dicen. Seguramente que soy tan gilipollas como esperaba; como lo fui ayer.

Voy a sentarme al banco mientras un médico me persigue con una linterna y empieza a estudiar mis ojos. Lo aparto de un manotazo para que capte el mensaje. Aun así, no se aleja de mí. Supongo que quiere confirmar que no me desmayo o algo por el estilo. Sin embargo, he sufrido golpes peores.

Me fijo en el campo. Mis compañeros se están reorganizando para arreglar lo que acabo de hacer, y yo me prometo templarme. No voy a conseguir nada con más faltas.

El mareo va mitigando, y puedo ver la formación de forma más clara.

Entonces escucho a Butler gritar la jugada y el fuego que empezaba a enfriarse en mi interior resurge con una llamarada dispuesta a reducir todo a cenizas.

—¡No me jodas! ¡¿Qué están haciendo?! —grito como un loco arrollando al médico en mi camino hasta el entrenador—. ¡Esa es mi jugada! ¡¿Estás de coña?! ¡Es mi jugada!

Sigo comportándome como un energúmeno, con McKillen y Johnson sujetándome y vociferando mi nombre, tratando de hacerme entrar en razón. Si no me estuvieran reteniendo, seguramente estaría ya expulsado del equipo, porque me mueve una ira incontenible.

Veo al novato en mi posición, preparándose para hacer la carrera que yo mismo diseñé.

Empujo un poco más a mis compañeros.

—¿Me cambias por él? ¡¿Me cambias por él?! —pregunto enojado con la respuesta delante de mí.

Kylen sale corriendo y consigue atrapar el balón unas cuantas yardas más avanzadas. Echa a correr y recupera el terreno que yo he perdido, hasta que los Howlers lo placan echándolo del campo.

Cuando vuelvo a buscar al entrenador con la mirada, lo encuentro frente a mí.

—¡Sal de mi campo! ¡Sal. De. Mi campo, chico!

Masculla sus palabras con la mandíbula tensa. Sé que le gustaría gritarme, puede que incluso golpearme y, en cambio, mantiene la entereza a su modo.

Y yo, en lugar de moverme, lo encaro, cabreado hasta la médula.

—Tyler, tío —McKillen sigue inmovilizándome, conteniéndome para alejarme de la situación de mierda en la que me estoy metiendo —. No lo hagas.

Yo ceso en mi fuerza y dejo que me separen del entrenador. Cuando este se centra de nuevo en el partido, me deshago del agarre de mis compañeros con un movimiento brusco.

—Suéltame, joder —le digo a McKillen, que, en cambio, me persigue de cerca para que no vuelva a liarla. Solo deja de ser mi sombra cuando entro en el pasillo que lleva hasta el vestuario.

Una vez allí, empiezo a desvestirme. Me quito el casco y las hombreras y las lanzo con furia. Cuando ya no me queda nada más

que arrojar, me siento en mi casillero, esperando a que se me pase la rabia.

Escucho los vítores de la gente, y me pregunto si mi equipo habrá conseguido remontar mi cagada. Espero que sí, aunque no me hace tanta gracia que haya sido por el novato, y menos con mi jugada. Joder, la diseñé con mi abuelo para cuando llegase a los Stallions. Hace años que la tengo guardada, y el día que puedo usarla, lo jodo todo.

Me quedo pensando en él, en lo que me diría el viejo Harold si viera lo que he hecho con mi vida. He estado tan cerca de tenerlo todo…

Sin duda, su mayor regañina sería por dejar ir a Nora.

«No podía hacer otra cosa, abuelo. No puedo arrastrarla conmigo», me excuso en mi mente, como si pudiera hablar con él.

Escucho la música del estadio dando por finalizado el partido y me levanto a recoger el casco que he lanzado unos minutos antes. Al menos ahora estoy más templado.

Por el pasillo me llegan gritos celebrando la victoria. Puede que no la haya cagado del todo.

—¡Qué partidazo cabrón! —oigo decir a uno de mis compañeros.

—Solo te falta la pibita por la noche —dice otro entre risas. Por supuesto, después del partido saldrán de fiesta. Quizás hoy me una, porque quedarme en el hotel significa morirme del asco.

—Sí. No me importaría quitársela también a Tyler —escucho al novato.

De pronto, toda la calma que había conseguido introducir en mi cuerpo se esfuma, porque sé de qué «pibita» está hablando. Me

acerco hasta él dando grandes zancadas justo en el momento en el que cruza la puerta del vestuario y lo agarro de la camiseta.

Parece más grande que yo porque todavía lleva las protecciones.

Lo estampo contra la pared, y no sé si se debe a la ropa que lleva puesta, pero veo todo rojo.

Alguien me sostiene por el brazo y tira de mí sin conseguir que me mueva un centímetro. No sé quién es, ni tengo intención de saberlo. En mi campo de visión solo entran Kylen Blaze y mis ganas de destrozarlo.

—¿Qué has dicho? —dejo salir las palabras a pesar de mi boca apretada. Está tan rígida que apenas puedo moverla—. Repítelo si te atreves, gilipollas —lo reto, esperando que lo haga, que me dé una excusa para partirle la cara y dejar salir esta rabia que me está consumiendo.

Y, de pronto, las llamas que me devoraban se apagan.

Unas manos se posan sobre mi torso, recorriéndolo hasta llegar a mi pecho y luego mis hombros.

No son las manos, sino el perfume, lo que delata a la persona detrás de mí.

—¡Para, por favor! —Me duele escuchar su voz, tan preocupada como la de ayer en su habitación.

—Nora, aléjate —le ruego, deseando a partes iguales que lo haga y que se rebele contra mi advertencia.

Ahora que la tengo abrazándome, solo me apetece darme la vuelta y rodearla, sentir su cuerpo junto al mío un poco más, acompañar el movimiento de sus dedos haciendo estragos en mi piel.

—No. —No se mueve ni un centímetro.

—No quiero hacerte daño —le digo, sujetando un poco más fuerte a Blaze.

—Pues no lo hagas.

Me quedo en silencio.

«¡Joder!».

—Por favor —vuelve a pedirme, su voz bailando sobre mis oídos en un susurro.

Y yo obedezco. Hago lo que me pide y aflojo mi mano, que permanecía aferrada a la camiseta del novato.

Este desaparece de mi vista en cuanto se ve liberado. No me importa lo que haga. Únicamente me concentro en el cuerpo que permanece pegado al mío, el que debería apartar. Es peligroso el poder que tiene sobre mí, y no puedo dejar que lo conozca. Nadie puede conocerlo.

—¡Kelscot! —La voz del entrenador nos despierta a ambos de nuestro trance, y la única calma verdadera que he conocido en dos días se disipa.

Me giro para verla. Está preciosa con mi camiseta sobre sus hombros.

Ella me mira desde abajo, buscando algo en mí que no puedo dejarle encontrar.

Tengo ganas de peinar los mechones que se le escapan del recogido, colocarlos detrás de su oreja y acariciar su mejilla con ese movimiento.

En lugar de eso, respiro hondo y paso por su lado.

—Vete a buscar otro juguete roto que arreglar —le aconsejo en un susurro tan bajo como fulminante.

«Aléjate, antes de que sea tarde».



La música me atrona los oídos, aunque no lo suficiente como para que mi cabeza deje de funcionar. Para eso tengo el vaso en mi mano, más cargado que de costumbre. Quizás así lo consiga.

La discoteca que han escogido mis compañeros está muy oscura. Solo algunos haces de luz morada y azul que se mueven aleatoriamente entre el público me permiten ver la imagen frente a mí.

Tras un rato vagando por el espacio, echando un vistazo a ver si encontraba alguna distracción y viendo como la mayoría de mis compañeros daba con la suya, decido quedarme cerca del centro de la pista, apoyado en una de sus columnas, mirando a la gente bailar y divertirse. Algo que yo no soy capaz de hacer.

Mi mirada se cruza con la de una chica preciosa. Rubia, con un cuerpazo envuelto en un vestido plateado, y que sabe que puede conseguir lo que quiera entre tanto baboso que hay en este sitio. Esta noche, ha decidido conseguirme a mí.

Después de varios bailes en los que no ha dejado de mirarme y sonreírme, se atreve a acercarse.

—¿Está por aquí tu novia? —Se aproxima para hablarme al oído, apretando bien su cuerpo contra el mío en el proceso, mientras una de sus manos recorre mis pectorales.

—No —le confieso, ignorando el vacío que me sacude en un segundo. Bebo más. Un trago largo.

La chica me mira y se muerde el labio de forma sexy. El problema es que no siento nada.

—Respuesta correcta.

Acto seguido, busca mi mano libre y la lleva hasta su cintura sin dejar de moverse junto a mí, haciendo que su vestido brille con diminutos destellos al balancearse de un lado a otro al ritmo de la música. Se acerca un poco más con cada estrofa sin apartar los ojos de los míos, y yo procuro concentrarme en su baile, y no en lo poco que estoy disfrutando.

Cuando se percata de que mi mano continúa en el mismo sitio en que la dejó, la agarra de nuevo y la hace descender, recorriendo con ella su vestido hasta llegar al final. Mis dedos alcanzan sus piernas bajo él, y esa altura le parece adecuada para seguir bailando.

Sujeto la tela de su vestido para colar mis dedos por debajo, desesperado por sentir algo. Ella me mira con una sonrisa que debería hacerme querer besar sus labios carnosos y devorarlos hasta saciarme.

No ocurre.

Entonces, una sombra surge de la nada, empujándome y alejándome de la chica.

—¿Qué haces, tío? —Encuentro a McKillen delante de mí—. ¿Qué pasa con Nora?

—Déjame —le aviso. Joder, estaba consiguiendo olvidarme de ella, y otra vez vuelta a empezar.

Intento regresar a donde mi bailarina me espera, pero el maldito *quarterback* me retiene.

—No pienso dejar que le hagas esto.

Yo muevo mi brazo liberándolo de su agarre bruscamente y perdiendo la poca paciencia que tenía.

—He dicho que me dejes. Ya lo he solucionado con ella.

Básicamente, he hecho que me abofetee, que me odie, y que se aleje de mí tanto como pueda.

Por lo visto, el capitán del equipo no queda satisfecho con mi respuesta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con cara de extrañeza.

—Nuestras familias no congenian.

—¿En serio?

—En serio —respondo tajante—. ¿Vas a dejar que beba tranquilo, o planeas joderme toda la noche? Porque no estoy de humor.

McKillen me mira como si fuera un completo imbécil, y yo no pienso contradecirle; también creo que lo soy.

—Ya... Ninguno lo hemos notado —me dice en tono de burla.

No tengo ganas de discutir, así que simplemente levanto mi vaso como si brindase por su comentario de mierda y me voy.

Me acerco a la chica, que sigue bailando al ritmo de la música con movimientos sinuosos. Me recuerda a las serpientes encantadas, con sus curvas ondeando bajo la tenue luz de la discoteca.

Dejo mi vaso en la barra que tiene a sus espaldas y escondo mi mano en su pelo. Cuando separa sus labios para coger aire, yo agarro con fuerza su melena, llevando su cabeza hacia atrás y haciendo que su boca esté más accesible.

La beso con fiereza, moviendo mis labios insistentemente sobre los suyos, buscando arrasar su boca con mi lengua, volcando todos mis problemas en ella, como si pudiera hacer que desaparecieran con un beso. Pero no es el beso correcto.

¿Por qué no puedo enrollarme con una tía sin que se me revuelvan las tripas?

Finalmente me alejo de ella sin dar más explicaciones.

Me dirijo a la barra del bar y pido otra bebida. De nuevo, bien cargada. Empiezo a notar cómo mi cuerpo pierde su estabilidad; la sensación de vacío, en cambio, no me abandona.

Llego hasta la zona vip que han reservado los chicos, y me dejo caer en uno de los sofás; el único que queda libre, sin parejas enrollándose como putos depravados.

Saco mi móvil y encuentro un mensaje del número oculto, mi acosador, mi madre.

NÚMERO OCULTO:
Te dije que sin mí no tendrías nada.

Me quedo mirando el mensaje.

YO:
Has ganado, mamá.

Cuando voy a guardar el teléfono, me llega su respuesta.

NÚMERO OCULTO:
Cariño, el partido no termina hasta el último cuarto.

Lo siguiente que recibo es una imagen que me deja tan paralizado como pretendía su remitente.

Debe ser de esta tarde. Kylen Blaze y Nora hablando animadamente en el partido. Posiblemente lo esté felicitando por mi puta jugada.

Apago el móvil con ganas de volver a liarla, y solo me contengo porque ya me he metido en suficientes problemas por un día. El entrenador está a nada de echarme, y no puedo permitirme cagarla más.

Así que vuelvo a beber, y no dejo de hacerlo hasta que acabo mi vaso.

Lo lanzo sobre el sofá y, cuando miro al frente, me pregunto si el alcohol habrá hecho su efecto, porque veo a Nora acercándose con la vista fija en mí, sin titubear. Como hace cada noche en mis sueños.

Me restriego los ojos y, al abrirlos, su perfume me alcanza al mismo tiempo que ella se sienta a horcajadas sobre mi regazo.

#38

¿QUÉ SABES SOBRE ELLA?

Mi teléfono sigue vibrando sobre la cama. Llevo un rato ignorándolo, sabiendo que terminaré respondiendo. He evitado a Susan durante demasiado tiempo, y hasta ella sabe que las noches de victoria siempre tengo un poco más de tiempo libre.

Doy un trago a la botella en mi mano y aguardo a que el picor de mi garganta desaparezca. Entonces contesto, y mi amiga aparece en la pantalla.

—¡Por fin! Espero que tengas una buena excusa para haber pasado de mí todos estos días.

Yo alzo mi botella para que pueda verla.

—La tengo. —Doy otro trago.

—¿Nena? ¿Estás bebiendo? —Hay una mezcla entre preocupación y sorpresa en su voz.

—Sin ti no es tan divertido, y necesito divertirme; un jueves de chicas. No creo que pueda soportar otra noche llorando.

—Vale, espera.

Sin hacer ni una pregunta, desaparece de la imagen. La veo alejarse, y más tarde vuelve a la habitación desde donde hablaba conmigo. Trae consigo una botella como la mía.

—Me gusta esto de los jueves a distancia. Deberíamos hacerlo siempre, incluso los de partido —dice luchando contra el corcho. Cuando consigue sacarlo, se fija en la pantalla—. Vale, ¿por qué bebemos?

Yo me quedo mirando la bebida en mis manos, girándola mientras pienso el mejor brindis, o el peor.

—Por las ilusas que creen en el amor y por los corazones rotos.

Procedo a dar un largo trago, hasta que el escozor en mi garganta me obliga a parar.

—Ay madre, ya sabía que era grave. ¿Qué ha pasado?

—¡No! —digo cambiando de idea e ignorando la pregunta de mi amiga—. Por las idiotas que se creen lo suficientemente buenas como para gustar al jugador más engreído de la NFL. —Alzo el cristal, pero, antes de acercármelo a la boca, elijo otro brindis—. O por las madres acosadoras que son la excusa perfecta para que ese idiota te mande a la mierda.

—¡Nena! Para un poco, porque no te sigo —me dice, y yo doy un suspiro. Tampoco es que esperase guardarlo en secreto; solo evitarlo un poco más.

Al final, le cuento todo. Desde la plaza de Northpoint hasta la noche anterior, cuando encontré a Aurora Kelscot en mi habitación, y la forma tan cruel en la que Tyler me despachó.

Mi amiga me interrumpe con alguna duda que le surge a medida que le cuento la historia. Por lo demás, se mantiene en silencio. Es decir, he sacado todo sin darle ni un pequeño respiro a mi corazón, y ahora lo siento arrugado en mi interior.

Cada palabra, cada recuerdo, es un golpe que le he propinado, y no sé cuántos más podrá aguantar.

—Vale, ¿cuál es vuestro próximo destino? —es su respuesta a todas mis aventuras de los últimos días, dejándome descolocada.

—¿El próximo destino?

—Voy a comprar un billete. Necesitas que esté allí contigo.

Me tiembla el pulso al respirar hondo. Tiene razón: la necesito a mi lado, aunque solo sea para escucharme o darme un abrazo.

Sin embargo, niego con la cabeza.

—No tendría tiempo para estar contigo. Tengo trabajo. Algo que, por lo visto, he olvidado, y para lo que no valgo.

—¡Nora! —me reprende ella, y yo la corto antes de que pueda engañarme con más cumplidos que no pienso creer.

—No, es muy gracioso, en realidad. Yo iba a ser la mejor jefa de comunicación de los Stallions. Hasta Matthew me dio la oportunidad cuando dejó libre su puesto por el ascenso. —Sacudo mi cabeza—. Siempre con delirios de grandeza. ¿Y qué he conseguido? —Me levanto de la cama, molesta con todo lo que me ronda—. ¿Cómo lo llamaste? Ser la *escort* de un idiota.

—¡Nena! —escucho la voz de Susan intentando frenarme, sin conseguirlo. Las palabras salen como un torrente. He cogido carrerilla y no puedo parar.

—¡Ni eso! Ni siquiera me quiere para eso.

—¡Nora! ¡Deja de ser tan dura contigo misma!

—¿Por qué? —grito desesperada—. ¡Me lo merezco! ¡Merezco ser tan dura, por haber sido una estúpida! En serio, ¿cómo he sido tan idiota? —Doy vueltas por la habitación mientras sigo hablando—. Creía que era buena en mi trabajo, que no caería como otra de sus fans, pero eso es lo que soy para él.

Se me rompe la voz con la última palabra atravesada en mi garganta. Caigo de rodillas contra el suelo, y ni siquiera soy capaz de sentir el impacto de mi peso contra la alfombra.

El pecho se me contrae cuando un dolor agudo se instala entre mis clavículas por el esfuerzo de evitar mi llanto. Aun así, las lágrimas caen por mis mejillas, silenciosas, dolorosas hasta que se liberan de mis ojos.

—Nora, oye…

—Era solo trabajo. ¿Por qué ha tenido que pasar? ¿Por qué he tenido que enamorarme? —Esa maldita pregunta lleva escondida en mi cabeza desde ayer por la noche. He logrado retenerla tanto como he podido, y ahora estalla cruzando mis labios como el golpe final en una ardua lucha.

Apoyo mis manos en el suelo y me permito llorar desconsolada. El nudo en mi garganta se afloja, y mi respiración se vuelve entrecortada, presionando mi pecho como un corsé apretado. El aire se queda al inicio de mis pulmones, sin llegar a llenarlos del todo, y mis sollozos son lo único que logro emitir.

No veo nada, todo es oscuridad. Mis ojos, anegados en lágrimas, se han cerrado con dureza en un intento vano de contenerlas.

—Me duele demasiado, Susan. Aquí… —Me llevo la mano al pecho donde mi corazón sigue latiendo. El físico. El otro muere, cada segundo un poco más, desprendiendo un dolor que me envuelve y que no puedo soportar—. ¡No puedo aguantarlo más! —Digo arañándome justo donde más me atormenta—. Necesito que pare. No me dijiste que podía doler tanto —sigo llorando—. No puedo respirar. No puedo hacer nada sin pensar en él. Ni siquiera puedo enfadarme con él. —Mi pelo ha caído por mi cara, mezclándose con mis lágrimas, quedándose pegado a mis mejillas. Por más que trato de limpiarlas, se siguen empapando—. Quiero cabrearme, pero solo me ahogo, y sigo esperando que sea mentira, que sea un malentendido.

Hundo mis dedos en la alfombra bajo mi cuerpo. La tortura es insoportable. Me aplasta, me ahoga. Necesito pararlo, y no sé cómo hacerlo.

—Nora… Nena… Cuanto lo siento. —Mi amiga sigue a mi lado.

Yo me agarro el pecho una vez más, llevándome mi camiseta con mis dedos. Ojalá pudiera sacar mi corazón de ahí. Que dejase de palpitar, que dejase de sentir.

—¡Duele mucho! —Grito llorando. ¿Por qué nadie viene a ayudarme? ¿Por qué nadie acaba con esto? —Quiero odiarlo. ¿Por qué no puedo?

Sigo encogida sobre la alfombra, logrando a duras penas que un poco de aire cruce más allá de mi garganta.

—Nena, porque lo quieres. Lo quieres de verdad.

Susan responde con una voz suave, como el abrazo que necesito de su parte; pero no está a mi lado. Estoy sola, llorando en el suelo de

un hotel demasiado lujoso para mí tras la victoria de mi equipo.

—¡No quiero quererlo! El amor es una mierda —sentencio.

—A veces lo es… —dice mi amiga.

Me quedo mirando la alfombra bajo mis manos, en tonos grises y negros, y sigo dejando que mi llanto colme esta habitación.

Solo pasados unos minutos, con dolor de cabeza y sin más lágrimas disponibles en mi cuerpo, consigo relajarme un poco.

Supongo que necesitaba sacar todo esto, y Susan se ha quedado escuchándome durante mi crisis.

—¿De verdad es tan difícil quererme? —El susurro escapa de mi boca antes de que pueda contenerlo.

—Nena, nada de esto es culpa tuya. Tú eres maravillosa, de verdad. Ojalá te vieras como lo hace la gente, como lo hago yo. Simplemente hay personas malas en el mundo que hacen daño por placer.

«Como su madre», pienso para mis adentros. Sin embargo, ella tenía un motivo, y, aunque estuvo a punto de explicármelo, no llegó a hacerlo.

«¡Porque no quiero estar contigo!», reproduzco la respuesta de Tyler de nuevo. No ha dejado de sonar en mi cabeza durante todo el día. La forma en que me gritó furioso, capturando mis ojos para hacer que lo entendiera. Esa vez no le hizo falta sujetarme por la barbilla.

—¿Por qué no me basta esa respuesta?

—¿Qué? —Susan me saca de mis cavilaciones, y regreso a mi habitación del hotel—. Te has quedado pensando.

—Sí, perdona. Creo que voy a intentar dormir. Me está doliendo la cabeza.

—¿Seguro? No me importa quedarme hablando —me ofrece ella.

Me cuesta un poco conseguir que cuelgue debido a su preocupación. He tenido que prometerle varias veces que la llamaré si necesito hablar, sin importar la hora. Estoy cansada de llorar.

Aun así, no he sido del todo sincera. No planeo irme a dormir. Tengo una idea muy distinta en mente.

Aurora Kelscot tenía una razón para todo el daño que hacía a su hijo. Una razón que Tyler no quería que conociera. Quiso que saliera de la habitación en varias ocasiones, y cuando pregunté, saltó como un animal enloquecido.

Quiero saber qué pretexto tiene su madre para lo que ha hecho. Si ella tiene uno, puede que Tyler también lo tenga. Quizás así pueda entender su reacción.

Me acerco a por mi ordenador, cierro todo lo que tiene que ver con trabajo y empiezo a investigar.

Después de media hora, no he encontrado nada sobre ella, salvo sus fotos en las presentaciones y firmas de contrato de Tyler. No ha durado más de dos años en sus equipos, así que hay bastantes de estas.

Me queda claro que no tenía ningún problema en cambiar de equipo, pero, si de verdad quería venir a los Stallions, como me dijo en nuestra primera cita, ¿por qué tardó tanto en hacerlo?

Recuerdo la conversación que tuvimos.

«Quería venir con mis condiciones»

«¿Lo conseguiste?»

«Sí»

Se puso serio cuando saqué ese tema, pese a lo feliz que me había confesado que era en los Stallions. Y, por todo lo que hablamos del equipo, era difícil no creerle.

Quizás la clave estaba en esas condiciones que consiguió establecer para su llegada.

Busco el contrato de Tyler que Hunter, muy amablemente, filtró a la prensa. Me pongo a leerlo, y no encuentro nada raro. De hecho, lo releo varias veces, y sigo sin dar con esa cláusula especial que hubiera podido exigir para su llegada al equipo, aparte de un sueldo desorbitado que los Stallions rentabilizarán con creces.

Continúo revisando las noticias de sus contratos, y caigo en la única diferencia. Me restriego los ojos, porque llevo ya un rato con la mirada fija en la pantalla y empiezan a escocerme. Paso una vez más las imágenes de las presentaciones, una tras otra, y confirmo lo que podría ser su condición: su madre no está en la presentación de los Stallions.

Me echo hacia atrás, porque he pasado tanto tiempo mirando el ordenador, que estoy totalmente encorvada sobre él y empieza a dolerme la espalda.

Podría ser una casualidad, pero, ¿y si esa fuera la condición? Sacarla de su vida o, al menos, de sus negocios.

«Estoy cogiendo lo que es mío, y enseñándole lo que tendrá sin mí», dijo ella.

Busco mi móvil, escondido entre los cojines de la cama, y marco el número de Patrick sin mirar la hora. No necesito verla para saber que no es horario de llamadas.

—¿Sí? —responde su voz ronca, confirmando que estaba dormido.

—Patrick, ¿qué sabes sobre Aurora Kelscot? La madre de Tyler Kelscot.

—¿Qué? —pregunta mi amigo confuso. Me recuerdo que acabo de despertarlo y que debo darle tiempo para empezar a funcionar.

—Su madre. La madre de Tyler Kelscot. ¿Qué sabes sobre ella? No encuentro nada en internet —repito.

—Nora, son las doce y media de la noche. ¿Estás de coña?

—Es importante —le pido. Podría haber esperado a mañana, aunque no habría conseguido dormir nada.

—Vale, a ver —lo escucho suspirar y, luego, ruido contra el teléfono. Debe de estar moviéndose—. Se llama Aurora… —comienza.

—Patrick, eso ya lo sé. Busco algo gordo. Algo que no haya en los medios.

—Tía, me estoy levantando de la cama. Relájate un poco —me replica molesto.

—Vale, perdona. —Me mantengo en silencio, guardando mi impaciencia para mí, rezando para que no se duerma durante la llamada. Por suerte, empieza a hablar sin hacerme esperar demasiado.

—A ver. Me suena que Nelly quiso publicar sobre ella hace unos meses. Estuvo investigando algo, y al final Gordon le tiró el reportaje.

—¿Tu jefe? ¿Por qué? —más preguntas empiezan a acumularse en mi cabeza, que ya de por sí está a punto de estallar.

—No tengo ni idea. Supongo que no sería lo suficientemente bueno.

—¿De Nelly? —me muestro escéptica porque, de *Game On*, sus reportajes son los mejores, con permiso de Patrick. Me gusta la forma que tiene de explicar las cosas, fijándose en detalles que para el resto pasan desapercibidos.

—Sí. La verdad es que fue un poco raro. No le di importancia entonces. Ya sabes que, a veces, las juntas directivas se ponen un poco pesadas.

No comento nada, porque sé exactamente lo que es trabajar duro y que tu jefe te lo eche por tierra con cualquier excusa estúpida.

—¿Lo leíste?

—No, solo me contó un poco por encima. La madre no estaba contenta con el contrato. Se habían ahorrado una millonada eliminando a un intermediario, y ella no sabía nada.

Entonces, entiendo todo: los agentes siempre se llevan una comisión en los traspasos y, la mayoría de las veces, esos agentes son los propios padres. Aurora debía llevarse una parte por sus contratos, y si la dejaron a un lado al venir a los Stallions, eso explicaría su reacción.

«No hay relaciones de amor. Solo de dinero».

—¿Necesitas el teléfono de Nelly? —pregunta Patrick, sacándome de mis pensamientos—. ¿Tiene que ver con el acosador? ¿Lo habéis pillado?

—No, no es necesario —digo rápidamente, antes de darle más alas a sus elucubraciones, que no van desencaminadas—. Es una larga historia, ya te contaré.

—En nuestra entrevista, espero —aprovecha para recordarme lo que le debo por ayudarnos.

—Sí, descuida —le aseguro—. Una última cosa: ¿te suena que hubiera alguna condición especial en el contrato de Tyler? Algo que no hubiera en los contratos de otros jugadores, o incluso en los suyos.

—¿Alguna cláusula especial?

—Sí.

Patrick se toma un momento para pensar, y yo practico mi paciencia.

—No, la verdad. Eso lo sabría mejor su agente. Me suena que tampoco estaba muy contento con el traspaso de Kelscot. Al menos en las pocas palabras que crucé con él.

—¿Y eso?

—Bueno, todo el mundo sabe que el contacto fue un poco subterráneo. Había muchos rumores de que iría a los Stallions, pero creo que las conversaciones como tal fueron directas entre Tyler y vuestro presidente. Y eso es super raro, en realidad. Es trabajo de los agentes.

—Claro. —«A no ser que necesitara unas condiciones que no quería compartir con nadie», termino de decir en mi cabeza.

—¿Algo más? ¿O puedo volverme a la cama? —me pregunta el reportero y, de pronto, me siento fatal por haberlo llamado, aunque me ha ayudado bastante. No voy desencaminada creyendo que Tyler quería apartar a su madre de sus negocios. Si bien eso no explica por qué no la denuncia, o por qué no quiere estar conmigo.

Una parte de mí me recuerda que no soy suficiente para él, que nunca lo fui y que no necesita más excusas.

Otra parte, recuerda nuestro beso en el armario, nuestras manos enredadas en los trayectos en coche, nuestras citas, falsas y reales…

Patrick carraspea al otro lado de la línea.

—Sí, claro, perdona. Te lo compensaré con un buen desayuno cuando vuelva a Redmont.

—Cuento con ello —me dice y, después, cuelga.

El silencio me rodea de nuevo, haciendo que el discurso en mi cabeza resulte más ruidoso.

Aurora Kelscot, la acosadora de Tyler, la condición que quería evitar. Tiene que ser eso.

Sin embargo, pese a conseguir la respuesta de una de mis preguntas, ninguna solución viene con ella.

El sonido de mi móvil me saca de mi laberinto de conjeturas.

Tengo varios mensajes sin leer de un mismo remitente. Abro la conversación y encuentro distintas fotos de una discoteca.

El nudo en mi garganta, que apenas había logrado aflojar, vuelve a cerrarse como una soga, asfixiándome con cada imagen que paso. En todas sale Tyler en una discoteca. Y junto a él, muy junto a él, una rubia de espadas, seguramente preciosa. Su mano…

Suelto el teléfono tratando de contener el dolor que palpita furioso en mi pecho, como si quisiera salir de allí. Sabía que esto podía ocurrir. No es que me hubiera prometido amor eterno. Tan solo que no iba a desaparecer; y lo hizo.

Mi teléfono vibra otra vez. Me llega una dirección.

#39

SIEMPRE QUIERO MÁS

No sé qué es lo que me lleva a seguir la flecha de mi teléfono. Puede que simplemente sea masoca y necesite verlo con mis propios ojos. O que algo dentro de mí espera que, al mirarnos, todo se arregle.

Me digo que es por trabajo. Que pretendo evitar la reacción de Matthew si alguna de esas fotos sale a la luz.

A lo largo del camino se me ocurren distintas excusas para no detener mis pasos.

En cuanto llego, me salto la cola para entrar en la discoteca bajo la mirada furiosa de quienes llevan allí esperando horas. El carné de los Stallions da más ventajas de las que me gustaría admitir, aunque no suela utilizarlas.

Una vez dentro, el mogollón de gente sumado al largo paseo que me he dado hasta llegar amenazan con dejarme sin respiración.

También, el miedo a encontrar a Tyler enrollándose con otra chica. No sé si podría soportarlo.

Intento hacerme a la idea, decirme que es lo que he venido a ver, que en algún momento iba a ocurrir porque yo no soy nada para él. Pero eso no consigue ralentizar mi corazón ni suavizar los golpes furiosos que lanza contra mi esternón.

Me doy una vuelta por la discoteca y encuentro a algunos de los jugadores con sus conquistas nocturnas. McKillen está en la barra, hablando con otros chicos del equipo, y yo sigo buscando a Tyler, con tanto miedo como deseo por encontrarlo.

Finalmente, varios chicos haciendo el idiota llaman mi atención y me permiten encontrar el espacio VIP que han reservado. Junto a ellos encuentro a Tyler en un sofá, solo.

Todo el aire que había estado conteniendo se me escapa de pronto. Está recostado con un vaso en la mano. Me dan ganas de sacar una foto. Apuesto a que cualquier marca de alcohol pagaría una fortuna por una campaña como esa.

Lleva una camisa negra, remangada hasta los codos, y algún botón abierto de más. Me preocupa que se lo haya desabrochado aquella chica de las fotos.

Siento el dolor agudo al que ya estoy acostumbrada atravesando mi garganta cuando me dirijo a la entrada del reservado. Hablando con el segurata está la chica de las fotos, con el vestido plateado más corto que he visto nunca. Seguramente engatusándolo para que la deje entrar y pueda terminar de abrir la camisa de Tyler.

Me acerco rápidamente cruzando el mar de gente que me empuja al bailar, y vuelvo a sacar mi carné de los Stallions frente al hombre vestido de negro. Se me queda mirando durante un momento, como si no tuviera muy claro si de verdad formo parte del equipo. Echa un

vistazo a mi ropa, que tiene poco que ver con el escaso atuendo de la chica a mi lado, y parece que eso lo convence.

Abre el cordón granate que divide el espacio y me permite pasar. Le doy las gracias con la mirada, sin decir nada. Tampoco es que la música atronadora le pudiera hacer llegar ninguna de mis palabras.

Me dirijo al sofá donde está sentado Tyler, mirándome como si fuera una alucinación después de a saber cuánto ha bebido, y me obligo a apagar mi cerebro.

Paso mi pierna por encima de las suyas y me siento sobre su regazo. No sé de dónde sale la confianza con la que me muevo, con la que pongo mis manos sobre su pecho, con la que mis dedos suben hasta su cuello.

Apenas me reconozco cuando estoy con él. Es como si las cadenas que tengo a mi alrededor, siempre conteniéndome, desaparecieran.

No tiene sentido, sabiendo su rechazo hacia mí, pero no me importa. Me aferro a ello igualmente. He venido a por respuestas, y quiero conseguirlas.

Echo un vistazo a la entrada del reservado, y una pequeña curva transforma mis labios. Si la rubia de la entrada nos ve, mejor.

Por suerte, Tyler no me empuja para alejarme, sino que desliza sus manos alrededor mi cintura, metiendo los pulgares entre mis vaqueros y mi cuerpo, acercándome más a él. Luego, su gesto cambia, mostrándose severo.

—¿Qué haces aquí? —Lanza sus palabras contra mi oído, para que pueda escucharlo por encima de la música—. Creía haber sido claro. No te quiero cerca.

Su golpe arrasa con mi interior en un instante, y me hago la misma pregunta: «¿Qué hago aquí?». ¿Por qué sigo intentando

salvarlo cuando se empeña en alejarme de la forma más dolorosa posible?».

Recuerdo cómo estaba hace unas horas en la habitación del hotel, y me pregunto si puedo afrontar otro momento así. También recuerdo por qué dejé de llorar: quiero saber su motivo. Si entiendo todo, quizás sea más fácil aceptarlo.

—Fuiste muy claro, tranquilo —digo enfadada, felicitándome mentalmente por ser capaz de mostrar una reacción decente—. Pero va a ser un poco difícil. Trabajamos juntos.

Tyler me mira con una sonrisa que hace brillar su dentadura perfecta bajo la tenue luz de la discoteca. Está demasiado guapo, y yo demasiado molesta porque me lo siga pareciendo después de comportarse como un idiota conmigo.

—Y esto tiene que ver con trabajo, ¿verdad? —pregunta divertido, buscando con sus dedos mi piel debajo de mi camiseta.

—Me necesitas para mejorar tu imagen, por si no lo recuerdas.

Él se ríe y, aunque no puedo escuchar el sonido, lo recuerdo a la perfección viendo cómo sus hombros se mueven.

—Así que es solo trabajo —se cerciora.

—¿Qué otra cosa, si no? —le pregunto, pese a que no quiero saber la respuesta. Ni la suya, ni la mía.

Sin embargo, él está deseando dármela.

Me desplaza sobre sus piernas, haciendo que mi cuerpo quede más pegado al suyo, y recorre mis muslos lentamente.

Hago todo lo posible por mantener mi respiración a raya. Mi pecho, en cambio, me delata moviéndose arriba y abajo sin mi

consentimiento.

Tyler se acerca a mí para responder en un susurro, a pesar de la música, mientras termina de deslizar sus manos sobre mis piernas.

—Que estás loca por mí, Appaloosa.

Cuando se separa, y el olor de su perfume mezclado con el del alcohol me da algo de libertad, respondo.

—Sigue soñando, 89 —le digo, haciéndole creer que no pienso caer en su juego. Ocultando que he caído ya.

—Lo hago cada noche, contigo.

Su nariz recorre mi mandíbula y yo me abrazo a él para que no pueda ver en mi rostro lo mucho que me está afectando su movimiento.

—No seas idiota —respondo, apenas conteniendo la respiración—. Te están haciendo fotos. He venido por eso. Me iré si prometes no hacer ninguna tontería en público —le ofrezco, esperando que lo rechace. No quiero dar opción a esa rubia de acercarse a él. Quiero que me escoja a mí, aunque mañana duela más.

Sus manos deshacen mi abrazo para verme la cara, y yo me mantengo tan serena como soy capaz. Me maldigo cuando desciende la vista hasta mi boca y, sin querer, mi lengua sale a humedecer mis labios.

Tyler los acaricia con su pulgar lentamente, dejándolos tan secos como estaban hace un momento. Luego, vuelve a mirarme a los ojos y, sin previo aviso, nos lanzamos el uno al otro en busca del beso que nos estábamos negando.

Mi respiración se descontrola, y mi pulso me golpea tan fuerte que lo siento palpitar hasta en las puntas de mis dedos. He dejado de

luchar contra mi cuerpo, contra la necesidad de seguir cerca de él.

Sus manos cubren mi espalda con el calor que compartimos, empujándome hacia él, estrechándome contra su pecho, como si quisiera evitar que escapara. En un rápido movimiento que me roba el aire, tira de mis piernas con fuerza, eliminando cualquier espacio que quedara entre nosotros.

Cuando nos separamos, todo en mí es un caos, y me alegro de que al menos la escasa luz que nos rodea pueda mantener oculto el color que sube por mi cuello y mejillas.

—Creo que deberías quedarte —dice antes de darme un pequeño mordisco en el hombro—. Voy un poco bebido y quién sabe lo que puede ocurrir si no.

—Puede que te dé por gritarme —le digo mordaz, sin caer en su trampa, al menos no de forma tan obvia.

—Puede que consiga que tú lo hagas.

Me mira satisfecho, poniendo sus manos sobre mis piernas, esta vez moviéndolas por la parte interna.

—¡Para! —Sujeto sus brazos.

—Venga, Appaloosa —me dice, despertando una furia desmedida en mí al llamarme con ese nombre.

Creía que era un apodo especial, como él mismo me había dicho. Y ahora, al escucharlo, algo en mi interior se rompe.

—No vuelvas a llamarme así, mentiroso —le ordeno en un siseo, agarrándolo por la pechera.

Pero no lo intimido en absoluto. Puede que sea porque mis ojos se cuelan durante un segundo por la abertura de su camisa, echando un

vistazo a sus definidos pectorales, y él se percata de ello.

Me sonríe, como si le hubieran gustado mi pillada o mi enfado repentino, y mueve su mano hasta esconderla detrás de mi cuello. Me empuja hacia él de forma que nuestras caras quedan demasiado juntas.

—No te pongas así. No es como si te hubiera robado la inocencia —me dice, y yo espero que esté lo suficientemente borracho como para decirme algo así.

Puede que no me robara la inocencia, pero sí la confianza que tanto me había costado construir y entregar. Me prometió que no desaparecería, y esto es mucho peor: coincidir con él cada día, tan cerca que puedo tocarlo, tan lejos que no debo sentirlo; ponerme la miel en los labios para luego llevársela, dejándome con el hambre de lo que podría haber sido.

Su robo es mucho más sucio.

Cuando retorno a sus ojos, lo que siento se debe reflejar en mi cara, porque detiene su cruel juego de hacerme daño. Así que cambio el gesto rápidamente, evitando que pueda seguir leyéndome, y cruzo el poco espacio que separa nuestras bocas para besarlo con toda la pasión que encuentro en mí. La que se está empeñando en hundir y destruir.

Lo beso porque necesito que se calle, que deje de mentirme, que me demuestre que sus palabras no dicen lo mismo que sus besos. Necesito encontrar la verdad entre nosotros, la que no se permite admitir por un motivo que todavía desconozco.

Y la encuentro. Esa verdad está en sus manos abrazándome, en su lengua saboreando mi boca lentamente, en el gruñido que reverbera en su pecho bajo mis dedos. ¿Por qué sigue mintiéndome? ¿Y por qué dejo que lo haga?

—Te odio —le digo una vez nos separamos. Por engañarme. Por haberlo hecho antes, por hacerlo ahora, como si su único objetivo fuera volverme loca.

Su cuerpo se mueve bajo el mío, fruto de una suave risa que no logro escuchar bajo la música que nos rodea. Su boca se desliza por mi cuello y sube hasta mi oreja.

—¿Quién es la que miente ahora?

Deja sus palabras sin esperar respuesta y regresa a mi cuello, haciendo estragos con mi débil fuerza de voluntad. Después, volvemos a besarnos. Varias veces. Tantas, que olvido que nada de esto es real. Que desaparecerá por la mañana.

Ese pensamiento me ataca de pronto.

—¿Por qué no me dijiste nada? —pregunto.

Tyler suspira, apoyando su frente contra la mía. Mis dedos siguen jugando con el pelo de su nuca. Por un momento, me temo que he estropeado todo, que va a echarme de allí o a largarse.

—Porque no iba a cambiar nada.

—¿Saber que era tu madre? Creo que es un punto importante —digo insegura. No sé hasta dónde puedo presionarlo con esta conversación.

Tyler alcanza mis labios y deja sobre ellos unos besos tan ligeros como el aleteo de una mariposa.

—Tú seguirías sin estar conmigo.

—No lo entiendo, Tyler.

Él se recuesta en el respaldo del sofá, llevándome consigo. Aprovecho para dejar algún beso en su mandíbula antes de que

decida deshacerse de mí una vez más. Entonces, me sujeta por la barbilla y me pone frente a él, recorriendo con la vista cada centímetro de mi rostro, deteniéndose en mi boca. Luego, regresa a mis ojos.

—Ya has visto lo que me hace la gente que se acerca demasiado.

—¿Piensas que voy a hacer algo así contigo?

Su primera reacción es la risa, tan sutil que únicamente la reconozco porque estoy pendiente de cada uno de sus movimientos.

—Lo que tú has hecho es mucho peor, Appaloosa. —Vuelve a usar ese nombre conmigo, y en esta ocasión no me molesta, pues lo usa como solía hacer antes de que todo se torciera—. Me has roto por completo. Cada pedazo de mí.

—¿Y qué crees que has hecho tú? —replico, sin entender cómo he podido dañarlo, aparte de complicar todo enamorándome de él como una tonta.

—Debí parar esto mucho antes. —El miedo recorre mi cuerpo como un rayo, dejando todo oscuro a su paso con la amenaza de que este momento llegue a su fin—. Pero no soy capaz de hacerlo contigo. Siempre quiero más.

Me acerca hasta él para besarme, y yo dejo que lo haga. Dejo que siga alimentando mi esperanza.

—Podemos… tener más —le propongo entre beso y beso—. Podemos arreglar lo de tu madre. Seguro que…

Sin previo aviso, Tyler me empuja hacia atrás, separándome de él y de las fantasías que empezaban a tomar forma en mi cabeza. Su ceño se muestra fruncido y su mandíbula tan tensa, que parece que se va a romper en cualquier momento.

Mi pecho recupera el dolor al que ya se ha acostumbrado, porque sé lo que va a hacer. Lo que llevo esperando toda la noche.

—¿Qué estás diciendo? —me dice de mala gana, transformando sus palabras en gruñidos.

—Que… Que podemos estar juntos, si tú… —No soy capaz de terminar la frase. El miedo me ha dejado sin habla, y, de todos modos, Tyler no me permite continuar.

—Joder, Nora, ¿estás de broma?

Se pasa la mano por los ojos, y luego recorre su pelo con ella, mostrándose incrédulo.

Yo me quedo mirándolo, incapaz de decir nada, convencida de que cualquier palabra que pronunciara ahora lo haría enfadar todavía más.

—¿De verdad piensas que quiero estar contigo de esa forma? ¿Una relación? Joder—Tyler me lanza su pregunta sin esperar una respuesta. Empieza a reírse y, esta vez, sí soy capaz de escuchar su sonido.

La música debe seguir sonando a mis espaldas, pero no la oigo. Me siento rodeada de oscuridad, como si no hubiera nada más allá de nosotros. Ni siquiera aire.

—¿No escuchaste ayer a mi madre? Mira, estás muy buena y todo eso, pero venga. ¿De verdad crees que querría algo más contigo?

—¿Qué? —digo en un débil susurro al borde de la asfixia. Sus palabras me ahogan, cada una de ellas como un golpe seco en la boca de mi estómago. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué es tan cruel? Un momento antes estaba segura de que podíamos arreglarlo, de que había algo real entre nosotros. Ahora, me mira como si fuera otra más de la que se ha cansado.

«Siempre quiero más», su voz resuena en mi cabeza como una burla.

Lo que dice ahora es muy distinto, y siento que me hundo contra el suelo oscuro y asqueroso de este lugar.

—Que eres un pibón —dice, tirando de mis vaqueros hacia él—. Puede que no haya nada más en los Stallions; pero no te confundas, las hay mejores que tú por aquí.

La imagen de la chica de plateado vuelve a mi cabeza, llevándose el poco aire que me quedaba. Se refiere a ella.

Me mantengo en silencio, deseando que sea algún tipo de broma macabra a la que no le encuentro la gracia, conteniendo las náuseas que nublan mi vista, el dolor creciente en mi pecho, el vacío al que caigo.

Se acerca a mí, porque yo me he ido separando a medida que sus comentarios me iban anulando.

—Mira, si quieres vamos al baño, te doy lo que has venido a buscar y quedamos como amigos. Estoy cansado de esta mierda.

—¿Tú estás cansado? —le digo, tratando de levantarme de su regazo. El dolor en mi pecho me resulta insoportable. Necesito salir de allí. Sin embargo, sus manos me sujetan con firmeza. La misma que percibo en su mandíbula.

—Venga, no te pongas así.

—¡Eres un idiota!

—¿Y qué pasa con mi imagen?

Me mira como si me retara a quedarme, a pesar de lo duro que está siendo. En cambio, aparto sus manos de mis piernas con un

movimiento brusco.

—Puedes hundirla si quieres, ya que estás tan empeñado. A mí ya me da igual —le grito, agradecida de que el ruido a nuestro alrededor nos de intimidad. Ya he tenido suficiente de ser el centro de atención por motivos erróneos.

Pueden echarme de mi trabajo si quieren, mandarme al almacén, pero no pienso seguir con esto.

Cruzo la discoteca tan rápido como puedo, que no es mucho, pues está lleno de gente y me cuesta hacerme un hueco, agravando mi sentimiento de asfixia.

Me encuentro mareada, aunque hay tanta gente a mi alrededor que creo que es imposible que me caiga al suelo. Solo tengo que avanzar un poco más, hasta llegar a la puerta, y el aire fresco hará el resto.

Entonces, unas manos rodean mi cintura. Debería apartarlas, seguir moviéndome, pero mis fuerzas han desaparecido.

Esas manos me hacen girar lentamente, y encuentro a Kylen frente a mí, vestido con unos pantalones claros y una camisa del mismo color. Lleva los botones desabrochados hasta la cintura, dejando a la vista varias cadenas plateadas y un cuerpo muy definido.

Me alegro de que no sea ningún baboso intentando aprovecharse.

—Nora, ¿estás bien?

Lo escucho porque se acerca lo suficiente para hablarme al oído.

Mi respuesta viene con mis brazos, moviéndose rápidamente para rodear su cuello. Me digo que es por el mareo, por el miedo a que mis

piernas fallen o, simplemente, porque me alegro de encontrar una cara amiga en el infierno que se ha desatado a mi alrededor.

—Kylen —es todo lo que digo, esperando que el inalterable buen humor que posee haga su magia conmigo.

Sus brazos suben por mi espalda, sosteniéndome junto a él.

—¿Has bebido? —me pregunta confuso.

No digo nada, y me escondo en el hueco de su cuello. Huele a perfume, uno más suave que el de Tyler, aunque no reconozco el aroma. Nunca he sido buena con eso.

—Siento haberte mandado esas fotos —se disculpa, y la realidad vuelve a aplastarme. ¿Habrá pasado ya la rubia al reservado?

Me separo un poco de él, evitando su mirada.

—No te preocupes.

Él pone su mano en mi mejilla, haciéndome girar la cabeza hasta él.

—No quiero que te haga daño —me dice—. Ninguno lo queremos. Es un imbécil.

Sin pretenderlo, mi mirada vaga por la discoteca hasta encontrarlo sentado en el sofá del reservado. Sus ojos permanecen fijos en mí, y, si no supiera que le soy indiferente, diría que nos mira cabreado.

«Yo no comparto», escucho su voz en mi cabeza.

Aparto a Kylen, que todavía sostenía mi cara acariciándome la mejilla con el pulgar.

—Mejor me voy —le digo, porque creo que, si no lo hago, Tyler va a terminar lo que empezó esta tarde en el vestuario, y más líos con la

prensa es lo último que necesito.

Me alejo hasta que el *rookie* del equipo me retiene.

—Oye, si quieres hablar… —deja la frase inacabada, no su oferta.

Yo hago lo posible por sonreír sin derrumbarme.

—Gracias.

Después, salgo de allí tan rápido como mis pies me permiten, dejando en aquella discoteca un trozo de corazón que nunca recuperaré.

#40

DERROCAR A LA BRUJA MALVADA

Volver a Redmont ha sido un alivio. Estar de viaje con el equipo reduce mi mundo al trabajo, más que de costumbre, y necesitaba distancia tras lo ocurrido con Tyler.

Por suerte, él también me ha dado ese respiro durante el resto de la gira de pretemporada.

Sin embargo, la poca calma que había conseguido volviendo a casa se ha disipado en cuanto he llegado al Complejo y Matthew me ha requerido en su despacho.

No le sentó nada bien que lo llamara desde Brentwood diciéndole que había terminado con la farsa de Tyler. Se enfadó tanto, que estaba segura de que todo el hotel habría oído sus gritos a través de mi teléfono, advirtiéndome de que tenía hasta que empezase la temporada para controlar la imagen de Tyler.

«Un jugador sin ventas no interesa en el equipo, por muy bueno que sea», me había dicho.

Me alegré cuando los medios se centraron en el partido y en la escena de Tyler, en lugar de en nuestra falsa y fallida relación. Pude venderlo como la rabia de quien lo da todo por su equipo, incluso en la pretemporada.

Pese a todo mi esfuerzo, el ultimátum sigue en pie. Así que tengo más trabajo que nunca.

Hoy no he terminado todo lo que quería hacer, por lo que me llevo el ordenador y una montaña de tareas pendientes a casa.

Como cada noche al irme, el Complejo está vacío y solo quedan los guardas de seguridad. Cruzo el aparcamiento en dirección a mi coche con el único ruido de mis zapatillas contra el asfalto cortando el silencio. Ya ha anochecido, y las farolas alejadas hacen que tarde en descubrir las dos figuras permanecen junto a mi vehículo. Detengo mis pasos al instante. Están quietos, sin hablar, como si me estuvieran esperando.

Todavía estoy planteándome si seguir andando o volver al edificio cuando las sombras se percatan de mi presencia y caminan hacia mí. Me paso la correa del bolso por la cabeza y me preparo para huir. Entonces, distingo a la más alta de las dos siluetas: Eddie, el chófer de Tyler. Cuando se acercan lo suficiente, reconozco también a Maly.

Me permito tomar el aire que he estado conteniendo y me dirijo a su encuentro acelerando el paso, porque, de pronto, me saltan las alarmas poniéndome en el peor escenario.

—¡Hola! —saludo sin poder esconder la ansiedad que me produce verlos allí—. ¿Ha pasado algo? ¿Está Tyler bien?

—Sí, tranquila. Él está bien.

—Más o menos —discute Eddie con su habitual sonrisa cordial.

Respiro hondo, intentando olvidar las imágenes de Tyler en un hospital que, de algún modo, se han colado en mi cabeza y empiezan a torturarme.

—¿Qué ha pasado? —pregunto entonces, aún nerviosa.

—Niña, tienes que volver a su lado —dice Maly.

Se me escapa todo el aire en mis pulmones de una bocanada. ¿Ese es el motivo de su visita?

—Yo… No tengo nada más que hacer con él—les informo, ignorando el dolor que golpea mi pecho al pronunciar esa respuesta.

Sacudo levemente mi cabeza y me obligo a proseguir con mi camino en dirección al coche, demasiado lejos en este momento.

—¡Sabemos que descubriste lo de su madre! —dice la asistenta detrás de mí, haciendo que mis pasos se detengan—. Pero no es toda la historia.

Me giro para mirarlos con una sonrisa escueta.

—Ya me imagino. Tyler se ha empeñado en ocultar todo bien —les recuerdo—. Mirad, chicos, yo… Me alegro de que tenga cerca a gente que se preocupa por él, pero ya no queda nada entre nosotros. No hay nada que yo pueda hacer.

—Eres la única que podría —dice el chófer, mirándome fijamente.

Noto el dolor de la esperanza tratando de resurgir en mi interior. Un dolor agudo que abarca desde mi estómago hasta mi garganta.

No quiero luchar más.

—Por favor. No dejes que arruine su carrera —insiste Maly, con su fuerte acento—. Ha trabajado mucho por lograr esto.

—Es lo que llevo semanas intentando, y lo único que he conseguido es que me aleje de las formas más crueles que ha podido. No puedo más —les digo, haciendo un esfuerzo por no derrumbarme allí mismo.

—Quiere protegerte —me asegura la asistenta, acercándose a mí.

—¿Protegerme? —Se me escapa una pequeña risa de incredulidad —. Pues tiene una forma extraña de hacerlo.

Recuerdo cada palabra que me ha dicho, cada mirada de odio que me ha dirigido.

Las manos de Maly me sacan de mis pensamientos cuando cubren las mías con una suave caricia.

—Su madre es más dañina de lo que todo el mundo cree. Si te aparta, es para que ella no pueda llegar a ti —me asegura.

Con ver su rostro preocupado, es fácil intuir lo mucho que aprecian a Tyler, y me alegro de que, al menos, haya dejado que dos personas se acerquen lo suficiente a él.

—Siempre empieza con los de su alrededor —me explica Eddie.

—Hasta que lo dejan y solo queda ella.

—Vosotros seguís a su lado —les rebato, celosa de que hayan conseguido lo que yo no he sido capaz: continuar en su vida.

—Y salimos malparados —replica el chófer.

—Familia —Maly levanta la mano, y Eddie lo hace después.

—Trabajo.

Me quedo mirándolos un momento, tratando de asimilar lo que me están diciendo, entendiendo en cierto modo el comportamiento de Tyler, si es verdad todo aquello.

Aun así, no puedo dejarme llevar por lo que quiero que ocurra, sino por la realidad. Tyler me ha apartado, me ha echado de su vida, asegurándose de que no vuelva.

Así que decido no pensar más en él, sino en su madre.

—¿Por qué lo hace? —pregunto, ya que todavía no soy capaz de entender sus motivos.

—Poder. Dinero.

—Control —Ambos siguen turnándose para darme sus respuestas en esta conversación—. Cree que todo lo que tiene Tyler es gracias a ella; que le pertenece. Durante mucho tiempo estuvo utilizándolo, sacando el máximo jugo a su hijo. Para él fue muy difícil conseguir el contrato con los Stallions dejándola al margen. Desde que empezaron los rumores de traspaso, esa mujer se volvió loca.

Lo de «loca» me lo puedo imaginar después de las cosas que ha hecho, como boicotear la carrera de su propio hijo, o colarse disfrazada en mi habitación de hotel.

De todos modos, nada de eso importa.

—¿Y qué podría hacer yo? Él no quiere detenerla —les recuerdo al mismo tiempo que a mí misma. No puedo volver a caer en esto. Me ha costado días empezar a asumir que se acabó.

—Claro que quiere —me asegura Eddie—, pero ahora está más atado que antes, Nora.

—¿Por qué?

—Por ti —responde sin dudar.

Casi me ahogo al escucharlo.

—¿Por mí? Yo… Yo no puedo ser la culpable.

—Claro que no, niña —me tranquiliza la asistenta acariciando mis manos—. No es culpabilidad. Pero si se deja manejar es porque teme que esa bruja te haga daño. No me extrañaría que lo hubiera amenazado contigo.

El chófer, a su lado, asiente, dando peso a sus palabras.

Maly vuelve a llamar mi atención.

—Él siempre se siente responsable. Cree que es su culpa si nos pasa algo, y estoy segura de que le ocurre lo mismo contigo.

—Ya, pues ya soy mayorcita. Sé cuidarme sola —respondo con un enfado que querría dirigir a él.

—Nora… Venga —Eddie suelta una pequeña risa por la nariz—. Conoces a Tyler.

Y esas palabras me duelen más de lo que creía posible, porque no estoy tan segura de ellas. Llevo semanas hecha un lío.

—¡No lo sé! —digo derrotada—. Ya no sé qué parte es verdad y qué parte es una farsa.

—Aquí sí lo sabes —me asegura la asistenta dándose unos golpecitos con el índice sobre el pecho.

Me atrapa con su mirada durante un momento en el que mi respiración se agita. Necesito parar. Necesito distanciarme. No puedo romperme otra vez. No me quedan más pedazos para Tyler.

—Yo… Lo siento. No puedo ayudaros —les digo, evitando mirarlos a la cara.

Me doy la vuelta y, sin decir nada más, me marcho de allí.



Que no iba a dejar de pensar en lo ocurrido en el aparcamiento, lo daba por hecho. Nada más subir al coche tuve que esforzarme para que mis manos dejaran de temblar y me permitieran conducir.

En casa, apenas pude concentrarme. La lista de preguntas que me hacía y para las que no encontraba una respuesta iba aumentando a cada segundo.

¿De verdad Tyler no sabía nada de la visita de sus amigos? ¿Por qué habían venido los dos? ¿Tan mal estaba? ¿Tan horrible era la situación con su madre?

Eso podría explicar lo que había creído ver en los últimos entrenamientos: su falta de chispa. No brillaba como lo hizo las semanas anteriores. Era algo en la forma de moverse, incluso fuera del campo.

Pensaba que eran imaginaciones mías, o el deseo de que estuviera afectado por lo que ocurrió en Brentwood, dado que no había bajado su rendimiento. Había anotado más *touchdowns* que nadie durante la pretemporada y, en los entrenamientos, conseguía siempre los mejores resultados.

Pero ¿por qué se inventarían eso Eddie y Maly? ¿Y qué podría hacer yo para arreglar la situación con Aurora Kelscot?

Tyler seguía sin quererme cerca, y el motivo, si no era simplemente que yo no le interesaba, seguía siendo una incógnita

para mí. Y, de todos modos, si él no quería enfrentarse a su madre, yo poco podía hacer.

¿Quizás lo que querían era que convenciera a Tyler para plantarle cara? ¿Y por qué no lo había hecho aún?

—¿Hola?

La mano de Susan se mueve delante de mi cara, devolviéndome al presente, a mi salón. Estábamos seleccionando la película para esta noche, pero en algún momento he desconectado, y no tengo muy claro si hemos escogido ya.

—Perdona —me disculpo por haberme ausentado mentalmente.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —me pregunta, más curiosa que molesta, antes de llevarse un puñado de palomitas a la boca. Deberían durarnos toda la noche y, como siempre, no llegarán ni a los créditos del inicio. Solemos liarnos a hablar y damos al *play* más tarde de lo que nos proponemos.

—Nada, cosas del trabajo —trato de quitarle importancia, aunque mi amiga es demasiado lista como para tragárselo. Eso, y que me conoce muy bien.

—¿Cosas del trabajo en plan redes, o en plan un rubio buenorro e idiota?

Se me escapa una risa corta al escuchar cómo se refiere a Tyler. Sus apelativos han ido bajando de rango cada día que pasa.

Me tapo los ojos antes de confesar y, posiblemente, de estropear la noche. Desde hace días, en cuanto sale su nombre, Susan se pone hecha una furia y acaba de mal humor, sin ganas de hacer nada salvo cruzarse de brazos y respirar fuerte.

—Lo segundo.

Casi puedo notar la temperatura de mi salón subiendo varios grados al mismo tiempo que la cara de mi amiga se vuelve de un tono cercano al violeta.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunta con una voz contenida que sé que no le va a durar mucho.

—Él nada. —Le concedo al menos este asalto—. Sigue ignorándome y evitándome.

—¿Entonces? Es lo mejor que podría ocurrir. Tienes que pasar página, nena.

—Ya... —le digo, no muy convencida. La conversación con los amigos de Tyler regresa a mi cabeza, reproduciéndose en bucle.

—¡Nora! —Susan me empuja con brusquedad—. ¡Que estás empanada! Dime qué ha pasado.

Yo respiro hondo y empiezo a relatar a mi amiga todo lo acontecido en el aparcamiento. Por supuesto, parando con cada frase para que ella pueda hacer sus aportaciones y, en ocasiones, lanzar más preguntas que no sé responder y que añado a mi lista.

—¿Y qué se supone que ibas a poder hacer tú? —pregunta molesta. Está claro que no le ha gustado la visita que he recibido.

—No lo sé. No llegaron a decírmelo —digo, y me recuesto en el sofá soltando un largo resoplido.

Susan se mantiene un momento en silencio sin dejar de mirarme, así que, al final, opto por taparme la cara. No sé si me interesa saber lo que tiene que decirme respecto a todo este tema.

Su pregunta, en cambio, me pilla desprevenida.

—¿Y quieres averiguarlo?

Muevo las manos que cubrían mi rostro.

—No lo sé.

Me siento perdida, con miedo, con deseos de acabar con esta historia…

Pero ¿y si realmente soy la única que puede ayudar a Tyler? ¿De qué forma? ¿No tendría que, al menos, intentarlo? ¿No lo haría por cualquier otro miembro del equipo? Si puedo liberarlo de su mayor carga, la que entorpece su carrera… Casi sería un asunto de trabajo.

—Por cómo te evades, diría que la respuesta es «sí» —me despierta Susan una vez más.

—Estoy intentando pasar página —dejo que mi frase más repetida durante los últimos días cruce mis labios sin percatarme de ello.

—Lo sé —dice ella.

—Pero ¿y si tienen razón? No deberíamos dejarla ganar. No, si es por mí.

—Lo sé.

Me quedo observándola, porque veo lo que está haciendo: deja que discuta conmigo misma hasta llegar a una conclusión.

—¿Y eso a dónde nos lleva? —pregunto, incapaz de enfrentarme a la respuesta.

—A que sigues enamorada hasta las trancas, nena. —Esta vez, sí que contesta, y me temo que su comentario es más cierto de lo que me gustaría. Llevo días tratando de superar esto, y no he conseguido nada.

Me río sin ninguna gana mientras me tumbo boca abajo en el sofá, como si así pudiera esconderme de todo, incluidos mis sentimientos.

—Soy una idiota.

Noto el peso muerto de mi amiga cayendo sobre mí y tengo que girar mi cabeza para no asfixiarme con los cojines.

—No, eres maravillosa —me dice dándome un abrazo que no le he pedido, y que necesito—. Y por eso él también está enamorado de ti.

—Ya, claro —respondo irónicamente.

—Nora, si de verdad te aparta por protegerte, es que le importas.

—¡No! —Saco una fuerza que desconocía tener para levantarme sobre mis brazos, apartando a mi amiga en el proceso. Mis manos están temblando, y no se debe al esfuerzo—. No puedo permitirme creer eso.

—Yo solo digo que no sería tan difícil. Si él también…

—No, Susan —la corto—. Si le ayudo, si hago esto, es solo por trabajo. No puedo volver a empezar. Me dolió demasiado. —Me llevo la mano al pecho, donde todavía siento el vacío lacerante que lleva torturándome desde hace semanas—. Debo tener la mente fría.

—Como quieras. —Mi amiga se da por vencida, aunque su ceja levantada y su pequeña sonrisa me dan a entender que no termina de creerme. Con lo mal que me salió la última vez, entiendo sus dudas.

Me digo que ahora es distinto: las cartas están sobre la mesa y tengo más información.

Además, el miedo instalado en mi interior desde hace semanas me recuerda lo que pasará si vuelve a rechazarme, si caigo de nuevo.

Por eso decidí conformarme con observarlo a lo lejos en sus entrenamientos, o cruzando los pasillos del Complejo; con verlo reírse con sus compañeros en el campo o en la cafetería.

Me hice a la idea de que era lo máximo que tendría.

No me permití preguntarme si, de haber alguna oportunidad, lucharía por tener algo más.

—Ahora solo tenemos que averiguar cómo solucionar lo de su madre sin que él se entere. Se pone hecho una furia cada vez que me acerco a ella.

Mi amiga se ríe suavemente y sacude la cabeza. Sé lo que significa, pero no pienso darle la razón.

«Mente fría».

—No te preocupes, conseguiremos derrocar a la bruja malvada.

Sus palabras, lejos de tranquilizarme, me ponen más nerviosa. Estoy a punto de meterme en la boca del lobo, y no sé qué quedará de mí cuando todo termine.

#41

NO SABES A LO QUE TE ENFRENTAS

La velocidad a la que me muevo hoy es sorprendente. Me he levantado antes de que sonase el despertador, y ni siquiera he dado tiempo a Maly a que preparara el desayuno.

Hoy no han salido huyendo en cuanto me han visto aparecer por la cocina, así que deduzco que me notan de mejor humor.

He estado bastante huraño los últimos días, especialmente desde que supe que mis citas con Nora habían terminado. Después de nuestro desenlace en la discoteca de Brentwood, apenas he vuelto a cruzarme en su camino. Ella hace lo posible por evitarme, y yo por darle esa posibilidad.

Sé que es lo mejor, que hice lo correcto. He conseguido que por fin se aleje de mí, y, sin embargo, soy incapaz de alegrarme.

No poder hablar con ella me hace sentir sólo como nunca antes me había ocurrido.

Pero hoy será distinto; pasaré la mayor parte del día a su lado, más o menos.

Cuando llego al estudio, antes de mi hora, la gente corre de un lado para otro, terminando de organizar todo para el Día de Medios.

Ahora que el equipo final está configurado y han largado a la mitad de los jugadores, van a hacer las fotos y vídeos oficiales de la temporada. Así que hoy cambiamos el campo por las cámaras.

Alrededor del espacio hay una variedad de escenarios con montajes e iluminaciones espectaculares donde predomina el rojo y el logo de los Stallions. Cada uno de ellos parece un mundo distinto, a pesar de que no están terminados.

Enseguida encuentro a Nora hablando con personas que no he visto antes; organizando todo para que quede como ella ha imaginado.

—Llegas pronto, grandullón —me dice un chico con zapatos brillantes que va cargado hasta arriba de ropa. No puedo verle la cara, y me sorprende que él haya podido verme a mí.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, sujetando varias camisetas que se escurren del montón que sostiene.

—Nunca digo que no a un par de manos fuertes. —Recoloca la ropa con un pequeño salto, haciendo que varias camisetas más estén a punto de caer al suelo, y cruza la habitación hasta llegar junto a los percheros.

Yo dejo las prendas rescatadas sobre la mesa donde él ha puesto el resto.

—¿Te habían citado ya?

—No, en una hora. Me he despertado pronto —digo distraído, con la vista fija en Nora. Ha cambiado de grupo, dando más instrucciones a los que están a su alrededor, que enseguida empiezan a moverse en distintas direcciones. Luego, se refugia en su carpeta, revisando sus papeles y sus planes.

—No imagino el motivo por el que querrías venir tan pronto —me dice el chico, que se ha acercado hasta mí sin darme cuenta. Veo entonces que va vestido de forma elegante, salvo por los colores chillones de su traje. Cuando sigo su mirada, la tiene sobre Nora. Entonces, se gira hacia mí y me guiña un ojo.

—¿Te ayudo con otra cosa? —pregunto algo torpe y molesto conmigo mismo. No deberían verme contemplándola. No sé a quién tendrá comprado mi madre, porque siempre es capaz de sacar información en cualquier ámbito en el que me muevo.

—Claro. Puedes colgar las camisetas en perchas.

Me pongo a trabajar y, cuando termino, Ronald, del que ya he descubierto el nombre, me encarga más tareas. Yo le ayudo por estar ocupado y por seguir observando a Nora mientras trabaja. Cada movimiento que hace me hipnotiza. Especialmente cuando saca mechones de su pelo y los enrolla en su dedo, perdida en sus pensamientos.

Pero, por mucho que me guste esa manía que tiene, preferiría ser yo quien tuviera mis dedos enterrados en su cabello.

Según se acerca la hora de comenzar la sesión, y todo se calma, Nora echa un vistazo alrededor, y es entonces cuando me encuentra. Se acerca a mí, y veo su esfuerzo por mantener una actitud serena. La

forma en la que se muerde la boca por dentro me dice que no está siendo tan fácil para ella. Y en parte me alegro, porque quiero seguir haciéndole sentir algo, aunque sé que está mal.

—Ya estás aquí —me saluda—. No te he visto llegar.

—Tu amigo Ronald se ha dedicado a explotarme, y tú estabas liada —digo, terminando de sacar de una caja los balones que supongo que utilizaremos en las fotos.

—Es un poco mandón —se ríe ella, y siento cómo me desarma. Echo de menos verla así de feliz cuando está cerca de mí, y soy el único culpable de que ya apenas ocurra.

–Hace tiempo que no te veo.

Ella se queda quieta durante un segundo, y luego empieza a alinear los balones para que queden perfectamente colocados.

—He estado ocupada.

Suelto una pequeña risa corta.

—Al menos ya no será cosa mía —digo. Por el gesto casi imperceptible que hace, es posible que me esté equivocando. Sin embargo, no recuerdo ningún nuevo escándalo. Riley no me ha molestado estos días. Ni siquiera he salido. —¿Qué tal el trabajo? — intento alargar nuestra conversación un poco más.

—Bien. Todo tranquilo.

—Suena aburrido —digo, pasándole otro de los balones.

Veo el movimiento de su boca, convirtiéndose en una sonrisa, y por fin se gira hacia mí.

—Puede que un poco.

—Oye… —No estoy muy seguro de lo que voy a decirle. ¿Que siento todo? ¿Que he sido un cabrón?

—¡Kelscot! ¡Te toca! —grita alguien a mis espaldas, haciendo que todas las opciones que fuera a pronunciar queden en el fondo de mi garganta, sin atreverse a salir.

Nora me regala una pequeña sonrisa, y enseguida llega Ronald para llevarme hasta la habitación donde voy a cambiarme.

Comenzamos la sesión poco más tarde, y todo va bastante rápido. Únicamente hay algunos parones cuando ajustan temas de los que no controlo nada, como la luz y la ubicación de algunas decoraciones, encontrando problemas que únicamente ellos son capaces de ver.

Nora sigue todo de cerca, hablando en voz baja al equipo que tiene a su alrededor, y viendo en una pantalla las sandeces que hago y que sé que a los fans les encantan. Me gusta ver que también consigo sacar alguna sonrisa suya, y eso me anima a darlo todo en la sesión. Jamás me hubiera imaginado haciéndolo. Odio estas chorradas. Lo que a mí me gusta es salir al campo. Todo esto sobra para mí.

Tras varias fotos en distintos escenarios, me toca en uno que tiene un montón de balones colgando de hilos invisibles como si flotaran a mi alrededor.

Nora para la sesión y se acerca a donde me encuentro. No es a mí a quién mira, sino a uno de esos balones que tengo detrás. Me quedo en mi sitio, viendo cómo lo mueve.

—¿No está mejor así? —pregunta a alguien en los monitores.

Le responden positivamente, y entonces da un pequeño salto para descolgar el balón de la estructura de la que cuelga. No lo consigue, por lo que el segundo salto que da es un poco mayor. Al aterrizar, choca contra mí.

—Ey —es lo único que logro decir, sujetándola por la cintura. Al hacerlo, noto mi cuerpo activándose de un modo que ni en los partidos he conseguido. Mis manos han echado de menos esa curva más de lo que me he permitido pensar.

El pequeño jadeo que escapa de su boca me hace pensar que ella también lo ha extrañado, y me veo incapaz de controlar mis dedos cuando se aferran un poco más fuerte a ella.

—Perdona. Solo tengo que…

Vuelve a estirarse, y diría que los nervios le hacen olvidarse de su estatura.

—¿Mover esto? —termino su frase mientras alargo el brazo y descuelgo el balón con facilidad, dejando que caiga en sus manos.

—Sí —dice mostrándome su sonrisa—. Eres demasiado alto y queda raro detrás de ti.

Se me escapa una pequeña risa, y ella se gira para ver qué es lo que me hace tanta gracia.

—¿Qué pasa?

—Nada. Hacía tiempo que no te metías conmigo. Supongo que echaba de menos esa vieja costumbre.

Sin pensarlo, le coloco uno de sus mechones detrás de la oreja. Entonces, dirijo la mirada a sus ojos marrones, grandes y brillantes, que me observan fijamente.

Cuando se da cuenta de que lo hace, carraspea y levanta el balón entre nosotros.

—Todo listo. Puedes seguir —me dice.

Se mueve y algo en mí empuja mi brazo hasta que la retengo.

—Creo que no —digo, incapaz de contener mis palabras. Debería callarme, pero el miedo a que se aleje ha desatado mi lengua.

—¿Qué? —pregunta confusa.

—Que no quiero seguir. No así.

—¿A qué te re...? —Antes de que pueda terminar la frase, tiro de su cintura y la arrastro a un lateral del escenario hasta que quedamos escondidos tras unas paredes rojas decorativas.

Nora da una bocanada de aire y yo me dejo caer en su mirada.

Alzo mi mano para alcanzar su sien, acariciándola lentamente con el dorso, bajando hasta su mejilla.

—Nora... —susurro su nombre, y ella cierra los ojos durante un segundo.

Después, da un paso hacia atrás, frenando el movimiento de mi mano y alejándola de su rostro.

—Tyler, ya hemos pasado por esto y no acaba bien.

Sus cejas se arrugan al mirarme, y yo detesto el dolor que le provoca estar cerca de mí. El vacío que ha estado creciendo en mi interior cada día se vuelve insoportable.

—Oye, me siento una mierda por lo que te dije. —El modo en que me mira, como si necesitara que siguiera hablando, como si hubiera esperado esas palabras demasiado tiempo—. Tenía que alejarte de mí, Nora. Yo no soy capaz de hacerlo —confieso, recorriendo su brazo, buscando sentir su cuerpo más cerca del mío.

Ella se aparta, dejando mis dedos fríos sin su tacto.

—Pues ya lo conseguiste. ¿Qué más quieres?

—A ti —respondo sin pensar. Mi cuerpo me empuja a seguir hablando, a no dejar que se distancie. Estoy mal de la cabeza—. No puedo vivir sin ti, Nora. Me estoy volviendo loco. Te veo en cada lugar que visito, en cada plan que intento hacer. Debería alegrarme porque por fin he conseguido que te distancies, pero no soy capaz de hacerlo.

Aprieta contra su pecho la carpeta que sostiene, como si quisiera evitar que el corazón siguiera latiendo. Lo sé, porque es lo que yo mismo he deseado desde hace semanas. Que dejara de latir, que parase su tortura.

—A lo mejor solo necesitas tiempo.

El golpe que provocan sus palabras retumba en mi esternón.

Pongo la mano bajo su barbilla para que me mire. Para disfrutar del tono dorado de sus ojos un poco más.

—Ni todo el tiempo del mundo me haría olvidarte, Appaloosa.

¿Podría ella? ¿Lo ha hecho ya? No me atrevo a preguntárselo, así que nos quedamos en silencio, porque ninguno sabe qué más decir. Tampoco nos movemos.

Al final, es ella quien habla.

—Eddie y Maly vinieron a hablar conmigo.

Con ver mi gesto es consciente de lo poco que me va a gustar lo que tenga que decir. Me preocupa lo que hayan podido contarle, y lo que signifique para ella.

—Dijeron que… sigues coladito por mí. —Nora tuerce la boca en una pequeña sonrisa.

Eso sí que no me lo esperaba. Se me escapa una risa corta.

—No he estado de mi mejor humor estos días.

—También —continúa hablando y, por cómo cambia el gesto, sé que viene la parte que no quiero escuchar —me pidieron que te ayudara con lo de tu madre.

—¡No! —digo más alto de lo que pretendía. Con solo nombrarla, el enfado ha vuelto a colmar mi cuerpo.

—Eso es lo que les dije —me asegura ella, cortando todos los pensamientos agresivos acaparando mi mente.

Suspiro.

—Bien. Nunca me perdonaría si te hiciera daño —le digo, volviendo a acariciar su mejilla y bajando hasta su cuello.

—Es mejor que lo hagas tú, ¿no?

—Aunque no lo creas, sí —le aseguro.

—¿Y si quisiera ayudarte?

—He dicho que no.

—Y yo digo que sí —responde terca—. No puedes impedírmelo. No pudiste en el hotel.

—Y mira cómo ha terminado todo.

Contesto de forma dura y tajante, dejando claro que no voy a cambiar de opinión. Sin embargo, eso no le impide seguir intentándolo.

No sé qué le habrán dicho Eddie y Maly, pero tendré unas palabras con ellos en cuanto vuelva a casa.

—He pensado que…

—La respuesta sigue siendo no.

Doy un paso hacia atrás. Si acercarme a ella va a meterle esas ideas en la cabeza, debería alejarme. No tendría que haber hablado con ella, para empezar.

Nora da un paso hacia mí.

—Lo haría por cualquier otro del equipo. ¿Por qué no me dejas hacerlo por ti?

—Porque no sabes a lo que te enfrentas. Yo sí.

Suelta una bocanada de aire, dejándome ver el enfado en su rostro.

—¿Entonces qué? ¿Te irás del equipo cuando tu madre quiera volver a cobrar? ¿No volveremos a vernos nunca más? ¿Eso es lo que quieres?

Claro que no, joder. Cada una de esas preguntas me rompe por dentro, porque sé que ese es mi futuro; porque no puedo darle otra respuesta.

—Eso es lo que te mantendría a salvo —le digo, colocando de nuevo los mechones que se han escapado a su oreja.

—No quiero estar a salvo. No así. No puedo dejar que rompas mi corazón cada vez que ella amenace con romperlo en tu lugar.

Yo suspiro. Acaba de describir lo que llevo haciéndole durante semanas, y me siento aún peor por estar aquí con ella, dándole unas esperanzas que no guardo para mí.

Apoyo mi frente en la suya.

—No es lo que quiero.

—Entonces dime cómo puedo ayudarte —susurra contra mi boca, haciendo que sea más complicado seguir negándome.

—No, Nora —repito, más por inercia que por creer realmente en mis palabras.

—Sabes que lo haré de todas formas. Puede ser con tu ayuda o sin ella. Y has visto que sola no me va tan mal.

Me separo para poder ver su rostro, que solo muestra determinación.

Entonces cambia, y una sonrisa preciosa ilumina su cara. Me jugaría mi alma a que no va a gustarme lo que está a punto de decir.

—A lo mejor Kylen se ofrece a ayudarme.

Efectivamente, oír ese nombre saliendo de su boca hace que el fuego que había conseguido disipar aparezca en mi pecho, con ganas de prenderlo todo.

La agarro de la cintura y, de un tirón, la aproximo a mí hasta que nuestras caras se rozan. Puedo oler las flores de su perfume cosquilleando mi nariz, suplicándome que me rinda a ella y a sus labios, que la bese hasta que no recuerde cómo pronunciar otro nombre que no sea el mío.

—Eso es un golpe bajo, Appaloosa —la amenazo.

Sus brazos recorren lentamente mi torso, sin perder de vista mis ojos, para después enrollarlos alrededor de mi cuello.

—Entonces estamos de acuerdo —dice satisfecha—. Dime. Tiene que haber algo que podamos hacer —susurra frente a mí.

Me quedo observándola durante un momento, dándome cuenta de que mi madre puede manejar mi carrera, pero es Nora la que

gobierna mi cuerpo y mi alma, y no hay nada que pueda negarle. Sobre todo, si me lo pide de forma tan convincente.

Soy suyo de una manera que no puedo controlar, de una manera que ya no sé cómo combatir, y por eso soy incapaz de alejarme de ella.

Por supuesto, no pienso dejar que corra peligro. Eso está fuera de la ecuación. Pero, si puedo asegurarlo, todo lo demás es suyo.

—Hay algo —me rindo finalmente—. He estado pensando en ello últimamente.



Empujo a Nora dentro de la casa y cierro rápidamente. No me puedo creer que haya accedido a traerla conmigo. Espero que encontremos rápido lo que hemos venido a buscar.

Agarro su mano y me muevo alrededor, buscando alguna habitación que sea parecida a un estudio.

La encuentro tras la segunda puerta.

—¿Estás seguro de que no vendrá? —pregunta. Esconde bien sus nervios, salvo por la voz, que le ha fallado al final.

—Estoy seguro de que lo hará —digo llevándola conmigo al interior del estudio. Hay varias estanterías a lo largo de la pared del fondo y una mesa de escritorio en el centro, con un gran sillón de piel detrás. Desde luego que mi madre es lo más dramático que existe. Apuesto a que ha escogido imágenes de *El padrino* para diseñar esta habitación—. Habrá colocado alguna alarma, así que no tendremos mucho tiempo.

Me quedo quieto, pensando en lo que estoy diciendo.

—De hecho, no me sorprendería que me hubiera puesto un rastreador en el móvil.

Lo saco del bolsillo y lo apago. Nora hace lo mismo con el suyo, por precaución.

—Ya, no es para nada controladora, ¿no? —me pregunta de buen humor, guardando su teléfono.

Yo tiro de la trabilla de su pantalón para acercarla a mí de un empujón.

—¿Celosa? Sé que te gusta tener todo bajo control.

Su sonrisa se expande por su cara cuando se acerca.

—Todavía no me has visto celosa, 89.

Choca su nariz con la mía, y se aleja, dejándome devastado. Las ganas que tengo de agarrarla y no soltarla, de llevármela de allí, de secuestrarla en mi casa de invitados y hacer con ella todo lo que no he podido hacer en estas últimas semanas, me dejan bloqueado, observándola en silencio mientras se mueve por la habitación.

Siempre me ha vuelto loco cuando se dirigía a mí por mi número, y sigue haciéndolo ahora, al bromear conmigo a pesar de todo lo ocurrido entre nosotros. A pesar de que la he traído, poniendo todo su mundo en peligro. «Tiene que salir bien», me digo, y comienzo a moverme, revisando las estanterías.

—Si me dijeras lo que tengo que encontrar, sería un poco más fácil —dice ella, buscando por la mesa la llave que abre los cajones del escritorio.

—Cualquier documento con mi nombre.

—Ya… —dice, no muy satisfecha con mi respuesta.

—Oye —me acerco para sujetarla por la barbilla y que no escape a mi mirada—, voy a contarte todo, ¿vale? Te lo prometo.

—Vale —accede, dejando su boca abierta. Cada pequeño gesto que hace me tortura, y no se da ni cuenta.

Después de ignorar los impulsos primitivos que inundan mi cuerpo en un segundo, seguimos con nuestra búsqueda a tanta velocidad como podemos.

Nora ha conseguido abrir los cajones y yo continúo rebuscando entre los libros y cajas que hay por el estudio.

—¿Te valdría una carpeta con tu nombre? —escucho a Nora detrás de mí. Me acerco hasta donde está y reviso con ella los documentos.

Entonces lo encuentro. Casi no puedo creerlo. Tanto tiempo bajo el control de un simple papel.

—Es esto —confirmo.

—Es de la Combine —dice Nora confusa a mi lado.

—Sí.

—Pero…

—Oye, te juro que tiene una explicación. Dame un…

Me quedo en silencio, agudizando el oído para comprobar que lo que he escuchado no es imaginación mía.

Acto seguido, guardo los papeles y cierro los cajones.

—¡Escóndete! —le urjo, dándole la carpeta.

—¿Y tú? —pregunta nerviosa.

—Nora, escóndete. Yo la sacaré de aquí.

—Tyler… —Tira de mi mano, como si no quisiera separarse de mí. Puede que incluso esté preocupada. Pero no voy a dejar que mi madre la encuentre aquí.

Sin pensarlo, acerco mis labios a los suyos, dejando mi suave despedida sobre ellos.

—Llévate todo cuando te vayas —le digo antes de salir por la puerta y lanzarme sobre el sofá. Saco mi móvil del bolsillo y lo enciendo en el mismo momento en el que mi madre aparece por la puerta.

Su respiración está agitada, como si hubiera venido corriendo, y escanea la estancia nada más abrirla. Su cara es de confusión cuando me encuentra tirado en su sofá.

—¿Tyler? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

Yo le dedico mi mejor sonrisa. Una tan falsa como las que me obligaba a lucir en los eventos a los que tenía que acudir con ella.

—El portero es fan de los Stallions.

Cierra la puerta y echa otro vistazo a su alrededor, puede que buscando algo fuera de lugar.

—¿Quieres registrarme? —le ofrezco levantando los brazos.

—¿Qué haces aquí? —Obvia mi pregunta y me lanza de nuevo una suya.

—Traigo una propuesta.

Me recuesto en mi asiento para que me vea relajado; por dentro estoy aterrado por permanecer allí. Tengo que sacarla de la casa antes de que empiece a registrarla por completo.

Por suerte, parece que mi fachada está funcionando, porque se sienta en el sillón contiguo al mío con la seguridad de quien tiene todo bajo control.

—Te escucho.

—Tengo una entrevista con *Game On*. Una portada —le digo al mismo tiempo que una idea empieza a tomar forma en mi cabeza.

Ella se queda en silencio, sopesando las posibilidades de sacar rédito con ello.

—Muy bien. ¿Y cuál es mi papel ahí?

—Puedes hacerla conmigo. —Me encojo de hombros.

—¿Y qué quieres a cambio? —su sonrisa se expande al mismo tiempo que la mía, porque he conseguido interesarla.

Me apoyo sobre mis rodillas.

—Cuatro años en los Stallions. Sin filtraciones.

Mi madre se ríe, poniendo mis nervios de punta.

—¿No incluyes a tu chica en las peticiones?

Mi sonrisa flaquea por un momento.

—Quiero centrarme en mi carrera.

Se cruza de brazos y me observa intensamente. Es como si tratara de descubrir lo que estoy pensando. Yo hago lo posible por vaciar mi mente, porque la veo capaz de conseguirlo.

—Es un poco caro para una entrevista, ¿no te parece? Me pagan muy bien por tus fotos. —Levanta su dedo índice, moviéndolo en

círculos, dándome a entender que esta casa y todo lo que hay en ella es fruto de lo que ha conseguido a mi costa.

Me levanto del sofá, haciendo lo posible por mantener mi falso buen humor, y me dirijo a la entrada.

—Hablemos de dinero entonces. Pero prefiero hacerlo con el estómago lleno. ¿Vamos?

Abro la puerta para que me siga, sin darle opción a que decida quedarse en la casa e invitarme a comer allí. Mantener la vista al margen de la habitación de estudio ya me está costando más de lo que creía. Mi cabeza regresa constantemente a Nora, preguntándome cómo he sido tan estúpido de traerla conmigo.

Finalmente, mi madre recoge sus cosas y me sigue. El único problema es que, al hacerlo, cierra la puerta con llave.

Mientras nos alejamos, hablamos sobre el equipo y la pretemporada. Actúa como si no hubiera dedicado el verano a amargarme la vida, y yo hago lo posible por mantenerme de buen humor. Se me hace más duro de lo que esperaba, pues cada vez que la miro, solo veo el motivo por el que no puedo estar con mi Chica del Móvil.

Al llegar a la cafetería, la conversación se centra de nuevo en la entrevista, y yo accedo a todo lo que quiere, esperando que nunca llegue a conseguirlo.

Cuando hablamos de la manera en la que podríamos enfocarla, como solíamos hacer antes de que descubriera lo manipuladora que es, me percato de algo.

—¿La filtración de mi contrato fue cosa tuya? Todo lo de Hunter.

Mi madre me muestra una sonrisa orgullosa. Ni siquiera necesito una respuesta.

—¿Fue muy obvio?

Tomo un sorbo de mi café, nervioso porque todavía no sé nada de Nora. Necesito alargar esto tanto como pueda. Al menos, hasta que se me ocurra una forma de ayudarla a salir de allí.

—La verdad es que no había caído en ello hasta ahora —confieso, pese a que tiene claramente su firma. Me imagino el motivo por el que no lo vi antes: preciosa, morena, con pecas y experta en fútbol americano.

—El odio hacia ti ya lo llevaba de serie. Habías llegado al equipo para sustituirlo. Únicamente tuve que avivarlo un poco más —me cuenta su estrategia para atormentarme nada más llegar al equipo.

A veces creo que es una auténtica psicópata, y me pregunto cómo aguanté tanto bajo su control.

Sin embargo, todo mi malestar se disipa cuando mi teléfono vibra y veo un mensaje en la pantalla.

> **CHICA DEL MÓVIL:**
> Estoy fuera.

#42

¿AUNQUE QUIERAS ESTAR CONMIGO?

Cuando entro por la puerta, lo hago asfixiada. Fuimos a casa de la señora Kelscot en el coche de Tyler, y cuando conseguí salir de mi improvisada cárcel, me vi sola, sin transporte y sin dinero para pedir un taxi. Había dejado todo en el asiento del copiloto. Tampoco podía encender el móvil por miedo a que la señora Kelscot descubriera que andaba cerca.

Por lo tanto, he pasado cuarenta minutos caminando.

Al menos, no me he quedado en la calle por falta de llaves, ya que, tras lo ocurrido el día de la fiesta, guardé una copia en el porche, enterrada bajo las hortensias.

Lo hice al percatarme de lo mucho que me distraía cerca de Tyler, imaginando que en algún otro momento olvidaría mis llaves y todas mis cosas solo por estar con él.

Sin embargo, nunca hubiera esperado que el motivo fuera huir de la casa de su madre con una carpeta que podría destruir su vida y su carrera.

No dejo de pensar en el documento que vi al abrirla. No puedo entenderlo. Pero Tyler me dijo que me explicaría todo, y prefiero que lo haga él, a sacar conclusiones precipitadas.

Así que dejo la carpeta sobre la mesa del comedor y me dirijo a la ducha, esperando quitarme tanto el sudor como la sensación de ser pillada en cualquier momento, que no me abandona desde esta tarde.

Lo que no consigo sacarme de la cabeza, por fría o caliente que ponga el agua, es la lista de preguntas sin respuesta, ya al borde del colapso.

Salgo de la ducha intentando dejar mi mente en blanco sin demasiado éxito. Una vez vestida, me dirijo al salón y empiezo a escuchar sonidos provenientes de mi cocina. Me pongo alerta enseguida, imaginando a la policía entrando en mi casa, cuando me cruzo con la mirada de Tyler.

Vuelve a golpear el cristal de mi ventana.

Me acerco corriendo hasta donde está, y la abro al mismo tiempo que sus manos cruzan el umbral para sujetarse mejor.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto agobiada sujetándolo por el brazo, pese a que poco puedo hacer si se cae.

—Lo recordaba más fácil.

Tiro de su camiseta blanca para ayudarlo y, un momento después, nos encontramos los dos en el suelo, tal y como ocurrió la primera vez que entró de este modo en mi casa. Su cuerpo ha envuelto el mío en un segundo, y apenas he notado el impacto.

Cuando abro los ojos, solo veo el cuello de Tyler demasiado cerca de mí, lanzándome su perfume, dejándome sin fuerzas.

—¿Estás bien? —me pregunta él, separándose un poco para poder verme la cara, que recorre con su mirada lentamente.

Es como si el beso que dejó sobre mis labios en el estudio de su madre todavía bailara sobre ellos, llevando una corriente electrizante hasta mis dedos. Y que sus ojos se hayan detenido en mi boca, no me ayuda a apagarla.

Sabía que mantener la mente fría iba a ser difícil, pero él no me está ayudando, y estoy cansada de luchar sola contra cada cosa que me hace sentir. Hasta la última fibra de mi cuerpo quiere rendirse.

—Tyler, ya no hay paparazzis en mi puerta —le explico, aún hipnotizada por su cercanía.

Su risa me sorprende mientras se agacha a mi lado, escondiendo su cara en el hueco de mi cuello y poniendo mi piel de gallina con ese movimiento.

—Tenía que haberlo comprobado antes. Supongo que es la costumbre.

—Solo has entrado una vez por mi ventana —le recuerdo.

Él alza la cabeza, recorriendo mi piel hasta mi mejilla con su nariz.

—Pero he pensado en ello demasiadas veces —dice volviendo a mirarme, y acariciando mi frente en el nacimiento del pelo.

Muevo mis brazos entre nosotros y coloco mis manos sobre su pecho. Necesito que se mueva si quiero seguir respirando, aunque la falta de aire es lo único que me mantiene serena.

En contra de mis deseos, finalmente lo empujo y me levanto incómoda del suelo, recordándome que no puedo dejar que todo se repita.

—Tengo aquí la carpeta —le informo, señalándole la mesa del comedor a sus espaldas.

A él parece importarle poco. Me mira entrecerrando los ojos.

—¿Cómo saliste de la casa?

Yo me aguanto la risa.

—No eres el único capaz de saltar por las ventanas —digo satisfecha.

Su sonrisa se hace más visible, y soy incapaz de contener la mía. Me mira como si estuviera maravillado, y en un instante recuerdo el calor que me hacía sentir cuando estábamos juntos.

Me aclaro la garganta y volvemos a centrarnos en el asunto que tenemos entre manos. Él se gira y alcanza la carpeta.

—¿No la has mirado? —pregunta confuso.

—Dijiste que ibas a explicármelo tú. Y tampoco sabía si te molestaría que mirara todo eso.

Tyler se acerca y me sostiene por la barbilla.

—No tengo más secretos para ti, Appaloosa. Ya no —me asegura. Luego, baja su mano hasta encontrar la mía, y tira de mí—. Ven.

Nos sentamos juntos en el sofá y abre la carpeta que lleva atormentándome toda la tarde. Comienza a revisar lo que contiene y yo echo un vistazo por encima. Hay expedientes y distintos contratos.

Escucho a Tyler murmurar de vez en cuando, preguntándose por qué su madre tiene toda esa documentación.

Después de revisar cada hoja, solo me pasa una de ellas: su informe médico de la Combine.

—Es esto. Lo demás lo guardaría por precaución.

—Tyler, podrían echarte de la NFL. ¿Esto es lo que tenía contra ti?

Él asiente a mi lado, pero no dice nada. No puede usarlo para librarse de su madre. Acabaría con él también.

—¿Por eso no has hecho nada para detenerla en todo este tiempo?

Entierra los dedos en su pelo antes de recostarse en el sofá.

—¿Decepcionada?

Miro de nuevo el papel que me ha dado.

—Fue hace mucho tiempo.

Tyler se yergue al escuchar mis palabras, acercándose a mí.

—¿Por qué lo haces? —pregunta, mirándome tan intensamente que me cuesta mantenerme firme.

—¿El qué?

—Intentar salvarme, una y otra vez. Incluso cuando soy un capullo. O cuando tienes pruebas en tu mano de que no hay nada que haya hecho bien.

—No digas eso. No… —Quiero hacerle cambiar de opinión. Se ha comportado como un idiota conmigo, pero siempre tuvo un motivo. Y uno bueno, al parecer.

Me fijo en cómo nos hemos acercado el uno al otro, con un movimiento lento, como si existiera una gravedad entre nosotros que nos empuja a nuestro encuentro.

Alcanza mi cuello y lo acaricia lentamente, despertando mi piel con el contacto de la suya.

—Solo me pregunto por qué lo haces —me interrumpe con una voz grave, gutural, que se cuela hasta el centro de mi pecho y se resiste a marcharse.

—Supongo que he perdido la cabeza —susurro, esperando que su boca acabe con el poco espacio que nos separa.

Y lo hace.

Su beso se vuelve real en mis labios, adorándolos con delicadeza, temeroso de que el momento termine antes de que hayamos podido calmar la sed que nos agota. Sus dedos se pierden en mi pelo, mientras su otra mano se aferra a mi cintura, empujándome hacia él.

Me dejo caer en lo que me he prohibido buscar en las últimas semanas por miedo a que la realidad volviera a golpearme. Un miedo que empieza a subir por mi garganta, más rápido que la pasión que me consume.

Y entonces, me aparto.

Me muevo insegura agarrando el cuello de su camiseta, como si necesitase sostenerme.

—Tyler, yo… —susurro. No sé si puedo seguir cediendo a un deseo que un momento después tiene que desaparecer.

Escucho el aire de sus pulmones abandonando su cuerpo, y apoya su frente sobre la mía.

—Lo sé. Perdona —me dice. No me promete que todo irá bien, o que estaremos juntos. Solo se disculpa, porque sabe como yo que esto no irá a más.

—Es que… querías estar alejado de mí —le recuerdo. Me recuerdo. Volverá a marcharse.

—Quiero protegerte, eso no ha cambiado, Nora. —Acaricia mi cara una vez más. Con calma, al mismo tiempo que la recorre con su mirada—. Si esto no sale bien…

—Volveremos a ser unos extraños —termino su frase, ignorando el dolor y la desesperación que despierta en mí—. ¿Aunque quieras estar conmigo?

—Esa pregunta no importa.

—A mí sí.

Tyler mueve mi cabeza para dejar un pequeño beso en mi mandíbula, desarmándome en un instante. Accedería a todo con tal de seguir sintiendo sus labios sobre mi piel.

—Da igual lo que yo quiera, Appaloosa —dice dejando más besos a medida que habla—. No puede ocurrir. No voy a ponerte en peligro.

—Según tú, estar aquí juntos ya es peligroso.

Gira mi cabeza para que vuelva a mirarlo.

—Por diversos motivos. —Me dedica una sonrisa socarrona que llevaba demasiado tiempo sin ver.

—Hablo en serio.

—Yo también, Appaloosa.

Mantengo mi silencio durante un momento, sin encontrar la forma de hacerle cambiar de opinión. Un momento que él aprovecha para continuar transitando mi cuerpo, empezando por mi cintura, colándose por debajo de mi camiseta y subiendo por mis costillas. Cuando ahogo un pequeño jadeo, sus ojos regresan a mí.

De un movimiento, me empuja a sentarme sobre él a horcajadas, como hicimos hace semanas en este mismo sofá. Hace semanas, cuando las cosas que nos ocultábamos no habían salido todavía a la luz. Cuando todo parecía ir bien.

Mi corazón se acelera tanto, que todo a mi alrededor se ralentiza. Su mirada sobre mi boca, sus dedos rozando mi piel, mi respiración, aguardando el siguiente movimiento que la hará enloquecer.

—Estoy cansada de tantas mentiras, de tantos dobles sentidos, de decir una cosa y pensar la contraria. —Suelto las palabras en un susurro, porque todo está tan calmado entre nosotros que no quiero perturbarlo.

Tyler termina de recorrer mi espalda y me empuja hacia él de forma que tengo que apoyarme en su pecho para no darme de bruces con su cara.

—Solo he dicho una mentira desde que te conozco, y me arrepiento de ella cada día.

—¿Y cuál es la verdad?

Sus cejas se arrugan ante mi pregunta, y su lengua sale a humedecer sus labios, que de pronto se han quedado secos.

Su respiración choca contra la mía en un silencio cargado de lo que no nos hemos dicho, lo que nos negamos a confesar, como si estuviéramos al borde de un precipicio.

—La verdad es que te quiero, Nora —dice, llevándose el poco aire que había conseguido llegar a mi cuerpo—. La verdad es que no soy capaz de seguir sin ti. Llevo días aguantando con las migajas, mirándote a lo lejos, recordando tu risa, que ya no tengo el privilegio de escuchar, soñando cada noche contigo, imaginando que recorro tu piel con mis dedos, con mis besos. Esa es la verdad, Appaloosa. Y me duele, a la vez que me da la poca vida que me permite seguir respirando.

Doy una bocanada de aire, esperando que un poco de oxígeno consiga cruzar mi garganta.

—Di algo —me pide, desenterrando una de sus manos de debajo de mi camiseta para ponerla sobre mi mejilla—. Di que sientes lo mismo. Di que no la he cagado tanto —me suplica, y algo dentro de mí se rompe. Una grieta que no debería abrir, que amenaza con sacar lo que me he esforzado tanto en contener.

—Yo también te he estado mirando a lo lejos —respondo con un hilo de voz, rindiéndome a su tacto, a sus palabras, a su sonrisa, que aparece de pronto iluminando su cara y despojándolo de los miedos que acaba de revelarme—. Y puede que haya soñado contigo. Una vez, o dos. —Es lo máximo que me permito concederle, a pesar de que no ha salido de mi cabeza, lúcida o no, desde hace semanas.

Su mirada desciende hasta mi cuello, donde un momento más tarde deja otro de sus besos, otra cicatriz que no querré borrar.

—¿Algo más? —pregunta sobre mi piel, feliz por mi pequeña confesión, ignorante al tormento que atraviesa mi cuerpo.

Lo agarro del pelo y lo alejo de mí para poder mirarlo. En cuanto lo hago, la verdad me golpea como un mazo, dejándome hecha añicos.

«Esto no tenía que ocurrir».

Y, sin embargo, solo pensar en levantarme hace que un dolor desgarrador se instale en mi pecho. Separarnos será arrancarme el corazón de un tirón.

Las lágrimas cubren mis ojos. Los cierro, tratando de contenerlas y apoyo mi frente en la de Tyler. Sacudo suavemente la cabeza y mis dedos buscan su pelo. Se escurren y se me escapa, como se me ha escapado él tantas veces en el pasado.

Pensaba que no quedaban más trozos que romper para Tyler, que estaba vacía. Entonces, ¿qué es lo que me duele? ¿Por qué siento que me resquebrajo?

Aprieto la mandíbula con fuerza. No puedo decirlo. No puedo dejar que sea verdad. No, si quiero sobrevivir esta vez.

Contengo las palabras, las retengo aunque me ahogan, aunque arden en mi garganta.

Tyler rodea una de mis manos y se la lleva a los labios, dejando un beso en la palma.

«Para», pido desesperada en silencio. «Esto no tenía que ocurrir».

Otro beso lento, y otro más en el interior de mi muñeca mientras sus dedos se hunden en mi cintura.

Lo miro. Sus ojos esperan mi respuesta, aguardan a que termine de romperme, a que confiese lo que llevo tanto tiempo evitando. Pierdo su imagen tras las lágrimas que han inundado los míos y que amenazan con precipitarse.

—Yo… nunca he dejado de quererte —digo con voz temblorosa, entregándole lo que queda de mí. La grieta en mi pecho alcanza todo mi cuerpo en un instante. La muralla que creía haber construido de forma sólida sobre la mentira de que ya no me importaba se derrumba.

Solo era una forma de continuar respirando sin él.

Su pulgar se mueve por mi mejilla hasta alcanzar la lágrima que la recorre sigilosa.

—¿Incluso cuando querías matarme? —Escucho su voz afligida, a pesar de que, por su sonrisa, intenta bromear.

—Especialmente cuando quería matarte, enfadarme contigo, olvidarte. Todo eso era más duro que seguir amándote en silencio.

Sin previo aviso, me envuelve y empuja mi cuerpo hacia el suyo en un abrazo que me rompe y me recompone a partes iguales. Me aprieta contra él y, lejos de asfixiarme, siento que, por primera vez en semanas, soy capaz de respirar hondo.

Mis ojos siguen despidiendo lágrimas silenciosas que se funden en la camiseta de Tyler.

—Me prometiste que no desaparecerías —dejo que mi débil susurro se cuele entre los dos.

—Y quiero volver a prometértelo —dice él, sin llegar a hacerlo.

—Solo si esto sale bien.

—Solo si sale bien, Appaloosa —me confirma lo que lo detiene, a pesar de lo que ambos sentimos—. No puedo permitirme otra cosa.

Me separo un poco. Lo justo para poder verle la cara. Él se fija en mi mirada, que debe estar tan roja como mi camiseta.

—Entonces hagamos que funcione.

No responde nada. Solo me besa, lenta y suavemente. Como si fuera nuestro primer beso, o el último. Como una promesa de que seguiremos amándonos, aunque no podamos estar juntos. La peor promesa de todas, porque sé que la cumpliremos.

—Hagamos que funcione —repite mis palabras con una pequeña sonrisa ladeada—. Es la primera vez que me merece la pena el riesgo.

#43

LA ÚLTIMA JUGADA

—¿Estás segura de esto? —me pregunta Susan en el coche donde esperamos. En realidad, no lo estoy, pero no puedo echarme atrás.

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, ¿no?

Recuerdo la conversación que tuve con Tyler en nuestras primeras citas: «Se te ve un poco desesperado, 89».

Ahora soy yo quien lo está, y no se me ocurre otra forma para detener a una mujer que lleva demasiado tiempo en el negocio de extorsionar.

Vuelvo a mirar el Midnight Casino desde donde estamos aparcadas. Es un edificio histórico precioso y, sin embargo, solo su imagen lleva escalofríos por todo mi cuerpo.

Echo un vistazo a los alrededores, dando paso a mi paranoia de ser perseguida. Desde que salí de la casa de la señora Kelscot, no me ha abandonado.

La calle está desierta, salvo por las pocas personas que se dirigen al casino.

Me giro hacia mi amiga, que continúa esperando a que me mueva.

—No hace falta que vengas. No voy a tardar —le ofrezco, aunque por dentro prefiero que siga obstinada en acompañarme.

En parte, me siento mal por haberla arrastrado aquí, pero no podía hablar con nadie más. A Tyler le costó mucho contar conmigo para colarnos en casa de su madre, por lo que visitar a la persona más peligrosa de Redmont sería un «no» rotundo.

—¿Bromeas? No me he puesto esto solo por envidia. —Se señala el corsé de encaje granate que cubre su cuerpo. Está más guapa y sexy de lo que nunca la he visto.

Finalmente, respiro hondo y abro la puerta del coche.

Moverme con los pantalones tan apretados que Susan me ha escogido es más fácil de lo que esperaba. Cuando se acerca a mí, hace descender mi mano que, sin darme cuenta, intentaba cerrar mi escote. No me siento tan segura como ella con este tipo de ropa.

—Para ya, ¿quieres? No se te va a ver nada —me promete.

—Sabes que no me gusta…

—La clave está en mostrar confianza. ¿Qué crees que va a pensar quien lo vea? Si es un tío, estará encantado. Si es una tía, tendrá envidia, porque las tienes muy bien puestas, nena.

—Ay, cállate ya. No sé ni por qué te hago caso.

—Porque sabes que tengo razón. ¿No te consiguió mi falda de botones el polvo de tu vida?

El calor sube por mi cuello, y casi veo todo del rojo que tiñe mi rostro.

—En serio, quédate en el coche. Mejor voy sola —le pido mientras giro sobre mis talones. Aun así, soy incapaz de dar un paso adelante hasta que tira de mí, todavía riéndose.

Llegamos a la entrada y, si no fuera porque mi amiga aferra mi mano con fuerza, estaría tratando de cerrar de nuevo mi escote imposible. Los porteros, dos hombres enormes vestidos de negro, nos sonríen y se apartan para dejarnos entrar.

Me cuesta devolverles el gesto; tanto como hacer que mis pies sigan moviéndose al interior del local.

—¡Guau! ¡Este sitio es una pasada! —dice Susan junto a mí, mirando de un lado a otro de la gran sala frente a nosotras. Según cruzamos las gigantescas cortinas granates de terciopelo, el ruido y la luz nos envuelven como si hubiéramos entrado en otra dimensión.

Mi mirada está fija en el reservado que hay en el segundo piso, tras la barandilla dorada. Hay bastantes personas, pero no encuentro a Draven entre ellos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Susan.

Miro a mi alrededor, en busca de alguna idea.

—¿Una copa? No me vendría mal para los nervios.

—Me gusta cómo piensas.

Nos dirigimos a la barra, donde un camarero nos espera con una enorme sonrisa y ganas de cobrarnos un dineral por una copa. Un

minuto más tarde, tenemos nuestras bebidas, aunque a mí me cuesta dar un trago. Mi garganta lleva bloqueada desde que entramos al casino.

—¿Y ahora?

—No estoy segura —digo, al tiempo que encuentro la cara de Draven entre los invitados de su reservado. Lo reconozco por su pelo engominado, que brilla tanto como la lámpara de cristales que cuelga del techo—. Está ahí.

El ritmo frenético que alcanza mi corazón deja mi pecho agotado en un instante, y únicamente me percato de que he hablado en voz alta cuando Susan, a mi lado, se gira para ver de qué estoy hablando.

No sé cómo voy a hacerlo.

—¿Nos reímos para llamar su atención?

Me vuelvo hacia mi amiga, y mi cara de agobio es suficiente para que deseche esa idea. Llamar la atención es exactamente lo contrario a lo que quiero hacer. Preferiría que nadie me reconociese por allí, salvo el hombre más peligroso de la ciudad.

El golpeteo incesante de mi corazón frena en seco cuando su mirada se cruza con la mía y, durante un segundo, no puedo moverme. El miedo me tiene paralizada, y solo cuando regresa junto a sus invitados, consigo respirar de nuevo.

—Me ha visto —susurro, sin poder alzar más la voz.

—Entonces, ve.

Miro aterrada a mi amiga.

—Nena, ¿por qué estamos aquí? —pregunta, conociendo tan bien como yo el motivo. Me lo recuerdo, y empiezo a repetirlo en mi

cabeza como un mantra. «Tenemos que hacer que funcione. Tenemos que hacer que funcione. Tenemos que hacer que funcione».

Respiro hondo.

—Vale, voy para allá.

Antes de moverme, bebo de un trago lo que queda en mi vaso, ignorando el calor sofocante que recorre mi garganta. Cierro los ojos para evitar que el sabor seco del alcohol me obligue a vomitar y, cuando mi cuerpo se relaja, comienzo a cruzar el salón.

Tengo la vista fija en el reservado que quiero alcanzar, y no me percato de la gente que se cruza delante de mí. Me llevo algún empujón que no he podido esquivar de un grupo celebrando en una mesa de dados, pero permanezco centrada en mi objetivo, y únicamente freno cuando casi choco contra un cuerpo gigante que se interpone en mi camino.

Alzo la vista y encuentro al hombre de facciones angulosas que nos ayudó a salir del casino en plena redada de la policía. Me mira con la misma cara seria e impasible de aquella noche, y no sé si estoy metida en un lío, o si voy a conseguir lo que me proponía.

Abro la boca para saludar, pero él lo hace primero.

—El señor Draven quiere verla.

Se queda quieto observándome, esperando mi respuesta y poniendo mis nervios de punta. Cuando echo un rápido vistazo al reservado, el dueño del casino sigue hablando con la persona sentada a su lado. Me alienta que parece de buen humor.

—Vale —es todo lo que digo.

Al oír mi respuesta, el hombre se gira y comienza a andar, dando unos pasos demasiado largos para mí. Camino detrás de él,

agradeciendo que Susan no insistiera en ponerme tacones. No necesito hacer el ridículo tambaleándome sobre ellos y, tras mi última experiencia aquí, prefiero la seguridad de un calzado cómodo, por si tengo que salir corriendo.

Además, no creo que la señora Kelscot me advirtiera ahora de una posible visita de la policía.

Subimos la escalera dorada con mis pulsaciones aumentando a cada escalón que piso.

Una vez arriba, el guardaespaldas de coleta rubia se queda en un lateral como una estatua, controlando todo a su alrededor.

—Mi querida Nora. ¿A qué debo esta agradable visita? —Draven se acerca a mí con los brazos extendidos antes de que pueda alejarme un poco más de la barandilla.

Soy incapaz de responder a su cortesía. Permanezco inmóvil en mi sitio mientras él me da dos besos, dejando sobre mi piel su fuerte perfume. Mi concentración está puesta en continuar respirando y no huir despavorida.

—¿Cómo está Kelscot? ¿Sigue con problemas? ¿Aún lo molestan?

—Sí. Es el motivo de mi visita.

Mi respuesta le gusta, pues enseguida mejora su carácter.

—Vaya. Así que vienes a hacer negocios. ¿Quieres que vayamos a mi oficina? —me ofrece, extendiendo el brazo hacia la salida.

—¡No! No es necesario.

Doy un paso hacia atrás, chocando contra la barandilla detrás de mí. Si ya me pone de los nervios hablar con él, hacerlo a solas, en lo que seguro que es un terrorífico despacho, sería mucho peor.

—Muy bien —dice, y luego alza el mentón hacia su guardaespaldas, que empieza a echar a la gente de allí. Cuando me vuelvo hacia el mafioso, está estudiándome con la mirada—. No queremos testigos de nuestra conversación, ¿verdad? Basta con que haya gente presente, por si te tiro por la barandilla.

Pese a que lo intento, no logro separarme de ella, pues él inmoviliza mi mano sobre el metal dorado que se me empieza a clavar en la piel. Se acerca un poco más a mí, mirando al salón bajo nosotros, y se ríe suavemente, haciendo que pequeños escalofríos estremezcan mi cuerpo. No dejo de repetirme que es un error haber venido aquí a medida que el miedo crece en mi interior.

—Pajarito, este casino se rige por las mismas reglas que Las Vegas —dice—. Lo que ocurre en el Midnight Casino, se queda entre sus paredes. Al menos, hasta que yo decido airearlo. Si te tirara por aquí —Me hace girar en un movimiento brusco, de forma que quedo asomada por la barandilla, retenida contra ella por la fuerza de sus manos mientras las mías se aferran a su fría superficie tanto como pueden—, ninguno de mis invitados diría nada.

Cuando hago un barrido por la sala, todos continúan con el juego. Únicamente los ojos de Susan controlan cada uno de mis movimientos. Me gustaría cambiar mi gesto, hacerle pensar que no hay ningún problema. En cambio, estoy aterrada y no consigo fingir.

Los dedos de Draven sobre mi cintura se suavizan, y él se acerca a mi oído.

—Pero si estás más cómoda con tu amiga viéndote, me parece bien. —Se separa y toma asiento en uno de los sofás de aquel espacio, tapizado en un cuero oscuro y brillante—. Cuéntame, ¿de qué negocio querías hablarme?

Cuando consigo soltar las manos, me las froto y muevo los anillos que cubren mis dedos, y que ahora siento hundidos en mi piel. Me acerco a él, únicamente por el hecho de dejar atrás la barandilla y las

imágenes de mi cuerpo cayendo al vacío que se han instalado en mi cabeza.

—Yo… Necesito ayuda para acabar con quien lo amenaza —confieso. No tengo muy claro cómo hacerlo, y quizás él pueda proponerme algo.

Por si acaso, no digo que se trata de la madre de Tyler. Quiero saber qué cartas hay sobre la mesa antes de jugar.

—«Acabar». Pensaba que no estabas interesada en ese tipo de finales.

—¡No lo estoy! —digo rápidamente—. No me refería a eso. Solo necesito una confesión pública.

Draven se ríe, y una nueva oleada de escalofríos recorren mi cuerpo con ese sonido. Chasquea los dedos y, en un segundo, aparece un camarero con dos copas sobre su bandeja de cristal.

—Lo público no va mucho conmigo, pajarito. Y no hemos hablado de cómo me pagarás.



—¿Estás seguro de que esto va a funcionar? —pregunto nerviosa, colocándome la camisa en su sitio con dedos temblorosos.

—Así está bien —me asegura Viktor, uno de los hombres de confianza de Draven, sentado en mi mesa del café. Hace comprobaciones en un aparato que todavía no he descubierto para qué sirve.

—¿Me oís? —pregunto, quizás más alto de lo que debería. Acto seguido, echo un vistazo a mi alrededor, donde todos los clientes del

café siguen con su vida sin percatarse de mi comportamiento extraño.

Al fondo, el pulgar de Susan, que se negó en rotundo a quedarse al margen, se alza en el aire.

—Uno, dos… —repite Viktor varias veces—. Está listo —confirma después con un semblante serio que no me tranquiliza en absoluto—. Estaremos al otro lado del café.

Yo asiento, aún nerviosa, mientras sigo con la mirada la figura enorme de Viktor, que se aleja, dejándome sola ante el peligro.

Tyler y yo nos prometimos que haríamos que funcionase y, tras marcharse aquella noche, me di cuenta de que lo que habíamos conseguido no era suficiente.

Desvelar el documento de la Combine arrebataría el poder que su madre tenía sobre él, pero también acabaría con su carrera, con su vida. Necesitábamos algo más.

Por eso, ahora estoy en deuda con la persona más peligrosa de Redmont. Draven no quiso decirme cuánto costaría exactamente su favor. «Solo otro favor», me dijo. El problema es no saber de qué se trata ni cuándo lo pedirá de vuelta, pero sé que lo hará. Por muy fan de los Stallions que sea, la gente como él no da nada gratis.

Pero, si con su ayuda consigo acabar con el reinado de terror de Aurora Kelscot, si consigo liberar a Tyler, estoy dispuesta a pagar el precio.

Y por eso me encuentro en la cafetería Bajo las Nubes sin que él lo sepa, esperando a conseguir la pieza que nos falta para hacer que funcione.

Miro mi teléfono para comprobar el reloj. Han pasado varios minutos desde la hora acordada, y empieza a preocuparme que no

vaya a aparecer. Es la única idea que podría funcionar, y necesito que salga bien.

Unos minutos más tarde, ya desesperada, veo a la señora Kelscot cruzar la puerta, vistiendo el *trench* que reconozco y unos tacones tan altos que me marea mirarlos. Se quita las gafas de sol al entrar y hace un barrido de la estancia.

Yo me quedo muy quieta. No quiero darle ninguna pista de que no estoy sola. Si es tan controladora como Tyler me ha comentado, lo más seguro es que reconozca a Susan.

Se acerca a mí, con una sonrisa espléndida, como si fuéramos amigas de siempre, como si no hubiera puesto mi mundo patas arriba.

—Hola, querida —espera a que le devuelva el saludo. No lo hago. En parte, por los nervios; en parte, porque creo que la odio. O, por lo menos, la detesto lo suficiente como para no fingir amabilidad con ella.

Mi reacción le hace reír, marcando las arrugas a ambos lados de sus ojos que el maquillaje no consigue disimular y poniéndome más nerviosa según se sienta despreocupada frente a mí.

—Bueno, tú dirás a qué debo este honor.

—Quiero saber por qué.

Ella vuelve a reírse, haciendo que mi piel se erice.

—Vaya, directa al grano. Ni siquiera me han servido el café. Además, no me queda muy clara tu pregunta. ¿Por qué mi hijo no quiere estar contigo? Eso podría responderlo un espejo. —Se me escapa una bocanada de aire al escuchar sus palabras, que reabren el cajón de mis inseguridades—. ¿O te preguntas por qué lo controlo?

—Eso ya lo sé —respondo enfadada.

Mi respuesta la pilla desprevenida, porque se queda en silencio por un instante, estudiándome con sus ojos entrecerrados. Luego, sonríe, aunque sé que no es sincera. Dudo que algo en ella lo sea, y no me refiero solo a la cantidad ingente de maquillaje que lleva encima.

—¿Me has estado investigando?

—Sé lo de la Combine. Sé que falsificaste su test. Por eso no se atreve a hacer nada contra ti.

Su mueca se congela. Después de un momento, recobra la compostura.

—No sé de qué me hablas, querida —me asegura con una voz más dulce de lo normal.

—Yo creo que sí.

De nuevo guarda silencio, y me parece que está sopesando sus posibilidades.

—¿Qué te ha contado? Mi hijo tiene una imaginación muy vívida, ¿sabes? Cuando era niño le encantaba escribir cuentos de princesas y jugadores de la NFL. Pero no recuerdo ninguno con trepas inútiles como tú.

Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula. Si está siendo tan cruel es porque me estoy acercando. Nada como acorralar a un perro para que empiece a ladrar.

—Él no ha sido —le aseguro—. No quiere ni mirarme.

Prefiero dejar a Tyler fuera de esto. Apuesto a que se va a poner hecho una furia cuando se entere de que he estado aquí a solas con

su madre, poniendo todo en riesgo.

No me habría dejado hacerlo si llega a enterarse, y necesitamos hacer que funcione.

—¿Entonces quién? —insiste.

—Dime lo que hiciste. Dime cómo lo manipulas —le pido torpemente.

Ella me observa con extrañeza, y sé que he dado un paso en falso. Recoloco mi camisa, y cuando sus ojos vuelan hasta mi mano, la aparto rápidamente, más nerviosa de lo que debería.

—¿Por qué iba a hacerlo, querida?

Mi mano vuela hasta mi camisa una vez más, y la aparto velozmente cuando ella se fija.

—Porque… necesito escucharlo… de tu voz.

La mía empieza a temblar, fruto de los nervios. Temo que se levante antes de contarme todo. No puedo dejar que se marche sin hablar.

Pero, en lugar de alejarse, se acerca un poco más a mí, apoyándose en la mesa.

—¿Y qué te hace pensar que me importa lo que necesites? —me susurra. Luego, de un rápido movimiento que no puedo detener, abre mi camisa de un tirón, dejando a la vista el micrófono que Viktor me había colocado. Tira de él sin ningún cuidado, arrancando el pequeño esparadrapo con el que lo mantenía pegado a mi cuerpo, desenganchándolo de la petaca que guardaba en la cinturilla de mis vaqueros.

Mis pulsaciones se aceleran tanto que me cuesta mantener los ojos abiertos.

—Eres patética, niña —dice y, acto seguido, aplasta el micrófono con el servilletero que había sobre la mesa. Da varios golpes, llamando la atención de los que están a nuestro alrededor, que poco después continúan con sus conversaciones—. ¿Quieres oír la verdad? Entre tú y yo.

—Ya sé la verdad —digo furiosa.

—Vaya, ¿ya no te sirve que te la cuente? ¿He estropeado tu plan maestro?

Me lanza el micrófono estropeado a través de la mesa.

—¿Cómo conseguiste que saliese positivo? Tyler no toma drogas.

—Claro que no. —Se ríe de forma siniestra—. Te contaré un secretito, querida. Conozco a los jugadores. En cuanto llegan las modelos con ínfulas de esposas mantenidas, les cortan el grifo a las madres. Yo no iba a permitírselo. He trabajado muy duro para que llegue donde está. No me quedaré sin mi parte del pastel.

Trato de mantener a raya la cara de asco que me genera su discurso. ¿Cómo puede pensar así?

Si se da cuenta de lo que me provoca, hace caso omiso y sigue hablando.

—Así que, esa mañana, le eché algo en el desayuno. Poco. Tampoco quería que se pusiera malo. Solo lo suficiente para que diera positivo. Claro que ya me había encargado de conseguir su resultado. Algunos técnicos de laboratorio están necesitados de cariño, ¿sabes? Únicamente tienes que saber a dónde dirigirlo. Quizá te iría mejor en ese nicho —me dice, echándome un vistazo de arriba abajo, como si estuviera valorando mi valía para semejante hecho.

Yo me mantengo en silencio.

—Dime, querida. ¿Eso es lo que querías que le contase a tu micrófono?

Su sonrisa se hace más grande en su cara, marcando las arrugas de sus comisuras y sus ojos.

—Esa es la razón por la que no me denuncia, por la que me deja seguir jugando. Porque, si yo caigo, ese test sale a la luz y todo el mundo sabrá que hizo la Combine dopado.

—Ha demostrado que no necesita las drogas para ser un buen jugador.

—Claro que sí. Pero diles eso a la comisión de la NFL. ¿De verdad crees que le perdonarán entrar en la liga haciendo trampas? ¿Que sus patrocinadores seguirán queriéndolo? Si esto se sabe, está acabado.

—¡Tú lo engañaste! ¡Él ni siquiera sabía que estaba drogado! —digo apenas conteniendo mi volumen de voz.

Ella, en cambio, se divierte con mi reacción.

—Claro que no. Con lo ilusionado que estaba, ni se le habría pasado por la cabeza, a pesar de mis esfuerzos. Por el amor de Dios, pagué drogas a todos sus amigos, y no picó ni una vez. Así que tuve que tomar las riendas.

»Sacrifiqué mi vida para que él tuviera la mejor. Y por eso no voy a permitirle que me eche como a un perro en un día de lluvia. Su éxito es mío, me pertenece.

—Si te delatara… —comienzo, hasta que ella me corta.

—Venga, querida. Sabes que no puede hacerlo. No sin caer conmigo. Puede renunciar a ti, hay muchas otras morenas por ahí con mejores tetas que las tuyas; pero no renunciará a su carrera. Sin la NFL, no tiene nada.

—Ahora yo sé la verdad —le recuerdo.

—¿Y qué vas a hacer con ella? ¿Vas a descubrirme? ¿Vas a dejar que pierda su carrera? Tienes las mismas opciones que él.

Me mira con una sonrisa satisfecha, recostada en el respaldo de su silla.

—¿Alguna otra pregunta estúpida?

—Quiero que acabes con esto —digo en un último intento, consciente de que no servirá de nada.

Ella se ríe, como si le hubiera contado el mejor chiste que jamás hubiera escuchado. Luego, se apoya sobre la mesa.

—Deberías superarlo. Si sigues feliz con tu vida es porque él insiste en no sentir nada por ti. Obviamente no me lo creo, pero así se queda más tranquilo y yo me guardo tu baza. Ahora, aléjate de él, como ya te avisé en mis primeros mensajes. No tienes opciones. Este *down* es mío; he ganado la jugada.

Y, sin darme la oportunidad de responder, se levanta de la silla y se aleja.

«Eso está por ver», le respondo en mi cabeza.

Mientras veo cómo desaparece tras la puerta de la cafetería, me prometo que haré que funcione. La última jugada será mía.

#44

ESTA HISTORIA TERMINA AQUÍ

Nora me pasa la mano por el pelo tratando de colocarlo y descubriendo que no hay mucho que pueda hacer con él.

No ha dicho ni una palabra desde que llegamos al edificio de *Game On*.

La sujeto por las caderas mientras sigue concentrada en mi cabello, y la empujo hasta la silla donde espero sentado. Solo entonces se percata de que me encuentro frente a ella.

Le ofrezco una sonrisa esperando recibir la suya de vuelta, pero se pierde en el camino.

—¿Estás seguro de esto? —Es lo primero que me pregunta, después de toda la mañana en silencio.

—Es la única forma de que termine.

—Podríamos hacerlo sin la prensa de por medio —dice mirándome con preocupación.

Yo la acerco un poco más a mí.

—Quiero contarlo de una vez. No quiero seguir guardando este secreto.

—La junta irá a por ti. Podrías acabar expulsado de la NFL —me dice, volviendo a centrarse en mi pelo.

Una pequeña risa hace vibrar mi pecho de un modo similar a cuando sus dedos recorren mi cabeza.

—Ya te dije que lo único que puede dañarme eres tú. A las malas, siempre puedes contratarme de secretario.

Entonces es ella quien se ríe, devolviendo a mis oídos ese sonido que tanto echaba de menos.

—No sé si aguantarías más de dos jornadas conmigo. Acabarías en el hospital, y no haciendo una campaña de buenas acciones.

Según termina de hablar, contiene el aire y se queda callada. Sus ojos, en cambio, no cesan en su movimiento.

—¿Qué? —pregunto, necesitando saber qué pasa por su cabeza.

—¡Acabo de caer! —dice, y aguarda un minuto más para ordenar sus ideas antes de seguir hablando—. Tu visita al hospital, de la que no quisiste decirme nada. No fuiste por ti. Fuiste a visitar… ¿Fuiste a visitar niños? ¿O…?

Me mira con los ojos entrecerrados, y sus dedos se aferran con más fuerza a mi pelo frenando mi movimiento en caso de que quisiera desviar la mirada de ella, cosa que no quiero.

—¿Siempre esperas lo mejor de mí, Appaloosa?

Entonces es ella la que me deja entrever su mueca de buen humor bajo unos labios apretados.

—En realidad solía pensar lo peor. Por eso no lo descubrí en su momento. Fue eso, ¿verdad? —Se queda a la espera de que le dé una respuesta que no necesita—. ¿Por qué no quisiste decir nada?

Después de un momento, suspiro.

—Porque los niños no son un producto para mejorar la imagen.

Se queda observándome en silencio, posiblemente pensando que soy un tío de lo más raro. Luego, abre la boca al mismo tiempo que sus ojos bajan hasta la mía, y casi puedo sentir sus ganas de besarme, lo que hace que la pequeña llama que siempre se enciende cuando estoy junto a ella se convierta en un incendio descontrolado.

Antes de que pueda arrastrarla hasta su rendición, la escucho respirar hondo y, sin mirarla, sé que su sonrisa ha desaparecido y que hemos vuelto al punto anterior de agobio por lo que vamos a hacer.

—Tyler, estás arriesgando mucho.

La sostengo por la barbilla hasta que consigo que sus ojos se queden fijos en los míos.

—Perdí más aceptando sus condiciones.

Ella permanece callada y, una vez más, me pregunto qué pasa por su cabeza. Posiblemente esté pensando en una mejor forma de

hacerme cambiar de opinión.

—Tranquila. Llevo queriendo hacer esto mucho tiempo. Solo necesitaba la motivación adecuada.

Sigue sin decir nada, y yo me quedo mirándola; cada pequeña peca que decora su rostro, las pestañas que enmarcan sus preciosos ojos marrones, sus labios, rosados después del poco tiempo que hemos pasado juntos en el ascensor.

No quiero perder esta vista más. No seguiré moviéndome bajo los hilos de mi madre. No me importa lo que pierda en el camino, si Nora sigue junto a mí.

Ella se aparta sutilmente, y es entonces cuando veo a mi madre llegando. Me imagino el dineral que se ha gastado en la ropa y maquillaje que lleva puestos, por supuesto, a mi cargo. Pero no puede hacer sombra a la preciosa chica que tenía entre mis brazos hace unos segundos, con su camiseta vieja y sus vaqueros desgastados.

—Vaya, querida. Otra vez coincidimos. —La saluda con un gesto frío.

—¿Otra vez? —pregunto confuso, porque hace semanas que no se ven, desde que Nora la encontró en el hotel de Brentwood. O eso es lo que pensaba.

—Sí —me explica ella—. Nos encontramos ayer en un café. Por casualidad.

La sonrisa de Nora es casi tan falsa como la de mi madre, y siento que me estoy perdiendo algo.

—Claro, querida. ¿Y qué haces tú aquí?

—Vengo en representación de los Stallions, para cuidar la imagen del equipo.

—Vaya, te tomas muy en serio tu trabajo —responde con una fingida amabilidad que en realidad quiere decir «sería una pena que lo perdieras».

En ese momento, aparece una chica del periódico para guiarnos hasta donde nos harán la entrevista. Me levanto de mi silla y le ofrezco el brazo a mi madre para salir cuanto antes de allí.

Antes de movernos, echo un rápido vistazo a Nora, que se mantiene seria, a pesar de la pequeña sonrisa que intenta mostrarme con sus labios apretados, de nuevo dejándome ciego ante lo que estará pensando.

Llegamos a un pequeño salón con colores chillones. Hay varios sofás, algunas plantas y un carrito de bebidas delante de un ventanal con unas vistas espectaculares de la ciudad.

Nos sentamos en el sofá verde, y Nora se acerca al bar, donde la chica que nos ha dirigido hasta allí empieza a preparar cafés y refrescos sobre una bandeja.

Aún está trabajando en ello cuando la puerta de la sala se abre y llega nuestro entrevistador.

—Ah, la señora Kelscot, ¿no? —dice amistosamente, estrechándole la mano—. Soy Patrick Crawford.

Se sienta en el sillón individual de color amarillo y, tras un momento de silencio incómodo, encuentra a Nora junto al ventanal, una vez más, perdida en su teléfono.

—¿Vienes, Nora? —le pide Patrick.

—La entrevista va a ser con mi madre —le informo.

—¿Qué? Quería una entrevista exclusiva con los dos. Es lo que habíamos acordado. —Está claro que no es lo que esperaba.

Yo me apoyo sobre mis rodillas.

—Lo que tengo para ti es mejor que una historia de amor. Tengo tu portada.

—¿Y qué historia es esa? —pregunta con cierto aire de escepticismo en su voz.

—Es algo… confidencial —respondo, haciendo un gesto hacia la chica que deja la bandeja sobre la mesa frente a nosotros.

Esa palabra despierta la curiosidad de Patrick, que no tarda en despachar a la pobre ayudante.

—Muy bien, tú dirás —me presiona el reportero, ansioso por conocer mi propuesta.

Yo respiro hondo y busco a Nora con la mirada. Ha dejado el móvil y se estruja los dedos nerviosa. Y esa imagen me da la calma que necesito para enfrentarme a esto. Porque sé que estará a mi lado cuando todo explote.

Me giro hacia Patrick y suelto el peso que lleva aplastándome durante años.

—Pasé la Combine dopado.

—¡No jodas! —exclama Patrick al instante. Su boca se abre a niveles imposibles, mientras mi madre grita mi nombre escandalizada. Un grito que yo ignoro, pues pienso seguir adelante.

—¿Te parece lo suficientemente bueno? —le pregunto. Estoy tan nervioso que no soy capaz de sacar a relucir mi sonrisa.

Ya está hecho.

Mi madre me agarra del brazo y me gira hacia ella.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta enfurecida.

—Te doy el protagonismo que siempre has querido, mamá.

—No pienso quedarme aquí escuchando —masculla entre dientes clavando sus uñas en mi antebrazo. Sin embargo, no dejo que me afecte su enfado. Ya no.

—Puedes contar tu versión, o cuento yo la mía. Pero esta historia termina aquí —le prometo en un susurro.

—¡Vas a arruinar tu carrera!

—Entonces no dejes que se hunda. Tú sabes la verdad. Si me hundo, tú te hundes también.

—¿De verdad vas a hacer esto por una chica? —pregunta ella, incapaz de contener el volumen de su voz y su enfado. Sabe como yo que sin ese secreto, no puede manipularme más—. ¿Qué pasa con los Stallions?

—Esta historia termina aquí —le repito sin dar mi brazo a torcer. Estoy decidido.

—¿Qué es eso de que pasaste la Combine dopado? —Patrick retoma la palabra, forzando a mi madre a mantener su fachada un poco más—. ¿Es cierto? ¿Por qué nadie dijo nada? Hay controles para eso —sigue preguntando el reportero, posiblemente igual de confuso que yo cuando me enteré de todo lo que había hecho la mujer sentada a mi lado.

—Bueno, esa es una historia curiosa. Nadie llegó a saberlo. Ni siquiera yo, hasta hace unos años.

—Tyler… —Mi madre me llama entre dientes, y yo finjo que no la escucho.

—Cuéntaselo —le pido, poniendo el foco sobre ella.

—¿Usted lo sabía, señora Kelscot?

—¡Claro! —me adelanto a su respuesta—. Si no es por ella, yo no estaría donde estoy. Se lo debo todo. ¿Verdad, mamá? —le dedico una sonrisa tan falsa como la que cubre ahora su rostro—. Cuéntaselo —le insisto.

Nunca la había visto así de inquieta.

—Lo cierto es que Tyler era un poco problemático en aquella época. Ya sabes lo que le gustan las fiestas…

—Culpable —corroboro esa parte. Levanto mi mano con una pequeña risa. Obviamente no esperaba que confesase de primeras.

—Hice…—continúa dubitativa.

—Díselo. Di lo que me hiciste. Cuéntale también por qué di positivo —la presiono un poco más.

Ella se gira hacia mí, con la cara desencajada, más enfadada de lo que nunca la he visto. Es como si esa fachada de calma que siempre muestra en mis peores momentos se hubiera resquebrajado.

—¿Quién va a creer que una madre drogó a su propio hijo? —susurra, apenas moviendo su boca al hablar.

Yo me acerco a ella.

—No me importa que me crean. Si tengo que dejar de jugar, lo haré. Pero tus manipulaciones acaban aquí.

—Tyler, ¡vas a arruinar tu carrera! ¡Te quedarás sin nada! —dice irritada, utilizando los últimos rescoldos de sus amenazas para mantenerme bajo su control.

—Yo creo que no —escucho a Nora detrás de ella, y ambos nos giramos a mirarla.

—¿Y tú qué quieres, niñata? —le espeta mi madre, que ha perdido los nervios.

—Nada —le muestra su preciosa sonrisa—, es que acabo de recordar algo que no te dije ayer… Verás, rompiste el micrófono equivocado.

No tengo ni idea de qué está hablando y, al parecer, mi madre tampoco.

Antes de que pueda contestarla, su voz suena a través del teléfono de Nora.

«Así que, esa mañana, le eché algo en el desayuno. Poco. Tampoco quería que se pusiera malo. Solo lo suficiente para que diera positivo. Claro que ya me había encargado de conseguir su resultado».

«¡Tú lo engañaste! ¡Él ni siquiera sabía que estaba dopado!», escucho la voz de Nora.

«Claro que no. Con lo ilusionado que estaba, ni se le habría pasado por la cabeza, a pesar de mis esfuerzos. Por el amor de Dios, pagué drogas a todos sus amigos, y no picó ni una vez. Así que tuve que tomar las riendas echándoselo en el café».

Nora apaga el móvil y mantiene la vista fija en mi madre.

—Creo que con esto es suficiente, aunque nuestra conversación fue más larga, ¿verdad? —le pregunta, con una seguridad que me

maravilla, que nunca he tenido yo contra mi madre, y que me encanta ver en ella.

—¿Esa es usted? —pregunta Patrick, más por cortesía que porque tenga alguna duda.

—Esa es Aurora Kelscot —responde Nora—, confesando que cometió varios delitos federales dopando a Tyler sin que él lo supiera y amañando unos resultados médicos oficiales, para así manipular a su hijo durante el resto de su carrera.

Se hace el silencio en la sala, hasta que mi madre se altera por completo y se levanta del sofá en dirección a Nora con los brazos en alto.

—¡Serás zorra! —Intenta agarrarla. Ella da un paso atrás antes de que lo consiga y, para cuando trata de atacarla de nuevo, Patrick y yo se lo impedimos. La sujeto sin esfuerzo a pesar de su rabia—. ¿Crees que va a querer estar contigo cuando lo echen de la NFL? —sigue gritando, escupiendo sus palabras, buscando conseguir el último daño que pueda infligir en Nora.

Patrick, después de preguntarnos con la mirada si todo está controlado, sale de la sala en busca del personal de seguridad.

—Esto no va a terminar aquí —nos amenaza mi madre tirando, sin conseguir liberarse de mi agarre.

Nora se acerca a ella a una distancia prudente.

—Claro que sí, *querida* —imita su voz—. La Comisión Antidopaje va a abrir una investigación sobre esto y, si no quieres que tu nombre salga a la luz, te mantendrás callada y alejada de Tyler.

—De nosotros —la corrijo.

—O puede que prefieras enfrentarte a la cárcel. Quizás te dejen comprar maquillaje desde allí. —Escucho la primera crueldad salir de los labios de Nora, y las ganas de soltar a mi madre para solo tenerla a ella entre mis brazos se disparan.

Nora de chica mala puede ser un verdadero problema para mi autocontrol.

Mi madre, en cambio, grita impotente al verse acorralada.

Sigue chillando cuando llegan los de seguridad y la invitan a marcharse de manera calmada. Por supuesto, es incapaz de hacerlo, y no deja de dar voces según se la llevan.

Para entonces, ya tengo a Nora delante de mí, con mis brazos a su alrededor, sin intención de alejarme de ella.

Cuando nos quedamos solos, me agacho para susurrarle.

—¿De dónde has sacado esa grabación?

Ella se gira, y me encanta ver que su sonrisa permanece intacta.

—Teníamos que hacer que funcionase.

—¿No confiabas en que pudiera hacerle hablar?

—Si tu terquedad viene de ella, lo veía improbable.

Me río suavemente, estrechando un poco más el abrazo entre nosotros.

—Se te ve un poco desesperada, Appaloosa.

Sus manos suben hasta el cuello de mi camiseta, que agarra con fuerza para acercarme a ella. Y yo me muevo, porque no pienso en otra cosa.

—Aún no me has visto desesperada, 89 —me dice.

Me agacho un poco más, pese a que ha dejado de tirar de mí, y beso sus labios con delicadeza.

—No pienso pasar por alto lo temeraria que has sido —le advierto sin nada en concreto. Aunque haya conseguido su objetivo, no me gusta que se haya enfrentado sola a mi madre. A otros no les salió tan bien en el pasado.

—Ni yo que estuvieras dispuesto a desvelar todo por estar conmigo. —Acaricia mi nuca con unos movimientos tan lentos que apenas puedo sentirlos, salvo por la electricidad que su tacto despierta sobre mi cuerpo.

—Soy todo un caballero —le digo encogiéndome de hombros.

Patrick irrumpe en ese momento en la sala, llamando nuestra atención. Parece que se haya bebido varios cafés hasta arriba de cafeína.

—¡Joder! Si con esto no me ascienden, tengo que buscarme otro trabajo.

Nora se ríe bajo mi abrazo, haciendo que el calor de mi cuerpo amenace con derretirme.

Luego, se mueve, manteniendo uno de sus brazos alrededor de mi cintura mientras busca algo en su bolsillo trasero. Se lo extiende al reportero, pero no lo suelta de momento.

—Aquí tienes todo para tu artículo. No queremos que salga el nombre de Aurora. Al menos, por ahora. Esa jugada es nuestra —termina su última frase mirándome a mí.

—¿No te importa? —me pregunta Patrick, aunque no consigue que deje de mirar a Nora—. Puede salir mucha mierda. La Comisión de

Integridad de la NFL va a ir a por ti. Podrías perder tu puesto.

Yo sostengo a Nora por la barbilla.

—Supongo que no me importa tanto —digo, y me siento satisfecho cuando su boca cerrada se ladea con vergüenza.

—Precioso —dice el reportero con su mejor voz de asco—. Venga, todavía quiero vuestra foto. —Tira de Nora, apartándola de mi lado.

—¿Qué? —pregunta ella agobiada.

—Lo que oyes. *Tyler Kelscot y su directora de comunicación acaban con su peor acosadora* —dice con tono dramático—. Bueno, el título lo tengo que pensar mejor.

—Pero… yo…

Nora trata de escaquearse con Patrick avanzando hasta la puerta.

—Venga, ¿te enfrentas a mi madre y no puedes ponerte delante de una cámara? —le digo divertido. Todo el peso que llevaba sobre mis hombros cada vez que estaba junto a ella se ha esfumado.

Sé que llegarán consecuencias por airear este secreto, aunque apenas lo pienso. Únicamente me importa poder estar a su lado.

—No estaba sola —me discute nerviosa, y me pregunto qué me está ocultando—. Y, además, ella da menos miedo.

Me agacho hasta quedar a su altura, y le doy un pequeño beso en la nariz.

—Mentirosa.

Después de mucho contenerse, Nora se deja caer desde el sofá y termina de rodillas en el suelo, llevándose las manos a la boca. Juraría que no se muerde las uñas, pero está tan agobiada, que no me sorprendería que lo estuviera haciendo ahora.

A mí se me pasan todos los nervios observándola en mi casa de invitados, donde tenía tantas ganas de verla desde nuestra primera noche allí; donde nos hemos refugiado los últimos días para recuperar el tiempo perdido.

Las sábanas han rescatado su olor a flores, y la casa me parece más bonita con ella recorriéndola de manera despreocupada.

Mi imagen, por el contrario, no tiene el mismo resultado en ella y, en cuanto me acerco un poco, me aparta, más nerviosa todavía.

—¿Quieres tranquilizarte? —le pido ahogando una risa.

—¡Calla! —Airea su mano en mi dirección, instándome a guardar silencio, lo que hace que suelte una pequeña carcajada.

Me muevo en el sofá hasta colocarme detrás de ella y rodeo su cintura.

—Cualquiera diría que eres tú quien se está jugando la carrera —digo contra su cuello.

La noticia salió hace unas semanas y fue un bombazo. Patrick consiguió su ascenso y Nora una cantidad ingente de trabajo. En cuanto Matthew vio lo que ocurría, se olvidó de su ultimátum y quiso mantenerla en los Stallions, controlando la turba de la prensa.

Y lo hizo tan bien, que mi reputación subió como la espuma en cuestión de días.

Aun así, no importa lo que la opinión pública diga. Mi continuidad en la NFL depende ahora de la Comisión de Integridad en el Juego y

de varios otros organismos antidopaje. Hemos conseguido detener la investigación ahí, porque, de meterse el FBI, el nombre de mi madre saldría a la luz, y ese secreto es lo único que la mantiene alejada de nosotros.

—No tendríamos que haberlo hecho. Podríamos haber seguido viéndonos a escondidas, o haber buscado...

Hago callar a Nora apretando mis brazos a su alrededor.

—Eh. No me arrepiento —le aseguro.

Sopesa su respuesta durante un momento y respira hondo.

—Ya... Yo tampoco. Es solo que... —Vuelve a fijarse en la televisión con un rápido movimiento y se separa de mí—. ¡Calla!

Cuando miro al televisor, veo al portavoz de la NFL acercándose a un pequeño atril que han preparado para él.

Nora sube el volumen varios puntos, aunque estamos tan callados que no haría falta.

Después del pequeño saludo que hace el delegado a la sala de medios, abre su carpeta y se dirige a la cámara. Los comentaristas también dejan de hablar.

—En relación con las recientes revelaciones sobre el jugador Tyler Kelscot y los acontecimientos vinculados al Proceso de Evaluación de la Combine del Draft de hace cinco años, la NFL desea informar de lo siguiente: »Tras una investigación interna preliminar y la entrega de material documental que confirma la manipulación no autorizada de los resultados médicos del jugador, se ha determinado que el Sr. Kelscot no tuvo conocimiento ni participación activa en el procedimiento de dopaje antes del Draft.

»Si bien lamentamos profundamente que un jugador haya comenzado su carrera profesional bajo estas circunstancias, reconocemos la valentía del señor Kelscot al compartir esta información de manera pública y voluntaria.

»Como organización, la NFL reitera su compromiso con la integridad del deporte y tomará medidas disciplinarias contra cualquier individuo externo que haya influido de manera ilegal o fraudulenta en los procesos oficiales.

»El estatus del jugador Tyler Kelscot no se verá afectado, y se le permite continuar su carrera profesional sin sanciones.

»La liga continuará colaborando con las autoridades pertinentes respecto a las acciones de terceras partes implicadas en este caso.

El portavoz termina de hablar, cierra su carpeta y se va. Los comentaristas explican a los espectadores que no aceptan preguntas, al tratarse de una investigación todavía en curso por otras autoridades. Pero la NFL ya ha dado un veredicto sobre mi carrera.

Cuando miro a Nora, ella continúa inmóvil.

—Eh, ¿Nora? —la llamo con suavidad. No estoy seguro de si se ha quedado en trance, o si los nervios han terminado con ella.

Cuando mis manos alcanzan su cintura, se despierta y se gira hacia mí, rodeando mi cuello.

—¡Ya está! —me grita al oído, tan entusiasmada que me es imposible no contagiarme de su alegría—. ¡Eres libre!

Yo aprovecho su abrazo para levantarla del suelo y sentarla sobre mí. Ella, incapaz de contener su felicidad, empieza a cubrir mi cara con pequeños besos, haciéndome olvidar lo que estamos celebrando.

—Debería revelar mis secretos más a menudo —digo con una risa tiñendo mis palabras.

—¡De eso nada! Creo que ya he cubierto mi cupo de estrés contigo. A partir de ahora vas a comportarte —me dice mirándome seria.

—¿No me digas?

Con su euforia calmada, busco otro modo de hacer resurgir sus nervios. Uno mucho más divertido.

—Tendrás un comportamiento modélico —continúa exigiéndome. Sin embargo, a medida que mi boca recorre su cuello, sus palabras van perdiendo fuerza.

—Puede que lo intente. Pero solo en el campo, Appaloosa —le pongo mi condición.

—Hablo en serio —responde ella, y se me escapa una risa.

—Me encanta cuando te pones mandona.

Ella me agarra del pelo para conseguir que abandone su piel, y siempre que me sujeta así, un pequeño gruñido sube por mi garganta.

—Tienes una forma extraña de hacer cumplidos, 89.

Y, sin darme opción a responder, funde su boca con la mía, haciéndome olvidar todo a mi alrededor. Solo existe Nora, su cuerpo sobre el mío, su voz lenta y suave en mi oído.

No puedo creer que en algún momento pensara que podría vivir alejado de ella, que podría olvidarla o pasar página. Que mi vida tendría sentido sin mi Chica del Móvil.

Mientras recorro su cuerpo con la yema de mis dedos me pregunto cómo pude ser tan ingenuo.

Su lengua humedece mis labios de forma pausada, atormentándome a cada segundo. Y se separa, sin darme el beso que me estaba prometiendo.

—Esta vez no desaparezcas —me advierte.

Escondo alguno de sus mechones detrás de su oreja y me centro en sus ojos, grandes, brillantes, del marrón más bonito que me haya hipnotizado nunca, a juego con las pecas salteadas que cubren su rostro.

Me pregunto qué sentido tiene darle mi palabra con algo que ocurrirá de todos modos, porque no hay forma de que pueda abandonarla, separarme de ella o sacarla de mi cabeza.

Pero quiero prometerle todo, cada día, cada instante, sin que nada rompa mi promesa.

—No me iré a ningún lado, Appaloosa.

#45

CON MIEDO

Me muevo tan rápido como puedo recogiendo mis cosas por toda mi casa. La temporada empieza en unas horas y, aunque se supone que está todo organizado, no puedo evitar sentir la presión que sube por mi pecho y se agarra a él amenazando con quitarme todo el aire.

Cada inicio de temporada es lo mismo, y eso incluye los mismos fallos que pueden darse si no tengo todo bajo control. Además, este es el primer año que estoy sola ante el peligro como directora de comunicación.

Termino de meter lo esparcido sobre la mesa del salón en mi bolso y, al levantarme, choco con Tyler, que casi me hace caer.

Sus brazos me rodean al mismo tiempo que lo hace su perfume, logrando que todos mis músculos se relajen en un instante.

Cuando alzo la cabeza, me encuentro con su brillante sonrisa, tan amplia, que sus ojos se rasgan un poco, haciéndome perder de vista el color verde y marrón que lucen. ¿Por qué no está nervioso? Yo siento que voy a atragantarme con el aire que respiro y él apenas pestañea mientras me observa.

—¿Estás lista? Eddie nos espera fuera.

Fuera. Donde una turba de paparazzis aguarda también, tratando de conseguir más información sobre la noticia que Patrick publicó. Por más que trate de imitar la calma del jugador que tengo delante, la sensación de ahogo atenaza mi garganta.

—Sí —le digo, escondiendo lo mejor que puedo todo lo que se mueve en mi interior.

Sin embargo, en cuanto a mis gestos, hay poco que pueda despistar a Tyler, que se ríe frente a mí.

—Ven —me dice deslizando la correa de mi bolso por mi hombro y dejándolo caer al suelo. Se agacha y rodea mis piernas haciendo que dé un salto para acomodarme sobre él.

Antes de que pueda decir nada, su boca se precipita sobre la mía. De forma lenta en un principio, hasta que su mano sube por mi cuello, obligándome a dar una bocanada de aire para seguir respirando. Tyler aprovecha para volver a cubrir mis labios de forma apasionada, pasando su lengua por encima de la mía en un movimiento que hace explotar un cúmulo de cosquilleos dentro de mí.

Cuando se separa muy lentamente, deja nuestras caras a escasos centímetros de distancia.

—¿Mejor? —me pregunta.

Creo que el movimiento brusco de mi pecho, esforzándose en hacer llegar oxígeno a mis pulmones, es suficiente respuesta.

Humedezco mis labios, que siguen bajo la atenta mirada de Tyler.

—Bueno, los nervios claramente van en otra dirección —digo entre jadeos.

—Cuando lo necesites, ya sabes.

Deja un pequeño beso en la comisura de mi boca, y no sé si quiere hacerme sentir mejor, o si se ha propuesto desquiciarme por completo.

—Puede que me haga falta un poco más —le pido.

Su sonrisa se curva en su rostro, y la pierdo de vista en cuanto vuelve a cubrir mis labios con los suyos.

Esta vez soy yo la que demanda más que un simple beso. Es como si creciera en mí la necesidad de devorarlo por completo y no dejar nada de él. Mis labios se mueven insistentes sobre los suyos, separándolos en una búsqueda desesperada de su lengua y de su aliento.

Mis manos arrugan su camiseta y mi cuerpo parece trepar sobre el suyo.

Cuando siento que no puedo conseguir más de él, me distancio con la respiración agitada.

—Vale —digo, dando por finalizada nuestra sesión de besos de despedida.

—¿Más?

Yo me muevo, devolviendo mis pies al suelo, incapaz de controlar el mareo que siento ahora mismo.

—Creo que ya puedo —miento. En realidad, dudo que consiga dar dos pasos seguidos sin caerme.

—Lástima —me dice con una pequeña sonrisa que hace que me replantee mis palabras—. Vamos.

Se agacha para recoger mi bolso y con su mano libre busca la mía. Yo la aprieto tanto como puedo, recuperando un poco los nervios que había conseguido olvidar.

Salimos al exterior, y más de quince personas se acercan corriendo a la entrada de mi casa. Intento cerrar la puerta, pero el agobio me impide meter la llave en la cerradura, y finalmente es Tyler quien lo hace.

Toma mi mano y bajamos los escalones hasta el vehículo que nos espera en la acera de enfrente. Eddie mantiene mi puerta abierta, cosa que agradezco, porque así puedo librarme antes de todas las preguntas y fotos que nos hacen. Lo saludo con la mirada al pasar por su lado.

Un momento más tarde, la puerta de Tyler se abre, y lo escucho hablar animadamente con las personas que llevan días persiguiéndonos.

—Nos vemos en un rato, chicos.

Se mete en el coche, y el sonido incesante de los clics de las cámaras se amortigua, aunque no sus voces.

Eddie arranca rápido y mis dedos se ven rodeados por los de Tyler. Ese simple gesto me permite respirar hondo.

Tras días sufriendo esta persecución, todavía me cuesta hacerme a ello. No solo porque me resulte difícil de creer que Tyler de verdad quiera estar conmigo, cosa en la que aún estoy trabajando; sino

porque de pronto estoy demasiado expuesta. Siempre me he sentido más segura detrás de las cámaras.

Es más fácil cuando estoy con él, pues suelo olvidar el mundo que nos rodea. A veces pienso que incluso he dejado de verlo como es. Ahora mi mundo empieza donde está Tyler, y es únicamente nuestro. Nadie puede traspasar sus fronteras.

Pero de vez en cuando la realidad me sacude diciéndome «aquí estoy, no me olvides», y todo me resulta más complicado.

—Gracias, Eddie. —La voz de Tyler aleja mis pensamientos, y me doy cuenta de que ya hemos llegado a su garaje.

El conductor se despide, pidiéndonos que lo avisemos cuando estemos listos. Sin embargo, Tyler no sale del coche, y yo me quedo a su lado.

—Eh, dime qué pasa.

Lo miro sin tener muy claro a qué se refiere.

—¿Qué pasa de qué? —sonrío, haciendo lo posible por olvidar lo que ha estado agobiándome durante el viaje. Únicamente necesito tiempo para acostumbrarme a esta atención. No debería darle tanta importancia.

Tyler tira de mí, me agarra de la pierna y me coloca sobre su regazo. Mis brazos vuelan hasta rodear su cuello, como un acto reflejo después de tantas veces sentados así.

—Olvidas que te conozco bien. Todavía no consigo leerte la mente —me dice pasando su dedo pulgar sobre la línea que separa mis cejas, que relajo al momento—, pero sí tus gestos, y no has parado de dar vueltas a tus anillos en todo el viaje.

Me percato en ese momento de que sigo haciéndolo, incluso con las manos detrás de su cuello.

—No es nada. —Trato de mostrar mi mejor sonrisa ante los ojos entrecerrados que me estudian.

—¿Voy a tener que sonsacarte? —pregunta, acercándome de un suave empujón, de forma que pueda llegar hasta mi cuello—. Se me da bastante bien —me avisa antes de besarlo lentamente.

Yo me mantengo en silencio, tratando de conservar una calma que no quiere permanecer en mi cuerpo.

Entonces, se separa de mí y peina uno de mis mechones, haciéndome recordar que debería volver a recogerme el pelo antes de salir.

—Venga, dime. Puedes hablar conmigo, Appaloosa.

Y sé que puedo hacerlo, que debería hacerlo; pero no quiero estropear lo que tenemos, y mis inseguridades es lo que suelen hacer: lo estropean todo.

Nuestra historia habría sido mucho más fácil si no hubiera sucumbido a ellas. Aurora Kelscot nunca nos habría separado, porque lo que hay entre nosotros siempre fue real, pero yo nunca me permití creerlo.

Apoyo mi frente sobre la suya y respiro hondo, pensando en cómo explicárselo. Sería más sencillo si me leyese la mente, no solo los gestos.

—Es… esto —empiezo y, al ver cómo su semblante se torna serio, tengo la necesidad de explicarme—. Me refiero a que todo el mundo lo sepa… Los comentarios… —Especialmente los comentarios.

—Deja de leerlos.

Me río suavemente, porque sería la mejor opción.

—No puedo. Es mi trabajo.

—Contrata a alguien que lo haga por ti.

—Me lo he planteado —admito con una sonrisa nerviosa con la que termino mordiéndome el labio—. Perdona…

—No hay nada que perdonar. —Sigue peinando los mechones detrás de mi oreja—. Sé que esto es complicado, pero ningún comentario me hará cambiar de opinión. Nada va a separarme de ti, y menos los mensajes de cuatro chalados en internet. Estoy enamorado de ti, Appaloosa.

Contengo mi respiración durante un momento, negando con la cabeza. La voz que cada día me atormenta me dice que no puede ser real, que no soy suficiente para él, que no puedo merecer algo así.

Me sostiene por la barbilla, atrapándome con sus ojos para que no pueda escapar.

—Hasta la médula.

Hago lo posible por acallar esa voz en mi interior, mientras sus manos suben por mi espalda y su boca alcanza la mía. Es más fácil silenciar todo cuando me pierdo en él, en su aroma, mezclado con los toques florales del mío.

—Deberíamos movernos —digo, cuando no soy capaz de perderme más en nosotros—. Tenemos partido en unas horas.

Tyler no parece satisfecho.

—Podemos decir que estamos enfermos. Los dos. Un virus muy contagioso.

Me río y abro la puerta del coche para salir de él. Luego, tiro de su mano, si bien sé que no es mi fuerza la que lo saca del vehículo.

—De eso nada. Te hemos traído al equipo para que nos hagas ganar.

—Pensaba que era para vender camisetas.

—Y puede que también para volverme un poco loca.

Pone su brazo sobre mis hombros y yo rodeo con el mío su cintura según salimos del garaje hacia el jardín.

—Entonces he sido un buen fichaje —me dice orgulloso.

—El mejor —le concedo, poniéndome de puntillas para conseguir otro de sus besos.

Atravesamos el verdor de su jardín siguiendo el camino empedrado que nos lleva hasta la casa de invitados, como hacemos cada día.

El clima del otoño empieza a hacerse notar, con la brisa fresca que nos empuja.

—¿No deberíamos usar tu casa? —Me lo he preguntado continuamente desde que me trajo aquí. Él me mira con la confusión pintada en la cara—. Te has gastado una millonada en ella y pasamos los días en la de invitados.

En lugar de responderme, me levanta en brazos con un movimiento que no esperaba, haciendo que suelte un chillido antes de colocar mis piernas alrededor de su cintura.

Me lleva así lo que queda de camino.

En cuanto llegamos, empuja la puerta, nos mete dentro y cierra detrás de nosotros, apoyándome contra la madera.

Se queda mirándome, posiblemente sopesando cuánto tiempo tenemos, y, finalmente, resopla, poniéndome en el suelo.

—Me gusta más esta casa. Es más pequeña, y así no te pierdo de vista. —Me regala un pequeño beso y luego busca el mando de la televisión. Pone el canal de deportes, como hace siempre, y se aleja hasta perderse en el dormitorio.

Yo, en cambio, continúo apoyada en la puerta, tratando de recobrar el sentido.

—A mí también me gusta más —respondo demasiado tarde.

Me separo de allí respirando hondo y me paseo por la estancia. Sonrío al ver tantas velas en las superficies. Únicamente estuvieron encendidas la primera noche, porque Maly se encargó de ello. Después, estuvimos tan concentrados en nosotros mismos que se nos olvidó crear el ambiente romántico con ellas. Tampoco nos hizo falta.

Al fondo, el ventanal muestra las mejores vistas de Redmont, aunque no es tan bonito de día. No hemos cerrado las cortinas desde nuestra primera visita.

Observo la estancia desde donde estoy, con la televisión encendida con el canal de deportes. Los cojines desordenados sobre el sofá, y algunos en el suelo. El libro de jugadas de Tyler en la pequeña mesa de comedor, y algunos paquetes de galletas sobre la encimera.

En algún momento, este espacio se ha convertido en un hogar para nosotros, y entiendo por qué Tyler no quiere volver a su casa.

Me dirijo al dormitorio, y espero sentada en la cama, revisando en mi teléfono las tareas que tengo por delante.

Escucho a Tyler moviéndose en el vestidor. Aparece más tarde, y me pregunto qué ha estado haciendo, porque sale sin camiseta, en lugar de con el traje de chaqueta que le ha escogido Riley.

Se dirigía al baño, y ha decidido pensárselo mejor al verme allí.

Me tumba en la cama y sigue recordándome la opción del virus que podríamos haber contraído, haciendo que me ría mientras me besa.

Finalmente, consigo que pare, y alcanzo mi antiguo anillo, que sigue colgando de su cuello.

—¿No deberías ponerte la camiseta? —le pregunto, fijándome en la prenda que llevaba en la mano y que ahora se encuentra arrugada sobre la cama.

—Esa es para ti, si quieres.

—¿Si quiero?

Sonrío confusa, porque no sé qué significa esa puntualización.

—Sí —dice antes de darme un beso en la frente. Luego, me observa de forma intensa, y me dejo caer en su mirada. Me besa suavemente los labios y vuelve a mirarme.

—¿Qué…?

—Nunca había sido tan feliz —me corta—. No me imagino que nada pueda hacerme más feliz que estar contigo, Nora. —Libera una pequeña risa mientras peina los mechones de pelo que escapan a mi recogido—. Cada mañana, cuando me despierto y te veo a mi lado, tengo que recordarme que no sigo soñando.

Se olvida de mi pelo y se concentra de nuevo en mí, con una pequeña sonrisa curvando sus labios.

—He conseguido los mejores contratos que un jugador puede desear, he pasado por los mejores equipos, y nada me hizo sentir como lo haces tú. Nada.

Entonces, su ceño se frunce, y su mirada desciende hasta mi boca. Yo sigo conteniendo la respiración.

—Pero no necesito que el mundo lo sepa, Appaloosa. Si te agobia, si te pone nerviosa… No me importa, puedo esperar. Puede no ocurrir nunca, si lo prefieres. Lo que quiero decir es que, si para estar contigo tengo que mantener lo nuestro en secreto, acepto encantado. Me basta con que seas mía.

Mientras lo miro, sigo preguntándome si estoy viviendo una fantasía, si despertaré en algún momento, si todo desaparecerá. No me abandona el temor de que ocurra.

—Pensaba que a estas alturas estarías cansado de guardar secretos.

Ahora soy yo quien se concentra en su pelo, escondiendo mis dedos en él mientras soy incapaz de contener las palabras que podrían alejarlo de mí.

Él continúa convenciéndome de que esto es real.

—Bueno, este me mantendría a tu lado. Así que sigo aceptando. —Deja un ligero beso sobre mi cuello—. Aunque no te aseguro que salga mucho de casa en ese caso.

Mi risa se une a la suya hasta que me sujeta por el mentón y sus ojos entrecerrados me atrapan.

—No tienen que vernos juntos si te va a hacer sentir mal.

Se me rompe el corazón al escuchar su última frase, y me pregunto qué problema tengo, por qué no puedo ser feliz sin más.

—No es que nos vean juntos. Es lo que viene después. Imagina los comentarios si me ven con la camiseta: la fan loca…

Tyler no me deja terminar. Me quita la prenda y la lanza por encima de nuestras cabezas.

—No sé de qué camiseta me hablas.

Lo miro con una pequeña sonrisa, controlando el temblor de mis manos mientras sostengo mi anillo requisado.

—¿De verdad no te importa? —pregunto con un hilo de voz.

—Ya te he dicho lo único que me importa —susurra, rozando con sus labios la comisura de mi boca.

—Gracias.

—No hay por qué darlas.

—Por aceptarlo.

Él me besa lentamente, haciéndome olvidar nuestra prisa.

—Tengo gorras de sobra.



La temporada empieza fuerte para los Stallions; especialmente para Tyler, que se enfrenta a su anterior equipo. Los Ramparts tienen una de las mejores plantillas este año, y es importante que empecemos con una victoria. Tanto para la institución, como para los aficionados.

Es el primer partido de la temporada, y ambos equipos están frescos, pero también en proceso de asentamiento, por lo que hay errores en los dos bandos y el partido está igualado.

Tyler consigue anotar varios *touchdowns*, despertando más aplausos de su nuevo equipo que abucheos del anterior. Lo veo

brillar como no lo he visto nunca, con una sonrisa que traspasa su casco y que me contagia a metros de distancia.

Celebra con sus amigos las anotaciones y carreras que consigue, y con cada ovación me arrepiento de no haberme puesto su camiseta.

A él parece no importarle de verdad. Tras sus bailes de victoria me busca con la mirada para hacerme su saludo militar. Un pequeño gesto secreto que podría ir dedicado a cualquiera del banquillo, y que recibo como mío.

Después de tres horas de juego, estoy a punto de empezar a comerme las uñas, y creo que he desgastado mis anillos de tanto girarlos en mis dedos. El marcador está ajustado, y quedan segundos para una última jugada de treinta yardas si queremos llevarnos el partido.

Me cruzo de brazos, tratando de mantener a raya mis manos, y el nerviosismo se va hasta mi boca, incapaz de contener mis dientes mordiendo mi labio inferior.

Los jugadores se colocan y veo el contador bajar, acabando con el tiempo para que McKillen reciba el balón. Lo hace a falta de un segundo, después de gritar la estrategia que van a jugar.

La conozco, porque he estado repasándola con Tyler estos días.

La jugada comienza, y los Ramparts se abalanzan sobre los Stallions como animales furiosos en busca del quarterback.

Mis ojos vuelan hasta mi *tight end* favorito, que hace su carrera cruzada aprovechando que Devonta despista a los tres *linebackers* del equipo contrario. Sin embargo, hay uno que no se ha dejado engañar y va directo hacia él; pero no sabe que la trayectoria va a cambiar, y en el momento en que el balón se despega de la mano de McKillen, Tyler vira en su carrera, dejando al Rampart descolocado, sin saber a dónde dirigirse.

Tyler echa la mirada hacia atrás sin dejar de correr, y da un salto imposible, consiguiendo que la pelota se quede en su mano.

Todo el estadio ruge como loco, así que pierdo mi vergüenza y me uno a sus gritos, instando a Tyler a correr más y más, cosa que hace, a pesar de los *linebackers* de los Ramparts que procuran darle caza.

El reloj ya está a cero, por lo que no habrá más oportunidades.

Casi ha llegado a la zona de anotación, cuando un jugador del equipo contrario se lanza a sus pies. Siento que el tiempo se detiene, y no escucho nada salvo mi corazón bombeando en mis oídos. Tyler se mueve a cámara lenta levantando sus piernas para esquivar al Rampart, y se arroja de cabeza al césped pintado de rojo.

La música truena y, aun así, no consigue ahogar los gritos de la gente en el estadio. Yo misma me pongo a saltar cuando veo los seis puntos subiendo en el marcador, dándonos el partido en la última jugada.

Pierdo a Tyler de vista cuando los jugadores se abalanzan sobre él, y hasta que el equipo especial no se coloca para la patada, no lo descubro a lo lejos del campo.

Allister no tiene problema en conseguirnos el punto extra, y, aunque no me fijo en él, sé que ha anotado por la euforia que se desata a mi alrededor. Mi atención, en cambio, está fija en el *tight end* del que estoy enamorada, que se acerca en carrera a la banda.

Se ha quitado el casco, y así puedo ver que me busca con la mirada, dispuesto a hacerme el saludo secreto que ha ideado para mí. Sin embargo, no quiero que lo haga.

Salgo corriendo en su búsqueda, sin pensar en nada salvo en las ganas que tengo de estar a su lado.

Cuando lo alcanzo, no freno, sino que salto sobre él, poniendo mis piernas alrededor de su cintura al tiempo que sus manos me sostienen en el aire.

—Pensaba que querías discreción —me dice.

—Supongo que he perdido la cabeza.

Mi sonrisa es incontenible; la suya, se mantiene escondida.

—Te arrepentirás mañana…

Y puede que tenga razón, pero no quiero bajar de su abrazo. Me aferro al delirio de valentía que inunda mi cuerpo.

Recuerdo cada momento que he perdido a su lado negando lo que sentía, ocultándolo por miedo al dolor, cuando lo que realmente me ha torturado siempre ha sido estar sin él. Incluso esta noche, cuando celebraba sus victorias en la distancia, en lugar de atreverme a cruzar la línea invisible que yo misma he trazado con mi pánico.

Mi pecho vibra con una risa incrédula al darme cuenta de lo estúpida que he sido.

Y ahora, en sus brazos, siento mi corazón a punto de estallar. ¿Por qué me impediría vivir esto? La opinión del resto del mundo no puede ser más importante que lo que Tyler me hace sentir.

—No quiero vivir a medias, Tyler. Contigo no —le digo, notando cómo mis palabras se hacen más reales a medida que las pronuncio —. Y si tengo que hacerlo con miedo, quiero hacerlo.

Muevo mis dedos sobre su camiseta empapada, agarrándome a sus protecciones, mientras pienso en todo a lo que me he enfrentado por él en estos meses; situaciones en las que jamás me habría imaginado. Todo era más fácil porque estaba él.

—Nora… —dice, y no estoy segura de que me crea. A mí me cuesta hacerlo.

Entonces, tiro de su armadura con un movimiento brusco hasta pegar su cabeza a la mía.

—Yo también te escojo sobre el miedo, Tyler. Y escojo esta versión de mí; la que soy cuando estoy contigo. Solo ayúdame a olvidar lo que hay alrededor hasta que pueda hacerlo por mí misma—le pido.

—Eso está hecho —dice, mostrando por fin su sonrisa y alzando su mano para rodear mi nuca.

No necesito más para saber que he tomado la decisión correcta.

Soy consciente de que el discurso que tengo instalado en mi cabeza no va a esfumarse de la noche a la mañana y de que seguiré intentando sabotearme en otras ocasiones. No tengo ni idea de cómo lograré cambiarlo, pero, ahora mismo, elijo lo que siento por encima de lo que temo. Quizás solo tenga que seguir haciéndolo una y otra vez, cuando las dudas me asalten.

Y con ese pensamiento, cruzo el espacio que nos separa y lo beso, provocando que en mi interior estalle el fuego que llevo toda la noche conteniendo, fundiéndose en nuestras bocas al mismo tiempo que los vítores se desatan a nuestro alrededor. El partido debe haber terminado con la victoria de los Stallions, pero yo solo pienso en la mía: tengo entre mis brazos al jugador estrella de la NFL y, por cómo los suyos me rodean, por cómo sus ojos me buscan o su sonrisa se curva únicamente para mí, empiezo a creer que, para Tyler, no soy solo una fan.

FIN 

¿QUIERES MÁS ESCENAS DE NORA Y TYLER?

Después de terminar el libro, no podía dejar de pensar en Tyler y Nora, y ahora tengo una carpeta con distintos capítulos que no han llegado al libro, pero que forman parte de la historia, y que estoy segura de que te van a encantar: escenas inéditas, eliminadas, con el POV contrario, y mucho más.

—¿Y si haces una excepción? Podríamos dormir un poco más. Se me ha hecho corto.

—Se supone que debo ejercer buena influencia sobre ti, y no tú una mala sobre mí.

—El mundo al revés —susurro antes de recorrer su cuello con mi boca.

[...]

Sin esperar a decir nada, me lanzo en busca de sus labios. No sé cuándo voy a poder verla de nuevo, o besarla de nuevo, así que voy a disfrutar de ella tanto como pueda.

Para acceder a todo este contenido extra, solo tienes que dejar tu reseña en Amazon y Goodreads. Como sabes, tu valoración es lo que más me ayuda a que nuevas lectoras le den una oportunidad a mi libro.

Una vez escribas tu reseña, envíame un pantallazo de ella a mi email (hola@esterdelcampo.com), y te daré acceso a la carpeta.

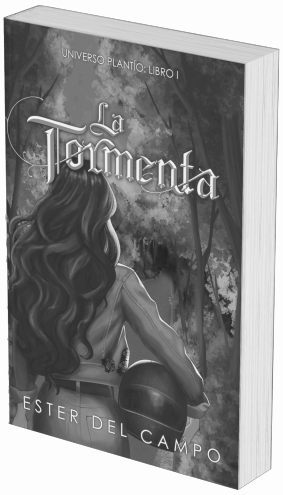


esterdelcampo.com/resenas

¡Gracias por tu reseña!

CUANDO LLEGUE LA TORMENTA, ¿EN QUIÉN CONFIARÁS?

Si te ha gustado este libro, te encantará *La Tormenta*. Tiene lo mejor de esta novela: un *slow burn* muy lento, una protagonista con genio y un chico que te enamorará en una historia muy diferente.



La contempló desde su altura y ella notó su corazón saltando contra su cuerpo. Todo en él le instaba a salir corriendo, pero no podía evitar preguntarse qué pasaría si se quedaba.

—No… —contestó él a algo que ya había olvidado. Su tono de voz era más bajo, provocando que su piel se le erizase con cada palabra —. Si esto fuera una película, ahora mismo te estaría sentando en la encimera y besándote hasta que no recordases dónde estás. Con música de fondo —sonrió al añadir la última frase como toque final.

La Tormenta te adentrará en el mundo de Maddie, decidida a ganarse un lugar en la banda de moteros de Plantío desafiando las expectativas de su hermano, y sus propios miedos.

Una novela autoconclusiva con moteros y surferos, *haters to lovers*, romances a fuego lento, secretos por descubrir y el arduo camino de encontrar tu lugar, a pesar del miedo, la incertidumbre y las consecuencias.



Descubre por qué cientos de lectoras ya se han enamorado de esta historia.

VUESTRA PARTE

EN ESTA HISTORIA POCAS COSAS HAY MÁS SOLITARIAS QUE ESCRIBIR UN LIBRO. ANTES DE QUE EXISTA, LA HISTORIA HA TENIDO QUE VIVIR EN TU CABEZA, REPRODUCIÉNDOSE UNA Y OTRA VEZ, POSIBLEMENTE DURANTE AÑOS. Y TIENES QUE VIVIRLA SOLA, PORQUE

NADIE MÁS PUEDE LLEGAR A ELLA SI NO LA VUELCAS EN UNAS PÁGINAS BLANCAS.

Aun así, siempre me las ingenio para disfrutar de esta aventura acompañada. De otro modo, no tendrías este libro en tus manos.

Gracias a mi querido marido, None. Por aceptar mi obsesión con esta locura que me alentaste a perseguir, pero también mis dudas, mis agobios y mi necesidad de pasar todo el tiempo hablando de ello. Gracias por escucharme, por animarme, por apoyarme, por empujarme adelante, hacia la luna, cuando esta historia se me atascaba, o cuando yo lo hacía. Gracias por anteponerme siempre, a mí y a mis sueños, incluso cuando yo no lo hago. Este libro es nuestro, porque no hay nada que pueda hacer sin ti.

Gracias a mis pequeños, Jorge y Lara, por hacer todo tan fácil, por permitirme perseguir este sueño en lugar de abandonarlo, por compartirlo conmigo, cada uno a vuestro modo.

Gracias a mi familia, que son mis lectores alfa, beta y correctores. Mamá, papá, Allie, Maite, Inma, Emilia. Con cada una de vuestras aportaciones, hechas con el máximo cariño, me habéis ayudado a convertir mis nervios en seguridad. Si esta historia ha mejorado tanto desde sus inicios es gracias a vosotros.

Gracias a mis amigos Deivid y Mey por ayudarme a que esta historia sea la mejor versión que puedo daros de ella.

Gracias a mi hermano Miguel por la portada tan maravillosa que ha creado. Jamás pensé que el libro más bonito de mi estantería pudiera ser el mío.

Gracias a mis queridas lectoras. No os imagináis lo que cada uno de vuestros mensajes significa. Esa voz de la que hablo en la dedicatoria nunca desaparece, pero con vosotras ya casi no se oye. Gracias por ayudarme a creer que este sueño es posible incluso para mí, por estar al otro lado de las páginas apoyando mi trabajo. Gracias por los mensajes llenos de mayúsculas y audios chillando compartiendo el *hype*.

Y a ti, que tienes este libro en tus manos, gracias por darle una oportunidad. Si esta historia sigue viva es porque tú la has leído y ahora la haces tuya.

Gracias por leer estas páginas.

¡Nos vemos en la siguiente aventura!

¿QUÉ VIENE DESPUÉS?

Una vez publicado el libro, después de tanto trabajo, estrés y tareas interminables, había planeado tomarme un tiempo de descanso.

¿El problema? Que no sé cómo se hace eso.

Si tengo tiempo libre, ya me busco algún lío en el que meterme. Y, por supuesto, en lugar de darme un respiro, ¡ya estoy trabajando en mi próximo libro!

Más romance, más acción, más intriga.

Si quieres saber qué estoy escribiendo, siempre tendrás toda la información en mi web: **esterdelcampo.com**

También encontrarás todas las novedades de mis trabajos a través de Instagram (@**esterdelcampo**). Intento mantener todo en secreto, crear expectación, pero lo cierto es que me encanta compartir este viaje con vosotras, y por eso podrás leer muchas frases y fragmentos mientras están en proceso.

Y si quieres recibir adelantos exclusivos, regalos únicos, descargables, y meterte de lleno en los universos que escribo, puedes apuntarte a mi *newsletter*. Es gratuito y tendrás acceso a muchísimo contenido exclusivo de forma mensual.



Encuentra todo aquí:

esterdelcampo.com